

En 2018 se cumplen dos décadas de la publicación de *Guerre et concurrence entre les États européens du XIV siècle au XVIII siècle*, un trabajo coordinado por Philippe Contamine y dedicado a definir el papel de la guerra en el origen del Estado moderno (siglos XIV-XVIII). Durante este tiempo, la historiografía no ha dejado de profundizar en las cuestiones planteadas entonces y, particularmente, en aspectos como la organización de los ejércitos, la logística o la diplomacia. Con este dossier, se pretende reflexionar sobre el alcance del fenómeno bélico en la transformación de los Estados feudales en la Baja Edad Media, a la luz del cuestionario planteado en aquella obra y de su desarrollo en la historiografía más reciente. El contexto escogido para ello es el mundo mediterráneo, concretamente la Corona de Aragón y una selección representativa de los Estados surgidos en la Península Itálica

Guerra y competencia entre Estados en el Mediterráneo medieval Coord. Mario Lafuente



ESTUDIOS

La conquista espartana | O caso de Cascais | Managing the Army

Malcasada | Víctimas invisibles | Símbolo por partida doble

TRADUCCIÓN

La transformación de la moral militar

ENSAYO

Violencia de estado

RESEÑAS



La RUHM está recogida e indexada en ERIHPLUS, Base de datos ISOC, Latindex, DOAJ, MIAR, REBID, CIRC, Sherpa/Romeo, Dialnet y Emerging Sources Citation Index Web of Science Thomson Reuters.

© Centro de Estudios de la Guerra-RUHM (Teruel, España), 2017.

EDITA

Centro de Estudios de la Guerra-RUHM (Teruel, España)

Revista Universitaria de Historia Militar ISSN: 2254-6111

<http://ruhmes>

<https://www.facebook.com/ruhmes>

E-mail: secretaria@ruhmes

DISEÑO DE LA PORTADA

[Solúciónsdocumentais-FLeira](#)

DIBUJO DE PORTADA

Guidoriccio da Fogliano en el asedio de Montemassi, fresco atribuido a Simone Martini, Palacio Comunal de Siena (Italia), ca. 1330.

MAQUETACIÓN

[Solúciónsdocumentais-FLeira](#)

La Revista Universitaria de Historia Militar es una publicación científica de carácter semestral editada por el Centro de Estudios de Historia Militar.

Esta revista no se identifica necesariamente con los contenidos aquí incluidos. Queda prohibida la reproducción total y/o parcial de cualquier contenido de la revista sin la autorización expresa y por escrito de la dirección de la revista.

Revista Universitaria de Historia Militar

RUHM

Volumen 6, número 11, año 2017

ISSN: 2254-6111

Centro de Estudios de la Guerra-RUHM

<http://ruhm.es>

Edita

Centro de Estudios de la Guerra-RUHM

Equipo editorial.

Directores / Editors

Félix Gil Feito, Universidad de Cádiz, España.

David Alegre Lorenz, GERD-Universitat Autònoma de Barcelona, España.

Miguel Alonso Ibarra, GERD-Universitat Autònoma de Barcelona, España.

Francisco J. Leira Castiñeira, Universidade de Santiago de Compostela, España

Consejo de Redacción / Editorial board

Gonzalo Butrón Prida, Universidad de Cádiz, España.

Gerard Cabezas Guzmán, Universitat de Girona, España

Assumpta Castillo Cañiz, GERD-Universitat Autònoma de Barcelona, España.

Carlos Heredia Chimeno, Universitat Autònoma de Barcelona, España.

Santiago R. Gómez, EUSA-Universidad de Sevilla, España.

Javier Lion Bustillo, Universidad Complutense de Madrid, España.

Alejandro Rabinovich, Universidad Nacional de la Pampa, Argentina

Alberto Reche Ontillera, IEM-Universitat Autònoma de Barcelona, España.

Consejo Asesor / Consulting Board

Ángel Alcalde, Ludwig-Maximilians-Universität München, Alemania.

Isaias Arrayás Morales, Universitat Autònoma de Barcelona, España.

Miguel Ángel Ballesteros, Instituto Español de Estudios Estratégicos, España.

Cristina Borreguero, Universidad de Burgos, España.

Luc Capdevila, Universidad de Rennes II, Francia.

John Connor, University of New South Wales, Camberra, Australia.

Manuel Chust Calero, Universitat Jaume I de Castelló, España.

Antonio Espino López, Universitat Autònoma de Barcelona, España.

Stig Förster, Universidad de Berna, Suiza.

Manuel-Reyes García Hurtado, Universidade da Coruña, España

Francesc Xavier Hernández, Universitat de Barcelona, España.

John Horne, Center War for Studies, Trinity College Dublín, Irlanda.

Mario Lafuente Gómez, Universidad de Zaragoza, España.

José Luis Ledesma, Universidad Complutense de Madrid, España.

Juan Marchena, Universidad Juan Pablo Olavide, España.

Enrique Martínez, Universidad Complutense de Madrid, España.

Sönke Neitzel, Universität Potsdam, Alemania.

Xosé Manoel Núñez Seixas, Ludwig-Maximilians-Universität München, Alemania.

Fernando Puell de la Villa, IUGM-UNED, España.

Javier Rodrigo, GERD-Universitat Autònoma de Barcelona, España.

Maria del Carmen Saavedra Vázquez, Universidade de Santiago de Compostela, España

Manuel Santirso, GERD-Universitat Autònoma de Barcelona, España.

Nuno Severiano Teixeira, Universidad Nova de Lisboa, Portugal.

Germán Soprano, CONICET-Universidad Nacional de Quilmes, Argentina

Klaus Schmider, Royal Military Academy of Sandhurst, Reino Unido

Juan Eduardo Vargas, Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile

Jordi Vidal, Universidad Autónoma de Barcelona, España.



Desde su nacimiento en 2012, la **Revista Universitaria de Historia Militar** surgió con la convicción de renovar la historia militar que se estaba desarrollando durante los últimos años en el ámbito hispanohablante, con el objetivo buscar nuevas preguntas y suscitar nuevas preocupaciones. El objetivo era, y sigue siendo formular otras visiones, interpretaciones y debates sobre el estudio de la violencia, la guerra y el ejército, para hacerla interesante y valiosa para el conjunto de la historiografía.

Asimismo, este proyecto nace con una clara voluntad de erigirse en una plataforma preocupada por promover y favorecer los estudios sobre de los *fenómenos bélicos o war studies*, entendido estos desde una perspectiva amplia, tanto cronológica –desde la edad antigua a la actualidad– como temática; abarcando temáticas relacionadas con la política, la economía, la sociedad, la literatura, el arte, la memoria, la tecnología, la estrategia o la sociología. Nuestro objetivo final es introducir en la historiografía hispanoablante las nuevas tendencias desarrolladas en el resto del mundo en relación a la historia militar, así como dar visibilidad a los novedosos debates, perspectivas y metodologías que se están desarrollando en el mundo historiográfico internacional.

De esta forma, tenemos el orgullo de decir que la **RUHM** es la primera revista académica centrada en historia militar que está reconocida por varios índices de impacto nacionales e internacionales, convirtiéndose en la revista de referencia sobre esta temática en Hispanoamérica. La motivación del proyecto es convertirse en los próximos años, en un referente internacional dentro de este campo de estudio, en un país como España donde la investigación sobre los conflictos armados, la violencia y del ejército no ha gozado del reconocimiento académico e universitario que tiene en los países de nuestro entorno.

Del mismo modo, dentro del constante –si bien no siempre fluido– diálogo entre la historiografía y la sociedad, creemos que la **RUHM** puede convertirse en un puente que una y aúne las novedosas investigaciones desarrolladas dentro del ámbito universitario y académico con el interés público que en la sociedad suscita todo lo relacionado con esta temática.

Félix Gil Feito, Miguel Alonso Ibarra, David Alegre Lorenz, Francisco J. Leira Castiñeira, 2015.

Sumario

Dossier

Guerra y competencia entre Estados en el Mediterráneo Medieval (siglos XIV-XV)

Coord. Mario Lafuente Gómez (Universidad de Zaragoza, España)

| | |
|---|-----|
| <i>Presentación del dossier: Guerra y competencia entre Estados en el Mediterráneo Medieval (siglos XIV-XV)</i> | |
| Mario Lafuente Gómez..... | 10 |
| <i>Costi della guerra e forze in campo nel secolo xv, tra verità storiografiche e manipolazione dell'informazione</i> | |
| Elisabetta Scarton..... | 23 |
| <i>«Car més val contendre ab la quartana que ab flaquea». Conflictividad marítima en tiempos de carestía en la Corona de Aragón a principios del siglo XV</i> | |
| Victòria A. Burguera i Puigserver..... | 43 |
| <i>Uomini d'arme nel territorio estense alla fine del XV secolo</i> | |
| Enrica Guerra..... | 62 |
| <i>La marina da guerra genovese nel tardo medioevo</i> | |
| Antonio Musarra..... | 79 |
| <i>El armamento y sus innovaciones en el Aragón de la segunda mitad del siglo XIV</i> | |
| Álvaro Cantos Carnicer..... | 109 |
| <i>La diffusione delle armi da fuoco nel dominio visconteo (secolo XIV)</i> | |
| Fabio Romanoni e Fabio Bargigia..... | 136 |
| Estudios | |
| <i>Entre la tradición épica y la historia: la conquista espartana de Mesenia</i> | |
| César Fornis..... | 157 |
| <i>Aspectos de militarização e defesa costeira no Garb al-Ándalus: o caso de Cascais</i> | |
| Marco Oliveira Borges..... | 172 |
| <i>Managing the Army, governing the State: the Italian military élite in national politics, 1882-1915</i> | |
| Jacopo Lorenzini..... | 197 |

| | |
|--|-----|
| <i>La película La Malcasada como ejemplo de la proyección de la imagen estereotipada de los militares africanistas en los medios de comunicación</i> | |
| Cristóbal Marín Molina..... | 217 |
| <i>Víctimas invisibles: representación de la mujer y la vida cotidiana en los noticiarios Luce de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945)</i> | |
| Carlota Coronado Ruiz | 239 |
| <i>Símbolo por partida doble. El capitán Astiz, la Armada y la transición democrática argentina</i> | |
| Daniel H. Mazzei..... | 258 |

Traducción

| | |
|---|-----|
| <i>La transformación de la moral militar: armas y soldados en el campo de batalla del siglo XIX</i> | |
| Gervase Phillips | |
| Traducido por Esther Montañés Sánchez | 278 |

Ensayo bibliográfico

| | |
|--|-----|
| Estado, violencia, violencia de Estado. Una panorámica sobre el continente americano, en la segunda mitad del siglo XX | |
| Julio Lisandro Cañon Voirin..... | 301 |

Reseñas

| | |
|--|-----|
| Javier MARTÍNEZ BABÓN: <i>Los Hicsos y su conquista de Egipto</i> , Barcelona, Dstoria edicions, 2015, 260 pp., ISBN: 978-84-941455-4-4 | |
| Carlos Heredia Chimeno..... | 314 |
| Ayelet PEER: <i>Julius Caesar's Bellum Civile and the Composition of a New Reality</i> , Farnham, Ashgate, 2015, pp. 212. ISBN: 978-1-4724-5307-8 | |
| Christian Núñez López | 317 |
| Peter CONNOLLY: <i>La guerra en Grecia y Roma</i> (Trad. J. García Cardiel y D. Serrano Lozano), Salamanca, Desperta Ferro Ediciones, 2016, 335 pp., ISBN: 978-84-943922-4-5 | |
| Pedro Pérez Pedro Pérez Frutos | 320 |
| Oriol OLESTI VILA: <i>Paisajes de la Hispania Romana. La explotación de los territorios del Imperio</i> , Dstoria Edicions, Sabadell, 2014, 467 pp., ISBN: 978-84-941455-1-3 | |
| Óscar Bonilla Santander..... | 326 |
| Paul OLDFIELD y Kathryn HURLOCK (eds.): <i>Crusading and Pilgrimage in the Norman World</i> , Woodbridge, Boydell, 2015, 248 pp., ISBN: 9781783270255 | |
| Daniel Gonzalez Palma | 330 |

| | |
|---|-----|
| Timothy GUARD: <i>Chivalry, Kingship and Crusade: the English Experience in the Fourteenth Century</i> , Woodbridge, Boydell & Brewer Inc., 2013, 280 pp., ISBN: 9781783270910 | |
| Gonzalo Franco Ordovás | 334 |
| Mike CARR: <i>Merchant Crusaders in the Aegean (1291-1352)</i> , Boydell Press, 2015. 198 pp., ISBN: 978-1-84383-990-3 | |
| Alberto Reche Ontillera..... | 337 |
| José Ángel del BARRIO MUÑOZ: <i>Filipinas y la Guerra de Sucesión Española: Avatares y Sucesos en un Frente secundario (1701-1715)</i> , Valladolid, Castilla Ediciones, 2015, 188 pp., ISBN: 9788494456710 | |
| Antonio José Rodríguez Hernández. | 342 |
| Allan KUETHE y Kenneth ANDRIEN: <i>The Spanish Atlantic World in the Eighteenth Century. War and the Bourbon Reforms, 1713-1796</i> , New York, Cambridge University Press, 2014, 402 pp., ISBN-13: 9781107043572 | |
| David Ferré i Gispets. | 347 |
| Peter MCPHEE: <i>Liberty or Death. The French Revolution</i> , Cornwall, Yale University Press, 2016, 468pp., ISBN: 9780300189933 | |
| Josep Escrig Rosa..... | 352 |
| David CHANDLER: <i>Las campañas de Napoleón. Un Emperador en el campo de batalla de Tolón a Waterloo (1796-1815)</i> , Madrid, La Esfera de los Libros, 2015, 1246 pp., ISBN: 9788490603260 | |
| Alberto Cañas Pablos..... | 356 |
| Juan Pedro RECIO CUESTA: <i>Entre la anécdota y el olvido. La Primera Guerra Carlista en Extremadura (1833-1840)</i> , Madrid, Editorial Actas, 2015, 518 pp., ISBN: 9788497391498 | |
| Daniel Aquillué Domínguez | 359 |
| Alfredo COMESAÑA PAZ: <i>Hijos del Trueno. La Tercera Guerra carlista en Galicia y el norte de Portugal</i> , Madrid, SCHEDAS, Colección Luis Hernando de Larramendi. Historia del Carlismo, 2016, 560 pp., ISBN: 9788416558254 | |
| Juan Pedro Recio Cuesta | 362 |
| Eduardo HIGUERAS CASTAÑEDA: <i>Manuel Ruiz Zorrilla. Con los Borbones, jamás</i> , Madrid, Marcial Pons, 2016, 451 pp., ISBN: 9788415963844 | |
| Ester García Moscardo | 366 |
| Andreas STUCKI: <i>Las guerras de Cuba. Violencia y campos de concentración (1868-1898)</i> , Madrid, La Esfera de los Libros, 2017, 437 pp., ISBN: 978-84-9060-852-4 | |
| Amparo Sánchez Cobos..... | 371 |
| Ian KERSHAW: <i>Descenso a los infiernos. Europa 1914-1949</i> , traducción de Juan Rabasseda y Teófilo de Lozoya, Crítica, Barcelona, 2016, 769 pp., ISBN: 9788498929478 | |
| Isaac Isaac Martín Nieto | 376 |
| George L. MOSSE: <i>Soldados caídos. La transformación de la memoria de las guerras mundiales</i> , traducción de Ángel Alcalde, Zaragoza, Pressas Universitarias de Zaragoza, 2016 [ed. original en inglés de 1990], 310 pp. ISBN: 978-84-16515-39-4 | |
| Claudio Hernández Hernández Burgos | 381 |
| Omer BARTOV: <i>El ejército de Hitler. Soldados, nazis y guerra en el Tercer Reich</i> , Madrid, La Esfera de los Libros, 2017, 284 pp., ISBN: 978-84-9060-878-4 | |
| Miguel Ángel Collado Aguilar..... | 384 |

| | |
|--|-----|
| Aron PASHER: <i>Holocaust versus Wehrmacht. How Hitler's "Final Solution" Undermined the German War Effort</i> , Lawrence, University of Kansas Press, 2014, 364 pp, ISBN: 978-0-7006-2006-7 | |
| Alessandro Salvador..... | 388 |
| Manuela MARÍN: <i>Testigos coloniales: españoles en Marruecos (1860-1959)</i> , Barcelona, Ediciones Bellaterra, 2015, 756 pp. | |
| María Garaje Bajo..... | 391 |

Dossier

**Guerra y competencia entre
Estados en el Mediterráneo
Medieval (siglos XIV-XV)**

Coord.: Mario Lafuente Gómez
Universidad de Zaragoza, España

Presentación del dossier: Guerra y competencia entre Estados en el Mediterráneo Medieval (siglos XIV-XV)*

Coord. Mario Lafuente Gómez
Universidad de Zaragoza, España.

El próximo año 2018 se cumplirán dos décadas desde la publicación de la obra *Guerre et concurrence entre les États européens du XIV^e siècle au XVIII^e siècle*, un trabajo colectivo coordinado por Philippe Contamine y editado por *Presses Universitaires de France* como parte de una gran colección dedicada a los orígenes del Estado moderno (siglos XIV-XVIII).¹ Este volumen significó la conclusión de un amplio proyecto de investigación internacional dirigido por Wim Blockmans y Jean Philippe Genet, en el marco de la *Fondation Européenne de la Science*, e incluyó diez capítulos de síntesis cuyo objetivo principal consistía en ofrecer una visión comparada y sincrónica acerca de algunos problemas esenciales en la evolución de los Estados feudales europeos, entre la Baja Edad Media y el final de la época moderna. Se trataba, principalmente, de elaborar una interpretación que integrara, en la larga duración, las conclusiones aportadas por los numerosos estudios que, en materia de Historia militar, se habían publicado en Europa desde mediados de los años ochenta, en el contexto de la llamada entonces Nueva Historia Política, y que vinieron a renovar profundamente el modo de entender y explicar la guerra como fenómeno histórico.

Durante los últimos veinte años, la historiografía especializada en las épocas medieval y moderna no ha dejado de profundizar en las cuestiones planteadas en aquella obra, de modo que actualmente la cantidad de trabajos dedicados a la organización de los ejércitos terrestres, la logística o la diplomacia –por citar tan sólo tres cuestiones clave– se ha multiplicado significativamente. Pero, al mismo tiempo, la investigación ha progresado en torno a nuevas líneas de trabajo, que han proporcionado resultados importantes y, sobre todo, novedosos. El objetivo de este dossier consiste en reunir una serie de estudios originales dedicados a analizar el papel de la guerra en la evolución de los Estados feudales durante los dos últimos siglos de la Edad Media, a la luz, precisamente, de las novedades historiográficas surgidas en las dos últimas décadas. El contexto escogido para ello es el mundo mediterráneo, especialmente la Corona de Aragón y una selección representativa de los Estados surgidos en la Península Itálica, que incluye el reino de Nápoles, la república de Génova y los dominios de las Casas de Este (Ducado de Ferrara) y Visconti (Señorío de Milán). Todas estas entidades surgieron y se desarrollaron dentro de un mismo sistema de relaciones políticas, económicas y culturales, del que fueron partícipes, asimismo, el resto de sociedades del sur de Europa –y del ámbito mediterráneo en particular– durante la Plena y la Baja Edad Media.

*La coordinación de este dossier forma parte de la actividad científica desarrollada por el Grupo Consolidado CEMA, financiado por el Gobierno de Aragón (cema.unizar.es); y el Proyecto de I+D TESTA, ref. HAR2015-68209-P (Ministerio de Economía y Competitividad, Gobierno de España).

¹ Philippe CONTAMINE (ed.): *Guerre et concurrence entre les États européens du xiv siècle au xviii^e siècle*, Paris, Presses Universitaires de France, 1998. Hay edición inglesa: *War and Competition between States*, Nueva York, Oxford University Press, 2003.

Dentro de estos parámetros, las contribuciones aquí reunidas plantean, con distintos enfoques y a partir de fuentes diversas, tres cuestiones fundamentales para explicar la influencia de los enfrentamientos armados en el proceso de formación de los Estados modernos desde finales de la Edad Media. La primera de ellas aborda un tema ampliamente debatido por la historiografía reciente, como es el coste de la guerra, si bien la mayoría de los trabajos elaborados al respecto han tratado de buscar no tanto el impacto estrictamente material de los conflictos —es decir, su coste en términos cuantitativos— sino, sobre todo, las conexiones e influencias existentes entre las instituciones que articulan la función militar y el resto de las estructuras que configuran una entidad política determinada, especialmente aquellas orientadas a la exacción (fiscalidad) y al intercambio de bienes y servicios (comercio). En este sentido, numerosos estudios han puesto de manifiesto que, de un modo bastante general, la llamada revolución fiscal de la Baja Edad Media vino impulsada por la necesidad de financiar los continuos enfrentamientos bélicos sostenidos por los distintos Estados europeos. Como consecuencia de ello, tanto en la Corona de Aragón como en el norte de Italia, tuvo lugar un proceso de diversificación de las fuentes de ingresos del Estado, acompañado, a su vez, de la ampliación de las formas de crédito a medio y largo plazo. Esta dinámica se concentró, sobre todo, en las décadas centrales del siglo XIV, aunque, como es lógico, este tipo de innovaciones continuaron produciéndose, con cierta frecuencia, durante el resto de la Edad Media.

El desarrollo de esta línea de investigación ha permitido establecer la secuencia de estas transformaciones a nivel general y, al mismo tiempo, observar algunas de las particularidades propias de cada uno de los Estados implicados. Así, es un hecho que tanto en la Corona de Aragón como en Italia el eje de los cambios producidos en el plano fiscal se situó, ante todo, en la adopción de formas de fiscalidad indirecta y en el recurso al crédito a medio y largo plazo.² Sin embargo, el modo en que dichas soluciones fueron implantadas en cada territorio varió sensiblemente, puesto que los intereses y estrategias desplegadas por los distintos agentes de poder no siempre eran coincidentes. Cabe destacar, en este sentido, que dentro de la Corona de Aragón, la obtención de recursos materiales para costear los conflictos bélicos desarrollados, bien sobre las propias fronteras territoriales o bien en el exterior, quedó sometido, durante el siglo XIII, a la negociación entre la monarquía y la sociedad política de los distintos territorios, cuyas pautas de actuación, a pesar de presentar muchas más sincronías de lo que tradicionalmente se ha venido considerando, podían diferir sensiblemente.³

² Manuel SÁNCHEZ MARTÍNEZ, Antoni FURIÓ DIEGO y J. Ángel SESMA MUÑOZ: “Old and New Forms of Taxation in the Crown of Aragon (13th-14th Centuries)”, en Simonetta CAVACIOCCHI (ed.), *La fiscalità nell'economia europea (sec. XIII-XVIII)*, XXXIX Settimana di Studi dell'Istituto Internazionale di Storia Economica “Francesco Datini” di Prato, Prato, Firenze University Press, 2008, pp. 99-130; Maria GINATEMPO: “Il finanziamento del deficit pubblico nelle città dell'Italia centrosettentrionale, XIII-XV secolo”, *Barcelona. Quaderns d'història*, 13 (2007), pp. 29-57.

³ Sobre las transformaciones de la fiscalidad en la Corona de Aragón, durante el siglo XIII, véase Carlos LALIENA CORBERA: “La metamorfosis del Estado feudal. Las estructuras institucionales de la Corona de Aragón en el periodo de expansión (1208-1283)”, en J. Ángel Sesma Muñoz (ed.), *La Corona de Aragón en el centro de su Historia. 1208-1458. La monarquía aragonesa y los reinos de la Corona*, Zaragoza, Grupo CEMA, 2009, pp. 67-98, especialmente pp. 80-98.

Así, por ejemplo, a nivel particular, las sociedades urbanas de Cataluña y Valencia optaron, a comienzos de los años veinte del siglo XIV, por implantar los impuestos indirectos como vía para reunir el importe destinado a financiar las guerras dirigidas por la monarquía en el Mediterráneo. Lo hicieron, concretamente, en el contexto de las negociaciones dirigidas a conseguir los recursos económicos con los que costear la gran expedición organizada para llevar a cabo la conquista de Cerdeña, en 1323. Posteriormente, esta solución fiscal conoció una efectiva continuidad, hasta su consolidación definitiva durante las décadas de 1340 y 1350, en el contexto de la reincorporación del reino de Mallorca (1342-1344) y los enfrentamientos con Génova (1351-1353) y los rebeldes sardos (1354-1355).⁴ En el caso del reino de Aragón, por su parte, la aplicación de este recurso fue ligeramente más tardía, de modo que su uso no se generalizó hasta la década de 1360, durante la gran guerra con Castilla (1356-1366).⁵ A pesar de que también en este reino se constata una progresiva consolidación de la fiscalidad indirecta de ámbito municipal, es preciso señalar que, en su caso, el proceso estuvo acompañado de una fuerte contestación social ante la posibilidad de que las autoridades locales pudieran aplicar este tipo de tasas.

Finalmente, todas estas innovaciones acabaron plasmándose también a escala estatal, mediante la implantación de dos fórmulas diferentes: de un lado, la aplicación de impuestos indirectos sobre la compra-venta de una serie de bienes, así como sobre algunas otras operaciones financieras; y, de otro, la recaudación de aranceles que gravaban la salida de productos a través de las fronteras de la Corona. Este sistema se implementó de forma simultánea en Aragón, Valencia y Cataluña a partir de 1363 y, durante el bienio siguiente, dio lugar a la configuración de tres instituciones paralelas, encargadas de recaudar y gestionar los ingresos obtenidos por esta vía en cada uno de los tres territorios. Se trata de las llamadas Diputaciones del General, cuyo sentido original no era otro que ocuparse de adminis-

⁴ Manuel SÁNCHEZ MARTÍNEZ: “La monarquía y las ciudades desde el observatorio de la fiscalidad”, en J. Ángel SESMA MUÑOZ (ed.), *La Corona de Aragón en el centro de su Historia. 1208-1458. La monarquía aragonesa y los reinos de la Corona*, Zaragoza, Grupo CEMA, 2009, pp. 45-66; e Íd.: “La Corona en los orígenes del endeudamiento censal de los municipios catalanes (1343-1344)”, en D. MENJOT y M. SÁNCHEZ MARTÍNEZ (eds.), *Fiscalidad de Estado y fiscalidad municipal en los reinos hispánicos medievales*, Madrid, Casa de Velázquez, 2006, pp. 239-273. Los casos particulares de los principales centros urbanos pueden seguirse en detalle a través de Manuel SÁNCHEZ MARTÍNEZ y Pere ORTÍ GOST: “La Corona en la génesis del sistema fiscal municipal en Cataluña (1300-1360)”, *Pagar al rey en la corona de Aragón durante el siglo XIV (Estudios sobre fiscalidad y fianzas reales y urbanas)*, Barcelona, CSIC-IMF, 2003, pp. 379-425, concretamente pp. 408-411; y Juan Vicente GARCÍA MARSILLA y Jorge SÁIZ SERRANO: “De la peita al censal. Finanzas municipales y clases dirigentes en la Valencia de los siglos XIV y XV”, en Manuel SÁNCHEZ MARTÍNEZ y Antoni FURIÓ DIEGO (eds.), *Col·loqui sobre Corona, municipis i fiscalitat a la baixa Edat Mitjana*, Lleida, IEL, 1997, pp. 307-334, concretamente pp. 316-317. La ciudad de Mallorca, por su parte, manifestó una cierta precocidad en comparación con las anteriores. Véase al respecto Pau CATEURA BENASSER: “Fiscalidad en el reino de Mallorca (1300-1360)”, *El món urbà a la Corona d'Aragó del 1137 als decrets de Nova Planta: XVII Congrés d'història de la Corona d'Aragó*, XVII Congrés d'història de la Corona d'Aragó, Barcelona, Universidad de Barcelona, 2003, pp. 175-188.

⁵ Mario LAFUENTE GÓMEZ: *Un reino en armas. La guerra de los Dos Pedros en Aragón (1356-1366)*, Zaragoza, Institución ‘Fernando el Católico’, 2014, pp. 183-210.

trar directamente el producto de la fiscalidad extraordinaria destinado a costear el esfuerzo bélico.⁶

Los Estados italianos presentan algunos paralelismos significativos con respecto a la secuencia que acabamos de enunciar, puesto que en la mayoría de ellos la construcción de una fiscalidad de Estado –esto es, general y no sustentada en los principios del dominio señorial, sino en las necesidades atribuidas a la *res publica*– se llevó a cabo a partir de finales del siglo XIII y en estrecha conexión con la dotación material de los ejércitos que disputaron la soberanía sobre territorios y personas. Las dos únicas excepciones, dentro del panorama general, vienen representadas por Génova y Venecia, dos potencias marítimas que habían desarrollado un precoz sistema de fiscalidad indirecta, de base comunal, desde finales del siglo XII. Sin embargo, estos dos casos no son representativos, ni siquiera, dentro del conjunto de las grandes ciudades de la Italia septentrional, que sí presentan, en cambio, notables similitudes entre ellas.⁷

En lo que respecta al endeudamiento institucional, la novedad más significativa reside en la adopción de un variado elenco de fórmulas de crédito a medio y largo plazo, respaldado económicamente a través de la fiscalidad pública. En este sentido, la diferencia más significativa entre la Corona de Aragón y los Estados italianos reside en el hecho de que, mientras en la primera arraigaron de modo prácticamente generalizado las formas de deuda consolidada a medio y, sobre todo, largo plazo, en Italia este tipo de fórmulas fueron más bien excepcionales. En efecto, en el caso de la Corona de Aragón, este tipo de instrumentos se aplicaron, inicialmente, a escala municipal, si bien los primeros concejos en recurrir a ellos fueron aquellos situados en el medio rural, ya durante el primer tercio del siglo XIV, de manera que las ciudades sólo se incorporaron a esta dinámica algo más tarde, a partir de mediados de la centuria. Si nos centramos específicamente en los mayores núcleos urbanos de la Corona, podemos observar que el recurso a la deuda pública se produjo en un intervalo de aproximadamente un cuarto de siglo, entre comienzos de la década de 1340 y mediados de los años sesenta del Trecentos. A lo largo de esta cronología, todas ellas fueron incluyendo los intereses derivados del pago de la deuda a largo plazo en sus respectivos apartados de gastos ordinarios, comenzando por Barcelona (1340-1345), y continuando por Mallorca (1355), Valencia (1356) y Zaragoza (1363-1366).⁸ La aplicación de esta medida a escala esta-

⁶ J. Ángel SESMA MUÑOZ: “Fiscalidad y poder. La fiscalidad centralizada como instrumento de poder en la Corona de Aragón (siglo XIV)”, *Espacio, tiempo y forma. Serie III. Historia Medieval*, 4 (1989), pp. 447-463.

⁷ Maria GINATEMPO: “Esisteva una fiscalità a finanziamento delle guerre del primo ‘200?’, en *1212-1214: El trienio que hizo a Europa*, XXXVII Semana de Estudios Medievales de Estella, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2011, pp. 279-342, especialmente pp. 321-322; Paolo CAMMAROSANO: “Finanze e fiscalità pubblica nelle città comunali italiane (secoli XII-XV): bilanci e prospettive”, en Dominique BARTHÉLEMY y Jean-Marie MARTIN (eds.), *Richesse et croissance au moyen âge: orient et occident*, Paris, ACHByz, 2013, pp. 97-110.

⁸ Manuel SÁNCHEZ MARTÍNEZ: “La monarquía y las ciudades...”, pp. 60-62. Además, entre las publicaciones aparecidas con posterioridad a la obra citada, cabe indicar los trabajos de Juan ABELLA SAMITIER: “La deuda pública en los municipios aragoneses en los siglos xiv y xv”, *Anuario de Estudios Medievales*, 39/1 (ene-jun 2009), pp. 47-64; Carlos LALIENA CORBERA: “Crisis tempranas de la deuda municipal en el Bajo Aragón: Monroyo, 1346”, en J. ÁNGEL SESMA MUÑOZ e íd. (eds.), *De la escritura a la Historia (Aragón, siglos XIII-XV)*, Zaragoza, Grupo CEMA, 2014, pp. 147-173; Pere VERDÉS PIJUAN: “El mercado de la deuda pública en la Cataluña de los siglos XIV-XV”, *Estados y*

tal, es decir, el endeudamiento de las Diputaciones del General a través de formas de crédito a largo plazo, presenta, sin embargo, una discontinuidad mayor. El ciclo comienza por la Diputación de Cataluña, que aplicó esta medida a partir del bienio 1365-1367, seguida por su homóloga aragonesa, a partir de 1376 y, finalmente, por la valenciana, desde 1390.⁹

En Italia, en cambio, a pesar de que a partir del siglo XIII no dejaron de adoptarse todo tipo de soluciones crediticias en el ámbito público, lo cierto es que la deuda consolidada a largo plazo, en el sentido en que la hemos definido en el caso de la Corona de Aragón, fue un fenómeno muy limitado tanto en el espacio como en el tiempo. Como ha demostrado Maria Ginatempo, Génova y Venecia desarrollaron, a partir de la segunda mitad del siglo XIII, un complejo sistema de deuda pública permanente, si bien hay que tener en cuenta que se trata de dos perfiles urbanos e institucionales muy particulares, puesto que nos encontramos ante dos potencias económicas y militares comparables a cualquiera de los mayores Estados feudales europeos. Además, la rentabilidad de sus fuentes de ingresos ordinarios —basada en una densa red de aduanas de escala mediterránea— no tenía parangón ni dentro ni tampoco fuera de Italia. Más allá de estas dos ciudades, el fenómeno de la deuda pública consolidada se dio en algunos de los Estados regionales del norte de la Península, concretamente en aquellos que desarrollaron alguna forma de *señoría ciudadana*, esto es, en los que el gobierno de la ciudad implicó el ejercicio de un dominio señorial efectivo sobre un territorio rural o incluso sobre otras ciudades de su entorno. Este proceso de transformación del mapa político estuvo salpicado de conflictos armados y tremendamente violentos entre las ciudades afectadas, hasta el punto de que, eventualmente, algunas de ellas delegaron su soberanía en la figura de un personaje ilustre, no necesariamente procedente de la oligarquía local. En este contexto, Florencia, en la década de 1340, y Siena, entre 1360 y 1370, proporcionan los primeros ejemplos de deuda consolidada a largo plazo y, posteriormente, Pisa, Luca, Bolonia y Ancona siguieron también una trayectoria similar.¹⁰

La síntesis que acabamos de realizar no hace justicia, qué duda cabe, a la densidad de las investigaciones realizadas en las últimas dos décadas, ni tampoco a la complejidad de

mercados financieros en el Occidente cristiano (siglos XIII-XVI), XLI Semana de Estudios Medievales de Estella, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2015, pp. 243-271; Mario LAFUENTE GÓMEZ: “Agentes económicos y acción institucional: la reestructuración fiscal del concejo de Zaragoza entre las décadas de 1360 y 1380”, en Mercedes BORRERO FERNÁNDEZ, Juan CARRASCO PÉREZ y Rafael G. PEINADO SANTAELLA (eds.), *Agentes de los sistemas fiscales en Andalucía y los reinos hispánicos (siglos XIII-XVII): un modelo comparativo*, IV Coloquio de la Red Arca Común. Homenaje al profesor Collantes de Terán Sánchez, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 2014, pp. 43-66; y los estudios reunidos en Manuel SÁNCHEZ MARTÍNEZ (ed.), *La deuda pública en la Cataluña bajomedieval*, CSIC-IMF, Barcelona, 2009.

⁹ Manuel SÁNCHEZ MARTÍNEZ: “Las primeras emisiones de deuda pública por la Diputación del General de Cataluña (1365-1369)”, en Íd. (ed.), *La deuda pública en la Cataluña bajomedieval*, Barcelona, CSIC, 2009, pp. 219-258; J. Ángel SESMA MUÑOZ: “Las transformaciones de la fiscalidad real en la baja Edad Media”, *El poder real en la Corona de Aragón (siglos XIV-XVI)*, XV Congreso de Historia de la Corona de Aragón, Zaragoza, Gobierno de Aragón, 1997, t. I, v. 1º, pp. 231-292, especialmente p. 289; y Rosa MUÑOZ POMER: “Las Cortes valencianas y el cambio de las estructuras fiscales en el tránsito del siglo XIV al XV”, *Anuario de Estudios Medievales*, 22 (1992), pp. 463-483, concretamente p. 480.

¹⁰ Maria GINATEMPO: “Il finanziamento del deficit...”, pp. 51-57; e Íd.: *Prima del debito: Finanziamento della spesa pubblica e gestione del deficit nelle grandi città toscane (1200-1350 ca.)*, Florencia, Olschki, 2000.

los procesos y coyunturas analizadas por los investigadores durante todo este tiempo. En ella, sin embargo, sí creemos haber reflejado el que seguramente ha sido el rasgo más representativo en las investigaciones recientes sobre el coste de la guerra en la Baja Edad Media. Se trata del protagonismo otorgado a la financiación directa de las fuerzas movilizadas por los Estados, un enfoque que, necesariamente, conduce la reflexión hacia el campo de las instituciones, la fiscalidad y las grandes operaciones financieras, pero deja poco margen para plantear otro tipo de problemas, particularmente aquellos que se inscriben en el plano de las mentalidades o los costes sociales de los conflictos.

El artículo que abre el dossier, a cargo de Elisabetta Scarton, afronta la definición de los costes de la guerra de modo sensiblemente distinto. En este trabajo, titulado “Costi della guerra e forze in campo nel secolo XV, tra verità storiografiche e manipolazione dell’informazione”, la profesora Scarton se aleja del registro estrictamente cuantitativo para adentrarse en el plano de lo cultural, ofreciendo una afinada interpretación acerca del modo de generar, difundir y percibir la información relacionada con el tamaño y el potencial de los ejércitos en la Italia meridional a finales de la Edad Media. A partir de una abundante documentación de carácter principalmente diplomático y cronístico, el trabajo de Scarton demuestra que la manipulación consciente de la información era un recurso ampliamente utilizado en el campo político y que, de hecho, el éxito de las misiones diplomáticas dependía, ante todo, de la pericia de los intermediarios para desenvolverse con éxito en este ámbito. En función del contexto y, sobre todo, del interlocutor con el que se entraba en contacto en cada momento, el mensaje y los argumentos sostenidos por los representantes de cada una de las potencias enfrentadas podía variar sustancialmente, aunque la realidad de fondo fuese esencialmente la misma. O, dicho de otro modo: tanto para los titulares del poder político como para sus embajadores e intermediarios, había una clara diferencia entre dirigirse a los propios súbditos o hacerlo ante un poder aliado; y, asimismo, unos y otros eran conscientes de que cualquiera de las dos situaciones anteriores era radicalmente opuesta a la posibilidad de interpelar al enemigo. Para ellos, el contenido del mensaje dependía, en buena medida, de la identidad y las pretensiones de su interlocutor.

Dentro del cuestionario general dedicado al análisis de los costes de la guerra, el trabajo de Victòria Burguera se centra en un aspecto relativamente poco atendido por la historiografía de temática militar, pero que, sin duda, resulta crucial para interpretar el impacto de la violencia bélica sobre las relaciones sociales en un sentido amplio. El artículo, titulado “*Car més val contendre ab la quartana que ab flaqua*. Conflictividad marítima en tiempos de carestía en la Corona de Aragón a principios del siglo XV”, analiza los principios jurídicos y los medios materiales de los que se dotaron las grandes ciudades costeras de la Corona de Aragón –concretamente Barcelona, Valencia y Mallorca– para asegurar su propio abastecimiento por vía marítima, particularmente en épocas de carestía. La estrategia desplegada al efecto constituye, de hecho, una forma de violencia institucionalizada, sustentada jurídicamente a través del privilegio denominado *Vi vel gratia*, otorgado por los soberanos de la Corona de Aragón desde el primer tercio del siglo XIV. Dicho privilegio facultaba a las autoridades urbanas a emplear la fuerza para asegurar su propio abastecimiento, siempre que no existiera alternativa para hacerlo por vía comercial o diplomática. Como se puede observar, el objetivo invocado por las ciudades para desarrollar legítimamente este tipo de actuación

nes era, en último término, la necesidad de asegurar el suministro de bienes de consumo —y, especialmente, trigo— a la población. Sin embargo, es difícil pensar que la adopción de este tipo de medidas respondiera exclusivamente a la solidaridad de los agentes del poder local. Nos encontramos, más bien, ante fórmulas de carácter coercitivo empleadas por las elites urbanas —y más concretamente por aquellos sectores especializados en el comercio marítimo a larga distancia— para salvaguardar sus intereses comerciales en un contexto conflictivo, como era el mundo mediterráneo, en los dos últimos siglos de la Edad Media.

La segunda cuestión planteada en el dossier es el análisis de los efectivos integrados en los ejércitos bajomedievales, un tema que también cuenta con una larga tradición historiográfica y que, en los últimos años ha sido objeto de una intensa revisión. Las aportaciones más relevantes entre las conclusiones derivadas de las investigaciones recientes pueden agruparse, a su vez, en tres grandes campos. El primero de ellos abarca el estudio del marco institucional que habilita la movilización militar, es decir, las condiciones legales que permiten a un poder político determinado contar con la fuerza militar de aquellos agentes sociales subordinados al mismo. Esta línea de trabajo ha permitido definir un proceso de cambio a escala europea, que afectó a los mecanismos de movilización militar de la aristocracia feudal y que vino caracterizado por el progresivo abandono de las fórmulas propias del contrato feudovasallático y su sustitución, desde comienzos del siglo XIV, por la casa —en el sentido de espacio de poder y marco de relaciones clientelares— como marco social y jurídico para la organización militar de la aristocracia.¹¹

El segundo aspecto indicado guarda una estrecha relación con el anterior, puesto que está orientado hacia el estudio sistemático de los ejércitos en campaña, desde las formas de reclutamiento hasta las modalidades de retribución, pasando por la organización interna de los efectivos, la jerarquización y control de las tropas y las relaciones establecidas entre los combatientes y el resto de la población. El análisis detallado de algunos de los conflictos bélicos más relevantes entre los desarrollados en el mundo Mediterráneo, desde finales del siglo XIII en adelante, ha permitido cuantificar el despliegue militar llevado a cabo por algunos de los Estados implicados en ellos y, sobre todo, identificar los perfiles sociales de las fuerzas empleadas. En este sentido, se ha constatado una elevada militarización de la aristocracia de carácter feudal, durante toda la Baja Edad Media, frente al efectivo abandono de la función militar por parte de las sociedades estrictamente urbanas, un fenómeno que empieza a detectarse a comienzos del siglo XIV, en el caso de la Corona de Aragón y el sur de

¹¹ Puede encontrarse una completa síntesis sobre el tema en Jon Andoni FERNÁNDEZ DE LARREA ROJAS: “Guerra y sociedad en Europa occidental durante la Baja Edad Media: siglos xiii-xv”, en Ángel VACA LORENZO (ed.), *La guerra en la Historia*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1999, pp. 45-94. Para el marco geográfico que nos ocupa, véase Nadia COVINI: *L'esercito del duca. Organizzazione militare e istituzioni al tempo degli Sforza (1450-1480)*, Roma, Ist. Storico Italiano per il Medio Evo, 1998; Enrica GUERRA: *Soggetti a "ribalda fortuna". Gli uomini dello stato estense nelle guerre dell'Italia quattrocentesca*, Milano, Franco Angeli, 2005; Jorge SÁIZ SERRANO: “Los ejércitos del rey en la Corona de Aragón (siglos XIV-XV)”, en J. Ángel SESMA MUÑOZ (ed.), *La Corona de Aragón en el centro de su Historia. 1208-1458. La monarquía aragonesa y los reinos de la Corona*, Zaragoza, Grupo CEMA, 2009, pp. 97-128; y Mario LAFUENTE GÓMEZ: “Afinidad y violencia. La organización militar de la nobleza aragonesa en los siglos xiii y xiv”, en *Discurso, memoria y representación. La nobleza peninsular en la Baja Edad Media*, XLII Semana de Estudios Medievales de Estella, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2016, pp. 183-218.

Italia, y finales del siglo XIII, en la Italia septentrional. Los elevados niveles de inserción de la nobleza aragonesa, catalana y valenciana en los ejércitos movilizados por la monarquía para combatir en Cerdeña, el reino de Nápoles o en la propia Península Ibérica, acreditan que la función militar continuaba siendo a finales de la Edad Media un rasgo esencial de la identidad aristocrática en estos territorios, además de una vía de promoción social ampliamente transitada.¹²

Sin embargo, en el caso de las sociedades urbanas la realidad fue sensiblemente distinta, ya que, a pesar de que las elites ciudadanas conservaron siempre un fuerte apego hacia el modo de vida aristocrático y, por tanto, nunca llegaron a despojarse formalmente de las cualidades propias del mismo, lo cierto es que, en la práctica y de un modo general, no manifestaron una funcionalidad militar comparable.¹³ Una buena muestra de ello es la puesta en práctica de contratos sustitutivos del servicio militar, mediante los cuales los ciudadanos afectados por una orden de movilización podían transferir el desempeño efectivo del servicio a un tercero, a cambio de un salario previamente estipulado. Si comparamos el modo en que se plasmó este tipo de práctica en Florencia, durante la década de 1320, y en Zaragoza, entre 1350 y 1370, por citar tan sólo dos ejemplos representativos y relativamente tempranos, no es difícil detectar paralelismos entre uno y otro caso, lo que remite, en definitiva, a la existencia de fuertes conexiones entre las sociedades urbanas de uno y otro lado del Mediterráneo.¹⁴

Por último, dentro del campo dedicado al análisis de los efectivos integrados en los ejércitos bajomedievales, la tercera de las aportaciones que nos gustaría señalar aquí es la delimitación, en términos cada vez más precisos, del fenómeno del mercenariado en la Baja Edad Media. Como es sabido, todos los Estados bajomedievales recurrieron a la contratación de compañías de combatientes, tanto en la modalidad de hombres de armas como de soldados a pie. Sin embargo, no todos ellos desarrollaron en la misma medida un mercado de mano de obra especializada en el combate, ni tampoco necesitaron recurrir igualmente a la oferta disponible en otros territorios.¹⁵ La diferencia entre uno y otro extremo parece resi-

¹² Jorge SÁIZ SERRANO: *Caballeros del rey. Nobleza y guerra en el reinado de Alfonso el Magnánimo*, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2008, pp. 225-323; Mario LAFUENTE GÓMEZ: *Guerra en ultramar. La intervención aragonesa en el dominio de Cerdeña (1354-1355)*, Zaragoza, Institución 'Fernando el Católico', 2011, pp. 89-148; e íd.: *Un reino en armas...*, pp. 27-94.

¹³ Stefano GASPARRI: *I milites cittadini. Studi sulla cavalleria in Italia*, Roma, Istituto Storico Italiano per il Medioevo, 1992.

¹⁴ Véanse, respectivamente Daniel WALEY: "The Army of Florentine Republic from the Twelfth to the Fourteenth Century", en Nicolai RUBINSTEIN (ed.), *Florentine Studies. Politics and Society in Renaissance Florence*, Londres, Northwestern University Press, 1968, pp. 70-108; y Mario LAFUENTE GÓMEZ: "La oligarquía de Zaragoza y las huestes de la ciudad en la guerra de los Dos Pedros (1356-1366)", en *A guerra e a sociedade na Idade Média*, VI Jornadas Luso-Espanholas de Estudos Medievais, Coimbra, Sociedade Portuguesa de Estudos Medievais, Sociedad Española de Estudios Medievales, 2009, v. I, pp. 183-211.

¹⁵ Entre la abundante bibliografía al respecto, pueden consultarse los trabajos de Armand JAMME: "Les compagnies d'aventure en Italie. Ascenseurs sociaux et mondes parallèles au milieu du XIV^e siècle", en Pierre BOGLIONI, Robert DELORT y Claude GAUVARD (eds.), *Le petit peuple dans l'Occident médiéval. Terminologies, perceptions, réalités*, Paris, PUSorbonne, 2002, pp. 347-363; y Nadia COVINI: "Guerra e relazioni diplomatiche in Italia (secoli XIV-XV): la diplomazia dei condottieri", en *Guerra y Diplomacia en la Europa occidental, 1280-1480*, XXXI Semana de Estudios Medievales de Estella, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2005, pp. 163-198; así como la obra colectiva a

dir en el perfil social y político de la clase dirigente, de manera que, en aquellos Estados en los que existía un mayor peso de la aristocracia feudal se dio un escaso o incluso nulo desarrollo del mercenariado. Mientras que, por el contrario, en aquellos territorios en los que predominaba una elite de perfil urbano y comercial –aunque no por ello exenta de rasgos típicamente aristocráticos– tendió a desarrollarse, en mayor medida, el mercado de combatientes profesionales.¹⁶

El artículo de Enrica Guerra, titulado “Uomini d’arme nel territorio estense alla fine del XV secolo” se inscribe dentro de esta temática general y, en él se tratan con detenimiento algunos de los aspectos que acabamos de apuntar. Concretamente, la citada autora realiza un primer análisis sobre las categorías de combatientes encuadradas en las filas de los ejércitos movilizados al servicio de los duques de Este, así como del perfil social de los individuos integrados en ellos durante las dos últimas décadas del siglo XV. A partir de la utilización de una riquísima documentación contable, Guerra muestra cómo una buena parte de las fuerzas puestas a disposición de los duques de Ferrara provenía del potencial militar de la aristocracia regional, situada bajo la dependencia de la Casa de Este, bien a través de fórmulas feudovasalláticas o bien mediante vínculos de tipo clientelar. Esta realidad se corresponde con el sistema de organización militar constatado en aquellos Estados en los que la clase dirigente conservaba una efectiva funcionalidad militar o, dicho de otro modo, en los que la aristocracia feudal ejercía mayores cuotas de poder sobre el conjunto del campo político. En líneas generales, los ejércitos de los duques de Ferrara presentan analogías directas con las fuerzas puestas al servicio de los Visconti y de los Sforza, en Milán; de Alfonso V, en la Corona de Aragón; o de Ferrante I, en el reino de Nápoles, por citar tan sólo tres ejemplos significativos y muy próximos en el tiempo.¹⁷

Conviene advertir, no obstante, que el predominio de la aristocracia feudal en las funciones de dirección y control de los ejércitos movilizados por cada una de estas potencias no fue incompatible, necesariamente, con la existencia de una cierta oferta de mano de obra especializada en el combate, un fenómeno que, en mayor o menor medida, puede detectarse a nivel general. Lo significativo, en todos estos casos, es que el perfil netamente feudal y, por tanto, operativo desde el punto de vista militar, del núcleo dirigente, limitó el desarrollo de dicho fenómeno, a diferencia de la experiencia atravesada por aquellos Estados cuyas elites, a pesar de mantener en apariencia el espíritu aristocrático propio de la época, se fueron desvinculando progresivamente del ejercicio de la milicia, hasta el punto de llegar a externali-

cargo de Mario DEL TREPPO (ed.): *Condottieri e uomini d’arme nell’Italia del Rinascimento*, Napoli, ASM SPE, 2001.

¹⁶ Sobre el cambio social y las transformaciones institucionales en las ciudades del norte de Italia, en los siglos xiii y xiv, véase Alma POLONI: “Fisionomia sociale e identità politica dei gruppi dirigenti popolari nella seconda metà del Duecento. Spunti di riflessione su un tema classico della storiografia comunalistica italiana”, *Società e storia*, 28 (2005) pp. 799-822; e Íd.: “Il comune di popolo e le sue istituzioni tra Due e Trecento. Alcune riflessioni a partire dalla storiografia dell’ultimo quindicennio”, *Reti Medievali Rivista*, 13, 1 (2012).

¹⁷ Nadia COVINI: *L’esercito del duca...*; Jorge SÁIZ SERRANO: *Caballeros del rey...*; Francesco STORTI: *L’esercito napoletano nella seconda metà del Quattrocento*, Salerno, Laveglia Editore, 2007.

zar, en la práctica, la función militar. Éste fue el itinerario seguido por las ciudades de Pisa, desde finales del siglo XIII, y Florencia, durante prácticamente toda la Baja Edad Media.¹⁸

Pero al margen de las diferencias constatadas en cuanto a los mecanismos de reclutamiento y a la procedencia social de los individuos movilizados, los ejércitos a los que hemos hecho referencia tienen un rasgo en común: todos ellos planteaban importantes necesidades de tipo logístico y, al mismo tiempo, generaban serios conflictos de orden público allá donde se encontraban. En relación con este aspecto, la profesora Guerra concluye que la existencia de vínculos directos entre los altos cargos del ejército y la corte ducal no sirvió, en la práctica, para disciplinar el comportamiento de los combatientes y que, en realidad, los conflictos desatados entre ellos mismos y, sobre todo, entre ellos y el resto de la población no fueron para nada extraños. Según la documentación manejada, los problemas de este tipo se derivaron de casos más o menos manifiestos de robo y extorsión sobre la población no combatiente, que los inculpados justificaban alegando todo tipo de negligencias en el pago de sus salarios.¹⁹ Frente a todas estas formas de depredación institucionalizada, la citada autora constata un claro fenómeno de contestación social, articulado en torno a la figura de la duquesa Leonor de Aragón, quien canalizó una buena parte de las protestas emitidas por las autoridades municipales y, en general, por las víctimas del ejército ducal.²⁰

El estudio de Antonio Musarra se ocupa también de analizar los problemas relacionados con la movilización militar y la organización de los ejércitos en campaña, si bien lo hace en un contexto político y social muy distinto del anterior. En su artículo, titulado “La marina da guerra genovese nel tardo medioevo. In cerca d’un modello”, el Dr. Musarra plantea la necesidad de llevar a cabo un escrutinio sistemático de la abundante documentación administrativa conservada en el fondo denominado *Antico Comune* del *Archivio di Stato di Genova* y, sobre todo, ofrece un sólido arsenal teórico para llevar a cabo su interpretación. Con este objetivo, propone revisar críticamente algunas de las teorías manejadas en las últimas décadas para explicar la expansión mediterránea de la ciudad de Génova y, más

¹⁸ Duccio BALESTRACCI: *Le armi, i cavalli, l'oro: Giovanni Acuto e i condottieri nell'Italia del Trecento*, Roma, GLF editori Laterza, 2003; Paolo GRILLO: *Cavaliere e popoli in armi. Le istituzioni militari nell'Italia medievale*, Bari, Laterza, 2008, p. 141-158.

¹⁹ Este tipo de disturbios, tanto en éste como en los numerosos casos de estas características registrados en toda Europa, no pueden ser interpretados sin tener en cuenta el contexto sociocultural en el que se produjeron. No hay que olvidar, en este sentido, que la guerra significaba, en época medieval y moderna, una ruptura eventual del orden jurídico establecido, ya que, como consecuencia de la movilización militar, los efectivos reclutados y sus dirigentes pasaban a asumir una gran autoridad sobre el conjunto del cuerpo social, circunstancia que se traducían, a su vez, en la posibilidad de ejercer legítimamente un efectivo poder de coerción. En tales condiciones, la Antropología social ha demostrado que la tensión social y la agresividad tienden a generar contextos de violencia colectiva y asimétrica: «La violencia es ejercida por quienes ostentan una condición de *autoridad*, unas veces porque tienen el acceso a la fuerza necesaria para ejercerla, los medios y los instrumentos, pero también porque están ratificados desde un plano institucional y social para llevarla a cabo. El efecto de la autoridad sobre la conducta violenta es verdaderamente importante.» Joaquín GUERRERO MUÑOZ: *La sociedad extrema. Debates sobre la violencia*, Madrid, Tecnos, 2008, p. 20.

²⁰ Sobre la figura de Leonor de Aragón (1450-1493), véase Enrica GUERRA: “Lo spazio del potere: Eleonora e Beatrice d’Aragona nei *Memoriali* di Diomede Carafa”, *Annali dell’Università di Ferrara. Sezione Storia*, 2 (2005), pp. 323-361; e íd.: “Eleonora d’Aragona e *I doveri del principe* di Diomede Carafa: l’esercizio del governo tra realtà e precettistica”, en Angela GIALLONGO (ed.), *Donne di palazzo nelle corti europee. Tracce e forme di potere dall’età moderna*, Milano, Unicopli, 2005, pp. 113-119.

concretamente, aquellos planteamientos que han querido ver en ella el fruto de una estrategia fríamente calculada, cuyo objetivo, a largo plazo, sería el control de los puntos clave de la ruta marítima hacia Levante. En su lugar, el autor enfatiza la existencia de intereses diversos y no siempre coincidentes en el seno de la sociedad política genovesa y, sobre todo, destaca el papel protagonista de la iniciativa privada en la dotación y el control de las armadas movilizadas por el *comune* a partir del siglo XIII. En tales condiciones, la eficacia del sistema estuvo basada en el desarrollo de algunos elementos capaces de salvaguardar el interés común y, entre ellos, el citado autor destaca fundamentalmente dos: un potente sistema de reclutamiento, con el que asegurar la dotación de tripulantes y ballesteros; y, de otro, una estricta legislación naval, que permitiera regular las características de las embarcaciones construidas en los dominios de la ciudad y susceptibles, por tanto, de ser puestas a su servicio en un contexto bélico.

Por último, el tercero de los problemas que se analizarán en las páginas siguientes es la influencia del cambio tecnológico experimentado a finales de la Edad Media sobre el modo de organizar y llevar a término los conflictos bélicos. En este sentido, conviene señalar que la investigación sobre el desarrollo técnico de la Europa bajomedieval ha revelado, en las tres últimas décadas, una progresión notable con respecto a la etapa anterior y, sobre todo, en relación con el conocimiento acumulado sobre el particular hasta comienzos de la década de 1980.²¹ Concretamente, el estudio de las técnicas de explotación agraria, la construcción naval y la fabricación de tejidos, o, más recientemente, la atención prestada al mundo de los enseres domésticos y los bienes de prestigio, han contribuido de forma decisiva a cambiar nuestra percepción sobre la cultura material que rodeaba a las personas en los siglos XIV y XV.²² En relación con este aspecto, la historiografía reciente está poniendo de manifiesto que las industrias de la guerra, fundamentalmente aquellas más directamente implicadas en la fabricación de arneses y armas de mano, piezas de artillería y pólvora, actuaron como agentes destacados dentro de este proceso de cambio general, al incorporar notables innovaciones no sólo en el plano estrictamente tecnológico, sino también en lo que respecta a las estrategias de fabricación y comercialización de los distintos productos.²³

²¹ Uno de los trabajos pioneros, en esta línea, es el de Karl GUNNAR PERSSON: *Pre-Industrial Economic Growth, Social Organization, and Technological Progress in Europe*, Oxford, Blackwell Pub, 1988.

²² Richard H. BRITNELL: *The Commercialisation of English Society, 1000-1500*, Manchester, Manchester University Press, 1993; Jean Christophe AGNEW: "Coming up for air: consumer culture in historical perspective", en John BREWER y Ray PORTER (eds.), *Consumption and the World of Goods*, Londres y Nueva York, Psychology Press, 1994, pp. 19-39; Maureen QUILLIGAN: "Renaissance Materialities: Introduction", *Journal of Medieval and Early Modern Studies*, 32:3 (2002), pp. 427-431; Evelyn WELCH: *De compras en el Renacimiento. Culturas del consumo en Italia (1400-1600)*, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2009; Samuel jr. COHN: "Renaissance attachment to things: material culture in last wills and testaments", *Economic History Review*, 65, S3 (2012), pp. 984-1004; y Judicaël PETROWISTE y Mario LAFUENTE GÓMEZ (eds.): *Faire son marché en Méditerranée Occidentale (XIV^e-XV^e siècle). France méridionale, Espagne, Italie*, Madrid, Casa de Velázquez, en prensa.

²³ Philip T. HOFFMAN: "Prices, the military revolution, and western Europe's comparative advantage in violence", *Economic History Review*, 64, S1 (2011), pp. 39-50; Christiane Raynaud (ed.): *Armes et outils*, Paris, Le Léopard d'Or, 2012.

Sobre esta línea de investigación, el trabajo de Álvaro Cantos, titulado “El armamento y sus innovaciones en el Aragón de la segunda mitad del siglo XIV”, proporciona una tipología actualizada de los distintos elementos que conformaban el equipo de combate empleado en el reino de Aragón y, por extensión, en el conjunto de la Corona, en una etapa crucial de la Edad Media. A partir de un amplio y heterogéneo repertorio de fuentes, el autor contribuye decisivamente a situar la adopción del llamado “arnés blanco”, compuesto por piezas elaboradas a partir de placas de metal para cubrir el tronco y las extremidades de los combatientes y que, posteriormente, evolucionará hasta dar lugar a la armadura de cuerpo completo. Asimismo, la segunda mitad del Trescientos significó también en Aragón una importante diversificación tipológica en cuanto a las formas y calidades de las ballestas, tal y como destaca el citado autor, quien describe además el aspecto y utilización de cuatro modalidades diferentes de este tipo de arma: la ballesta de estribo, la de torno, la de palanca y la llamada de *senfonía* o *martinet*. Pero, más allá de las innovaciones concernientes al equipo y el armamento individual, el artículo del Dr. Cantos permite documentar también la evolución de la artillería pesada, un aspecto en el que cabe destacar el predominio de las máquinas de guerra con contrapeso fijo, frente a aquellas que necesitaban de tracción manual; y, sobre todo, actualiza la cronología de la introducción de la artillería detonada con pólvora que, según los datos aquí manejados, comienza a utilizarse en la Corona de Aragón a partir de finales de la década de 1350, si bien habrá que esperar todavía cerca de dos décadas más para encontrar los primeros testimonios de su aplicación extensiva.

Los problemas relacionados con la difusión de las armas de fuego, tanto en lo que respecta a la artillería de asedio como en lo relacionado con el armamento móvil, de manejo individual, son abordados en el último de los artículos incluidos en el dossier, a cargo de Fabio Romanoni y Fabio Bargigia, que lleva por título “La diffusione delle armi da fuoco nel dominio visconteo (secolo XIV)”. Este trabajo es una buena muestra del creciente interés que la historiografía italiana de temática militar está desarrollando en los últimos años hacia las transformaciones técnicas relacionadas con el armamento y, en particular, por las formas de producción y circulación de la pólvora en el mundo mediterráneo. Si bien es cierto que existen noticias sobre el uso de este tipo de armas en la Península Itálica desde fechas bastante tempranas –concretamente, en 1326, para Florencia, y en 1327, para la castellanía de Gassino–, el exhaustivo escrutinio de fuentes inéditas procedentes del dominio visconteo realizado por Bargigia y Romanoni les ha permitido definir las condiciones en que se produjo la recepción y difusión de estas importantes novedades técnicas en este territorio.

Entre los resultados derivados de su investigación, cabe destacar la constatación del uso de máquinas de artillería tanto en operaciones ofensivas como defensivas, si bien todo parece indicar que la utilización de este tipo de ingenios se concentraba preferentemente en la defensa de ciudades y otras plazas fortificadas. Concretamente, un importante lote de bombardas fue empleado durante la ocupación viscontea de Bolonia, entre 1350-1354, y a partir de entonces, la fabricación y/o utilización de elementos de este tipo se extendió de forma creciente en las ciudades situadas en la órbita de los señores de Milán, entre ellas Piacenza (1358), Bergamo (1364) y Vercelli (1373). Asimismo, la difusión de las armas de fuego portátiles fue ligeramente posterior, ya que los primeros casos del uso efectivo de estos instrumentos están datados a mediados de la década de 1360. Sin embargo, la recepción y uti-

lización efectiva de este tipo de armas son dos fenómenos perfectamente sincrónicos a la expansión de la artillería detonada con pólvora y, de hecho, al igual que en el primer caso, su expansión se produjo, en su fase inicial, en torno al control y la defensa de las fortificaciones. En efecto, el estudio específico de la dotación de algunas de las más importantes fortalezas pertenecientes a los señores de Milán, así como de los arsenales privados pertenecientes a familias destacadas de la aristocracia local, ha revelado que, a partir de 1380, en esta zona del norte de Italia tuvo lugar un proceso de diversificación de las armas de fuego disponibles. De otro lado, y más allá del plano estrictamente técnico, conviene señalar también que la fabricación y puesta en circulación de armas de fuego estuvo fuertemente dirigida desde el poder, puesto que, en último término, era el señor quien se reservaba la potestad de conceder las licencias de fabricación de este tipo de armamento.

En suma, los seis trabajos reunidos en este dossier ofrecen un corpus actualizado de reflexiones y argumentos para seguir debatiendo sobre la relación entre las formas de organización militar y los modelos de Estado configurados en el mundo mediterráneo a finales de la Edad Media. Con independencia de cuál sea su objeto de estudio, en particular, y del contexto geográfico y temporal en el que aquél se sitúe, todos ellos invitan a descartar, de una vez por todas, la tan trillada sentencia que define la guerra como “la continuación de la política por otros medios”.²⁴ En su lugar, a lo largo de las siguientes páginas la guerra aparecerá, más bien, como una estrategia de dominación, cimentada sobre un uso organizado y sistemático de la violencia en todos los espacios en los que se distribuye el poder social.

²⁴ Su autor, como es sabido, es el militar prusiano Carl von Clausewitz (1780-1831), quien la acuñó en su obra titulada *Vom Kriege (De la guerra)*, publicada póstumamente en 1832. La citamos por la siguiente edición: Carl VON CLAUSEWITZ: *On War*, Oxford, Oxford University Press, 2007, pp. 28-29.

Costi della guerra e forze in campo nel secolo xv, tra verità storiografiche e manipolazione de- ll'informazione

Costes de la guerra y ejércitos en campaña en el siglo XV, entre la
realidad historiográfica y la manipulación de la información

Costs of War and Armies on the Scene in the 15th Century, be-
tween the Historiographical Reality and the Manipulation of In-
formation

Elisabetta Scarton

Università degli Studi di Udine, Italia

Riassunto: Come possiamo, oggi, quantificare i costi di una guerra medievale? Una risposta non c'è, perchè sono troppe le variabili: uomini e animali, armi e vettovaglie, e dietro a tutti una pletora di commissari, messi, ambasciatori, informatori, spie.... La stessa credibilità delle cifre gioca a nostro ulteriore sfavore: i dati relativi al denaro disponibile, agli uomini, alle armi o alla flotta sono spesso alterati, volutamente gonfiati o sminuiti, a seconda delle convenienze. Lo si fa per apparire più forti e scoraggiare il nemico, oppure ci si mostra deboli, col chiaro intento di fare pressioni per ottenere aiuto dagli alleati. Nelle guerre del primo Rinascimento si combatte anche con la propaganda e un uso attento dell'informazione. È sui tavoli diplomatici che si cerca la composizione e si risolvono molti conflitti. Fino a quando Carlo VIII non porterà in Italia una guerra "vera": cruda, rapida e priva di mediazioni.

Parole chiave: Quattrocento, Regno di Napoli, Guerra, Diplomazia, Politica.

Resumen: ¿Cómo podemos hoy cuantificar los costes de una guerra medieval? No hay una respuesta clara, ya que son demasiados los factores con los que habría que contar y no todos ellos se pueden expresar en cifras: la adquisición de hombres y animales, armas y vituallas; y, junto con ellos, los costes de mantener toda una pléyade de comisarios, embajadores, informadores, espías... La misma credibilidad de las cifras disponibles juega además en nuestra contra: los datos relativos al dinero manejado, a los hombres, las armas o la flota eran a menudo manipulados conscientemente por quienes los empleaban, en función de sus propios intereses. Así, cuando se pretendía disuadir al enemigo, solía incrementarse el potencial de las propias fuerzas; mientras que, para conseguir ayuda de los aliados, la tendencia era reducir el valor del propio ejército. En las guerras del primer Renacimiento, se combatía también con la propaganda y con la información, de manera que era en la arena diplomática donde se resolvían, a menudo, los conflictos. Hasta que Carlos VIII de Francia inicie en Italia una guerra "de verdad": cruel, rápida y carente de intermediarios.

Palabras clave: Baja Edad Media, Reino de Nápoles, Guerra, Diplomacia, Política.

Abstract: How can we nowadays quantify the costs of a medieval war? There is no clear answer, because there are too many factors to count on and not all of them can be expressed in figures: the acquisition of men and animals, weapons and supplies; and, together with them, the costs of maintaining a whole host of commissioners, ambassadors, informers, spies... The credibility of the available numbers also plays against us: data on money handled, men, weapons or the fleet were often consciously manipulated by those who used them, according to their own interests. Thus, when it was intended to dissuade the enemy, the potential of the own forces tended to increase; while, in order to get aid from the Allies, the tendency was to reduce the value of the own army. In the wars of the first Renaissance, the powers in conflict used to fight with propaganda and information, so it was in the diplomatic arena that conflicts were often resolved. Until Charles VIII of France declared on Italy a real war: cruel, quick and without intermediaries.

This paper offers an original view about how to generate, spread and perceive information related to the size and potential of the armies in southern Italy in the late Middle Ages. From a wide diplomatic and chronistic documentary collection, this work shows that the conscious manipulation of the information became a useful political tool and that, in fact, the success of the diplomatic missions depended, mainly, on the expertise of the intermediaries to operate successfully in this area. Depending on the context and, above all, on the interlocutor with whom contact was made at any moment, the message and the arguments held by the representatives of each of the opposing powers could vary substantially, although the underlying reality was essentially the same. The holders of political power and their ambassadors and intermediaries were aware that the content of the message depended, to a large extent, on the identity and pretensions of its interlocutor. Thus, there was a clear difference between addressing their subjects, an allied lord, or the enemy.

Keywords: Later Middle Ages, Kingdom of Naples, Warfare, Diplomacy, Politics.

Para citar este artículo: Elisabetta SCARTON: “Costi della guerra e forze in campo nel secolo XV, tra verità storiografiche e manipolazione dell’informazione”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 6, N° 11 (2017), pp. 23-42.

Recibido: 05/12/2016

Aprobado: 22/05/2017

Costi della guerra e forze in campo nel secolo xv, tra verità storiografiche e manipolazione dell'informazione

Elisabetta Scarton
Università degli Studi di Udine
elisabetta.scarton@uniud.it

Quanto costava una guerra nel basso Medioevo? Molto, più in termini di denaro che di vite umane; questo almeno fino al 1494, quando, come vedremo, la discesa di Carlo VIII segnò un punto di svolta. Costava sicuramente tanto da costringere signori e governi a indebitarsi, a imporre nuove tasse e chiedere nuovi prestiti, a fare quotidianamente i conti con creditori più o meno insistenti. A fronte di vantaggi (ammesso che fossero tali) incomprendibili agli occhi di un uomo di oggi, di conquiste territoriali spesso irriskorie, dell'acquisizione di diritti o di visibilità politica, la spesa è sempre sproporzionata. Quantificare complessivamente l'esborso è però impossibile. Le ragioni sono molteplici e riguardano in particolare le forze in campo e l'assenza di registri contabili seriali di governi e di uomini d'arme (se escludiamo quello del condottiero Micheletto Attendolo, che resta comunque un *unicum*).¹ La guerra, allora come oggi, non coinvolge mai solo due parti: ai principali concorrenti si uniscono infatti più alleati che contribuiscono alla spesa, ciascuno in misura diversa e spesso in funzione del peso politico.

Ma c'è un altro aspetto dei conflitti bassomedievali che deve essere tenuto a mente. Quando sui campi di battaglia due eserciti incrociavano le armi, uno scontro di parole e missive era già iniziato da tempo nelle stanze del potere e si sarebbe incrementato nel periodo successivo. L'avvio di estenuanti pratiche di negoziazione era praticamente quasi contemporaneo all'invio sul campo di uomini, armi e vettovaglie. Il tema della guerra era legato strettamente a quello della politica e quello della politica alla comunicazione: si iniziava un conflitto già sapendo che ci si sarebbe seduti al tavolo delle trattative. Il punto è la durata delle stesse e lo sforzo economico retto nel frattempo, sforzo che andava sostenuto a 360 gradi. Mentre infatti da un lato si cercava di ingaggiare i migliori condottieri e un buon numero di uomini d'arme, o di far salpare una flotta numerosa e composita, di schierare artiglieria pesante etc., dall'altra si pagavano le missioni più o meno durature di quella fitta rete di delatori, ufficiali e non, che doveva smorzare il conflitto, ma spesso rischiava di alimentarlo, allargarlo e senz'altro dilatarlo nel tempo. Ambasciatori e oratori, commissari di campo e legati, informatori e spie, erano tutti personaggi che in qualche modo andavano pagati per

Nel testo sono state utilizzate le seguenti abbreviazioni: ASMi, *Sforzesco* (= Archivio di Stato di Milano, *Sforzesco Potenze Estere*); ASMo, CD (= Archivio di Stato di Modena, *Cancellaria Ducale*); ASVe (Archivio di Stato di Venezia).

¹ Studiato da Elvira VITTOZZI: "Micheletto degli Attendoli e la sua condotta nel regno di Napoli (1435-1439)", *Archivio Storico per le Province Napoletane*, CXXIV (2006), pp. 21-111, il registro è finora l'unico noto relativo a una compagnia di ventura italiana.

le loro prestazioni, richieste o meno che fossero, senza contare lo sforzo di coloro che, all'ombra delle cancellerie, avevano il compito di raccogliere le notizie, incrociare quella massa di dati spesso discordanti e vagliarne la veridicità affinché i governi potessero decidere le mosse successive.

Le fonti diplomatiche, che negli ultimi decenni hanno dimostrato le loro potenzialità di indagine, se da un lato consentono di ricostruire la cronistoria degli eventi bellici e non, sul versante economico sono validissime per farsi un'idea dei costi di ingaggio dei capitani generali e delle quote suddivise tra i potentati peninsulari per mantenerli al servizio, tanto in tempo di guerra quanto di pace.² Si tratta però solo di una porzione delle uscite: era infatti necessario rifornire quegli eserciti di armi e vettovaglie, dati questi che i dispacci trattano poco, solo incidentalmente, certo più per definire eventuali problemi nell'approvvigionamento o le quantità di "biscotto" ordinate, che per specificare i costi di acquisto, trasporto etc.

Oltre a presentare questo "limite", le fonti diplomatiche possono rivelarsi insidiose anche per altri aspetti. Il primo è noto e non riguarda, in realtà, solo la corrispondenza: per avere una visione globale si devono verificare tutti i punti di vista, possibilmente quelli di entrambi gli schieramenti e non solo delle principali parti in causa. Ciò significa nel nostro caso vagliare e incrociare migliaia di documenti, pena il rischio di una percezione poco obiettiva.³ Fraintendere, mal interpretare, conoscere solo una parte della verità è un problema che tocca tanto lo studioso odierno, quanto l'ambasciatore coevo agli eventi. Quando si è davanti al dispaccio di un oratore, bisognerà sempre rammentare che quello contenuto è il suo punto di vista. Benché gli ambasciatori si sforzassero di essere imparziali e di riferire tutti i dettagli, anche quelli apparentemente più insignificanti, è evidente che essi, sapendo quali erano le posizioni e le aspettative dei rispettivi signori e governi, fornivano una visione di parte.

La seconda insidia, ben più sottile, è rappresentata dalla manipolazione delle informazioni. Essa riguarda soprattutto la corrispondenza verso l'esterno (i dispacci degli oratori residenti spediti ai propri governi); in quella "interna" (degli ufficiali sul territorio) è da presumere che i dati numerici siano puliti o comunque più affidabili. Spesso l'ambasciatore era incolpevole: semplicemente le notizie di cui disponeva non erano di prima mano (e non poteva sempre certificare le qualità dell'informatore e della trasmissione) o gli veniva volutamente fornito qualche dato gonfiato oppure sminuito, a seconda delle occorrenze. Ci sono situazioni in cui i dati numerici indicati nelle fonti medievali sono più facilmente verificabili e da considerare attendibili; il contesto bellico invece richiede prudenza.

² Se su alcuni aspetti sono lacunose e, come vedremo, passibili di manipolazione, per ricostruire per esempio i costi di ingaggio dei condottieri le fonti diplomatiche rappresentano invece un deposito straordinario, tanto che ci riserviamo di tornare sull'argomento.

³ È quanto è successo per esempio nella ricostruzione di Carlo Massa dell'occupazione veneziana di Gallipoli del 1484 (Carlo MASSA: *Venezia e Gallipoli ed altri scritti*, Galatina, Congedo editore, 1984). Lo storico ha preso in esame fonti documentarie e narrative sia regnicole sia veneziane, ma il risultato è stato una visione filo-veneziana. Cfr. Bruno FIGLIUOLO: "I Veneziani a Gallipoli (maggio-settembre 1484)", in Davide CANFORA y Angela CARACCILO ARICÒ (eds.), *La Serenissima e il Regno. Nel V Centenario dell'Arcadia di Jacopo Sannazaro*, Atti del Convegno di Studi (Bari-Venezia, 4-8 dicembre 2004), Bari, Cacucci, 2006, p. 285.

Due sono, a nostro avviso, i nodi più facilmente soggetti a manipolazione delle cifre: quelli relativi alla ricchezza da spendere e alla forza militare da mettere in campo o in mare. Ci sono momenti in cui un governo o un regnante è interessato a trattarli a ribasso e altri in cui, per dimostrare la propria forza (soprattutto quella che non ha), a diffondere idee di *grandeur*. Era una prassi molto diffusa, un forma di pressione utilizzata tanto sull'avversario quanto sull'alleato. Se dichiararsi in *deficit* monetario era un modo per dilazionare pagamenti, prestiti e nuove richieste di contributi che ogni giorno qualche alleato avanzava, far circolare false notizie su una ricchezza più consistente del reale era il modo migliore per raffreddare i possibili nemici. Alla morte di Alfonso il Magnanimo – sapendo quanto la successione potesse essere delicata – il duca di Milano aveva suggerito a Ferrante di lasciar credere che l'eredità paterna ammontasse a una cifra maggiore dei 60 mila ducati incamerati. Le parole di Francesco Sforza sono paradigmatiche e meritano di esser riportate. Egli confortava il nuovo sovrano a

spanderne la fama et anche a farse più richo et potente che l non è, perché con questa fama el darà conforto ad li suoy amici et servitori et temore ad li inimici; et questo havemo provato più volte in le imprese havemo havute ad le mane, ché sola la fama et reputatione de essere potente de denari et richeze ha facto stare l'inimico dubioso et preplexo ad intrare su le imprese.⁴

In Italia, dopo la firma della pace di Lodi e la decisione delle maggiori potenze della Penisola di stringere un'alleanza (Lega Italica), ci si sarebbe immaginati un periodo di pacifica convivenza, eppure i fatti mostrano un perdurante clima di ostilità, pur se di intensità molto bassa.⁵ Spigolando tra le fonti, guardando all'andamento dei conflitti, la sensazione è che si “giocasse” alla guerra, con lunghissimi periodi di reciproca osservazione e scorrerie tanto rapide quanto sostanzialmente innocue. Mentre nei campi di battaglia si spostavano pedine come su una scacchiera, il gioco correva parallelo sui tavoli della diplomazia, dove realmente si risolvevano i conflitti.⁶

⁴ Se le successioni sono sempre momenti delicati, nel caso di Ferrante d'Aragona bisogna tener conto anche della sua condizione di figlio naturale del Magnanimo e della presenza di un legittimo pretendente al trono, il duca Renato d'Angiò. È per questi motivi che il duca di Milano sollecitava il giovane sovrano a dimostrare una forza (anche economica) maggiore di quella reale. Il brano è edito in Francesco SENATORE: *Dispacci sforzeschi da Napoli, II (4 luglio 1458-30 dicembre 1459)*, Salerno, Carlone editore, 2004, p. 70, nota 6 (F. Sforza ad Antonio da Trezzo, del 12 luglio 1458).

⁵ Per un quadro dell'Italia del sec. XV rimane fondamentale il testo di Riccardo FUBINI: *Italia quattrocentesca. Politica e diplomazia nell'Italia di Lorenzo il Magnifico*, Milano, Franco Angeli, 1994, cui accostare ora Andrea GAMBERINI y Isabella LAZZARINI (eds): *Lo Stato del Rinascimento in Italia*, Roma, Viella, 2014 (ed. or. *The Italian Renaissance State*, Cambridge, Cambridge University Press, 2012). A tali monografie sono da aggiungere le numerose edizioni di fonti diplomatiche, in particolare i *Dispacci sforzeschi da Napoli*; i *Carteggi degli oratori sforzeschi alla corte pontificia*; il *Carteggio degli oratori mantovani alla corte sforzesca*; la *Corrispondenza degli ambasciatori fiorentini* e le *Lettere di Lorenzo de' Medici*.

⁶ Relativamente alla guerra nel secondo Quattrocento, e in particolare al nesso con la diplomazia, si rimanda a Michael MALLETT: “Diplomacy and War in Later Fifteenth Century Italy”, *Proceedings of the British Academy*, 67 (1981), pp. 267-288. Per la storia della guerra nel bassomedioevo italiano il testo tuttora imprescindibile resta ancora quello di Michael MALLETT: *Signori e mercenari. La guerra nell'Italia del Rinascimento*, Bologna, Il Mulino, 1983, anche se lo studioso, a differenza di chi scrive, ritiene che la battaglia incruenta sia uno «dei falsi postulati che si devono scartare se si vuole giunge-

Tra il 1350 e il 1520 gli attori politici italiani cominciarono a usare sistematicamente i negoziati per incanalare e controllare relazioni, interazioni e potenziali conflitti, e solo a margine ricorrere alla violenza.⁷ Come ha rilevato Bruno Figliuolo, la tattica bellica prevedeva usanze appunto «scacchistiche: [...] vinceva, a tavolino, chi era in grado di finanziare un esercito più numeroso, che occupasse posizioni più vantaggiose» o,⁸ aggiungiamo noi, chi era in grado di far credere, almeno sulla carta, di essere più forte. Mettere in campo dieci pezzi di artiglieria e diffondere la notizia, anche col tramite degli ambasciatori, di disporne di venti, poteva essere già di per sé una battaglia vinta, senza aver sparato un colpo.

Il peso delle parole (come armi), delle opinioni e della persuasione è stato (ed è) determinante. Secondo Filippo de Vivo, noi, «nell'era della politica mediatica e degli uffici stampa, diamo per scontato che comunicazione e potere si influenzino a vicenda», ma la formulazione teorica di questo assioma è giunta solo all'inizio del '600 e la si deve a Paolo Sarpi. I testi di Niccolò Machiavelli, quasi contemporaneo agli eventi che andremo a trattare, lasciano invece credere che per lui, per giunta segretario fiorentino, quindi presumibilmente addentro a quel mondo, la forza fosse più utile della persuasione e le armi più efficaci delle parole.⁹ Vero è che egli scrisse più tardi, quando il *modus operandi* dei principati italiani era stato spazzato via dall'artiglieria francese e spagnola.

Non così Francesco Sforza, che amava definirsi *signore de novelle*, in altre parole dominatore delle notizie. Lui, un condottiero, prima ancora che duca di Milano, aveva colto appieno quanto fosse cruciale il controllo dell'informazione. Nel 1458, in una lettera diretta al suo oratore a Napoli, lo Sforza raccomandava di «non scrivere a veruno de cose de stato se non ad nuy [...], avisandoti che nuy vogliamo essere el patrone, et chi vorà sapere novelle, vogliamo le sapiano prima da nuy che da altri, et quelle ne paia che sapiano et non più».¹⁰ E sempre lui, già nel 1453 aveva riassunto in poche pregnanti parole la filosofia del tempo: «In queste nostre guere de Italia – scrisse in una lettera al “collega” Bartolomeo Colleoni – giova molto a sbigotire el compagno ad usare de le arte et fictione, cum parole et demonstratione». Isabella Lazzarini, che non a caso ha recentemente ripreso il passo nel suo

re ad una conoscenza e comprensione obiettiva del modo di fare la guerra nell'Italia del XV secolo» (p. 11).

⁷ Isabella LAZZARINI: *Communication and Conflict. Italian Diplomacy in the Early Renaissance, 1350-1520*, Oxford, Oxford University Press, 2015, p. 105. Su queste tematiche cfr. anche Isabella LAZZARINI, Stéphane PÉQUIGNOT y John WATTS (eds): *Negotiating Europe. Practices, Languages and Ideologies in Diplomacy (13th-16th centuries)*, Centro de Ciencias de Benasque Pedro Pascual, 17-21 settembre 2012; vd. <http://benasque.org/2012negotiating/> (ultima consultazione 28/04/2017) Cfr. inoltre Michael JUCKER: “Trust and Mistrust in Letters: Late Medieval Diplomacy and its Communications Practices”, in Petra SCHULTE, Mark MOSTERT y Irene van RENSWOUDE (eds.), *Strategies of Writing: Studies on Text and Trust in the Middle Ages*, Turnhout, Brepols, 2008, pp. 213-236.

⁸ Bruno FIGLIUOLO: “La caduta della dinastia aragonese di Napoli nel 1495”, in Giuseppe Galasso y C.J.H. Sanchez (eds.), *El reino de Napoles y la monarquía de España. Entre agregación y conquista (1485-1535)*, Roma, Real Academia de Espana en Roma, 2004, p.167.

⁹ Filippo DE VIVO: *Patrizi, informatori, barbieri. Politica e comunicazione a Venezia nella prima età moderna*, Milano, Feltrinelli, 2012, pp. 15-34.

¹⁰ Francesco SENATORE: *Uno mundo de carta. Forme e strutture della diplomazia sforzesca*, Napoli, Liguori, 1998. La lettera di Francesco Sforza ad Antonio da Trezzo, del 22.7.1458, è edita nell'appendice, pp. 429-432: 430.

Communication and conflicts, ha spiegato che «playing games with news and rumors, and using them as instruments of politics and conflict, became a deliberate practice».¹¹

Nelle guerre del primo Rinascimento si combattevano i nemici anche con la propaganda: parole e voci messe in circolazione ad arte. In almeno tre novelle di Franco Sacchetti, per esempio, vediamo un altro condottiero del tempo – Rodolfo Varano da Camerino – tratteggiato come «abile di parole, ma restio a condurre le proprie truppe in battaglia».¹² Accelerare o rallentare la diffusione delle informazioni, distorcerle e alterarle fino a falsificare la realtà divenne una pratica comune, molto usata da mercanti come da signori, da governi e uomini d'arme. Nel secondo Quattrocento l'Italia fu il paese in cui più che altrove si diffuse una vera e propria ossessione per il controllo dell'informazione e la sua eventuale (ma frequente) manipolazione: una rete di *intelligence* destinata ad allargarsi su scala europea e mediterranea e a condizionare dialoghi e conflitti.

Facciamo un esempio pratico, analizzando la vicenda della conquista di Gallipoli, in Puglia. Nel maggio del 1484 gli eserciti delle maggiori potenze italiane erano schierati in campo nella pianura padana da ormai due anni per difendere gli interessi del duca di Ferrara dalla prepotenza di Venezia. Di fronte a un conflitto (la cosiddetta guerra di Ferrara, o del sale) che languiva e divorava risorse senza utili costrutti, la Serenissima tentò un diversivo nella speranza di far allontanare dalle campagne lombarde il duca di Calabria con una buona parte dell'esercito. Proprio per questo, il 17 maggio Gallipoli fu cinta d'assedio e capitolò due giorni più tardi. I numeri relativi alla flotta veneziana la dicono lunga sulla circolazione delle informazioni. A Napoli arrivarono avvisi da ogni dove: dal capitano della flotta regia che a sua volta li aveva in parte raccolti da testimoni oculari stanziati a Corfù e sulla costa albanese; dalle *universitates* salentine; alcuni giunsero in ritardo, altri furono volutamente comunicati agli ambasciatori solo dopo qualche giorno. È chiaro che Ferrante d'Aragona, turbato per gli eventi e per i possibili sviluppi, intendeva sincerarsi sulla reale portata dei danni e sulla potenza dell'avversario prima di muovere qualche passo. Ma i dati che comunicò agli oratori erano effettivi o furono gonfiati per convincere gli alleati a intervenire in forze e senza dilazioni di tempo? La stessa notizia che all'impresa aderivano anche imbarcazioni turche fu reale, oppure si trattò di un'ulteriore forma di pressione?

Confrontiamo i primi dati numerici giunti a Napoli verosimilmente il 14 maggio, quando la corte ne diede lettura agli oratori. Nel dispaccio spedito da Brindisi sette giorni prima, Galzerano Requesens, il capitano della flotta regia, faceva un allarmato resoconto di quanto aveva visto di persona e appreso da almeno due informatori (Franco da Otranto e Francesco de Angelis): navi veneziane e turche si stavano congiungendo nei pressi di Corfù con possibile obiettivo la costa pugliese.¹³

¹¹ Cfr. Isabella LAZZARINI: op. cit., p. 73.

¹² John M. NAJEMY: *Storia di Firenze, 1200-1575*, Torino, Einaudi, 2014, p. 241. Autore della raccolta *Trecentonovelle*, Franco Sacchetti visse nella seconda metà del sec. XIV e dipinse con realismo vizi e virtù dei suoi contemporanei, tra cui il condottiero Rodolfo Il Varano da Camerino († 1384). Le novelle che lo descrivono sono le numero 38, 40 e 182. Cfr. Franco SACCHETTI: *Il trecentonovelle*, a cura di Davide PUCCINI, Torino, Utet, 2004.

¹³ Nel suo dispaccio Galzerano Requesens riassunse sia le informazioni di prima mano, sia quelle ottenute da alcuni informatori: Elisabetta SCARTON: *Corrispondenza degli ambasciatori fiorentini a*

Fig. 1: Consistenza della flotta Veneziana che avrebbe attaccato Gallipoli, secondo le primissime informazioni giunte a Napoli (7 maggio).

| DATA | INFORMATORE | DESCRIZIONE DELLA FLOTTA NEMICA | CONSISTENZA DELLA FLOTTA NEMICA |
|----------------|---|--|---|
| 07.V.1484 | Galzerano Requesens, capitano della flotta regia al largo delle coste pugliesi | <i>L'armata de' Venitiani et questa del Turcho sono unite per venire qua [a Brindisi] Da Corfò se sa certissimo essere nove ghaleaze con novecento stratiotti caricati</i> | 5 navi + 2 navi armate provenienti da Venezia galee e fuste 9 galeazze + 900 stradiotti |
| ante 07.V.1484 | Franco da Otranto, partito da Venezia e giunto a Zara: informatore di Requesens | <i>In Zara scontrao septe galee che se ne andavano al Corfò al capitano, senza una altra galera che era andata inante con quindecemila ducati et ben quindici fuste grosse armate.</i> | 8 galee (7+1) 15 fuste grosse armate |
| ante 07.V.1484 | Francesco de Angelis, proveniente da Ragusa: informatore di Requesens | <i>In la Velona se armano cinquanta vele per andare de conserva colle galee et armata de' Veneciani, et tutti gridano "In Puglia, in Puglia".</i> | 50 vele turche (?) |

I primi dati trasmessi dagli oratori nell'insieme danno un'immagine confusa, sufficiente comunque a far scattare l'allerta, soprattutto per il concorso dei Turchi, anche se quel *cinquanta vele* sembra una cifra troppo tonda, azzardata sulla scorta di voci, più che su fatti reali. Il 12 maggio Requesens aggiornò il sovrano. Stavolta le notizie gli erano state fornite da un Catalano che, una decina di giorni prima, era stato catturato dai Veneziani ma era riuscito a liberarsi e fuggire. Lo stesso personaggio però fornì all'università di Otranto dati diversi – come si può constatare nella tabella sottostante – soprattutto nel riferimento alle trecento vele turche.

Napoli, I. Giovanni Lanfredini (aprile 1484-maggio 1485), Napoli, Carlone editore, 2005, n. 96 allegato A.

Fig. 2: consistenza della flotta Veneziana che avrebbe attaccato Gallipoli aggiornate al 12 maggio.

| DATA | INFORMATORE | DESCRIZIONE DELLA FLOTTA NEMICA | CONSISTENZA DELLA FLOTTA NEMICA |
|-----------|---|--|--|
| 12.V.1484 | Galzerano Requesens, sulla scorta delle notizie portate da un catalano (Gasparo Rimolaro) fuggito da Corfù con tre compagni | <i>Partio da Corfò, et che llà lassao XIII nave de portata de cinquicento in quactrocento bucti [...] et che in Sancta Maria de Casoppuli sono septe nave grosse: et sono le cinqui che andavano questi di per qua, et le due che fòrono ad Barlecta [...]. Et anco dice che in Corfò stavano XXVII galere, tucte spalmate et in ordine, et più dice havere visto caricare in Corfò, sopra uno marrano, cinque bombarde grosse et altre pizole. [...] Et più dice che in Corfò avevano trenta grippi, che hanno de andare cum dicta armata. Et più dice che so' passati la volta de Venecia nove galeaze caricate, e stratioti et cavalli.</i> | 13 navi di portata di 400 e 500 botti 7 navi grosse 27 galee, armate con 5 bombarde grosse e altre minori 30 grippi 9 galeaze cariche di stradioti e cavalli |
| 12.V.1484 | Comunità di Otranto, sempre sulla scorta delle notizie portate da Gasparo Rimolaro e compagni | <i>In Corfò sono XXIII galee de Venetia armate et expettavanone cinque o sette altre; et sette nave grosse in casse pì bene armate[...]; et XIII altre nave de Cabilia in Corfò solum amarinate; et XXX grippi e VIII marrano, su li quali se diceva se caricaranno artiglierie. Dicevano de vista che lo Gran Turco havea messo in ordine CCC vele tra galee, fuste, parandaree et alcune poche, et che erano tucte in aqua, et la maior parte fornite de gente</i> | 13 navi 7 navi grosse 23 galee armate (ne attendono altre 5 o 7) 30 grippi 8 marrani carichi di artiglieria 300 vele turche |

Come interpretare questi dati? Che la comunità idruntina, che tra 1480 e 1481 aveva subito un'occupazione turca, fosse particolarmente sensibile alla minaccia degli infedeli si può facilmente capire, ma la discrepanza tra il silenzio della lettera di Galzerano Requesens e il peso della segnalazione di trecento vele turche a supporto di quelle veneziane è decisamente netta.

Il 17 maggio una flotta battente bandiera veneziana fece la sua comparsa al largo di Santa Maria di Leuca: le fonti oculari parlano di circa quaranta vele.¹⁴ Da alcuni stralci di

¹⁴ Bruno FIGLIUOLO: "I Veneziani...", p. 308, docc. I e II, rispettivamente copie di lettere del 16 maggio inviate da Otranto a Galzerano Requesens.

lettere da Venezia del 1° giugno, intercettate e inviate in copia al governo fiorentino, oggi sappiamo che questo numero è da riferire alle galee, ai grippi e alle fuste, che erano apparse al largo di Gallipoli due giorni prima delle navi.¹⁵ Appena la notizia trapelò, gli ambasciatori trasmisero le infauste notizie ai rispettivi governi. Ci si aspetterebbe di trovare dati uniformi, visto che tutti erano a corte quando giunse un messo con le lettere da Brindisi, ma evidentemente ciascuno attinse anche a canali informativi diversi. Non ci si spiega altrimenti la disparità delle cifre fornite. Mentre l'oratore fiorentino sostanzialmente tace e riferisce solo delle 40 e più vele avvistate al largo delle coste pugliesi,¹⁶ lo sforzesco Branda Castiglioni riassume il numero di imbarcazioni in 75 e l'estense Battista Bendedei dettaglia maggiormente le qualità della flotta, precisando trattarsi di 10 navi grosse, 27 tra galee e fuste, 5 galeazze e numerosi grippi, per un totale di circa 70 vele.¹⁷

È evidente che, col passare dei giorni, la situazione appare più nitida e anche a Napoli si dispone di maggiori e più chiare notizie. Ma i numeri della flotta paiono fruttanto lievitare. Dalle 40 vele iniziali si era passati a 70/75 e il 25 maggio, in base a notizie provenienti da Lecce, sempre gli oratori estense e sforzesco scrissero ai rispettivi signori che Venezia aveva messo in mare una novantina di imbarcazioni: 20 navi grosse, 27 galee, 12 fuste e 30 grippi.¹⁸

Il 27 e il 29 maggio, nel cosiddetto "Forno", una delle prigioni del Castelnuovo di Napoli, tale Marino Pisano rilasciò sotto tortura alcune dichiarazioni relative alla flotta veneziana e alle intenzioni della Serenissima. Ferrante le comunicò agli ambasciatori della lega qualche giorno più tardi (furono allegate ai dispacci del 2 giugno), avvertendo che l'informatore era ritenuto una spia, pertanto poco affidabile. Quel che a noi interessa sono di nuovo le cifre relative alla flotta: «Erano in tutto XXV galee, cinque nave de cinquecento butte l'una et due fuste» e «l'armata posse in terra circa mille fanti armati in curazina, bales-tre et lance».¹⁹

Chi è più inaffidabile: il torturato oppure il re di Napoli? Sapendo che le imbarcazioni che realmente facevano la differenza nella guerra in mare erano le navi grosse e le galee,²⁰ bisogna capire perché nelle missive partite da Napoli la consistenza della flotta nemica cresce di pari passo con la presa di coscienza dei danni procurati dai Veneziani in Puglia, e del pericolo che essi occupassero anche altre terre. Scorrendo la corrispondenza coeva, si nota che la corte aragonese chiedeva da tempo sovvenzionamenti agli alleati per allestire dieci

¹⁵ Elisabetta SCARTON, *Corrispondenza I...*, n. 139 allegato B.

¹⁶ Si tratta di un appunto riferito alla flotta apparsa al largo delle coste pugliesi e comunicato in una lettera a Lorenzo de' Medici del 20.V (Elisabetta SCARTON: *Corrispondenza, I...*, n. 105); nei dispacci nn. 106 e 107 Giovanni Lanfredini non accenna alla consistenza numerica, ma riferisce solo della perdita di Gallipoli.

¹⁷ ASMo, CD, *Ambasciatori, Napoli*, 4, cc. 96-97: lettera di Battista Bendedei del 23.V. 1484. Il dispaccio del milanese Branda Castiglioni è conservato in ASMi, *Sforzesco, Napoli*, 243, cc. 248-250.

¹⁸ Il dispaccio di Battista Bendedei è conservato in ASMo, CD, *Ambasciatori, Napoli*, 4, c. 101; quello di Branda Castiglioni in ASMi, *Sforzesco, Napoli*, 243, cc. 34-36.

¹⁹ Elisabetta SCARTON: *Corrispondenza, I...*, n. 119 allegato A. Messo alla corda ribadì esattamente i numeri relativi alle vele, ma precisò: «Ciascuna galea porta quale trenta et quale quaranta compagni, et che non portano artiglieria grossa».

²⁰ Buona parte della flotta della Serenissima secondo Giovanni Lanfredini che per alcuni decenni era vissuto a Venezia e ne conosceva bene i segreti, era costituita da piccole barche di raccordo, «griperia, che sono e' cavallari dell'acque salse»: Elisabetta SCARTON: *Corrispondenza, I...*, n. 133.

nuove navi. Dobbiamo quindi credere che il numero di quelle nemiche sia stato esagerato nella speranza di smuovere gli alleati e ottenere da loro maggiore e più rapida collaborazione finanziaria?

A leggere gli *Annali* del Malipiero il dubbio viene rafforzato; il Veneziano, coevo agli eventi, registrò infatti un dato che contrasta con quelli che abbiamo letto fino a qui. Secondo il cronista, l'attacco a Gallipoli era stato opera di 5 navi, 14 galee e 90 stradiotti, poi alla flotta si erano aggiunte altre 7 galee.²¹ Il numero delle navi, 5, è confermato anche da altre fonti veneziane (Andrea Navagero²² e Marcantonio Sabellico),²³ mentre quello delle galee pare più fluttuante (14 per uno e 16 per l'altro), ma pur sempre entro un *range* accettabile. Chi mente? Perché le fonti trasmesse dagli oratori a Napoli paiono raddoppiare le cifre? Siamo di fronte a propaganda politica? Se re Ferrante aveva tutto l'interesse a far credere di avere davanti un nemico potente; anche la Serenissima poteva voler tramandare ai posteri l'idea di aver compiuto un'impresa in condizioni di inferiorità numerica.

Nemmeno l'ultima lettera del capitano da Mar di Venezia pone la parola fine alla nostra dissertazione, lunga e forse pedante, ma utile a far capire i meccanismi di circolazione delle notizie. L'ammiraglio aveva atteso invano 4 galee di supporto da Durazzo, quindi si era risolto a partire per l'impresa. Egli avvisava il doge che alla flotta – la cui consistenza a Venezia evidentemente era nota, quindi il dato viene taciuto – si erano aggregati «gripi 56 ben armati et in ordine» provenienti da Corfù.²⁴

Nella tabella che segue abbiamo riassunto i dati relativi alla sola flotta, così come appaiono nelle fonti coeve, senza tener conto di uomini e artiglierie, che complicherebbero ulteriormente un quadro già articolato.

²¹ Domenico MALIPIERO: *Annali veneti dall'anno 1457 al 1500. Parte prima e seconda (Guerre co' Turchi - guerre d'Italia)*, Firenze, Viessesux, 1843, p. 293.

²² «Il generale a' sette maggio, con 31 galere, 5 navi, 2 fuste e molti stradiotti [...] andò verso la città di Gallipoli»: Andrea NAVAGERO: "Historia Veneta", en *Rerum Italicarum Scriptores*, XXIII, Milano, Tipografia Società Palatina, 1733, coll. 919-1216: 1187.

²³ «Era la Vinitiana armata di 56 legni, tra quali erano sedici galee e cinque navi da carico» scrisse Marcantonio SABELLICO: *Le historie Vinitiane*, Venezia, Comin da Trino, 1554, libro II, deca IV, p. 241.

²⁴ Nicolò Marcello scrisse al doge il 14 maggio mentre faceva vela verso la Puglia, poi morì durante l'assalto a Gallipoli, tre giorni più tardi: Carlo MASSA: op. cit., p. 129.

Fig. 3: la consistenza della flotta veneziana che nel maggio 1484 attaccò Gallipoli secondo le fonti coeve.

| FONTI VENEZIANE | ORATORI RESIDENTI A NAPOLI | INFORMATORI ARAGONESI |
|---|---|--|
| Nicolò Marcello, capitano della flotta: flotta (?) + 56 grippi | <u>Dati riferiti tra il 20 e il 23 maggio:</u> | Galzerano Requesens: 7 navi + galee e fuste + 9 galeazze |
| Domenico Malipiero: 5 navi + 14 galee | Oratore fiorentino: 40 vele | Franco da Otranto: 8 galee + 15 fuste |
| Marcantonio Sabellico: 5 navi + 16 galee + grippi per un totale di 56 legni | Oratore sforzesco: 75 vele | Francesco de Angelis: 50 vele turche |
| Andrea Navagero: 5 navi + 31 galee + 2 fuste + navigli e grippi vari | Oratore estense: circa 70 vele = 10 navi grosse + 27 tra galee e fuste + 5 galeazze + numerosi grippi | Gaspere Rimolaro: 13 navi da 400/500 botti + 7 navi grosse + 27 galee + 30 grippi + 9 galeazze |
| | <u>Dati aggiornati al 25 maggio:</u> | In un'altra versione dello stesso le galee sono 23, in luogo delle 9 galeazze ci sono 8 marrani + 300 vele turche. |
| | Oratori estense e sforzesco: 20 navi grosse + 27 galee + 12 fuste + 30 grippi | Lettere da Otranto: 40 vele |
| | | Marino Pisano, sotto tortura: 5 navi + 25 galee + 2 fuste |

In questo vortice di numeri sembra di perdere la ragione; forse è quel che succedeva anche ai contemporanei e che faceva sì che prendessero tempo – spesso molto tempo – per essere sicuri che vi fosse davvero bisogno di nuovi esborsi. La politica italiana del Quattrocento era nota: temporeggiare, appunto, e negoziare la pace. Ed era inconcepibile per i regnanti stranieri. Lo spiegò bene Beatrice d'Aragona, figlia di Ferrante e regina di Ungheria, in una lettera al suo vecchio precettore, Diomede Carafa. Durante la seconda congiura dei baroni (1485-86), prima di impegnarsi nel soccorrere il suocero e il cognato, re Mattia Corvino e la consorte chiesero precise garanzie:

Promettano per solepne scripture sottoscritte di loro mano di non venire mai a trattato di pace, né concordia, né di triegua di lungho tempo se non ne donano aviso al re d'Ungheria et così non venire a conclusione senza sua volontà et licentia, et che non vorria la maestà del re

d'Ungheria si facesse come si sòle fare in Italia, che poco se ha riguardo a spesa quando si può venire ad accordi o pace.²⁵

L'ultima frase è un palese atto di accusa al *modus operandi* dei signori e governi italiani. Era una questione di regole: nella Penisola si era instaurato un nesso indissolubile politica-guerra sulla scorta del quale si iniziavano i conflitti già “pregustando” le tregue e le trattative che si sarebbero cercate. Era una guerra fatta di scorrerie, scaramucce, lunghi periodi di osservazione in cui si studiava il nemico e si attendeva una sua manovra per proporre una contromossa.²⁶ Nessuna battaglia campale. Non intendiamo dire che la guerra fosse incruenta, ma basta leggere le *Effemeridi* del duca di Calabria, compilate dal segretario che era nel suo seguito, per avere la sensazione di assistere a una partita di Risiko. Parate (*mostre*) quotidiane di cavalleria nel campo, probabilmente esercitazioni, che però hanno tutto il sapore di giostre e tornei; giornate di immobilità legate a motivi astrali; incursioni nel campo avversario che, alla luce dei danni provocati e dei miseri bottini, sembrano espedienti messi in atto per movimentare giornate altrimenti tediose.²⁷

Come osservò Giovan Battista Ridolfi, in Italia era normale che gli eserciti «non facino facti d'arme se la necessità non li stringne».²⁸ Era una questione di *ventura*, come scrisse sempre il Fiorentino, quasi parafrasando il volgarizzamento del *De re militari* di Vegezio, che certamente era noto e circolava in quel periodo: «Il fato de l'arme, chome tuti benissimo intende, consiste in ventura».²⁹ Prima di arrivare non tanto a uno scontro, ma anche solo alla mobilitazione dell'esercito, correivano tempi assai lunghi, dettati sia dalla lentezza delle comunicazioni e delle trattative di ingaggio dei condottieri, sia dalla ritrosia ad affrontare la spesa. Finché non si era certi dell'urgenza (quel *la necessità non li stringne*) e del reale bisogno, si praticavano tutti gli altri canali possibili, primo tra tutti quello diplomatico; canale

²⁵ Elisabetta SCARTON: *Corrispondenza degli ambasciatori fiorentini a Napoli, II. Giovanni Lanfredini (maggio 1485-ottobre 1486)*, Napoli, Carlone editore, 2002, n. 277 allegato A (lettera di Beatrice d'Aragona a Diomede Carafa).

²⁶ Dopo aver analizzato il caso dell'esercito aragonese, Storti rifiuta l'idea di una guerra di logoramento che avesse come approccio precipuo il cosiddetto *riflesso ossidionale*. V. Francesco STORTI: “Per una grammatica militare della guerra di successione al trono napoletano”, in Francesco SENATORE y Francesco STORTI (eds.), *Spazi e tempi della guerra nel Mezzogiorno aragonese. L'itinerario militare di re Ferrante (1458-1465)*, Salerno, Carlone editore, 2002, pp. 59-92. Cfr. anche Francesco STORTI: *L'esercito napoletano nella seconda metà del Quattrocento*, Salerno, Laveglia, 2007.

²⁷ Giovan Pietro LEOSTELLO: *Effemeridi delle cose fatte per il duca di Calabria (1484-1491)*, a cura di Gaetano FILANGIERI (“Documenti per la storia, le arti e le industrie delle provincie napoletane”, vol. I), Napoli, Tipografia dell'Accademia reale delle scienze, 1883. Quando Machiavelli nell'*Arte della guerra* riteneva che i principi italiani si accontentassero di «pensare una risposta arguta, scrivere una bella lettera, mostrare ne' detti e nelle parole di arguzia e prontezza, sapere tessere una fraude [...], marcirsi nello ozio, dare i gradi della milizia per grazie» secondo Lorenzo Tanzini era esageratamente critico nei confronti degli uomini d'arme del secondo Quattrocento. Lo studioso rileva come fosse evoluta la figura del condottiero: non più protagonisti assoluti dei campi di battaglia, ma «meno imprenditori [...] e più politici». Cfr. Lorenzo TANZINI: *Il sangue e la fortuna. Storie di condottieri nell'Italia del Rinascimento*, Firenze, Editoriale Olimpia, 2011, pp. 156-157.

²⁸ Cfr. Bruno FIGLIUOLO, “La caduta...”, p. 167.

²⁹ Francesco FONTANI: *Dell'arte della guerra di Vegezio Flavio, libri 4. Volgarizzamento di Bono Giamboni*, Firenze, Giovanni Marenigh, 1815, p. 142: «Meglio è domare il nemico per fame che per battaglia, nella quale suole la ventura avere maggior podestade che la forza».

sfruttato sagacemente anche per confondere il nemico e indurlo a cercare trattative di pace, lasciandogli credere di disporre di più possibilità di quelle reali.

Il rischio era altrimenti quello di sprecare risorse, come chiosò l'oratore fiorentino a Napoli nel 1485 parlando di una possibile invasione turca: «Se non venissino, è spesa gittata».³⁰ Coi Turchi, d'altro canto, l'incognita era sempre grande ed era puntualmente paventata ogni anno, tra aprile e maggio. Ancora Giovanni Lanfredini scrisse: «Sempre vidi questa varietà et difficoltà, che da Corfù, dalla Valona, da Constantinopoli, Rodi, Scio, dell'uno luogho veniva l'armare e dall'altro no».³¹ Anche in questo caso c'è da chiedersi chi avesse tornaconto a diffondere voci minacciose. Le due potenze che più avevano interessi tra Adriatico, Ionio e Mediterraneo erano Venezia e Napoli. E infatti nel 1487, il fiorentino Bernardo Rucellai accusò Ferrante degli «spaventachi» orchestrati per dilazionare alcuni pagamenti dovuti agli alleati e procrastinare la soluzione di vecchi debiti. Dapprima l'oratore arguì: «Costoro [gli Aragonesi] ci voglono ogni dì mettere nuove maschere di Turchi»³² e qualche mese più tardi spiegò *apertis verbis* che le voci che circolavano non avevano riscontro: «Costoro mostrano ogni dì temere più de' Turchi et io ho per cosa certa che le terre loro di marina sul golfo non àno alcuno provvedimento, né potrebbero essere più sformite de ogni cosa, che pare arguisca tutto el contrario».³³

C'è da dire che in Occidente, il fatto che ogni primavera come nella favola di Esopo si gridasse “Ai Turchi, ai Turchi!” non aiutava granché. Lo sapevano tutti che «molte volte el Turcho ne fece ogni dimostratione, et poi in uno tracto dismetteva».³⁴ D'altro canto si guardava alla «inmanissima et crudelissima secta barbara maumethea»³⁵ con terrore misto a una certa aria di superiorità, pensando di poterli fermare, se non addirittura sconfiggere. O almeno questo è quel che sembra si volesse far credere (più agli alleati che al Turco stesso!), stando al contenuto di alcune fonti coeve. Ferrante d'Aragona, per esempio, nel 1484 si diceva baldanzosamente pronto a fortificare «de marine in modo temerà pocho Turchi e meno Christiani».³⁶

Esattamente dieci anni prima, a Venezia, l'ottimismo era addirittura tale da scomodare gli eroi della storia greca. Nel gennaio del 1474 Leonardo Botta, oratore in Laguna, avvisò Galeazzo Maria Sforza che «alcuni sono de firmo parere che'l dicto Turcho voglia questo anno fare prova de mettere schala in Italia, perché dicono che questa è la maggiore expeditione sia stata fatta da Xerses in qua».³⁷ La metafora è sottile: Maometto, come Serse, ha approntato un esercito numeroso e temibile, ma in fondo si pensa di opporgli resisten-

³⁰ Elisabetta SCARTON: *Corrispondenza, I...*, n. 295 (Lanfredini a Lorenzo de' Medici del 16.3.1485).

³¹ Elisabetta SCARTON: *Corrispondenza, I...*, n. 258 (Lanfredini a Lorenzo de' Medici del 4.1.1485).

³² Patrizia MELI, *Corrispondenza degli ambasciatori fiorentini a Napoli, III. Bernardo Rucellai (ottobre 1486-agosto 1487)*, Salerno, Laveglia e Carlone, 2013, nn. 97 e 100 (Rucellai a Lorenzo de' Medici del 4.1.1487), citata anche in *Id.*: “Il mondo musulmano e gli ebrei nelle corrispondenze fiorentine da Napoli”, in Francesco SENATORE e Francesco STORTI (eds.), *Poteri, relazioni, guerra nel regno di Ferrante d'Aragona. Studi sulle corrispondenze diplomatiche*, Napoli, Clupress, 2011, p. 297.

³³ Patrizia MELI: *Corrispondenza, III...*, n. 134 (Rucellai a Lorenzo de' Medici del 27.4.1487).

³⁴ Elisabetta SCARTON: *Corrispondenza, I...*, n. 258 (Lanfredini a Lorenzo de' Medici del 4.1.1485).

³⁵ Elisabetta SCARTON: *Corrispondenza, II...*, n. 241 (gli oratori a Napoli ai rispettivi governi, del 30.11.1485).

³⁶ Elisabetta SCARTON: *Corrispondenza, I...*, n. 233 (Lanfredini a Lorenzo de' Medici del 14.11.1484).

³⁷ ASMi, *Sforzesco, Venezia*, 359, c. 15rv (dispaccio da Venezia del 2.1.1474).

za. Il destino volle che, proprio quell'anno, l'assedio portato dai Turchi a Scutari fosse vanificato. La cittadina albanese, sotto la guida di Antonio Loredan (come Leonida alle Termopili), oppose una strenua resistenza per un mese e mezzo; il resto lo fecero la malaria e la *disinformacija* veneziana. Secondo Babinger, il pascià Solimano abbandonò l'impresa proprio «in seguito alla falsa notizia che stava per arrivare un esercito veneziano sotto il comando di Leonardo Boldù». ³⁸

Per tornare alla tematica dei costi, ci soffermeremo brevemente su quello che può essere considerato l'ultimo conflitto medievale scoppiato in Italia: la cosiddetta “guerra del sale” o di Ferrara. Tra il 1482 e il 1484 essa vide scendere in campo le maggiori potenze italiane: da un lato Venezia (inizialmente appoggiata dalla Chiesa), dall'altro l'asse Milano-Firenze-Napoli (col concorso di altre signorie minori) ovviamente schierato al fianco del duca Ercole I d'Este. ³⁹ Per studiare questo evento, cronologicamente ampio, nonché multifaccettato dal punto di vista della geografia e degli interessi, è possibile attingere alle fonti di tutti i maggiori archivi diplomatici coevi e incrociare i dati forniti dai vari ambasciatori ed emissari. Così come abbiamo verificato per Gallipoli, che di fatto fu l'atto conclusivo della guerra di Ferrara, si trovano numeri discordanti, spesso ritoccati e continuamente oggetto di trattative. C'erano uomini d'arme perennemente a credito nei confronti dei governi e i loro segretari a chiedere queruli di ricevere le rate pregresse per modo che, quando anche si evince che sono stati versati dei ducati nelle borse del condottiero di turno, non si sa mai di quale parte si tratti (se arretrati, magari sborsati quasi come un anticipo per scendere nuovamente in campo) e quale sia la proporzione rispetto al tutto.

Pur in presenza di tante fonti, non siamo in grado di dire quale sia stato il costo sopportato dalla triplice Milano-Firenze-Napoli. Ma abbiamo una bellissima testimonianza di parte veneziana, che merita di essere letta nella sua interezza. Per punti, con lucida freddezza, Domenico Malipiero enumera gli *inconvenienti* patiti dalla popolazione e fissa in un milione e duecentomila ducati l'impegno finanziario della Serenissima nei due anni di conflitto contro il duca Ercole I d'Este e i suoi alleati:

³⁸ Franz BABINGER: *Maometto il Conquistatore e il suo tempo*, Torino, Einaudi, 1967, p. 361, che però non indica la fonte utilizzata a sostegno di tale affermazione. Ritengono che il merito della fuga del nemico non sia dovuto solo alla strenua resistenza opposta dagli assediati, ma a una serie di concause, anche Giuseppe GULLINO, curatore della voce “Antonio Loredan” per il *Dizionario Biografico degli Italiani*, e Bernard DOUMERC: “De scodrensi obsidione et expugnatione: la fin de l'Albanie vénitienne (1463-1479), en «Framespa-Médiennes», 2004, pp. 219-236, consultabile all'indirizzo <https://hal.archives-ouvertes.fr/hal-00570053> (ultima consultazione 28/04/2017) Per la narrazione coeva dell'evento cfr. Domenico MALIPIERO: op. cit., pp. 96-98; Andrea NAVAGERO, op. cit., col. 1143; e Marino BARLEZIO: *De obsidione Scodrensi ad Serenissimum Leonardum Lauretanum aristocratiae Venetae principem. Conciones variae a Meumethe turcarum principes ab aliis militiae praefectis artificiose compositae*, Venezia, Bernardinum Venetum deVitalibus, 1504. Cfr. infine i documenti veneziani conservati in ASVe, *Senato, Secreta*, 26, da c. 103r a 138v, e in particolare alle c. 103r (1.VI.1474: indicazioni a Leonardo Boldù di portarsi al soccorso di Scutari); c.127rv e 138v (lettere ad A. Loredan del 23.VII e 28.VIII.1474).

³⁹ La “guerra di Ferrara” è stata oggetto di una monografia di taglio soprattutto politico a cura di Paolo PIVA: *La guerra di Ferrara*, 2 voll., Padova, Angelo Draghi, 1893-94 e di una tesi di dottorato che invece ha analizzato prettamente l'aspetto militare, attualmente in corso di revisione e stampa, curata da Francesca DE PINTO: *La guerra di Ferrara (maggio 1482-agosto 1484)*, Università degli Studi di Udine, relatore B. Figliuolo, a.a. 2008.

Adesso se considera che la guerra de Ferrara ha causato tutti questi inconvenienti. È sta' tolto 128.000 ducati dell'una per cento, deputati a pagar el pro de Monte Nuovo; è sta' cresciuto un terzo tutti i daci; è sta' impegnato tutte le volte de Rialto a rason de 28 per cento l'anno; è sta' pagato in Zeca i argenti de' particolari sie ducati la marca; è sta' tolto le cadenele d'oro che le donne portava al collo e messe in comun. Se a i officii e rezimenti con la metà e un terzo manco del salario. Oltra tante decime, è sta' messo tanse a la terra; le entrate de la terra e quelle de la terraferma è calade; se ha perso molte nave e galie; se ha tolti homeni de lla guerra nudi e rotti, perché no se ha possuto far altro; se ha evacuato l'arsenal, che altre volte ha fatto tremar el mondo; avemo fame e peste, mendicheremo la pace e ghe restituiremo el tolto; se ha speso un milion e dusecentomila ducati; et è morti tanti homeni da ben.⁴⁰

La chiusa è molto significativa: nonostante quell'arsenale, su cui aveva costruito la propria fortuna (*che altre volte ha fatto tremar el mondo*), secondo il cronista-protagonista Venezia sarebbe stata costretta a mendicare la pace e restituire il tolto, o almeno una parte di esso (tra cui Gallipoli). Sulla veridicità della cifra non siamo in grado di fare congetture, però emergono distintamente i disagi sofferti tanto da chi stava al fronte (*homeni nudi e rotti*) quanto da chi era rimasto a casa a Venezia, nella terraferma e nelle colonie della Serenissima. L'aumento dei dazi di 1/3, l'imposizione di nuove tasse e gabelle, la requisizione dell'oro dei privati, la diminuzione dei salari degli ufficiali, sono tutti segnali che molti, di ciascuna classe sociale, avevano versato un contributo oneroso per un conflitto che non aveva portato i frutti sperati.

Nel caso del regno aragonese non conosciamo una simile testimonianza, ma possiamo cogliere le difficoltà della corte (e l'exasperazione dei sudditi) grazie ad altri segnali. Negli anni Ottanta del sec. XV le difficoltà finanziarie si tradussero infatti nel tentativo di introdurre una riforma fiscale che fallì e che – insieme ad altre concause – costò al re una sollevazione baronale nota come seconda congiura dei baroni.⁴¹

La fine degli anni Settanta e il decennio successivo furono estremamente dispendiosi per gli Aragonesi di Napoli. Nel 1476 Ferrante si unì in seconde nozze alla cugina Giovanna e diede in sposa la figlia Beatrice al re di Ungheria. Non conosciamo l'esborso per le due feste di matrimonio – certamente non poca cosa, visto che tra liturgie, giostre e banchetti durarono in entrambe i casi oltre una settimana – però sappiamo che la sola dote della giovane promessa a Mattia Corvino consisteva in duecentomila ducati che gli emissari ungheresi contarono uno a uno.⁴² Poi, fino al 1486, il sovrano fu pressoché ininterrottamente in armi. Dal 1478 contro il regime mediceo; dopo la celebre spedizione a Napoli, che indusse alla pace, Lorenzo de' Medici rientrò a Firenze nel marzo del 1480, ma già alla metà di agosto Ferrante in prima istanza (e tutti gli alleati insieme a lui) si videro impegnati in un nuovo e grave incendio di guerra: Otranto fu conquistata dai Turchi e venne liberata solo un anno più tardi. Il periodo di tregua che ne seguì fu breve – e comunque l'asticella dell'attenzione rimase sempre elevata – perché nel 1482 il re fu chiamato in causa per difendere gli interessi

⁴⁰ Domenico MALIPIERO: op. cit., pp. 289-290.

⁴¹ L'argomento è oggetto di ampia trattazione nel capitolo IV di una monografia sui parlamenti aragonesi, attualmente in corso di stampa, curata da chi scrive insieme con Francesco Senatore.

⁴² Giuliana VITALE: "Alla corte aragonese di Napoli: un percorso tra cerimonialità liturgica e vita di corte", *Archivio Storico per le Province Napoletane*, CXXXII (2014), pp. 16-17.

del genero, Ercole I d'Este. Come abbiamo visto, nel corso del 1484 gli Aragonesi furono impegnati su un duplice fronte: il duca Alfonso alla testa degli eserciti in Lombardia; la flotta messa in mare dopo l'occupazione di Gallipoli.

Al momento della conclusione della guerra di Ferrara, nell'agosto di quell'anno, è inutile dire che le casse regnicole erano esauste.⁴³ Gli oratori residenti a Napoli non mancarono di registrare i gravi disagi della corte, della popolazione e pure di essi stessi, incuneati tra i rispettivi signori, governi e mercanti che premevano per veder saldati i loro vecchi crediti e la casa d'Aragona che non sapeva da che parte rifarsi.⁴⁴ Dopo varie consultazioni e tentativi parziali più o meno riusciti, il sovrano diede avvio a una riforma fiscale che, secondo le varie voci, ogni anno avrebbe fatto confluire nelle casse regie una cifra compresa tra cinquantamila e un milione di ducati.⁴⁵ Inutile dire, anche in questo caso, che la tematica si presta alla manipolazione. Come ha scritto Marco de Filippo, è bene avere chiara in mente la distinzione tra ciò che Ferrante lasciava trapelare sulla ricchezza delle casse regnicole di fronte agli alleati e le informazioni che invece erano diffuse presso i principali avversari o le potenze a cui si voleva esercitare qualche pressione.⁴⁶

Per concludere: uso strategico dell'informazione, tempi dilatati e costi altrettanto esorbitanti a fronte di vantaggi invisibili ai nostri occhi erano la norma in Italia. L'*honor* prima di tutto, quello politico, militare e personale. Ma anche quello della magnificenza e della generosità.⁴⁷ Almeno sulla carta. Riteniamo che le parole di Giovanni Lanfredini al Magnifico nel dicembre del 1484 siano la perfetta chiosa:

⁴³ A conclusione del conflitto, Ferrante redarguì il primogenito «per le spese eccessive e i bilanci in disordine, ammonendolo a non minimizzare: “Non ex time che son minime [le spese], perché con le minime se fanno le grande”»: Mario DEL TREPPO: “Prefazione”, in Francesco STORTI: *L'esercito napoletano...*, p. 12.

⁴⁴ Elisabetta SCARTON: *Corrispondenza II...*, pp. XXI-XXVII; Íd.: “La congiura dei baroni del 1485-87 e la sorte dei ribelli”, in Francesco SENATORE y Francesco STORTI (eds.), *Poteri, relazioni, guerra nel regno di Ferrante d'Aragona. Studi sulle corrispondenze diplomatiche*, Napoli, Cliopress, 2011, pp. 213-290.

⁴⁵ Il 12 novembre 1484 gli ambasciatori estense (lettera di Battista Bendedei a Ercole I d'Este conservata in ASMo, *CD, Ambasciatori, Napoli*, 4, cc. 17-18) e fiorentino (Elisabetta SCARTON: *Corrispondenza, I...*, n. 230, p. 426) a una voce riferirono che l'imposizione delle gabelle avrebbe fruttato tra i 150 e i 300 mila ducati in più all'anno. Due giorni dopo il Fiorentino corresse il tiro precisando: «L'entrate montono più che l'usato 50^M ducati o pocho più; ogni altro dicono pazzie di numerato» (ivi, n. 233, p. 429), ma un mese più tardi si smentì. Scrisse infatti che, mentre con focatico e tassa sul sale la corte in passato incamerava circa 340 mila ducati, la riforma fiscale avrebbe portato ogni anno nelle casse regie circa 500 mila ducati. A sua tutela aggiunse: «Ma non lo sanno loro medesimi. Et vanno al buio et hannone qualche dubio» (lettera di G. Lanfredini a Lorenzo de' Medici del 9.12.1484, edita in ivi, n. 244, p. 446). Nello stesso dispaccio l'oratore avvertì che se calcolare le entrate della corte era impresa ardua, stabilirne le uscite era impossibile. Dopo aver quantificato in 200 mila ducati annui le spese della famiglia reale, aggiunse sibillino: «Lo resto è come l'apochalipsi, non si sa dove si vada». Non ci si dilunga ulteriormente su questa tematica, in quanto essa è oggetto di trattazione specifica nel capitolo di una monografia in preparazione sui parlamenti di età aragonese.

⁴⁶ Marco Sabatino DE FILIPPO, *Ferrante d'Aragona e la ricerca di un'egemonia politica napoletana in Italia*, tesi di Dottorato (XXIV ciclo), Università degli Studi di Napoli “Federico II”, tutor prof. Francesco Senatore, a.a.2008-11, p. 5.

⁴⁷ Come ha rilevato Johan HUIZINGA (*Homo ludens*, Torino, Einaudi, 1946): «L'elemento agonale entra in azione dal momento in cui le parti combattenti si considerano come avversari che si battono per una causa alla quale hanno diritto. [...] Il combattimento si presenta loro come un affare di sa-

Et quando Turchi venghino a l'opressione di questo regno [di Napoli], quello stato non ometterà né fatiche né spese et chavalli et gente et danari, et tucte le cose che fieno bisogno molto larghamente; che non sono, salvo parole. E a costoro [gli Aragonesi] piacciono e a loro fanno honore, perché sel bisogno cessa, cessa la spesa, e costoro sono gratifichati senza costo.⁴⁸

Tempo e parole. L'esatto opposto di quel che si sarebbe conosciuto e sperimentato con l'arrivo dei Francesi nel 1494/95. Quella che il sovrano francese portò in Italia fu una guerra senza quartiere, priva di possibilità di negoziare.⁴⁹ La sua cavalcata vittoriosa lungo l'Italia, nel 1494, segna una profonda cesura nel modo di praticare la guerra: fino ad allora «denta e incruenta», poi «sanguinosa e subitanea».⁵⁰ Se ne accorsero anche gli uomini del tempo, come Machiavelli e Guicciardini. Proprio quest'ultimo, nella *Storia d'Italia*, contrappose la rapidità francese alla lentezza degli eserciti italiani, capaci di perdere tutta una stagione nel tentativo di espugnare un castello!⁵¹

La lettura delle fonti diplomatiche dei mesi precedenti la calata in Italia di Carlo VIII offre una cronistoria degli eventi e del pensiero correnti. Attraverso una serie di metafore molto pregnanti, “rubate” a quegli stessi protagonisti, siamo in grado di cogliere i punti critici del modo di pensare e agire delle potenze peninsulari relativamente alla guerra. *Mutatis mutandis* valgono anche per i decenni precedenti.

Essi sono:

- ritenere che il problema riguardasse innanzitutto gli “stati” geograficamente più vicini al pericolo, quindi maggiormente esposti. Se di fronte alla minaccia turca i reali aragonesi avevano sempre ribadito la consapevolezza di trovarsi in prima linea, la discesa di Carlo VIII non fu percepita come pericolo reale e imminente. Nell'estate del 1493 re Ferrante disse che «volendo e' Franzesi fare la impresa per terra, hanno ad passare per tutta Italia, prima che giunghino nel reame, che doverrà dare da pensare ad quelli donde passeranno per essere, come dico, minacciata tutta Ytalia».⁵² Nel successivo mese di febbraio, appena eletto re, suo figlio Alfonso rassicurò Piero de' Medici, o tentò di farlo, formulando il medesimo concetto: «Non pare debiate havere tanta paura delle cose de Franza, che per essere il fuocho tanto discosto quanto è da questo nostro legname, lo può bene riscaldare, ma non abruciare».⁵³

crostanto dovere, d'onore o di rivendicazione. L'aspirazione al potere materiale è per lo più completamente dipendente da motivi di orgoglio, fama, prestigio e apparenza di superiorità o supremazia».

⁴⁸ Elisabetta SCARTON, *Corrispondenza, I...*, n. 253 (Lanfredini a Lorenzo de' Medici del 23.12.1484).

⁴⁹ Bruno FIGLIUOLO: “La guerra lampo di Carlo VIII in Italia”, in Guido ABBAMONTE et al. (eds.), *La battaglia nel Rinascimento meridionale. Moduli narrativi tra parole e immagini*, Roma, Viella, 2011, pp. 377-393: 392-393

⁵⁰ Bruno FIGLIUOLO: “La guerra lampo...”, p. 378.

⁵¹ Cfr. Bruno FIGLIUOLO: “La caduta...”, p. 164.

⁵² Bruno FIGLIUOLO: *Corrispondenza degli ambasciatori fiorentini a Napoli, VIII. Inviati diversi (aprile 1493 – novembre 1494)*, Salerno, Laveglia e Carlone, 2015, n. 194 (Dionigi Pucci a Piero de' Medici, del 19.6.1493).

⁵³ Bruno FIGLIUOLO: *Corrispondenza, VIII...*, n. 248, p. 491 (Dionigi Pucci a Piero de' Medici, del 17.2.1494).

- il guardare miope al proprio interesse *particolare*. Messo di fronte al pericolo della *ruina d'Italia*, l'ambasciatore fiorentino a Milano replicò cinico a Ludovico Sforza: «Et quando pure Franciosi havessino a dominare Italia, egl'è un bene che almeno noi habbiamo la casa piena di gigli». La risposta fu pari alla proposta. Il Moro replicò infatti sardonico: «E che ne farete voi di questi gigli?».⁵⁴
- ma soprattutto l'idea di poter mediare a oltranza con armi diplomatiche: «Insomma – scrisse Piero de' Medici a Dionigi Pucci – poi che habbiamo su la incudine questo ferro mentre è caldo, ci pare sia bene facto che, dal canto di costà [a Napoli] col martello vostro, et noi col nostro dall'altro, ce ingegniamo con ogni nostra industria et arte dargli qualche buona forma, continuando dolcemente, insino che ne siamo ben chiari».⁵⁵ Quell'avverbio, *dolcemente*, e l'insistenza del verbo *continuare* racchiudono tutto un mondo.

Nel caso della discesa di Carlo VIII, tanto fu il «terrore del nome e dell'arme di questo christianissimo re»⁵⁶ diffuso tra la popolazione che la coalizione filo-aragonese si sfaldò ancor prima di incontrare il nemico. Al re di Francia bastarono un paio di azioni condotte fino in fondo, senza pietà, per vedere spianata la strada da Torino a Napoli. Tutte le avvisaglie della sua discesa erano state sistematicamente ignorate o fraintese. Figliuolo ha giustamente osservato che la maggior parte dei giudizi storiografici successivi stridono con «lo sguardo sorpreso e attonito degli osservatori contemporanei [...] incapaci di darsi una ragione plausibile».⁵⁷

Il solo che aveva in qualche modo colto la minaccia era stato Giovanni Pontano. In tre significative lettere, indirizzate ai diversi regnanti che si succedettero sul trono di Napoli tra l'ottobre del 1493 e il febbraio del 1495 – Ferrante, suo figlio Alfonso e infine Ferrandino –, l'umanista aveva tracciato un quadro della situazione politica e fornito consigli che rimasero inascoltati, anche se molto probabilmente non avrebbero potuto cambiare il corso della storia. Ferdinando Cascone ha studiato quei documenti e ha rilevato un uso del verbo *antivenire* che cambia nel tempo. Se nel primo ricordo, quando ancora la «piovia» francese pareva assai lontana, Pontano stesso suggeriva di ricorrere alle armi diplomatiche, affidando al termine un valore simile al prevedere, nei successivi messaggi ad Alfonso e Ferrandino *antivenire* non significa più “valutare molto bene la situazione”, bensì “prepararsi alla guerra”.⁵⁸ Solo che ormai era tardi. E in ogni caso, la tattica militare suggerita – benché Pontano chiami idealmente in causa eroi come Annibale e Cesare – rimane quella tipica dell'Italia

⁵⁴ Bruno FIGLIUOLO: *Corrispondenza, VIII...*, n. 33 allegato A (Bernardo de Ricci a Piero de' Medici, dell'11.6.1493). Un passaggio molto bello sull'indecisione dello stesso Ludovico Sforza circa l'atteggiamento da tenere – se appoggiare dichiaratamente il re di Francia, oppure “tenersi buoni” gli alleati italiani (Napoli e Firenze), qualora l'impresa francese si rivelasse una bolla di sapone, – si può leggere in un dispaccio di Antonio da Colle a Piero de' Medici del 14 marzo 1494: *ivi*, n. 98 allegato C.

⁵⁵ Bruno FIGLIUOLO: *Corrispondenza, VIII...*, n. 87, p. 144 (Piero de' Medici a Dionigi Pucci, del 19.2.1494).

⁵⁶ Da una lettera del 13.2.1495 di Soderini e Capponi alla Signoria di Firenze, citata in Bruno FIGLIUOLO: “La guerra lampo...”, p. 387.

⁵⁷ Bruno FIGLIUOLO: “La caduta...”, p. 150.

⁵⁸ Ferdinando CASCONI, “«Antivenire» la battaglia nelle lettere di Giovanni Pontano”, in Guido ABBAMONTE et al. (eds.), *La battaglia nel Rinascimento meridionale. Moduli narrativi tra parole e immagini*, Roma, Viella, 2011, pp. 395-405: 397.

del primo Rinascimento: dispendiosa in termini di tempo e di energie. Secondo l'umanista il sovrano aragonese doveva creare, «con astuzia e stratagemma, le condizioni che favoriscano lo svantaggio del nemico e poi ricorrere alle armi, a scontri militari che non saranno mai decisivi [...], dunque non una *rocta universale*, [...] ma una serie di piccole vittorie che mettano fuori combattimento il nemico e che provochino il minor numero possibile di vittime». ⁵⁹ È evidente che anch'egli in fondo continuava a pensare che *a latere* si sarebbero dovuti cercare accordi per via diplomatica. Era sempre stato così. ⁶⁰

⁵⁹ Ferdinando CASCONI: op. cit., p. 399.

⁶⁰ Michael MALLETT: *Signori e mercenari...*, pp. 263-264, osserva che a cavallo tra Medioevo ed età moderna erano mutate le dimensioni della guerra e che le guerre d'Italia furono un crogiuolo di esperienze ed esperimenti cui i nostri avi contribuirono cospicuamente, senza riuscire però a mettere a frutto l'esperienza e finendo col perire nell'incendio. A Piero Pieri, che accusava la mancata capacità di allestire e sfruttare truppe di fanteria, Paolo Grillo pare rispondere che «è difficile sostenere che il modello militare del Rinascimento italiano si sia realmente dimostrato inefficiente o sorpassato nel confronto con quello francese o quello spagnolo [...]; furono piuttosto le rivalità che dividevano le potenze italiane [...] a causare la crisi» (Paolo GRILLO: *Cavalieri e popoli in armi. Le istituzioni militari nell'Italia medievale*, Roma-Bari, Laterza, 2008, p. 200). È dunque, una questione politica e diplomatica, e non solo militare.

«Car més val contendre ab la quartana que ab flaquea» Conflictividad marítima en tiempos de carestía en la Corona de Aragón a principios del siglo XV

«Car més val contendre ab la quartana que ab flaquea» Maritime conflicts in times of scarcity in the Crown of Aragon in the early fifteenth century.

Victòria A. Burguera i Puigserver

Universitat de les Illes Balears / Institució Milà i Fontanals-CSIC, Barcelona, España.

Resumen: A lo largo de la Baja Edad Media, las ciudades de la Corona de Aragón obtuvieron de los soberanos varios recursos para abastecerse de cereales y, en especial, de trigo. Uno de ellos fue la concesión real generalmente conocida como *Ví vel gratia*, la cual les permitía apoderarse de los cargamentos de vituallas ajenas en casos de necesidad extrema. Dicho privilegio, aplicado al transporte marítimo de cereales, supuso la autorización de prácticas anteriormente consideradas como piráticas, ahora amparadas por disposiciones reales circunscritas a las épocas de carestía. Aun así, tales actividades fueron la base de conflictos, especialmente entre las ciudades marítimas de la Corona.

Palabras clave: trigo, piratería, corso, abastecimiento municipal, conflictividad marítima.

Abstract: Throughout the Late Middle Ages, the cities of the Crown of Aragon obtained by the sovereign several resources to stock up on cereals and especially wheat. One of these was the royal grant generally known as *Ví vel gratia*, that allowed them to seize shipments of foreign victuals in cases of extreme need. That privilege, applied to maritime transport of grain, involved the authorization of practices previously considered as piratical, now protected by provisions of the King applied only in times of famine. Even so, such activities were the basis of conflicts, especially between the maritime cities of the Crown.

This article analyzes the use of this royal grant by the great coastal cities of the Crown of Aragon –notably Barcelona, Valencia and Mallorca– in order to ensure their own supply by sea, particularly during dearth. The strategy deployed to this effect is, in fact, a form of institutionalized violence, legally sustained thanks to the support of the Aragonese kings from the first third of the fourteenth century. As can be seen, the objective that legitimated this type of action carried out by the cities was, ultimately, the need to ensure the supply of consumer goods –and especially wheat– to the population. However, it is difficult to think that the adoption of this type of measures would

respond exclusively to the solidarity of the agents of the local power. Rather, we are dealing with coercive formulas used by urban elites to safeguard their interests in a context of conflict, such as the Mediterranean world, during the two last centuries of the Middle Ages. Likewise, the use of these strategies by the urban powers, supported by the officers of the king, became a cause of conflicts between the authorities of Barcelona, Valencia and Mallorca.

Keywords: wheat, piracy, privateer, municipal supply, maritime conflict.

Para citar este artículo: Victòria A. BURGUERA i PUIGSERVER: “«Car més val contendre ab la quartana que ab flaquea» Conflictividad marítima en tiempos de carestía en la Corona de Aragón a principios del siglo XV”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 6, Nº 11 (2017), pp. 43-61.

Recibido: 08/03/2017

Aprobado: 30/05/2017

«Car més val contendre ab la quartana que ab flauea»¹ Conflictividad marítima en tiempos de carestía en la Corona de Aragón a principios del siglo XV*

Victòria A. Burguera i Puigserver

Universitat de les Illes Balears/Institució Milà i Fontanals-CSIC, Barcelona

victoriaburguera@gmail.com

El mar constituye un marco privilegiado no sólo para el estudio de las relaciones marítimas y comerciales, sino también para el análisis de la proyección de las ciudades costeras más allá del propio núcleo circunscrito. Desde antiguo, las ciudades marítimas de la Corona de Aragón se inclinaron hacia el Mediterráneo en búsqueda de una vía de obtención de los recursos que la tierra no era capaz de ofrecerles. Asimismo, fuente de peligro y de riqueza, el mar supuso para los habitantes de las poblaciones costeras otro medio con el que lidiar, más inhóspito, descontrolado y regido por unas leyes no siempre análogas a las terrestres, lo cual lo convertía en un entorno proclive para la aparición de actividades de dudosa caracterización, impulsadas o no por la iniciativa privada.²

En cuanto a la cuestión alimentaria, para las ciudades litorales de la Corona, el mar representó una preciosa fuente para abastecerse de cereales. Como centros de consumo y, en menor grado, de producción de alimentos, las grandes poblaciones medievales dependieron de las importaciones de víveres, tanto del área rural situada en sus inmediaciones como de zonas más alejadas.³ A la hora de proveer a los territorios deficitarios, el trigo, alimento estrella de la dieta

*Este trabajo se inscribe en el marco del proyecto de investigación financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad "Tripulaciones, armamentos, construcción naval y navegación en el Mediterráneo medieval" (HAR2013-48433-C2-1-P), y del grupo de investigación consolidado por la Generalitat de Catalunya "La Corona de Aragón, el Islam y el mundo mediterráneo" (2014 SGR 1559). Su elaboración ha sido posible gracias a la ayuda para la formación de personal investigador de la Conselleria d'Innovació, Recerca i Turisme, concedida por el Govern de les Illes Balears y cofinanciada por el Fondo Social Europeo.

Abreviaturas utilizadas: *AEM*: *Anuario de Estudios Medievales*; *AH*: Arxiu Històric; *AHCB*: Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona; *AMV*: Arxiu Municipal de València; *ARM*: Arxiu del Regne de Mallorca; *BSAL*: *Bolletí de la Societat Arqueològica Lul·liana*; *CHCA*: *Congreso de Historia de la Corona de Aragón*; *EU*: Extraordinaris d'Universitat; *RP*: Reial Patrimoni.

¹ Más vale combatir con fiebre que con hambre. *AMV*, G3 XI, f. 168v. 1413, gener, 25.

² Remito aquí a las ideas proporcionadas por Roser Salicrú en torno a la frontera marítima en contraposición a la terrestre: Roser SALICRÚ i LLUCH: "La frontera marítima en el Mediterráneo bajomedieval", *Convivencia, defensa y comunicación en la frontera. III Estudios de Frontera*, Jaén, Diputación Provincial de Jaén, 2000, pp. 681-709.

³ Con respecto a las ciudades marítimas de la Corona de Aragón, la cuestión del abastecimiento cerealista bajomedieval ha sido un tema muy recurrente. Véanse, a modo de ejemplo, para Barcelona, los numerosos trabajos de Antoni RIERA MELIS, entre los cuales: "Crisis frumentarias y políticas municipales de abastecimiento en las ciudades catalanas durante la Edad Media", en Hipólito Rafael OLIVA HERRER y

mediterránea medieval, fue el cereal que acaparó la atención y centralizó la demanda.⁴ Además, la vía marítima resultó ser la preferida para aprovisionarse de este cereal, sobre todo desde zonas alejadas.⁵ El transporte naval, fuera por mar o por vías fluviales, presentaba unas condiciones más ventajosas, como una mayor rapidez y capacidad de carga. Este medio también fue fundamental para el aprovisionamiento de zonas cuyas particularidades físicas las convertían en áreas con necesidades cerealistas casi crónicas, como es el caso de las Islas Baleares,⁶ hecho que fue ya constatado en tiempos de la conquista cristiana y que se intentó paliar con disposiciones papales y reales encaminadas a potenciar el comercio marítimo exterior de

Pere BENITO i MONCLÚS (coords.), *Crisis de subsistència y crisis agrarias en la Edad Media*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2007, pp. 125-160; y también las aportaciones de Pere BENITO MONCLÚS, destacando: “Crisis de subsistència i polítiques frumentàries a la Barcelona medieval”, en Mercè RENOM PULIT (ed.), *Proveir Barcelona: el municipi i l'alimentació de la ciutat, 1329-1930*, Barcelona, Museu d'Història de Barcelona, 2016, pp. 23-34; así como los trabajos de Eva SERRA i PUIG: “Els cereals a la Barcelona del segle XIV”, *AEM*, 20 (1967), pp. 71-107; Montserrat RICHOU i LLIMONA: “Una dècada d'abastament frumentari a Barcelona”, en Antoni RIERA i MELIS (coord.), *Crisis frumentàries, iniciatives privades i polítiques públiques de proveïment a les ciutats catalanes durant la Baixa Edat Mitjana*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 2013, pp. 117-159, o Pol SERRAHIMA i BALIUS: “El pa de la Busca. Proveïment i consum de blat a Barcelona entre 1450 i 1462”, en Antoni RIERA i MELIS (coord.), *Crisis frumentàries...*, pp. 161-300. Para el caso de Valencia, también destacan los numerosos trabajos de Agustín RUBIO VELA, entre los cuales: “Valencia y el control de la producción cerealista del reino en la Baja Edad Media. Orígenes y planteamiento de un conflicto”, en VVAA, *Demografía y sociedad en la España bajomedieval*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2002, pp. 33-65; o el estudio conjunto entre Enrique y José María CRUSELLES GÓMEZ y Rafael NARBONA VIZCAÍNO: “El sistema de abastecimiento frumentario de la ciudad de Valencia en el siglo XV: entre la subvención pública y el negocio privado”, en Maria BARCELÓ CRESPI y Antoni RIERA MELIS (coord.), *La Mediterrània, àrea de convergència de sistemes alimentaris (segles V-XVIII). XIV Jornades d'Estudis Històrics Locals*, Palma, Institut d'Estudis Baleàrics, 1996, pp. 305-332; entre otros. Respecto a Mallorca, destacan las producciones, ya sobre la época moderna, de José JUAN VIDAL, por ejemplo: “La evolución de la producción agrícola en Mallorca durante la Edad Moderna. Fuentes y problemas de su estudio”, *Moneda y Crédito*, 145 (1978), pp. 67-99; además de la tesis ya depositada de Miguel Gabriel GARÍ PALLICER: *El abastecimiento de pan en la Ciutat de Mallorca en los siglos XVI y XVII*, Tesis doctoral, Universitat de les Illes Balears, 2017.

⁴ Un buen resumen del proceso de transformación del trigo en alimento base de la dieta mediterránea se puede encontrar en Francisco MARTÍNEZ CAMAÑO: “Crisis de subsistencia y estructura de poder: el ejemplo de Barcelona en los años 1339-1341”, en Maria BARCELÓ CRESPI y Antoni RIERA MELIS (coord.), *La Mediterrània, àrea de convergència de sistemes alimentaris (segles V-XVIII). XIV Jornades d'Estudis Històrics Locals*, Palma, Institut d'Estudis Baleàrics, 2006, pp. 251-262, el cual remite a las grandes obras de Norman J. G. Pounds, Edward A. Wrigley, Carlo M. Cipolla, Massimo Montanari, Marc Bloch o George Duby.

⁵ Mario DEL TREPPO: *Els mercaders catalans i l'expansió de la Corona catalano-aragonesa al segle XV*, Barcelona, Curial, 1976, p. 287. Philippe WOLFF: “Un grand commerce medieval: les cereals dans le bassin de la Méditerranée occidentale. Remarques et suggestions”, en VVAA, *VI CHCA*, Madrid, Artes gráficas Argés, 1961, pp. 147-164, concretamente p. 151, también apuntó a una superioridad de las vías de agua – ríos y mares – por constituir el mejor mercado.

⁶ La mayor parte de autores confirman lo endémico de la deficiencia cerealista en las Baleares, y su dependencia del tráfico exterior. Véase, a modo de ejemplo: Álvaro SANTAMARÍA ARÁNDEZ: “El mercado triguero de Mallorca en la época de Fernando el Católico”, en VVAA, *VI CHCA*, pp. 379-392; o José JUAN VIDAL: “La evolución...”, pp. 67-99.

viveres, incluso con los países musulmanes.⁷ Por lo tanto, las ciudades costeras de la Corona de Aragón pudieron, sin duda, sacar provecho de su vertiente marítima, permitiéndoles, entre otras cosas, el acceso a las grandes rutas internacionales del tráfico marítimo de cereales.

La cuestión alimentaria fue una preocupación común a todos los concejos de la Corona, encargados de regular el aprovisionamiento municipal con la ayuda de la autoridad real.⁸ Tales iniciativas se vieron reforzadas después de las trágicas consecuencias provocadas por las crisis de subsistencia y las hambrunas del siglo XIV. Durante esta centuria se desarrolló un amplio intervencionismo municipal con el objetivo de prevenir y evitar nuevos episodios dramáticos, relegando así las crisis de subsistencia a meras carestías circunstanciales.⁹ El gobierno ciudadano mostró un interés especial por esta cuestión también con el objetivo de mantener la paz social, que se podía ver comprometida por una crisis aguda de subsistencia. En el contexto marítimo, el trigo se convirtió en una mercancía preciada cuyo tráfico, a pesar de los diferentes obstáculos, nunca cesó.¹⁰ Sin embargo, la aplicación de la política frumentaria ciudadana constituyó un motivo de disputa entre varias zonas necesitadas.

La lucha por el trigo: *Privilegi de virtualles* y *Vi vel gratia*

De entre todas las disposiciones reales encaminadas a favorecer el aprovisionamiento frumentario de los mayores núcleos urbanos, dos privilegios comprometieron seriamente el tráfico marítimo de cereales y fueron los responsables de la mayoría de las contiendas por la cuestión triguera en el mar: el *Privilegi de virtualles* y el de *Vi vel gratia*. El comúnmente llamado *Privilegi de virtualles* o *Guiatge de virtualles* era un salvoconducto que daba protección real a todos las personas que transportasen provisiones a las ciudades que lo poseían, fuera por mar o por tierra, eximiéndolas de cualquier marca, represalia, deuda o delito excepto algunos conside-

⁷ Los papas Gregorio IX (1241) e Inocencio IV (1247) concedieron al reino de Mallorca la posibilidad de comerciar con los territorios islámicos, incluyendo todo tipo de productos, salvo aquellos que pudieran ser utilizados con finalidades bélicas, apoyándose en la falta de recursos propios. Véase José JUAN VIDAL: "El comercio de trigo entre Mallorca y África del Norte en los siglos XVI y XVII", *Mayurqa*, 15 (1976), pp. 73-92, concretamente p. 75 notas 6 y 7, quien, a la vez, remite también a Estanislao AGUILÓ i AGUILÓ: "Antigues franqueses i privilegis del regne", *BSAL*, 6 (1895-1896), pp. 129-130. Estas concesiones fueron ratificadas, posteriormente, por Pedro el Ceremonioso, una vez fueron reincorporadas las islas a la Corona de Aragón. Josep JUAN VIDAL: "El comercio...", p. 74, nota 3. Véase también: Antoni RIERA MELIS: *La Corona de Aragón y el Reino de Mallorca en el primer cuarto del siglo XIV. Las repercusiones arancelarias de la autonomía balear*, Barcelona, CSIC, 1987, o Roser SALICRÚ i LLUCH: "Entre Cristiandad e Islam en el Mediterráneo ibérico", en VVAA, *Itinerarios medievales e identidad hispánica*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2001, pp. 83-112.

⁸ Aunque el municipio gozase de una cierta autonomía, debía alinearse con la política general de la Corona. Marco TANGHERONI: *Aspetti del commercio dei cereali nei paesi della Corona d'Aragona*. 1. *La Sardegna*, Cagliari, CNR, 1981, concretamente p. 75.

⁹ Antoni RIERA MELIS: "Crisis frumentarias...", p. 159.

¹⁰ Mario DEL TREPPO: *Els mercaders catalans...*, p. 278.

rados graves, como los de traición, sodomía, herejía, lesa majestad o falsificación de moneda.¹¹ Este privilegio favorecía la llegada de alimentos a la vez que daba protección a corsarios, piratas y malhechores que se aprovechaban de la inmunidad que les otorgaba para dar salida a sus capturas, por lo que surgieron graves disputas en torno a esta cuestión.¹²

Más interesante aún resulta el privilegio *Vī vel gratia*, es decir, “por la fuerza o de buen grado”, que permitía apoderarse de los víveres que transportaban las embarcaciones ajenas en casos de extrema necesidad, fuera cual fuera la nacionalidad del patrón, de la embarcación o del propietario de los cargamentos. Con previa autorización de un oficial real, eran obligados a descargar las mercancías en el puerto interesado y, posteriormente, se les pagaba su valor. Por lo tanto, no se trataba de un robo, sino más bien de un secuestro, ya que el propietario de los víveres era compensado económicamente con la cantidad de la venta de sus cargamentos; eso sí, siempre al precio convenido por las autoridades de la ciudad que habían ordenado su requisición.¹³ Estas prácticas se venían ejerciendo desde antiguo en épocas de carestía,¹⁴ y solían ir acompañadas de cierto grado de violencia.

Ambos privilegios perseguían el mismo objetivo: garantizar el suministro de víveres para prevenir o combatir la escasez, lo que permitía, *de facto*, la puesta en práctica de métodos de actuación que hubieran sido inconcebibles en otros contextos y coyunturas. Tanto es así que, al menos en el caso de Mallorca y de las Baleares, los dos aparecen asociados como si se tratara de uno solo, asimilándose bajo el mismo concepto de *privilegi appellat vulgarmet de victualles*,¹⁵ a partir de la ratificación que hizo Martín el Humano de ambos privilegios en 1401.¹⁶ Cabe señalar que esta homonimia ha favorecido, en algunas ocasiones, la confusión entre ambas iniciativas legales.

¹¹ ARM, Còdex Rosselló Vell, f. 418r.

¹² Varios autores han mencionado la vulnerabilidad de dicho privilegio a este tipo de acciones en la Corona de Aragón, así como su aplicación abusiva: Vicente Ernesto BELENGUER CEBRIÀ: “El problema cerealista en Valencia durante la época del Rey Católico (1480-1490): repercusiones administrativas, económicas y políticas”, *Cuadernos de historia. Anexos de la revista Hispania*, 5 (1975), pp. 167-213; María Teresa FERRER i MALLOL: “Barcelona i la política mediterrània catalana: el Parlament de 1400-1401”, en VVAA, *XIV CHCA*, Sassari-Alguero, s.n., 1990, pp. 427-443, o Mario DEL TREPPO: “Politica e commercio dei grani nei paesi della Corona d’Aragona nel secolo XV”, en VVAA, *Atti dell’Accademia di Scienze Morali e Politiche della Società Nazionale di Scienze, Lettere ed Arti in Napoli*, vol. LXX, Nápoles, Stabilimento Tipográfico Guglielmo Genovese, 1959, pp. 144-202, a modo de ejemplo.

¹³ Albert CURTO i HOMEDES: *La intervenció municipal en l’abastament d’una ciutat catalana: Tortosa, segle XIV*, Barcelona, Rafael Dalmau, 1988, p. 86.

¹⁴ Varios investigadores se han referido a la antigüedad de las mismas (Antoni RIERA MELIS: “Crisis frumentarias...”, p. 158; Josefina MUTGÉ VIVES: *Política, urbanismo y vida ciudadana en la Barcelona del siglo XIV*, Barcelona, Editorial CSIC, 2004, p. 240 o Eva SERRA i PUIG: op. cit, p. 81), derivadas del derecho de angaria o de requisición (Arcadi GARCIA i SANZ y María Teresa FERRER i MALLOL: *Assegurances i canvis marítims medievals a Barcelona*, Barcelona, Institut d’Estudis Catalans, 1983, p. 211).

¹⁵ ARM, EU 18, 74r.

¹⁶ ARM, *Còdex de Sant Pere*, f. 72v y *Còdex Rosselló Vell*, f. 417v-418v. Álvaro SANTAMARÍA ARÁNDEZ: “El mercado triguero...”, p. 388, ya apuntó a la duplicidad del citado privilegio.

Dejando a un lado el primero de ellos, cuyo estudio resultaría muy interesante pero no concierne al presente artículo, nos ocuparemos de analizar el alcance del segundo (*Vi vel gratia*), que puede ser definido como una concesión real otorgada sólo a determinadas poblaciones, con objeto de legalizar la requisición forzosa como sistema de aprovisionamiento municipal en contextos de carestía.

No siempre es fácil reseguir la genealogía de esta regalía. Resulta muy evidente en el caso de Barcelona, que la recibió de Alfonso el Benigno en 1328.¹⁷ Menos claro se presenta el caso de la ciudad de Valencia,¹⁸ y se revela confuso el de la ciudad de Mallorca.¹⁹ Estas ciudades no fueron las únicas que gozaron de dicha prerrogativa, puesto que fue una práctica utilizada por

¹⁷ Según Josefina Mutgé, una de las primeras veces en las que se invocó el privilegio, cuya redacción no se produjo hasta el 18 de enero de 1328, fue en 1322. Posteriormente fue perfeccionado el 25 de mayo de 1337 y ampliado el 3 de agosto de 1364, fechas que corresponden a las hambres del siglo XIV. Josefina MUTGÉ VIVES: op. cit., p. 45, nota 80 y pp. 240-241, y Eva SERRA i PUIG: op. cit., pp. 81-82.

¹⁸ Se sabe que, en 1328, Alfonso el Benigno otorgó el *Guiatge de vitualles* a la ciudad de Valencia (Agustín RUBIO VELA: "Crisis agrarias y carestías en las primeras décadas del siglo XIV. El caso de Valencia", *Saitabi*, 37 (1987), pp. 131-147, concretamente p. 144), coincidiendo con la fecha en la que el rey otorgó el privilegio *Vi vel gratia* a Barcelona. El *Guiatge* fue ratificado también en 1372 (Álvaro Santamaría: *Aportación al estudio de la economía de Valencia durante el siglo XV*, Valencia, Instituto Alfonso el Magnánimo, 1966, p. 224, nota 12). Es probable que la ciudad valenciana recibiera por esas fechas una prerrogativa semejante a la de Barcelona, aunque hasta el momento no se haya podido localizar, puesto que existen evidencias de esta práctica ya en la primera mitad del siglo XIV. Agustín RUBIO VELA y Mateu RODRIGO LIZONDO: "El problema frumentari a València i la crisi de la Unió (1340-1348)", en VVAA, *Homenatge al doctor Sebastià García Martínez*, 1, València, Universitat de València, 1988, pp. 89-101, concretamente p. 99.

¹⁹ En octubre de 1343, una vez reincorporadas las Islas Baleares a la Corona de Aragón, Pedro el Ceremonioso otorgó el privilegio a la ciudad de Ibiza, previa petición expresa de los mismos ibicencos, «axí com axò és legut fer als siutadans de Mallorca» (Enrique FAJARNÉS TUR: "Privilegio de vituallas concedido a los ibicencos por Pedro IV de Aragón", *BSAL*, 2 (1887), pp. 62-63); año en el que los jurados de la ciudad y reino recibieron también el salvoconducto o *guiatge* a las embarcaciones que transportaran vituallas a la isla (Álvaro SANTAMARÍA ARÁNDEZ: "Mallorca del Medioevo a la modernidad", en José MASCARÓ PASARIUS (ed.), *Historia de Mallorca*, vol. III, Palma de Mallorca, s.n, 1970, p. 285). Cabe pensar, entonces, que ambas atribuciones les serían concedidas a la ciudad mallorquina por el rey Ceremonioso, aunque las fuentes documentales conservadas remitan a fechas más tardías: en 1374 el rey autorizó el armamento de naves para obligar a embarcaciones a descargar sus vituallas en la isla (ARM, *Còdex Abelló*, f. 121v-122r), citado por Álvaro Santamaría como un reajuste del *privilegi de vitualles* otorgado anteriormente (Álvaro SANTAMARÍA ARÁNDEZ: "Mallorca del Medioevo...", p. 285) y, posteriormente, Martín el Humano ratificó y readaptó la disposición en 1401 (véanse las referencias de la nota 16). Se desconoce la existencia de privilegios análogos en tiempos de la monarquía privativa de Mallorca, pese a la presencia de indicios que señalan hacia la práctica de estas actividades ya en esa época. Véase Antoni MAS FORNERS, Guillem ROSSELLÓ BORDOY y Ramon ROSSELLÓ VAQUER: *Història d'Alcúdia: de l'època islàmica a la Germania*, Alcúdia, Ajuntament d'Alcúdia, 1999, p. 251 y notas 46 y 47. Las poblaciones de los otros dos puertos más importantes de la isla de Mallorca fueron beneficiarios, también, de privilegios semejantes: la villa de Alcúdia, desde 1343 (Antoni MAYOL i LLOMPART: "La concessió del títol de ciutat a Alcúdia (1523-1525) i les seves franquícies al llarg del segle XVI", *Mayurqa*, 25 (1999), pp. 187-196, concretamente p. 190), y Sóller, desde 1399 (Plàcid PÉREZ i PASTOR: "El mercat de blats a la villa de Sóller (1466-1476)", *Mayurqa*, 21 (1985-1987), pp. 147-166, concretamente p. 151).

muchas ciudades marítimas europeas.²⁰ Sin embargo, dentro del ámbito de la Corona de Aragón, las ciudades de Barcelona, Valencia y Mallorca fueron las que protagonizaron más enfrentamientos entre sí a causa de dicha cuestión, al menos en la época estudiada, puesto que sólo pudieron aplicar el derecho de interceptación sin costos excesivos las plazas con un fuerte potencial coercitivo, que podía poner a sus ciudadanos a salvo de las represalias.²¹ Las ciudades fueron las más interesadas en obtener este tipo de privilegios, ya que les permitían afianzar su control por tierra y por mar a la hora de administrar sus recursos y evitar los cíclicos episodios de carestía,²² consiguiendo, al final, transformar una práctica antigua en un derecho.²³

En general, se describen frecuentemente dos tipos de actuaciones por parte de los municipios: el apresamiento de naves portadoras de trigo mientras hacían escala en algún puerto o se encontraban transitando cerca de la costa,²⁴ y el armamento de naves con el propósito explícito de ir a la caza de embarcaciones con trigo, incluso hasta zonas muy alejadas.²⁵ Las embarcaciones guardacostas de las que disponían algunas ciudades jugaron un papel importante, sirviendo para labores tanto defensivas como ofensivas, para impedir el contrabando, llevar a cabo acciones de rapiña o sencillamente proteger de posibles ataques a las embarcaciones propias que transportaban cereales.²⁶

²⁰ Francisco MARTÍNEZ CAMAÑO: op. cit., p. 256 y nota 70; Álvaro SANTAMARÍA ARÁNDEZ: "Mallorca del Medioevo...", p. 286, y Eva SERRA i PUIG: op. cit., p. 82. Especificando, esta última, su uso por parte de las ciudades de Nápoles, Génova, Tarragona, Girona, Tortosa...

²¹ Antoni RIERA MELIS: "Crisis frumentarias...", p. 159; idea compartida con Albert CURTO i HOMEDES: op. cit., p. 85-86, quien además menciona los pagos que hizo el municipio de Tortosa a los notarios encargados de la gestión de protestas, peticiones, réplicas y presentaciones de mercaderes afectados por las requisiciones.

²² Pere BENITO i MONCLÚS: "Crisis de subsistencia y políticas frumentarias", en VVAA, *Alimentar la ciudad. El abastecimiento de Barcelona del siglo XIII al XX*, Barcelona, MUHBA Llibrets de Sala, 12, 2013, p. 11, en referencia a Barcelona y Valencia.

²³ Antoni RIERA MELIS: "Crisis frumentarias...", p. 158.

²⁴ El alcance real del privilegio *Vi vel gratia*, al menos en el caso de Barcelona, serían las aguas jurisdiccionales o las más cercanas a la ciudad, a juzgar por los siguientes autores: Ibidem; Eva SERRA i PUIG: op. cit., p. 81; Josefina MUTGÉ VIVES: op. cit., p. 240-241 y Francisco MARTÍNEZ CAMAÑO: op. cit., p. 256. De igual modo, Álvaro SANTAMARÍA ARÁNDEZ: "El mercado triguero...", p. 388, indicó que, en la ciudad de Mallorca, dicho privilegio se circunscribía a las aguas de la bahía de la misma ciudad, es decir, desde el Cap Blanc hasta el Cap de Trefalempa.

²⁵ Dicha licencia fue considerada por Álvaro Santamaría como parte del famoso privilegio de vituallas, aunque no se nombre de manera específica en la documentación mallorquina (véanse las referencias de las notas 16 y 19). A juzgar por las numerosas referencias documentales a estos hechos, cabe pensar que sería una prerrogativa concedida también, al menos, a las ciudades de Barcelona y de Valencia, incluida o no como actividad propia del *Vi vel gratia*. Uno de estos armamentos por parte de la ciudad de Valencia fue estudiado por Andrés DÍAZ BORRÁS: "Carestías frumentarias y guerra naval. El fracaso político de la solidaridad dentro de la Corona de Aragón en la crisis valenciana de 1385", *Revista de historia naval*, 83 (2003), pp. 23-53, quien, a la vez, mostró cómo la ciudad de Valencia, además del armamento de una flotilla ciudadana, contrató y colaboró con los gastos de particulares para que llevaran a cabo capturas de trigo en el mar (Ibidem, p. 30-34).

²⁶ La protección de las naves mercantes con víveres tenía por objetivo obstaculizar el desembarco forzoso de éstos. Albert CURTO i HOMEDES: op. cit., p. 88. Por otra parte, Andrés Díaz apuntó a la multi-

Como se puede suponer, a pesar de la cobertura legal que las amparaba, estas prerrogativas no quedaron al margen de disputas – no solamente diplomáticas – acerca de la licitud de las confiscaciones en épocas en las que la carestía era generalizada y prácticamente cualquier población podía usar el pretexto de la necesidad para apoderarse de embarcaciones ajenas. Además, a las autoridades competentes se les permitía el uso de la fuerza con el fin de obligar a las naves mercantes a desembarcar el trigo en el puerto interesado.²⁷ Nació así una práctica de difícil caracterización, con una cobertura legal con límites confusos y una aplicación cuestionable, cuyo impacto no ha pasado desapercibido a los estudiosos de las carestías o de los sistemas de abastecimiento marítimo.²⁸ Sin que se haya profundizado excesivamente en la cuestión, tales episodios han sido comúnmente interpretados como casos de «piratería legalizada»²⁹ o de «auténticas patentes de corso».³⁰

plicidad de tareas de los navíos armados por la ciudad de Valencia y demostró el autofinanciamiento de esas flotillas a través del pillaje, tanto en zonas de guerra como en las costas norteafricanas, con el fin de obtener cautivos (Andrés DÍAZ BORRÁS: “Carestías frumentarias...”, p. 26). Fuera del ámbito ibérico, la variedad de funciones de los navíos armados ha sido estudiada también para Florencia: Michael Edward MALLET: *The Florentine Galleys in the Fifteenth Century*, Oxford, Clarendon Press, 1967.

²⁷ Así lo mandaba, por ejemplo, el lugarteniente mallorquín a los bailes de las villas marítimas, para que obligaran a los barcos ajenos a descargar su trigo en la ciudad, autorizándoles el uso de procedimientos violentos, pero tomando las cautelas suficientes para evitar futuras aprehensiones por tales hechos. ARM, EU 3, f. 98r. 1413, diciembre, 22.

²⁸ Algunos autores ya han mencionado la gran complejidad del transporte del grano en los siglos bajo-medievales. Las embarcaciones que transportaban trigo no solamente fueron objeto de disputas municipales, sino también presa de corsarios enemigos o piratas. Véase Montserrat RICHOU i LLIMONA: “Aportacions a l’estudi del comerç frumentari baixmedieval: l’assalt i segrest de la coca de Guillem Mo-rey (1361)”, *Acta historica et archaeologica mediævalia*, 31 (2011-2013), pp. 213-238.

²⁹ Término utilizado tanto por Eva SERRA i PUIG: op. cit., p. 81, como por Josefina MUTGÉ VIVES: op. cit., p. 45. Otros, sin embargo, han hablado abiertamente de piratería: Mario DEL TREPPO: “Politica e commercio...” o Philippe WOLFF: op. cit., p. 160, hablando este último de “piratería organizada”.

³⁰ Francisco MARTÍNEZ CAMAÑO: op. cit., p. 256. Vicente Ernesto BELENGUER CEBRIÀ: op. cit., p. 168, en cambio, la caracteriza, probablemente de manera más acertada, como “práctica casi legalizada de corso”. El asunto era complejo, puesto que estos armamentos municipales no presentaban avales por posibles daños a súbditos de la Corona o aliados, ya que claramente se actuaba contra ellos. (Andrés DÍAZ BORRÁS: “Carestías frumentarias...”, p. 44). No se trataría, pues, de una práctica corsaria *stricto sensu*, encaminada a hacer la guerra a los enemigos del rey persiguiendo objetivos lucrativos. Pero, del mismo modo, tampoco se podría considerar una práctica pirática, puesto que tales embarcaciones actuaban con el consentimiento y por iniciativa de los oficiales municipales y reales. Para la diferenciación entre la piratería y el corso en la baja Edad Media, cuestión que no abordaremos en este trabajo por el espacio que requeriría, véanse, entre otros: Michel MOLLAT DU JOURDIN: “De la piraterie sauvage à la course réglementée (XIIe-XIVe siècle)”, *Mélanges de l’École Française de Rome*, 87 (1975), pp. 7-25; VVAA: *La península ibérica y el Mediterráneo centrooccidental (siglos XII-XV)*, *Actas del I congreso internacional de historia mediterránea*, Barcelona-Roma, CSIC-CNR, 1980, pp. 743-765 o Maria Teresa FERRER i MALLOL: “Curso y piratería entre Mediterráneo y Atlántico en la Baja Edad Media”, en Manuel GONZÁLEZ JIMÉNEZ e Isabel MONTES ROMERO-CAMACHO (eds.), *La Península ibérica entre el Mediterráneo y el Atlántico. Siglos XIII-XV, V Jornadas Hispano-Portuguesas de Historia Medieval*, Cádiz-Madrid, Servicio de publicaciones, Diputación de Cádiz, Sociedad Española de Estudios Medievales, 2006, pp. 255-322.

Las ciudades de la Corona de Aragón llegaron a tener graves disputas entre ellas, puesto que gran parte de estos asaltos se produjeron entre embarcaciones de naciones aliadas, cristianas, y, sobre todo, entre súbditos del mismo rey. Por este motivo, las ciudades se vieron obligadas bien a buscar la protección del monarca,³¹ o bien a firmar tratados de no agresión entre ellas,³² aunque no siempre se obtuvieron los resultados esperados. Asimismo, para negarse a devolver los cargamentos requisados, las urbes se escudaron también bajo el proverbio de la caridad ordenada, según el cual la caridad bien entendida empezaba por uno mismo.³³

Todo ello obstaculizó seriamente el transporte marítimo de cereales, convirtiéndolo en una empresa insegura y arriesgada. Esta evidencia quedó patente también en el sistema de seguros marítimos, que negaban la cobertura en casos de requisición de embarcaciones por parte de organismos públicos.³⁴ No debe resultar extraño, pues, que, dadas las circunstancias, algunos mercaderes se negaran a dedicarse al transporte de trigo si las autoridades no les aseguraban la llegada al puerto deseado, puesto que el riesgo de perder una embarcación no compensaba las posibles ganancias.³⁵

En paralelo, el citado privilegio y la política frumentaria en general estimularon el desarrollo de un aparato diplomático municipal encaminado a conseguir las compensaciones económicas adecuadas para los cargamentos que eran confiscados. También para instar al rey a que prohibiera el secuestro de embarcaciones por parte de otras ciudades de la Corona, o para rogar a los patronos el respeto y la inmunidad de las embarcaciones con trigo ciudadano, de modo que éstas pudieran llegar sin problemas a sus puertos de destino.³⁶ Así, los concejos de las ciudades de la Corona de Aragón tuvieron que negociar con diversas autoridades –dentro y fuera de sus respectivos reinos– todas las cuestiones relacionadas con los mecanismos de control de la exportación de trigo, las importaciones desde zonas alejadas, el retorno de las confiscaciones, etc.³⁷

³¹ Ya ocurrió en 1328 entre Barcelona y Valencia. El rey tuvo que intervenir pidiendo a la primera que respetara las embarcaciones de la segunda. Josefina MUTGÉ VIVES: op. cit., p. 242.

³² Como el firmado entre los concejos de la ciudad de Valencia y de Mallorca en 1374, obligando a Pedro el Ceremonioso a no determinar lo contrario. Álvaro SANTAMARÍA ARÁNDEZ: “Aportación al estudio...”, p. 222-231.

³³ Claude CARRÈRE: *Barcelona 1380-1462: un centre econòmic en època de crisi*, Barcelona, Curial, 1977, p. 363.

³⁴ Véanse, Arcadi GARCIA i SANZ y Maria Teresa FERRER i MALLOL: op. cit., p. 212, y Claude CARRÈRE: op. cit., p. 363 nota 134. Además, según las ordenanzas de Barcelona, el trigo y las vituallas debían ser aseguradas por su valor, independientemente de la nacionalidad de la embarcación, del propietario de las mercancías o del patrón que las transportara. Mario DEL TREPPO: *Els mercaders catalans...*, p. 283 o íd.: “Política e commercio...”, p. 151.

³⁵ Andrés DÍAZ BORRÁS: “Carestías frumentarias...”, p. 28.

³⁶ Estas peticiones se usaban tanto para el comercio terrestre (AMV, G3 XI, f. 176r. 1413, febrero, 7) como para el marítimo (AHCB, 1B. VIII-3, f. 8r. 1441, octubre, 24) y se suceden en la documentación, convirtiéndose en un indicativo de la inseguridad de ese transporte y de la necesidad de protegerlo.

³⁷ Eva SERRA i PUIG: op. cit., p. 82.

Además de esta regalía, que tenía que ponerse en práctica teóricamente solo en casos de extrema necesidad y como último recurso, los gobiernos municipales usaron otros métodos para prevenir la escasez, como la prohibición de extracción de alimentos o la concesión de ayudas, contratos o préstamos a los mercaderes que se comprometieran a llevar trigo a la ciudad.³⁸ De ahí que el problema no fuese tanto la falta de medios para el aprovisionamiento, como la insuficiencia de éstos o, más bien, el miedo a que pudieran resultar insuficientes en los años en los que la escasez acechaba de manera generalizada a lo largo del Mediterráneo.

Hemos hablado de momentos de carestía porque ésta era la supuesta condición para poder poner en funcionamiento esta medida extrema. Sin embargo, una vez entrados en el siglo XV y superadas ya las crisis de subsistencia del siglo anterior, la puesta en funcionamiento del sistema de abastecimiento ciudadano no respondió siempre a coyunturas de escasez. Tanto Enrique y José María Cruselles como Rafael Narbona constataron, para Valencia, que durante la primera mitad del siglo XV hubo una tendencia a la saturación en el almudín de la ciudad: mientras los almacenes rebosaban de trigo, se seguían prestando ayudas a los mercaderes para que importaran más cantidades.³⁹ Atribuyeron tal hecho, entre otros motivos, a la constante necesidad de obtener trigo nuevo, que era el que tenía una fuerte demanda en el mercado urbano.⁴⁰ Tal evidencia pone en tela de juicio los motivos reales del uso de los métodos para el aprovisionamiento, que podrían extrapolarse también a la invocación del privilegio *Vi vel gratia*.⁴¹

La coyuntura entre 1412 y 1416

La situación marítima en la segunda década del siglo XV, concretamente durante el reinado de Fernando I de Aragón (1412-1416), muestra otra realidad. Las fuentes coinciden en indicar que se trata de un período marcado por una gran carestía, aparentemente a causa de

³⁸ Véanse, entre otros: Hermenegildo RAUSELL BOIZAS et al.: "Movimiento secular de las importaciones trigueras del siglo XV mediante las "ayudas de la ciudad de Valencia", *Estudis: revista de historia moderna*, 2 (1973), pp. 5-96; María Salvadora CÍVICO RODRÍGUEZ: "La actuación del Consejo Municipal barcelonés durante el siglo XV en el abastecimiento de la ciudad. Años 1426-1428", en María BARCELÓ CRESPI y Antoni RIERA MELIS (coord.): *La Mediterrània, àrea de convergència de sistemes alimentaris (segles V-XVIII). XIV Jornades d'Estudis Històrics Locals*, Palma, Institut d'Estudis Baleàrics, 1996, pp. 299-304 o Albert CURTO i HOMEDES: op. cit. Cabe señalar que, en los contratos firmados entre las autoridades municipales y los mercaderes que se comprometían a conducir trigo, estos últimos quedaban libres de compromiso en casos de justificado impedimento, y la incautación del trigo de sus naves mercantes por otras ciudades era considerado como tal. ARM, EU 18, f. 121v. 1449, septiembre, 4 y f. 122v. 1449, noviembre, 21.

³⁹ Enrique CRUSELLES GÓMEZ, José María CRUSELLES GÓMEZ y Rafael NARBONA VIZCAÍNO: op.cit.

⁴⁰ Además de la intención de introducir la ciudad de Valencia dentro de los circuitos comerciales internacionales. *Ibidem*, p. 310 y 316.

⁴¹ Algunos autores han apuntado ya a un posible uso abusivo y fraudulento del citado privilegio, como Álvaro SANTAMARÍA ARÁNDEZ: "El mercado triguero...", p. 388.

una extrema sequía,⁴² y apuntan a una gran hambruna en todo el norte de África, desde la costa atlántica hasta Asia Menor.⁴³ En este contexto, casi una tercera parte de los asaltos marítimos registrados en las tres mayores ciudades costeras de la Corona –Barcelona, Valencia y Mallorca– se dirigieron contra embarcaciones mercantiles que transportaban trigo.⁴⁴ Una proporción para nada desdeñable que es representativa de la inseguridad a la que estaba expuesta la comercialización de este producto, muy superior a la de cualquier otro.

El primer indicio de esta coyuntura marítima aparece el 21 de noviembre de 1412, cuando los jurados de Valencia informaron al rey acerca de la grave carestía de trigo que sufría la ciudad y le hicieron saber que, a causa de ello, habían establecido contacto con varias zonas de aprovisionamiento, Provenza y Occitania entre ellas, en vistas a concretar futuras importaciones. Más que una simple notificación, la misiva mostraba el tono de preocupación por los rumores de que tanto en Barcelona como en otros lugares de la soberanía del rey se preparaban galeotas y fustas armadas para apoderarse furtivamente del trigo dirigido hacia Valencia, puesto que todos sufrían las consecuencias de la escasez.⁴⁵

Las noticias pronto dejaron de ser sólo rumores. Justo al día siguiente, se notificaba la toma por la fuerza en Denia de una barca de mercaderes valencianos cargada con 70 cahíces de trigo y 13 de cebada, que eran conducidos a la capital.⁴⁶ Los barceloneses, por su parte, tampoco se hicieron esperar: unas semanas más tarde, ya se habían apropiado de la barca con que Antoni Garriga transportaba a Valencia 420 cahíces de trigo procedente de Francia.⁴⁷ Solo al cabo de unos días, los jurados de la ciudad y reino de Mallorca, con el consentimiento del lugarteniente, armaban un rampín de 13 remos para hacer llegar trigo a la isla⁴⁸ y, poco después, los

⁴² Jacqueline GUIRAL-HADZIIOSSIF: *Valencia, puerto mediterráneo en el siglo XV (1410-1525)*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, Institució Valenciana d'Estudis i Investigació, 1989, p. 332.

⁴³ ARM, EU 3, ff. 129r-130r. 1415, noviembre, 9. Otra evidencia de la carestía frumentaria en estos años es la noticia de la captura de una embarcación musulmana con 59 personas a bordo por parte del corsario mallorquín Pere Aymer en el estrecho de Gibraltar, mientras intentaban llegar a Bugía desde Salé “a causa de la gran fam que hi havia a la terra de Salé”. ARM, RP 3829, f. 159r. 1414, abril, 4.

⁴⁴ La mayor parte de la información se ha obtenido de la documentación del Archivo Municipal de Valencia y del Archivo del Reino de Mallorca, puesto que en el Archivo Histórico de la Ciudad de Barcelona no se conservan para estos años las series de la correspondencia de los *consellers* con otras autoridades de dentro y fuera de Cataluña. Por otra parte, los conflictos entre las ciudades de Barcelona y Valencia por esta cuestión en 1412-1413 fueron ya tratados en Andrés DÍAZ BORRÁS: *Problemas marítimos de Valencia a fines de la Edad Media. El corso, la piratería y el cautiverio en su incidencia sobre la dinámica económica, 1400-1480*, Tesis doctoral, Universitat de València, 1988. Puesto que lo que pretende este artículo es mostrar la situación de conflictividad marítima surgida entre varias ciudades de la Corona a causa de la carestía, vehiculada y amparada por el privilegio *Vi vel gratia*, no vamos a abordar aquí la aportación que supuso el recurso al mismo en el consumo urbano ni su posible función como práctica especulativa para regular los precios del cereal.

⁴⁵ AMV, G3 XI, f. 133r-134v. 1412, noviembre, 21.

⁴⁶ *Ibidem*, f. 135r. 1412, noviembre, 22.

⁴⁷ *Ibidem*, f. 141v-142v. 1412, diciembre, 8 y 9.

⁴⁸ ARM, EU 3, f. 76v. 1412, diciembre, 13.

valencianos avisaban al rey de la actuación de catalanes y mallorquines, «qui per fer semblant acte tenen en mar fustes armades ab les quals se n'han nostres fustes portades».⁴⁹

Por aquel entonces, los valencianos seguían haciendo uso de su mejor diplomacia, apelando a los consejeros de Barcelona, a los consejeros de la ciudad de Valencia en la corte del rey y al mismo soberano para que interviniera, con objeto de impedir semejantes actuaciones por parte de sus súbditos antes de que ellos mismos se vengaran por su cuenta. Afirmaban que, en otras circunstancias, hubieran podido pasar por alto algunas actuaciones para socorrer a las necesidades de las ciudades vecinas, dada la hermandad que las unía, pero que, debido a la carestía generalizada, se encontraban en la misma situación que las otras, o incluso peor, y no podían consentir ser los únicos perjudicados.⁵⁰

Los jurados de Valencia debían esperar la intervención del rey, como ya había sucedido en otras ocasiones. Pero, ante el silencio del soberano, y con la convicción de que los asaltos no pararían por sí solos, el 25 de enero de 1413 ordenaron a Jofre de Meià, capitán de la galeota armada de la guarda de la ciudad, que, sin ningún cargo de conciencia, no perdonara embarcación alguna, puesto que ellos se encargarían de justificar y excusar sus acciones ante el rey y ante Dios.⁵¹ Entre otras cuestiones, le ordenaron la captura del leño de Pere Sapllana y una barca con una carga de 500 salmas que se encontraba en el puerto de Moraira.

Cuando los de Barcelona se percataron de la iniciativa del concejo valenciano, decidieron dar permiso a la galera *d'en Fogassot* para robarles furtivamente el trigo. En aquel momento, los valencianos contabilizaban ya cerca de 2.000 cahíces en pérdidas de trigo, comprado tanto por el municipio como por mercaderes que habían asegurado descargar allí el cereal. Ante esa situación, los dirigentes de la ciudad de Valencia, que no hacía ni un mes habían armado su galeota para la captura de naves trigueras, decidieron sumarle también la llamada “nave del rey”, con Pere Suau como capitán.⁵² Seguidamente, mandaron a Jofre de Meià que se pusiera bajo las órdenes de Suau y que continuara haciendo su trabajo: ayudar a las naves mercantes para que pudieran llegar sin problemas a la ciudad de Valencia, y despojar embarcaciones ajenas siempre que le fuera posible.⁵³

El miedo que infundían las naves armadas por la ciudad de Barcelona cristalizó en no pocas iniciativas por parte del *consell* de Valencia, orientadas a proteger a los mercaderes que transportaban víveres y a responder, a su vez, contra las naves catalanas. El mismo día en que

⁴⁹ AMV, G3 XI, f. 155v. 1412, diciembre, 28.

⁵⁰ Ibidem.

⁵¹ AMV, G3 XI, f. 168v. 1413, gener, 25.

⁵² La nave Santa María del Rey, llamada también “nao castellana”, iba equipada con 40 hombres armados y 15 ballesteros. Había venido desde Sevilla con 3.537 cahíces que los comerciantes Francesc Ferrer y Francesc Siurana habían prometido llevar a la ciudad. Jacqueline GUIRAL-HADZIIOSSIF: op.cit., p. 333.

⁵³ AMV, G3 XI, f. 179v. 1413, febrero, 13. Efectivamente, entre 1412 y 1413 el concejo municipal de Valencia contrató mensualmente las galeras del rey para proteger las embarcaciones de la ciudad. Jacqueline GUIRAL-HADZIIOSSIF: op. cit., p. 340.

los jurados valencianos armaron la llamada nave del rey, dieron orden al mercader valenciano Joan Nicolau, enviado a Montpellier en busca de trigo, para que habilitase embarcaciones grandes con el fin de defender la galera que transportase el cereal y para que, si ésta hubiera puesto ya rumbo a Valencia, la hiciera navegar lo más lejos posible de la costa. Asimismo, le notificaban el envío, además de la galeota armada de la ciudad y la nao capitaneada por Pere Suau, de una nave lo suficientemente preparada como para no caer en manos de adversarios, e incluso combatirlos y apoderarse de sus barcos si fuera necesario.⁵⁴ Los jurados le solicitaron, también, que no dejara salir ningún navío cargado de trigo hasta que no hubieran llegado las naves anteriores, ya que, sin protección, podrían llegar a ser capturados por los barceloneses.⁵⁵ Mientras tanto, los mismos comunicaron la decisión del armamento a los mensajeros de la ciudad en la corte del rey, especificándoles que lo habían hecho para reintegrar el trigo que les había robado Barcelona, que actuaba con el supuesto consentimiento del monarca, y pidiéndoles, igualmente, que mantuvieran en secreto tal iniciativa.⁵⁶ Unos días más tarde, decidieron incorporar también un laúd a su escuadrilla, formada ya por la galeota comandada por Jofre de Meià y la nao castellana, y mandaron al patrón Jaume Martí que se pusiera bajo el mando del capitán Pere Suau.⁵⁷

Mantener el secreto de tales armamentos era una labor complicada, puesto que los perjudicados hacían correr de inmediato la voz sobre la posición de las naves y el nombre de la ciudad responsable. Tampoco era la primera vez que Barcelona y Valencia rivalizaban por este motivo: anteriormente, durante la carestía de 1385, el enfrentamiento entre ambas ciudades había alcanzado niveles tan acusados que Valencia tuvo que armar, a toda velocidad, cuatro naves para defender el Grao de un posible asalto de barcos barceloneses, que pretendían sacar de la playa valenciana sus naves capturadas.⁵⁸

A pesar de la relevancia de los conflictos declarados entre la capital catalana y la valenciana –posiblemente porque el cereal que encargaba la ciudad de Valencia en aquel momento procedía de Occitania y Provenza y, forzosamente, las naves tenían que pasar ante la costa catalana para llegar a su destino–, estas dos ciudades no fueron las únicas que se vieron convulsionadas por este tipo de actuaciones. En efecto, prácticamente al mismo tiempo que lo hicieron

⁵⁴ Seguramente se refería aquí a la nave de 40 bancos de la ciudad, comandada por Pere Bondia, quien, junto a la galeota armada de Jofre de Meià, acompañó a las naves portadoras de suministros durante este período, además de escoltar la nao castellana hasta Agde. Jacqueline GUIRAL-HADZIIOSSIF: *op.cit.*, p. 339.

⁵⁵ AMV, G3 XI, f. 180v. 1413, febrero, 13.

⁵⁶ *Ibidem*, f. 181v. *Ibidem*.

⁵⁷ *Ibidem*, f. 180v. 1413, febrero, 16.

⁵⁸ Ésta fue una de las consecuencias del armamento, por parte de la ciudad de Valencia, de una escuadrilla que durante tres meses hizo hasta tres rutas diferentes en busca de trigo. Los más perjudicados fueron, en ese momento, los barceloneses y los mallorquines, quienes subieron el tono a la hora de reclamar el secuestro de sus naves. Andrés DÍAZ BORRÁS: "Carestías frumentarias...", p. 43-48.

barceloneses y valencianos, el concejo mallorquín también decidió armar dos galeras para ir en busca de embarcaciones cargadas de trigo u otras vituallas con el objetivo de asegurar el abastecimiento de la isla.⁵⁹ Es obvio que cuantas más embarcaciones se armasen con ese fin, más probabilidades tendrían de garantizar un suministro de trigo suficiente. Además, un asunto tan delicado necesitaba de la autorización de un oficial real, así como de la presencia de otro en una de las naves de la escuadrilla, con la autoridad suficiente como para dar la orden de confiscación a los patronos de las naves de carga.⁶⁰

Aunque no siempre resulte fácil encontrar en la documentación una descripción de estas tácticas, Andrés Díaz Borrás ha podido localizar algunas de ellas. Sabemos que algunos patronos intentaban negociar con los conductores de las embarcaciones trigueras para que, voluntariamente, accediesen a desembarcar el cereal en el puerto indicado por ellos mismos. Si su respuesta era negativa, la nave era obligada a dirigirse por la fuerza hacia la ciudad interesada.⁶¹ En otras ocasiones, cuando se interceptaba una embarcación con trigo, los ocupantes, armados, pasaban a pilotar directamente la embarcación secuestrada y la conducían hasta el puerto correspondiente para desembarcar el cereal.⁶² De hecho, algunos patronos no dudaron en usar las armas para arremeter contra las embarcaciones comerciales como si de enemigos se tratara.⁶³ Por otro lado, para proteger a los navíos mercantes se podían embarcar en ellos entre diez y quince hombres armados, cuya misión sería tanto ofensiva como defensiva.⁶⁴

Durante el mes de febrero de 1413, en la isla balear mayor también se pusieron en funcionamiento otras iniciativas muy recurrentes, además de la preparación de naves. A petición de los jurados, el lugarteniente mandó a los bailes de Pollença, Andratx, Alcúdia y Santanyí que obligaran a toda embarcación que llegara a sus calas o puertos, y sospecharan que pudiera transportar trigo, a descargarlo en el muelle de la ciudad. En estas órdenes se les daba permiso para imponer penas, retener las embarcaciones e, incluso, arrestar a los patronos si intentaban huir por tierra.⁶⁵ También se decretó una *detenció general*, a causa de la extrema necesidad, que

⁵⁹ Los jurados pidieron, así, ayuda al resto de villas de la isla para que aportasen cada una de 25 a 30 personas para embarcar como ballesteros o remeros en las galeras, pagándoles un mes por adelantado y, en el caso de que estuvieran más de un mes, todo lo adeudado cuando regresaran. ARM, EU3, f. 91r-v. 1413, febrero, 18.

⁶⁰ Aunque las referencias sean posteriores al período estudiado en el presente artículo, la ciudad de Barcelona solía embarcar, en expediciones semejantes, a un portero real para dar las órdenes (AHCB, 1B X-5, f. 10r. 1421, mayo, 6), mientras que la ciudad de Mallorca mandaba que se embarcase a uno de los jurados de la ciudad y reino (ARM, EU 18, f. 107r. 1449, mayo, 21).

⁶¹ Andrés DÍAZ BORRÁS: "Carestías frumentarias...", p. 31-32.

⁶² *Ibidem*, p. 32.

⁶³ Fue el caso de uno de los hombres de la nave de Juan Martínez de Casande, patrón vizcaíno que se dirigía con su nave cargada de trigo hacia Barcelona cuando fue alcanzado por la nave de Gaspar de Cardona, quien, al ver que la primera lograba escapar, abrió fuego contra ella, hiriendo de gravedad a uno de sus tripulantes (AHCB, 1B. VIII-3, f. 7v. 1441, octubre, 20).

⁶⁴ Jacqueline GUIRAL-HADZIIOSSIF: *op.cit.*, p. 339.

⁶⁵ ARM, EU3, f. 87r. 1413, febrero, 4.

prohibía la salida de cualquier navío de la isla de Mallorca sin el previo permiso del lugarteniente,⁶⁶ medida aplicada seguramente para evitar el contrabando y la salida de productos de primera necesidad.

Pese al esfuerzo de la ciudad de Valencia por proteger sus naves mercantiles, los barceloneses siguieron ocasionándoles numerosas pérdidas. El 21 de febrero de 1413, los jurados mandaron a Leuguer Escuder, mercader que se encontraba en la ciudad condal, que se encargara de cobrar el dinero correspondiente a 800 sextarios de trigo que los catalanes habían interceptado en la nave patroneada por Martín de Gonzalvo, que serviría para pagar el trigo que tenía que llegar desde el sur de Francia.⁶⁷ Los valencianos, por su parte, reclamaban el cobro de la misma cantidad que ellos habían pagado al comprarlo ya que, a menudo, el trigo confiscado solía ser estimado por un precio inferior a su valor real de mercado, iniciándose así disputas en torno al importe de las compensaciones.⁶⁸ En cualquier caso, de poco servían las restituciones económicas cuando lo que se perseguía era obtener cereales, de ahí que el dinero de la compensación fuera inmediatamente reinvertido en la siguiente compra.

Durante los meses siguientes la necesidad disminuyó. Así lo indica el hecho de que los jurados de Valencia dieran instrucciones al mercader Joan Nicolau, enviado al sur de Francia, de no comprar más trigo.⁶⁹ Igualmente, decidieron retirar la galeota *d'en Cardona*, capitaneada por Jofre de Meià, de su escuadrilla, considerando que las otras dos embarcaciones ya eran suficientes.⁷⁰ Sin embargo, tales medidas no significaron, en ningún caso, un cese de las contiendas, ya que los barcos con trigo asegurado en Valencia continuaron siendo víctimas de las embarcaciones de Barcelona⁷¹ e Ibiza.⁷²

Las represalias por tales actuaciones no tardaron en manifestarse fuera de los dominios del rey de Aragón. En mayo de 1413, el gobernador de Occitania arrestó a Joan Nicolau, mercader valenciano enviado por el concejo municipal para comprar cereal, a causa de las acciones cometidas en aquella zona por Jofre de Meià, el capitán de la galeota armada de Valencia. El 5 de abril, casualmente el mismo día en que los jurados emitieron la orden de su cese, Jofre supeitamente requisó una nave de barceloneses cargada de trigo estando en el puerto de Aigues-

⁶⁶ Ibidem, f. 91v. 1413, febrero, 19.

⁶⁷ AMV, G3 XI, f. 184v. 1413, febrero, 21.

⁶⁸ Sin embargo, en algunos casos, los patrones de las galeras armadas, desconocedores del valor de mercado de los granos, aceptaron pagar el trigo requisado a precios muy superiores. Andrés DÍAZ BORRÁS: "Carestías frumentarias...", p. 44.

⁶⁹ AMV, G3 XI, f. 190r. 1413, marzo, 13.

⁷⁰ Ibidem, f. 200v. 1413, abril, 5.

⁷¹ Esta vez fue el trigo que había asegurado llevar a Valencia un mercader barcelonés, Miquel de Roda. Ibidem, f. 205v. 1413, abril, 17.

⁷² Los ibicencos tomaron la nave que patroneaba Bernat Vidal y que llevaba trigo del mercader valenciano Antoni Garriga desde Provenza hasta Valencia. Ibidem, f. 206v. 1413, abril, 19. Aunque hasta el momento no hubiéramos tenido noticias de la implicación de ibicencos, es muy probable que, como el resto, participaran en los ataques desde el principio.

Mortes, en contestación a las confiscaciones de los catalanes. Ante este acto, las autoridades occitanas reaccionaron a la defensiva y, como solía pasar en tales casos, acabaron arremetiendo contra los compatriotas de los agresores, llegando a pedir 100 marcos de plata por el rescate de Joan.⁷³ En respuesta, las autoridades valencianas decidieron actuar de la misma manera, encarcelando a un florentino y a otros occitanos, como método de coerción hasta que pusieran en libertad al mercader valenciano.⁷⁴ Las discusiones entre las autoridades barcelonesas y valencianas continuaron aún en septiembre sin haber llegado a un acuerdo acerca de los sucesos acaecidos en Aigues-Mortes.⁷⁵ Fue durante el verano de 1413, cuando de nuevo comenzaron a circular noticias sobre agresiones cometidas por barcos barceloneses, iniciándose, así, un nuevo ciclo de reclamaciones enviadas por el *consell* valenciano al rey.⁷⁶

En Mallorca, sin embargo, la necesidad dio pie a la aparición de otras medidas: en el mes de agosto, el lugarteniente mallorquín reiteró la prohibición de extraer trigo de la isla;⁷⁷ en octubre, se apresó en Alcúdia una nave que había llegado a puerto cargada de trigo y patroneada por Bernat Vidal, arrestando a siete hombres de la tripulación por la resistencia que habían ofrecido;⁷⁸ y, en diciembre, se ordenó el embargo de vituallas de todo navío que recalase en los puertos de Santanyí, Pollença o Alcúdia.⁷⁹

Barcelona, por su parte, finalmente había decidido respetar los cargamentos adquiridos por Valencia; pero, una vez superadas sus aguas, corrían todavía el riesgo de ser interceptados por fustas de Tarragona, como pasó en el puerto de Salou.⁸⁰ En marzo de 1414, a raíz de los preparativos para la llegada del rey a la ciudad de Valencia, las autoridades volvieron a autorizar la incautación de grano a naves mercantes. Esta vez, los jurados de la capital valenciana se pusieron en contacto con Pere Doi, patrón de una nave barcelonesa, para que, en el puerto de Moraira, actuara contra las embarcaciones que se dirigiesen hacia poniente cargadas del anhelado cereal.⁸¹ Y lo mismo ordenaron a Isidre Pérez en octubre, encargándole la requisición de la nave de Bartomeu Garcés, que se encontraba en Jávea repleta de trigo de Sicilia con rumbo al norte de África.⁸²

Aunque durante el año 1414 la ciudad condal hubiera cesado sus intervenciones contra las naves mercantes valencianas, los armamentos barceloneses reaparecieron en diciembre del año siguiente, cuando fue apresada una barca con trigo asegurado en Valencia por el mercader

⁷³ Ibidem, f. 222v. 1413, mayo, 24.

⁷⁴ Ibidem.

⁷⁵ AMV, G3 XII, f. 42v. 1413, septiembre, 11.

⁷⁶ Ibidem, f. 22r. 1413, julio, 21, y f. 45v. 1413, septiembre, 13.

⁷⁷ ARM, AH 92, f. 359v. 1413, agosto, 15 y EU3, f. 94v. 1413, agosto, 16.

⁷⁸ ARM, EU3, f. 16r-v. 1413, octubre, 21.

⁷⁹ Ibidem, f. 98r. 1413, diciembre, 22.

⁸⁰ AMV, G3 XII, f. 84v. 1413, noviembre, 22.

⁸¹ Ibidem, f. 119v-120r. 1414, marzo, 10.

⁸² Ibidem, f. 196v. 1414, octubre, 4.

valenciano Lleonard Berenguer.⁸³ En marzo de 1416, en cambio, fueron los de Blanes quienes tomaron por la fuerza una coca patroneada por Antoni Ferro cargada también de trigo, que se dirigía a Valencia.⁸⁴ Los menorquines también se implicaron en las contiendas: en febrero de 1416 apresaron, en Ciudadela, una nave cargada de trigo patroneada por Pedro Sánchez de Bilbao, cuyo destino principal era también la ciudad del Turia.⁸⁵ Éstos son sólo algunos ejemplos del apresamiento de navíos mercantes dedicados al transporte del trigo, aquellos que han dejado rastro documental por haber afectado a trigo de propiedad municipal, es decir, comprado por la ciudad, con el consecuente envío de emisarios a las zonas implicadas para acordar la devolución del precio de la mercancía.

A pesar de estudiarse aquí sólo un período muy concreto, estos casos son representativos del impacto negativo que sufrió el transporte de trigo, constatado también a través de los elevados costes de seguridad al que estuvo expuesto, muy superiores a los derivados de la puesta en circulación de cualquier otro bien de consumo. En efecto, las referencias a la sustracción de otros alimentos por vía marítima son mucho más anecdóticas y, en ocasiones, alejadas de la política municipal y de la justificación por la necesidad. Aunque escasearan las vituallas en general, el *forment* era, explícitamente, el objetivo de la política frumentaria.⁸⁶

Pese a todos estos ejemplos, son pocas las referencias documentales que nombran el privilegio *Vi vel gratia*. Sólo en aquellas ocasiones en que el patrón perjudicado pidió una justificación escrita de los hechos aparece la mención a un *antic privilegi* como coartada, privilegio que, sin duda, debía ser éste. Con todo, no deja de ser complicado averiguar el alcance exacto de un marco legal que, en ocasiones, limitaba el ámbito geográfico en el que se podía llevar a cabo o incluía el armamento de naves para perseguir a los navíos mercantes como si de enemigos se tratara.⁸⁷

⁸³ AMV, G3 XIII, f. 41r. 1415, diciembre, 5.

⁸⁴ Ibidem, f. 81r. 1416, marzo, 4.

⁸⁵ Ibidem, f. 72r. 1416, febrero, 18.

⁸⁶ En la misma época estudiada, contamos con ejemplos que, de forma más o menos fortuita, incluyen otro tipo de cereales. Sería el caso de la captura de comino, arroz, almendra y granos valencianos que los barceloneses acometieron en las inmediaciones del puerto de Cartagena (AMV, G3 XI, f. 32v. 1412, mayo, 25) o de la toma, en Mallorca, de la cebada que transportaba el valenciano Domingo Soriano (ARM, AH 94, f. 15r. 1416, enero, 31). En otras ocasiones, la obtención del trigo también puede ser un hecho más o menos casual, como el que podía encontrarse, junto con otras mercancías, en embarcaciones musulmanas capturadas (ARM, RP 3829, f. 158r. 1413, mayo, 27).

⁸⁷ A través de la documentación se pueden trazar las rutas que recorrían estas pequeñas flotas ciudadanas en búsqueda de cereales a rapiñar. Sirva como ejemplo la flota valenciana de 1385, descrita en Andrés DÍAZ BORRÁS: "Carestías frumentarias...".

Conclusión

Algunos métodos aplicados por las ciudades bajomedievales para garantizar su aprovisionamiento y evitar las crisis de subsistencia tuvieron como contrapartida el incremento de la inseguridad marítima del comercio de vituallas. El privilegio *Vī vel gratia*, como método beneficioso a la hora de hacer llegar provisiones a las ciudades necesitadas, constituyó, a su vez, un obstáculo para el tráfico marítimo del trigo, puesto que lo convirtió en un negocio arriesgado. Buena muestra de ello son el armamento de embarcaciones encargadas de proteger las naves mercantes, la cláusula que eximía de su compromiso a los mercaderes que habían asegurado llevar grano a una ciudad en caso de que sus naves fueran interceptadas y obligadas a descargar en otro lugar, o las peticiones que hacían los municipios a patrones u otros oficiales para que respetaran sus propias naves trigueras.

El presente estudio ha intentado demostrar la estricta aplicación de estos mecanismos en un período de declarada carestía. Un estudio más a largo plazo sería capaz de confirmar, como ya se ha insinuado, la existencia de un posible uso fraudulento del privilegio, más allá de los estigmáticos períodos de déficit cerealista. En años de escasez generalizada, cada territorio trató de usar en el mar todos los medios posibles para apoderarse del preciado trigo antes que otro, amigo o enemigo, desencadenándose así una pugna mediterránea entre súbditos de la Corona de Aragón.

En definitiva, lo que sí se puede confirmar es la dificultad que sufrió el tráfico mercante de tan codiciado cereal, sobre todo en épocas en las que realmente hubo necesidad. Ningún otro producto generó tantas disputas marítimas entre y dentro de estados en situación de paz. La política diplomática ciudadana y la acumulación de órdenes de requisición de cargas de naves, envueltas a menudo en procedimientos violentos, labor gestionada por las autoridades locales y autorizadas por los oficiales reales, muestran una realidad que trasciende más allá de las tradicionales fórmulas de amistad. El uso del controvertido privilegio se convertía, de esta manera, en la aplicación de un estado de excepción momentáneo, justificado y supeditado a la situación frumentaria de cada población.

Uomini d'arme nel territorio estense alla fine del XV secolo

Hombres de armas en el territorio de la Casa de Este a finales del siglo XV

Men-at-arms in the Este's Lordship at the End of the 15th Century

Enrica Guerra

Università degli Studi di Ferrara, Italia

Riassunto: Preambolo di uno studio più ampio d'ambito sia sociale, sia politico-economico, il testo, attraverso l'analisi di alcuni libri contabili e carteggi, si propone di fornire un breve quadro sulla consistenza degli armati al servizio degli Estensi, sulla presenza di eserciti "forestieri", e la loro relazione con la popolazione, nella seconda metà del XV secolo.

Parole chiave: Quattrocento, Stato Estense, Guerra, Esercito, Governo.

Resumen: Avance de un estudio más amplio, de carácter social, político y económico, el artículo, a través del análisis de varios libros de contabilidad y correspondencia, se propone elaborar un cuadro general sobre la composición de los ejércitos movilizados al servicio de la Casa de Este (Ducado de Ferrara), sobre la presencia en ellos de contingentes extranjeros y su relación con la población no combatiente, en la segunda mitad del siglo XV.

Palabras clave: Baja Edad Media, Estado de Este (Ducado de Ferrara), Guerra, Ejército, Gobierno.

Abstract: Through the analysis of several accounting books and correspondence, this paper analyzes the composition of the armies mobilized in the service of the Este Household (Duchy of Ferrara) and it specially focuses on the presence of foreign contingents and their relationship with the non-combatant population in the second half of the 15th Century.

This work analyzes, firstly, the categories of combatants within the ranks of the armies mobilized at the service of the Dukes of Este, as well as the social profile of the individuals integrated in them during the last two decades of the fifteenth century. Thanks to the preservation of important accounting sources, the author shows how a good part of the forces placed under command of the Dukes of Ferrara came from the military potential of the regional aristocracy, linked to the household of the Duke through vassalage formulas or other personal links. This system of military

organization achieved a greater development in those states in which the feudal aristocracy power over the whole political field was stronger.

Secondly, this paper also describes the logistic needs of the armies of the Duchy of Ferrara and the public order conflicts they generated. In relation to this aspect, it is observed that the existence of direct links between the majors of the army and the ducal household did not serve, in practice, to discipline the behavior of the combatants. In fact, conflicts unleashed among them and, above all, between them and the population were frequent. According to the documentation handled, this problems derived from cases of robbery and extortion over the non-combatant population. The accused justified themselves by alleging all kinds of negligence in the payment of their wages. As a reaction to all these forms of institutionalized depredation, it is noted a clear social response articulated around the duchess Leonor de Aragon, who run the complains issued by the municipal authorities and, in general, by the victims of the ducal army.

Keywords: Later Middle Ages, Este Household (Duchy of Ferrara), Warfare, Army, Government.

Para citar este artículo: Enrica GUERRA: “Uomini d’arme nel territorio estense alla fine del XV secolo”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 6, N° 11 (2017), pp. 62-78.

Recibido: 05/12/2016

Aprobado: 23/05/2017

Uomini d'arme nel territorio estense alla fine del XV secolo

Enrica Guerra

Università degli Studi di Ferrara

enrica.guerra@unife.it

Scrivendo Michael Mallett, nel 1974, come il ripensamento alle forme di organizzazione e di gestione degli uomini d'arme occorso, tra XIV e XV secolo, nei futuri "stati italiani", unitamente all'aumento dei conflitti e al conseguente incremento di armati nella penisola, condusse a modifiche non solo nell'organizzazione degli stessi uomini d'arme e nella loro tipologia, ma anche in quella del sistema contabile, «al fine di rendere più efficace la gestione delle finanze per l'esercito».¹

Se Milano, probabilmente in seguito alla politica espansionistica viscontea, riorganizzò il proprio corpo di armati, unitamente alla gestione finanziaria dello stesso, proprio nel periodo indicato da Mallett, un'altra realtà, come quella estense, attese, almeno per l'aspetto contabile, circa un secolo. Complice, probabilmente, la politica di neutralità operata dalla casata d'Este. La guerra tra Ferrara e Venezia (1482-1484), con le sue ingenti spese e l'aumento degli uomini d'arme presenti sul territorio portò a un ripensamento delle registrazioni contabili.

Nel pieno del conflitto, nel luglio del 1482, ebbe origine il primo registro della serie *Memoriale del soldo* in cui si sarebbero dovute annotare tutte le operazioni contabili sostenute per fronteggiare le spese della guerra, incluso il soldo per i singoli uomini d'arme.² Aspetto, questo, che rende tale serie archivistica — alle stregua delle altre contabili — di rilevante

¹ Michael MALLETT: *Signori e mercenari. La guerra nell'Italia del Rinascimento*, Bologna, il Mulino, 1983 (ed. orig. *Mercenaries and their Masters*, London, 1974), pp. 128-129. E per la contabilità e le finanze relative agli eserciti e alla guerra si veda, indicativamente: Giorgio CHITTOLINI: "«Fiscalité d'État» et prérogatives urbaines dans le duché du Milan à la fin du Moyen Âge", in Francesca BOCCHI y Rosa SMURRA (eds.), *Imago Urbis. L'immagine della città nella storia d'Italia*, Roma, Viella, 2002, pp. 147-176; Maria Nadia COVINI: "Le difficoltà politiche e finanziarie degli ultimi anni di dominio", in Federica CENGARLE y Maria Nadia COVINI (eds.), *Il ducato di Filippo Maria Visconti, 1412-1447. Economia, politica, cultura*, Firenze, Firenze University Press, 2015, pp. 71-105; Pietro SITTA: "Saggio sulle istituzioni finanziarie del ducato estense nei secoli XV e XVI", *Atti e Memorie della Deputazione provinciale ferrarese di storia patria*, III (1891), pp. 87-254.

² Il *Memoriale del soldo* costituisce una serie archivistica formata da 81 registri contabili redatti tra il 1482 e il 1652 all'interno dell'ufficio del soldo. Tale ufficio era diretto da un collaterale generale soggetto, come tutti coloro che prestavano servizio nella Camera ducale, alla supervisione e al controllo dei fattori generali. In numero di due, questi operavano all'interno del Soldo stesso, come accadde nel 1487 quando Antonio Maria Guarnieri, oriundo di Firenze ma con una vita spesa al servizio della corte estense, fu, contemporaneamente, sia superiore del soldo sia fattore generale. Si veda Archivio di Stato di Modena (ASMo): *Camera ducale estense. Computisteria. Memoriale del soldo*, reg. 8, c. 20 e c. 50; Marco FOLIN: *Rinascimento estense. Politica, cultura, istituzioni di un antico Stato italiano*, Roma-Bari, Laterza, 2001, pp. 121-213.

importanza non solo per un'analisi finanziaria, ma anche per una ricostruzione biografica e sociale degli armati stipendiati direttamente dalla Camera ducale.

Il primo volume, che raccoglie registrazioni contabili a partire dal gennaio del 1482 fu compilato, in verità, nel luglio del medesimo anno, a piena guerra in corso. È lo stesso redattore di questo registro, un certo Giacomo d'Argenta, a motivarne la creazione:

perché multiplicata le fazende de la guera le charte non bastane, per lo zornale de la usita, ed è stato nezesario a desquaternare el deto zornale et tiore fore li quinterni che erano serviti per le scritture dopie, et esse fato el prexente libro.³

Tuttavia, le spese, i preparativi, cominciano ben prima di quell'ultimo giorno di luglio. Per i mesi precedenti, poiché il registro esordisce con scritture datate al 1 di gennaio, fu necessario, appunto, squadernare altri registri: si venne a modificare un ordine esistente, sebbene si continuasse a mantenere, come era usuale, uno stretto riferimento alle operazioni registrate su altri libri di altre serie contabili.⁴

Sarà partendo dagli uomini presenti o assenti in tale registro che si affronterà brevemente in questo articolo (parte di un più ampio lavoro, in corso d'opera, su uomini e donne entrati in contatto con le corti estensi nel Tre-Quattrocento), il problema del rapporto tra uomini e guerra, tra soldati e popolazione.

Tra il 1482 e il 1499 si contano più di mille uomini d'arme registrati nel solo *Memoriale del soldo*. È un conteggio approssimativo, poiché vengono considerati solo coloro che furono in diretto contatto con Ercole I d'Este, ovvero stipendiati dalla Camera, e non la moltitudine presente sul territorio di provenienza comunale o, più frequente, al soldo di qualche condottiero, o capitano, stipendiato ducale. La loro presenza o la si ritrova nei documenti degli stessi condottieri, o, ancora più, nelle testimonianze fornite dagli ufficiali dislocati nel dominio. Tale approssimazione è data anche da altri fattori che rendono difficile un conteggio esatto di uomini, e di ruoli: le omonimie,⁵ i cognomi ancora in via di definizione, i soprannomi comuni per più individui, l'uso di diminutivi, per cui un certo Franceschetto da Rossano, balestriere

³ ASM: *Memoriale del soldo*, reg. 1, c. 1r.

⁴ Presso l'Archivio di Stato di Modena sono conservati i seguenti fondi contabili, tutti facenti capo alla Computisteria della Camera ducale Estense: il *Conto generale* che conta un totale di 55 registri relativi agli anni 1444-1597; la *Bolletta dei salariati*, 242 registri per gli anni 1456-1796; i *Memoriali*, 87 registri inerenti il periodo 1447-1597. A questi si aggiungono, poi, sempre conservati nel fondo Camera ducale, i libri contabili inerenti la gestione della corte di ciascun principe regnante e non regnante (secondo dicitura archivistica) della casata d'Este.

⁵ Un esempio è dato da Francesco d'Ortona, nome che viene portato da due individui: uno uomo d'arme e capo dello squadrone della *famiglia* ducale nel 1484, sempre anticipato, nelle scritture, dal referenziale "spectabile messere"; l'altro indicato come tamburino. ASMo: *Memoriali del soldo*, reg. 2, c. 2; reg. 3, c. 7.

negli anni 1483-1487, potrebbe essere un Francesco da Rossano, anch'egli balestriere nel medesimo periodo,⁶ e così via.

Nonostante queste problematiche è, tuttavia, possibile estrapolare dai registri contabili tutti, e più facilmente da quelli del *Memoriale del soldo*, i seguenti ruoli, o corpi, militari, che vanno direttamente o indirettamente, a influire sul territorio con la loro presenza o attraverso tassazioni.⁷ Si tratta di condottieri, capi di squadra, capi di provvigionati — denominazione che non è, come si vedrà, particolarmente significativa —, capi di schioppettieri e capi di balestrieri; capitani e capitani di zanetari; balestrieri e balestrieri a cavallo; fanti, provvigionati *da la guarda*, *familiares*, zanetari, bombardieri, schioppettieri, stradiotti e staffieri.⁸ Se la denominazione di provvigionati *da la guarda* è indicativa di stipendiati ai fini di una prestazione quale quella di un servizio di guardia, la denominazione di capi di provvigionati non sembra essere particolarmente significativa, poiché il termine “provvigionato” indica chi assume una provvigione, ovvero un salario, dalla camera ducale, per il servizio militare prestato,⁹ pertanto tale denominazione non va a indicare un ruolo specifico.

Sono provvigionati i fanti, anche se nei registri contabili della Camera ducale non è annoverata la moltitudine di uomini che si trovano disseminati sul territorio, bensì solo quelli preposti alla guardia di qualche struttura fortificata o abitativa,¹⁰ il cui stipendio dipendeva direttamente dagli uffici ducali. Tutti gli altri erano soggetti alla paga conferita dal conestabile loro capitano, secondo gli accordi di condotta, per questo non compaiono nei registri. La loro presenza è attestata, specie durante il conflitto tra Ferrara e Venezia, dai carteggi degli ufficiali presenti sul territorio che ne riportano la quantità o le problematiche che possono derivare dalla loro presenza (difficoltà di percepire il soldo, rivalsa sulla popolazione, e così via).

⁶ ASMo: *Memoriale del soldo*, reg. 1, c. 72r.; reg. 3, s.c.; reg. 4, c. ciiii e c. 104; reg. 7, c. xxv; reg. 8, c. xlvi e c. xlviiii.

⁷ Nei libri contabili si trovano registrazioni di tassazioni sul territorio di Modena e della Romagna. Cfr. ASMo: *Camera ducale estense. Computisteria. Memoriali*, reg. 2 e *Memoriale del soldo*, reg. 8.

⁸ Occorre rilevare che attraverso le fonti contabili è possibile ottenere indicazioni importanti non solo sui corpi militari, ma anche, e soprattutto, sugli uomini d'arme provenienti dagli strati più bassi della società, individuando la loro provenienza territoriale, i loro movimenti da una squadra all'altra o da uno stato all'altro, nonché una loro eventuale ascesa nei ranghi dell'esercito, come dimostra il lavoro condotto, in ambito inglese, da Bell, Curry, King e Simpkin e come viene ad evidenziarsi anche dallo studio della contabilità estense. Per la realtà inglese citata si veda Adrian R. BELL, Anne CURRY, Andy KING, & David SIMPKIN, *The Soldier in Later Medieval England*, Oxford, Oxford University Press, 2013, e il sito, con annesso database, collegato al lavoro sviluppato nel testo: <http://medievalsoldier.org/publications/publications.html> (ultima consultazione 28/04/2016). Per la Corona d'Aragona, Mario LAFUENTE GÓMEZ: *Un reino en armas: la guerra de los Dos Pedros en Aragón*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”, 2014; e Jorge SÁIZ SERRANO: *Caballeros del rey: nobleza y guerra en el reinado de Alfonso el Magnánimo*, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2008.

⁹ Si veda Trevor DEAN: *Terra e potere a Ferrara nel tardo medioevo. Il dominio estense: 1350-1450*, Modena-Ferrara, Deputazione di storia patria per le antiche provincie modenesi, 1990 (ed. orig. *Land and Power in Late Medieval Ferrara. The Rule of the Este, 1350-1450*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988).

¹⁰ Sui fanti si veda, Antonio MERENDONI: “Le “genti d'arme” dei duchi d'Este (1465-1598). Storia e notizie sulle armi e il costume”, *Schifanoia*, 9 (1990), pp. 67-138.

Galeazzo Ariosto, commissario in Romagna, alla vigilia della guerra tra la Serenissima e Ercole d'Este, informava quest'ultimo di come fosse previsto l'arrivo, in quella parte del territorio, di circa duecento fanti inviati da Firenze, al comando di un certo Pasqua,¹¹ che non è rintracciabile, tuttavia, nei registri contabili della Camera fino ad ora esaminati. Cesare Rangoni, invece, conestabile in Rovigo, scriveva, sempre al duca, di avere a disposizione dei fanti "montanari", non esplicando da quali montagne provenissero.¹²

Provvigionati sono pure i zanetari, un corpo forse non dissimile da quello degli stradiotti. Nel gruppo ristretto che risulta dall'analisi del *Memoriale del soldo*, compare un certo Garduzo Spagnolo, che fu capo dei *provisionati* per il 1484.¹³ Già indicato, nel medesimo anno, come capitano dei provvigionati è anche un certo Sbardela' da Reggio che viene registrato, sempre che non si tratti di una omonimia, nel 1497, come stradiotto.¹⁴ E stradiotto è pure un certo Polo o Paolo indicato come *stradioto bosignacho* e in, effetti, tale corpo, come scriveva Michael Mallet era di cavalleria leggera, importato nella penisola italiana da Venezia che li aveva reclutati sulle sponde orientali dell'Adriatico. Proprio su queste sponde vennero usati dalla Serenissima contro i Turchi e da questo contesto andarono ad alimentare le fila degli eserciti attivi in Italia: «montavano cavalli agili», scriveva Mallett, «non protetti da armatura e il loro armamento era talvolta l'arco, ma più spesso la lancia leggera e il giavellotto. L'armatura che indossavano era costituita solo da una piastra pettorale e da uno scudo», si lasciavano accompagnare da una fama di insofferenti a qualsiasi disciplina.¹⁵ Nel *Memoriale* la prima attestazione la si ha a partire dal 1485 e la testimonianza della loro presenza, sempre stando a questa tipologia di fonte, è discontinua, probabilmente perché uno stesso uomo d'arme poteva ricoprire vari ruoli, specie quando si trattava di "corpi" non molto dissimili gli uni dagli altri.

Paolo, stradiotto bosniaco, per esempio, compare pure tra i zanetari e tra i provvigionati della guardia, nel 1485. Altri nomi si rincontrano nel 1493, come Garduzo Spagnolo e Pietro de la Freda¹⁶ e Garduzo ricompare anche nel 1499 sempre in qualità di stradiotto.¹⁷

Ancora minore è il numero degli stipendiati indicati come bombardieri o schioppettieri. Un certo Gioioso è il solo ad essere espressamente registrato come schioppettiere,¹⁸ ciò che, ovviamente, non esclude la presenza di altri sul territorio, magari al servizio di qualche condottiere. Il cronista Bernardino Zambotti narra di circa 300 schioppettieri giunti da Milano,

¹¹ ASMo: *Cancelleria ducale estense. Rettori dello Stato: Romagna*, b. 1 (1482, marzo 20, Lugo).

¹² ASMo: *Cancelleria ducale estense. Archivi militari*, b. 3 (1482, marzo 9, Rovigo).

¹³ Qua "Spagnolo" viene indicato come fosse un cognome, ma, in verità, è difficile comprendere se sia tale o se non indichi soltanto la provenienza di Garduzo, considerando che non era inusuale trovare la presenza di spagnoli in questi anni sul territorio estense (e anche negli anni precedenti e seguenti a causa dei legami con gli Aragona). ASMo: *Memoriale del soldo*, reg. 2, c. cxlv e c. 145.

¹⁴ ASMo: *Memoriale del soldo*, reg. 2, c. cxlvi; reg. 18, c. xxiii e c. xxxvi.

¹⁵ Michael MALLETT: op. cit, p. 157.

¹⁶ ASMo: *Memoriale del soldo*, reg. 2, c. lxxxviii; reg. 3, c. 11r; reg. 5, c. 23, c. 49, c. lii; reg. 6, c. 34; reg. 15, s.c.; reg. 17, c. lvii.

¹⁷ ASMo: *Memoriale del soldo*, reg. 20, c. 11.

¹⁸ ASMo: *Memoriale del soldo*, reg. 3, s.c. Lo si trova attestato solo per l'anno 1485.

nel 1483.¹⁹ Per i bombardieri, invece, nell'aprile del 1482 Bartolomeo Cavalieri riferiva a Ercole d'Este di avere trattenuto presso Lendinara un bombardiere proveniente dal Regno di Napoli: «perché qui n'havemo bisogno, l'ho retenuto et acordatelo a ducati tre lo mese per adesso».²⁰ E un secondo, sempre presente in Lendinara, proveniva, invece, dalla Normandia.²¹

Per quello stesso anno tra le carte del registro contabile si trova un certo *magister* Albergeto, insieme a Giacomo Magaluzo, a Giovanni de Merno a Giovanni de Zebanes e a Giovanni de Lion.²² Di loro le pagine del registro contabile non aggiungono altro, contrariamente a quanto avviene per un certo Artus, bombardiere nel 1485, indicato anche come *provisionato*,²³ termine che, come si è visto, non ha alcun valore specifico. Così come nulla si sa di un certo Rizo, registrato come bombardiere per gli anni 1491-1493, se non che «fu tolto», ovvero preso «a dì primo settembre cum provixione de lire .X. el mese».²⁴ Nel 1499, venivano registrati i nomi di un certo Bernardino e di mastro Giovanni Zipone.²⁵

Vicini al duca erano gli staffieri, i *familiars* e i balestrieri, a cavallo o senza l'indicazione del cavallo, che costituiscono il maggior gruppo presente tra gli uomini d'arme registrati nel *Memoriale del soldo*. La prima testimonianza della presenza di staffieri risale ai tempi di Borso d'Este (1450-1471), nell'agosto del 1465 quando quest'ultimo, dovendo recarsi a Brescia, creò una guardia che lo accompagnasse.²⁶ Si trattava di quattro fanti che dovevano «andare a la staffa del cavallo de lo illustrissimo domino signore nostro».²⁷ Negli anni Ottanta del Quattrocento, quando si ritrovano uomini con tale ruolo, registrati, seppure con discontinuità, all'interno del *Memoriale del soldo* appaiono gruppi di 10-15 elementi, massimo. Nel 1485 dieci di loro si trovavano in Bagnacavallo, là dove erano dislocate diverse squadre d'armi, ma sembrano essere da queste separate.²⁸

Più nutrito era un altro gruppo di armati, forse maggiormente vicini ad Ercole di quanto lo fossero gli staffieri: i balestrieri, specie a cavallo, i nomi di molti dei quali compaiono anche tra i *familiars* del duca. Considerati, unitamente a stradiotti, a nuclei di cavalleria leggera e ai mamalucchi come «gli innesti più innovativi» nella realtà militare sforzesca della seconda metà del Quattrocento,²⁹ sembrano esserlo altrettanto in quella estense del medesimo periodo di tempo. Almeno per quanto concerne i balestrieri a cavallo. Il ruolo di balestriere *tout*

¹⁹ Bernardino ZAMBOTTI: "Diario ferrarese dall'anno 1476 sino al 1504", in Giuseppe PARDI (ed.), *Rerum Italicarum Scriptores*², t. xxiv, pt. vii, Bologna, Zanichelli, 1937. p. 138.

²⁰ ASMo: *Archivi militari estensi*, b. 3 (1482, aprile 17, Lendinara).

²¹ «Heri fui qui all'Abatia et nela rocha marchisana per conzare una differentia de il bombardero, il quale è de Normandia». lvi: (1482, aprile 19, Lendinara).

²² ASMo: *Memoriale del soldo*, reg. 1, c. 14r., c. 28v., c. 35r., c. 43r., c. 45v., c. 51r., c. 54r., c. 57r.-v.,

²³ ASMo: *Memoriale del soldo*, reg. 3, s.c.

²⁴ ASMo: *Memoriale del soldo*, reg. 13, c. cxxviii e c. 228; reg. 15, s.c.; reg. 16, c. 168.

²⁵ ASMo: *Memoriale del soldo*, reg. 20, c. xi, c. xviii.

²⁶ Cfr. Antonio MERENDONI: op. cit., p. 67.

²⁷ Ibidem.

²⁸ ASMo: *Memoriale del soldo*, reg. 5.

²⁹ Maria Nadia COVINI: *L'esercito del duca. Organizzazione militare e istituzioni al tempo degli Sforza (1450-1480)*, Roma, Istituto Storico Italiano per il Medioevo, 1998, p. 42.

court, infatti, era presente già nel secolo precedente, con compiti, tuttavia, puramente di guarnigione, di guardia, e forse risale anche a prima di Ercole la formazione di un corpo di balestrieri a cavallo se il secondo duca di Ferrara entrò in città, per succedere al fratello Borso, scortato da tremila di questi a cavallo, secondo il resoconto del cronista Ugo Caleffini.³⁰ Un numero che, a ben guardare, se confrontato con quello che si può trovare nei registri contabili sembra piuttosto elevato. Si è precedentemente scritto, una cinquantina quasi ogni anno, di provenienza eterogenea (reggiano e modenese, bassa Lombardia e Romagna estense) con due capitani, sopra tutti, che ricorrono in maniera pressoché continua nelle registrazioni contabili: Barone da Civitella e Guizzardo Riminaldi.

Due figure appartenenti a quella categoria di uomini di comando o di famiglie che hanno raggiunto il loro apice all'interno della corte per la loro vicinanza a questa, piuttosto che per appartenenze a famiglie nobiliari di lungo corso. Due nomi che introducono a quelli che sono i ruoli di comando, e i maggiori comandanti, degli armati al servizio degli Estensi. Si tratta di circa 64 elementi che, sempre per il periodo 1482-1499, sono registrati come condottieri e capi di squadre. Due ruoli che dovrebbero essere distinti, essendo i primi a capo dei secondi, in teoria, ma che, di fatto, come indicato nel *Memoriale*, sono sinonimi. Del resto lo stesso condottiere era a capo di una squadra. Diversi esponenti di famiglie facenti parte della feudalità estense, in particolare quella modenese e reggiana, compaiono tra i condottieri.³¹ Si tratta dei modenesi Boschetti, presenti con Albertino, noto per l'accusa di avere partecipato, nei primi anni del Cinquecento, alla congiura contro Alfonso d'Este;³² quindi Giacomo, Taddeo e Ludovico. E dei Rangoni, con Cesare e Lanfranco, il primo conestabile in Rovigo al tempo della guerra tra Ferrara e Venezia, il secondo condottiere. Quindi i reggiani Da Correggio, con Nicolò e Guiberto o Ghiberto, e i Montecuccoli con Pietro.

Accanto a loro esponenti di nobili famiglie ferraresi, tali per lunga data o per la vicinanza alla casata d'Este, come gli Albanese, con, tra gli altri, Nicolò e Pietro Santo, rispettivamente conestabile e caporale, e con Demetrio che viene registrato solo come zanetaro a cavallo e provisionato *da la guarda* e che nel 1485, scrisse il redattore della nota contabile «se partì, a dì .XVIII. de agosto 1485, perché lui amazò uno».³³ E poi i Bellaia, gli Avenanti, i

³⁰ Cfr. ENRICA GUERRA: *Soggetti a "ribalda fortuna". Gli uomini dello stato estense nelle guerre dell'Italia quattrocentesca*, Milano, FrancoAngeli, 2005, pp. 153-154.

³¹ Anche in questo gli Estensi non si differenziano da altre realtà signorili o monarchiche che vedono annoverati tra le file dei loro eserciti i propri feudatari. Cfr. MARIA NADIA COVINI: *L'esercito...*; FRANCESCO STORTI: *L'esercito napoletano nella seconda metà del Quattrocento*, Salerno, Laveglia Editore, 2007.

³² Cfr. RICCARDO BACCHELLI: *La congiura di don Giulio*, Milano, Fratelli Treves, 1931, 2 voll.; GASPARE DE CARO: "Boschetti, Albertino", in *Dizionario biografico degli Italiani*, Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana, 1971, vol. 13, [http://www.treccani.it/enciclopedia/albertino-boschetti_\(Dizionario-Biografico\)/](http://www.treccani.it/enciclopedia/albertino-boschetti_(Dizionario-Biografico)/) (ultima consultazione 15-09-2016).

³³ ASMO: *Memoriale del soldo*, reg. 4, c. 120. La vicenda venne narrata dal cronista Bernardino Zambotti: Demetrio, appresa l'uccisione del fratello Pietro Santo, per mano di Bonaventura Tassone e Borso dell'Assassino, occorsa dopo un litigio fra connestabili e caporali del duca stesso, si scagliò contro un famiglia di Bartolomeo Trotti e lo uccise, «non trovando li inimici sopra li quali se volea vindicare de la morte del fratello». Demetrio, unitamente a tutti coloro che furono coinvolti in tali assassini vennero posti al bando da una grida ducale. Bernardino ZAMBOTTI, op. cit., p. 167.

Dell'Assassino e i Cantelmo, con Sigismondo, legato alla duchessa Eleonora d'Aragona, uomo d'arme e camerlengo della stessa.³⁴

Quindi vi sono i Riminaldi, importante famiglia ferrarese, che vede in Guizzardo uno dei suoi esponenti di spicco tra gli anni Ottanta e Novanta del Quattrocento, noto soprattutto per le gesta sue e dei suoi balestrieri, non sempre encomiabili. Come quella della mattina del 20 febbraio del 1487 quando, annota il cronista Girolamo Ferrarini, Guizzardo ed i suoi uomini si resero colpevoli dell'omicidio di un certo Zoanne de Dielai, il quale pare avesse avuto come sua colpa quella di essere amico di un nemico di Guizzardo:

«da casone dela sua morte fu che, essendo dicto Zoanne amico di Cestarelli, era inimico de Guizzardo, qual è inimico de Cestarelli». Inoltre, continua il cronista, «Guizzardo lo incolpava che lo avesse ferito uno suo cane. Et così deli soi balestreri asaltano dicto Zoanne [...]». E, nell'impeto della fuga, «caschò dicto Zoane in modo che, arivandoli Guizzardo et li soi balestreri lo seguitavano, lo ferino suso la testa con ronche et altre arme, per le qual ferite fu morto et è».³⁵

Guizzardo venne incarcerato e, poco dopo, il 4 aprile fu liberato e la pena capitale gli venne mutata in pena pecuniaria di lire 600, cinquecento delle quali da corrispondere al Comune e cento al padre dell'ucciso.³⁶ E negli anni seguenti Guizzardo lo si ritroverà ancora indicato come capo dei balestrieri, almeno nelle cronache,³⁷ poiché nel *Memoriale del soldo* il suo nome non compare più a partire dal 1487, ciò che non significa che non sia presente in qualche altro libro contabile ancora da analizzare.

Le gesta, poco nobili, dei balestrieri introducono alla relazione tra uomini d'arme e popolazione, lasciando intravedere quanto l'essere direttamente legati alla corte non impedisse loro di creare disordini in città. In questo caso per una questione di vendetta, se così si può chiamare, in altri per carenza di controllo ducale e, in altri ancora, la maggior parte, per mancanza o insufficienza del soldo, problema, questo, che si coglie maggiormente per quella moltitudine, spesso anonima, di armati dislocati sul territorio. Un territorio che non sempre era disposto a fornire quanto doveva essere loro necessario, ma, ancor più, era in forte difficoltà nel corrispondere pure la tassa per il soldo.

Ai tempi della guerra tra Ferrara e Venezia, proprio dal modenese sembrano giungere le prime resistenze. È la stessa Eleonora d'Aragona, là momentaneamente rifugiata insieme ai figli, a comunicarlo al duca, sottolineando come

³⁴ Si veda ASMO: *Memoriale del soldo*, reg. 3, c. xvi; Tiziano ASCARI: "Cantelmo, Sigismondo", in *Dizionario Biografico degli Italiani*, Roma, Istituto della enciclopedia italiana 1975, vol. 18, http://www.treccani.it/enciclopedia/sigismondo-cantelmo_%28Dizionario-Biografico%29/ (ultima consultazione 24-08-2016).

³⁵ Girolamo FERRARINI: *Memoriale estense (1476-1489)*, a cura di Primo GRIGUOLO, Rovigo, Minelliana, 2006, p. 257.

³⁶ *Ibidem.*, p. 261.

³⁷ *Ibidem.*, p. 309.

«il scodere de le taxe è in stranii termini di qua, perché queste brigate non se curano de pagare et non temeno ufficiale alcuno, et anche epsi ufficiali stano in grande timidità vedendo le cosse in li termini che le sono».³⁸

Qualche giorno più tardi sono i fattori generali che denunciano non solo le difficoltà di pagamento delle consuete tasse da parte degli abitanti — «non hanno un soldo al mondo et non hanno modo alcuno de potere pagare li loro infrascripti debiti de boccatico vechio» —, ma anche la ragione per cui sono privi di denaro: furono «robati et assassinati da li soldati».³⁹

Testimonianze che pongono in evidenza la difficile relazione tra la guerra e la popolazione e che consentono anche una analisi del rapporto tra lo stesso signore e gli uomini del suo territorio ed i suoi ufficiali. Nelle due comunicazioni, quella della duchessa e quella dei fattori, si intravede una differenza comunicativa determinata dai ruoli, certo, ma la prima pare essere introduttiva alla seconda. Sembra spiegare le difficoltà, e la pietà, che gli ufficiali avranno nel riscuotere il boccatico: un'azione il cui buono o cattivo esito era loro responsabilità. Pertanto la loro enfasi nell'espone la situazione, quanto fatto dai soldati, più che pietà nei confronti della popolazione sembra essere anche una tutela di loro stessi nei confronti del duca. Per evitare sue ritorsioni ricorrono alla tradizione narrativa del soldato assassino, creatore di disordine. Una tradizione ben seguita da Hondedio de Vidale, cronista ferrarese.

Hondedio, descrisse la città di Ferrara, all'indomani dello scoppio della guerra con Venezia, in uno stato di totale disordine, con la sua popolazione dominata da «ribaldi e biastemaduri de Dio e de la sua glorioxa Madre e de Santi, omecidiali beveduri de sangue humano».⁴⁰ Una colorita descrizione degli armati che riflette lo stato d'animo del cronista e, probabilmente, anche quello della popolazione e che, soprattutto, fornisce la visione di un disordine totale nell'ordine stabilito: omicidi, bestemmiatori, ribaldi, tutti elementi marginali oggetto di ordinanze e di pene anche capitali, tutti elementi che, in un tempo normale, sarebbero stati perseguiti ma che, in quel contesto, erano tollerati, quando non aiutati dallo stesso duca a sopravvivere.

La vita era in funzione delle esigenze belliche. Lo scriveva Bernardino Zambotti che, forse, per la sua maggiore vicinanza alla corte non descrisse la situazione corrente con le stesse parole di Hondedio de Vidale. Zambotti solo riferì come «fu facta la crida che tuti li contadini, che hanno portati le soe robbe de li borghi dentro da la citade, dibia[no] andare habitare in le caxe loro con le persone proprie»,⁴¹ un ordine che verrà reiterato negli anni a seguire, quando la stessa scena si avrà ancora nelle campagne percorse dai soldati francesi diretti nel Regno di

³⁸ In Luciano CHIAPPINI: *Eleonora d'Aragona, prima duchessa di Ferrara*, Rovigo, S.t.e.r., 1956, p. 53 (1482, luglio 9, Modena).

³⁹ ASMo, *Camera ducale estense. Computisteria. Mandati in volume*, reg. 23, c. 93r. (1482, luglio 15).

⁴⁰ Hondedio DE VIDALE: *Cronica di Ferrara dall'anno 1471 al 1496*, in Biblioteca Comunale Ariostea di Ferrara, Collezione Antonelli, ms. 257, c. 10r.

⁴¹ Bernardino ZAMBOTTI: op. cit., p. 107.

Napoli.⁴² Un comando dettato dalla consapevolezza, da parte del duca, che vi sarebbero stati più danni là dove non si fosse trovato qualcuno a fornire ospitalità anziché il contrario.

Eppure, sapeva, la popolazione, ai tempi degli scontri con Venezia, quanto rischiava con i soldati, sia ducali sia della Serenissima, alle porte. Lo scriveva la stessa duchessa al duca quanto i suoi soldati danneggiavano il territorio limitrofo la città, a danno dello stesso ordine politico che si voleva mantenere.

«Se la Vostra Signoria non mette uno qualche ordine a questi soi soldati che alloano qui, nel Barcho, per modo che siano puniti del'amazare, robare, sachezare, et malmenare che fano de questi soi subditi, vedo uno manifestissimo periculo in questo populo [...]». E continuava descrivendo di come fossero andati «circa homini d'arme vinti, cum certo bon numero de fanti, a Baura, cum le belle charete, et hano sachezata tuta quella villa, toltoli lo vino, li lecti, drapamenti et tuto quello che havevano quelli povereti in casa», unitamente al bestiame.

I danni erano tali, commentava la duchessa, «che li inimici cum lo exercito suo non ne haveria facto il terzo», ovvero i nemici non avrebbero potuto causare un terzo dei problemi che causarono costoro. E sottolineava, così denunciando anche una lacuna di potere, come, agli uomini del duca, tutto «gli sia licito fare ciò che vogliono per non avere superiore ni veruno che li castigi [...]». Quindi, manifestando la propria impotenza, concludeva: «vedo questo populo doverse levare a tale romore che guai se gli retrovarà», e pregava il duca, qualora giungesse da quelle parti, di punire i responsabili di tali azioni,⁴³ ovvero di dare dimostrazione della sua autorità che altri a lui soggetti non poterono fare e, soprattutto, di mostrare interesse verso i suoi sudditi.⁴⁴

Era in gioco il rapporto tra potere e popolazione, un potere che per le sue necessità doveva sacrificare quest'ultima: un'azione che se da un lato può indicare la forza impositiva dall'altro, molto più probabile, ne indica la debolezza. Una debolezza che si esplica nella assenza di imposizione della propria autorità sulle truppe con il profondo rischio di una qualche reazione da parte di una popolazione troppo a lungo soggetta alle violenze dei soldati. Si evince una sorta di duplice modo di intendere il governo e l'autorità da questo espresso: da un lato Eleonora d'Aragona, attenta alle esigenze della popolazione, dall'altra Ercole d'Este, talvolta assente, talaltra maggiormente interessato al mantenimento dei rapporti politici, delle alleanze e degli accordi con altre realtà territoriali che fece del suo dominio uno strumento per l'ottenimento di

⁴² Nel novembre del 1502 una grida imponeva a tutti i cittadini e contadini «che incontinenti sotto poena de ducati cento de oro, da essere subito exacta, si dali citadini come dali contadini che contrafariano et senza exceptione et remissione alcuna et applicata ala Camera ducale, debano havere reportato in le case loro deli lecti et massartie necessarie per le gente che hanno a passare per tali lochi et anche ordinino che li stagino deli homini per custodia dele case et robe, [...] che questo serà manco danno che tenere fugite le cose et abandonate le case». ASMo, *Cancelleria ducale estense. Gride manoscritte sciolte*, b. 1, anni 1350-1560 (1502, novembre 12, Ferrara).

⁴³ In Luciano CHIAPPINI, op. cit., pp. 52-53 (1482, maggio 29, Ferrara).

⁴⁴ Si tratta di Sigismondo d'Este e di Nicolò da Correggio. Il primo, scriveva la duchessa, «non se po' movere de casa per il male de pede»; il secondo «non gli ha superiorità ni obedientia». *Ibidem.*, p. 53.

queste. Probabilmente si tratta di due facce di una medesima medaglia, di un gioco di ruoli fatto appositamente per garantire sia il sostegno della popolazione sia gli alleati. Una divisione dei compiti. E si tratta, forse, di una differente interpretazione del governo dettata da una differente formazione ricevuta, dall'Aragona, in un altrettanto differente ambiente, quale quel Regno di Napoli in cui la futura duchessa dovette, ben presto, apprendere la necessità dei buoni rapporti con la popolazione per contrastare il malcontento nobiliare.

Ancora, questa lunga testimonianza fornita dalla duchessa è rilevante anche per una analisi della dislocazione delle forze militari sul territorio. Erano poco lontane dalla città, in quel Barco che fu terreno di caccia estense e per questo a lungo difeso e protetto dagli stessi Estensi da incursioni esterne, ma ora aperto agli armati. Anche in questo caso la guerra fa saltare l'ordine definito. Quel territorio negato alla popolazione dietro pena anche di punizioni corporali, ora era lasciato alla mercé di forestieri.⁴⁵ E poi Baura, ad oriente di Ferrara, in quella campagna che doveva sostenere le esigenze di guerra e che, così continuando, avrebbe ben presto visto ridursi drasticamente ogni risorsa.

Conseguenti alle azioni di violenza, di saccheggi condotte dai soldati, arrivarono non solo le lamentele, ma le giustificazioni di chi questi uomini li avrebbe dovuti controllare. Nella "anarchia" che si creò rimase ancora chi mantenne un qualche timore verso il potere o, almeno, una parvenza di riverenza nei suoi confronti. Alla vigilia dello scoppio della guerra contro Venezia, Lanfranco Rangoni, ufficiale a Lendinara, in Romagna, rassicurava il duca, in risposta ad una serie di rimostranze che, comunque, vi erano state nei confronti degli armati là presenti, che «per li fanti che soni al governo mio non hanno fati manchamenti, dishonestà et incomodo alcuno a quisti da Lendenara».⁴⁶

Tuttavia, la convivenza era difficile, non tanto per la violenza degli armati, quanto per la scarsità dei beni a disposizione che andava a danneggiare chiunque. Cesare Rangoni, conestabile in Rovigo, scriveva a Ercole d'Este, poco prima dello scoppio della guerra tra Ferrara e Venezia, in risposta ad una missiva ducale, come avesse avuto conoscenza di quanto il duca gli scrisse in merito a rimostranze per il taglio di legna fatto dai suoi fanti. In verità, sosteneva il Rangoni, la comunità stessa «ge lassò a quisti fanti, quali sono al mio governo, tagliare soi arbori e portarli via». Aggiungendo, quasi con il tono stizzito di chi rivendica la lunga lealtà mostrata e, dunque, l'autorità delle sue parole rispetto a quelle dei sudditi del duca: «Vostra signoria oramai me doverave conoscere, che non conportarie simili inconvenienti». Tuttavia, ritenne opportuno spiegare come fosse accaduto l'inconveniente, ovvero di come, non avendo mezzi per potere fare dei fuochi, avesse ordinato ai suoi uomini di uscire e di andare a prendere legna, raccomandando loro «che non fessene tropo danno, ma che se trovavani de le legne seche e tagliate che ne togliessene». E, conclude, con parole che lasciano intravedere o

⁴⁵ Cfr. Antonio LAZZARI: "Il "Barco" di Ludovico Carbone", *Atti e Memorie della Deputazione ferrarese di storia patria*, serie i:xxiv (1919); Enrica GUERRA: *La caccia nel territorio estense tra pratica e legislazione nel xv secolo*, in Paola BIANCHI y Pietro PASSERIN D'ENTREVES (eds.), *La caccia nello stato sabauda*, ii. *Pratiche e spazi (secc. xvi-xix)*, Torino, Silvio Zamorani Editore, 2011, pp. 137-152.

⁴⁶ ASM: *Archivi militari estensi*, b. 3 (1482, aprile 5, Lendinara).

una complicità con i suoi uomini, oppure una sorta di incapacità di controllarli: «non n'è tanto quanto hane referite a prefacta Vostra Signoria, che credo veramente che 'l non sia fato danno più come de quatre cara de legna».⁴⁷

Gli incomodi sono dati anche dagli scontri tra gli armati che servono lo stesso signore, ma che sono soggetti a diversi comandi. Bartolomeo Cavaliere, ufficiale in Lendinara, scriveva il 19 aprile del 1482 al duca comunicandogli come «Heri occorse uno gran scandalo». Il capo di squadra del condottiero Lanfranco Rangoni, uccise un fante al servizio di un altro condottiero, o conestabile. Inoltre, continuava il Cavaliere, interrompendo la narrazione del primo evento: «Questi fanti del ducha de Milano se lamentano non li è portato li soi dinari, Lanfranco m'è pregato vogli scrivere a vostra excellentia che lui non vive de spirito sancto et che prega quella lo vogli succorrere».⁴⁸ E ancora il 25 maggio, sempre Cavaliere scriveva al duca comunicandogli di essere andato a Badia «per certa differentia sorta tra quilli provixionati del illustrissimo signore ducha de Milano et li nostri, la quale ho quietata»⁴⁹. Il denaro è ciò che più pare mancare a tali soldati, nonostante i prestiti di banchieri agli Estensi per sopperire a tale insufficienza.⁵⁰

Gli inconvenienti della guerra sulla popolazione non erano dati solo dalla eccessiva presenza di soldati sul territorio, ma anche dalla loro assenza. Così Giacomo Sacrati, rettore in Rovigo, nel luglio del 1482, si trovò costretto a comunicare alla duchessa che «non havendo questo paese altro sicorso» il nemico prenderà velocemente possesso di quelle terre a causa proprio del «mal contento di populi». In questo caso mal contenti non tanto per le angherie dei soldati, ma, continuava il Sacrati, «perché comprendeno ch'el signore faci poca cura di questo paese». E per meglio fare comprendere la situazione descriveva come ci fossero al massimo trecento fanti in Rovigo, parte dei quali malati, parte inviati a guardia delle fortezze sul territorio e parte fuggiti, in breve: «non g'è tanti fanti che 'l se possi fare le garde la nocte ale mure, et intendendolo, li inimici, facilmente poteriano robare queste terre».⁵¹ Manifesta, l'ufficiale, le medesime preoccupazioni della duchessa poco dopo lo scoppio della guerra. Non è solo mancanza di uomini, ma anche di potere: si percepiva chiaramente, nella popolazione, che nessuno operava per la sua tutela. Da qui le reazioni, più o meno forti, testimoniate dai carteggi degli ufficiali che, talvolta, sembravano presentarle con toni volti a sminuirne l'importanza, probabilmente, come si è scritto precedentemente, anche per salvaguardare loro stessi, elemento di raccordo tra il potere centrale e la popolazione, rappresentanti del signore sul territorio e, in quanto tali, diretti responsabili di eventuali disordini. Ciò che non si voleva era l'accusa di non aver saputo difendere il duca, il suo dominio, di essere sospettati di connivenza. Tantomeno si voleva correre il rischio di essere presi dagli stessi sudditi.

⁴⁷ ASMo: *Archivi militari estensi*, b. 3 (1482, marzo 11, Rovigo).

⁴⁸ ASMo: *Archivi militari estensi*, b. 3 (1482, aprile 19, Lendinara).

⁴⁹ ASMo: *Archivi militari estensi*, b. 3 (1482, maggio 25, Lendinara).

⁵⁰ ASMo: *Memoriali del soldo*, reg. 3, s.c., reg. 8, c. 51 e c. lxi (Nicolò da la Farina); reg. 12, c. lxxviii (Rigo da Sanvitale).

⁵¹ ASMo: *Rettori dello stato: Polesine di Rovigo*, b. 1, carte sciolte (1482, luglio 7, Rovigo).

A Bagnacavallo, nella Romagna estense, durante il passaggio delle truppe francesi, Giovanni Maria de' Guidoboni, là capitano, scriveva al duca esordendo con parole volte a rassicurarlo, ma preambolo di eventi che avrebbero potuto essere tutt'altro che rassicuranti: «Tuto Bagnacavallo [h]a contento di Vostra Excellentia, se monstra sumamente affectionato a quella cum optima dispositione». Tuttavia vi fu una ribellione portata avanti dai figli di un certo Ludovico, che non solo si rifiutarono di porre a disposizione, come era stato imposto, i loro carri vuoti per la raccolta di legname utile a riparare i rastrelli delle porte, ma forzarono le stesse porte e fuggirono. Catturati poco dopo, scriveva l'ufficiale:

«sum stato in opinione de condempnarli una mane, essendo figlioli de famiglia, ma per non metterli in desperatione a questi tempi, che 'l tuto è sotosopra, li condempnarò cinquanta ducati per uno, doppo che tale pena non è compresa in statuti, acìo che li altri per terrore si guardino da simili excessi. Reducendosi poi a vostra excellentia per gratia si li potrà gratificare cum admonirli per lo advenire che altro non studio». ⁵²

Un tentativo di mostrare sì l'autorità del potere e la sua presenza, ma pure la sua benevolenza ai fini di non indurre la popolazione a una più grave ribellione. Non fu la prima volta. Diversi sono i tentativi compiuti in questo senso dagli ufficiali, al fine, probabilmente, di fare sentire un potere che tendeva a latitare. Lo fece pure Giacomo Sacrati da Rovigo dove era stato là mandato dal duca all'indomani dello scoppio della guerra contro Venezia. Al fine di rassicurare la comunità convocò il suo consiglio a cui comunicò quanto la signoria ducale fosse

«disposta non mancho disponere tuto il suo stato per difesa de le loro facultà et di questo luoco quanto la seria per Ferrara propria; de che loro sono rimasti molto consolati [...] dicendo loro essere terminati a volere exponere le loro facultade, persone et figlioli per difesa et mantegnimento di ogni vostro bene, honore et di la terra et molte altre bone et gagliarde parole». ⁵³

Parole, però, che collisero con la realtà ancor prima dello scoppio della guerra. Non vi erano truppe a sufficienza, sembra non ve ne fossero o fossero troppo poche pure quelle di stanza. Un altro elemento da considerare, infatti, in termini di relazione popolazione-soldati sono le stanze di questi ultimi, ovvero i loro alloggiamenti di diversa durata sul territorio.

È, questo, un aspetto che sembra essere poco testimoniato dalle fonti estensi. Sappiamo della presenza di squadre di armati e di tasse per il soldo, ma ancora non è chiaro dove le genti d'arme di quei 64 capitani o condottieri, a cui si è accennato precedentemente, fossero alloggiate e con quali modalità. Scarse sono le notizie a proposito. La maggior parte dei condottieri al soldo della Camera ducale sono signori del modenese e del reggiano, pertanto si può supporre che là molti uomini d'arme, almeno quelli al loro seguito, alloggiassero. Testimonianze si hanno

⁵² ASMo: *Archivi militari estensi*, b. 5, carte sciolte (1500, novembre 12, Bagnacavallo).

⁵³ ASMo: *Rettori dello Stato: Polesine di Rovigo*, b. 1 (1482, maggio 29, Rovigo).

anche in merito ad alcune squadre stanziato nella Romagna e oltre Po, a Crespino, così come in Bondeno, a Finale Emilia e alla Stellata, nel 1485,⁵⁴ all'indomani della pace stipulata con Venezia.

Se dai libri contabili si può ricavare il numero degli uomini formanti le squadre (tra i 15-20 elementi), i loro eventuali costi, ovvero dati eminentemente quantitativi (se si eccettuano le informazioni dei nomi degli stessi armati) sono gli ufficiali dislocati sul territorio la fonte preziosa per una descrizione di quanto accadeva durante le stanze. Roberto Strozzi, commissario in Romagna, comunicava, nel giugno del 1454, come

«de stantie per quelle gente d'arme seranno ad puncto presto, ma con difficultade staranno in questa parte, perché c'è poca victualia sì per li homini come per li cavalli, frumento non c'è, le paglie sono consumate, et herbe non si trovano et non voglio dire ce ne siano de le salvatiche, ma non ce ne sono de le dimestiche, et questo ha facto la grande inundatione di questi fiumi. Tuttavia, si forciarà il possebele per farli stare contenti».⁵⁵

Erano stanze preparate per ospitare Manfredino e Giberto da Correggio con i loro uomini d'arme che, scrive l'ufficiale, «si sono portate honestamente».⁵⁶

E con la sosta vi è anche il problema del transito quello che, tra la fine del medioevo e la prima età moderna, causa i maggiori problemi alla popolazione del territorio estense. Se nei primi anni del Quattrocento questo veniva richiesto e concesso dietro scaglionamento del passaggio degli armati,⁵⁷ negli anni Novanta del medesimo secolo, la richiesta e la concessione del transito ai soldati francesi non mancarono. Ciò che venne a mancare fu il loro sopraggiungere scaglionato, o, meglio, ordinato, mentre notevole era lo spirito di conquista, anziché di semplice passaggio, che li animava e li portava verso il Regno di Napoli.

Sono i francesi il maggiore problema. Le cronache registrano il passaggio di truppe di forze italiane senza particolare enfasi o ansia. Nell'aprile del 1495 riferisce l'anonimo autore del *Diario ferrarese* come

«havendo dato el duca Hercole el passo a la Signoria de Venezia, perché passasseno suso quello de sua signoria docento octanta balestrieri a cavallo et stradioti, passorno per de là da Po, mentre che se correva il palio, et andorno alogiare in quello giorno in la villa de Sancto Martino da la Torre de la Fossa et li drieto». E, ancora, il 15 maggio del medesimo anno «passorno per

⁵⁴ All'indomani della conclusione della guerra contro Venezia evidentemente il duca ancora manteneva sotto controllo i maggiori centri strategici. ASMo: *Memoriali del soldo*, reg. 5, cc. 26-72.

⁵⁵ ASMo: *Rettori dello Stato: Romagna*, b. 1 (1454, giugno 8, Lugo).

⁵⁶ ASMo: *Rettori dello Stato: Romagna*, b. 1 (1454, settembre 20, Lugo).

⁵⁷ Nel 1401 Nicolò iii d'Este concesse il transito alle genti d'armi di Firenze per andare a incontrare l'imperatore in un numero di cento lance al giorno «et non plures per minori danno dictorum nostrorum». ASMo, *Cancellaria ducale estense. Leggi e decreti*, b. 3/B, pp. 37-38 (numerazione moderna). L'anno seguente il passaggio fu concesso a Malatesta Malatesta e alle sue truppe di potere transitare per due anni ad un numero di cinquanta unità sia a cavallo sia a piedi. ASMo, *Cancellaria ducale estense. Leggi e decreti*, b. 3/B, p. 44.

Ferraresse, che venivano per dal Polesene di Roigo, alcune gente de arme de la Signoria, per Sancto Luca, che andavano verso Ravenna, et altre gente de arme per da Marina via per suso quello del duca Hercole tutavia li passavano». ⁵⁸

E quattro anni dopo la differenza nel passaggio sembra essere evidente. Francesco Maria Grotto, podestà di Codigoro, riferiva al duca Ercole di avere approntato le navi richieste per permettere il transito delle forze della Serenissima e rendeva noto come «de nave che 8 giorni fa mandai a Volana anchora sono lì, perché quille gente d'arme et fantarie passino lento gradu et a pocho a pocho et quando 30, quando 50 cavalli et similiter fantarie». ⁵⁹ Mentre nel novembre del medesimo anno l'anonimo cronista ferrarese riferiva dell'arrivo delle truppe francesi in Ferrara, sabato 16 novembre, dirette ai campi di Imola e Forlì, e di come «ne arivòno in grandissima quantità» e di come, il giorno seguente

«ne arivòno anche più, li quali andòno zozo per Po, fina al Fossato del Zaniolo; et dopoi per forza intròno in Regenta contra volontà de' Regentini, et lì de l'una parte et de l'altra se ne amazò da cinquanta in suso, et dicti Franzoxi preseno Regenta et misero fuora le bandiere del Papa et del Re di Franza, et pian'tòno le bombarde a la via de Ferrara». ⁶⁰

L'azione non va, tuttavia, a danneggiare i rapporti tra l'Estense e il sovrano francese. Del resto il primo era ben consapevole di non potere disporre non solo di truppe o di mezzi economici, ma ancor più di alleanze forti per poterlo contrastare.

Nell'ottobre del 1502 scriveva il duca al visconti di Argenta di come si attendessero

«200 lance francese che habino a passare per questi nostri lochi, per andare in Romagna, unde volemo che subito debiati fare provisione de alloggiamenti, per alloggiarle, et victualie, et potissimum de pane, per il suo vivere. Non vi potemo significare il giorno preciso, ma stimiamo che sino a 4 on 6 giorni le se trovarano qua oltra, et il stare provisti non può se non giovare et essere a proposito. Et perché, tutavia, in nave passano de li provisionati che vano pur in Romagna, havereti etiamdio a far fare provisione per lo alloggiare suo et de victualie et stare

⁵⁸ "Diario ferrarese dall'anno 1409 sino al 1502 di autori incerti": a cura di Giuseppe PARDI, in *Rerum Italicarum Scriptores*², t. xxiv, pt. vii, Bologna, Zanichelli, 1933. p. 149 e pp. 150-151.

⁵⁹ ASMo: *Rettori dello Stato. Ferrara e ferrarese*, b. 32 (1499, agosto 20, Codigoro). Generalmente si tratta di navi fornite dietro rimborso al loro conduttore, come accadde nel marzo del 1482 quando cinque nocchieri ricevettero 13 soldi ciascuno «per havere porta' da Figarolo a Ferrara fanti 200 de quilli de modenexe, che erano a la Badia, per mandarli ad Arzenta sotto Girardo da Corezo, loro caporale», ASMo: *Mandati in volume*, reg. 23, c. 39v. (1482, marzo 5, Ferrara). E meno di dieci giorni venne dato mandato a Nicolò Brugia e Iacopo Machiavelli, fattori generali, di pagare cinquanta soldi a Giovanni Antonio da Milano, nauta, «que portavit in eius navi provisionatos centum illustri domini ducis Mediolani», ASMo: *Mandati in volume*, reg. 23, c. 44r. Un certo Domenico Ziraldo riceve 75 ducati d'oro per avere fornito la sua nave al fine di essere incastellata, 115, invece, vengono corrisposti, sempre per lo stesso servizio a un certo Bartolomeo Fusaro, nauta anch'egli, mentre altri vengono risarciti, come un certo Bartolomeo della villa di Corbola per avere perso la propria nave messa al servizio delle esigenze di guerra. ASMo: *Mandati in volume*, reg. 23, c. 95r, 86r.,

⁶⁰ "Diario ferrarese", op. cit., p. 235.

preparato de le cose necessarie che vengono alo improvviso, et non vi potemo dare adviso del tempo che hanno a giungere lie, siché vogliare stare ben proveduto et fare dimostrazione de le virtude et vaglia vostra et non manchare in parte alcuna per quanto ve scrivemo di sopra, che cussì ve ne caricamo». ⁶¹

E la rassegna potrebbe continuare, perché dagli anni Ottanta del Quattrocento ai primi anni del Cinquecento il contenuto della corrispondenza tra ufficiali e signori è, per la maggior parte, composto da quelle parole e da quei pensieri fino ad ora riportati. Parole riflettenti disagio e paura, come quelle che si riscontrano per altre realtà italiane e che rischiano da un lato di fornire una visione distorta della guerra nel Medioevo-Rinascimento al lettore e, dall'altro, di divenire pura aneddotta e perdere il loro valore storico-scientifico, distogliendo l'attenzione da altre problematiche con questa interconnesse. Sono accennate in questo stesso testo, al principio, in quell'elenco di nomi e di ruoli e in quei registri contabili che possono fornire importanti informazioni prosopografiche o economiche, ⁶² nonché politico-sociali.

L'identificazione, che si sta cercando di condurre, la più stretta e precisa possibile pur nelle difficoltà accennate, degli uomini d'arme, così come dei fanti e di tutti coloro che rientrano nell'ambito contabile della Camera ducale, andrebbe a costituire un ulteriore tassello nella conoscenza non solo dei legami tra gli Este e gli uomini al loro stipendio, ma, anche della capacità di attrazione delle corti estensi (quelle dei principi regnanti e non regnanti, per usare una definizione archivistica) e di chi, e in quale modo, poteva essere attratto a corte. Ancor più fornirebbe ulteriori informazioni sulle relazioni tra le corti estensi e le corti italiane ed europee. ⁶³ La macchina militare, non era composta soltanto di armi, armati e sofferenze, ma portava, dietro a sé, alleanze e legami anche di piccolo conto che, tuttavia, risultano preziosi per un maggiore approfondimento sulla posizione occupata dal dominio estense non solo nella politica, ma anche nella realtà sociale europea del tempo.

⁶¹ ASM: *Rettori dello Stato. Ferrara e ferrarese*, b. 16 (1502, ottobre 24, Ferrara).

⁶² E un lavoro quantitativo e qualitativo sull'economia di guerra o, meglio, sull'organizzazione militare nei domini estensi che ponga in evidenza non solo le entrate e le uscite monetarie per fanti e uomini d'arme, ma anche per costruzione e manutenzione di terre e fortificazioni e che verifichi, pur nelle difficoltà delle lacune archivistiche e contabili, la corrispondenza tra le tasse entrate e le spese da queste coperte, non sarebbe inutile.

⁶³Cfr. Clizia MAGONI: *I gigli d'oro e l'aquila bianca. Gli Estensi e la corte francese tra '400 e '500: un secolo di rapporti*, Ferrara, Deputazione Provinciale Ferrarese di Storia Patria, 2001.

La marina da guerra genovese nel tardo medioevo. In cerca d'un modello

La armada genovesa en la Baja Edad Media.

En busca de un modelo

The Genoese Army in the Late Middle Ages.

Looking for a Model

Antonio Musarra

Ahmanson Fellow, Villa I Tatti, Florence, Italia

Laboratorio di Storia marittima e navale, Università di Genova, Italia

Riassunto: L'analisi della struttura della marina da guerra genovese nel tardo Medioevo, condotta attraverso lo studio di alcune tra le principali fonti a disposizione – cronachistiche, legislative, contabili – consente all'autore di verificare la validità di certi quadri teorici relativi all'applicazione del concetto di *sea power* al Mediterraneo medievale e di proporre ulteriori schemi interpretativi.

Parole chiave: Quattrocento, Genova, Guerra navale, Diplomazia, Legislazione marittimistica, Equipaggio, Armamento.

Resumen: El análisis de la estructura de la flota de guerra genovesa en la Baja Edad Media, realizado a través del estudio de algunas de las principales fuentes disponibles – crónicas, fuentes legislativas, registros de contabilidad – permite al autor la verificación de la validez de ciertos marcos teóricos para la aplicación del concepto del poder marítimo en el Mediterráneo medieval y proponer esquemas interpretativos adicionales.

Palabras clave: Baja Edad Media, Génova, Guerra naval, Diplomacia, Legislación marítima, Tripulación, Armamento.

Abstract: In this paper, the analysis of the structure of the Genoese warship in the late Middle Ages, conducted through the study of some of the the main sources available – chronicle, legislative sources, accounting records – allows the author to verify the validity of some theoretical frameworks related to the application of the concept of *sea power* to the medieval Mediterranean and to propose further interpretative schemes.

The present article analyzes the problems related to the military mobilization and the organization of the Genoese armies in battlefield. It brings to light the need for a systematic scrutiny of the abundant administrative documen-

tation preserved in the documentary collection called *Antico Comune* of the *Archivio di Stato di Genova* and offers a solid theoretical background to carry out a new interpretation. With this aim, it proposes to critically review some of the prevailing theories managed in recent decades to explain the Mediterranean expansion of the city of Genoa. Specifically, it checks thoroughly the approaches that have considered the expansion a consequence of a long-term strategy focused on the control of the key points of the maritime route to the Levant. The author suggests the existence of diverse and not always coincident interests within the Genoese political society and the protagonist role of the private initiative in the endowment and the control of the republic armies from the thirteenth century. In such conditions, the effectiveness of the system was based on the development of elements capable of safeguarding the common interest. Among them, he emphasizes two main factors: a powerful system of recruitment, with which to assure the crew and crossbowmen; and a strict naval legislation, which would allow to regulate the characteristics of the boats built in the domains of the city and, therefore, susceptible of being put to its service in a warlike context.

Keywords: Later Middle Ages, Genoa, Naval Warfare, Diplomats, Naval Law, Crew, Weaponry.

Para citar este artículo: Antonio MUSARRA: “La marina da guerra genovese nel tardo medioevo. In cerca d’un modelo”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 6, Nº 11 (2017), pp. 79-108.

Recibido: 05/12/2016

Aprobado: 26/05/2017

La marina da guerra genovese nel tardo medioevo. In cerca d'un modello

Antonio Musarra

Ahmanson Fellow, Villa I Tatti, Florence

Laboratorio di Storia marittima e navale, Università di Genova

a.musarra1983@gmail.com

I.

La storiografia sulla guerra navale nel Mediterraneo medievale soffre, oggi, di ampie lacune, conseguenti, in parte, all'attenzione prevalente accordata dagli studiosi alla formazione degli stati territoriali – e, dunque, alla gestione degli eserciti di terra (nonché al fenomeno del mercenariato, importante volano per la diffusione delle compagnie di ventura) –, ma anche, a mio avviso, all'utilizzo prevalente di fonti cronachistiche, dense di notizie di carattere bellico ma altrettanto d'approssimazioni e interpretazioni giacché redatte, sovente, da cronisti digiuni di nozioni tecniche.¹ Ciò non significa, a ogni modo, che la tematica non abbia subito un moto di rinnovamento, debitore, in larga parte, della storiografia anglo-sassone, che ha riletto su basi innovative i principali conflitti mediterranei e nord-europei del periodo compreso tra il X e il XVI secolo.² Oltre a fornire utili ricostruzioni delle principali campagne belli-

* Desidero ringraziare Enrico Basso, Emiliano Beri, Maurizio Brescia, Pinuccia F. Simbula e i lettori anonimi per l'attenta rilettura del testo e gli utili commenti ricevuti.

¹ Rinuncio sin da subito a offrire una rassegna bibliografia completa. Per un aggiornamento storiografico e un utile prontuario si veda, a ogni modo, Fabio BARGIGIA y Aldo A. SETTIA: *La guerra nel medioevo*, Roma, Jouvence, 2006, e, con particolare riguardo alla storiografia italiana sull'argomento, Aldo A. SETTIA y F. BARGIGIA: "Guerra e istituzioni militari nella storiografia italiana sul Medioevo. Con un capitolo su Gli 'strumenti della violenza': storia militare e armamento medievale", in Nicola LABANCA (ed.), *Storie di guerre ed eserciti. Gli studi italiani di storia militare negli ultimi venticinque anni*, Milano, Edizioni Unicopli, 2011 (Centro interuniversitario di studi e ricerche storico-militari, 10), pp. 207-234. Si segnala l'imminente pubblicazione per i tipi de il Mulino d'una serie di volumi dedicati alla storia della guerra in Italia.

² Mi limito a citare alcune opere particolarmente significative: John H. PRYOR: *Geography, technology, and war. Studies in the maritime history of the Mediterranean, 649-1571*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988; Susan ROSE: *Medieval Naval Warfare, 1000-1500*, London-New York, Routledge, 2002; John B. HATTENDORF y Richard W UNGER (eds.), *War at Sea in the Middle Ages and the Renaissance*, Woodbridge, Boydell Press, 2003; Lawrence V. MOTT: *Sea Power in the Medieval Mediterranean: The Catalan-Aragonese Fleet in the War of the Sicilian Vespers*, Gainesville, FL, University Press of Florida, 2003; John H. PRYOR y Elizabeth M. JEFFREYS: *The Age of the ΔΡΟΜΩΝ: The Byzantine Navy ca. 500-1204*, Leiden-Boston, Brill, 2006; Susan ROSE (ed.), *Medieval Ships and Warfare*, Aldershot, Ashgate, 2008; Charles D. STANTON: *Norman Naval Operations in the Mediterranean*, Woodbridge, The Boydell Press, 2011; Íd.: *Medieval Maritime Warfare*, Barnsley, Pen & Sword Maritime, 2015.

che di cui si ha notizia dalle fonti, tali studi hanno tentato, sovente, d'inquadrarne la realizzazione all'interno di larghi quadri interpretativi facendo riferimento alla possibilità o meno d'applicare le teorie mahaniane relative al concetto di *sea power* al Mediterraneo medievale. È il caso, ad esempio, dei conflitti che videro impegnati i principali comuni marittimi italiani nella seconda metà del Duecento, usciti rinnovati dalle analisi di John Dotson (e, in parte, del sottoscritto); ma non abbastanza, tenendo conto dell'ingente mole d'informazioni ricavabili da fonti differenti da quelle cronachistiche – legislative, notarili, diplomatiche – redatte, talvolta, contestualmente agli stessi eventi bellici.³ Fonti utilizzate, invece, in maniera sistematica – anche se, va detto, con minore attenzione per la possibilità di delineare modelli teorici di sorta –, per il contesto aragonese, come mostrano alcuni recenti interventi dedicati al conflitto pan-mediterraneo scoppiato alla metà del Trecento tra Genova, Venezia, la corona d'Aragona e l'Impero bizantino.⁴

In realtà, pur lamentandone ripetutamente la necessità, la storiografia non ha ancora fornito un modello teorico valido, alternativo a quello mahaniano, per l'inquadramento dell'uso della forza sul mare in età medievale.⁵ Da questo punto di vista, il presente contributo non intende, certo, proporsi come risolutivo. Il suo obiettivo, piuttosto, è quello di fornire alcune proposte di lettura differenti in relazione al tema della guerra navale nel Mediterraneo, limitata-

³ Si veda, in particolare, E. DOTSON: "Naval Strategy in the First Genoese-Venetian War, 1257-1270", *American Neptune*, 46 (1986), pp. 84-90; Íd.: "Economics and Logistics of Galley Warfare", en Robert GARDINER y John MORRISON (eds.), *The Age of the Galley. Mediterranean Oared Vessels since Pre-Classical Times*, London, Conway Maritime Press, 1995, pp. 217-223; Íd.: "Fleet Operations in the First Genoese-Venetian War, 1264-1266", *Viator*, 30 (1999), pp. 165-180; Íd.: "Foundations of Venetian Naval Strategy from Pietro II Orseolo to the Battle of Zonchio, 1000-1500", *Viator*, 32 (2001), pp. 113-125; Íd.: "Venice, Genoa and Control of the Seas in the Thirteenth and Fourteenth Centuries", en John B. HATTENDORF y Richard W UNGER (eds.), *War at Sea...*, pp. 119-136; Íd.: "Ship types and fleet composition at Genoa and Venice in the early thirteenth century", en John PRYOR (ed.), *Logistics of Warfare in the Age of the Crusades*, Ashgate, Aldershot, 2006, pp. 63-93; Antonio MUSARRA: *La guerra di San Saba*, Pisa, Pacini, 2009; Íd.: *In partibus Ultramaris. I Genovesi, la crociata e la Terrasanta (secc. XII-XIII)*, Roma, ISIME, 2017, pp. 431-486. Non posso esimermi dal menzionare, in questa sede, la fortunata opera di Camillo Manfroni, anch'essa basata prevalentemente su fonti cronachistiche, la quale, tuttavia, avverte tutto il peso degli anni, oltre che delle finalità educativo-celebrative che ne patrocinarono la composizione, cfr. Camillo MANFRONI: *Storia della marina italiana*, 3 voll., Livorno, R. Accademia Navale, 1897-1902.

⁴ Mi riferisco, in particolare, a Jose Vicente CABEZUELO PLIEGO: "Diplomacia y guerra en el Mediterráneo medieval: La liga véneto-aragonesa contra Génova de 1351", *Anuario de estudios medievales*, 36, 1 (2006), pp. 253-394; Mario ORSI LÁZARO: "Estrategia, operaciones y logística en un conflicto mediterráneo. La revuelta del juez de Arborea y la *armada e viatge* de Pedro el Ceremonioso a Cerdeña (1353-1354)", *Anuario de Estudios Medievales* 38/2 (2008), pp. 921-968; Alberto RECHE ONTILLERA: "La guerra marítima y los profesionales de la gestión de las flotas. Un ejemplo catalán del siglo XIV", en *Actas del II Congreso Internacional de Jóvenes Medievalistas Ciudad de Cáceres "La Guerra en la Edad Media: fuentes y metodología, nuevas perspectivas, difusión y sociedad actual"*, Cáceres (24-25 de octubre de 2013), *Roda da Fortuna*, 1-1 (2014), pp. 493-502; Íd.: '*Noverint universi quod ego, Guillelmus Morey...*: Un acercamiento biográfico a la relación entre élites urbanas, ambientes reales y guerra marítima a mediados del siglo XIV', Tesis Doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona: <http://www.tdx.cat/handle/10803/382481>.

⁵ Cfr., a questo proposito, John B. HATTENDORF: "Introduction: Theories of Naval Power", en John B. HATTENDORF y Richard W UNGER (eds.), *War at Sea...*, pp. 1-21.

mente al periodo compreso tra la seconda metà del XIII secolo e la metà del XV, attraverso l'analisi del caso genovese, per il quale permangono diverse testimonianze, capaci di fornire copiose informazioni relative a questioni quali le fasi organizzative d'una campagna, le rotte frequentate, il tipo d'unità navali utilizzate, il ruolo e la composizione degli equipaggi, la vita di bordo, le dotazioni d'armi ritenute obbligatorie, la conduzione materiale d'un attacco.⁶ In particolare, attraverso l'analisi 1) dello sviluppo delle forze navali genovesi; 2) della legislazione dedicata alla difesa delle galee da mercato e delle navi da carico; 3) di alcuni casi specifici restituiti dalle fonti, si tenterà di comprendere quali fossero le reali esigenze belliche del capoluogo ligure – o, quantomeno, quelle avvertite come tali – così da estrapolarne le caratteristiche precipue. Benché la vicenda genovese sia spesso associata, al pari di quella veneziana o pisana, alla navigazione commerciale, la necessità di proteggere il proprio *network* di relazioni era fortemente avvertita. In che misura tale necessità fu formalizzata? Ovvero: quale concezione del *sea power* – ammesso che se ne possa parlare effettivamente in questi termini – emerge dal caso genovese? Tale problematica torna regolarmente ad affacciarsi nel campo degli studi, come mostrano gli accenni presenti in più d'uno degli interventi confluiti nei volumi frutto del recente progetto *Océanides*.⁷ Eppure: è davvero possibile parlare di *sea power*, *naval power* o *sea control* per il Mediterraneo medievale nel senso assunto da tali locuzioni dopo la lezione di Mahan?

⁶ Su questi aspetti, senza tema d'essere esaustivo, mi limito a segnalare: Michel BALARD: "Escalaes génoises sur les routes de l'orient méditerranéen au XIVe siècle", *Recueil de la Société Jean Bodin*, 32 (1974), pp. 243-264; Sandra ORIGONE: "Marinai disertori da galere genovesi (secolo XIV)", in *Miscellanea di storia italiana e mediterranea per Nino Lamboglia*, Genova, SASTE, 1978, pp. 291-343; Michel BALARD: "Les équipages des flottes génoises au XIV siècle", in Rosalba RAGOSTA (ed.), *Le genti del mare Mediterraneo*, 2 voll., Napoli, Lucio Pironti Editore, 1981 (Biblioteca di Storia economica, 5), vol. 1, pp. 516-534; Laura BALLETO: "In tema di marineria genovese", in *Ibidem*, pp. 357-396; Michel BALARD: "Navigations génoises en Orient d'après les livres de bord du XIV^e siècle", *Comptes rendus des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, 4 (1988), pp. 781-793; *Id.*: "Biscotto, vino e... topi: dalla vita di bordo nel Mediterraneo medievale", in *L'uomo e il mare nella civiltà occidentale. Da Ulisse a Cristoforo Colombo: atti del Convegno (Genova, 1992)*, *Atti della Società Ligure di Storia Patria*, n. s., XXXII: 2 (1992), pp. 241-254; Enrico BASSO: "I consumi di bordo nei secoli XIV-XV. Note dai registri *Galearum genovesi*", *Atti della Società Ligure di Storia Patria*, n. s., LIII: 1 (2013), pp. 37-60. Valentina Ruzzin ha recentemente rinvenuto un esemplare della cosiddetta *Bonna Parolla*, la preghiera recitata dai marittimi prima della partenza, dalla quale, in certi periodi, era d'uso far partire il periodo di arruolamento effettivo, cfr. Valentina RUZZIN: *La Bonna Parolla. Il portolano sacro genovese*, *Atti della Società Ligure di Storia Patria*, n. s., LIII: 2 (2013), pp. 21-59.

⁷ Cfr., ad esempio, Sebastian KOLDITZ: "Connectivity and sea power – Entangled maritime dimensions in the medieval Mediterranean", in Michel BALARD (ed.), *The Sea in History. The Medieval World/La mer dans l'histoire. Le Moyen Âge*, Woodbridge, The Boydell Press, 2017, pp. 58-69; Richard W. UNGER: "The maritime war in the Mediterranean, 13th-15th centuries", in *Ibidem*, pp. 90-100; Ruthy GERTWAGEN: "The naval power of Venice in the eastern Mediterranean in the Middle Ages", in *Ibidem*, pp. 170-183. Tra i lavori espressamente dedicati all'argomento, oltre a John B. HATTENDORF y Richard W. UNGER (eds.), *War at Sea...*, si veda anche (con qualche cautela), Paolo ALBERTINI (ed.): *Aspetti ed attualità del potere marittimo in Mediterraneo nei secoli XII-XVI. Acta del Convegno di Storia Militare* (Napoli, 27-29 ottobre 1997), Roma, Ufficio Storico della Marina Militare. Commissione italiana di storia militare, 1999.

II.

Benché il quadro generale delle lotte tra Genova e le sue principali rivali mediterranee – Pisa, Venezia e la Corona d’Aragona – sia già stato delineato, non è possibile eludere, in questa sede, la domanda relativa alle motivazioni, funzionale all’argomento qui proposto. Non intendo aderire ad alcuna forma di determinismo, ma è difficile non rilevare l’incidenza di tre macro-fattori nel sorgere e nel protrarsi dei principali antagonismi mediterranei due-quattrocenteschi: con le dovute eccezioni – e, probabilmente, generalizzando –, si può ritenere, infatti, che tali scontri originassero essenzialmente 1) dal tentativo d’accaparrarsi monopoli commerciali; 2) dall’esigenza di controllare alcuni insediamenti importanti per la resa daziaria; 3) dalla necessità di preservare quelle rotte di traffico capaci di garantire gli approvvigionamenti di generi di prima necessità. Benché la contrazione demografica successiva alla grande peste di metà Trecento abbia costituito un importante fattore di cambiamento delle stesse modalità di approccio alla pratica marittimista – basti pensare al crescente gigantismo navale, all’adozione di accorgimenti tecnici capaci di ridurre la consistenza numerica degli equipaggi o alla tendenza ad accorciare i tempi di percorrenza saltando i porti secondari –, si può dire che tali fattori – cui è possibile aggiungere motivazioni più prettamente politiche, correlate alla formazione di vasti domini marittimi e territoriali, ma anche posizioni egemoniche di singole famiglie o consorzi di famiglie: da questo punto di vista, il panorama è quanto mai variegato – rimanessero immutati sino a buona parte dell’età moderna. Si tratta di elementi da tenere presente per tentare di comprendere le reali necessità belliche genovesi. Come s’è detto, l’accento posto sulla necessità di preservare la navigazione commerciale ha spinto più d’uno studioso a tentare d’applicare le teorie mahania-ne al periodo di nostro interesse. Secondo gli assunti ricavabili dal primo capitolo del noto *L’influenza del potere marittimo sulla storia, 1660-1783*, edito a Londra nel 1890 – fondati (è bene sottolinearlo) su un’ampia bibliografia d’età vittoriana –, la capacità di sviluppare un potere marittimo risulterebbe da una combinazione di fattori. Mi limito a citare i principali: 1) il possesso d’una flotta capace di grandi proiezioni – nel suo caso, proiezioni oceaniche –, volta alla protezione dell’economia marittima, ritenuta apportatrice di benessere in maniera maggiore rispetto all’economia terrestre; 2) la creazione d’un sistema logistico di basi navali, capaci d’assicurare una rete di comunicazioni efficiente; 3) il controllo delle linee di comunicazione esistenti tra una base e l’altra e, cioè, di quelle rotte – in genere, le più brevi possibili – in grado di collegare la base navale di partenza con le zone di commercio o di conflitto. Quello proposto da Mahan, in sostanza, era un sistema circolare: il commercio marittimo di lunga distanza costituiva il primo fattore motivazionale per l’adozione di politiche marittime da parte degli stati; per supportarne la regolarità bisognava dotarsi, tuttavia, d’una potente marina militare, da finanziare con i guadagni ricavati dal commercio stesso (quindi, sostanzialmente dalle imposte sulle merci); per mantenere questa flotta era indispensabile, però, possedere una serie di basi

marittime, il cui mantenimento, tuttavia, non avrebbe dovuto incidere negativamente sul potenziale d'offesa della flotta stessa.⁸

Il tentativo d'applicare tali assunti a periodi differenti da quelli oggetto di studio di Mahan non è, certo, nuovo. Negli anni Settanta del secolo scorso, John Guilmartin provò a verificare l'applicabilità del concetto di *sea power* alla guerra navale nel Mediterraneo del XVI secolo. Senza scendere nel dettaglio, basti dire com'egli ponesse due pre-condizioni perché si potesse parlare effettivamente di "controllo del mare" per il periodo da lui considerato: 1) il commercio marittimo doveva essere di vitale importanza per le parti coinvolte; 2) bisognava, inoltre, ch'esse possedessero adeguati mezzi tecnici per ottenere l'agognato blocco del mare, intendendo con ciò il blocco delle comunicazioni e del commercio. Ora, poiché le principali marine da guerra del tempo non erano in grado di sostenere operazioni di questo genere, e giacché non tutte le grosse potenze impegnate nei conflitti sul mare traevano sostentamento esclusivamente dal commercio marittimo, lo studioso ne inferiva l'impossibilità d'applicare le teorie di Mahan a tale specifico periodo storico.⁹ Secondo John Dotson, autore di studi di carattere strategico sul confronto tra le marine genovese e veneziana, la seconda metà del Duecento avrebbe visto realizzarsi almeno una delle condizioni poste da Guilmartin: sia per Genova, sia per Venezia, il commercio marittimo era di vitale importanza; tuttavia, né l'una, né l'altra avrebbero potuto ottenere un autentico controllo del mare a causa d'una lacuna tecnica non pienamente risolvibile: le unità navali utilizzate nelle operazioni militari – le galee, a scafo sottile e a propulsione mista: remiera e velica – non erano adatte a questo scopo.¹⁰ Benché Dotson non scenda nel dettaglio, preferendo ragionare in termini di venti e correnti, si può, comunque, essere concordi: la potenza sviluppata dalla voga decadeva velocemente (non a caso era limitata ai periodi di bonaccia o durante le fasi del combattimento); l'uso della vela, invece, era soggetto ai capricci dei venti ben più di quanto la tecnologia permettesse di sopportare. Certo, la pratica di deviare i legni in entrata o in uscita dai porti nemici, così come quella d'intercettare il naviglio mercantile lungo tratte specifiche (solitamente in aree vicine alle basi di partenza dell'aggressore oppure di passaggio obbligato) era in uso da tempo, come testimoniato da numerose fonti, sia cronachistiche, sia documentarie.¹¹ Generalmente, però, si trattava di blocchi temporanei, riguardanti un numero limitato di rotte o di porti, presidiati dalla parte del mare in situazioni di particolare necessità. Con tutta probabilità, la possibilità d'operare – azzardo: financo di concepire – un vero e proprio piano atto a intercettare la totalità del naviglio concorrente era lungi da venire.

⁸ Alfred T. MAHAN: *L'influenza del potere marittimo sulla storia, 1660-1783*, Roma, A. Flamigni, 1994 [London, 1890]. Va detto che il pensiero di Mahan non fu affatto monolitico, bensì denso di ripensamenti e revisioni che attraversarono l'intero arco della sua produzione.

⁹ John GUILMARTIN: *Gunpowder and Galleys: Changing Technology and Mediterranean Warfare at Sea in the Sixteenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1974, pp. 16-18. Sulla guerra navale nel Mediterraneo della prima età moderna cfr. Ora Jan GLEETE: *La guerra sul mare, 1500-1650*, Bologna, il Mulino, 2010 [London, 2000].

¹⁰ Cfr., in particolare, John DOTSON, "Naval Strategy...", p. 84; Íd.: "Venice, Genoa and Control of the Seas...", pp. 109-36.

¹¹ Si veda, ad esempio, il blocco operato su Beirut da parte dei Genovesi negli anni Venti del Duecento: Antonio MUSARRA: *In partibus Ultramaris...*, pp. 439-440.

D'altra parte, basti pensare alla difficoltà di mantenere finanziariamente un numero adeguato d'unità o di coordinare azioni a distanza; oppure alle necessità d'approvvigionamento, affidate generalmente alle singole unità navali, costrette a numerose soste nel corso del tragitto. Tutt'al più, ciò cui si poteva ragionevolmente aspirare era il controllo d'alcune rotte tra le più frequentate. Dotson nota, infatti, come la navigazione, concentrata nei mesi caldi, tra aprile e ottobre, rendeva relativamente semplice intercettare il naviglio concorrente: le mete erano note; le rotte, sovente, le medesime, vista la costanza di venti e correnti in certe aree del Mediterraneo. Tuttavia – prosegue lo studioso –, alla fine del Duecento, alcune tra le principali limitazioni alla navigazione di cui s'è detto erano ormai in corso di superamento grazie all'uso crescente di portolani e di nuovi strumenti tecnici, alla costruzione di galee più robuste e all'impiego di ciurme più numerose, 'sì che la possibilità di mettere in atto un autentico blocco della navigazione ne risultò ridotta al minimo.¹² Tale posizione è pienamente condivisibile. Del resto, il fatto stesso di poter armare ingenti flotte non avrebbe affatto significato la possibilità di porre in essere una strategia organica d'intervento anche solo assimilabile a quanto previsto dagli assunti di Mahan. Alle marinerie italiane – ma il discorso vale anche per la crescente potenza aragonese – mancavano elementi ulteriori: ad esempio, la capacità d'operare un pattugliamento continuo delle aree d'interesse, finanziariamente oneroso, così come di controllare in maniera serrata un numero cospicuo di basi marittime, collocate in posizioni strategiche, nelle quali ricoverare parte del naviglio in attesa di partire per azioni coordinate. Gli insediamenti veneziani e genovesi sparsi fra Mediterraneo e Mar Nero non rispondevano, certo, a questi assunti, fungendo, piuttosto – salvo limitati casi, come Bonifacio, in Corsica, o Cembalo, in Crimea: luoghi espressamente dedicati al ricovero delle galee per impiego militare –, da basi d'appoggio per il vettovagliamento o da porti di interscambio commerciale.¹³ Oltre a ciò, le possibilità di coordinare a distanza le azioni di flotte e squadre navali minori erano scarse a causa d'un sistema di comunicazioni inefficiente. Si tratta di limitazioni che avrebbero seguito a condizionare la conduzione del naviglio bellico per molto tempo, inficiando ulteriormente la possibilità d'applicare le teorie di Mahan al periodo di nostro interesse.

¹² John DOTSON, "Naval Strategy...", p. 84; Íd.: "Merchant and naval Influences on Galley Design at Venice and Genoa in the Fourteenth Century", en Craig L. SYMONDS (ed.), *New Aspects of Naval History, Selected Papers Presented at the Fourth Naval Symposium (United States Naval Academy, 25-26 October 1979)*, Annapolis, Naval Institute Press, 1981, p. 25. Va detto, tuttavia, che l'adozione di tali accorgimenti fu estremamente lenta. A questo proposito cfr. C. BELTRAME y Mauro BONDIOLI: *A hypothesis on the development of Mediterranean ship construction from Antiquity to the Late Middle Ages*, en Lucy BLUE, Frederick M. HOCKER y Anton ENGLERT (eds.), *Connected by the Sea: Proceedings of the Tenth International Symposium on Boat and Ship Archaeology* (Roskilde, Denmark 2003), Oxford, Oxbow books, 2006 pp. 89-94.

¹³ Sul problema del vettovagliamento, con particolare riguardo alla seconda metà del Trecento, cfr. ora Enrico BASSO: "I consumi di bordo...", pp. 37-60.

III.

Pur apportando riflessioni innovative circa la pratica navalista veneto-genovese di fine Duecento, Dotson non fa nessun accenno alla possibilità o meno d'applicare al Mediterraneo medievale un modello alternativo. È indubbio, infatti, che potenze come Genova, Venezia o la corona aragonese abbiano ricercato il controllo di terre e insediamenti prospicienti il mare e, dunque, di rotte, scali e porti, facendo uso della flotta. Eppure: su quali basi e secondo quali assunti? La risposta a questa domanda è fortemente condizionata dalla particolare natura delle fonti; come s'è detto, abbondanti per il caso genovese al centro di questo lavoro. Non mi riferisco solamente alle fonti cronachistiche, già ampiamente vagliate in quanto dense di narrazioni;¹⁴ tantomeno a quelle notarili, alle quali, a motivo dell'eccezionalità della mole, sarà necessario dedicare un discorso esclusivo in altra sede¹⁵, bensì alla documentazione legislativa, contenuta principalmente nel cosiddetto *Liber Gazarie*, redatto nella sua forma attuale tra il 1340 e il 1341 (salvo alcune aggiunte successive), che raccoglie una serie di norme emanate tra il 1316 e il 1344 dall'ufficio degli *Octo Sapientes super factis navigandi et Maris Maioris* (definito anche *Officium Gazarie*): diretta emanazione d'un più ampio Consiglio di ventiquattro *sapientes* nominati nel 1313 per occuparsi di tutto ciò che *pertinent ad bonum statum civitatis, riperie et districtus Ianue*. Le finalità dell'ufficio sono piuttosto note. Qui basti dire come la sua attività, volta inizialmente al controllo della navigazione nel Mar Nero, andasse velocemente allargandosi alla navigazione in genere, compresa quella atlantica verso i porti inglesi e fiamminghi. La materia d'interesse del *Liber* è, dunque, piuttosto vasta, contemplando, oltre a norme di natura commerciale, indicazioni legislative sulla costruzione navale, sull'armamento, sul bordo libero, sulla quantità e la tipologia delle merci imbarcate, sugli equipaggi, sugli obblighi dei capitani e dei patroni, sulla navigazione in carovana e sul governo degli insediamenti d'Oltremare (tra cui spicca soprattutto il cosiddetto *Ordo de Caffa*).¹⁶ In questa sede, ne terrò conto limitatamente

¹⁴ Cfr. *supra*, nota 4.

¹⁵ Di questa tipologia di fonte in relazione alla guerra navale ho discusso al XXXIX Congresso Internazionale di Storia Militare («Le Operazioni interforze e multinazionali nella storia militare»), tenutosi a Torino tra l'1 e il 6 settembre 2013, nel corso d'un intervento, a oggi ancora inedito, dal titolo: *Il documento notarile come fonte per la storia militare: il caso genovese (XII-XIII secolo)*. Tale fonte contiene, com'è ovvio, informazioni meno sistematiche, sparse all'interno d'un materiale documentario di enorme mole, che pertanto relegherò – ma solo per questa volta – in secondo piano.

¹⁶ Il *Liber* – l'unico esemplare del quale è conservato presso l'Archivio di Stato di Genova (AS GE, *Manoscritti membranacei*, III) – è stato pubblicato da Ludovico Sauli col titolo di *Imposicio Officii Gazarie* (piuttosto fuorviante, essendo tratto arbitrariamente dalla documentazione d'esordio, riguardante l'istituzione dell'*Officium*) in *Monumenta Historiae Patriae*, II, *Leges municipales, Augustae Taurinorum*, E Regio Typographeo, 1838, coll. 299-430. Alcuni estratti si trovano in Jean Marie PARDESSUS: *Collection des lois maritimes antérieures au XVIIIe siècle*, IV, Paris, Imprimerie royale, 1837, pp. 439-457. Su tale edizione si veda Jacques PAVIOT: «Notes sur le manuscrit parisien de l'«Imposicio Officii Gazarie» et de l'«Officium Gazariae»», in *Saggi e documenti VII. Tomo secondo*, Genova, Civico Istituto Colombiano, 1986 (Civico Istituto Colombiano. Studi e testi, 9), pp. 277-285. Un'edizione ulteriore – anch'essa parziale, riguardando unicamente le rubriche di carattere marittimistico – è presente in Vito VITALE: *Le Fonti del Diritto Marittimo Ligure*, Genova, Accademia di Marina Mercantile, 1951 (Fonti del diritto marittimo italiano, I), pp. 61-170. Benché la disposizione della materia ne risulti stravolta, tale edizione è,

alla normativa dedicata all'armamento bellico, così da favorire un confronto con quanto contenuto nei successivi *Statuti di Gazaria*, emanati nel 1403, e nelle *Regulae Officii Gazariae*, del 1441: in entrambi i casi, provvedimenti volti a porre ordine nell'intera materia, contenenti disposizioni specifiche sulle modalità costruttive e le dotazioni di *naves* e galee.¹⁷ Nonostante alcuni studi pionieristici, non molto è noto circa il funzionamento di questi uffici; anche se si può certamente affermare l'esistenza di forme di cooperazione tra l'*Officium Gazarie* e altri organismi quali l'*Officium maris*, magistratura sorta nella seconda metà del XIV secolo (probabilmente a partire da una sottrazione di competenze all'*Officium Gazarie*), le cui funzioni principali paiono essere state quella di controllare i ruoli degli equipaggi e le fideiussioni; quindi, d'assicurare la protezione delle navi da carico in uscita dal porto di Genova (anche attraverso la creazione d'apposite squadre di polizia).¹⁸ Ma si pensi anche all'*Officium guerre*, magistratura eretta in particolari momenti di bisogno (*Officium guerre pro armandis 29 triremibus*, *Officium guerre Venetorum et Catalanorum*, etc.), la cui competenza – così come quella dell'*Officium stipendiariorum*, di carattere prettamente terrestre (con allargamento alla Corsica) – pare essere stata prevalentemente finanziaria; dunque, altamente strategica per la conduzione della guerra sul mare. Allo stato attuale degli studi, tuttavia, le caratteristiche precipue di tali istituti sfuggono latamente alla nostra comprensione.¹⁹

A questo problema è possibile sopperire, in parte, attraverso un'ampia serie di registri di bordo di galee che talvolta ne citano la supervisione, consentendo di comprenderne, quantomeno, gli effetti operativi. Il riferimento è alla serie *Galearum marinariorum* del fondo *Antico Comune* dell'Archivio di Stato di Genova, densa d'informazioni sulla conduzione di galee private impegnate temporaneamente in operazioni di carattere bellico o diplomatico a servizio del comune. La serie è suddivisa in due parti: *Galearum marinariorum rationes* e *Galearum marinariorum introitus et exitus*, differenti per contenuto ma profondamente interconnesse. La prima sotto-serie è formata da una sessantina di matricole di uomini, generalmente suddivisi tra ufficiali, *socii* (solitamente balestrieri) e semplici marinai. Dello stato maggiore (se indicato, ciò che non sempre avviene) compaiono sovente soltanto i nomi, trattandosi evidentemente di persone note all'ufficio di competenza. Dei marinai e dei *socii*, invece, sono variamente segnalati il no-

comunque, da preferire. La migliore analisi del *Liber* rimane: Giovanni FORCHERI: *Navi e navigazione a Genova nel Trecento. Il «Liber Gazarie»*, Genova, Istituto Internazionale di Studi Liguri, 1974 (Collana storica di fonti e studi, 17; Collana storica dell'Oltremare ligure, IV). Da tempo si avverte l'urgenza d'una nuova edizione filologica, nonché d'uno studio comparativo con le altre legislazioni marittimistiche coeve.

¹⁷ Si faccia nuovamente riferimento all'edizione di Vito VITALE: *Le Fonti...*, pp. 171-214.

¹⁸ Lo studio principale sui registri superstiti dell'*Officium maris* rimane Maria Teresa FERRER I MALLOL: *Dos registres de l'«Officium maris» de Gènova (1402-1403, 1408-1410)*, en *Atti del I Congresso Storico Liguria-Catalogna* (Bordighera-Gènova, 1969), Bordighera, Istituto Internazionale di Studi Liguri, 1974, pp. 248-348. Si veda anche Manlio CALEGARI: *Patroni di nave e magistrature marittime: i conservatores navium*, en *Guerra e commercio nell'evoluzione della marina genovese tra XV e XVII secolo*, Genova, Consiglio Nazionale delle Ricerche, 1970 (Centro per la storia della tecnica in Italia), p. 62.

¹⁹ Si veda, a questo proposito, Valeria POLONIO: *L'amministrazione della res publica genovese tra Tre e Quattrocento. L'Archivio «Antico Comune»*, Genova, Società Ligure di Storia Patria, 1977 (= *Atti della Società Ligure di Storia Patria*, n. s., XVII [1977]), in particolare pp. 45-51.

me, il patronimico, la provenienza, l'attività svolta a terra, la data d'inizio del servizio e la paga mensile. La seconda sotto-serie, *Galearum marinariorum introitus et exitus* è assai piuttosto varia. Si tratta, infatti, d'oltre sessanta libri mastri relativi all'esercizio finanziario d'una o più galee, anch'esse alle dipendenze del comune, contenenti informazioni sulla costruzione, l'allestimento o il raddobbo dell'unità navale, sull'acquisto di materiali e di elementi dell'allestimento – per lo più alberi e remi, ma anche dotazioni belliche e oggetti d'uso –, consegnate ai patroni, agli scribi di bordo o agli artigiani in occasione del viaggio, sulla paga dei maestri artigiani e dei loro aiutanti, sul salario corrisposto all'equipaggio, sugli acquisti di cibo e bevanda, accompagnate da notazioni relative ai costi, ai tassi di cambio o ai sistemi metrici e ponderali in uso e corredate da notizie sulla conformazione degli equipaggi (nomi, ruoli e provenienze), sulle rotte, sugli scali e perfino sui tempi di percorrenza.²⁰ Va da sé che tale tipologia di fonte, se confrontata con le informazioni ricavabili dalle fonti cronachistiche, dall'attività notarile e da quella legislativa, è in grado di fornire un quadro pressoché completo della prassi marittimista del tempo. In questa sede, ne farò uso parzialmente – il fondo necessita d'un approccio non episodico, ancora lunghi da venire – in relazione al problema della presenza a bordo di armi e armati, con lo scopo di cogliere la reale applicazione del dettato normativo in relazione all'armamento bellico.

IV.

Una spia importante delle effettive necessità belliche, offensive e difensive, del comune genovese, così come della capacità (eventuale) di sviluppare un pensiero navalista in ordine al mantenimento del controllo del mare, è fornita dall'analisi quantitativa – scevra di velleità statistiche, vista la parzialità delle fonti – dell'armamento genovese sul lungo periodo. Come s'è detto, nel corso del Trecento, la guerra navale era sovrintesa da un ufficio apposito, l'*Officium guerre*, magistratura straordinaria che pare demandasse i compiti maggiormente tecnici a *officia* altrettanto temporanei, responsabili dell'armamento. Tale magistratura compare a intermittenza dalle fonti. Solamente in particolari momenti di crisi o in previsione d'importanti scontri navali il comune genovese mise in atto un sistema di reclutamento forzoso, capace di mobilitare legni e armati per lunghi torni di tempo, giovandosi della coordinazione d'un ufficio apposito. Il caso più eclatante è costituito, probabilmente, dall'erezione – nel 1283, nell'ambito dello scontro contro Pisa – del cosiddetto *Consiglio di Credenza*, formato da sedici uomini –

²⁰ AS GE, *Antico Comune*, nn. 628-756. Il fondo è stato inventariato da Valeria Polonio, cfr. Íd.: *L'amministrazione...* pp. 272-309. Per un esempio delle potenzialità espresse dall'intero fondo si veda, in relazione al registro n. 724, John DAY: "Prix agricoles en Méditerranée à la fin du XIV^e siècle", *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, 4 (1961), pp. 629-656; Antonio MUSARRA: "Il mastro a doppia registrazione d'una galea genovese del Trecento: il registro della *Sant'Antonio* (1382)" en Roser SALICRÚ I LLUCH (ed.), *Tripulacions i vaixells a la Mediterrània medieval*, Seminari internacional (25-26 settembre 2014) (in corso di stampa).

probabilmente, due per ciascuna delle otto *compagne* cittadine: le distrettuazioni urbane in cui era suddivisa la città –, che ricevette la responsabilità della gestione generale della flotta, compresa la possibilità di spendere moneta, di comune accordo con i capitani del popolo. Fu tale magistratura a varare una serie di piani di armamento e coscrizione riguardanti la città ed entrambe le Riviere, di cui è rimasta traccia, limitatamente all'anno 1285, grazie all'incorporazione negli *Annales* di Iacopo Doria, custode degli archivi comunali. Tale piano, pur non contemplando il numero di galee dovuto da ciascun soggetto, consente di rendersi conto della capacità di mobilitazione del comune, retto dalla guida “forte” del doppio capitano popolare (Tabelle 1 e 2)²¹:

Tabella 1 – Il piano per gli armamenti del 1285 secondo gli *Annali* di Iacopo Doria

| Podesterie e comunità (LEVANTE) | <i>Naulerii</i> | <i>Vogherii</i> | <i>Supersalientes et balistarios</i> |
|---------------------------------|-----------------|-----------------|--------------------------------------|
| Bisagno | 28 | 900 | / |
| Recco | 8 | 300 | / |
| Rapallo | 16 | 600 | / |
| Chiavari | 28 | 1000 | 150 |
| Sestri Levante | 20 | 700 | / |
| Levanto | 4 | 120 | 80 |
| Corvara | 24 | 900 | / |
| Carpena | 16 | 600 | / |
| Vezzano e Arcola | 4 | 120 | 60 |
| Illice e Trebbiano | 4 | 120 | 80 |
| Porto Venere | 4 | 120 | 80 |
| Lagneto e Passano | / | / | 35 |

²¹ Iacobi AURIE: *Annales Ianuenses ann. MCCLXXX-MCCLXXXIII*, in Luigi T. BELGRANO y Cesare IMPERIALE DI SANT'ANGELO (eds.), *Annali genovesi di Caffaro e de' suoi continuatori*, V, Genova-Roma, Tipografia del Senato, 1929, pp. 61-64.

| | | | |
|--------------------|---|-----|----|
| Carroso e Matarana | / | / | 25 |
| Burgo Predis | 4 | 120 | 80 |

| Podesterie e comunità (PONENTE) | <i>Naucleriï</i> | <i>Vogheriï</i> | <i>Supersalientes et balistarios</i> |
|--|------------------|-----------------|--------------------------------------|
| <i>Burgo Predis (Pré)</i> | 4 | 120 | 80 |
| Polcevera | 16 | 600 | / |
| Voltri | 24 | 800 | / |
| Varazze e Celle | 6 | 81 | 85 |
| Albissola | 1 | 20 | / |
| Savona | 8 | 230 | 120 |
| Noli | 4 | 100 | 40 |
| <i>de terra episcopi Nauli</i> | / | 20 | / |
| Finale | 4 | 120 | 80 |
| Albenga | 8 | 240 | 120 |
| <i>de terris episcopi Albingane</i> | 8 | 220 | 120 |
| Andora | 6 | 180 | 80 |
| Cervo | 2 | 40 | 20 |
| Diano | 4 | 120 | 80 |
| Porto Maurizio | 8 | 220 | 120 |
| Prelà | 1 | 20 | / |
| Laiuglia e Castellaro | 2 | 60 | / |

| | | | |
|--|---|-----|-----|
| Santo Stefano | 1 | 20 | / |
| Taggia | 4 | 120 | 60 |
| San Remo <i>et terris archiepiscopatus</i> | 6 | 180 | 120 |
| Ventimiglia | 6 | 180 | 120 |
| Quiliano | / | / | 40 |
| <i>de terris Manue- lis de Cravexana</i> | / | / | 200 |
| <i>de terris comitis Henrici</i> | / | / | 150 |
| <i>de podio Ray- naldi</i> | / | / | 10 |
| Triora | / | / | 200 |

Tabella 2 – Il piano per gli armamenti del 1285 secondo gli *Annali* di Iacopo Doria

| Personale di bordo | Riviera di LEVANTE | Riviera di PONENTE | TOTALE |
|--|--------------------|--------------------|---------------|
| <i>Naucleri</i> | 160 | 123 | 283 |
| <i>Vogheri</i> | 5600 | 3691 | 9291 |
| <i>Supersalientes et balistarios</i> | 590 | 1845 | 2435 |
| TOTALE | 6350 | 5659 | 12.009 |

Iacopo fornisce, inoltre, in coda a ogni annata, il numero di unità armate dal comune tra il 1282 e il 1293, in occasione del lungo conflitto contro Pisa ma anche dello scoppio della seconda guerra veneto-genovese: si va dalle centonovantanove galee del 1283 alle dodici del 1289 (Tabella 3).

Tabella 3 – L'armamento di galee a Genova (1282-1295)

| Anno | 1282 | 1283 | 1284 | 1285 | 1286 | 1287 | 1288 |
|------|------|------|------|------|------|------|------|
| | | | | | | | |

| | | | | | | | |
|--------------|----|-----|-----|----|----|----|----|
| Galee | 39 | 199 | 119 | 95 | 26 | 70 | 71 |
|--------------|----|-----|-----|----|----|----|----|

| | | | | | | | |
|--------------|------|------|-----------------|-----------------|------|-------------------|-------------------|
| Anno | 1289 | 1290 | 1291 | 1292 | 1293 | 1294 ^c | 1295 ^d |
| Galee | 12 | 41 | 23 ^a | 22 ^b | 26 | - | 165 |

Note: a. 18 galee e 5 galeoni; b. 12 galee e 10 galeoni; c. 21 galee e 5 galeoni; c. Gli *Annali* di Iacopo Doria s'interrompono con l'anno 1293; d. Il dato è fornito dal veneziano Martin DA CANAL: *Les estoires de Venise. Cronaca veneziana in lingua francese dalle origini al 1275*, ed. Aberto LI-MENTANI, Firenze, Olschki, 1973.p. 38.

Come più volte rilevato, tali dati si riferiscono soltanto a una parte dello sforzo cantieristico messo in atto nel corso di quegli anni: sappiamo, infatti, che tra la metà di febbraio e la metà di novembre del 1293, alcuni privati cittadini armarono autonomamente da cinquanta a settanta legni per recarsi in Sardegna, Sicilia, Romània e Provenza per ragioni di commercio; ciò che mostra la straordinaria capacità dei singoli di sopperire al contempo alle esigenze comunali e alle proprie.²² Ma quel che più importa è il fatto che tale capacità risulti più che accresciuta rispetto alla metà del secolo. Come rilevato da Michel Balard, la media degli scafi armati annualmente nel corso della prima guerra veneto-genovese, iniziata in Terrasanta verso la fine del 1256 e protrattasi sino alla vigilia della seconda crociata di Luigi IX, nel 1270, si aggira, infatti, attorno alla trentina (tra il 1261 e il 1267 si contano poco più di duecento unità impegnate in nove flotte consecutive, nelle quali si mescolavano galee già da qualche tempo di proprietà del comune, galee di nuova fabbricazione e galee noleggiate a privati);²³ tra il 1282 e il 1295 – ma si potrebbe arrivare sino al 1298, allorché, nel corso della battaglia di Curzola, i Genovesi schierarono ben ottantaquattro galee²⁴ – il loro numero risulta più che raddoppiato. Ebbene: salvo qualche eccezione, tali numeri saranno eguagliati raramente: nel corso della guerra degli Stretti, tra il 1350 e il 1354, il doge Giovanni Valente sarebbe stato costretto a imporre un prestito forzoso di 300.000 lire, garantito mediante la creazione d'una *compera magna Venetorum*, per

²² Iacobi AURIE: *Annales lanuenses...*, p. 172. Per quanto riguarda gli aspetti più prettamente commerciali del rapporto tra armamento pubblico e privati, in particolare fra Tre e Quattrocento, cfr., ora, Giovanna PETTI BALBI: "Un binomio indissolubile: navegación comercial y armamento publico en Genova en los siglos XIV-XV", in Raúl GONZÁLEZ ARÉVALO (ed.), *Navegación institucional y privada en el Mediterráneo medieval*, Granada, La Nao, 2016, pp. 41-76.

²³ Michel BALARD: *La Romanie génoise (XII^e-début du XV^e siècle)*, 2 voll., Genova, Società Ligure di Storia Patria, 1978 (= *Atti della Società Ligure di Storia Patria*, XIX; Bibliothèque des Écoles françaises d'Athènes et de Rome, 235-236), vol. 2, pp. 541-542.

²⁴ Il dato, tuttavia, oscilla a seconda della fonte. Si veda, a questo proposito, Georg CARO: *Genova e la supremazia sul Mediterraneo (1257-1311)*, 2 voll., Genova, Società Ligure di Storia Patria, 1974-1975 (= *Atti della Società Ligure di Storia Patria*, 24-25 [1974-1975] [Halle, 1895-1899]), vol. 2, p. 234, nota 19.

mettere assieme una flotta di sessanta galee, con a bordo circa diecimila uomini provenienti dalla città e dal *districtus*, affidandone il comando a Paganino Doria;²⁵ tra il 1377 e il 1380, invece, durante la guerra di Chioggia, il comune sarebbe arrivato a mettere in mare novantuno galee.²⁶ Ma nulla di più.

Come si vede, nonostante l'utilizzo d'un numero ingente d'unità navali, non può certo parlarsi di continuità costruttiva o armatoriale da parte del comune genovese; bensì, d'uno sforzo armatoriale temporaneo, limitato a non più d'un quinquennio, basato essenzialmente sul nolo di natanti privati. Tale carattere, del resto, risalta pienamente qualora si sposti l'attenzione sulle strutture portuali dedicate alla costruzione navale, che conobbero un certo sviluppo negli ultimi decenni del Duecento – una piccola darsena, dotata di torri, fu eretta nel 1283 nel ponente cittadino, dove sorgevano una serie di *scaria* già noti negli anni Sessanta del XII secolo che lasceranno il posto a un modesto arsenale, dotato di non più quattordici stalli prospicienti la spiaggia – senza per questo monopolizzare il settore; anzi, bisognose di continue riparazioni a causa dei lunghi periodi passati in disarmo.²⁷ In effetti, rari sono i tentativi di mantenere in essere una flotta militare di carattere pubblico. Il più noto, immediatamente posteriore alla quarta guerra veneto-genovese, è, senza dubbio, quello del doge Leonardo Montaldo, che dovette far fronte a una duplice necessità: il sostegno da fornire a papa Urbano VI, prigioniero a Nocera, minacciato da Carlo di Durazzo;²⁸ la risoluzione della questione cipriota, mescolatasi al conflitto in atto con i Mamelucchi.²⁹ Tuttavia, il numero d'unità impostate dal comune appare piuttosto limitato: in entrambi i casi non superiore alla decina. Soprattutto, non si ha notizia del

²⁵ Oltre a quanto citato *supra*, nota 5, si veda, più in generale, Michel BALARD: “A propos de la bataille du Bosphore - L'expédition génoise de Paganino Doria à Constantinople (1351-1352)”, *Travaux et Mémoires du Centre de Recherches d'Histoire et Civilisations byzantines*, 4 (1970), pp. 431-469; Albano SORBELLI: “La lotta fra Genova e Venezia per il predominio del Mediterraneo (1350-1355)”, *Memorie della R. Accademia delle Scienze di Bologna*, s. I, IV, (1910-1911), pp. 87-157; Maria M. COSTA PARETAS, “Sulla battaglia del Bosforo (1352)”, *Studi Veneziani*, XIV (1972), pp. 197-210.

²⁶ Per questi dati cfr. AS GE, *Antico Comune*, nn. 713, 717, 722, 723; Georgii et Iohannis Stellae: *Annales Genuenses*, ed. Giovanna PETTI BALBI, Bologna, Zanichelli, 1975 (Rerum Italicarum Scriptores, n. s., XVII/2), pp. 169-170, 173, 183, oltre a Michel BALARD: *La Romanie génoise...*, vol. 1, pp. 541-542; *Id.*: “Les équipages...”, pp. 513-514; Francesco SURDICH: *Genova e Venezia fra Tre e Quattrocento*, Genova, Fratelli Bozzi, 1970 (Collana storica di fonti e studi, 4), p. 248.

²⁷ Michel BALARD: “Les arsenaux génois au Moyen Age”, in *La Corse, la Méditerranée et les grands arsenaux du Moyen Age au XVIII^e siècle*, ed. Michel VERGÉ-FRANCESCHI, Ajaccio, Piazzola, 2007, pp. 51-60.

²⁸ Raffaele Di Tucci, “Costruzione di galee genovesi durante il dogato di Leonardo Montaldo”, in *Ad Alessandro Luzio. Miscellanea di studi storici*, 2 voll., Firenze, Le Monnier, 1933, vol. 1, pp. 331-338.

²⁹ Georgii et Iohannis Stellae: *Annales Genuenses...* pp. 189-190. Sull'itinerario della spedizione, descritto dagli atti di Giovanni Bardi, che coprono il periodo compreso tra il 28 giugno e il 3 dicembre 1383, e sulle prime fasi della presenza di Giacomo a Cipro cfr. Catherine OTTEN-FROUX: “Le retour manqué de Jacques I^{er} en Chypre”, in C. MUTAFIAN (ed.), *Les Lusignans et l'Outre Mer*, Actes du Colloque (Poitiers-Lusignan 20-24 octobre 1993), Poitiers, Université de Poitiers, 1995, pp. 228-240; Christopher SCHABEL: “Like God from Heaven, but they don't call him King. The Rebellion against James I of Cyprus”, *Cahiers du Centre d'Étude Chypriotes*, 43 (2013), pp. 379-392. I documenti relativi all'armamento di queste galee sono editi in Antonio MUSARRA: *Nuove spigolature genovesi. Quattro documenti sul mancato ritorno a Cipro di Giacomo I di Lusignano (1383)*, in «Επετηρίδα Κέντρου Επιστημονικών Ερευνών (Κύπρου) [Cyprus Research Centre Annual Review]», XXXIX (2017-2018) (in corso di stampa: 2018).

loro mantenimento in servizio una volta espletato lo scopo per cui furono costruite. Ciò che emerge, dunque, è il carattere prettamente estemporaneo dell'armamento bellico genovese, finalizzato, cioè, alla risoluzione del singolo problema di volta in volta presentantesi. Carattere, del resto, evidente anche in campo difensivo, come mostra il caso di quelle galee armate espressamente con compiti di difesa costiera e polizia dei mari, operanti generalmente tra la costa ligure e la Corsica, costantemente limitato a poche unità solitamente fornite dai privati.³⁰ Si tratta d'una situazione che andrà ulteriormente definendosi nel corso del Quattrocento, che vedrà l'armamento militare ridotto al minimo e quello mercantile, altrettanto ridotto, guadagnare in capacità di carico: nel 1403, la spedizione orientale del maresciallo Boucicaut potrà avvalersi, infatti, solamente di diciassette galee;³¹ alla vittoriosa battaglia di Ponza del 1435 parteciperanno soltanto tre galee, oltre a dodici *naves*: segno d'un mutamento nelle tecniche di combattimento, che da qualche tempo facevano largo uso di bombarde, i cui colpi erano attutiti meglio da scafi grossi come quelli delle navi mercantili.³²

Ciò non significa – si badi – un totale abbandono della galea nella conduzione della guerra navale. Tutt'altro. Il suo utilizzo, tuttavia, pare essere andato incontro a una crescente razionalizzazione, come mostra l'ulteriore tentativo di porre in essere una squadra di galee di carattere pubblico occorso nel 1402, al principio del governatorato del Boucicaut, conseguente alla creazione d'un *Officium super gubernatione Darssine comunis Ianue et armamentorum gallearum dicti comunis*, composto da quattro ufficiali,³³ strettamente legato all'esecuzione d'una serie di lavori d'ampliamento e di fortificazione dell'area della darsena.³⁴ Si tratta, a ogni modo, di tentativi sporadici, perseguiti per pochi anni e poi abbandonati.³⁵ A quanto pare, in-

³⁰ Il loro costo, riportato nei registri pubblici a partire dal 1369, risulta contenuto tra le 1500 e le 12.000 lire annue (il costo della costruzione d'una singola galea, fornito dalla documentazione relativa alla flotta eretta dal doge Montaldo, è calcolato attorno alle 1350 lire), anche se – va detto – la maggior parte delle unità deputate a tale compito risulta di proprietà di armatori privati, cfr. Michel BALARD: "Les forces navales génoises en Méditerranée (XV^e-XVI^e s.)", en Jacques PAVIOT y Jacques VERGER (eds.), *Guerre, pouvoir et noblesse au Moyen Âge. Mélanges en l'honneur de Philippe Contamine*, Paris, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, 2000 (Cultures et Civilisation Médiévales, 22), p. 64.

³¹ Francesco SURDICH: *Genova e Venezia...*, p. 248; Michel BALARD: "Les équipages...", p. 514.

³² Sull'episodio, mi limito a citare, per il punto di vista genovese: Aldo AGOSTO: *Gli elenchi originali dei prigionieri della battaglia di Ponza*, en «Atti della Società ligure di storia patria», 86 (1972), 1, pp. 403-446; Paola SCARZIA PIACENTINI: "La battaglia di Ponza (1435) nel Vat. lat. 2906 e i rapporti fra Genova, Milano e Napoli", in *La storiografia umanistica*. Convegno internazionale di studi (Messina, 22-25 ottobre 1987), 2 voll., Messina, Sicania, 1992, vol. I/2, pp. 653-698.

³³ Gli inventari sono editi in Gian Giacomo MUSSO: *Armamento e navigazione a Genova tra il Tre e il Quattrocento (Appunti e documenti)*, en *Guerra e commercio nell'evoluzione della marina genovese tra XV e XVII secolo*, tomo secondo, Genova, Consiglio Nazionale delle Ricerche, 1973 (Centro per la storia della tecnica in Italia) p. 32-77.

³⁴ Ulteriori lavori sarebbero stati necessari negli anni successivi, cfr. Michel BALARD: "Les arsenaux génois...", p. 55.

³⁵ Allo stesso modo, l'arsenale fatto costruire a La Spezia da Galeazzo Maria Sforza fra il 1471 e il 1473, secondo un'ottica che potremmo definire, con qualche cautela, "statuale", cadrà velocemente in disuso per mancanza di finanziamenti adeguati, cfr. Riccardo MUSSO: "La 'armata navale' di Galeazzo Maria Sforza e l'arsenale ducale della Spezia", in *Navalia. Archeologia e Storia*, Savona, Propeller club, 1996, pp. 87-104.

fatti, l'arsenale cadde velocemente in disuso, 'sì che la costruzione di galee da utilizzare in situazioni di conflitto sarebbe proseguita secondo il consueto schema privatistico: nel 1448, il comune dovette ricorrere ai privati perfino per l'acquisto di soli settantasei di remi; nel 1459, il Consiglio degli Anziani, dopo aver constatato che il comune possedeva soltanto tre galee, avrebbe stabilito d'armarne tra le sette e le dieci; nel 1494, in occasione della spedizione di Carlo VIII, sarebbero state approntate ben ventidue galee, per la maggior parte di proprietà di privati.³⁶ Volendo individuare, dunque, una caratterizzazione generale per l'armamento bellico navale genovese di lungo periodo, si può, senza dubbio, notare come l'elemento privato risulti, in fin dei conti, predominante. A differenza della seconda metà del Duecento, i secoli successivi si caratterizzano, infatti, per una maggiore ponderazione dei benefici ottenuti dalla pratica del nolo. È soltanto dalla fine del Trecento ch'è possibile avvertire una tensione crescente verso la costituzione d'una flotta pubblica permanente, che, per il momento, non pare essere giunta a maturazione.³⁷

V.

Tale aspetto è da riconnettere, senz'altro, al processo di formazione dello stato moderno, ancora lungi da venire, che, a Genova, acquista propri connotati vista la preponderanza del contesto familiare su quello collettivo. Non a caso, il controllo imposto dai privati sulla flotta poteva risultare, talvolta, problematico.³⁸ La soluzione adottata dal comune per far fronte a tale situazione pare essere stata duplice: da un lato, si fa forza sulla coscrizione e sull'armamento forzoso, garantito da privilegi imperiali fatti valere nei confronti dei *cives* quanto delle Riviere;³⁹ dall'altro, si agisce sulla legislazione, stringente quanto a parametri di costruzione e a dotazioni, così da poter contare su unità omogenee, facilmente armabili alla bisogna. Si tratta di elementi da tenere presente per stabilire il grado di disciplinamento potenzialmente raggiungibile dal comune genovese nei confronti dei propri cittadini. Quanto al primo problema, tuttavia, siamo informati solo in parte. Com'è noto, l'arruolamento avveniva essenzialmente in due maniere:

³⁶ Manlio CALEGARI: "Navi e barche a Genova tra il XV e il XVI secolo", in *Guerra e commercio...*, pp. 15, Appendice; Luciana GATTI: *L'arsenale e le galee. Pratiche di costruzione e linguaggio tecnico a Genova fra medioevo ed età moderna*, Genova, CNR, 1990 (Quaderni del Centro di studio sulla Storia della Tecnica del Consiglio Nazionale delle Ricerche, 16).

³⁷ Sul carattere di partenariato pubblico/privato della marina militare si vedano, da ultimo, Pierangelo CAMPODONICO: "Les génois. Une flotte militaire privée", in *The Sea in History...*, pp. 203-214; Giovanna PETTI BALBI: "Flottes publiques et flottes privées à Gênes au XVe siècle", in *Ibidem*, pp. 215-224.

³⁸ Si veda, a questo proposito, il quadro di sintesi contenuto in Antonio MUSARRA: "Political Alliance and Conflict", in Carrie E. BENEŠ (ed.), *A Companion to Medieval Genoa*, Leiden-Boston, Brill (in corso di stampa: 2018).

³⁹ La pratica della coscrizione era basata giuridicamente sull'applicazione del privilegio imperiale del 1162 che concedeva al comune genovese il diritto di chiamare alle armi le popolazioni rivierasche, da Monaco e Portovenere, in caso di guerra navale, cfr. Dino PUNCUH (ed.): *I Libri Iurium della Repubblica di Genova*, vol I/2, Roma-Genova, Ministero per i beni culturali e ambientali, Ufficio centrale per i beni archivistici-Regione Liguria, Assessorato alla cultura-Società Ligure di Storia Patria, 1996 (Pubblicazioni degli Archivi di Stato, Fonti, XXIII; Fonti per la storia della Liguria, IV), n. 285.

ad solidos e *ad apodixias*. Nel primo caso, gli uomini dell'equipaggio erano posti al soldo del comune, che incamerava come corrispettivo gli eventuali proventi ricavati dalla campagna bellica. Nel secondo, in cambio del servizio prestato, l'equipaggio riceveva una quota della preda da spartire in parti eguali (eccetto qualche beneficio riservato agli ufficiali). Ciò che si nota è, da un lato, il progressivo accostamento del secondo sistema ai metodi tipici della guerra di corsa, su cui esso pare, quantomeno intrinsecamente, basarsi;⁴⁰ dall'altro, la progressiva specializzazione degli armati caricati a bordo delle galee armate *ad solidos*. Per buona parte del Duecento, la maggior parte di coloro che s'erano imbarcati nell'ambito dei grandi conflitti che contrapposero Genovesi, Pisani e Veneziani era costituita da cittadini in armi, non diversamente dagli eserciti comunali di terraferma. La formazione della flotta genovese che, nel 1284, avrebbe sconfitto i Pisani alla Meloria, ad esempio, rispecchiava addirittura topograficamente le *compagne* cittadine.⁴¹ Tale sistema garantiva, infatti, la massima coesione possibile, diversamente raggiungibile nel caso dell'adozione di equipaggi mercenari, 'sì che se ne trovano tracce per buona parte del Trecento: sia nell'armamento della flotta di Paganino Doria, nel 1351, basato ugualmente sulla fornitura d'uomini da parte delle *compagne* cittadine (così come dalle loro sotto-ripartizioni, le *conestagerie*), ciascuna delle quali avrebbe dovuto fornire a sorte un certo numero di vogatori,⁴² sia nel 1379, in occasione della guerra di Chioggia, quando, la città e le comunità delle Riviere furono chiamate nuovamente a fornire un terzo degli armati.⁴³ Si tratta, tuttavia, di situazioni peculiari, che videro lo sforzo corale della cittadinanza. La realtà quotidiana, costellata di altrettante necessità difensive, risulta profondamente diversa non potendo eludere il diffondersi della specializzazione così come la richiesta d'armati preparati e addestrati. Si tratta di caratteri precipui del XIV secolo, come mostra la cospicua legislazione marittimista conservatasi, incentrata come s'è detto, sulla necessità d'omologazione delle galee private a criteri costruttivi ma anche difensivi comuni. Il contesto – si badi – è quello della navigazione commerciale ordinaria; non del conflitto. Tuttavia, proprio tale elemento consente di cogliere la

⁴⁰ Sull'argomento cfr., in generale, Michel BALARD: "Course et piraterie à Gênes à la fin du Moyen Âge", en Gonçal LÓPEZ NADAL (ed.), *VIII Jornades d'Estudis Històrics Locals: El comerç alternatiu, Corsaris-me i contraban (ss. XV-XVIII)*, Palma de Majorque, Institut d'estudis baleàrics, 1990, pp. 29-40; Enrico BASSO: "Pirateria, politica, ceti dirigenti: alcuni esempi genovesi del Tardo Medioevo", en Nikolas JASPERT y Sebastian KOLDITZ (eds.), *Seeraub im Mittelmeerraum. Piraterie, Korsarentum und maritime Gewalt von der Antike bis zur Neuzeit*, Paderborn, Wilhelm Fink-Ferdinand Schöningh, 2013, pp. 209-250; Íd.: "Pirateria e guerra di corsa nel Mediterraneo: l'osservatorio genovese", en Lorenzo TANZINI y Sergio TOGNETTI (eds.), *Il governo dell'economia. Italia e Penisola Iberica nel basso Medioevo*, Roma, Viella, 2014, pp. 205-228.

⁴¹ A questo proposito rimando al mio Antonio MUSARRA: *Meloria, 1284. Il Mediterraneo in armi*, Roma-Bari, Laterza (in corso di stampa).

⁴² Michel BALARD: "A propos de la bataille..." p. 436, nota 24, in riferimento a AS GE, *Antico Comune, Galearum marinariorum rationes*, n. 628 («Hoc est exemplum [sic] duorum manualium in quorum uno scripti reperiuntur omnes homines conestagiarum quibus sortes obvenerunt et qui ceperunt quantitates peccuniarum»).

⁴³ L'anno successivo, il doge e l'*Officium guerre* ordineranno di reclutare ulteriormente la metà di coloro che non s'era imbarcata l'anno precedente, facendo salva la possibilità di farsi sostituire dietro il pagamento d'una somma di denaro, cfr. Michel BALARD, "Les equipages...", pp. 517-518.

rilevanza che la difesa del commercio marittimo aveva per la collettività genovese. Non a caso, Giovanni Forcheri – autore dello studio principale dedicato al *Liber Gazarie* – sottolinea con forza l'interesse del legislatore per la sicurezza della navigazione, evidente dalle norme relative all'obbligo per le galee cariche di merci pregiate – *subtiles* – di procedere in convoglio e di prestarsi assistenza reciproca in caso di bisogno.⁴⁴

Tale necessità d'omologazione pare potersi connettere, altresì, con le turbolenze della vita politica e istituzionale genovese: la sistemazione definitiva della normativa avviene, infatti, con l'avvento del dogato, nel 1339, in una situazione di forza per la parte emergente ma ancora instabile; le norme risalenti ai primi vent'anni del secolo sono elaborate, invece, nell'ambito di grandi contrapposizioni politiche, che si giocano soprattutto sul mare.⁴⁵ Si tratta, a ogni modo, d'una legislazione stringente; soprattutto nei confronti della presenza a bordo di armi, armature e armati (*socii* o *supersalientes*, in genere balestrieri).⁴⁶ Di tale normativa si ha traccia nella seconda parte del *Liber*, intitolata *De hiis que debent esse in qualibet galea de Romania et Syria* (cc. 21 v.-29 r.), costituita da un provvedimento del settembre del 1330, con aggiunte del 1334, 1335, 1341 e 1344;⁴⁷ nella quinta, dal titolo piuttosto fuorviante di *Ordo gallearum de Frandria* (cc. 33 r.-36 r.), risalente al 1340, incentrata, più che su tale rotta specifica, sulle norme di costruzione e sulle modalità d'impiego delle galee grosse, utilizzate per la navigazione nel Levante così come sulla rotta per Tunisi o quella atlantica;⁴⁸ nella settima, contenente norme risalenti al 1317, intitolata *Ordinamentum factum in galeis navigaturis ad Aquas Mortuas* (cc. 47 r.-49 v.), incentrata, appunto, sulla navigazione verso Aigues-Mortes;⁴⁹ infine, nella decima, e, cioè, nel cosiddetto *Tractatus marinorum* (cc. 67 r.-69 v.), datato con precisione al 10 dicembre 1339 (con una modifica del 13 marzo 1341 e un'emenda del 6 settembre successivo), espressamente dedicato all'arruolamento e alla disciplina di bordo.⁵⁰

Giovanni Forcheri ha effettuato un'analisi accurata di tali disposizioni evidenziandone in particolar modo il principio geografico, teso a distinguere la navigazione nelle acque antistanti la Provenza, vicine al porto genovese, ritenute probabilmente più sicure, da quella verso altri

⁴⁴ Giovanni FORCHERI: *Navi e navigazione...*, pp. 67-115, in particolare pp. 85-94.

⁴⁵ Per il quadro generale cfr. Giovanna PETTI BALBI: *Simon Boccanegra e la Genova del '300*, Napoli, Edizioni Scientifiche Italiane, 1995 (L'identità di Clio. Collana di storia e scienze sociali, 9); Id.: "L'assedio di Genova degli anni 1317-1331: *maligna et durans discordia inter gibellinos et guelfos de lanua*", in *Reti Medievali Rivista*, VIII (2007), pp. 1-25.

⁴⁶ Un esempio di legislazione piuttosto simile è fornito dagli stati di Marsiglia, cfr. Régine PERNOUD: *Les statuts municipaux de Marseille*, Monaco-Paris, Archives du Palais-A. Picard, 1949, p. 154, e, da ultimo, Josée Valérie MURAT: "Les armes à bord des navires, à travers la documentation marseillaise (1300-1370)", *Revue internationale d'histoire militaire*, 81 (2001), http://www.institut-strategie.fr/RIHM_81_MURAT_.html (consultato per l'ultima volta il 30-09-2016).

⁴⁷ Vito VITALE: *Le Fonti...*, pp. 89-111, in particolare le rubriche § 1 – *Quod in qualibet galea itura Romaniam vel Syriam sint infrascripta arma et necessaria*, § 2 – *Quod quilibet mercator portet arma sufficiencia pro se et uno servitore*, e § 43 – *De capsia armorum*.

⁴⁸ *Ibidem*, pp. 163-170, in particolare le rubriche § 9 – *De armamento galearum de Frandria*, e § 14 – *De armamento galearum principatus Scilie et Tunexi*.

⁴⁹ *Ibidem*, pp. 157-161.

⁵⁰ *Ibidem*, pp. 63-71.

porti (Tabella 4).⁵¹ Si tratta, in effetti, d'un aspetto peculiare, abbandonato, come si vedrà, al principio del XV secolo.

Tabella 4 – Dotazioni di armi e armati in galea secondo il *Liber Gazarie*

| | Provenza | Napoli, Sicilia, Tunisi | Mediterraneo orientale e Mar Nero | Fiandre e Ing- hilterra |
|-----------------------------------|-----------------|----------------------------|--------------------------------------|----------------------------|
| Equipaggio | 160 | 176 | 176 | 176 |
| Balestrieri | - ⁵² | 12 ⁴¹ | 12 ⁵³ | 12 ⁴¹ |
| Corazze | 120 | 100 | 160 | 160 |
| Collari | 120 | 100 | 160 | 160 |
| Pavesi | 160 | - | 170 | 170 |
| Cervelliere | 130 | 12 | 170 | 170 |
| Balestre | 30 | 20 | 24 | 24 |
| Crocchi | 20 | 20 | 20 | 20 |
| Quadrelle | 4000 | 5000 | | |
| Verrettoni <i>soldati</i> | - | - | 2000 | 2000 |
| Verrettoni <i>non soldati</i> | 6 dozzine | 60 | 3000 | 3000 |
| Marrapicchi | - | - | 6 | 6 |
| Faretre | 30 | 20 | 20 | 20 |
| Lance | | - | 24 | 24 |
| Lance lunghe | 20 | 18 | | |
| Lance <i>clavarine</i> | 36 | 24 | | |
| <i>Vervii</i> | - | - | 8 dozzine | 8 dozzine |
| Lance <i>guascate</i> | - | - | 6 dozzine | 6 dozzine |

Il legislatore insiste, inoltre, sulla sicurezza della struttura di comando di bordo – composta generalmente dal comito, dallo scriba e da alcuni *naulerii*, sovente affiancati da un *sub-comito* e da un *subscriba* –, cui è richiesto di dotarsi di corazza, cervelliera, collare di maglia di ferro, spada, scudo pavese, daga o gladio e guanti di ferro, così come di quella degli eventuali mercanti presenti a bordo, che devono possedere *arma bona et sufficientia* (tra cui – e questo è

⁵¹ Giovanni FORCHERI: *Navi e navigazione...*, pp. 67-115.

⁵² Il numero non è specificato.

⁵³ Di cui 8 impiegabili per la voga. Nel 1344, tuttavia, tale numero sarà ridotto a dieci, con la specifica che nessuno di essi potrà essere impiegato come vogatore, cfr. *Ibidem*, p. 79, nota 1; *infra*.

l'unico dato esplicito – cinquanta verrettoni *soldati*) per difendersi in caso di bisogno.⁵⁴ Ciò che emerge, dunque, è il quadro di generale pericolosità della navigazione che doveva caratterizzare i tempi; confermato, peraltro – anche se a distanza di qualche decennio –, dalla legislazione relativa alle *naves*, il cui apparato di difesa è calcolato in base al tonnellaggio.⁵⁵ La questione è normata dagli *Statuti di Gazaria*, emanati nel 1403, volti – come s'è detto – a porre ordine nell'intera materia. La Tabella 5 riassume le prescrizioni relative a ciascuna categoria di natante in relazione all'equipaggio e alla presenza a bordo di armati, in particolare balestrieri:

Tabella 5 – L'equipaggio delle *naves* (1403)⁵⁶

| <i>Navis seu cocha</i> | Equipaggio totale | <i>Balistarii</i> | <i>Marinari</i> | <i>Famuli</i> |
|------------------------------------|-------------------|-------------------|-----------------|---------------|
| 12.000 mine (989 t.) | 80 | 15 ⁵⁷ | 44 | 21 |
| 10.000-11.000 mine (824 t.-906 t.) | 75 | 12 | 33 | 30 |
| 8.000-9.000 mine (659 t.-742 t.) | 70 | 10 | 42 | 18 |
| 7.000-8.000 mine (577 t.-659 t.) | 65 | 10 | 40 | 15 |
| 6.000-7.000 mine (495 t.-577 t.) | 60 | 10 | 34 | 16 |
| 5.000-6.000 mine (412 t.-495 t.) | 52 | 8 | 30 | 14 |
| 4.000-5.000 mine (330 t.-412 t.) | 45 | 7 | 25 | 13 |
| 3.000-4.000 mine (247 t.-330 t.) | 25 | 4 | 15 | 6 |

Come si vede, il dettaglio è, senza dubbio, inferiore rispetto a quella riguardante le galee. Le norme relative alle armi si limitano a prescrivere che ogni natante debba avere a bordo *coiratas, cervelerias, collaria, pavexia, toto quot est numerus dictorum marinariorum et famulorum*, oltre a *balista tot quot est dimidia dictorum balistariorum*. L'unica specifica riguarda il numero di casse di verrettoni (*illius bonitatis cuius sunt capsie veretonorum comunis*) e lance previsto per ogni tonnellaggio, in progressiva diminuzione da ventotto, per i legni più grandi, a cinque, per quelli più piccoli.⁵⁸ D'altra parte, tali norme muteranno in fretta, e profondamente, come mostrano le successive *Regulae et ordinamenta Officii Gazariae civitatis Ianue* del 1441, per cui una *navis* da 20.000 cantari – corrispondenti grossomodo a 950 tonnellate di disloca-

⁵⁴ Sulla differenza tra verrettoni *soldati* e *non soldati* cfr. la convincente ipotesi di Fabio ROMANONI: "Boni balistrarii de ripperia lanue. Balestrieri genovesi attraverso due cartulari del 1357", in *Archivio Storico Italiano*, CLXVIII (2010), pp. 479-480.

⁵⁵ Si tratta, con tutta probabilità, d'un portato del progressivo processo di gigantismo subito dalle *naves* genovesi, volto a razionalizzare costi e rendimenti. A questo proposito cfr. Pierangelo CAMPODONICO: *Navi e marinai genovesi nell'età di Cristoforo Colombo*, Genova, Edizioni Colombo, 1991, pp. 20-35.

⁵⁶ Una tabella simile trovasi in Michel BALARD: "Les equipages...", p. 515, da cui traggio le relative equivalenze.

⁵⁷ Il numero sale a trenta nel caso di viaggi nelle Fiandre.

⁵⁸ Vito VITALE: *Le Fonti...*, pp. 171-214, in particolare la rubrica § 74 – *Quod aliquis non extrahat de lanua navigium in quo non sint infrascripta furnimenta*.

mento – avrebbe dovuto avere a bordo, in tempo di pace, centoventi uomini, tra cui trentadue *famuli* in tempo di guerra, invece, a tale numero bisognava aggiungere venti *socii*, nella misura, cioè, d'un uomo ogni 1000 cantari.⁵⁹ Quanto alle dotazioni belliche, lo statuto prevedeva la presenza a bordo di

coratie cum maniciis cupis et collaris petios n. 22;
 pavexii cum aliis de gabbia petios n. 45;
 fade petios n. 26; fili pro balestris assolae n. 200;
 ronchoni duo pro incidere vela petios 6;
 palferri petios n. 26.

Sia gli ufficiali, sia i *socii* e i marinai, inoltre, *habere debeat arma pro persona sua, dolso et capite cum duobus balistris*. Quanto a queste ultime, si prescrive che debbano essere presenti ventotto *balistae a turno* e trentadue *balistae a zirella*, oltre a dodici casse di verrettoni *a turno* e sedici casse di verrettoni *a zirella*, e poi da otto a dieci dozzine di lance lunghe, trenta dozzine di dardi e otto bombarde, naturalmente con i rispettivi proiettili: *petrae pro bombardis n. 200* e tre barili di polveri (*pulveris pro bombardis*). Tale legislazione, dunque, mostra come il panorama del conflitto sia, ormai, mutato. La presenza di armi da fuoco a bordo di *naves* e galee – come s'è detto, già in uso nel corso della guerra di Chioggia – è ormai un fatto usuale. Il diritto vigente pare adattarsi a una situazione di fatto, innovativa rispetto alla prima metà del secolo, quando di armi da fuoco non si ha alcuna traccia (benché non sia possibile escludere un loro uso limitato e sperimentale).

VI.

La legislazione genovese, dunque, tende a operare uno stretto controllo sulle dimensioni del naviglio così come sulla rispettiva dotazione, sottoposta a controlli da parte degli uffici dedicati al momento della partenza: elementi capaci di garantire l'armamento d'una flotta in tempi brevi fatta salva la capacità del comune di chiamare alle armi cittadini, abitanti delle riviere e professionisti della guerra e di potersi permettere il prezzo del nolo. L'esigenza dell'omologazione, dovuta alla preponderanza dell'elemento privato, si mescola alla tensione per la sicurezza della navigazione, da connettere con quella che poteva apparire la *facies* pubblica del commercio marittimo: la capacità d'innalzare il tenore di vita d'un cospicuo numero di persone, a partire dalle famiglie di coloro che prestavano la propria opera a bordo di *naves* e galee (oltre che, naturalmente, dei mercanti stessi; va detto, tuttavia, che numerosi indizi inducono a ritenere che anche i marittimi cogliessero l'occasione del viaggio per compiere piccoli negozi). Ciò che colpisce, a ogni modo, è l'assenza di norme specificamente riguardanti l'armamento in

⁵⁹ *Ibidem*, pp. 222-224 (§ 9 – *Quod aliquis non extrahat de lanua navem, navigium seu aliquod vax navigabile in quo non sint infrascripta fulcimenta*).

situazioni di aperto conflitto, da commettere, con tutta probabilità, con l'adozione di principi consuetudinari e con la delega ai singoli *Officia* deputati. Non a caso, un raffronto tra il dettato statutario relativo alla navigazione commerciale e alcuni casi concreti per come emergono dalla documentazione superstite – in particolare, dai registri di bordo di alcune galee prese a nolo del comune per condurre missioni delicate, di natura bellica o diplomatica – mostra come le situazioni fossero, nei fatti, le più variabili.⁶⁰ Come s'è visto, il *Liber Gazarie* prevedeva che le galee sottili imbarcassero centosettantasei uomini tra vogatori e marinai, oltre a dodici balestrieri, di cui otto impiegabili per la voga (poi ridotti a dieci nel 1344 con la specifica che nessuno di essi avrebbe potuto essere impiegato come vogatore).⁶¹ L'analisi di sedici registri di bordo di galee private armate dal comune nelle situazioni più diverse, redatti tra il 1354 e il 1416, ha permesso di stabilire come, limitatamente ai vogatori, tali numeri fossero sostanzialmente rispettati con la specifica d'una variazione di non più d'una decina d'unità in più o in meno attribuibile ai fattori più disparati: dalla perdita di materiale documentario, alla concreta situazione di viaggio (ad esempio, alla fuga di alcuni soggetti e alla sostituzione con altri) (Tabella 6). Ciò che colpisce, tuttavia, è la differenza nel numero di *socii* presenti a bordo, capaci di sfiorare le sessantanove unità o, comunque, mantenendosi sulla quarantina anche nel caso di viaggi diplomatici, 'sì che una galea armata dal comune difficilmente aveva a bordo meno di duecento-duecentoventi persone tra uomini e ufficiali; ciò che segna, dunque, un'importante differenza rispetto alla galea utilizzata per il commercio, cui fa espresso riferimento la legislazione.⁶²

Tabella 6 – Marinai e *socii* dai registri delle galee (1354-1416)⁶³

| Unità | Anno | Consistenza | <i>Marinari</i> | <i>Socii et balistarii</i> | Note |
|-------|-----------|----------------|-----------------|----------------------------|--|
| 635 | 1354-1355 | I-LV; bianche | 175 | / | Galea di Lodisio di Laigueglia 25 marittimi risultano <i>fugitivi</i> |
| 636 | 1356-1358 | I-XXXXVII, LXX | 183 | / | Galea di Dagnano Pezono 7 marittimi risultano <i>fugitivi</i> |
| 637 | 1357 | I-XXXXVIII | 186 | / | Galea <i>San Maurizio</i> di Ma- |

⁶⁰ Per un'approssimazione al problema cfr. Laura BALLETO: "Norma e realtà nella marineria genovese nel basso medioevo", *Quaderni medievali*, 38 (1994), pp. 25-48.

⁶¹ Cfr. *supra*, nota 52.

⁶² La stessa cifra emerge dallo studio effettuato da Michel Balard su ulteriori quindici registri – redatti, tuttavia, in buona parte, in contesti di conflitto –, cfr. Michel BALARD: "A propos...", pp. 41-69. I registri vagliati dallo studioso sono i seguenti: AS GE, *Antico Comune, Galearum marinariorum rationes*, 628-634, 645-648, 653-655, 659, 720.

⁶³ Lo spoglio ha riguardato esplicitamente quei periodi e quei registri non compresi nello studio di Michel Balard. Come detto, tuttavia, siamo lungi dall'averne una chiara visione dell'intero fondo, stante la sua ampiezza.

| | | | | | |
|-----|---------------|---|------|-----|--|
| | | | | | nuele <i>de Bracelis</i> armata <i>ad soldos</i> |
| 640 | 1365 | I-LXXXXV; inserti | 167 | / | Galea di Domenico Bibia 9 marittimi risultano <i>fugitivi</i> |
| 643 | 1367 | I-LXXXXV; inserti | 184 | 42 | La cifra relativa ai <i>socii</i> comprende anche gli ufficiali Si tratta dell'unico caso in cui si cita espressamente la presenza di <i>balistarii</i> |
| 644 | 1367 | I-L; bianche | / | 22 | Il patrono è Ivanese <i>de Mari</i> |
| 649 | 1375 | I-LXXII | 173 | / | Il patrono è Giovanni Dentuto |
| 652 | 1389 | I-CXX | 161 | / | Galea di Galeazzo de Pinu <i>ad custodiam comunis</i> |
| 657 | 1395 | I-LXXII | 164 | 42 | Galea patronizzata da Giovanni Ferando |
| 661 | 1401 | I-CXVIII | / | 33 | Galea patronizzata da Pietro <i>de Franchis</i> |
| 665 | 1407 | I-CVIII | 184 | / | Galea patronizzata da Pietro Doria |
| 668 | 1408 | II-XXI, LXXXXVII- CXVIII; inserti nelle pliche | 160 | / | Galea di Battista Montaldo |
| 671 | 1409- 1410 | I-LXXXXVI; mutilo | 118 | / | Galea patronizzata da Giovanni Grimaldi. |
| 677 | 1411 | I-LXXXXVI; inserti nelle pliche | / | 69 | Galea di Giovanni <i>de Blaxia</i> |
| 678 | 1413 | I-LXXXXVI | 173 | 44 | Galea patronizzata da Francesco <i>de Ast</i> |
| 741 | 1416 | I-XXIII | / | 68 | Mastro di entrate e uscite relativo alla conduzione in mare di due unità per la durata di tre mesi |
| | | | 2028 | 320 | |

I dati raccolti, dunque, confermano quanto supposto circa lo stato di pericolosità della navigazione, cui si faceva fronte imbarcando ingenti contingenti di armati di professione. A scapito d'una crescente multi-etnicità degli equipaggi, evidente dallo spoglio della documentazione, ciò

che si nota è l'assegnazione quasi esclusiva a genovesi dei ruoli armati. La maggior parte dei *socii* è, infatti, di origine genovese, segno della volontà del comune di mantenere il controllo della forza e delle dotazioni belliche.⁶⁴

VII.

La legislazione costituisce, dunque, la risposta posta in essere dall'istituzione nei confronti del problema relativo al mancato possesso della flotta e, dunque, alla preponderanza dell'elemento privato. Tale carattere – cui si deroga, ma solo in parte, in occasione di determinati sforzi bellici, importanti ma globalmente piuttosto rari – ha senza dubbio, dei risvolti sulle modalità di gestione del conflitto, così come sulla possibilità di concepire una strategia volta a controllare le vie di comunicazione marittime più rilevanti e a impedire alle potenze nemiche il libero accesso al mare e alle rotte commerciali. Il ruolo dei privati, infatti, non è facilmente eliminabile. Sia le fonti cronachistiche, sia quelle documentarie non esitano collegare ogni singola azione bellica a questo o a quel personaggio. Per tentare di comprendere quale concezione del potere marittimo fosse prevalente è necessario ricentrare l'attenzione sul protagonismo di singole figure, evidente sin dal principio del XII secolo e poi, soprattutto, nel Duecento, quando alcuni genovesi vanno ricoprendo ruoli importanti nel contesto internazionale – ad esempio, come ammiragli del regno di Sicilia.⁶⁵ Tale protagonismo, evidente in massima parte nell'attività *more pyratice* condotta da molti personaggi prima d'assumere ruoli di carattere pubblico⁶⁶, è già evidente nel Duecento – si pensi, ad esempio, alla conduzione della prima e della seconda guerra veneto-genovese, che conobbero l'operato di esperti uomini di mare come Paschetto Mallone, Rosso della Turca, Simone Grillo, Lanfranco Borbonino, Benedetto Zaccaria, Oberto e Lamba Doria, facilmente rintracciabili scorrendo le pagine dell'annalistica locale ma altrettanto dei cartolari notarili del tempo –, giungendo a maturazione nel secolo successivo quando la documentazione comunale non esiterà nell'indicare ogni flotta col nome del suo *capitaneus* (Simone Vignoso, Paganino Doria, Domenico Cattaneo sono alcuni dei nomi più noti) o del suo patrono (Tabella 6), secondo una pratica risalente al secolo precedente (nel materiale notarile duecentesco sono frequenti espressioni quali «in presenti armamento galearum comunis Janue, de quibus est armiragus dominus Lanfrancus Bulboninus»⁶⁷) e ancora in auge nel Quattrocento, quando le più importanti azioni belliche saranno associate a nomi quali quelli del maresciallo Boucicaut o di Biagio Assereto ma anche al dinamismo di alcuni membri dell'aristocrazia locale, non disdegni d'intraprendere una brillante carriera piratesca (e penso soprattutto a figure come Tom-

⁶⁴ A questo proposito cfr. Michel BALARD, "Les équipages...", pp. 520-524.

⁶⁵ Su tali figure, ma in una prospettiva di lungo periodo, si veda Léon-Robert MÉNAGER: *Amiratus-ʿAmpāç. L'Émirat et les origines de l'Amirauté (XIIe -XIIIe, siècles)*, Paris, SEVPEN, 1960.

⁶⁶ A questo proposito cfr. Enrico BASSO: "Pirateria, politica, ceti dirigenti...".

⁶⁷ Alcune occorrenze si trovano in Georg CARO: *Genova e la supremazia...*, vol. 1, pp. 180-186.

maso Grimaldo, Battista Aicardo di Porto Maurizio, detto “Scarincio”, o Giuliano Gattiluso).⁶⁸

Tale moto di personalizzazione del dettato documentario, che lascia indubbiamente spazio alle capacità del singolo e al suo dialogo con le istituzioni, risulta da ulteriori fattori. Si pensi, ad esempio, alla comparsa, alla fine del Duecento, di una pianificazione navale-militare strutturata, frutto d’un pensiero strategico piuttosto elaborato, capace di quantificare i costi della singola impresa in rapporto alla costruzione delle unità navali, all’arruolamento di uomini e alla necessità di pagare loro il soldo e di caricare a bordo il necessario vettovagliamento. Da questo punto di vista, l’esempio più calzante è costituito probabilmente dal memoriale consegnato dal genovese Benedetto Zaccaria a Filippo il Bello, finalizzato alla conduzione d’una serie di *raids* sulle coste inglesi.⁶⁹ Ma si pensi anche ai molti trattati dedicati al recupero della Terrasanta redatti nel corso della prima metà del Trecento, densi di dettagli strategici, corredati di note relative alle spese, finalizzati ad apportare un massiccio attacco dal mare contro l’Egitto mamelucco.⁷⁰ Si tratta di elementi che ritroveremo ulteriormente nella seconda metà del secolo, che vedrà, anzi, accentuarsi tale dinamismo e dare forma a percorsi del tutto peculiari quali l’adozione di forme societarie, in dialogo col potere pubblico ma giuridicamente e concettualmente autonome, finalizzate espressamente alla guerra navale e alla conquista. È quanto accade, ad esempio, nel 1346, quando un gruppo di ventinove patroni a credito con il comune, guidati da Simone Vignoso, ottiene come corrispettivo il permesso di recarsi nel Levante a tutela degli’interessi genovesi nell’area, finendo, in breve tempo, col conquistare Chio; evento che da cui scaturirà l’omonima *maona*: l’associazione, cioè, dei creditori del comune, cui è richiesto il risarcimento per le spese sostenute nel Levante.⁷¹ Tale sistema – replicato successivamente a

⁶⁸ Tra i contributi capaci d’esaltare tale personalizzazione si veda, senza tema d’essere esaustivo, José Enrique RUIZ DOMENEC: *Boucicaut*, gobernador de Génova. Biografía de un caballero errante, Genova, Civico Istituto Colombiano, 1989 (Civico Istituto Colombiano, Studi e testi, 12); Giovanna PETTI BALBI: “Uomini d’arme e di cultura nel Quattrocento genovese: Biagio Assereto”, in *Atti della Società Ligure di Storia Patria*, n. s., II (1962), pp. 97-206. Sul fenomeno dei nobili-pirati cfr., invece, Enrico BASSO: “Pirateria, politica, ceti dirigenti...”, pp. 236-248.

⁶⁹ Si veda, a questo proposito, Antonio MUSARRA: “Un progetto italiano di razzia del suolo inglese redatto per Filippo IV il Bello (1294 ca.)”, in *Francigena. Rivista sul franco-italiano e sulle scritture francesi nel Medioevo d’Italia*, 2 (2016), pp. 249-273.

⁷⁰ Per un quadro approfondito cfr. Antony LEOPOLD: *How to Recover the Holy Land. The Crusade Proposals of the Late Thirteenth and Early Fourteenth Centuries*, Aldershot, Ashgate, 2000.

⁷¹ L’ammontare delle spese fu calcolato in 250.000 lire genovesi; tuttavia, i crediti furono ripartiti per un massimo di 203.000 lire genovesi, ottenendo come corrispettivo della parte restante la possibilità di sfruttare i redditi provenienti dall’isola e delle due Focee. La vicenda, piuttosto nota, è ricostruibile attraverso diversi documenti, cfr. Antonella ROVERE (ed.), *Documenti della Maona di Chio (secc. XIV-XVI)*, in «Atti della Società Ligure di Storia Patria», n. s., XIX/2 (1979). Una prospettiva interessante è offerta in Enrico BASSO: “La Maona di Chio, Genova e l’Impero Ottomano: relazioni commerciali e intrecci diplomatici fra Tardo Medioevo e prima Età moderna”, in Simonetta CAVACIOCCHI: *Relazioni economiche tra Europa e mondo islamico, secc. XIII-XVIII*. Atti della XXXVIII Settimana di studi (1-5 maggio 2006), Firenze, Le Monnier, 2007 (Fondazione Istituto internazionale di storia economica «F. Datini», Prato. Atti delle «Settimane di studi» e altri convegni, 38), pp. 315-324.

Cipro e in Corsica⁷² – rientra pienamente nel quadro dell’iniziativa privata societaria, centrata sul possesso della flotta e, dunque, sulla possibilità d’offrire servizi al proprio stesso comune. Torna prepotentemente il tema dello “stato” genovese come consociazione mercantile richiamato più volte da Geo Pistarino: una conformazione politica affatto disposta a investire nella formazione d’una forza navale in pianta stabile, del tutto improduttiva, ma relativamente pronta a sottomettersi al volere generale in caso di bisogno – quando, cioè, si vede minacciata nella prosecuzione dei propri traffici – almeno quanto ad approfittare della debolezza delle istituzioni per ricercare il proprio tornaconto.⁷³ La commistione tra pubblico e privato – un «binomio indissolubile», secondo la felice definizione di Giovanna Petti Balbi, che la riferisce prevalentemente alla flotta commerciale⁷⁴ – è, dunque, evidente anche in ambito bellico. Tale quadro, anzi – in cui si mescolano poteri personali, velleità familiari, alleanze fazionarie, solidarietà orizzontali e verticali, tentativi di controllo da parte dei singoli e delle istituzioni –, si colloca in continuità con quanto individuato per i secoli immediatamente precedenti da Giuseppe Petralia, che ha parlato, non a caso, d’un’«età degli ammiragli»⁷⁵. Fatte salve le dovute differenze – costituite, come s’è visto, da un crescente tentativo di normare e regolarizzare situazioni di fatto – sia il XIV, sia il XV secolo si caratterizzano per un’ulteriore personalizzazione della pratica bellica, dovuta a molti fattori; non ultimo, la necessaria competenza tecnica per agire sul mare. Benché poteri regi e signorili tendano a prendere il sopravvento, la strategia navale continua a essere affidata a personaggi di spicco.

Ora, non è questa la sede per proporre un’analisi comparativa con altre marinerie coeve – aspetto, tuttavia, di cui si avverte fortemente l’esigenza (e su cui bisognerà tornare) –; ciò che interessa sapere, invece, è se tale modello eminentemente privatistico possa contribuire alla definizione d’un possibile inquadramento per la conduzione della guerra navale nel Mediterraneo tardo-medievale. Altrove, ho paragonato le lotte intraprese tra Genova e le sue dirette concorrenti – Venezia, Pisa e la Corona d’Aragona – a una sorta di *Great Game* mediterraneo, fatto di equilibri frantumati e capovolti a seconda della convenienza. Il paradigma – ch’evoca, com’è noto, un’espressione dell’ufficiale e viaggiatore inglese Arthur Conolly utilizzata per definire lo strisciante conflitto, spesso condotto con azioni spionistiche e alleanze strategiche, tra Gran Bretagna e Russia per il controllo delle impervie regioni dell’Asia Centrale⁷⁶ –, ha, senza dubbio, il

⁷² Giovanna PETTI BALBI: “La *maona* di Cipro del 1373”, in *Rassegna storica della Liguria* (1974), pp. 269-285; Íd.: “*I maonesi e la maona di Corsica (1378-1407): un esempio di aggregazione economica e sociale*”, in *Mélanges de l’Ecole Française de Rome*, XCI, II (1981), pp. 147-170.

⁷³ Si veda, ad esempio, Geo PISTARINO: “Genova e il Vicino Oriente nell’epoca del Regno latino di Gerusalemme”, in Gabriella AIRALDI y Benjamin Z. KEDAR (eds.), *I Comuni italiani nel Regno crociato di Gerusalemme*, Atti del colloquio “The Italian Communes in the Crusading kingdom of Jerusalem (Jerusalem 24-28 May 1984)”, Genova, Università di Genova, 1986 (Collana storica di fonti e studi, 48), p. 59.

⁷⁴ Giovanna PETTI BALBI: “Un binomio indissolubile...”.

⁷⁵ Il riferimento è a Giuseppe PETRALIA: “Un’età degli ‘ammiragli’? Note intorno al potere sul Mediterraneo centrale nel XII e XIII secolo”, in Franco CARDINI y Maria Luisa CECCARELLI LEMUT (eds.), *Quel mar che la terra inghirlanda. In ricordo di Marco Tangheroni*, 2 vols., Roma-Pisa, CNR-Pacini Editore, 2007, vol. 2, pp. 545-553.

⁷⁶ Ho utilizzato tale paradigma in Antonio MUSARRA: *In partibus Ultramaris...*, pp. 433-488.

pregio di focalizzare l'attenzione 1) sull'interesse di tali marinerie per alcune aree caratterizzate dallo scambio di merci, evidentemente ritenute strategiche per il buon andamento dei traffici commerciali, per garantire l'approvvigionamento annuario oppure per ottenere entrate daziarie; 2) sull'estemporaneità di numerose azioni belliche, le quali, pur finalizzate a un obiettivo condiviso, lasciano ampia libertà d'azione ai singoli; 3) sulla capacità di rispondere a particolari situazioni di crisi – ad esempio, un'aggressione – convogliando la più ampia forza disponibile in settori limitati, secondo moduli consoni, più che al classico concetto di *sea power*, all'odierno concetto di *force projection*, utilizzato nell'ambito degli attuali conflitti asimmetrici, che – a mio avviso – può trovare parziale applicazione per l'epoca di nostro interesse (la pratica del blocco navale temporaneo, limitato ad aree specifiche, rientra perfettamente in questo quadro). Senza dubbio, potenze come quella genovese possedevano una discreta capacità di dirigere le proprie forze militari oltre il proprio territorio, anche se limitatamente a settori specifici e ben individuati; e ciò, grazie alla capacità di ammiragli particolarmente abili cui era affidata la gestione fattiva della strategia, a partire dalla responsabilità stessa della flotta e del suo armamento.⁷⁷ In effetti, bisogna guardarsi dal considerare l'attività espansiva del comune genovese quale il frutto, più o meno calcolato, di politiche pianificate a tavolino.⁷⁸ La scelta d'impegnarsi militarmente in un dato contesto poteva essere dettata dai motivi più diversi: dalle ambizioni di singole famiglie o di personalità tese a emanciparsi dal controllo – già, in sé, piuttosto labile – delle autorità comunali alla necessità di schierarsi nell'ambito delle grandi questioni che agitavano il contesto internazionale.⁷⁹ Ciò che mi pare si possa affermare, invece, è il carattere eminentemente fluido della politica bellica del comune genovese – soggetto, peraltro, a una forte instabilità interna e a numerosi cambi di governo –, inquadrabile, in definitiva, in un modello meno stringente di quanto suggerito dall'approccio mahaniano. Un modello capace di valorizzare la relativa libertà concessa ai privati d'intraprendere iniziative di conquista, portando all'estremo il concetto stesso di guerra di corsa quale attività proto-colonizzatrice avallata dal governo comunale. In questo senso, l'idea del dispiegarsi d'un *Great Game* mediterraneo secondo moduli che l'odierna strategia inquadrerebbe nell'ambito della *force projection*, incentrato su alcune aree individuate essenzialmente per le proprie risorse o per il fatto di costituire necessari punti di passaggio per la regolarità dei traffici, generalmente dotate di scarso (e, pertanto, di fortemente reclamato) controllo politico da parte delle autorità locali – si pensi, ad esempio all'area siro-

⁷⁷ Si tratta d'un aspetto già messo in luce per la flotta catalan-aragonese, anche se limitatamente alla figura di Ruggero da Lauria, cfr. Lawrence V. MOTT: *Sea Power in Medieval Mediterranean. The Catalan-Aragonese Fleet in the War of the Sicilian Vespers*, Gainesville et al., University Press of Florida, 2003.

⁷⁸ Sulla scia, ad esempio, di Georges JEHÉL: *Les Génois en Méditerranée occidentale (fin XIème-début XIVème siècle). Ebauche d'une stratégie pour un empire*, Amiens, Centre d'histoire des Sociétés - Université de Picardie, 1993.

⁷⁹ Si pensi, ad esempio al noto mercante e ammiraglio genovese Benedetto Zaccaria, responsabile, alla fine del Duecento, d'una propria politica d'intervento nel Levante ruscata dal governo comunale. Sull'episodio mi permetto di rimandare a Antonio MUSARRA: "Benedetto Zaccaria e la caduta di Tripoli (1289): la difesa d'Outremer tra ragioni ideali e opportunismo", *Id.: Gli Italiani e la Terrasanta*. Atti del Seminario di Studio (Firenze, Istituto Italiano di Scienze Umane, 22 febbraio 2013), Firenze, SISMEL-Edizioni del Galluzzo, 2014 [ma 2015], pp. 219-237.

palestinese, contesa tra gli stati crociati, l'avanzata mongola e quella mamelucca; oppure a quella sarda, al centro d'un convulso gioco di potere tra Pisani, Genovesi e Aragonesi; ma anche alle isole greche, contese con i Veneziani –, mi pare possa costituire un paradigma utile – da approfondire ulteriormente – per inquadrare l'attività navalista del comune genovese nel periodo in questione. Come si vede, la locuzione ha ben poco a che vedere con il suo contesto originario; essa contiene, tuttavia, il senso d'un gioco partecipato da soggetti differenti, usi a utilizzare ogni mezzo disponibile pur d'assicurarsi quella parvenza di supremazia garantita dal possesso d'insediamenti e basi commerciali situate lungo le principali rotte di commercio.

El armamento y sus innovaciones en el Aragón de la segunda mitad del siglo XIV

Arms and their Innovations in Aragon during the Second Half of the 14th Century

Álvaro Cantos Carnicer
Investigador independiente

Resumen: El estudio trata de analizar el armamento de Aragón en la segunda mitad del siglo XIV comparándolo con el utilizado en el siglo precedente para observar su evolución e innovaciones. Se ha partido de fuentes documentales (documentos del archivo real, fueros, estatutos municipales, inventarios, entre otras) e iconográficas (pintura y escultura, especialmente aragonesa y catalana). El estudio analiza el armamento defensivo (para la protección de la cabeza, el tronco y las extremidades) y el ofensivo, tanto de caballeros como de lanceros y ballesteros (lanzas, dardos, ballestas, puñales, etc.), así como las máquinas de guerra neurobalísticas y las incipientes armas de fuego (bombardas y armas portátiles).

Palabras clave: Armamento, Arnés, Reino de Aragón, Siglo XIV, Máquinas de guerra.

Abstract: This article aims to analyse armour and weapons in Aragon in the second half of the 14th century, making a comparison with the previous century to define their evolution and innovations. Up to now, no overall research has been carried out about this subject in Aragon, in contrast to other Spanish territories, such as Catalonia and Castile. In fact, many data about Catalonia is also valid for Aragon and can be taken, to a great extent, as a starting point or a comparative element. This study uses documentary (documents of the Archive of the Crown of Aragon, Aragonese medieval laws, municipal rules, inventories...) and iconographic sources (Aragonese and Catalanian gothic painting and sculpture).

It has been confirmed that the previous types of elements to protect the head, the neck and the body (mail defences) continued to be used but others were developed, such as the bascinet and the cuirasses with internal iron sheets; an attempt has been made to distinguish between other not well-known elements, such as *suellas*, *espalderas*, *iubetes*, *jaques*... It has been verified that the metal pieces of armour to defend the legs and the arms began to be used early in the 14th century and their use increased over the century. However, only in the last decade of the 14th century the use of an armour totally constituted by pieces of metal is detected, even the breastplate, as in other territories of the Iberian Peninsula.

With regard to the arms, different references are shown about the use of spears, darts, crossbows and their types, etc.

Concerning the artillery, it has been confirmed the only use of counterweight war machines or engines and their division into three types: *ingenios*, trebuchets and *cabritas*. It has been deduced that all of them had the same basic components but different size and power. Firearms appeared around 1360, including not only canons (bombards) but also portable weapons.

Keywords: Armour, Weaponry, Kingdom of Aragon, 14th Century, Siege Machines.

Para citar este artículo: Álvaro CANTOS CARNICER: “El armamento y sus innovaciones en el Aragón de la segunda mitad del siglo XIV”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 6, N° 11 (2017), pp. 109-135.

Recibido: 05/12/2016

Aprobado: 22/05/2017

El armamento y sus innovaciones en el Aragón de la segunda mitad del siglo XIV

Álvaro Cantos Carnicer
Investigador independiente
alvarocantos@yahoo.es

Introducción

Este artículo pretende ofrecer un primer acercamiento al armamento aragonés de la segunda mitad del siglo XIV, período de transición que refleja importantes cambios que terminarán por cristalizar en el siglo siguiente. Sin pretensión de exhaustividad, se ha reunido una muestra de testimonios documentales e iconográficos (especialmente aragoneses, aunque también catalanes), que registran los ritmos de introducción de las innovaciones en el territorio aragonés. Se intenta así dar una visión global aunque preliminar del tema en el período citado, en un panorama de ausencia de estudios amplios y detallados sobre armamento medieval aragonés, al contrario de lo que ocurre en otros territorios peninsulares.¹

El equipo de caballeros y peones: referencias generales

El *Fuero de Teruel*, redactado a principios del siglo XIII aunque con vigencia durante toda la Edad Media, declaraba exentos de impuestos (salvo por hueste o apellido) a los hombres que tuvieran caballo, escudo, lanza, sombrero de hierro (*capellum ferri*) o yelmo; el mismo fuero, a la hora de establecer el reparto del botín en función del equipamiento de cada cual, mencionaba como elementos del equipo del caballero el escudo, lanza y espada, así como la loriga del caballo; el peón llevaba lanza y cuchillo; el balletero, ballesta con dos cuerdas y de cien a doscientas saetas; la loriga, el almófar y el yelmo (casco en sentido general) eran elementos comunes de defensa.² Según privilegio de Jaime II en 1300, en Daroca y sus aldeas estaban libres de pagar subsidio al rey y de prestarle servicio extraordinario los que tenían caballo, silla, escudo, lanza, *capellum ferreum* (casco de hierro) y *perpunt* con lorigón o loriga.³

Ya dentro de la Guerra de los dos Pedros, en junio de 1357, las órdenes sobre armamento referentes a Calatayud mencionaban como armas ofensivas las lanzas y las ballestas (los balleteros debían tener dos ballestas con su cinto y 500 proyectiles) y, como elementos protecto-

¹ Un excelente acercamiento a tipos de combatiente y armamento en Aragón en la Guerra de los Pedros en Mario LAFUENTE GÓMEZ: "Categorías de combatientes y su armamento en el Aragón bajomedieval: la Guerra de los dos Pedros (1356-1366)", *Gladius*, XXXIII (2013), pp. 131-156.

² José CASTAÑÉ LLINÁS: *El Fuero de Teruel*, Teruel, Ayuntamiento de Teruel, 1991, pp. 47, 579 y 581.

³ Toribio DEL CAMPILLO: *Documentos históricos de Daroca y su comunidad*, Zaragoza, Imprenta del Hospicio Provincial, 1915, p. 76, doc. 137.

res, paveses, *jubetes* y bacinetes.⁴ La preponderancia de la ballesta y la lanza dentro del armamento de los peones queda reflejada en la orden de Pedro IV a los habitantes de Calatayud y sus aldeas en agosto de 1361, referente al armamento, que establecía una división entre un grupo de ballesteros y otro de lanceros. Éstos, además de contar con elementos protectores como corazas, *suellas* o *espalleras*, pavés o escudo y gorguera y yelmo, sombrero (*capell*) de hierro o capellina, habían de tener como armas ofensivas una lanza y dos dardos.⁵ Más adelante se hablará del equipo de los ballesteros.

En enero de 1359, el concejo de Daroca aprobaba unos estatutos por los que se establecían unos requisitos para acceder a los oficios de la villa; uno de ellos era la posesión de un caballo y de determinadas armas: «cuyraças o loriga o lorigon et spalderas o iubet et lança o rallon et spada o maneres d'argueta, o scudo o scudet, capellina, e bacinet genoves o de la geneta, o yelmo».⁶

Cuando en 1362 se daban órdenes sobre el equipo militar que debían adquirir diversas plazas con ocasión de la gran ofensiva castellana, se hablaba de yelmos, paveses o escudos, ballestas, viratones y corazas con gorgueras.⁷ En una carta de Pedro IV (2 de diciembre de 1368) sobre un contingente armado de la ciudad de Barcelona se especifican más elementos: el equipo del hombre armado de cuerpo comprendía corazas, gorjal, capellina, manegues (tal vez manoplas), avambrazos (*braçals*), con cualquier cabalgadura; el balletero debía llevar ballesta y gancho (*croch*), un dardo, cuatro docenas de pasadores, bacinete o cervellera, corazas o *espatleres* o *jubet*, los *empavesats* (que defendían con el escudo llamado pavés), *espatleres* o *jubet*, cervellera o bacinete, lanza y pavés, espada y cuchillo.⁸

El inventario de 1371 del Castillo Mayor de Calatayud menciona 4 yelmos de madera dorados con viseras de hierro, 3 capellinas de hierro, 2 lorigones, 2 pares de grebas de hierro, un par de quijotes y grebas de cuero, un par de zapatos de hierro, 3 gorgeras de hierro, unos brazaletes de hierro, 2 pares de guanteletes, 25 escudos, 93.500 viratones, 5 ingenios. El inventario del

⁴ Archivo de la Corona de Aragón [ACA], Cancillería [Can.], registro [reg.] 1381, ff. 44v y 46v (Zaragoza, 15-06-1357).

⁵ Para la villa, ACA, Can., reg. 1469, f. 21v (Barcelona, 25-08-1361); para las aldeas, ACA, Can., reg. 1469, f. 22r (Barcelona, 25-08-1361); véase Álvaro CANTOS CARNICER: "Las fortificaciones de Calatayud en el tercer cuarto del siglo XIV. Aproximación a su historia, dirección, reparaciones y armamento", *Patrimonio Cultural del Valle del Ebro (Historia, Cultura, Arte y Paisaje)*, 4 (2014), pp. 21-22. Asimismo, Íd.: "Las fortificaciones de Calatayud durante la Guerra de los dos Pedros (1356-1369)", en *IX Encuentro de Estudios Bilbilitanos (Calatayud, 13, 14 y 15 de noviembre de 2015)*, Calatayud, Centro de Estudios Bilbilitanos, 2016, tomo II, pp. 109-121.

⁶ M^a Luz RODRIGO ESTEVAN: *La ciudad de Daroca a fines de la Edad Media: selección documental (1328-1526)*, Daroca, Centro de Estudios Darocenses, Colección Documentos para la historia de Daroca y su Comunidad, 3, 1999, p. 226, doc. 116.

⁷ ACA, Can., reg. 1384, ff. 158r-159r; ACA, Can., reg. 1385, ff. 64rv (en ambos casos: Monzón, 20-12-1362). Dichas plazas eran Cariñena, Borja, Magallón, Cella, Alba y Arcos. Por ejemplo, los de Cariñena debían adquirir 200 yelmos, 200 paveses o escudos, 100 ballestas, 10.000 viratones y 100 corazas con gorgueras.

⁸ Martín de RIQUER: *L'arnés del cavaller. Armes i armadures catalanes medievals*, Barcelona, La Magrana - RBA, 2011, pp. 173-174.

Castillo Real de Calatayud, del mismo año, incluye 4 venablos, 4 barras de lanza sin hierros, 16 escudos, una cajita de abrojos y 8 ingenios.⁹ Un documento de 1376 referente al abastecimiento de estos dos castillos de Calatayud indica las armas que debía haber en cada uno: en el Castillo Mayor, 50 entre lanzas y *gravios*, 200 dardos, 30 paveses, 40 corazas de almacén, 30 gorgueras, 30 ballestas de estribo, 3.000 viratones y 35 yelmos de madera. En el Castillo Real, 30 entre lanzas y *glavios*, 100 dardos, 15 paveses, 15 corazas de almacén, 15 gorgueras, 10 ballestas de estribo, 1.000 viratones y 15 yelmos de madera.¹⁰

Armas defensivas: elementos de arnés y armadura

En la segunda mitad del siglo XIV, las fuentes de la Corona de Aragón mencionan fundamentalmente cuatro elementos de cubrición de la cabeza: yelmos, sombreros de hierro o capacetes, capellinas y bacinetes. El yelmo puede ser interpretado a veces como una denominación genérica de elemento de protección de la cabeza (por ejemplo, en las órdenes de armamento de 1362) pero en otras ocasiones alude a un tipo de defensa específica, diferenciada de las otras: como vimos, cuando en 1361 se indica el armamento de los lanceros de las aldeas de Calatayud, se alude al yelmo y al *capello* la capellina de hierro para cubrir la cabeza.¹¹ Estos yelmos ya no serían los cilíndricos del siglo XIII¹² (imagen 11³). El inventario del Castillo Mayor de Calatayud (1371) menciona yelmos de madera dorada (cubierta con láminas de latón brillante) con viseras de hierro; yelmos de madera se citan también en las órdenes de 1376 para los castillos de Calatayud; los yelmos citados en el inventario del alcázar de Teruel (1366) podrían pertenecer a este mismo tipo, pues tenían viseras de hierro, aunque no se indica si eran de madera.¹⁴ Es una incógnita saber cómo eran estos yelmos de Calatayud, pero cubrirían gran parte de la cabeza e incorporaban visera móvil;¹⁵ el hecho de que fueran de madera es algo inusual.

Paralelamente al yelmo, el documento citado de 1361 menciona el uso del sombrero de hierro (*capell de ferro*) o capacete, que era un casco provisto de ala usado ampliamente desde el siglo XIII¹⁶; no en vano, aluden a él las disposiciones citadas del *Fuero de Teruel* y el privilegio de 1300 sobre Daroca; es el único tipo de casco registrado en el inventario del castillo de Sesa

⁹ Álvaro CANTOS CARNICER: "Los Castillos Mayor y Real de la ciudad de Calatayud en el año 1371 a la luz de dos inventarios del archivo real", *Gladius*, 36 (2016), pp. 141-160.

¹⁰ Vicente de la FUENTE: *Historia de la siempre augusta y fidelísima ciudad de Calatayud*, Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada, 1969, p. 741.

¹¹ ACA, Can., reg. 1469, f. 22r (Barcelona, 25-08-1361).

¹² Martín de RIQUER: op. cit., pp. 62-63, 121-122 y 518. Hay buenas representaciones de ellos en la techumbre de la catedral de Teruel (último tercio del siglo XIII).

¹³ Todas las imágenes se incorporan al final del texto, en un apartado anexo.

¹⁴ Archivo de la Corona de Aragón [ACA], Real Patrimonio [RP], Maestre Racional [MR], Volúmenes, Serie General, 784, ff. 256rv; véase Mario LAFUENTE GÓMEZ: "Categorías de combatientes...", p. 153. El inventario incluye elementos dejados por los castellanos en el alcázar.

¹⁵ El yelmo con visera se cita ya en la crónica de Muntaner (Martín de RIQUER: op. cit., p. 121).

¹⁶ Álvaro SOLER DEL CAMPO: *La evolución del armamento medieval en el reino castellano-leonés y al-Andalus (siglos XII-XIV)*, Madrid, Servicio de Publicaciones del E.M.E., 1993, p. 99; Martín DE RIQUER: op. cit., pp. 69-70 y 122.

(1274): “XIII *capiellos de fierro*”.¹⁷ También, desde muy temprano, se utilizó la capellina, que era un casco redondeado sin ala¹⁸, equivalente a la *cervellera* catalana; su uso estaba todavía muy extendido en el siglo XIV: aparte de las referencias de Calatayud de 1361 y 1371, arriba citadas, aparece por ejemplo en la mencionada carta de Pedro IV de 1368 y en las cortes de Tarragona de 1370.¹⁹ Las capellinas formaban parte del abastecimiento del castillo de Embid de Ariza en marzo de 1357²⁰ y del armamento del castillo de Cadrete en el verano de 1382, donde eran el único tipo de casco presente.²¹

El inventario de armas del alcázar de Teruel (1366), además de los yelmos con viseras de hierro y las capellinas, menciona los bacinetes (casco hemiesférico o puntiagudo que cubre las orejas y puede llevar visera), de los que se citan dos tipos: bacinetes de hierro con faldas, a manera de capellina de tiempo antiguo, y bacinetes genoveses; los primeros pudieron poseer almófar unido al casco por debajo y los segundos pudieron tener visera, al igual que las capellinas genovesas citadas en las cortes de Tarragona de 1370 (véase más abajo). El bacinete es citado por ejemplo en las disposiciones de junio de 1357 para Calatayud y aldeas. El bacinete o la *cervellera* (capellina) eran propios de los ballesteros y *empavesats* citados en la carta de Pedro IV de 1368; el bacinete con visera forma parte del equipo de las gentes de armas con arnés completo a la manera francesa según las disposiciones de las cortes de Tarragona en 1370.

Las fuentes iconográficas muestran a fines del siglo XIII y la primera mitad del siglo XIV un predominio de la capellina (pinturas de Barluenga, Liesa y Urriés, todas de la primera mitad del siglo XIV; sepulcro de Ramón de Peralta y Espés –muerto en 1348–, procedente de Obarra (ahora en Grosvenor House, Londres), de mediados del siglo; techumbre de la catedral de Teruel, del último tercio del siglo XIII²²), aunque aparece a veces en igualdad con el sombrero de hierro (Vidal Mayor,²³ Santa Lucía de Sos,²⁴ castillo de Alcañiz)²⁵ (imágenes 1-5). En

¹⁷ Antonio DURÁN GUDIOL: “Notas de archivo”, *Argensola*, 25 (1956), p. 96.

¹⁸ Álvaro SOLER DEL CAMPO: op. cit., p. 99.

¹⁹ Martín DE RIQUER: op. cit., pp. 173-174 y 203.

²⁰ ACA, Can., reg. 1149, ff. 85v-86r (Zaragoza, 2-03-1357).

²¹ Héctor GIMÉNEZ FERRERUELA: “I. Crónica histórica del castillo de Cadrete. Desde su fundación hasta nuestros días.”, en Javier BOROBIO SANCHIZ y José Luis ONA GONZÁLEZ (coords.), *El castillo de Cadrete. Del abandono a la visita guiada*, Zaragoza, Ayuntamiento de Cadrete, Institución “Fernando el Católico” y Diputación Provincial de Zaragoza, 2015, p. 44.

²² Véase Gonzalo M. BORRÁS: *La techumbre mudéjar de la Catedral de Teruel*, CAI 100, 1999, pp. 67-69.

²³ Se encuentra en el J. Paul Getty Museum de Los Angeles, con el número de objeto Ms. Ludwig XIV 6 (<http://www.getty.edu/art/collection/objects/1431/unknown-vidal-de-canellas-and-probably-michael-lupi-de-candiu-et-al-vidal-mayor-spanish-about-1290-1310/>) (consultado por última vez el 01-05-2017); M^a C. Lacarra da al manuscrito, a través del análisis de sus miniaturas, una cronología entre 1276 y 1290 (M^a Carmen LACARRA: “El manuscrito del Vidal Mayor. Estudio histórico-artístico de sus miniaturas”, en M^a Carmen LACARRA (coord.), *La miniatura y el grabado de la Baja Edad Media en los archivos españoles*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”, Excma. Diputación de Zaragoza, 2012, pp. 7-44).

²⁴ Lacarra data estas pinturas en las primeras décadas del siglo XIV: M^a del Carmen LACARRA DUCAY: “Pinturas murales en Santa Lucía de Sos del Rey Católico (Zaragoza)”, *Príncipe de Viana*, 152-153 (1978), p. 496.

algún caso, como el de Teruel o el Vidal Mayor, se representa también el yelmo cilíndrico o variantes de éste (imagen 1). La única representación que se acerca al bacinete es la del casco del soldado de la escena de Cristo camino del Calvario, de las pinturas de Arbaniés, ya que el casco cubre los laterales y la parte de atrás del cráneo.

Si pasamos a la segunda mitad del siglo XIV, vemos cómo el bacinete, sobre todo sin visera y sin almófar, se impone sobre los demás tipos de casco: retablo de Santa María de Salas (h. 1366-1367),²⁶ retablo de la Virgen del Monasterio de Sijena (1367-1381),²⁷ retablo de la Resurrección del monasterio del Santo Sepulcro de Zaragoza (1381-1382),²⁸ altar relicario del Monasterio de Piedra (hacia 1390),²⁹ retablo de Nuestra Señora de los Ángeles de Longares (1391-1392);³⁰ no obstante, a veces observamos la presencia del sombrero de hierro (escena de la resurrección en el retablo del Santo Sepulcro de Zaragoza) (imágenes 6-9, 11-14). Se constata así una falta de sintonía entre fuentes escritas e iconográficas en lo referente a la protección de la cabeza: predominio de sombreros de hierro, yelmos y capellinas en las primeras y de los bacinetes en las segundas.

Aunque en los textos del siglo XIII arriba citados no se menciona la gorguera,³¹ ésta se documenta ya por entonces, continuando su uso en los siglos siguientes. En época temprana debió de ser usualmente de mallas, como probablemente la *goryera* del castillo templario de Villed (1289)³² y las que parecen observarse en muchos de los caballeros de las pinturas de Alcañiz (imagen 5), pero ya a principios del siglo XIV se documenta la gorguera rígida de metal, con la escultura de Álvaro de Cabrera, vizconde de Ager, procedente del monasterio de Bellpuig de les Avellanes, actualmente en *The Cloisters* de Nueva York;³³ en el inventario del castillo de

²⁵ Las pinturas de la torre del homenaje del castillo de Alcañiz se datan entre la última década del siglo XIII y la primera del XIV: Jordi ROVIRA I PORT y Àngels CASANOVAS I ROMEU: *Las pinturas murales medievales del castillo calatravo de Alcañiz*, Alcañiz, Centro de Estudios Bajoaragoneses, 2014.

²⁶ M^a Carmen LACARRA y Carmen MORTE: *Catálogo del Museo Episcopal y Capitular de Huesca*, Zaragoza, Guara, 1984, pp. 195 y 202-205.

²⁷ Véase la web del *Museu Nacional d'Art de Catalunya* (<http://www.museunacional.cat/les/colleccio/retablo-de-la-uirgen/jaume-serra/015916-cjt>), donde aparece con el número de catálogo 015916-CJT.

²⁸ M^a Carmen LACARRA: *Arte gótico en el Museo de Zaragoza*, Zaragoza, Departamento de Cultura y Turismo, 2003, pp. 19-31; Íd.: "La pintura gótica en los antiguos reinos de Aragón y Navarra (ca. 1379-1416)", *Artígrama*, 26 (2011), pp. 304-306.

²⁹ Se conserva en la Real Academia de la Historia. Véase: M^a Carmen LACARRA: "Pintura gótica en la Comunidad de Calatayud", en Julián MILLÁN y Agustín SANMIGUEL (coords.), *Comarca de la Comunidad de Calatayud*, Zaragoza, Departamento de Presidencia y Relaciones Institucionales, 2005, p. 201; Herbet GONZÁLEZ ZYMLA: *El altar relicario del Monasterio de Piedra*, Madrid, Real Academia de la Historia, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013.

³⁰ M^a Carmen LACARRA: "La pintura gótica en los antiguos...", p. 308.

³¹ Martín de Riquer: op. cit., pp. 173-174, 203 y 519; Álvaro SOLER DEL CAMPO, op. cit.: pp. 134-135.

³² Joaquim MIRET I SANS: "Inventaris de les cases del Temple de la Corona d'Aragó en 1289". *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, 42 (1911), p. 66.

³³ En la web del museo *The Met Cloisters* aparece el sepulcro citado con el número de entrada 48.140.2a-d y es asignado al conde de Urgel Ermengol X (<http://www.metmuseum.org/art/collection/search/471321?sortBy=Relevance&ft=ermengol+X&offset=0&rpp=20&pos=1>) (consultado por última vez el 01-05-2017); sobre la adscripción a Álvaro de Cabrera y la cronología (1299 a 1314), véase Francesca ESPAÑOL: "El panteó dels comtes d'Urgell al monestir de

Sitges de 1326 convive la gorguera de láminas de hierro con la de malla.³⁴ En la Guerra de los dos Pedros (1356-1369) la gorguera es usual y se le suele citar como accesorio de la coraza: en las órdenes de diciembre de 1362 vemos la expresión *cuyraças con gorgeras* o *cuiiraças con lures gorgeres*. Figuran tres gorgueras de hierro en el inventario del Castillo Mayor de Calatayud (1371) y 15 en el del alcázar de Teruel. Estas gorgueras debieron de parecerse tanto a la de Àlvar de Cabrera como a la que presenta un soldado representado en la Puerta Preciosa del claustro de la catedral de Pamplona, datada alrededor de 1350-1360 (imagen 14).

En lo que se refiere a la defensa del tronco, las fuentes citadas del siglo XIII e inicios del XIV nos indican el uso de defensas de malla (lorigas, lorigones y almófar): el almófar (*capmall* en Cataluña) cubría la cabeza; la loriga (*ausberg*, *cota de malles* y *gonió* en Cataluña) y el lorigón cubrían el tronco, siendo éste último más corto que la loriga, con mangas cortas y sin almófar. El perpunte (*perpunt* en Cataluña), túnica larga y sin mangas, fuerte y acolchada, cubría la loriga; por encima podía ir una sobreveste o túnica ligera.³⁵ Las defensas de mallas aparecen reflejadas en las fuentes iconográficas del momento (Vidal Mayor, techumbre de la catedral de Teruel, pinturas del castillo de Alcañiz, pinturas de Sos, Barluenga, Liesa, Arbaniés, sepulcro de Ramón de Peralta) (imágenes 1-4).

A partir de la primera mitad del siglo XIV, la documentación de la Corona de Aragón hace referencia al uso de láminas de metal reforzando los elementos de defensa corporal del guerrero, sea el *perpunt*, la coraza o piezas de cuero, si bien el empleo de la cota de malla debió de ser todavía amplio.³⁶ Las corazas, ampliamente citadas en la documentación de todo el siglo XIV, constarían de una cubierta exterior de cuero y un núcleo interno de varias capas de estopa de cáñamo con láminas metálicas imbricadas; podrían equivaler a las brigandinas de otros ámbitos.³⁷ Las 38 corazas de un palacio de la ciudad de Zaragoza en 1375 parecen haber estado hechas de un material parecido, pues estaban *guarnidas en trapo de canyamiça*, aunque no se citan las láminas.³⁸ Sin duda a estos tipos de coraza corresponden gran parte de las abundantes referencias documentales.³⁹

Bellpuig de les Avellanès”, en *L’art gòtic a Catalunya: Escultura. I, La configuració de l’estil*, Barcelona, Fundació Enciclopèdia Catalana, 2007, pp. 80-87.

³⁴ Carne BATLLE y Àngels PARÉS: “El castell de Sitges a la mort de Bernat de Fonollar (1326)”, en *Fortaleses, torres, guaites i castells de la Catalunya medieval*, *Acta historica et archaeologica mediaevalia*, Annex 3, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1986, p. 170.

³⁵ Martín de RÍQUER: op. cit., pp. 514, 520; Álvaro SOLER DEL CAMPO, op. cit.: pp. 119-121; F. Xavier HERNÁNDEZ CARDONA: *Història militar de Catalunya. Aproximació didàctica. Vol. II. Temps de conquesta*. Barcelona, Rafael Dalmau, 2004, pp. 174-175.

³⁶ Martín de RÍQUER: op. cit., pp. 94-106.

³⁷ *Ibidem.*, pp. 106 y 117-118.

³⁸ Manuel SERRANO Y SANZ: “Inventarios aragoneses de los siglos XIV y XV. XXIII”, *Boletín de la Real Academia Española*, 4 (1917), pp. 213-214.

³⁹ Recordemos las órdenes de 1361 y 1376 para Calatayud y las de 1362 para otras localidades; en abril de 1374 se enviaban desde Zaragoza 10 corazas al castillo de Zafra y 25 a Molina: Lidia BENÍTEZ MARTÍN: *Documentos para la historia de Molina en la Corona de Aragón: 1369-1375 (El registro 1551 de la Cancillería de Pedro IV)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1992, p. 176, doc. 177 y 183, doc. 186.

Otra defensa del cuerpo era la *espallera* o *espaldera*⁴⁰ (*espatllera* en catalán), que Riquer considera sólo de una pieza (al contrario que las corazas) y sin refuerzo de láminas de hierro; la hace coincidir con el *jach* (jaque).⁴¹ F. Xavier Hernández, en cambio, considera las *espatlleres* piezas de cuero y placas (de metal) para dar protección complementaria; y define al jaque como una especie de perpunte corto colocado sobre la cota de malla y el peto.⁴²

Respecto a las *suellas* no existe una definición hasta el momento pero las órdenes de 1361 referentes a Calatayud y sus aldeas nos dan un indicio: los lanceros de la villa debían tener corazas o buenas *espalleras*, mientras que los de las aldeas debían llevar *suellas* o buenas *espatlleres*, lo que parece equiparar en alguna medida las corazas y las *suellas*; ello denotaría que las *suellas* eran mejores que las *espalleras* y cercanas a las corazas.

Otra pieza citada es el *iubet*, que vemos en las órdenes de 1357 dadas a Calatayud y en el estatuto del concejo de Daroca de 1359. De éste último se deduce que las *spalderas* y el *iubet* son parecidos, pues son unidos con una conjunción disyuntiva; lo mismo ocurre en la carta de Pedro IV de 1368 en lo referente a los *empavesats*, mientras que los ballesteros podían utilizar coraza, *espatleres* o *iubet*.⁴³ Podemos deducir, por tanto, que el *iubet* era algo inferior a las *espalderas*, pues aparece en último lugar siempre.

Las corazas mencionadas son detectables en la iconografía porque las cabezas de los clavos que sujetan las láminas metálicas internas son visibles al exterior: ejemplos tenemos en los dos guerreros de la escena de la Resurrección del retablo de la Virgen de Sijena y en algunos de la escena del Calvario del mismo retablo (imágenes 7-8). En otros casos vemos el empleo sobre el tronco de una prenda ceñida, entallada en la cintura, algo acolchada, que sería el jaque (de carácter más tosco y militar) o la jaqueta, tal vez asimilables a las *espalleras*. En concreto, en la tabla de la Virgen de Tobed (1356-1359)⁴⁴ Enrique de Trastámara aparece con su hijo representado con un jaque sin mangas muy ajustado por encima de la loriga (imagen 10). La jaqueta con pliegues o acolchada aparece en el retablo de la Resurrección del Santo Sepulcro de Zaragoza (guerrero de la derecha de la escena de la Resurrección: imagen 9) y en el de Santa María de Salas (escena de la Resurrección: imagen 6), encontrando paralelos muy cercanos en las esculturas yacentes gallegas de Fernán Pérez de Andrade O Boo, Juan Freire de Andrade y Fernán Caa de Cordido, todas del último cuarto del siglo XIV.⁴⁵ La jaqueta se aprecia también en

⁴⁰ La palabra aragonesa *spalderas* aparece en un inventario zaragozano de 1386: Manuel SERRANO Y SANZ: "Inventarios aragoneses de los siglos XIV y XV. XLIX", *Boletín de la Real Academia Española*, 4 (1917), p. 354.

⁴¹ Martín de RIQUER: op. cit., pp. 109-110, 115-118.

⁴² F. Xavier HERNÁNDEZ CARDONA: op. cit., p. 183.

⁴³ Martín de RIQUER: op. cit., pp. 173-174.

⁴⁴ La cronología indicada es la que se propone en Pilar SILVA: "Serra, Jaume", en Francisco CALVO y Miguel ZUGAZA (eds.), *Enciclopedia del museo del Prado*, tomo VI, Madrid, Fundación Amigos del Museo del Prado, Tf Editores, 2006, pp. 20004 y 20005; no obstante, M^a C. Lacarra le da una cronología posterior, entre 1370 y 1373 (M^a Carmen LACARRA: "Pintura gótica en la Comunidad...", p. 201).

⁴⁵ M^a del Rocío SÁNCHEZ AMEIJERAS: "El arnés y el armamento del caballero medieval gallego (1350-1450)", *Acta historica et archaeologica mediaevalia*, 10 (1989), pp. 429-430.

soldados del retablo de la Virgen de Sijena (escena del Calvario: imagen 8) y del retablo de Nuestra Señora de los Ángeles de Longares (imagen 13).

La pintura gótica aragonesa muestra la aparición de las defensas metálicas de piernas y brazos desde inicios del siglo XIV aunque sigan predominando los elementos de mallas. Las placas metálicas aparecen sin duda antes en las piernas y pies que en los brazos: las pinturas de Santa Lucía de Sos documentan las grebas de metal y los zapatos de hierro ya en las primeras décadas del siglo XIV, paralelamente a defensas de mallas en los brazos (imagen 4); en las pinturas del castillo de Alcañiz se registra también un uso incipiente de la greba y el zapato de metal en coexistencia aparente con un mucho más escaso empleo del avambrazo metálico (imagen 5). Esto anda en consonancia con lo que sugieren en la misma época el sepulcro aragonés de Ramón de Peralta (muerto en 1348) (imagen 3) y otros catalanes como los de Àlvar de Cabrera, Bernat de Boixadors, Jofre Gilabert de Cruïlles y Gaufred de Santa Coloma, así como el guerrero de la puerta de San Ivo de la catedral de Barcelona (hacia 1300) y las pinturas de San Adrián de Oloki (Navarra); todos muestran el empleo de la greba metálica mientras los brazos se cubren con mallas o emplean ocasionalmente varaescudos para proteger ciertas zonas, a excepción del sepulcro de Àlvar de Cabrera, que utiliza guanteletes metálicos, al igual que el de Bertrán de Castellet.⁴⁶ En todos estos casos no se puede afirmar la existencia de quijotes de metal, pues el muslo aparece oculto por la vestimenta. Sin embargo, el inventario del castillo de Sitges muestra la coexistencia de quijotes y grebas de hierro ya en 1326.⁴⁷ Hasta 1356-1359, con la Virgen de Tobed de Jaume Serra (imagen 10), la pintura gótica aragonesa no representa con claridad el pleno uso de las protecciones metálicas del conjunto de la pierna; algo más adelante figuran en el retablo de la Virgen de Sijena (imagen 7).

Respecto a la protección del brazo, los avambrazos metálicos aparecen probablemente ya en las pinturas de Alcañiz a principios del siglo XIV (imagen 5); guanteletes metálicos se ven también en algunos sepulcros catalanes de ese período, como se citó arriba; el arnés metálico completo de brazo aparece ya en la tabla de la Virgen de Tobed (imagen 10) pero es menos usual que el de pierna en todo el siglo XIV; así, en el retablo de la Virgen de Sijena o en el del Santo Sepulcro de Zaragoza, el arnés metálico se muestra completo en la pierna pero no en el brazo, con sólo guanteletes de hierro (imágenes 7 y 9); en este sentido habla también la ausencia de mención de defensas metálicas del brazo en *L'arnès del cavaller* de Pere March (1370-1380).⁴⁸ Sin embargo, en el inventario del Castillo Mayor de Calatayud (1371) se mencionan simultáneamente dos pares de *cameres*⁴⁹ (grebas) de hierro, un par de zapatos de hierro, unos

⁴⁶ Martín de Riquer: op. cit., pp. 148 (fig. 92), 150 (fig. 95 y 96), 165-167.

⁴⁷ Carme Batlle y Àngels Parés: op. cit., p. 170.

⁴⁸ Pere March: *Obra completa*, ed. Lluís Cabré, Barcelona, Barcino, 1993 (véanse pp. 200-240); Martín de Riquer: op. cit., pp. 193-195.

⁴⁹ *Camera* es la denominación dada a la greba en la documentación medieval aragonesa, equivaliendo a la *gambra* y *cambera* catalana. Un ejemplo en un inventario zaragozano de 1369: Manuel Serrano y Sanz: "Inventarios aragoneses de los siglos XIV y XV. IX", *Boletín de la Real Academia Española*, 2 (1915), p. 708.

braçals (avambrazos) de hierro y dos pares de *guants de launa* (guantes de láminas de hierro).⁵⁰ Un inventario zaragozano de 1374 cita *guent de fierro*.⁵¹ Gran parte de estas defensas continuarían siendo de cuero, tal y como atestiguan tanto el inventario de Calatayud (que contaba con un par de *cuxots* o quijotes y *cameres* de este material) como diversos inventarios zaragozanos.⁵² Las palabras aragonesas *cuxot* o *cuxera* designan indistintamente al quijote.⁵³

Sólo en la última década del siglo XIV los testimonios iconográficos atestiguan la total utilización del arnés blanco, con uso completo del metal en brazos, piernas y tronco (peto); lo observamos en Aragón por primera vez en el altar relicario del Monasterio de Piedra y en el retablo de Nuestra Señora de los Ángeles de Longares (imágenes 12 y 13); también por entonces, un inventario zaragozano de 1386 menciona unas *cuyraças de fierro*.⁵⁴ Se trata de fechas parecidas a las de los primeros ejemplares en Cataluña (por ejemplo, el retablo del Espíritu Santo de Santa María de Manresa, h. 1394) y Castilla (sepulcros gallegos de Aras Pardo, h. 1400, y Lorenzo Ares Loyreyno, h. 1395).⁵⁵ No obstante, el inventario del alcázar de Teruel habla de una coraza de hierro en un momento bastante anterior a estas fechas (1366).

Respecto a los escudos, la documentación aragonesa del siglo XIV suele usar la palabra escudo o *pavés* indistintamente, dando la impresión de que son palabras sinónimas por su frecuente separación con conjunción disyuntiva (por ejemplo, en las órdenes de armamento a Carriñena en 1362). En un estatuto pregonado en Zaragoza en agosto de 1409 indicando las armas que se prohibía llevar dentro de la ciudad, se citan como armas defensivas el broquel (escudo pequeño redondo), adarga (escudo con forma de corazón), escudo, bacinete, coraza y cota de malla.⁵⁶ Las fuentes iconográficas suelen mostrar para los caballeros escudos en general pequeños, sobre todo con parte superior plana y cierre inferior redondeado o en punta, aunque también aparece el escudo redondo (imágenes 1, 2, 4). Entre los peones los escudos suelen ser mayores y más variados, con ejemplares ovalados, alargados, etc. (imágenes 8, 13, 14).

⁵⁰ Álvaro CANTOS CARNICER: "Los Castillos Mayor...". *Braçal* o *bracera* es la denominación catalana del siglo XIV para los avambrazos (Martín de RÍQUER: op. cit., pp. 194-195, 269-271, 291 y 515); en romance aragonés tenemos también la palabra *braçal*: Manuel SERRANO Y SANZ: "Inventarios aragoneses de los siglos XIV y XV. III", *Boletín de la Real Academia Española*, 2 (1915), p. 343 (inventario zaragozano de 1374).

⁵¹ *Ibidem*, p. 343 (inventario de 1374).

⁵² *Ibidem*, p. 343 (inventario de 1374): "*Unas cameras de cuero*"; "*dos braçales... de cuero viello*"; Manuel SERRANO Y SANZ: "Inventarios aragoneses de los siglos XIV y XV. IX", op. cit., p. 708 (inventario de 1369): "*Cuxotes e cameras de cuero*".

⁵³ Véase un ejemplo en la nota anterior.

⁵⁴ Manuel SERRANO Y SANZ: "Inventarios aragoneses de los siglos XIV y XV. XLIX", op. cit.: p. 354.

⁵⁵ M^a del Rocío SÁNCHEZ AMEJEIRAS: op. cit., p. 430.

⁵⁶ M^a. Isabel FALCÓN PÉREZ: "Paz, orden y moralidad en Zaragoza en el siglo XV. Estatutos dictados al efecto por los jurados", *Aragón en la Edad Media*, 16 (2000), pp. 309 y 312-313.

El armamento ofensivo

A fines del siglo XIII y primera mitad del XIV, la lanza y la espada eran las armas fundamentales de los caballeros, tal y como se refleja por ejemplo en el *Fuero de Teruel*. La iconografía nos muestra esas armas (Vidal Mayor; techumbre de la catedral de Teruel; pinturas del castillo de Alcañiz, de la ermita de Cabañas en La Almunia y de Santa Lucía de Sos; sepulcro de Ramón de Peralta) y escasamente la maza y el puñal (pinturas de Alcañiz). Las armas de la caballería no debieron de cambiar mucho a lo largo del siglo XIV.

Entre los peones, la lanza era el arma fundamental de los lanceros (imágenes 2, 8, 13). En el inventario del castillo de Sesa de 1274 las armas documentadas son 9 lanzas y 8 ballestas.⁵⁷ La lanza aparece frecuentemente citada como *glavis*, llamándose hierro a la parte metálica; por ejemplo, en 1371 había 4 «*barres de glavis sens ferres*» en el Castillo Real de Calatayud. La lanza larga se usaría por parte de densas hileras de lanceros apoyados por otros peones armados de espada y escudo.⁵⁸

A veces, la lanza podía ser sustituida o acompañada por otros elementos; así, en los estatutos de los aldeanos de Daroca de 1256 (sancionados luego por Jaime I y Pedro IV), se indicaba que todo hombre debía poseer una lanza o dos *esconas* (azconas o dardos)⁵⁹ y en las órdenes de armamento a Calatayud y aldeas de 1361 se hablaba de lanza y dos dardos (lanzas pequeñas). Por la crónica de Desclot, sabemos que el armamento de los almogávares aragoneses y catalanes comprendía espada corta, lanza y uno o varios dardos.⁶⁰ Las diversas variedades de lanzas cortas (azconas, dardos, venablos) son relativamente usuales en la documentación; el inventario del Castillo Real de Calatayud incluye 4 venablos; en el citado estatuto de Zaragoza de 1409 se mencionan, además de los *glavis*, los dardos; cuando en octubre de 1356 se armaban unas galeras en Valencia, el armamento incluía 1.000 lanzas y 2.000 dardos.⁶¹

Otro apartado de armas del peón está formado por espadas, puñales, hachas, mazas, etc., que en general también podían ser usadas por el caballero (imágenes 1, 3, 4, 7-11, 13). La palabra *maneres*, citada en el mencionado estatuto de Daroca de 1359, aludiría a una variedad de espada. El estatuto de Zaragoza de 1409 cita la espada y el *basalart* (daga o espada pequeña). En las ordinales de Tortosa de 1341 aparecen varios tipos de cuchillos o puñales, así como hachas (*apia, picaça*) y la maza.⁶² En la pintura gótica aragonesa son usuales en los peones las alabardas grandes o pequeñas (pinturas de Urriés, altar relicario del Monasterio de Piedra, retablo de la Resurrección de Zaragoza, retablo de Sijena, etc.) (imágenes 7, 9, 12).

Junto con la lanza, la ballesta es el arma ofensiva más importante durante el siglo XIV. Según los citados estatutos de los aldeanos de Daroca en 1256, «*a las dos puertas de cada alde-*

⁵⁷ Antonio DURÁN GUDIOL: op. cit., p. 96.

⁵⁸ F. Xavier HERNÁNDEZ CARDONA: op. cit., pp. 188-190.

⁵⁹ Toribio DEL CAMPILLO: op. cit., p. 35, doc. 11; pp. 140-141, doc. 339.

⁶⁰ F. Xavier HERNÁNDEZ CARDONA: op. cit., pp. 192-194.

⁶¹ ACA, Can., reg. 1136, ff. 111v (Villafranca, 14-10-1356).

⁶² Martín DE RIQUER: op. cit., p. 173.

ya» (quizá cada dos casas) debía haber una ballesta con treinta proyectiles (*quadriellos*), con su cinto y dos cuerdas. Los ballesteros reclutados en Aragón en enero de 1357 debían tener «buena ballesta con II cuerdas e encuerda e cinto e cinquanta buenos viratones». ⁶³ Según las órdenes de agosto de 1361 para la zona de Calatayud, los ballesteros debían poseer *cinto* (cinturón), cuerda, *encorda* (arco) y de 100 a 200 pasadores. Las cortes de Tarragona de 1370 establecen que los ballesteros tengan dos ballestas, dos ganchos, 200 viratones, así como *jupons* y corazas, capellina genovesa con *templa* (¿protección de la sien?) y visera, hacha, guanteletes o brazales y gorjal. ⁶⁴

Los tipos de ballesta quedan bien reflejados en algunos documentos. Por ejemplo, en enero de 1372 se ordenaba llevar desde Zaragoza a Molina 100 ballestas, de las que 10 eran de torno, 20 de *palancho*, 10 de *senfonía* y 60 de estribo; asimismo, 30 ganchos o *quintos ballesteros*, 2 tornos ballesteros y 5 *senfonías* y 10.000 viratones (a razón de 100 por ballesta). ⁶⁵ El tipo más habitual era la ballesta de estribo, en que éste y un gancho servían para tensar la cuerda (imagen 2); en la de torno, esta acción se hacía mediante un torno; la ballesta de palanca equivaldría a la de “gafa” y utilizaba una palanca para cargar; las de *senfonía* o de *martinet* podrían equivaler a las de cranequín, con un mecanismo de cremallera. En el inventario del alcázar de Teruel se alude al material (*corn* o cuerno, *fust* o madera). La ballesta de cuerno y de torno es citada ya en el inventario del castillo de Sesa en 1274. ⁶⁶

Las ballestas y sus proyectiles (viratones, pasadores o *cuadriellos*) eran el arma más común en las fortalezas. La mayor parte de los castillos de Calatayud recibieron en marzo y abril de 1357 aprovisionamiento de armas, que consistía en ballestas con sus ganchos y pasadores; los ganchos iban en la misma cantidad que las ballestas. ⁶⁷ En 1358 se aprovisionaban los castillos de las aldeas de Calatayud con este armamento. ⁶⁸ En abril de 1362, los castillos de Ariza, Alhama y Berdejo tenía completa provisión de ballestas pues se rechazó una nueva remesa. ⁶⁹ Cuando el mismo año se abastecían con armas Cariñena, Borja y Magallón, las ballestas y sus viratones eran la única arma ofensiva citada; en el caso de Cariñena, se requerían 100 viratones por ballesta. ⁷⁰ En el inventario del castillo de Cadrete de 1382, la ballesta era el único tipo de arma presente (cuatro ballestas de torno y tres tornos). ⁷¹

Se documenta la adquisición en Cataluña de parte de este armamento; en septiembre de 1366 se pagaba a Guillem çà Calm, balletero de la ciudad de Tortosa, que realizó muchas ba-

⁶³ ACA, Can., reg. 1380, f. 148v-149r (Zaragoza, 31-01-1357).

⁶⁴ Martín de RÍQUER, op. cit., p. 203.

⁶⁵ Lidia BENÍTEZ MARTÍN: op. cit., p. 106, doc. 79; véase también ibídem, p. 111, doc. 88 y p. 112, doc. 90.

⁶⁶ Antonio DURÁN GUDIOL: op. cit., p. 96.

⁶⁷ Álvaro CANTOS CARNICER: “Las fortificaciones de Calatayud en el tercer...”, pp. 8-9.

⁶⁸ ACA, Can., reg. 982, ff. 118v-119r (Gerona, 3-05-1358).

⁶⁹ ACA, Can., reg. 1463, fol. 173v-174r (Valencia, 10-04-1360).

⁷⁰ ACA, Can., reg. 1384, ff. 158r y 159r. (Monzón, 20-12-1362).

⁷¹ Héctor GIMÉNEZ FERRERUELA: “I. Crónica histórica...”, p. 44.

llestas para los castillos fronterizos aragoneses.⁷²

Las máquinas de guerra

Durante el siglo XIII se utilizaron tanto máquinas de tracción manual (como el fundíbulo, que sería de pequeñas dimensiones, o el mangano turco) como de contrapeso fijo (los trabuquetes, de mayor tamaño y alcance, y las brigolas, que serían máquinas muy ligeras), siendo desplazadas las primeras por las segundas a lo largo del siglo XIV.⁷³ Los trabucos son igualmente de contrapeso fijo y se usaron por ejemplo en el asedio de Almería por Aragón y Castilla en 1309 y en el cerco de Cagliari en 1323. Llegados a la época de Pedro IV, advertimos el uso de una máquina de tracción manual, el mangonel, en el sitio de Argilers (1343). Sin embargo, parece que durante la Guerra de los dos Pedros y más allá las máquinas utilizadas serían prácticamente en su totalidad de contrapeso fijo.

Los castellanos utilizaron ampliamente los ingenios en el conflicto bélico: en el sitio de Calatayud se emplearon 36 máquinas de contrapeso fijo y en el de Teruel 24; se documentan también en el ataque al castillo de Embid (inicios de 1357), en el sitio de Miedes (verano de 1362) y en el ataque a Magallón (marzo de 1363). En la batalla del puerto de Barcelona de 1359, los castellanos emplearon trabucos y otras máquinas en las naves; numerosas máquinas fueron abandonadas tras el sitio de Ibiza (1359).⁷⁴

Los aragoneses también usaron máquinas de asedio en la guerra. Pedro IV solicitó para el sitio de Alcalá de Moncayo, en diciembre de 1358, el envío de un *ginyo* (ingenio) que estaba en Calatayud y una brigola que se encontraba en Maluenda.⁷⁵ En el asedio naval de Barcelona por Pedro I de Castilla (1359), los catalanes usaron en el puerto brigolas de dos cajas que además eran giratorias, pudiendo cambiar la dirección del tiro; se emplearon también trabucos; en dicha batalla se tiene la primera constatación de la utilización de la artillería de pólvora en la

⁷² ACA, Can., reg. 982, ff. 118v-119r (Gerona, 3-05-1358); ACA, Can., reg. 1469, ff. 99rv (Barcelona, 15-09-1366).

⁷³ Sobre las máquinas de guerra usadas en la Corona de Aragón, véase Luis MONREAL Y TEJADA: *Ingeniería militar en las crónicas catalanas*, Discurso de ingreso leído el día 31 de enero de 1971 en la Real Academia de Buenas Letras, Barcelona, Real Academia de Buenas Letras, 1971, pp. 18-21 y Rubén SÁEZ ABAD: *Artillería y poliorcética en la Edad Media*, Madrid, Almena, 2007, pp. 165-180.

⁷⁴ Sobre Magallón: ACA, Can., reg. 1385, f. 109rv (fines de marzo de 1363). Sobre Teruel: Rubén SÁEZ ABAD: "El sitio de Teruel en el contexto de la guerra", *Castillos de Aragón*, 25 (2012). En lo referente a lo demás: Jerónimo ZURITA: *Anales de la Corona de Aragón*, Edición de Ángel CANELLAS LÓPEZ, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1967-1988, libro IX, caps. IX, XXIII, XXIV y XL-XLII; Pedro LÓPEZ DE AYALA, *Crónicas*, ed. J.L. MARTÍN, Barcelona, Planeta, 1991, pp. 280-286. Sobre todo esto y otros aspectos del armamento en la Guerra de los dos Pedros, véase también Álvaro CANTOS CARNICER: "Las fortificaciones aragonesas durante la Guerra de los Dos Pedros", en *Las fortificaciones en guerra. VI Jornadas de Castellología Aragonesa (Calatorao, 9, 10 y 11 de noviembre de 2012)*, Zaragoza, Asociación para la Recuperación de los Castillos en Aragón e Iniciativa Cultural Barbacana, 2014, pp. 152, 165-168.

⁷⁵ ACA, Can., reg. 983, ff. 20r y 32r (sitio de Alcalá, 18 y 19-12-1358).

Corona de Aragón, ya que en una de las naves catalanas se usó una bombardarda.⁷⁶ Con fines defensivos también, se documenta el empleo de *engennyos* en el muro de tierra de Zaragoza, en concreto sobre las iglesias de Santa Engracia y San Miguel, el convento de Predicadores y la Puerta de Sancho (años 1362-1363).⁷⁷

En el último tercio del siglo se registra una dotación de ingenios en el interior de ciertos castillos. A principios de 1371, el Castillo Mayor de Calatayud contaba con tres *ginyys* (ingenios) y dos trabucos y el Castillo Real de la misma ciudad con seis *ginyys*, un trabuco y una cabrita, cosa que sabemos a partir de los dos detallados inventarios arriba citados.⁷⁸ Se tiene noticia de ingenios en el castillo de Perpiñán en 1376⁷⁹ y en el navarro de Tudela en 1362 y 1371, aunque ya existían máquinas allí desde principios del siglo XIV.⁸⁰ Finalmente, hay que citar la orden de fabricar e introducir en Molina una brigola y una cabrita en 1374.⁸¹

Este conjunto de testimonios permite establecer la división de las máquinas de guerra neurobalísticas usadas en Aragón durante la segunda mitad del siglo XIV en tres grupos: ingenios o *ginyys*, trabucos y cabritas. La precisa descripción de los componentes de las máquinas de los inventarios de Calatayud (imagen 15) permite deducir que todas ellas eran muy semejantes y variarían sólo por su tamaño y grado de complejidad; eran todas de contrapeso fijo; los *ginyys* de los inventarios bilbilitanos tenían sólo un contrapeso, los trabucos uno o dos y la cabrita dos; éste sería el orden de menor a mayor potencia y efectividad.⁸² Sobre la cabrita no sabemos gran cosa, pero se puede deducir que era una máquina muy potente, dado que poseía dos contrapesos según los inventarios citados y lanzaba piedras de enorme tamaño provocando grandes estragos, según la descripción del sitio de Balaguer de 1413 que realiza Zurita.⁸³ Las brigolas habrían de ser incluidas en el apartado de los *ginyys*, al ser más ligeras que trabucos y cabritas, y poseían dos contrapesos. Al estudiar el sitio de Teruel, Sáez Abad ha llegado a la conclusión de que las 24 máquinas empleadas allí por los castellanos eran trabucos de contrapeso, aun reconociendo la existencia de tamaños muy diferentes, deducibles de los 5 ó 6 calibres detectados en los proyectiles encontrados (entre 34 y 160 kg).⁸⁴ Hemos de pensar, en resumen, que en la segunda mitad del siglo XIV las máquinas de tracción manual habrían sido sustituidas casi por comple-

⁷⁶ Ferran SOLDEVILA (ed.): *Les quatre grans Cròniques, IV. Crònica de Pere III el Cerimoniós*, revisió filològica de Jordi BRUGUERA, revisió històrica de M. Teresa FERRER I MALLOL, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 2014 (Memòries de la Secció Històrico-Arqueològica, XCVI), pp. 353-354; Jerónimo ZURITA: *Anales de la Corona...*, libro IX, cap. XXIII.

⁷⁷ Mario LAFUENTE GÓMEZ: "Que parezca que ciudat es. La fortificación de Zaragoza en la guerra de los Dos Pedros (1356-1366)", en ARÍZAGA, B. y SOLÓRZANO, J.A. (coords.), *Construir en la Edad Media*, VI Encuentros Internacionales del Medievo (Nájera, junio de 2009), Instituto de Estudios Riojanos, 2010, p. 575, nota 7 y pp. 595-597.

⁷⁸ Álvaro CANTOS CARNICER: "Los Castillos Mayor...".

⁷⁹ ACA, Can., reg. 1231, f. 123r.

⁸⁰ Juan José MARTINENA RUIZ: "Noticias documentales acerca del castillo de Tudela", *Revista del Centro de Estudios de la Merindad de Tudela*, 14 (2006), pp. 72, 78, 79, 82-84.

⁸¹ Lidia BENÍTEZ MARTÍN: op. cit, pp. 179-180, docs. 181 y 182; p. 182, doc. 185; p. 183, doc. 186.

⁸² Álvaro CANTOS CARNICER: "Los Castillos Mayor...".

⁸³ Jerónimo ZURITA: *Anales de la Corona...*, libro XII, caps. XXVI-XXVII.

⁸⁴ Rubén SÁEZ ABAD: "El sitio de Teruel...", pp. 18-19 y 24-26.

to por las de contrapeso fijo en la Corona de Aragón. Estas últimas incluirían tamaños y potencias variadas pero los componentes esenciales serían en lo básico los mismos.

La prevención y el temor existente ante las máquinas de guerra quedan evidenciados durante la Guerra de los dos Pedros en las órdenes de refuerzo de las fortificaciones. Así, en noviembre de 1361, el rey ordenaba que una torre octogonal que se estaba realizando en el castillo de Los Fayos fuera «*doblada*» en la zona que podía ser «*trabucada*» (es decir, batida por los proyectiles) para que las piedras de los *gins* (ingenios) causaran daños menores; si fuera preciso, en la parte más expuesta a los disparos se debía hacer otra torre cuadrada con una de las esquinas puestas hacia el frente de ataque para que la «*pedra de trabucar*» no pudiera causar fuerte daño al golpear de forma oblicua o en el canto.⁸⁵ Al ordenar obras en las fortificaciones de las comunidades de Teruel y Daroca en el verano-otoño del mismo año, Pedro IV indicaba que las realizaran con todo cuidado, usando piedra y cal y con muros muy gruesos, de modo que «*no temen trebuchs ni ginyos*».⁸⁶ En septiembre del mismo año, el rey mandaba fortificar el castillo de Novillas de modo que «*no haia miedo de piedra de ginyo*».⁸⁷

El empleo de armas de fuego

El único testimonio del empleo de la artillería de pólvora en la Corona de Aragón durante el siglo XIV es la bombardita empleada en una de las naves catalanas durante la defensa de Barcelona en 1359. Durante el siglo XV se multiplican los testimonios; ya a principios del siglo, se registra el empleo de la artillería de pólvora en 1411 en el asedio de Morés y en 1413 en el de Balaguer (con abundante uso de bombardas).⁸⁸

En paralelo se desarrolla el uso de armas portátiles de fuego llamadas “ballestas de trueno”. Se documentan ya en 1363, cuando se ordenaba que dos de ellas fueran trasladadas a Zaragoza desde Barcelona; M. Lafuente ha registrado obreros especializados de estas ballestas en Barcelona, a los que se ordenó trasladarse a Zaragoza en 1363; asimismo, ha documentado la participación de herreros mudéjares zaragozanos en el acabado de estas armas.⁸⁹ En mayo de 1374 se ordenaba meter en Molina ballestas de trueno y alquitrán; poco después llegaban las *pólvoras* solicitadas para las ballestas de trueno y el rey ordenaba al gobernador de Molina hacer *pilotas* de hierro o plomo como proyectil para ellas.⁹⁰

⁸⁵ ACA, Can., reg. 1469, ff. 30v-31r (Barcelona, 10-11-1361); véase Héctor GIMÉNEZ FERRERUELA: “Un proyecto de fortificación en la Guerra de los dos Pedros (1356-1369): Los Fayos”, *Castillos de Aragón*, 12 (2005), sobre todo pp. 12-13.

⁸⁶ ACA, Can., reg. 1469, ff. 23r-23v (Barcelona, 13-09-1361).

⁸⁷ ACA, Can., reg. 1469, f. 24v (Barcelona, 2-09-1361).

⁸⁸ Rubén SÁEZ ABAD: *Artillería y poliorcética...*, pp. 180-182.

⁸⁹ Mario LAFUENTE GÓMEZ: “Categorías de combatientes...”, pp. 151-152.

⁹⁰ Lidia BENÍTEZ MARTÍN: op. cit., pp. 179-181, docs. 181 y 183; p. 183, doc. 186; p. 182, doc. 185.

Conclusiones

En la segunda mitad del siglo XIV se perpetúan tipos de casco de la etapa precedente (capellinas, capacetes) y se extiende el empleo del bacinete junto a tipos de yelmo de difícil definición. Frente al uso de las defensas de mallas en la etapa anterior, los inicios del siglo XIV asisten al uso de elementos metálicos de defensa del cuello (gorgueras), de brazos y, sobre todo, de piernas, aunque se seguirán combinando con las mallas hasta que, a fines del siglo, se utilice el arnés completo de metal (incluyendo el peto). A lo largo del siglo XIV, los perpuntes de protección del tronco se sustituyen por corazas de estopa de cáñamo con láminas metálicas y por otras defensas menos potentes como las *suellas*, *espalderas*, *iubetes*, jaques y jaquetas.

La lanza fue arma ofensiva fundamental de caballeros y lanceros; éstos utilizaron también azonas o dardos. Los ballesteros emplearon al menos cuatro tipos de ballestas diferentes (de estribo, de torno, de palanca y de *senfonía*). Se usaron también ampliamente espadas, puñales, alabardas y, en menor medida, hachas y mazas.

En el Aragón de la segunda mitad del siglo XIV se documentan tres tipos de máquinas de guerra de tipo neurobalístico: ingenios o *ginyes*, trabucos y cabritas. Los componentes serían semejantes pero la potencia variaría de unas a otras. Estas máquinas consiguen un mayor perfeccionamiento que en la etapa anterior. Desde alrededor de 1360 se introduce el armamento de pólvora, tanto en forma de bombardas como de armas portátiles (ballestas de trueno).

Anexo



Imagen 1: Techumbre de la catedral de Teruel (último tercio del siglo XIII): caballero con lorica y calzas de malla, espada, lanza, escudo y yelmo. Autor: Álvaro Cantos Carnicer.

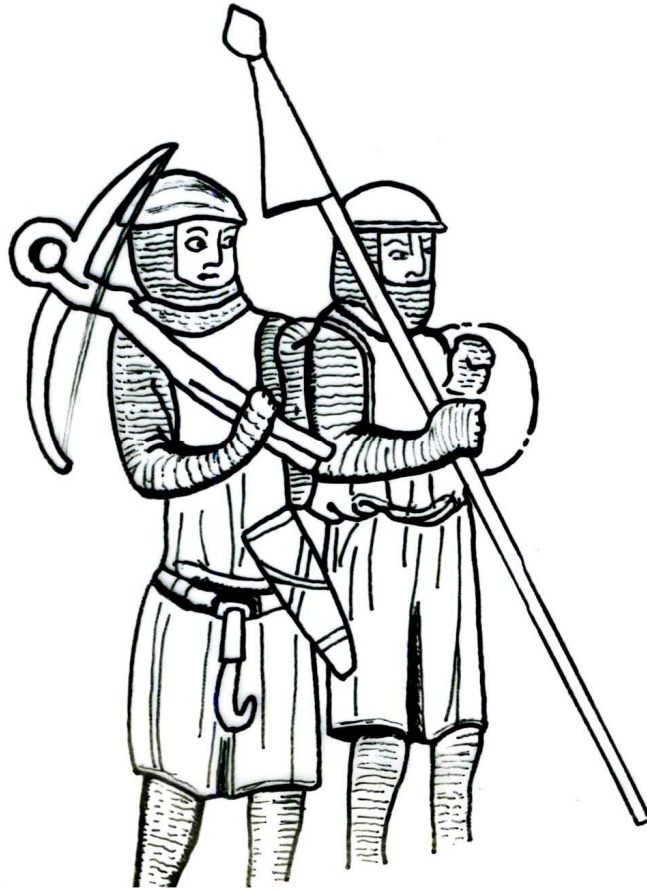


Imagen 2: Vidal Mayor (1276-1290): lancero (con broquel y lanza) y ballestero (con ballesta de estribo y gancho); llevan perpunte, loriga, calzas de malla, almófar y capacete o capellina. Autor: Álvaro Cantos Carnicer.



Imagen 3: Sepulcro de Ramón de Peralta y Espés (muerto en 1348), procedente del monasterio de Obarra (ahora en Grosvenor House, Londres). Viste loriga con almófar y guantes de malla; por encima, perpunte muy decorado; posibles grebas de hierro; espada y capellina. Autor: Álvaro Cantos Carnicer.

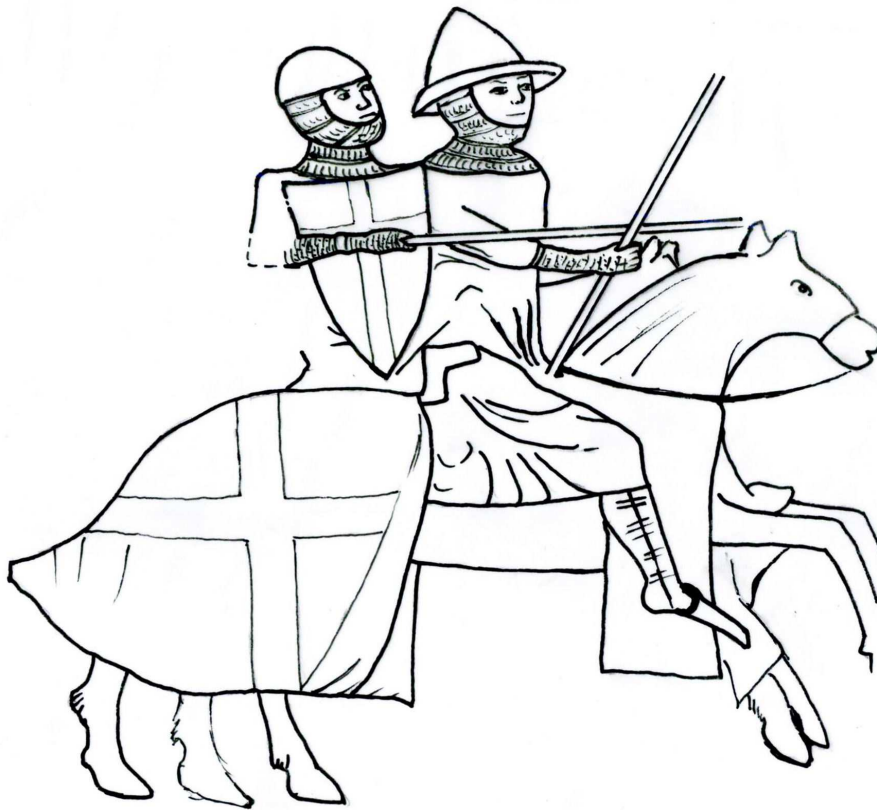


Imagen 4. Caballeros de la ermita de Santa Lucía de Sos (inicios del siglo XIV): cubren la cabeza con capellina (izquierda) y capacete (derecha); portan lanza y escudo; visten lorica y almófar, cubiertos por túnica, pero el de la derecha muestra ya grebas y escarpes de hierro. Autor: Álvaro Cantos Carnicer.



Imagen 5: Pinturas de la torre del homenaje del castillo de Alcañiz (1290-1310): caballeros con representaciones tempranas de escarpes, grebas y avambrazos de hierro; portan capellina y el de la izquierda una probable gorguera de malla. Autor: Álvaro Cantos Carnicer.

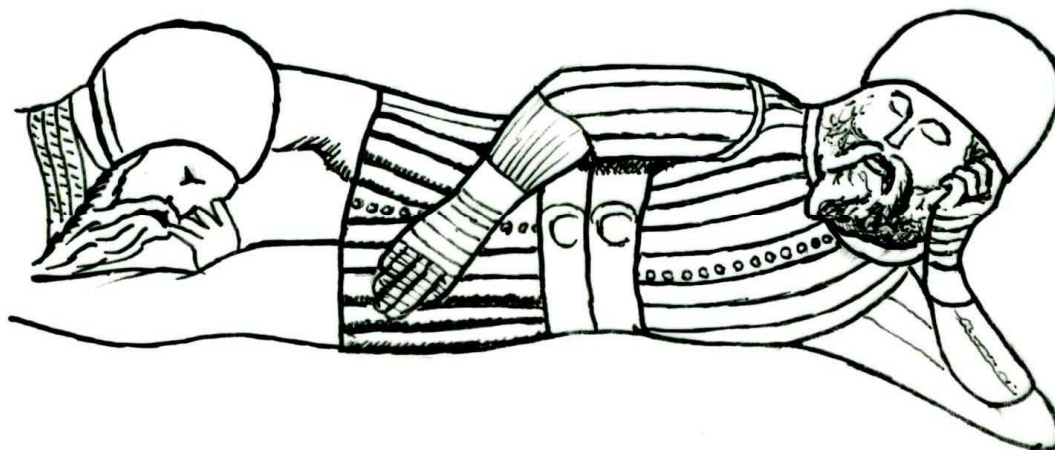


Imagen 6. Retablo de Santa María de Salas (h. 1366-1367): soldados de la escena de la Resurrección de Cristo. Llevan jaquetas acolchadas, guanteletes y bacinetes. Autor: Álvaro Cantos Carnicer.

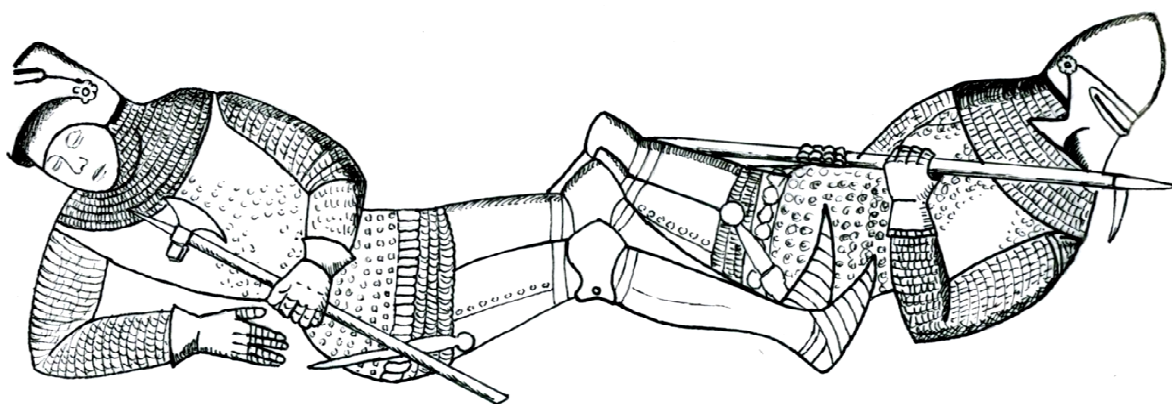


Imagen 7. Retablo de la Virgen de Sijena (1367-1381). Ambos guerreros visten coraza sobre loriga y llevan bacinetes con visera y almófar; presentan guanteletes y arnés de pierna metálicos; portan alabarda o venablo y puñal. Autor: Álvaro Cantos Carnicer.



Imagen 8. Lanceros del retablo de la Virgen de Sijena (1367-1381). El de la izquierda lleva jaqueta sobre loriga y el de la derecha coraza sobre loriga; llevan capacetes, guanteletes y grandes escudos o paveses. Autor: Álvaro Cantos Carnicer.



Imagen 9. Retablo de la Resurrección del Monasterio del Santo Sepulcro de Zaragoza (1381-1382). Derecha: guerrero con jaqueta acolchada, bacinete con visera y almófar, guanteletes y arnés metálico de pierna. Izquierda: guerrero con capacete, loriga cubierta por jaque, arnés metálico de pierna y pequeña alabarda. Autor: Álvaro Cantos Carnicer.



Imagen 10. Tabla de la Virgen de Tobed (1356-1359): Enrique de Trastámara viste jaque que cubre la loriga; arnés metálico de brazo y pierna; espada. Autor: Álvaro Cantos Carnicer.

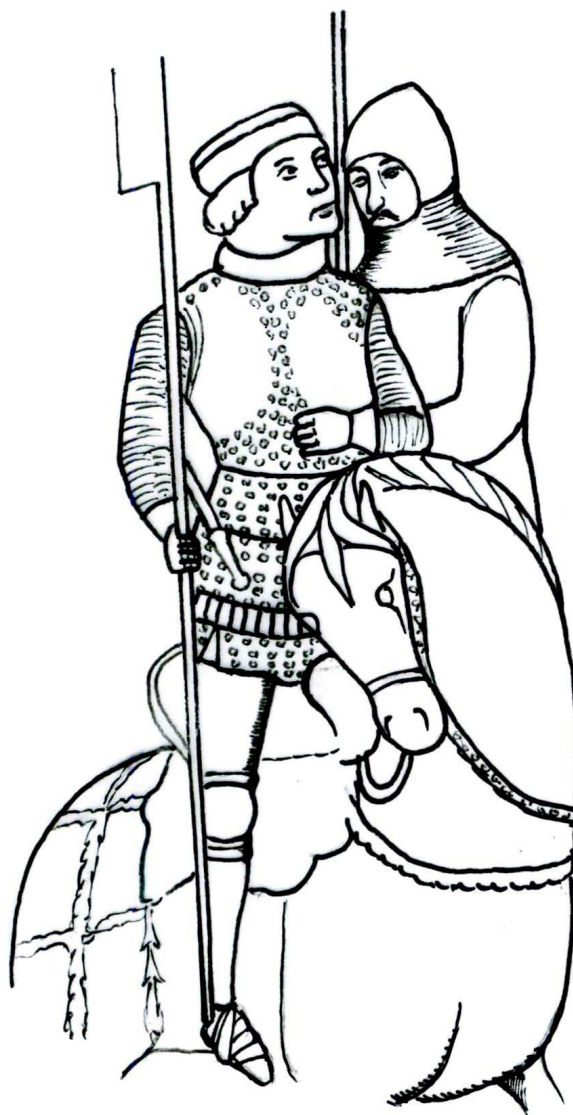


Imagen 11. Retablo de la Virgen de Sijena (1367-1381): caballero con lanza, arnés metálico de pierna, guanteletes y coraza; al fondo, caballero con bacinete y almófar. Autor: Álvaro Cantos Carnicer.

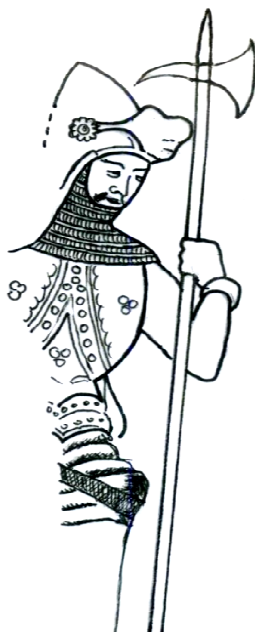


Imagen 12. Altar relicario del Monasterio de Piedra (hacia 1390): guerrero ataviado con arnés metálico; bacinete con visera; alabarda. Autor: Álvaro Cantos Carnicer.

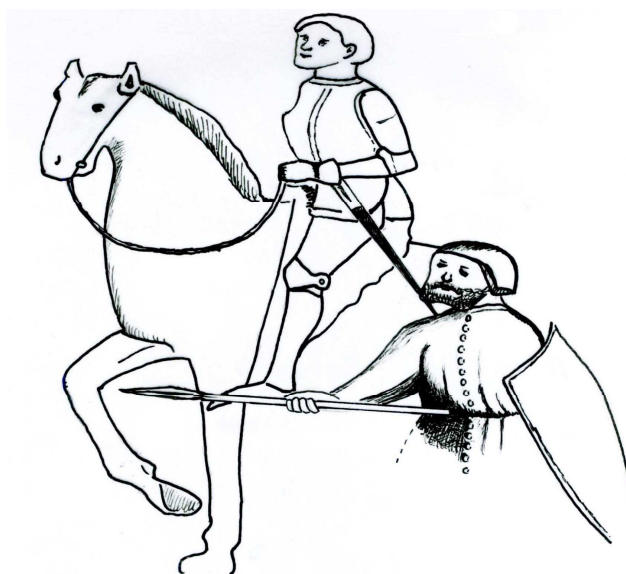


Imagen 13. Retablo de Nuestra Señora de los Ángeles de Longares (1391-1392): caballero con arnés metálico completo, salvo casco; a la derecha, lancero con bacinete y pavés. Autor: Álvaro Cantos Carnicer.

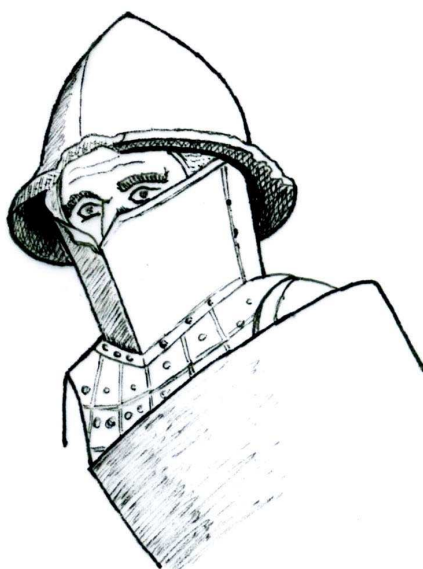


Imagen 14. Puerta Preciosa del claustro de la catedral de Pamplona (hacia 1350-1360): guerrero con capacete, gorguera rígida y coraza sobre loriga y almófar. Autor: Álvaro Cantos Carnicer.

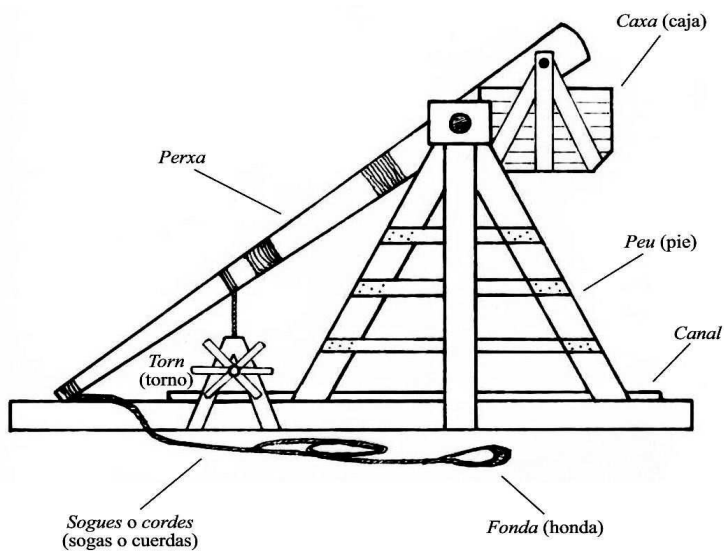


Imagen 15. Componentes de un ingenio o un trabuco (en catalán) según los inventarios de los castillos de Calatayud de 1371.

La diffusione delle armi da fuoco nel dominio visconteo (secolo XIV)

La difusión de las armas de fuego en el dominio de los Visconti (siglo XIV)

The Spread of Firearms in the Visconti's Lordship (14th Century)

Fabio Romanoni e Fabio Bargigia
Investigadores independientes

Riassunto: Si può in generale osservare che la storiografia militare italiana sull'età medievale abbia riservato pochissima attenzione alla storia delle armi: ed è in particolare possibile affermare che pochissimi – e per lo più invecchiati – sono gli studi disponibili sulla diffusione e l'uso, soprattutto per il Trecento, delle armi da fuoco in Italia. Eppure, analizzando in tal senso la documentazione disponibile per il dominio Visconteo, che fu senz'altro capace di mettere in campo eserciti imponenti, esse appaiono come una presenza prima crescente e poi costante tra le armi disponibili. Scopo del presente lavoro è quindi di colmare tale lacuna, proponendo una prima analisi sul problema, e mostrando la necessità di più ampi e organici lavori, per definire con maggior precisione gli ambiti, le tecniche, e i contesti in cui le armi da fuoco furono impiegate nell'Italia del XIV secolo.

Parole chiave: Storia Medievale, Storia Militare, Visconti, Armi, Armi da fuoco.

Resumen: La historiografía militar italiana sobre la Edad Media ha dedicado, en general, muy poca atención a la Historia del armamento y, en particular, a la difusión y el uso de las armas de fuego, especialmente durante el siglo XIV. Sin embargo, al analizar la documentación disponible para el dominio de los Visconti (ciudad y ducado de Milán), quienes fueron capaces de movilizar ejércitos imponentes, se observa que las armas de fuego fueron adquiriendo una importancia creciente entre los recursos armamentísticos empleados. Con este trabajo se pretende contribuir a completar la citada laguna historiográfica, proponiendo un primer análisis acerca de los ámbitos, las técnicas y los contextos en los que se emplearon armas de fuego en la Italia del siglo XIV y, en particular, en los territorios controlados por la Casa de los Visconti.

Palabras clave: Historia Medieval, Historia Militar, Visconti, Armamento, Armas de fuego.

Abstract: It may be generally observed that the military historiography about medieval Italy has been paying very little attention to the history of weapons; and it is in particular possible to say that the studies available on the diffusion and use of fire arms are very few –and mostly old– in Italy, especially

related to the 14th century. Yet, analyzing the documentation available for the Visconti domain, which was certainly capable of fielding massive armies, they appear as an increasing presence and then constant, among the various available weapons. The purpose of this work is, therefore, to fill this gap by proposing an initial analysis of the problem, and showing the need for wider and organic work, to define more precisely the scope, techniques, and contexts in which firearms were used in Italy during the fourteenth century.

Although it is true that there are reports of the use of this type of weapons in the Italic Peninsula from the earliest dates –specifically from 1326 in Florence and from 1327 in the Castle of Gassino– the exhaustive scrutiny of unpublished sources coming from the visconteo domain made by the authors, has allowed them to define the conditions in which the reception and diffusion of these important technical innovations took place in this territory.

Among the results derived from their research, it is possible to verify the use of artillery machines in both offensive and defensive operations. Nevertheless, the use of artillery was concentrated mainly in the defense of cities and fortified places only from 1350 on, while the spread of portable firearms began later. Indeed, the first examples of this instruments actual use of these instruments are dated in the middle of the 1360s. However, the reception and effective use of these weapons are two phenomena synchronous to the expansion of the artillery detonated with gunpowder and, in fact, as in the first case, its expansion took place, in its initial phase, around the control and the defense of fortifications. On the other hand, and beyond the technical level, it should also be noted that the manufacture and the commercialization of firearms was strongly directed from power, as it was the lord who had the authority to grant licenses of production of this type of armament.

Keywords: Medieval History, Military History, Visconti, Weapons, Firearms.

Para citar este artículo: Fabio ROMANONI y Fabio BARGIGIA: “La diffusione delle armi da fuoco nel dominio visconteo (secolo XIV)”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 6, N° 11 (2017), pp. 136-155.

Recibido: 05/12/2016

Aprobado: 22/05/2017

La diffusione delle armi da fuoco nel dominio visconteo (secolo xiv)

Fabio Romanoni

Investigador independiente

fabio.bargigia@hotmail.it

Fabio Bargigia

Investigador independiente

fabio.romanoni@libero.it

Come è stato scritto, “la storia militare [...] tende a ignorare il «mondo delle armi, del loro impiego, dei loro meccanismi ed effetti» mentre sarebbe raccomandabile che chi scrive di guerra avesse «un minimo di conoscenza concreta sugli strumenti della violenza»”.¹ Se simile considerazione è valida per ogni epoca, sarà subito evidente come –riferendosi in particolar modo alla storiografia militare sull’età medievale–² pochissima attenzione sia stata sinora dedicata alla storia delle armi.³ Lo studio che le riguarda, d’altra parte, e soprattutto in ambito italiano, è stato spesso basato –quando non è mancato del tutto– quasi esclusivamente su armi ed armature custodite in musei e collezioni private dove purtroppo i reperti precedenti al Quattrocento sono conservati in numero assai limitato, determinando una marcata rarefazione degli studi disponibili per i secoli precedenti.⁴

Le prime armi da fuoco e la storiografia militare italiana

Date tali premesse non dobbiamo stupirci se, accostandosi a un tema quale la nascita e lo sviluppo delle prime armi da fuoco nell’Italia del Trecento, ci si trovi costretti ad avventurarsi

¹ Aldo A. SETTIA: “Gli ‘strumenti della violenza’: storia militare e armamento medievale”, in Nicola LABANCA (a cura di), *Storie di guerre ed eserciti. Gli studi italiani di storia militare negli ultimi venticinque anni*, Milano, Unicopli, 2011, p. 222, che riprende e discute affermazioni di S. Audoin Rouzeu ed Annette BECKER: *La violenza, la crociata, il lutto. La grande guerra e la storia del Novecento*, Torino, Einaudi, 2002, p. 8 (qui nel virgolettato).

² Per cui si rimanda da ultimo, per una prospettiva italiana, a Fabio BARGIGIA: “Guerra e istituzioni militari nella storiografia italiana sul medioevo degli ultimi vent’anni”, in Nicola LABANCA (a cura di), op. cit., pp. 207-222.

³ Un repertorio degli studi disponibili –per quanto invecchiato e incompleto– che tenga per quanto possibile in conto anche la produzione storiografica italiana si può trovare in Fabio BARGIGIA, Aldo A. SETTIA: *La guerra nel medioevo*, Roma, Jouvence, 2006, pp. 121-136. Si veda anche Carlo DE VITA, Marco MERLO e Luca TOSIN: *Le armi antiche. Bibliografia ragionata nel Servizio Bibliotecario nazionale*, Roma, Gangemi, 2011, e in particolare –per il nostro tema– le pp. 77 ss.

⁴ Sarà utile punto di riferimento in proposito, da ultimo, il sopra citato Aldo SETTIA: “Gli ‘strumenti della violenza’...”, pp. 222-234.

in una bibliografia non certo cospicua e per lo più ormai decisamente datata. Inoltre alcune di queste opere, come gli studi del Cibrario⁵ o dell'Angelucci,⁶ e, molto più tardi, di Pasquali-Lasagni e Stefanelli,⁷ grazie alla vasta mole di notizie e documentazione eruditamente raccolta, mantengono ancor oggi un certo interesse; altre, invece, caratterizzate da un impianto più sintetico (ne sia esempio la monumentale *Storia della artiglieria Italiana* di Carlo Montù),⁸ risultano, per il medioevo, piuttosto generiche e obsolete.

E' comunque opportuno notare come, negli ultimi anni, l'interesse per lo studio delle armi da fuoco italiane pare mostrare segnali di un timido slancio, in particolare grazie agli studi di Giorgio Dondi sull'area piemontese⁹ e di Maurizio Mauro sulle Marche,¹⁰ ai lavori di Marco Merlo,¹¹ di Massimo della Giustina¹² e ai recentissimi volumi di Carlo Beltrame, Marco Morin e Rossella Scordato sulle artiglierie veneziane.¹³ Proprio tali ultimi scritti, tuttavia, prefiggendosi in particolar modo l'analisi e la preziosa catalogazione delle superstiti artiglierie veneziane, si trovano ancora una volta a esaminare per la maggior parte pezzi di epoca postmedievale, in parte confermando la tendenza sopra ravvisata.¹⁴

Sarà poi da chiedersi se non pesi sulla scarsa fortuna degli studi sulle prime artiglierie italiane anche la rigida suddivisione degli interessi e dei settori disciplinari tra medioevo ed epoca moderna. Essa da un lato induce chi si interessa alla prima a trascurare i primordi di un sistema d'arma che ebbe di fatto ruolo di prima importanza solo nell'epoca successiva; e dall'altro spinge chi si interessa alla seconda a riconoscere l'importanza dell'origine ed eredità dei

⁵ Luigi CIBRARIO: *Della qualità e dell'uso degli schioppi nell'anno 1347*, Torino, Stamperia Reale, 1844; IDEM: *Delle artiglierie dal MCCC al MDCC*, Lione, Luigi Perrin Tipografo, 1854.

⁶ Angelo ANGELUCCI: *Documenti inediti per la storia delle armi da fuoco italiane*, Torino, Tipografia G. Cassone e comp., 1869; IDEM: *Gli schioppettieri milanesi nel XV secolo*, Milano, Via S. Radegonda, 1865.

⁷ Alberto PASQUALI-LASAGNI ed Emilio STEFANELLI: "Note di storia dell'artiglieria dello stato della Chiesa nei secoli XIV e XV", *Archivio della Reale Deputazione Romana di Storia Patria*, LX (1937), pp. 149-190.

⁸ Carlo MONTÙ: *Storia della artiglieria italiana*, I, Roma, NBC, 1934.

⁹ Giorgio DONDI: "Il terzo documento sull'arma da fuoco in Europa", *Armi Antiche. Bollettino dell'Accademia di San Marciano*, 1997, pp. 31-44; IDEM: "Armi e armati alla guerra del Canavese (circa 1330-1350)", in Aldo Actis CAPOREALE (a cura di), *Il castellazzo di Caluso: idee per il recupero della fortezza*, Caluso, Regione Piemonte, 1999; Giorgio DONDI: "Le armi da fuoco all'epoca di Teodoro I di Monferrato", *Bollettino Storico-Bibliografico Subalpino*, CX (2012), pp. 569-588.

¹⁰ Maurizio MAURO (a cura di), *Antiche artiglierie nelle Marche, secc. XIV-XVI*, Ancona, Adriapress, 1989, VOL. I; IDEM, *Antiche artiglierie nelle Marche, secc. XIV-XVI*, Ancona, Adriapress, vol. II, 1990.

¹¹ Marco MERLO: "Teoria e pratica militare nel XV secolo: l'eques scoppiectarius nei manoscritti di Mariano Taccola e i primi archibugieri a cavallo", *Rivista di Studi Militari*, III (2014), pp. 47-70.

¹² Massimo DELLA GIUSTINA: "Un inedito del 1335 per la storia delle armi da fuoco nel Veneto", *Armi Antiche. Bollettino dell'Accademia di San Marciano*, 2014, pp. 49-60.

¹³ Carlo BELTRAME e Marco MORIN: *I canoni di Venezia. Artiglierie della Serenissima da fortezze e relitti*, Firenze, All'Insegna del Giglio, 2014; Carlo BELTRAME e Rossella SCORDATO: *I cannoni di Venezia. Artiglierie della Serenissima da relitti e collezioni in Italia, Israele, Malta e Spagna*, Firenze, All'Insegna del Giglio, 2016. Aggiungiamo, sebbene si interessi esclusivamente ai secoli successivi, l'interessante Walter PANCIERA: *Il governo delle artiglierie. Tecnologia bellica e istituzioni veneziane nel secondo Cinquecento*, Milano, Franco Angeli, 2005.

¹⁴ Cfr. sopra testo corrispondente alla n. 4.

secoli appena precedenti, senza però com'è ovvio indagare approfonditamente il tema alla luce della documentazione disponibile.¹⁵

Eppure, come è noto, alcune delle più antiche, e soprattutto sicure, attestazioni dell'uso di armi da fuoco in Europa sono italiane, come la “provvisione” del comune di Firenze del 1326¹⁶ o la posta di spesa registrata nei conti della castellania di Gassino del 1327.¹⁷ Ciò nonostante, anche a causa della difficile circolazione in ambito internazionale delle ricerche in lingua italiana, non solo la partita di conto piemontese è generalmente ignorata, ma, sia detto in generale, nelle opere di diversi studiosi stranieri, lo spazio dedicato alle armi da fuoco italiane è estremamente ridotto, e si limita per lo più a riprendere quanto già ampiamente noto. E tale dato desta ancor più stupore se raffrontato a quanto, negli ultimi anni, si è invece prodotto per altre regioni europee, come per esempio la Francia¹⁸ o il ducato di Borgogna,¹⁹ per le quali sono disponibili numerosi ed approfonditi lavori. Pesano forse su tale disinteresse le note affermazioni di Guicciardini sull'inferiorità delle artiglierie italiane rispetto a quelle francesi all'inizio delle guerre d'Italia: va tuttavia osservato che tali assunti furono a suo tempo smentiti dall'inglese Michael Mallet, per il quale «occorre rettificare l'immagine tradizionale di un divario gigantesco tra l'artiglieria di Carlo VIII e quelle esistenti in Italia»,²⁰ e in particolare a Venezia e Milano; inoltre «nell'uso degli schioppetti e degli archibugi gli Italiani erano assai avanzati rispetto ai Francesi».²¹

In ambito europeo sono quindi da tempo ben delineati, almeno in linea generale, i passaggi cronologici salienti della diffusione, sviluppo ed impiego delle armi da fuoco tra Tre e Quattrocento; essi, in assenza di analoghe analisi per il medioevo italiano, dovranno servire da quadro di riferimento per orientare anche i risultati delle nostre indagini, e mette conto dunque riassumerli qui brevemente: dalla loro prima apparizione nella seconda metà degli anni '20 del

¹⁵ Si può forse spiegare così, oltre che ovviamente con le inclinazioni e gli interessi propri a ciascuno studioso, la deliberata scelta di “escludere le armi da fuoco” dalla silloge sopra citata di A. SETTIA: “Gli ‘strumenti della violenza’...”, p. 227.

¹⁶ José-Federico FINÒ: “L'artillerie en France à la fin du moyen Age”, *Gladius*, XII (1974), 13-31.

¹⁷ G. DONDI: “Il terzo documento...”, p. 37.

¹⁸ Alain SALAMAGNE: “Le cannon et la fortification, 1380-1430”, in Jean-Marie CAUCHIES e Jacqueline GUISET (a cura di), *Du métier des armes à la vie de cour, de la forteresse au Château de séjour XIV-XVI siècles*, Turnhout, Brepols, 2005, pp. 17-35; Jean-Françoise BELHOSTE: “Fer et fonte”, *Nouveaux regards sur l'artillerie primitive, XIV-XV siècles*, Cahiers d'Études et de Recherches du Musée de l'Armée, IV (2008), pp. 157-182; Emmanuel DE CROUY-CHANEL: *Cannons médiévaux. Puissance de feu*, Paris, Rempart, 2010; Alain SALAMAGNE: “L'artillerie de la ville d'Arras en 1369”, in Nicolas PROUTEAU, Emmanuel DE CROUY-CHANEL e Nicolas FAUCHERRE (a cura di), *Artillerie et fortification, 1200-1600*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2011, pp. 49-60.

¹⁹ Claude GAIER: “Le rôle des armes à feu dans les batailles liégeoises au XV siècle”, *Publication du Centre Européen d'Études Bourguignonnes (XIV-XVI siècle)*, XXVI (1986), pp. 31-37; Robert Douglas SMITH e Kelly DE VRIES: *The artillery of the Dukes of Burgundy 1363-1477*, Woodbridge-Rochester, Boydell & Brewer, 2005.

²⁰ Michael MALLETT: *L'organizzazione militare di Venezia nel '400*, Roma, Jauvence, 1989, p. 116.

²¹ Michael MALLETT: “I condottieri nelle guerre d'Italia”, in *Condottieri nelle guerre d'Italia*, in Mario DEL TREPPO (cura di), *Condottieri e uomini d'arme nell'Italia del Rinascimento*, Napoli, Liguori Editore, 2001, p. 348.

XIV secolo, nell'arco di una ventina d'anni le nuove armi si diffusero rapidamente, con l'esclusione delle regioni più periferiche, in gran parte del continente europeo. Si trattava principalmente di pezzi di piccole dimensioni, poco efficaci e destinati principalmente alla difesa di località fortificate.²² Tuttavia, dal decennio 1360-70 il loro numero cominciò a crescere progressivamente, tanto che ormai quasi tutte le città e potenze europee disponevano di propri arsenali.²³ Contemporaneamente, le primitive armi a polvere pirica conobbero notevoli miglioramenti tecnici, non solo nelle loro caratteristiche costruttive, ma anche nel munizionamento e nella produzione di polvere da sparo, in particolare dopo gli anni '70 del Trecento.²⁴ In brevissimo tempo, tra il 1370 ed il 1380, cominciarono a giocare un ruolo di primaria importanza anche nelle operazioni di assedio, tanto che secondo Contamine,²⁵ gli anni intorno al 1380 segnano l'inizio del lento declino delle tradizionali artiglierie a leva.²⁶ Nello stesso periodo, le armi da fuoco iniziarono ad essere impiegate in scontri campali, come a Beverhoutsfeld nel 1382, ad Aljubarrota nel 1385 e nella battaglia di Castagnaro del 1387.²⁷

Crediamo quindi, sulla base di tali considerazioni, che una nuova e approfondita analisi delle ricche serie archivistiche conservate nella Penisola, sotto questo punto di vista in gran parte ancora da esplorare, potrà portare alla luce notizie inedite che permettano di rileggere e approfondire il fenomeno,²⁸ contribuendo tra l'altro a colmare il divario che al momento separa la storiografia militare italiana da quanto si scrive nel resto del continente. La presente ricerca intende pertanto muoversi in questa direzione, proponendosi, sulla base di documentazione in gran parte inedita, di esaminare lo sviluppo e le tipologie di armi da fuoco adottate nello "stato" visconteo.

I signori di Milano nel corso del XIV secolo furono pressoché costantemente in guerra, estendendo il loro dominio che, sotto il regno del primo duca, Gian Galeazzo, riuscì ad abbracciare l'intera Lombardia, il Piemonte orientale, gran parte dell'Emilia e del Veneto, oltre a Pisa, Siena, Perugia e Assisi. A tal fine la dinastia riuscì sempre a mobilitare grandi eserciti,

²² Philippe CONTAMINE: *La guerra nel Medioevo*, Bologna, Il Mulino, 2000, pp. 197-202; Kelly DE VRIES, Robert Douglas SMITH: *Medieval military technology*, Toronto, University of Toronto Press, 2012, pp. 137-141; Aldo A. SETTIA: «Grans cops se donnent les vassaulx». La battaglia di Gamenario (22 aprile 1345)", in Rinaldo COMBA (a cura di), *Gli Angiò nell'Italia Nord-Occidentale (1259-1382)*, Milano, Unicopli, 2006, pp. 182-183 (ora anche in A.A. SETTIA, *De re militari. Pratica e teoria della guerra medievale*, Roma, Viella, pp. 170-172).

²³ Ph. CONTAMINE: op. cit., p. 210; K. DE VRIES e R.D. SMITH: *Medieval military technology...*, pp. 137-141.

²⁴ Ibidem, pp. 147-154.

²⁵ Ph. CONTAMINE: *La guerra nel Medioevo...*, pp. 270-272.

²⁶ Germain BUTAUD: "Les deux sièges du Palais apostolique d'Avignon (1357-1392)", in Christiane RAYNAUD (a cura di), *Villes en guerre, XIV-XV siècles*, Aix-en-Provence, Publications de l'Université de Provence, 2008, pp. 103-126.

²⁷ Ph. CONTAMINE: *La guerra nel Medioevo...*, p. 276; K. DE VRIES e R.D. SMITH: *Medieval military technology...*, p. 144. Sulla battaglia di Castagnaro vedi: Gian Maria VARANINI e Francesco BIANCHI (a cura di), *La guerra Scaligero-Carrarese e la battaglia di Castagnaro (1387)*, Vicenza, Istituto per le ricerche di storia sociale e religiosa, 2015.

²⁸ Cfr., quale esempio della possibilità di nuove interessanti scoperte in archivio, Massimo DELLA GIUSTINA: op. cit.

probabilmente i più numerosi che si potevano vedere nella Penisola in quei decenni e che, a oggi, non risultano ancora adeguatamente studiati. Benché la documentazione di età viscontea, soprattutto a causa della perdita dell'archivio centrale della signoria, presenti ben note lacune, ci è parso di qualche interesse dar notizia di quanto rinvenuto negli archivi periferici del dominio, per quanto senza voler offrire una proposta esaustiva, ma una prima messa a punto che future ricerche potranno forse più approfonditamente sviluppare.

Schioppi e bombarde dalle prime attestazioni alla loro diffusione

E' probabile che già prima del 1341 armi da fuoco fossero presenti anche in area lombarda, dato che in tale anno il comune di Lucca retribuì due fabbri bresciani per aver realizzato un «cannone di ferro a tubo» e palle anch'esse in ferro.²⁹

Tuttavia la prima attestazione a oggi nota di ordigni a polvere pirica in un arsenale visconteo ci giunge dall'elenco delle munizioni del castello di Frassineto Po consegnate nel 1346 al nuovo castellano *Porolus Marliani*, dove compare infatti uno schioppo di ferro.³⁰ Come è stato evidenziato,³¹ tale documento presenta un'arma quasi "pionieristica": in primo luogo perché, come in altre fonti coeve, per indicare che lo strumento sparava verrettoni, viene utilizzato il verbo *discrocare*, termine senza dubbio più adatto ad una balestra, ma soprattutto perché, come abbiamo visto, il munizionamento dello schioppo era garantito da quarantatré verrettoni. Ciò non deve certo stupire, dal momento che le prime raffigurazioni di armi da fuoco presenti nei manoscritti inglesi di Walter de Milemete e realizzate tra il 1326 ed il 1327 raffigurano armi a polvere pirica che scagliano frecce o verrettoni e che a lungo, nel corso del Trecento, ordigni analoghi furono utilizzati per sparare tali proiettili, tanto che ancora nel 1377 il duca di Borgogna utilizzò munizioni simili contro le fortificazioni di Odruik.³²

Non è però possibile dire se tale schioppo sparasse solo verrettoni o fosse utilizzato anche per lanciare pallottole in ferro o - come più comunemente all'epoca - in piombo (come invece certo era possibile fare con quelli acquistati nel 1347-1348 per il castello di Lanzo) né se tale arma fosse dotata o no di cavalletto.³³

Disponendo, per tali decenni, di un numero ristretto di inventari di armi a munizione di luoghi fortificati, è difficile affidarsi su un'impressione ricavata, per così dire, *e silentio*. Possiamo tuttavia ipotizzare che i nuovi ordigni non dovevano essere ancora molto diffusi, dal momento che ne erano sprovvisti sia il castello di Vercelli nel 1346³⁴ sia la rocca di Castel San Giovanni nel

²⁹ Ph. CONTAMINE: *La guerra nel Medioevo...*, p. 200. Sempre da Brescia proveniva il Giovanni che nel 1358 realizzava schioppi a Treviso secondo DELLA GIUSTINA: op. cit., p. 51.

³⁰ A. ANGELUCCI: *Documenti inediti...*, doc. 3, pp. 16-22.

³¹ G. DONDI: *Le armi da fuoco...*, p. 574.

³² K. DE VRIES, R. D. SMITH: *Medieval military technology...*, pp. 140-141.

³³ G. DONDI: *Le armi da fuoco...*, pp. 575-577.

³⁴ A. ANGELUCCI: *Documenti inediti...*, doc. 2, pp. 12-15.

1345 e nel 1347.³⁵ D'altra parte, dal momento che anche nel resto d'Europa essi furono inizialmente impiegati per i soli difesa e attacco di città e luoghi fortificati, e che fino agli anni '80 del Trecento (con la sola eccezione della battaglia di Crécy del 1346) non furono impiegati in scontri campali, anche in Italia la maggior parte delle testimonianze di ambito visconteo sono legate alle dotazioni di luoghi fortificati.

Durante l'occupazione viscontea di Bologna, negli anni 1350-1354, le difese della città erano così dotate di diverse bombarde.³⁶ Nel 1358 un certo Raffaello da Cremona venne retribuito dal comune di Piacenza per aver allestito «certos s[c]ampnos et furnimenta sgioporum»,³⁷ mentre nel 1364 il castellano di Bergamo avvertì Bernabò Visconti del cattivo stato di mangani, balestre, schioppi e bombarde presenti nel suo castello.³⁸ Nel 1373 la cittadella di Vercelli era dotata di mangani e bombarde³⁹ e il castello di Casale di schioppi nel 1376,⁴⁰ mentre nel 1375, il comune di Borgo San Donnino (l'attuale Fidenza) acquistò due libbre di polvere per le bombarde del luogo.⁴¹

Negli stessi anni le armi da fuoco fanno la loro comparsa in occasione di assedi di castelli e centri urbani, con funzione offensiva e non più solo difensiva. Nel 1351, per esempio, il comune di Bologna acquistò cento libbre di polvere da bombarda per rifornire l'esercito visconteo che assediava Conselice. In tale occasione le nuove armi furono impiegate insieme con le tradizionali artiglierie a leva, visto che tra i diversi *magistri* retribuiti per aver preso parte alle operazioni nove si qualificarono come falegnami e due come fabbricatori di pietre da mangano, e che furono contemporaneamente acquistati, senza che nulla si possa dire del loro effettivo impiego, ben quattordicimila verrettoni.⁴² Secondo il cronista Matteo Grifoni, le bastite fatte realizzare nel 1360 da Bernabò Visconti, impegnato contro la città di Bologna, erano dotate di bombarde.⁴³ E nel 1373 il comune di Borgo San Donnino dovette inviare alcuni mantelletti ricoperti di ferro e sei schioppi alle forze viscontee che assediavano Castelnuovo Fogliani.⁴⁴

³⁵ Archivio di Stato di Piacenza [d'ora in avanti ASPc], Archivio Notarile, notaio Giovanni Guslini, cartella n. 67, cc. 107r-107v; cartella n. 68, c. 155v.

³⁶ C. MONTÙ: op. cit., p. 127.

³⁷ Archivio della Fabbrica del Duomo di Milano [AFDMi], Registri del Banco di Piacenza, Registro 1bis, c. 53v.

³⁸ Biblioteca Ambrosiana Milano [BAMi], Mss. I 26 suss.

³⁹ Iohannes DE MUSSIS: *Chronicon Placentinum ab anno 1230 usque ad annum 1402*, in *Rerum Italicarum Scriptores*, XVI, Mediolanum, 1730, coll. 515.

⁴⁰ Antonio ANGELINO: "Il castello di Casale alle origini e nel confronto tra comunità locale e principe", in Aldo A. SETTIA (a cura di), *Il castello di Casale Monferrato*, Casale Monferrato, Associazione Casalese Arte e Storia, 2001 (ed. or. 1995), pp. 27-52 (p. 39).

⁴¹ Angelo PEZZANA: *Storia della città di Parma*, Parma, Ducale Tipografia, 1837, v. I, p. 113.

⁴² Giulia LORENZONI: *Conquistare e governare la città. Forme di potere e istituzioni nel primo anno della signoria viscontea a Bologna (ottobre 1350-novembre 1351)*, Bologna, CLUEB, 2008, pp. 384-385.

⁴³ Il cronista riporta infatti che nell'attacco ad una delle bastite «unus iuvenulus, filius Chechi, fratris Docii Cimatoris fuisset percussus et mortuus de una bombarda inimicorum», vedi C. MONTÙ: op. cit., p. 129.

⁴⁴ A. PEZZANA: *Storia della città di Parma* ... p. 106.

Non stupisce tuttavia l'assenza di armi da fuoco in alcune grandi operazioni ossidionali viscontee come a esempio le operazioni contro Pavia del 1356-1359,⁴⁵ contro Mantova nel 1357 e nel 1368⁴⁶ o nell'assedio di Casale del 1370.⁴⁷ Segno evidente che ancora in tali anni, così come riscontrato in altre parti d'Europa, le nuove armi a polvere pirica non solo non erano ancora in grado di superare per prestazioni le tradizionali armi da getto, ma che probabilmente esse risultavano anche meno agevoli da trasportare e meno mobili a livello operativo. Va inoltre evidenziato che tali assedi, come avveniva generalmente nel Trecento italiano, si caratterizzavano maggiormente per la devastazione del territorio in cui si svolgevano e per il blocco statico delle località assediate piuttosto che per l'assalto alle strutture difensive: non a caso la prassi bellica allora vigente prevedeva la realizzazione di grandi accampamenti fortificati con opere di terra e legno detti "bastite",⁴⁸ all'interno dei quali potevano essere accampati centinaia di fanti e cavalieri. Si trattava quindi di un tipo di guerra in cui, verisimilmente, le armi da fuoco erano ancora più utili ai difensori che agli attaccanti.⁴⁹

Accanto a bombarde e schioppi da postazione, compaiono nei medesimi anni le prime armi a polvere pirica portatili: Bernabò Visconti reclutò 70 *archibuxoli* nel 1364⁵⁰ e ancora nel 1377, volendo muovere guerra contro Modena con i suoi mercenari inglesi, fece radunare a Cremona provvisionati da tutte le città del suo dominio, predisponendo in tal luogo grande quantità di *sagitaria* e polvere per schioppi (quindi presumibilmente maneschi) a essi destinati.⁵¹ Desta particolare interesse l'attestazione di fanti denominati *archibuxoli*: dal momento che l'archibugio si diffuse in Europa solo a partire dalla seconda metà del XV secolo, in tal caso il termine potrebbe indicare tiratori appiedati dotati di semplici schioppi. Tuttavia, dal momento che la notizia è tratta da un documento in originale, trascritto e dato alle stampe da un paleografo di grande abilità come Alfio Rosario Natale, ed è pertanto da ritenere autentico anche nell'impossibilità di verificare l'originale, oggi deperduto, ci troveremmo davanti a una delle più antiche testimonianze del termine "archibugio".⁵² Pur verisimilmente qui

⁴⁵ Fabio ROMANONI: "Come i Visconti asediavano Pavia. Assedi e operazioni militari intorno a Pavia dal 1356 al 1359", *Reti Medievali-Rivista*, VIII (2007), pp. 221-248.

⁴⁶ Isabella LAZZARINI: "La difesa della città. La definizione dell'identità urbana assediata in tempo di guerra e in tempo di pace (Mantova, 1357-1397)", *Reti Medievali-Rivista*, VIII (2007), pp. 307-336.

⁴⁷ Fabio ROMANONI: "Intrare vel exire non poterant nisi aves. L'assedio di Casale del 1370", *Monferrato Arte e Storia*, XXVI (2014), pp. 15-26 (p. 9).

⁴⁸ Sulle bastite vedi Aldo A. SETTIA: *L'illusione della sicurezza. Fortificazioni di rifugio nell'Italia medievale: "ricetti", "bastite", "cortine"*, Vercelli-Cuneo, Società storica vercellese, 2001, pp. 95-99.

⁴⁹ William CAFERRO: *John Hawkwood. An English mercenary in Fourteenth-Century Italy*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2006, pp. 83-84; F. ROMANONI: "Come i Visconti asediavano...", pp. 10-14.

⁵⁰ Alfio Rosario NATALE: "Per la storia dell'archivio Visconteo. Frammenti di un registro dell'archivio signorile (Reg. di Bernabò, a. 1364)", *Archivio Storico Lombardo*, CII (1976), doc. 27, p. 61.

⁵¹ Luigi OSIO: *Documenti diplomatici tratti dagli archivi milanesi*, Milano, Bernardoni di Giovanni, 1864, doc. 129, vol. I, pp. 191-192.

⁵² Meno affidabile è invece un'altra attestazione molto risalente dell'impiego di tale termine nella Penisola: secondo Annibale Bozzola, nel 1380, il parlamento di Monferrato dava mandato a una commissione di provvedere al pagamento delle guarnigioni di diversi mercenari, tra i quali compare anche un certo Paolo Ungaro con 15 "archibugieri", cfr. Annibale BOZZOLA: *Parlamento del Monferrato*, Bologna, Atti

utilizzato come sinonimo di *schiozzo*, e come del resto già ipotizzato dall'Angelucci,⁵³ esso sarebbe dunque un vocabolo di origine italiana, e non tedesca o fiamminga come invece generalmente ritenuto.⁵⁴

Romano di Lombardia nell'età di Gian Galeazzo

Preziose testimonianze, che permettono di seguire la crescente importanza delle armi a polvere pirica nei decenni appena successivi, ci giungono dagli inediti inventari delle munizioni conservate nelle due rocche di Romano di Lombardia, piccolo borgo della Bergamasca. Poiché alla nomina di ogni nuovo castellano il comune era tenuto a inviare al signore l'inventario di tutte le munizioni conservate nelle fortificazioni, è infatti possibile conoscere con un certo dettaglio la loro dotazione, e come essa venisse o no aggiornata nel corso degli anni.

Nel luglio del 1385, nella rocca grande di Romano, i due consoli del luogo, alla presenza del podestà e di altri testimoni, elencarono di fronte al nuovo castellano le armi di proprietà del comune presenti nella rocca. Omettendo l'elenco delle più tradizionali balestre, che, pur presenti in diversi modelli, sia "da tornio", cioè da postazione, sia manesche, esulano dai nostri interessi, ci limitiamo qui a riportare il seguente elenco di materiali:

Unum trebuchum in pede cum uno andegario bono et novo, et uno alio vetere, cum pertiche et cazafusto.

Item una franziam sive cazafustum alium veterem cum uno alio andegario fracto.

Item sclopos quatuor in scamptis fulzitos borellis IIII in eis pro trahendo.

Item borellas nonagintaseptem de ferro in uno cassetino pro predictis sclopis.

Item polvere a sclopis in una sedella et in uno sachello.

Item spinam unam ferri pro accendendo ignem in sclopis.

Item duos martellos longos in manicis pro cargando sclopos.

Item duos martellos grossos in manicis pro dando super ipsis longis. [così nel testo]

Item unum alium martellum grossum extra manichum.⁵⁵

delle Assemblee Costituzionali Italiane dal Medio Evo al 1831, 1926, p. 33. Il Bozzola trae la notizia dal De Conti (vd. Vincenzo DE CONTI: *Notizie storiche della città di Casale*, III, Casale, Tipografia Mantelli, 1839, p. 281); tuttavia nella trascrizione del De Conti non compare il termine "archibugio", ma leggiamo: «Paolo Ungaro con 15 arch. e Marino Ungaro con 11 arch.». È quindi possibile che, dato che si trattava in tal caso di mercenari ungheresi, "arch." indicasse semplicemente archi e non *archibugi*, come proposto da Bozzola. Purtroppo, la scomparsa del manoscritto dal quale, a sua volta, il De Conti ricavò l'informazione, non ci permette, per ora, di chiarire il problema.

⁵³ A. ANGELUCCI: *Gli schioppettieri milanesi...*, pp. 27-28.

⁵⁴ Cfr. per esempio *Il vocabolario Treccani della lingua italiana*, Roma, Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 2003, s.v.

⁵⁵ Archivio Storico del Comune di Romano di Lombardia [d'ora in avanti soltanto ASCRI], Consigli, n. 96, c. 72r.

Si può quindi riconoscere la presenza di un trabucco, dotato di «uno andegario⁵⁶ bono et novo», e di un secondo definito “vecchio”, e di una pertica e un *cazafustum* (probabilmente qui da intendere come la grande fionda in cui si adagiava il proiettile da lanciare).

Vi erano poi quattro schioppi *in scamptis* (forse da intendere come “scranni”, ovvero cavalletti) dotati di quattro *borellis*, presumibilmente una sorta di barelle «pro trahendo», ovvero per trasportare, dette armi, da distinguere dunque dalle novantasette *borellae* di ferro contenute in un’apposita cassetta, evidentemente semplici palle di ferro per il munizionamento.⁵⁷ Completavano la dotazione la polvere (contenuta in un secchio e in un sacchetto), una spina di ferro per la sua accensione, e quattro martelli, dei quali i due più lunghi erano impiegati per caricare le armi e gli altri due, di peso maggiore, necessari a colpire, nel caricamento, quelli più lunghi, e far correre così la palla in fondo all’ordigno. Tale sistema di caricamento si trova adottato infatti anche per le bombarde presenti nell’esercito pontificio operante in Romagna tra il 1358 ed il 1360: anche in questo caso vennero acquistati alcuni martelli di ferro «causa imprimendi palloctas in dictis bombardis», mentre altri furono posti «inter palutam et maccam [ovvero *asta*] de ferro quando percutitor paluta in bombardis».⁵⁸

Poco dopo gli stessi consoli elencarono anche al nuovo castellano della rocca minore di Romano le armi in dotazione alla seconda fortificazione:

Duos sclopos fulzitos.
Item unum martellum magnum.
Item unam travellam.
Item duos calcatores a sclopo.
Item borellas LXXXXVIII de fero a sclopis.
Item cassias duas veretonorum de ferro.⁵⁹

Si trattava quindi di una munizione del tutto simile a quella della rocca maggiore, benché in quantità minore e priva di artiglierie a leva.

Come si è senz’altro osservato, mancano in entrambi i casi indicazioni sia riguardo al calibro delle armi, sia sul materiale con il quale esse furono costruite; possiamo tuttavia ipotizzare che si trattasse di ordigni di un certo peso, visto che si appoggiavano su appositi cavalletti. Si tratta quindi di armi non dissimili –dal punto di vista costruttivo e del funzionamento– da quanto appare documentato, negli stessi anni, in diverse altre fortificazioni

⁵⁶ Il Sella identifica il termine *endegarium* come *gavitello* dell’ancora, vedi: Pietro SELLA: *Glossario latino emiliano*, Città del Vaticano, Biblioteca Apostolica Vaticana, 1937, p. 135. Tuttavia non ci è ben chiaro a quale parte del trabucco corrispondesse.

⁵⁷ IDEM: *Glossario latino italiano, Stato della Chiesa-Veneto-Abruzzi*, Città del Vaticano, Biblioteca Apostolica Vaticana, 1944, p. 76.

⁵⁸ A. PASQUALI-LASAGNI ed E. STEFANELLI: op. cit., p. 152. Un caso analogo, del 1382, è citato nel Senese in Daniele DE LUCA e Roberto FARINELLI: “Archi e balestre. Un approccio storico-archeologico alle armi da tiro nella Toscana meridionale (sec. XIII-XIV)”, *Archeologia medievale*, XXIX (2003), p. 24.

⁵⁹ ASCRI, Consigli, n. 96, c. 87v.

viscontee. Nel 1381 il comune di Vercelli acquistò ventun libbre di polvere per gli schioppi presenti nei castelli di Vercelli e Salussola;⁶⁰ nello stesso anno Gian Galeazzo ordinò che fosse aumentata la dotazione di schioppi nel castello di Voghera, e che i tre *sclopi* ivi presenti fossero dotati di cavalletti.⁶¹ Nel 1392 la cittadella di Vercelli era al contrario dotata di ben 101 schioppi,⁶² e nel 1400 il castello di Casale ne disponeva di dodici, tutti montati su panche.⁶³ Dovevano essere armi ormai così diffuse che nel 1386 il castellano di Castelnuovo Parmense lamentava le cattive condizioni della fortificazione, richiedendo l'invio di *sclopi* e *balete* perché l'opera né era del tutto priva.⁶⁴

Un'ulteriore considerazione merita invece, per Romano, la presenza di palle in ferro per il munizionamento, dato che a quell'epoca –in ambito europeo– si impiegavano preferibilmente proiettili in piombo, soprattutto a causa dell'alto costo del ferro. Tuttavia è possibile che l'apparente anomalia non fosse nel dominio visconteo poi così isolata, visto che nel 1398 il comune di Reggio Emilia acquistò centodue palle di ferro per gli schioppi presenti a Reggiolo⁶⁵ e tra le munizioni del castello di Casale Monferrato vi erano, nel 1400,⁶⁶ ben 363 «balotas feri pro sclopis». E' quindi da credere che qui l'abbondanza di centri specializzati nelle lavorazioni metallurgiche ne permettesse il facile rifornimento; inoltre, proiettili in ferro sono documentati anche altrove nell'Italia settentrionale. Solo per citare un caso, nel 1359 il Senato di Venezia assegnò una “paga morta” al fabbro Giacomo di Serravalle per aver realizzato a Castelfranco «sclopos et baleta fereas».⁶⁷

Come abbiamo visto, la rocca maggiore di Romano nel 1385 era dotata, accanto alle armi da fuoco, anche di un trabucco. Solo otto anni dopo, invece, nel 1393, erano intercorse alcune significative modifiche nella dotazione della fortificazione:

Primo perticham unam a trabucho sitam super trabibus aput canipam.
 Item franziam unam sive cazafustum [sive] Antegario.
 Item sclopos quatuor cum schampnis tribus.
 Item ballotas trigintaseptem ferri a sclopis.
 Item rochetas triginta.
 Item spinetam unam a sclopis.
 Item sedellam unam cum medietate pulveris a sclopis.
 Item sachetum unum a pulvere.
 Item martellum unum longum cum manicho pro cargando sclopos.

⁶⁰ A. ANGELUCCI: *Documenti inediti...*, doc. 5, p. 22.

⁶¹ Archivio Storico del Comune di Voghera [ASCVg], Registrum Litterarum II, c. 34r.

⁶² A. ANGELUCCI: *Documenti inediti...*, doc. 12, p. 26.

⁶³ A. ANGELINO: op. cit., p. 38.

⁶⁴ Biblioteca Palatina Parma [BPPr], Mss. Par. 553, c. 118r.

⁶⁵ Archivio di Stato di Reggio Emilia [d'ora in avanti ASRe], Archivio del Comune di Reggio, Massaria, Tesoreria e Computisteria, Registro dei Mandati n. 741.

⁶⁶ Archivio di Stato di Torino, Paesi, Paesi per A e per B, Casale, mazzo 18, fasc. 6, c. 71r.

⁶⁷ C. BELTRAME e M. MORIN: op. cit., p. 29.

Il trabucco era quindi scomparso, conservandosene soltanto una pertica (sita peraltro sulle travi presso la cantina della rocca) e «unam frangiam sive cazafustrum [sive] antegarium». Rimanevano invece i quattro schioppi già segnalati nel 1385. Saremmo dunque propensi a ritenere, a partire da tale dato, che le artiglierie tradizionali fossero state a questo punto soppiantate dalle nuove armi, anche se nel complesso sembrerebbe che il munizionamento della rocca fosse stato tenuto in quegli anni in cattivo stato. Uno degli schioppi non era più dotato di cavalletto, e la riserva di proiettili era scesa da novantasette a trentasette palle di ferro. Inoltre due balestre da tornio avevano le corde rotte, e risultavano rovinate altre sei balestre e alcune corazze, mentre quattro casse di verrettoni, impennati con carta, erano definite “vecchie”.⁶⁸ Migliore doveva invece essere la situazione della rocca minore del luogo, dato che nel 1395 era provvista delle stesse armi, e anche dello stesso numero di proiettili, registrato nel 1385 e tutto il materiale era in buono stato.⁶⁹

Se non abbiamo ulteriori informazioni sulle munizioni presenti nella rocca maggiore di Romano, altri dati sono invece disponibili per quella minore. Nel 1402 infatti fra le armi concesse dai consoli al nuovo castellano vi erano:

Primo sclopum unum a manibus.
 Item sclopos duos.
 Item bombardellam unam.
 Item martellum unum.
 Item calcadorum unum.
 Item trevellam unam.
 Item moyetas duas.
 Item ballotas quinque.
 Item borellas centum novem de ferro.⁷⁰

Non solo, dunque, il numero complessivo di armi da fuoco in dotazione alla rocca si era considerevolmente accresciuto, ma appare anche una maggiore ricchezza tipologica di ordigni: si affiancano così ai due schioppi presenti sin dal 1385 un pezzo di calibro maggiore, chiamato *bombardella*, e uno schioppo ad uso manesco. Dal documento siamo poi informati che era anche aumentata la riserva di munizioni, centonove *borellae* e cinque *ballotae* sempre in ferro. Né la presenza di armi simili in una località minore come Romano deve essere, per l'epoca presa in esame, vista come eccezionale: a titolo d'esempio, dotazioni analoghe sono documentate anche nella vicina Calvisano, le cui difese nel 1399 erano dotate di una *bombardella* e di polvere per schioppi.⁷¹

⁶⁸ ASCRI, Consigli, n. 97, cc. 13v-14r.

⁶⁹ ASCRI, Liber Litterarum, n. 127, c. 8r.

⁷⁰ ASCRI, Liber Litterarum, n. 127, c. 136v.

⁷¹ Archivio di Stato di Brescia, Archivio del Comune di Calvisano, Busta 5-11, c. 77v.

Il caso di Reggio e gli aspetti materiali

Le due rocche di Romano erano fortificazioni minori, situate in una località non particolarmente esposta a pericoli esterni e discretamente lontana dai confini del dominio, e forse per questa ragione furono a lungo dotate solo di grossi schioppi. Certo diversa doveva essere la situazione nelle fortificazioni maggiori, soprattutto se poste in aree direttamente interessate da operazioni belliche.

Ne sia esempio il caso di Reggio Emilia, sita in un'area di confine e, negli anni di Gian Galeazzo, al centro di numerose operazioni militari, dove, con il crescere delle informazioni disponibili, si fanno più precisi anche i dettagli sull'aspetto materiale e sul funzionamento dei nostri ordigni. Nel 1391 tale comune dovette provvedere alle spese necessarie all'invio di bombarde, palle in pietra e polvere necessarie a fortificare il luogo di Campagnola,⁷² mentre nel 1393 analoghi pezzi d'artiglieria furono posti presso il ponte di Dosolo.⁷³

L'anno successivo i capitani di Reggio consegnarono all'ufficiale deputato alle munizioni della cittadella di Reggio e a un *hubulco* della città, seicentodieci libbre minute di polvere, al conto di dodici once alla libbra (per un totale di oltre centonovanta chilogrammi),⁷⁴ per nove bombarde inviate da Brescello a Parma al fine di difendere le porte della città.⁷⁵ Nello stesso anno vennero inviate a Reggio quattro piccole bombarde «ferrate et ordinate cum tellariis» (cioè dotate di affusti), ancora per rafforzare le difese delle porte. Ogni pezzo doveva essere dotato di venticinque pietre, la cui grandezza doveva essere opportunamente indicata dal fabbro che li aveva realizzati, e di venticinque *cocozes*, ovvero una sorta di tappi in legno destinati a isolare, durante il caricamento, la polvere da sparo accumulata nella camera di scoppio dal proiettile, posto invece nella tromba del pezzo d'artiglieria. Completavano la dotazione quattro pali di ferro «pro onerando ipsas bombardas», ovvero per caricarle, ognuno dei quali pesava diciotto libbre (poco meno di quindici chilogrammi), e che dovevano essere «rotondi ab uno capite et incidentes ad alio» e quattro barili di polvere della capacità di tre *penxe* l'uno (circa ventidue chilogrammi).⁷⁶

Contemporaneamente vennero inviate altre quattro bombarde, di mole maggiore, in altre fortificazioni, due alla rocca di Cavriago e due in quella di Albinea. Anche ciascuna di esse era dotata di venticinque palle in pietra e pari numero di *cocozes*, oltre che dei pali di ferro utili al loro caricamento, del tutto identici a quelli inviati a Reggio ma del peso di venticinque libbre ciascuno (poco meno di venti chilogrammi). Ognuna delle due rocche ricevette anche un barile contenente sei *penxe* di polvere.

⁷² ASRe, Archivio del Comune di Reggio, Consigli, Recapiti alle Riformagioni, 1391.

⁷³ ASRe, Archivio del Comune di Reggio, Carteggi, Registri, Decreti e Lettere, n. 638.

⁷⁴ L'Oncia milanese (nella documentazione viscontea vengono quasi sempre utilizzata le unità di misura di Milano) equivale a 0,027233 Kg. Cfr. Luciana FRANGIONI: *Milano e le sue misure. Appunti di metrologia lombarda fra Tre e Quattrocento*, Napoli, Edizioni Scintifiche Italiane, 1992, p. 44.

⁷⁵ ASRe, Archivio del Comune di Reggio, Consigli, Recapiti alle Riformagioni, 1393-1397, c. 2r, c. 69r.

⁷⁶ La *penxa*, "pesa", equivaleva a 7,625171 Kg, vedi: L. FRANGIONI: op. cit., p. 44.

Nel 1396 il duca inviò, come periodicamente accadeva in tutti i centri del dominio, il collaterale generale Lodrisio Crivelli e il capitano della cittadella di Pavia Bartolomeo Cermisone a visitare le fortificazioni del distretto di Reggio per verificarne lo stato in cui versavano.⁷⁷ Alla visita seguì ovviamente una relazione nella quale si indicavano gli interventi edilizi e la quantità di munizioni necessarie a ogni fortificazione. Il castello di Albinea avrebbe dovuto così essere dotato, tra l'altro, di una bombarda capace di sparare pietre del peso di trenta libbre e di una più piccola, i cui proiettili pesassero invece venti libbre. Ognuno di esse andava poi dotata di quattro *penxe* di polvere e venticinque *lapides*. Identica dotazione avrebbe dovuto essere inviata anche alle rocche di Gesso, Canossa e Bianello.

Purtroppo non abbiamo molte informazioni sui calibri delle bocche da fuoco adottati in quegli anni, tuttavia, almeno nei casi esposti, si ha l'impressione di pezzi di non eccezionale grandezza, dotati di buone riserve di polvere da sparo e di un numero limitato di proiettili, la cui quantità tuttavia, dato l'esclusivo impiego di palle lapidee, poteva essere facilmente aumentata in caso di reale necessità. Prova della non eccessiva mole dei pezzi utilizzati in quei decenni, ci giungono anche dalla quantità di animali utilizzati per il loro trasporto. Se nel 1382 un solo *bubulco* trasportò da Pavia a Vercelli due bombarde,⁷⁸ nel 1391 il comune di Reggio Emilia inviò alcuni pezzi (nel registro non è riportato purtroppo il loro numero, certo comunque superiore all'unità) nel luogo detto Campagnola con soli due carri,⁷⁹ mentre nel 1395 Gian Galeazzo ordinò che una bombarda e tutto il relativo equipaggiamento, fosse inviata da Pavia ad Asti con un carro trainato da due paia di buoi.⁸⁰

Desti invece particolare interesse, nella relazione reggiana del 1396⁸¹ il tentativo di uniformare i calibri dotando le fortificazioni solo di bocche da fuoco rispettivamente da venti oppure da trenta libbre. Lacune nella documentazione non ci permettono, per ora, di verificare se si trattò di un tentativo isolato o se invece l'amministrazione viscontea tentò di perseguire l'obiettivo in un ambito più vasto. Possiamo comunque osservare che già nel 1390 il maestro generale delle entrate viscontee Niccolò Diversi si accordò con Bartolomeo detto *Pizininus*, sindaco e console del comune di Canossa, per la fornitura di quattrocento palle. Tali proiettili dovevano essere prodotti in sole due misure, in base alla volontà di Niccolò, e le *lapides* più grandi sarebbero state pagate dieci soldi l'una, mentre quelle minori quattro soldi.⁸²

Un gran numero di armi da fuoco fu utilizzato durante la guerra contro i Gonzaga del 1397. Nell'aprile di quell'anno, il comune di Reggio dovette provvedere alle spese per l'allestimento di una batteria di bombarde di proprietà del duca impegnate a colpire il battifredo di Reggiolo.⁸³ Se non abbiamo indicazioni sul peso delle bocche da fuoco, tuttavia

⁷⁷ ASRe, Archivio del Comune di Reggio, Consigli, recapiti alle Riformagioni, 1394-1397.

⁷⁸ Archivio Storico del Comune di Vercelli [di qui in poi ASCVc], Libro di Bollette e Mandati 1381-1384.

⁷⁹ ASRe, Archivio del Comune di Reggio, Consigli, Recapiti alle Riformagioni, 1391.

⁸⁰ Archivio Storico Civico Pavia [ASCPv], Lettere Ducali, n. 11, c. 11.

⁸¹ Cit. sopra alla nota 74.

⁸² ASRe, Archivio del Comune di Reggio, Provvigioni.

⁸³ ASRe, Archivio del Comune di Reggio, Archivio del Comune di Reggio, Massaria, Tesoreria e Computistica, Registro dei Mandati, n. 741.

possiamo osservare che si doveva trattare di pezzi di vario calibro. Il fabbro Giacobino *de Soragna* di Reggio fu infatti pagato per aver fornito *ligae* e chiavi di ferro del peso di quindici libbre per la *salla*⁸⁴ di un bombardarda ducale. Tali *ligae* di ferro dovevano essere verisimilmente fasce metalliche utilizzate per fissare il pezzo al proprio affusto. Similmente, infatti, tra i registri pontifici delle spese dell'esercito della Chiesa operante in Romagna nel 1358, troviamo riportate alcune spese «pro ligatura» degli ordigni «in dictis cippis». ⁸⁵ Per una seconda bombardarda dovette fornire quattro *ligae* e ventisei chiavi di ferro del peso di trentotto libbre e una chiave grossa del peso di tredici libbre e mezza per una terza.

Giacobino realizzò poi due pali di ferro del peso di sessantaquattro libbre per caricare le armi e una *canichia* in ferro del peso di sette libbre e fu anche pagato «pro agutis feri», cioè chiodi,⁸⁶ in numero di quaranta e dal considerevole peso di sessanta libbre (circa quarantacinque chilogrammi). Fornì inoltre dodici martelli - d'acciaio e non di ferro - per realizzare proiettili in pietra, e quattro mazzole anch'esse d'acciaio, oltre a essere retribuito «pro agochiis tredecim feri [...] pro pichiando lapides a bombardis», in questo caso da intendere quindi come scalpelli. Il fabbro non fu solo incaricato di fornire attrezzi necessari al funzionamento dei pezzi d'artiglieria, ma si occupò anche del loro montaggio e della manutenzione, dato che fu anche retribuito «pro forando» una delle bocche da fuoco. Come abbiamo visto, la fonte è ricca di diversi termini latini, certamente riferiti a diversi oggetti, ma non sempre di facile interpretazione: ci può in tal caso soccorrere, almeno in parte, il confronto con un documento in volgare del 1384, che accompagnò una bombardarda consegnata alla comunità di Riva del Garda, allora controllata dagli Scaligeri.⁸⁷ Analogamente ai pezzi presenti a Reggiolo, quello di Riva era dotato di una grande *chiava* di ferro, utilizzata «pro inchiavaro la dicta bombardarda entro el dicto tenero», cioè per assicurarla all'affusto. Inoltre l'arma di Riva era provvista di tre *canicle*, una in chiave con il sostegno e con le rimamenti due, delle quali, una era utilizzata come timone, e l'altra «per levaro e per arbassaro el dicto tenero de la dicta bombardarda», e quindi una sorta di leva per alzare o abbassare il teniere.

Impiego e produzione

Se il fatto di Reggiolo fu una delle operazioni minori condotte dalle forze viscontee contro i signori di Mantova, maggior dispiegamento di bocche da fuoco avvenne nel teatro principale degli scontri. Nel giugno del 1397 Gian Galeazzo inviò Enrico di Caresana a Mirandola a discutere con Spinetta Pico quale fosse il miglior itinerario per far transitare i

⁸⁴ Poco chiaro rimane, per ora, questo termine: nel latino medievale emiliano il termine *sala* poteva essere utilizzato per indicare «la sala della ruota del carro», vedi: P. SELLA: *Glossario latino emiliano...*, p. 303. Nell'italiano corrente può significare: «in carri e carrozze, asse delle ruote, legno o ferro che entra nel mozzo e intorno al quale la ruota gira», vedi: Nicola ZINGARELLI: *Vocabolario della lingua italiana*, Roma, Zanichelli, 1986, s.v.

⁸⁵ A. PASQUALI-LASAGNI ed E. STEFANELLI: op. cit., p. 152.

⁸⁶ P. SELLA: *Glossario latino emiliano...*, p. 5.

⁸⁷ Archivio Storico del Comune di Riva del Garda, XII.1/1.2

numerosi carri delle vettovaglie e le bombarde dal campo di Dosolo fino a Revere.⁸⁸ Gli uomini del duca di Milano assediaron poi Borgoforte con numerose artiglierie, mentre il ponte fortificato sul Po, presidiato anch'esso da analoghe armi e balestrieri dei Gonzaga, fu fatto distruggere, secondo i Gatari, da Iacopo dal Verme mediante l'utilizzo di una zattera riempita di vasi di pece e di polvere da sparo.⁸⁹

L'utilizzo di barche o zattere incendiare contro i ponti fortificati era una delle tecniche maggiormente documentate nell'Italia padana fin dal XII secolo,⁹⁰ mentre sarebbe qui eccezionale l'impiego, insieme con i più tradizionali vasi di pece ed al legname, della polvere da sparo. Tuttavia nella breve lettera inviata il 14 luglio dallo stesso Iacopo dal Verme, presente al campo, al podestà di Reggio, con la quale dava notizia della distruzione del ponte, il condottiero non menzionò in alcun modo l'utilizzo della polvere pirica per la distruzione del manufatto, ma si limitò a parlare di edifici incendiari lasciati condurre, con il vento favorevole, contro il ponte.⁹¹

Dopo la presa di Borgoforte, l'esercito visconteo utilizzò di nuovo bombarde, questa volta accompagnate dai più tradizionali mangani, anche nell'assedio di Governolo. Prove della grande disponibilità di armi da fuoco tra le file degli uomini del duca di Milano, si hanno infine dal lungo elenco del bottino catturato dai Gonzaga e dai loro alleati dopo che l'esercito di Gian Galeazzo dovette ritirarsi dal Serraglio di Mantova. Secondo i Gatari infatti i Viscontei persero in quell'occasione ventidue bombarde grosse e quarantasei mezzane, oltre a tutte quelle che erano installate sui galeoni della loro flotta.⁹² Si trattava certamente di un numero notevole per l'epoca, prova delle grandi risorse impegnate da Gian Galeazzo per la campagna, ma ciò che più conta è che, pochi mesi dopo la rotta, il duca riuscì ad inviare contro Mantova un nuovo e più fortunato esercito, anch'esso dotato di numerose bocche da fuoco. Va infine osservato che tali armi erano ormai, in quegli anni, tanto diffuse che perfino la flotta fluviale fu dotata di tali strumenti, dato che abbiamo testimonianza di bombarde presenti sia sui galeoni viscontei sia sulle imbarcazioni veneziane che operavano in aiuto dei Gonzaga.⁹³ Senza dimenticare che, dato il peso delle armi da fuoco e del loro munizionamento, verisimilmente, anche qui, come altrove, le navi furono utilizzate anche per il trasporto di tali ordigni.

Schioppi e bombarde erano ormai presenti anche in arsenali privati: nel 1381⁹⁴ i Fulgosi possedevano due «schiopi seu bombarde» nel proprio castello di Diolo nel Piacentino. E nel

⁸⁸ Ingranno BRATTI: *Cronaca della Mirandola, dei figli di Manfredo e della corte di Quarantola. Scritta da Ingranno Bratti e continuata da Battista Papazzoni*, Mirandola, Tipografia di Gaetano Cagarelli, 1872, pp. 79-81.

⁸⁹ Galeazzo GATARI: *Cronaca carrarese confrontata con la redazione di Andrea Gatari, AA. 1318-1405: Cronaca Carrarese di Galeazzo, Bartolomeo e Andrea Gatari. Glossario*, Citta di Castello, Tipi della casa editrice S. Lapi, 1929, pp. 454-455.

⁹⁰ Fabio ROMANONI: "Guerra e navi sui fiumi dell'Italia settentrionale (secoli XII-XIV)", *Archivio Storico Lombardo*, CXXXIV (2008), pp. 11-20 (14-16).

⁹¹ ASRe, Archivio del Comune di Reggio, Carteggi, Carteggio del Reggimento, Senza data, c. 3.

⁹² G. GATARI: op. cit., pp. 46-463.

⁹³ I. LAZZARINI: "La difesa della città...", p. 25.

⁹⁴ ASPc, Archivio Notarile, notaio Ludovico Malpiedi, cart. 257.

1391⁹⁵ Gian Galeazzo concesse al vescovo di Pavia il permesso di inviare, senza pagare alcun dazio, alla rocca di Portalbera (feudo del presule) diverso materiale necessario alla difesa del luogo, tra cui ben due bombarde, insieme con un sacco di polvere da sparo.⁹⁶ Contemporaneamente, in caso di pericolo, erano spesso le stesse autorità locali viscontee a rifornire di armi da fuoco i castelli degli aristocratici aderenti alla dinastia milanese. Nel 1394⁹⁷ Gian Galeazzo ordinò che i capitani di Reggio consegnassero a Giacomo da Fogliano 1.140 libbre minute di polvere da bombarda, 2.480 verrettoni, diciannove libbre di stoppini e due bombarde, una piccola e una maggiore (entrambe «signatae super bocha» con tre numeri “3” alternati a punti).⁹⁸ Nel 1399, il podestà di Vercelli concesse ad Antonio Avogadro di Collobiano duecento verrettoni e sette libbre di polvere da schioppo.⁹⁹ Non solo quindi tali armi erano presenti anche nei castelli di molte importanti famiglie aristocratiche, ma evidentemente doveva essere ormai possibile reperire ovunque personale in grado di poterle far funzionare. Perfino le bellicose fazioni bergamasche, perennemente in lotta fra di loro, riuscirono a disporre di armi da fuoco: nel 1393 Giacomo Avogadro di Brescia mosse in aiuto dei guelfi bergamaschi con, oltre a quattrocento fanti e cinquanta cavalieri, seimila verrettoni e due bombarde e, nel 1399, i guelfi delle montagne bergamasche attaccarono i ghibellini nella torre di Albino con almeno undici bocche da fuoco e un mangano.¹⁰⁰

Evidentemente erano ormai così diffuse che, l'8 febbraio del 1393, Gian Galeazzo scrisse al podestà di Vicenza ordinandogli che nessuno osasse far realizzare bombarde, sia grandi sia piccole, senza la sua speciale licenza siglata dai maestri delle entrate Niccolò Diversi e Milano Malabarba.¹⁰¹ Lo stesso giorno scrisse anche al podestà ed al referendario di Tortona,¹⁰² decretando che a nessuno fosse permesso esportarne al di fuori dal suo dominio senza la sua speciale licenza, siglata dai maestri alle entrate. Se non è difficile ipotizzare che *litterae* analoghe, benché non ce ne siano giunte copie, furono inviate anche ad altri comuni, interessa soprattutto qui rilevare come, diversamente da quanto prescritto a Vicenza, a Tortona si fece divieto di esportare armi da fuoco. E' possibile che solo in tale città vi fosse carenza di personale adatto alla loro fabbricazione.

Eppure, quasi ovunque abbiamo notizia di artigiani addetti alla loro realizzazione. Come abbiamo visto, già nel 1358 a Piacenza Raffaello da Cremona produceva schioppi. Nel 1384 Ruggero Cane affittò alcuni fondi a Poviglio, nel territorio di Parma, al *magister a scolpis*

⁹⁵ BBPv, Mss. A II 35.

⁹⁶ Biblioteca Bonetta Pavia [D'ora in avanti BBPv], Mss. A II 35.

⁹⁷ ASRe, Archivio del Comune di Reggio, Consigli, recapiti alle Riformagioni, 1394-1397, c. 79r.

⁹⁸ Anche le bocche da fuoco borgognone erano spesso dotate di marchi geometrici, forse, in alcuni casi, potevano essere marchi identificativi dei produttori delle stesse armi da fuoco, vedi: R. D. SMITH e K. DE VRIES: *The artillery of the Dukes...*, pp. 242-243.

⁹⁹ ASCVc, Libro di Bollette, 1399-1400.

¹⁰⁰ Carlo CAPASSO (a cura di), *Chronicon Bergomense guelpho-ghibellinum ab anno MCCCLXXVII usque ad annum MCCCCVII, Rerum Italicarum Scriptores*², XV/2, Bologna, N. Zanichelli, 1926-1940, pp. 50 e 78-79.

¹⁰¹ Biblioteca Civica Bertoliniana di Vicenza, Archivio di Torre, Reg. 777, c. 116r.

¹⁰² Archivio della Curia Vescovile di Tortona, Codice Opizzoni, Mss. E 342, c. 185v.

Giovanni da Fiorenzuola.¹⁰³ Nel 1391 il comune di Vercelli pagò i *magistri Ferrarius* e Bartolomeo *de Nagio* per la fornitura di palle «et aliis artificijs» per bombarde e schioppi,¹⁰⁴ e nello stesso anno Gian Galeazzo concesse al *magister* Anrico *Carpt*, forse tedesco, il permesso di andare da Milano a Bergamo con i suoi utensili per fabbricare bombarde senza pagare alcun dazio.¹⁰⁵ In occasione della guerra contro Mantova del 1397, Gian Galeazzo ordinò al podestà ed al referendario di Reggio di mobilitare tutti i *magistri a bombardis* esistenti in città e nel distretto,¹⁰⁶ mentre entro le mura già operavano i maestri *Zerbinus* ed Antonio *de Sarzana*.¹⁰⁷ E' comunque possibile che una parte dei *magistri* mobilitati a Reggio non fossero artigiani specializzati, ma artiglieri professionisti,¹⁰⁸ come il maestro Giovanni *de Burgo Santi Sepulcri* che, insieme con l'ingegnere Arasmolo *de Villa*, fu inviato da Milano all'esercito operante contro i bolognesi nel 1390.¹⁰⁹

Conclusioni

Come evidenziato da Kelly Devries e Robert Douglas Smith,¹¹⁰ la diffusione delle armi da fuoco in Europa fu a lungo frenata dalla limitata produzione di salnitro, e solo dagli anni '70 del Trecento, grazie alla sperimentazione di nuovi metodi di produzione, si riuscì a supplire a una tale carenza. Nel 1380, l'ambasciatore veneziano a Milano Pietro Cornaro riuscì ad inviare a Venezia, allora impegnata nella guerra di Chioggia, grandi quantità di armi e salnitro, anche se in alcune occasioni, come per esempio nell'aprile di quell'anno, dovette informare la Signoria che era riuscito ad acquistare solo centosessantacinque libbre di salnitro, perché i signori di Milano avevano già riservato tutto quello disponibile alle necessità del loro esercito.¹¹¹

Milano, in quegli anni, era uno dei maggiori centri manifatturieri d'Europa, specializzata nella realizzazione di armi ed armature. Non dobbiamo quindi stupirci se la città riuscisse non solo a soddisfare la propria richiesta interna, ma anche ad esportare grandi partite di armamenti; tuttavia, evidentemente, la disponibilità interna di salnitro, almeno in momenti di particolare necessità, non era tale da poter garantire sempre un regolare flusso di esportazioni. Nel 1388 Gian Galeazzo scrisse al podestà e al referendario di Parma ordinandogli

¹⁰³ Archivio di Stato di Parma, Archivio Notarile, notaio Pietro del Sale, filza n. 9.

¹⁰⁴ A. ANGELUCCI: *Documenti inediti...*, doc. 9, p. 24.

¹⁰⁵ BBPv, Mss. A II 35, c. 103r.

¹⁰⁶ ASRe, Archivio del Comune di Reggio, Carteggi, Carteggio del Reggimento, 1397.

¹⁰⁷ ASRe, Archivio del Comune di Reggio, Massaria, Tesoreria e Computisteria, Registro del Conto Generale, 1396-1399.

¹⁰⁸ Non è sempre facile comprendere, nelle fonti medievali, la differenza tra i *magistri* incaricati della realizzazione delle bocche da fuoco e quelli che provvedevano al loro funzionamento, anche se spesso le due figure si equivalevano, sul problema vedi Paul BENOIT: "Artisans ou combattants? Les Cannoniers dans le royaume de France à la fin du Moyen Age", in *Le combattant au moyen âge*, Société des Historiens Médiévistes de l'Enseignement Supérieur Public, Paris 1995, pp. 287-296.

¹⁰⁹ C. Montù: op. cit., p. 113.

¹¹⁰ R. D. SMITH e K. DE VRIES: *Medieval military technology...*, p. 152.

¹¹¹ Vittorio LAZZARINI (ed.): *Dispacci di Pietro Cornaro ambasciatore a Milano durante la guerra di Chioggia*, Venezia, R. Diputazione Veneta di Storia Patria, 1939, doc. 52, p. 60.

che, senza la sua particolare licenza, fosse vietato esportare salnitro e polvere da schioppo.¹¹² Nel gennaio del 1399 il duca nominava *Zambelinus de Bernardigio* inquisitore al salnitro, permettendogli di girare armato, senza pagare alcun dazio, gabella o pedaggio, con un suo socio attraverso tutte le località del suo dominio per recuperare la maggior quantità di salnitro possibile. Esso doveva poi essere portato a Giacomolo Basalupo, incaricato dal signore di trasformarlo in polvere pirica.¹¹³ La necessità, da parte di Gian Galeazzo, di creare un funzionario appositamente incaricato al salnitro, così come pure una certa “centralizzazione” nella produzione della polvere, sono segni evidenti di quanto, ancora in quegli anni, tali materiali fossero costosi e non così facilmente reperibili.

D’altro canto essa dimostra pienamente la necessità di organizzare e razionalizzare, anche da un punto di vista strettamente istituzionale, la produzione e la diffusione di un’arma che, evidentemente, era divenuta –attraverso i passaggi che speriamo di aver contribuito a evidenziare– ormai di prima importanza per il ducato. E’ proprio alla luce di tale considerazione che ci pare auspicabile, anche al di fuori dell’ambito lombardo, colmare le lacune che, come inizialmente sottolineato, caratterizzano la nostra storiografia in proposito. In particolare riferendosi al Trecento, poi, vista la cospicua quantità di documentazione ancora inedita, è da attendersi che nuove e più approfondite ricerche portino alla luce importanti notizie sinora ignote. Sarebbe infatti interessante comprendere meglio sia molti aspetti del funzionamento e delle prestazioni delle nostre armi, sia come esse si inserirono nella prassi bellica dell’epoca, che – come si sa – pur presentando molti elementi di originalità rispetto ai secoli precedenti, resta ancora in larga parte da indagare.

¹¹² BPPr, Mss. Par. 553, c. 263v.

¹¹³ ASCPv, Lettere Ducali, N. 11, c. 173.

Estudios

Entre la tradición épica y la historia: la conquista espartana de Mesenia

Between Epic Tradition and History: The Spartan Conquest of Messenia

César Fornis

Universidad de Sevilla España.

Resumen: La conquista de la vecina región de Mesenia, después de dos durísimas guerras, permitió a Esparta poner las bases de su hegemonía política y militar en la Hélade ya desde el Arcaísmo. En este trabajo se ofrece una reconstrucción del proceso de conquista y se analizan las fuertes tensiones que, como consecuencia del mismo, vivió la sociedad lacedemonia. Para ello se ha hecho uso del testimonio esencial, aunque fragmentario, del poeta contemporáneo Tirteo, de unas fuentes literarias tardías plagadas de elementos legendarios y sometidas al debate ideológico sobre la esclavización del pueblo mesenio y de la parca información aportada por la arqueología.

Palabras clave: Esparta, Mesenia, guerras mesenias, Tirteo, tradición épica.

Abstract: The two Messenian wars, culminating in the Spartan conquest of the fertile neighboring region of Messenia and the enslavement of its inhabitants, who became helots, remain largely unknown, mainly due to the lack of sources. Apart some verses of Tyrtaeus, the Spartan poet of the mid-seventh century BC, the literary sources are belated and gather suspicious and contaminated ancient traditions riddled with legendary elements and subjected to the ideological debate about the enslavement of Greek people (and as Dorian as their Spartan conquerors). This has caused sharp controversies in modern historiography, which affect both the chronology and the credibility (and even the historicity) of certain episodes. According to an hypercritical posture, the possibility of reaching a minimum reconstruction and understanding of the historical events has even been denied, in such a way that the need to obviate them has been postulated. From our point of view, the historian himself/herself can (and should) perform this task of analysis and interpretation, but while taking extreme caution with these sources and, whenever possible, approaching the data provided by Archaeology; it is also essential to insert the two Messenian wars in structural problems and developments of the early Archaic Age, and not to isolate them, as has often been done. In this way, the conquest of Messenia emerges as an enterprise undertaken by the recently unified Lacedaemonian state as part of its process of territorial, identity and ideological definition. With the completion of the conquest, Sparta reaches the recognition as a model

state for Greek political theorists because there is full identification between the political and military body, that is, between citizens and hoplites, who can devote themselves to the work deemed worthy (the management of public affairs and war) thanks to the existence of dependent masses who work the land owned by their masters.

Keywords: Sparta, Messenia, Messenian Wars, Tyrtaeus, epic tradition.

Para citar este artículo: César FORNIS: “Entre la tradición épica y la historia: la conquista espartana de Mesenia”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 6, N° 11 (2017), pp. 157-171.

Recibido: 18/06/2016

Aprobado: 22/03/2017

Entre la tradición épica y la historia: la conquista espartana de Mesenia

César Fornis

Universidad de Sevilla

cfornis@us.es

Las dos guerras mesenias se hunden en las brumas del alto arcaísmo peloponésico,¹ entre resonancias épicas de un pasado heroico aqueo y homérico, por más que al historiador moderno se le antojen de excepcional importancia para la comprensión de la realidad histórica, política, social y económica del estado lacedemonio, recién configurado territorial e ideológicamente. De hecho, junto a la estabilidad alcanzada con la llamada Gran Retra, el ordenamiento constitucional atribuido por la tradición al mítico Licurgo, la conquista espartana de la fértil región vecina de Mesenia pondrá los cimientos de su temprana hegemonía en la Hélade. En el presente trabajo intentaremos una aproximación a ambas contiendas, huyendo del escepticismo verbalizado por el gran historiador Moses Finley, que comenzaba su famoso artículo sobre Esparta con la renuncia expresa a no retroceder más allá de mediados del siglo VI habida cuenta del «carácter casi totalmente ficticio de nuestra información».² Pero sí es cierto que hay que extremar el cuidado en la crítica e interpretación de unas fuentes literarias tardías y sometidas al debate ideológico sobre la esclavización del pueblo mesenio, además de explotar al máximo el testimonio fragmentario de un testigo directo como Tirteo, el poeta (y quizá general) espartano que combatió en la segunda guerra mesenia. Es asimismo fundamental recurrir, siempre que sea posible, a la información proporcionada por el soporte arqueológico.

La primera guerra mesenia

La primera guerra mesenia no cuenta con excesivo eco en nuestras fuentes, excepción hecha de los versos de Tirteo (poeta espartano del s. VII a.C.), algunos fragmentos de Éforo, historiador del siglo IV a.C. utilizado por Estrabón (época augustea), y del libro cuarto de la *Periégesis* de Pausanias (s. II de nuestra era), el cual bebía en autores del siglo III a.C. que recogían la tradición mesenia, tan reelaborada y fabulada como la primitiva historia de Esparta, en este caso con el objetivo primordial de eliminar cualquier vestigio del dominio

¹ Tras el seísmo que asoló Esparta en el año 464 a.C., se produjo una sublevación masiva de mesenios que fue conocida como "tercera guerra mesenia" (Th. 1.101.2; D.S. 11.63.4-64.4; Plu. *Lyk.* 28.12 y *Cim.* 16.6-7; Paus. 4.24.6), pero tanto la época como las circunstancias eran muy diferentes de las dos primeras guerras de conquista.

² Moses I. FINLEY: "Esparta", en *Id., Uso y abuso de la historia*, Barcelona, Crítica, 1977 [orig. inglés 1975], p. 248.

espartano sobre su territorio y su pueblo.³ Estrabón (8.4.4) afirma que fue el rey Teleclo quien emprendió la colonización del sureste de Mesenia, sin duda a través del asentamiento de periecos. De ser cierta la noticia del geógrafo de Amasia, tendríamos un importante precedente, así como un posible *casus belli* para el subsecuente conflicto. Pero es Pausanias quien transmite el relato etiológico que sirvió para legitimar la invasión masiva de Mesenia: la muerte de Teleclo a manos de mesenios en el santuario de Ártemis Limnátide («del manantial» o «de la laguna», como diosa del agua salvaje), un santuario de frontera, en la vertiente occidental del Taigeto,⁴ cuando intentaba impedir la violación de doncellas (*parthénous*) espartanas que habían acudido a una fiesta (*heorté*), probablemente para ejecutar danzas corales, y que después de sufrir la afrenta cometieron suicidio (cf. Str. 8.4.9 sobre el uso común del santuario); los mesenios alegaban por su parte que todo se debía a un complot urdido por el rey espartano: travistió con vestidos y adornos femeninos a muchachos que aún no tenían barba (*agéneioi neanískoi*, de ahí asexuados, sin una masculinidad desarrollada), los armó con puñales y los introdujo entre los mesenios que se encontraban descansando con el fin de que asesinaran a sus señores, a los aristócratas, pero los mesenios se defendieron y dieron muerte a los imberbes y al propio Teleclo (Paus. 4.4.1-3, que cierra la historia diciendo que cada cual crea a unos u otros conforme a sus sentimientos). Claude Calame ha interpretado el relato pausaniano como el resultado de contaminar un acontecimiento histórico con dos leyendas de fundación de culto, en las que son frecuentes elementos como el travestismo y el engaño (*ἀπάτη*), como vemos en una versión, y el suicidio simbolizando una muerte ritual, como se aprecia en la otra.⁵ El *aitíon* o causa de la guerra se inscribe, pues, en procesos de definición territorial, identitaria y cultural de ambos pueblos, con gran significación de los ritos de adolescencia.⁶

La duración del conflicto es fijada por Pausanias (4.5.10 y 13.7), basándose en la obra perdida del historiador del siglo III a.C. Sosibio el Laconio, desde el segundo año de la novena olimpiada, 743, al primero de la decimocuarta, 724. Este espacio de tiempo de dos décadas, que

³ Acerca de la construcción y evolución de la identidad mesenia puede verse Lionel PEARSON: "The Pseudo-History of Messenia and its Authors", *Historia*, 11 (1962), pp. 397-426; Thomas J. FIGUEIRA: «The Evolution of Messenian Identity», en Stephen HODKINSON y Anton POWELL (eds.), *Sparta. New Perspectives*, Londres, Duckworth-Classical Press of Wales, 1999, pp. 211-244; Susan E. ALCOCK: "The Pseudo-History of Messenia Unplugged", *Transactions of the American Philological Association*, 129 (1999), pp. 133-141; y, en especial, Nino LURAGHI: *The Ancient Messenians. Constructions of Ethnicity and Memory*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008.

⁴ Sobre la localización y la historia del santuario de Ártemis Limnátide a partir de los últimos hallazgos arqueológicos, véase ahora Socrates KOURSOU MIS: "Revisiting Mount Taygetos: The Sanctuary of Artemis Limnatis", *The Annual of the British School at Athens*, 109 (2014), pp. 191-222.

⁵ Claude CALAME: *Les chœurs de jeunes filles en Grèce archaïque, I. Morphologie, fonction religieuse et sociale*, Roma, Edizione dell'Ateneo & Bizzarri, 1977, pp. 253-264.

⁶ A CALAME (*ibid.*), añádase ahora M^a del Mar RODRÍGUEZ ALCOCKER: "Los cultos de Ártemis Limnatis y Ártemis Cariatis en las guerras mesenias de época arcaica", *ARYS: Antigüedades, Religiones y Sociedades*, 11 (2011), pp. 125-144, que pone en relación el episodio con otro que también cuenta Pausanias a propósito de la segunda guerra mesenia: el intento de violación por los mesenios de Aristómenes de doncellas espartanas que danzaban en honor de Ártemis Cariátide (otro santuario de frontera, aunque esta vez en la Arcadia), que abordaremos más abajo.

es confirmado por Tirteo (fr. 4 Gentili-Prato), ha suscitado dudas entre los investigadores por las reminiscencias homéricas que trae a la mente, pero tal vez pueda encontrarse una corroboración en la lista de vencedores olímpicos (*Olympioníka*) elaborada por Hippias de Elis en la segunda mitad del siglo V, cuyo valor histórico no es universalmente admitido.⁷ La lista recoge la undécima olimpiada, en 736, como la última que vio como triunfador a un mesenio, Leocares, mientras que un espartano, Acanto, aparece por primera vez en la decimosexta olimpiada de 716. Con esta información podemos datar la primera guerra mesenia un poco después que Pausanias, aproximadamente entre 735 y 715. El citado fragmento de Tirteo, cuyo florecimiento se sitúa hacia 650-640, dice que ese conflicto lo lucharon «los padres de nuestros padres», una expresión que puede referirse genéricamente a los ancestros, pero que en cualquier caso implica como mínimo un hiato de dos generaciones. Dos factores más en apoyo de esta cronología son, por un lado, la participación de mesenios en la fundación de Regio, en el sur de la península itálica, hacia 720, presumiblemente tras escapar de la inminente ocupación espartana de su territorio,⁸ y, por otro lado, el reciente descubrimiento cerca de la mesenia Mavromati de los restos de un asentamiento espartano del siglo VIII posiblemente relacionado con el proceso expansivo lacedemonio.⁹ Sin embargo, otros estudiosos han optado por retrasar la primera guerra mesenia al primer cuarto del siglo VII, afrontando la difícil tarea de rebatir que la fundación de Taras, actual Tarento, sea consecuencia directa de la misma (véase más abajo el enunciado siguiente) y/o postergándola en el tiempo.¹⁰ De todas formas, como ha señalado Adolfo Domínguez Monedero, «es difícil pensar, para el siglo VIII a.C., en una guerra tan sistemática y combatida, además, por hoplitas en un momento en el que este sistema de combate aún no se ha consolidado en Grecia».¹¹

Seguramente las causas de este conflicto no respondan a problemas diferentes de los que acuciaban a buena parte del mundo griego arcaico, *in primis* la escasez de tierras productivas y la mala distribución de las mismas, fenómeno conocido como *stenochoría*. La tradición recogida por Plutarco (*Mor.* 231D) atribuye al rey Polidoro la promesa de conquistar tierra aún no parcelada en *klároi*, es decir, fuera de Laconia. El valle del Eurotas se había vuelto

⁷ Los mayores ataques llegan de Pamela Jane SHAW: *Discrepancies in Olympiad Dating and Chronological Problems of Archaic Peloponnesian History*, Historia Einzelschriften 166, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2003, con carácter general, e *Id.*: "Olympiad Chronography and 'Early' Spartan History", en Stephen HODKINSON y Anton POWELL, *op. cit.*, pp. 273-309 para el caso concreto de la cronología arcaica espartana.

⁸ Franz KIECHLE: *Messenische Studien. Untersuchungen zur Geschichte der Messenischen Kriege und der Auswanderung der Messenier*, Kallmünz, Michael Lassleben, 1959, p. 10.

⁹ Marcello LUPI: "Le origini di Sparta e il Peloponneso arcaico", en Maurizio GIANGIULIO (a.c.), *Storia d'Europa e del Mediterraneo. Il mondo antico, Il.3: Grecia e Mediterraneo dall' VIII secolo a.C. all'età delle guerre persiane*, Roma, Salerno Editrice, 2007, p. 375.

¹⁰ Así Victor PARKER: "The Dates of the Messenian Wars", *Chiron*, 21 (1991), pp. 25-47; Nicolas RICHER: *Les éphores. Études sur l'histoire et sur l'image de Sparte (VIII-III^e siècles avant J.-C.)*, París, Publications de la Sorbonne, 1998, pp. 80-83; Mischa MEIER: *Aristokraten und Damoden. Untersuchungen zur inneren Entwicklung Spartas im 7. Jahrhundert v. Chr. und zur politischen Funktion der Dichtung des Tyrtaios*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 1998, pp. 91-99.

¹¹ Adolfo Jerónimo DOMÍNGUEZ MONEDERO: "Las guerras mesenias", *Desperta Ferro*, 14 (2012), p. 11.

insuficiente para asimilar el lento pero constante crecimiento demográfico desde finales del siglo IX, hecho al que se suma el evidente desequilibrio en el reparto. La salida a las tensiones socioeconómicas generadas por este proceso solía buscarse en el exterior, bien a través de la colonización, bien de la guerra, que proveyera las necesarias tierras donde asentar al excedente poblacional. La colonización interna, ya practicada en el pasado, no era buena solución política, porque los espartanos sin tierra que emigraran perderían sus derechos para pasar a la consideración de periecos, ni tampoco económica, ya que las tierras marginales eran mucho menos fértiles. Además, la colonización ultramarina era poco factible para un estado tan continental y con un pasado de aislamiento como Lacedemonia, rasgos que, en conjunción con los todavía precarios mecanismos de comercio, hacían imposible una importación de productos que paliase las necesidades de la población. Por otra parte, los espartanos tenían ya experiencia en la conquista militar y en el sometimiento de población autóctona en la propia Laconia, por lo que resultaba lógico intentar la anexión de una tierra tan fértil como la mesenia y la esclavización de sus habitantes, convertidos en hilotas que la trabajasen en beneficio de sus amos espartiatas.¹²

Mesenia era en efecto un territorio extraordinariamente fértil y productivo, como plasman Tirteo (fr. 4 Diehl = 3 Gentili-Prato) y Eurípides (fr. 1083 Nauck = Str. 8.4.6: «su fertilidad no se puede expresar con palabras»), en especial el valle del Pamiso, subdividido en dos partes por el monte Itome: la llanura de Macaria al sur y la de Esteníclaro al norte; la cosecha de cereales, vid y olivo, que constituían el fundamento de la dieta alimenticia griega, era considerable en cantidad y calidad, lo que convirtió a Mesenia en el granero de Laconia; no le faltaban tampoco «buenos pastos para bueyes y corderos», dice Estrabón (*ibid.*), que de nuevo cita a Eurípides. Política y culturalmente, sin embargo, era un territorio más heterogéneo que el laconio, afectado como éste por la migración doria. En definitiva, Esparta aborda esta guerra de marcado carácter agresivo y expansionista como la primera empresa colectiva de su recién unificado estado con el objetivo primordial de dar respuesta a las dificultades sobrevenidas durante el proceso de formación del mismo.¹³

La contienda en sí se caracterizó por una extrema dureza. A una primera fase de indefinición caracterizada por razias de uno y otro lado, siguió la conquista espartana de la ciudad de Anfea, situada en altura a la entrada de la llanura de Esteníclaro, que fue guarnicionada y convertida en base de operaciones desde la que avanzar en el control de la región (Paus. 4.5.9); tras un gran choque decantado en favor de los lacedemonios, los mesenios se repliegan al monte Itome, que será escenario de la resistencia final y en lo sucesivo lugar de refugio de los hilotas sublevados contra la dominación espartana, una suerte de Aventino de los

¹² Paul A. CARTLEDGE: *Sparta and Lakonia. A Regional History 1300-362 B.C.*, Londres-Boston-Henley, Routledge & Keagan, 1979, pp. 115-116.

¹³ Un enfoque diferente y provocador es el de Mischa MEIER: *op. cit.*, pp. 100-121, quien defiende que la primera guerra mesenia fue una guerra privada entre grupos aristocráticos (que él llama *Geheimbünde*, «sociedades secretas») espartanos y mesenios, con su origen en incursiones predatorias de los primeros en el territorio de los segundos.

mesenios. Finalmente, las huestes laconias conducidas por el rey Teopompo obtuvieron la victoria, destruyeron la ciudad del Itome y entraron en posesión de la llanura de Esteníclaro y la mitad occidental de la de Macaria (Paus. 4.7-13). Todos aquellos mesenios que no emigraron fueron obligados a entregar la mitad de su cosecha a los nuevos dueños, a jurarles alianza eterna y a acudir a rendir homenaje a los funerales de reyes y magistrados lacedemonios (Tyrt. fr. 5 Diehl = 5 Gentili-Prato = Paus. 4.14.5; cf. Ael. *VH.* 6.1).

Pero escaparon a este destino muchos mesenios, especialmente los de clase acomodada, que mantenían vínculos de *xenía* o amistad ritualizada con *áristoi* de otras zonas de Grecia como Élide, Arcadia, Argos o Sición (Paus. 4.14.1), desde donde mantuvieron vivo el espíritu “nacional” mesenio en contra de la ocupación lacedemonia.¹⁴ Buena parte de la opinión pública griega no aprobaba la reducción a la condición servil de un pueblo griego (*v.gr.* las opiniones de Paus. 4.14.4-6 y de Alcidas en Sch.Arist. *Rhet.* 1378b18), como se demuestra por la acogida y el apoyo que se prestó a los mesenios huidos –siendo el caso más significativo el asentamiento de un grupo numeroso en Naupacto, en el golfo Corintio, por parte de Atenas a mediados del siglo V– y por el alborozo generalizado con que fue recibida la (re)fundación de la polis de Mesene en 369, un acto cargado de simbolismo antilacedemonio del general tebano Epaminondas (Plu. *Mor.* 194B; Ael. *VH.* 13.42).¹⁵

Otros mesenios, habitantes de más allá del valle del Pamiso, fueron cediendo ante la creciente presión y pactaron un estatuto de periecos, siempre preferible a una más que previsible esclavización, e incluso por un fragmento de Apolodoro (*FGrH*244F334) se sabe que quedaron algunas ciudades independientes. Sobre esta base, Kiechle llegó a plantear que la reducción al hilotismo del pueblo mesenio no siguió a la finalización de esta primera guerra, sino que fue consecuencia de la segunda, que impuso unas condiciones mucho más duras a los derrotados rebeldes mesenios.¹⁶ Aunque no de una forma generalizada, creemos que la hilotización mesenia comenzó a producirse en el siglo VIII, tal y como se desprende de Tirteo (fr. 5 Diehl = 5 Gentili-Prato) y del derecho de conquista que a lo largo de toda la Antigüedad asistió al vencedor para esclavizar al vencido. En este caso, además, no se trataba de aplicar una respuesta nueva a una situación nueva, puesto que ya existían hilotas laconios, los campesinos

¹⁴ Sobre la diáspora mesenia: David ASHERI: “La diaspora e i retorni dei Messeni”, en Emilio GABBA (a.c.), *Tria Corda. Scritti in onore di A. Momigliano*, Como, Edizioni New Press, 1983, pp. 27-42 y Adolfo Jerónimo DOMÍNGUEZ MONEDERO: “Los mesenios de la diáspora: de la sumisión a la resistencia”, *Studia Historica (Historia Antigua)*, 25 (2007), pp. 79-101, quien aborda el papel de los mesenios en la fundación y la historia más antigua de la colonia calcídica de Regio, en el sur de la península itálica, desde donde cruzarían el estrecho para fundar Messana, actual Mesina, que lleva su nombre.

¹⁵ Para una valoración del hilotismo en el pensamiento político e histórico griego de época clásica, véase Hans KLEES: “Zur Beurteilung der Helotie im historischen und politischen Denken der Griechen im 5. und 4. Jh. v. Chr.”, *Laverna*, 2 (1991), pp. 27-52 y *Laverna*, 3 (1992), pp. 1-31 y Julián Alejandro GALLEGÓ: « Convirtiéndose en griegos. La liberación de los mesenios », en Antonio GONZALES (ed.), *La fin du statut servile? (Affranchissement, libération, abolition), Actes XXX^e Colloque du GIREA (Besançon 15-17 décembre 2005)*, Besançon, Presses Universitaires de Franche-Comté, 2008, pp. 409-417.

¹⁶ Franz KIECHLE: *op. cit.* pp. 57-58; cf. también Mischa MEIER: *op. cit.*, pp. 266-269.

que habían sufrido el mismo destino a manos de los espartanos durante el proceso de conquista de Laconia.

La fundación de Taras (Tarento)

Consecuencia también de la primera guerra mesenia fue la fundación de Taras, actual Tarento, en el sur de la península itálica, en un excelente emplazamiento geográfico dotado de puerto natural. Si bien se hace difícil llevar a cabo una sólida reconstrucción histórica a partir de la leyenda fundacional tarentina, un atento análisis del relato de Estrabón (6.3.2-3), que aún la tradición de Antíoco de Siracusa (*FGrH* 555F13), de la segunda mitad del siglo V a.C., y la de Éforo de Cime (*FGrH* 70F216), de mediados del IV a.C., permite extraer valiosas conclusiones sobre el origen de la *apoikía* y su contexto sociopolítico en Esparta.¹⁷ En primer lugar, el año 706 como fecha de fundación transmitida por la literatura antigua, en concreto por la *Crónica* de Eusebio, ha sido corroborado por los hallazgos arqueológicos. A la cerámica laconia importada en este período,¹⁸ se suma ahora que las más antiguas tumbas tarentinas datan de finales del siglo VIII y principios del VII.¹⁹ Es seguro también que el asentamiento en el nuevo territorio y su sucesiva explotación fueron emprendidos en detrimento de los yapigios autóctonos, cuya resistencia ha dejado huella en el oráculo emitido por Apolo en Delfos, mencionado por Estrabón (6.3.2):

Yo te concedo Satirio [la acrópolis de Tarento],
habitar los parajes de la férax Tarento
y convertirte en el azote de los yapigios.²⁰

Pero la cuestión más importante para la propia historia interna de Esparta reside en que la fundación de Taras aparece ligada a los llamados *partheníai*, considerados un factor de inestabilidad y de tensión social en unos momentos en los que se estaba definiendo la noción de ciudadanía y los derechos que lleva aparejados como expresión fundamental de una recién configurada polis.²¹

¹⁷ Marinella CORSANO: "Sparta et Tarent: le mythe de fondation d'une colonie", *Revue de l'Histoire des Religions*, 196 (1979), p. 113; Enzo LIPPOLIS, Salvatore GARAFFO y Massimo NAFISSI: *Taranto, Culti Greci in Occidente 1*, Tarento, Istituto per la Storia e l'Archeologia della Magna Grecia, 1995, pp. 263-290 y 292-299.

¹⁸ Conrad STIBBE: "Sparta und Tarent", *Mededelingen van het Nederlandsch Historisch Instituut te Rome*, 37 (1975), pp. 27-46.

¹⁹ Dietrich BOSCHUNG: "Die archaischen Nekropolen von Tarent", en Enzo LIPPOLIS (a.c.), *Catalogo del Museo Nazionale Archeologico di Taranto III 1, Taranto. La necropoli. Aspetti e problemi della documentazione archeologica dal VII al I sec. a.C.*, Tarento, La Colomba, 1990, pp. 176-182; Cornelis W. NEEFT, "Tarantine Graves Containing Corinthian Pottery", en *ibid.*, pp. 184-237. *Contra* Mischa MEIER: *op.cit.*, pp. 137-141, que data la fundación a mediados del siglo VII.

²⁰ Trad. J. Vela Tejada modificada.

²¹ Massimo NAFISSI: *La nascita del Kosmos. Studi sulla storia e società di Sparta*, Napoli, Edizioni Scientifiche Italiane, 1991, pp. 35-81; Irad MALKIN: "Categories of Early Greek Colonization: the Case of the Dorian

¿Quiénes eran estos partenias? Su nombre parece derivar de *parthénos*, término que por lo general designa a la doncella o joven soltera, aunque se han dado otras explicaciones etimológicas.²² Según la tradición de Antíoco, serían hijos de los espartiatas que se negaron a luchar en la primera guerra mesenia, motivo por el cual éstos fueron declarados *átimoi* y reducidos a la condición de hilotas, mientras que para Éforo se trataría de hijos nacidos de uniones ilegítimas de las jóvenes mujeres espartiatas con hombres que habían quedado en la campaña laconia con el único propósito de procrear, dada la larga ausencia de los varones espartiatas en tierras mesenias; estos hombres del campo podían ser espartiatas demasiado jóvenes como para haber prestado el juramento de no regresar a Esparta hasta haber vencido en la guerra, como explican Estrabón (6.3.3) y Aristóteles (fr. 611.57 Rose), o bien periecos, o incluso hilotas, de acuerdo con otras fuentes que asocian o confunden a los partenias con los *epeúnactoi* (literalmente «sustitutos de lecho»). Se trataría de individuos de estatuto ambiguo pero de seguro origen servil (D.S. 8.21; Plb. 12.6B); según Teopompo (*FGI*H115F171, en Ath. 271C-D), las elevadas bajas durante la guerra contra los mesenios –no especifica cuál– forzaron a los espartanos a conceder la libertad y la ciudadanía a un cierto número de hilotas mediante un extraño rito por el cual éstos ocupaban los lechos de campaña de los espartiatas caídos en combate, de donde tomarían el nombre.²³ Claramente la versión de Éforo trata de dignificar la historia de la fundación de Tarento eliminando el elemento hilota de la tradición transmitida por Antíoco.²⁴ En cualquier caso, los vástagos producto de estas uniones en las que los padres no son conocidos –de ahí el nombre feminizado de partenias– fueron excluidos de la ciudadanía y relegados a una situación de dependencia jurídica, social y económica con respecto al conjunto de los espartiatas, pese a que Aristóteles nos dice que los partenias no se consideraban inferiores en virtud al resto de los «iguales» (*Pol.* 1306b28-29).

Disconformes con su situación marginal en el disfrute de la ciudadanía y de los recursos fundiarios, los partenias, solos o con ayuda de los epeunactos, plantearon reivindicaciones políticas –plenitud de derechos– y socioeconómicas –concesión de tierras e hilotas para su mantenimiento– que avivaron los conflictos internos dentro de la comunidad (Arist. *Pol.* 1307a2). Como corolario de esta tensión social, las dos fuentes de Estrabón, con ciertas discrepancias, hablan de conspiraciones (*epiboulai*) y de una acción violenta –Antíoco la sitúa en Amiclas, durante las Jacintias, Éforo en el ágora espartana– que no llegó a prosperar y que

Aegean”, en Claudia ANTONETTI (a.c.), *Il dinamismo della colonizzazione greca*, Napoles, Loffredo, 1997, pp. 25-38.

²² Un sumario en S.G. PEMBROKE: “Locres et Tarente: le rôle des femmes dans la fondation de deux colonies grecques”, *Annales. Économies, Sociétés, Civilizations*, 25 (1970), pp. 1265-1267.

²³ Sobre los epeunactos: Annalisa PARADISO: “Gli epeunatti spartani”, *Index*, 12 (1983-84), pp. 355-365 y *Ead.*, *Forme di dipendenza nel mondo greco. Ricerche sul VI libro de Ateneo*, Bari, Edipuglia, 1991, pp. 31-36.

²⁴ L. BOGINO: “In margine alla versione eforea sulla fondazione di Taranto”, *Miscellanea Greca e Romana*, 18 (1994), pp. 12-13; para Luisa MOSCATI CASTELNUOVO: “Iloti e fondazione di Taranto”, *Latomus*, 50 (1991), pp. 64-79 la inclusión de elementos serviles en la colonización de Tarento sería una creación historiográfica.

acabó por provocar su salida de Esparta, bien por expulsión como quiere Antíoco, bien voluntariamente, como refleja Éforo.

La segunda guerra mesenia

En 669, si creemos a Pausanias (2.24.7), única y tardía fuente para el hecho, la agresiva expansión militar de los espartanos por la península del Peloponeso sufrió un severo revés en Hysias, donde habrían sido vencidos por los argivos, dirigidos por su rey tirano Fidón.²⁵ La humillante derrota comportó problemas intestinos que tan sólo podemos intuir a través de reclamaciones de tierras y del asesinato hacia 665 del rey Polidoro por obra del aristócrata Polemarco, según parece cuando intentaba mediar en el conflicto social (Plu. *Lyk.* 8.6; Paus. 3.3.3). La inestabilidad interna de Esparta será aprovechada por los mesenios para rebelarse en lo que se conoce como segunda guerra mesenia, de cronología incierta, pero que *grosso modo* se puede encuadrar en la segunda mitad del siglo VII (Paus. 4.15.3).²⁶

El relato pausaniano, que bebe de dos tradiciones helenísticas divergentes, Mirón de Priene y Riano de Bene, toma del segundo el gusto por el idealismo poético, perceptible en el protagonismo absoluto desempeñado por el noble Aristómenes de Andania, caudillo de la revuelta que exhibe unas dotes de valentía, astucia y fuerza sobrehumana que le harán acreedor de la heroización por parte del pueblo mesenio y le otorgarán un papel nuclear en la historia “nacional” de Mesenia, reescrita tras su independencia en el siglo IV (Paus. 4.14.7 y 27.6);²⁷ Aristómenes es capaz por ejemplo de realizar una incursión nocturna contra Esparta misma que sólo fue evitada por la aparición milagrosa de Helena y sus hermanos los Dióscuros, y acto seguido, tras llevar a Mesenia como rehenes a unas doncellas espartanas de elevado linaje que danzaban y cantaban en el santuario de Ártemis Cariátide –danzas tan célebres como para prestar el nombre de cariátides a las jóvenes que las ejecutaban y, de ahí, al elemento arquitectónico que sostiene un frontón–, impidió que jóvenes en estado de ebriedad las mancillaran –lo que es «contrario a las costumbres de los griegos»–, matando incluso a algunos de ellos antes de devolver a las muchachas «vírgenes como cuando las capturó», eso sí, una vez cobrado el rescate (Paus. 4.16.9-10). Es interesante a este respecto un pasaje de Lactancio en su comentario a la *Tebaida* de Estacio (4.225) en el que menciona el mito de fundación del culto de Ártemis Cariátide: un coro de muchachas que danzaban para Ártemis, presintiendo una desgracia (¿la violación?), se refugiaron en un roble y se ahorcaron de una de sus ramas, razón por la cual los griegos dieron el nombre de “caria” a ese tipo de roble y de “Cariátide” a la diosa

²⁵ Thomas KELLY: “Did the Argives Defeat the Spartans at Hysiae in 669 B.C.?”, *American Journal of Philology* 91 (1970), pp. 31-42 ha sido quien con más encono ha puesto en duda la historicidad del episodio.

²⁶ Una introducción en castellano al conflicto en Adolfo Jerónimo DOMÍNGUEZ MONEDERO: “Las guerras mesenias”, pp. 11-13.

²⁷ Sobre Aristómenes: L.R. SHERO: “Aristomenes the Messenian”, *Transactions and Proceedings of the American Philological Association*, 69 (1938), pp. 500-531 y Daniel OGDEN: *Aristomenes of Messene. Legends of Sparta's Nemesis*, Swansea, Classical Press of Wales, 2004.

y a su santuario. Como en el episodio de Ártemis Limnátide en la primera guerra mesenia (*vid. supra*), tenemos aquí el recuerdo histórico distorsionado por elementos de leyendas fundacionales de ritos adolescentes como son el rapto, la violación y el suicidio como muerte iniciática, igualmente en un santuario liminal (Carias está en la frontera con Arcadia, en la ruta entre Esparta y Tegea), pero en este caso ese trasfondo “histórico” se hace aún menos discernible con la adición de la leyenda intrínseca de Aristómenes.²⁸

Más ecuánime y algo más verosímil, la tradición mironiana, también presente en Estrabón (8.4.10), reposa sobre el carácter interestatal que asume el conflicto, al hacer intervenir en el mismo a argivos, arcadios, eleos, sicionios y pisatas del lado de los rebeldes mesenios, mientras corintios, samios y lepreotas apoyan la causa lacedemonia. Según esta segunda tradición, los dirigentes mesenios que organizan y dirigen la rebelión serían Fintas y Androcles, miembros de la familia Epítida que reinaba en Hiamia (Paus. 4.16.2 y 17.9). La supervivencia de la casa real mesenia confirmaría que Esparta no había sometido por completo Mesenia en el curso de la primera guerra, sino que conservaba, al menos parcialmente, su independencia.²⁹

Lo cierto es que esta segunda guerra no fue menos dura que la primera a juzgar por los continuos llamamientos a la resistencia que el poeta Tirteo, espectador, combatiente y cronista privilegiado, hace a sus camaradas lacedemonios. Parece incluso que Tirteo llegó a abortar un conato de *stásis* o conflicto civil cuando, ante la contundente derrota sufrida en “el túmulo del jabalí” y las sucesivas incursiones de saqueo de los mesenios, los espartanos decidieron dejar incultas las tierras de Mesenia y las colindantes de Laconia, lo que provocó escasez de víveres y la agria oposición de sus propietarios (Paus. 4.18.1-3).

Aunque Tirteo es incluido convencionalmente entre los líricos arcaicos griegos, concretamente entre los elegíacos, por la forma y estilo que adoptan sus poemas, el contenido de éstos es claramente épico, entroncando con la mejor tradición homérica.³⁰ Si no es seguro, aunque sí muy probable, que Tirteo fuera espartiatá de origen –escribe en jonio, el dialecto habitual para este género de poesía, pero con dorismos–, lo fue sin ninguna duda de adopción – el uso de «nosotros» y «nuestro/a» lo inserta en la comunidad espartiatá –, lo que, como ocurrirá años más tarde con Jenofonte, ateniense de nacimiento, avaló un conocimiento, interpretación y transmisión de las instituciones y el modo de vida espartano, tan ajeno a quienes no participaban de esta sociedad; en este sentido, tal vez no sea aventurado aceptar el testimonio de Ateneo (630F), a partir de un poema perdido, según el cual Tirteo desempeñó el cargo de estratego en esta guerra, en cuyo caso quedarían prácticamente desterradas las posibilidades de una cuna no espartiatá. Porque en la Atenas del siglo IV se llegará a elaborar incluso una

²⁸ Claude CALAME: *op. cit.*, pp. 264-276, que analiza también la intervención de Dioniso en el culto de Ártemis Cariátide; M^a del Mar RODRÍGUEZ ALCOCER: *op. cit.*

²⁹ George Leonard HUXLEY: *Early Sparta*, Londres, Faber and Faber, 1962, p. 56.

³⁰ Sobre el contexto original de ejecución de las elegías tirteicas: Luana QUATTROCELLI: “Tirteo: poesía e ἀνδρεία a Sparta arcaica”, en Massimo VETTA y Carmine CATENACCI (a.c.), *I luoghi e la poesia nella Grecia antica*, Alessandria, Edizioni dell’Orso, 2006, pp. 133-144.

tradición, visible por ejemplo en Platón (*Lg.* 629A) y el orador Licurgo (*Leocr.* 106), que, ante la incredulidad de que una culturalmente estéril Esparta hubiese producido un poeta de ese talento y renombre, hacía de Tirteo un maestro de escuela ateniense enviado a Esparta en medio de la guerra para galvanizar a los espartanos y llevarlos a la victoria, tras lo cual habría recibido la ciudadanía espartana.³¹

Para apaciguar las tensiones surgidas en el cuerpo cívico espartiatá, Tirteo compuso su elegía *Eunomía*, en la que sabemos defendía con vigor el orden existente en Esparta y la lealtad a los *basileís* ante las pretensiones reformistas.³² De él se ha conservado por un lado un breve fragmento (el 2 Diehl = 1a Gentili-Prato) que habla del retorno de los Heraclidas para conquistar el Peloponeso y, por otro, el famoso fragmento (3a + 3b Diehl = 1b + 14 Gentili-Prato) que se ha venido interpretando comúnmente como una paráfrasis en verso de la Gran Retra espartana que le confiere carácter de oráculo,³³ si bien en los últimos años se ha roto el consenso por algunos estudiosos, muy en particular Hans Van Wees, que desvinculan el poema tirteico de la “Constitución” espartana.³⁴

En el resto de las elegías dominan exhortaciones a la batalla con enardecidos versos que son la expresión del espíritu de lucha y de la cohesión cívica que la clase dominante espartiatá, de la que Tirteo se convierte en portavoz, pretendía insuflar entre los guerreros lacedemonios en un momento crítico para la supervivencia del Estado.³⁵ Entregar la vida en la refriega es la más bella y heroica muerte (*kalòs thánatos*) que se puede alcanzar si se desea seguir viviendo en el recuerdo de los conciudadanos.³⁶ La sublimación de este sacrificio dará cuño al célebre (y

³¹ Un estado de la cuestión que recoge otras fuentes más tardías –en las que la figura de Tirteo se degrada físicamente, haciéndose más deforme (v.gr. Paus. 4.15.6: un maestro cojo y algo lerdo)– y la bibliografía moderna en Nick R.E. FISHER: “Sparta Re(de)valued: Some Athenian Public Attitudes to Sparta between Leuctra and the Lamian War”, en Anton POWELL y Stephen HODKINSON (eds.), *The Shadow of Sparta*, Londres-Nueva York, Routledge-Classical Press of Wales, 1994, pp. 362-364.

³² Anthony ANDREWES: “Eunomia”, *The Classical Quarterly*, 32 (1938), pp. 95-100; Willem DEN BOER: *Laconian Studies*, Amsterdam, North-Holland Publishing, 1954, pp. 190-193; Mischa MEIER: *op. cit.*, pp. 243-271; Hans VAN WEES: “Tyrtæus’ Eunomia: Nothing to Do with the Great Rhetra”, en Stephen HODKINSON y Anton POWELL, *op. cit.*, pp. 1-41.

³³ Massimo NAFISSI: “The Great Rhetra (Plu. *Lyc.* 6): A Retrospective and Intentional Construction?”, en Lin FOXHALL, Hans-Joachim GEHRKE y Nino LURAGHI (eds.), *Intentional History: Spinning Time in Ancient Greece*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2010, pp. 98-100 tiene dudas de que todos los versos citados por Diodoro y Plutarco pertenezcan al poema *Eunomía* de Tirteo.

³⁴ Hans VAN WEES: *op. cit.*, secundado por Andreas LUTHER: *Könige und Ephoren. Untersuchungen zur spartanischen Verfassungsgeschichte*, Frankfurt, Verlag Antike, 2004, pp. 90-92 y Massimo NAFISSI: “The Great Rethra...”, pp. 93-102. En respuesta, la asociación con la Retra ha sido reafirmada por Mischa MEIER: “Tyrtæos fr. 1b G/P bzw. fr. °14 G/P (= fr. 4 W) und die grosse Rhetra –kein zusammenhang?”, *Göttinger Forum für Altertumswissenschaft*, 5 (2002), pp. 65-87 y Stephan LINK: “Eunomie im Schoss der Rhetra? Zum Verhältnis von Tyrt. frgm. 14 W und Plut. *Lyc.* 6. 2 und 8”, *Göttinger Forum für Altertumswissenschaft*, 6 (2003), pp. 141-150, que explican las diferencias por la forma que adoptan los textos, una legal y la otra poética.

³⁵ H. James SHEY: “Tyrtæus and the Art of Propaganda”, *Arethusa*, 9 (1976), pp. 5-28; Luana QUATTOCELLI: “Tirteo e la retorica dell’“elite””, *AION*, 30 (2008), pp. 7-23.

³⁶ Para el significado del *καλὸς θάνατος* en el universo espartiatá es de obligada consulta el ya clásico artículo de Nicole LORAUX: “La ‘belle morte’ spartiate”, *Ktèma*, 2 (1977), pp. 105-120, quien en su p. 107 la

lacónico) aforismo puesto en boca de las mujeres espartanas en el acto de la despedida de los maridos e hijos que marchan al combate: ἢ ταύταν ἢ ἐπὶ ταύτας, «o esto [el escudo] o sobre esto» (Plu. *Mor.* 241F, en referencia a la manera en que los cuerpos de los caídos eran llevados de vuelta a la patria); en otras palabras: regresa con el escudo y vencedor o que te traigan muerto.³⁷ La alternativa no era únicamente el deshonor, sino la miseria de la familia y del mismo Estado, privado de unas tierras productivas vitales para su sostenimiento. La *areté* o virtud militar puesta al servicio de la comunidad, del *xynòn esthlón* o bien común, y no de la gloria personal, como sucedía con los héroes homéricos, se convierte así en el principal rasgo del hoplita y ciudadano espartano, y Tirteo en su más insigne codificador.³⁸ Dicho de otro modo: «Esparta había institucionalizado la solidaridad a través de un tensa racionalización del papel político del ciudadano».³⁹ El vate será inmortalizado para siempre a través de unos poemas que los espartanos, obligados por ley, escucharán en la tienda de su rey siempre que vayan a trabar combate (Lycurg. *Leocr.* 107).⁴⁰ La costumbre sería rehabilitada por otro imperio bien distinto, pero que hizo de Esparta su referente histórico —y su ancestro— más de veinte siglos después, el III Reich, cuando las composiciones tirteicas se convierten en una suerte de *Kampfreden* o «charlas para la batalla» y los intelectuales del régimen las trasladan a la tropa a través de las ondas hertzianas con la finalidad de henchirla de espíritu bélico.⁴¹

Cerrado el *excursus* tirteico, regresamos al curso de los acontecimientos. La batalla decisiva parece haber sido la de “la gran fosa”, donde la tradición mesenia recordaba la pérfida traición del hasta entonces aliado Aristócrates de Orcómeno como justificación de su derrota (Paus. 4.17.2-9). Hasta no hace mucho se pensaba que era una recreación posterior modelada a partir de la tradición épica espartana, pero a la que ha dado visos de verosimilitud el hallazgo de un papiro muy fragmentario con unos dísticos elegíacos tirteicos (fr. 1.19 Diehl = 10.40 Gentili-Prato) que mencionan, entre combates, a los espartiatas, los argivos, unos muros y una fosa

define como «muerte benéfica que cubre de gloria a la ciudad y al pueblo y que, en compensación, le vale al héroe honores fúnebres insignes y una gloria inmortal».

³⁷ En calidad de *exemplum*, el mandato tuvo gran vitalidad cuanto menos desde el Helenismo hasta época bizantina, casi siempre como dilema sobre el valor guerrero, aunque en ocasiones tiene un valor moral, ya que lo encontramos en Valerio Máximo, Séneca el Viejo, Libanio, Libanio, Ausonio, Estobeo, etc., y a veces también atribuido a personajes históricos (cf. Mason HAMMOND: “A Famous *Exemplum* of Spartan Toughness”, *The Classical Journal*, 75 (1979), pp. 97-109).

³⁸ Sobre Tirteo y su prominente papel en el nuevo orden político de la Esparta del siglo VII tenemos el exhaustivo estudio de Mischa MEIER: *Aristokraten...*, pp. 229-324; cf. también José LASSO DE LA VEGA: “El guerrero tirteico”, *Emerita*, 30 (1962), pp. 9-57; Nicole LORAUX: *op. cit.*, pp. 106-107 y 110-111; Edmond LÉVY: *Sparte. Histoire politique et sociale jusqu'à la conquête romaine*, París, Éditions du Seuil, 2003, pp. 36-45.

³⁹ Son palabras de James REDFIELD: “The Women of Sparta”, *Classical Journal*, 73 (1977-78), p. 154.

⁴⁰ De hecho, las elegías de Tirteo entroncan con los *embatéria* o cantos de batalla que se entonaban al son del *aulós* para acompañar la aproximación al enemigo (cf. Ath. 630F; Plu. *Lyk.* 22.4-5).

⁴¹ Volker LOSEMANN: “Sparta in the Third Reich”, en Nikos BIRGALIAS, Kostas BURASELIS y Paul CARTLEDGE (eds.), *The Contribution of Ancient Sparta to Political Thought and Practice*, Atenas, Alexandria Publications, 2007, p. 450.

(esto a su vez confirmaría la información del escoliasta a la *Ética a Nicómaco* aristotélica [1116B] en cuanto a que Tirteo escribió sobre esa batalla).

Tras la determinante victoria espartana, Pausanias (4.17.10) sigue a Riano en situar el escenario final de la lucha en el monte Hira, actual Tetrazi, al noroeste de Mesenia, donde Aristómenes y el resto de los mesenios supervivientes se habrían hecho fuertes durante once años, causando grandes problemas a los espartanos con una guerra de guerrillas, pero el crédito del episodio se resiente una vez más de la extraña similitud que guarda con la igualmente heroica resistencia sostenida en el monte Itome durante la primera guerra mesenia.

De hecho no faltan autores que piensan que esta segunda guerra mesenia es pura invención, parcial o total, escudándose en el ornato, la fabulación y la inclusión de detalles anacrónicos en parte del relato pausaniaco, que se nutre de la tradición nacionalista mesenia recreada en el siglo IV a.C. A ello se añade que en los poemas tirteicos no se alude directamente al enfrentamiento contemporáneo entre mesenios y espartanos, con lo que cabría la posibilidad de que fueran otras guerras emprendidas por estos últimos durante el siglo VII las evocadas en las enardecidas canciones del patriótico vate. En particular, filólogos de la talla de Schwartz, Wilamowitz-Möllendorf, Hiller von Gaertringen o Jacoby, entre otros, acuñaron y respaldaron la llamada “hipótesis Riano”, a la que se sumarían más tarde notables historiadores,⁴² según la cual la guerra de Aristómenes relatada por Pausanias fue ciertamente una revuelta mesenia, pero que en realidad habría tenido lugar a comienzos del siglo V, hacia el año 490, cuando Platón (*Lg.* 698E; cf. 692D) recoge fuertes combates entre mesenios y lacedemonios que habrían impedido que éstos comparecieran a tiempo en la batalla de Maratón.

Sea como fuere, Hira finalmente cayó y Aristómenes hubo de exiliarse para morir después en Rodas (Paus. 4.24.1-4). La victoria de Esparta garantizó la pacificación y el dominio de «la tierra que una vez fuera Mesenia» (Th. 4.3.2 y 41.2), la cual, sumada a Laconia, suponía más de 8.400 km² de extensión y unas 140.000 ha cultivables bajo control directo de la elite sociopolítica espartana. Esto seguramente no se logró de modo inmediato, sino a través de un proceso que se prolongaría como mínimo hasta el año 600. En este epílogo se enmarcaría la alusión de Pausanias (3.3.4 y 14.4) a combates en Mesenia durante el reinado de Anaxandro, nieto de Polidoro, y adquiriría sentido el aserto de Epaminondas en 369 de que él “refundó” el estado mesenio 230 años después de su desaparición (Plu. *Mor.* 194B; Ael. *VH.* 13.42). Asimismo, la conquista de las feraces llanuras mesenias ponía fin a la reivindicación de una nueva distribución de tierras planteada por muchos espartiatas empobrecidos por el largo conflicto (Arist. *Pol.* 1307a4), a la vez que el pueblo mesenio, reducido a la condición hilótica, proporcionaba mano de obra abundante para el cultivo de los predios. Esparta alcanza así el grado de estado modélico en el que existe una plena identificación entre el cuerpo político y el

⁴² Franz KIECHLE: *op. cit.*, pp. 82-130; George Leonard HUXLEY: *op. cit.*, pp. 87-96; Marcello LUPI: *op. cit.*, p. 376. *Contra* L.R. SHERO: *op. cit.*, pp. 513-514; Henry Theodore WADE-GERY: “The ‘Rhianos-Hypothesis’”, en Ernst BADIEN (ed.), *Ancient Societies and Institutions. Studies Presented to Victor Ehrenberg*, Oxford, Basil Blackwell, 1966, pp. 289-302; Daniel OGDEN: *op. cit.*, pp. 129-189.

militar, esto es, entre ciudadano y hoplita, fenómeno único posibilitado por la existencia de una gran masa dependiente ligada a la tierra propiedad de sus amos.

Aspectos de militarização e defesa costeira no Garb al- Ândalus: o caso de Cascais

Aspects of militarization and coastal defence in the Garb al-
Andalus: the case of Cascais

Marco Oliveira Borges

Universidade de Lisboa, Portugal

Resumo: Entre os séculos VIII-XII o território do actual concelho de Cascais terá tido um papel importante no sistema de defesa costeira do Garb al-Ândalus. Integrado na área ocidental marítima do distrito (*kura*) de Lisboa, este território estaria dotado de estruturas defensivas e de alerta envolvidas num sistema que começaria a ganhar forma a partir do litoral de Sintra, ao mesmo tempo que o seu porto e ancoradouros locais permitiam apoiar as actividades marítimas e militares.

Palavras-chave: Garb al-Ândalus, distrito de Lisboa, militarização, defesa costeira, Cascais

Abstract: Between the 8th and the 12th centuries the territory of the current municipality of Cascais played an important role on the coastal defence system of the Garb al-Andalus. Being part of the Western maritime area of the district (*kura*) of Lisbon, this territory was endowed with defensive and alarm structures engaged in a system that would gain its shape from the coast of Sintra, and at the same time its port and local anchorages helped support the maritime and military activities. Using an interdisciplinary methodology that brings together historical and archaeological data, the geographical recognition of the territory and the study of toponymy, we bring a further contribution that systematizes the information available and is part of spatially more expanded investigations that have been developed. In fact, these ongoing investigations have highlighted the Sintra-Cascais geographical complex, bringing new perspectives and a reinterpretation on the Islamic occupation of this area. The coast of the present municipality of Cascais extends between the port of Touro and Carcavelos, being endowed with a very rich maritime cultural landscape that has also been exploited in the scope of underwater archaeology. The port of Touro, flanked by the archaeological site of the Espigão das Ruivas, was also used by Muslims, although it is still unclear in which context. From this location to Carcavelos there are some toponyms that may be associated with the Islamic past and maritime and defensive activities, so they will also be our focus. Recently, even the place name Cascais has been related to the former Islamic presence of this area, and this is a subject that needs to be further explored. Finally, we will approach the port of Cascais and its adjacent area, which is known for a fact to have had human occupation ever since

the Roman Period. Given its strategic position for navigation and its proximity to Lisbon, it is very likely that it was already permanently occupied and provided with a fortification during the Islamic period.

Keywords: Garb al-Andalus, district of Lisbon, militarization, coastal defence, Cascais

Para citar este artículo: Marco OLIVEIRA: “Aspectos de militarização e defesa costeira no Garb al-Ândalus: o caso de Cascais”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 6, Nº 11 (2017), pp. 172-196.

Recibido: 11/04/2016

Aprobado: 11/05/2017

Aspectos de militarização e defesa costeira no Garb al-Ândalus: o caso de Cascais

Marco Oliveira Borges

Universidade de Lisboa

marcoliveiraborges@gmail.com

Introdução

Durante os séculos IX-XI os piratas nórdicos habitualmente denominados *vikings* levaram a cabo incursões às costas do al-Ândalus, estando documentados ataques a Lisboa (*al-Ushbuna*) em 844, 858 e 966.¹ É possível que em 859 também tenham alcançado esta cidade e, como deverá ter ocorrido nos referidos ataques, outros locais integrados no distrito (*kura*) de Lisboa, mas que ficaram omissos nas fontes.² O desencadear destas investidas, que chegaram a alcançar o mar interior, levou o governo omíada a dar especial atenção ao sistema defensivo costeiro e a reforçar o aparelho militar ao longo do litoral atlântico e mediterrânico. Para além da edificação de torres de vigia (*buruj*, pl. de *burj*) e da utilização de sítios elevados e estratégicos que funcionavam como atalaias³ (*tali'a*, pl. de *at-talai'a*), foram construídas diversas fortificações, destacando-se os castelos (*husun*, pl. de *hisn*) e os conventos fortificados (*ribut*, pl. de *ribat*)⁴. Ademais, tomaram-se medidas para a formação de uma marinha

¹ Sobre os ataques *vikings* ao Ocidente ibérico, cf. Hélio PIRES: *Incursões Nórdicas no Ocidente Ibérico (844-1147): Fontes, História e Vestígios*, Tese de doutoramento inédita, Universidade Nova de Lisboa, 2012.

² Cf. ABENALCOTÍA: *Historia de la conquista de España de Abenalcotía el Cordobés. Seguida de fragmentos históricos de Abencotaiba, etc.*, Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, 1926, p. 50; Hélio PIRES: op. cit., p. 104; Fernando Branco CORREIA: “A acção do poder político nas actividades portuárias e na navegação no ocidente islâmico. Alguns tópicos”, em Jesús Angel SOLÓRZANO TELECHEA e Mário VIANA (eds.), *Economia e Instituições na Idade Média. Novas Abordagens*, Ponta Delgada, Centro de Estudos Gaspar Frutuoso, 2013, pp. 13-14.

³ As atalaias podiam ser estruturas arquitectónicas (normalmente turriformes) ou apenas simples locais destacados na paisagem de onde se exercia a vigilância e alertava para a chegada de inimigos (cf. Mário BARROCA: “Atalaia”, em Jorge de ALARCÃO e Mário BARROCA (coords.), *Dicionário de Arqueologia Portuguesa*, Porto, Figueirinhas, 2012, pp. 48-49).

⁴ Habitualmente, o *ribat* é designado por convento fortificado, convento-fortaleza ou mosteiro-fortaleza, sendo uma fortificação associada à protecção dos espaços de fronteira terrestre e marítima, mas também ao movimento da *jihad* (Mário BARROCA: “Ribat”, em *Dicionário de Arqueologia Portuguesa*, p. 299). Assim, para além de arquitectonicamente designar uma estrutura fortificada, o termo *ribat* contém o significado abstracto ligado ao exercer da espiritualidade própria da guerra religiosa. Com efeito, este termo pode ser aplicado a um assentamento militar em que se faz o *ribat* espiritual, em que existe uma actividade bélica importante e com povoação variada (cf. Mikel de EPALZA: “La Ràpita Islàmica: Historia Institucional”, em Francisco FRANCO SÁNCHEZ (ed.), *La Ràpita en el Islam. Estudios Interdisciplinarios. Congressos Internacionals de Sant Carles de la Ràpita (1989, 1997)*, Sant Carles de la Ràpita/Alacant, Ajuntament de Sant Carles de la Ràpita/Universitat d'Alacant, 2004, pp. 6-7 e 27). No entanto, para o caso do al-Ândalus, tem sido referida uma possível tipologia arquitectónica específica destas edificações

de guerra ampla e bem provida de projecteis incendiários, tendo-se recrutado marinheiros e mercenários de várias partes, alguns deles especializados no lançamento de fogo-grego.⁵ Se os acontecimentos de 844 também levaram, poucos anos depois, à edificação de estaleiros de construção naval em Sevilha, é muito provável que o mesmo tenha ocorrido noutros pontos do al-Ándalus, inclusive no Garb.

Cascais, inserido na área ocidental marítima do território do distrito de Lisboa (figs. 4 e 7) e estando na rota dos ataques *vikings*, foi um dos territórios que terá beneficiado do esforço de militarização associado à defesa costeira e que abarcou outros diversos locais, sendo necessário continuar a explorar esta área geográfica em paralelo com outros casos.⁶ No entanto, é preciso referir que, ainda que o impulsionamento da defesa costeira islâmica seja geralmente atribuído à época que se seguiu aos primeiros ataques *vikings*, em 844, ano em que ficou registada a primeira investida destes guerreiros nórdicos às costas do Garb al-Ándalus, esta área «já era um cenário de guerra há mais de cem anos».⁷ Com efeito, isso leva a pensar que a paisagem já estivesse marcada por fortificações cuja necessidade não foi criada pelas investidas nórdicas, mas apenas reforçada por elas.⁸

ões, divergindo dos *rubut* fortificados do Norte de África, pelo que também chegam a ser designadas somente como conventos (cf. R. AZUAR: “El ribât en al-Andalus: espacio y función”, *Ilus. Revista de Ciencias de las Religiones. Anejos*, X (2004), pp. 23-24; Íd.: “O contributo da Arqueologia para o estudo dos *ribat-s* do Al-Andalus”, em *Ribat da Arrifana. Cultura material e espiritualidade*, Aljezur, Associação de Defesa do Património Histórico e Arqueológico de Aljezur, 2007, pp. 29-30 e 35-36; Alexandre GONÇALVES: *Escavação arqueológica do Alto da Vigia (Colares-Sintra): relatório da intervenção realizada em 2015* [policopiado], p. 9). Outro aspecto a ter em conta, e que tem levado a que se demarque das funções militares geralmente atribuídas aos *rubut*, é que estas estruturas também chegaram a desempenhar um carácter comercial, estando associadas a rotas e escalas marítimas (cf. R. AZUAR: “El ribât en al-Andalus”, pp. 28-29; Íd.: “Piratería y rábidas en la formación del Sharq al-Andalus”, *Arqueologia Medieval*, 9 (2005), pp. 152-156; Íd.: “O contributo da Arqueologia para o estudo dos *ribat-s* do Al-Andalus”, p. 32). Partindo da ideia de que nem todas estas estruturas terão sido erguidas exactamente com a mesma tipologia construtiva e o mesmo propósito específico, embora tenham acumulado funções associadas à prática de *ribat* e, ao longo da sua existência, até possam ter ganho outras funções diferentes das que inicialmente teriam presidido à sua edificação – isto mediante uma adaptação a diferentes conjunturas históricas –, a exploração da realidade geográfica e do contexto histórico em que se inseriam é fundamental para tentar compreender o seu antigo funcionamento e as razões da sua implantação em determinado local.

⁵ Sobre todas estas medidas, cf. ABENCOTÍA: *op. cit.*, p. 53; António Borges COELHO: *Portugal na Espanha Árabe*, 3.ª ed. rev., Lisboa, Editorial Caminho, 2008, pp. 169 e 173; Fátima ROLDÁN CASTRO: “Los Mayus. A proposito de un texto atribuido a al-Udri”, *Philologia hispalensis*, 2 (1987), p. 157; Jorge LIROLA DELGADO: *El poder naval de al-Andalus en la época del califato omeya (siglo IV hégira/X era cristiana)*, Tesis doctoral inédita, vol. I, Universidad de Granada, 1991, pp. 122-125; Christophe PICARD: *La mer et les Musulmans d'occident au Moyen Age (VIII^e - XIII^e siècle)*, Paris, Presses Universitaires de France, 1997, pp. 148 e 156; Helena CATARINO: “Breve sinopse sobre topónimos Arrábida na costa portuguesa”, *La Rábida en el Islam...*, pp. 263-267; Fernando Branco CORREIA: *op. cit.*, pp. 14-38.

⁶ Recentemente, no âmbito do programa televisivo “Caminhos” (RTP2), tivemos a oportunidade de participar num episódio sobre “A defesa costeira no litoral de Sintra-Cascais durante o Período Islâmico”. O episódio pode ser visto através da seguinte ligação: https://www.youtube.com/watch?v=xVvG-KbkVvw&feature=em-upload_owner (consultado pela última vez em 10-05-2015).

⁷ Hélio PIRES: *op. cit.*, p. 243.

⁸ *Ibidem*.

Enquadramento histórico-arqueológico

Até há pouco mais de vinte anos atrás era geralmente aceite que os primórdios urbanísticos do centro histórico de Cascais remontavam à Baixa Idade Média, destacando-se a sua condição de povoado amuralhado.⁹ Dizia-se que essa área próxima do mar apenas havia adquirido importância num momento posterior à tomada cristã de Lisboa, ocorrida em 1147, estando a ocupação do local associada a um movimento geral de aparecimento/crescimento de povoados costeiros «que, à necessidade de escoamento e de fixação de gentes, aliavam a protecção da costa e as exigências de um comércio marítimo em plena expansão».¹⁰ No entanto, trabalhos arqueológicos iniciados em 1992, junto à torre-porta que resta da muralha da vila (geralmente chamada de castelo)¹¹, vieram trazer novas perspectivas à história urbana cascalense. Se na área que hoje em dia pertence ao actual concelho de Cascais já tinham sido detectadas mais de uma dezena de *villae* e alguns complexos industriais romanos dispersos pelo território¹², foram os trabalhos de 1992 que, pela primeira vez, permitiram detectar estruturas romanas no foco portuário junto à praia da Ribeira.¹³ Com efeito, pertencendo a um complexo fabril de preparados piscícolas que operou pelo menos entre a primeira metade do século I d.C. e os finais do século III¹⁴, foram descobertas cetárias que vieram comprovar a ocupação do espaço terrestre junto ao porto anteriormente à Idade Média, ainda que outros dados materiais romanos já tivessem sido obtidos nas proximidades e até mesmo ao largo da costa.

Em todo o caso, a utilização do actual fundeadouro cascalense terá uma diacronia anterior ao Período Romano¹⁵, como havia sugerido Manuel A. P. Lourenço, devendo remontar à altura da chegada dos fenícios a esta área¹⁶, à semelhança do que terá acontecido no porto do

⁹ Cf. João CABRAL e Guilherme CARDOSO: “Escavações arqueológicas junto à torre-porta do Castelo de Cascais”, *Arquivo Cultural de Cascais. Boletim Cultural do Município*, 12 (1996), p. 127.

¹⁰ Era dentro deste movimento geral, de facto, que em finais da década de 1980 se compreendia «o nascimento e o surto de Cascais» (cf. A. H. de Oliveira MARQUES: “Para a História do Concelho de Cascais na Idade Média – I”, *Novos Ensaios de História Medieval Portuguesa*, Lisboa, Editorial Presença, 1988, pp. 108-111).

¹¹ Na verdade, não existe um consenso sobre o que era o castelo de Cascais. Se alguns autores afirmam que era toda a estrutura amuralhada da vila, outros defendem que seria apenas um edifício dentro desse recinto (vide infra, n. 78-99 e fig. 5).

¹² Guilherme CARDOSO: *Carta arqueológica do concelho de Cascais*, Cascais, Câmara Municipal de Cascais, 1991, p. 21.

¹³ João CABRAL e Guilherme CARDOSO: *op. cit.*, p. 131.

¹⁴ Guilherme CARDOSO: “As cetárias da área urbana de Cascais”, *Setúbal Arqueológica*, 13 (2006), pp. 145-150.

¹⁵ António CARVALHO e Jorge FREIRE: “Cascais y la Ruta del Atlántico. El establecimiento de un puerto de abrigo en la costa de Cascais. Una primera propuesta”, em Trinidad NOGALES y Isabel RODA (eds.), *Roma y las Provincias: modelo y difusión. XI Coloquio Internacional de Arte Romano Provincial*, vol. II, Badajoz, Consejería de Cultura y Turismo, 2011, p. 731.

¹⁶ Manuel A. P. LOURENÇO: “História de Cascais e do seu Concelho”, *A Nossa Terra*, 42 (1953), pp. 8 e 19; Íd.: *As Fortalezas da Costa Marítima de Cascais*, Cascais, Câmara Municipal de Cascais, 1964, p. 8.

Touro¹⁷, limite costeiro Noroeste do concelho de Cascais. Na verdade, se quando chegaram à Península Ibérica os fenícios vieram a aproveitar os circuitos comerciais indígenas já estabelecidos¹⁸, a utilização naval do porto de Cascais e de outros pontos desta costa, incluindo o porto do Touro, até poderá remontar ao Bronze Final.¹⁹

Voltando ao Período Islâmico, ainda durante o século VIII terá começado a ganhar forma um sistema de defesa costeira a partir de Sintra que teria necessária continuação pelo actual litoral cascalense, embora Cascais não tenha sido alvo da atenção dos autores muçulmanos, os quais, aliás, não tiveram em conta a realidade portuária entre a costa de Sintra e o porto de Cascais, se bem que exista uma possível descrição da Boca do Inferno.²⁰ De forma comprovada, existem somente as descrições relativas a Alcabideche, nomeadamente por intermédio do famoso poeta local: Abu Zaid Ibn Muqana al-Qabdaqi al-Ushbuni (século XI).²¹

Nem mesmo o foral de Sintra de 1154, que chegou até aos nossos dias através de dois traslados feitos no século XV, alude a Cascais como parte integrante do termo sintrense, ainda que durante o século X devesse existir um *iq̄lim* em Sintra que englobaria Cascais e Mafra nos limites do seu termo.²² É verdade que existem referências à passagem dos cruzados que auxiliaram na tomada de Lisboa (1147) pelo porto de Cascais, com expressa alusão a este topónimo, mas essas informações, se bem que alegadamente baseadas numa memória documental do século XII, aparecem muito tardiamente.²³ É num documento de 1282 que, pela primeira vez, o topónimo «Cascais» vem atestado.²⁴ Em todo o caso, nos últimos tempos tem ganho forma a possibilidade de que o topónimo Cascais possa mesmo ter uma origem árabe associada ao contexto de defesa costeira do al-Ândalus.²⁵

¹⁷ Sobre este local, cf. Marco Oliveira BORGES: “A importância do porto do Touro e do sítio arqueológico do Espigão das Ruivas (Cascais) entre a Idade do Ferro e a Idade Moderna”, *História. Revista da FLUP*, IV: 6 (2016), pp. 161-182.

¹⁸ Manuela BARTHÉLEMY: “El comercio fluvial fenicio en la península ibérica”, em *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos. Cádiz, 2 al 6 de Octubre de 1995*, vol. I, Cádiz, Servicio de Publicaciones Universidad de Cádiz, 2000, p. 292.

¹⁹ Marco Oliveira BORGES: *op. cit.*, pp. 178 e 182.

²⁰ Fátima ROLDÁN CASTRO: *El Occidente de Al-Andalus en el Atar al-Bilad de al-Qazwīnī*, Sevilla, Ediciones Alfar, 1990, p. 91; Adel SIDARUS e António REI: “Lisboa e seu termo segundo os geógrafos árabes”, *Arqueologia Medieval*, 7 (2001), pp. 45-46 e 55-56; Íd.: *O Gharb al-Andalus al-Aqsâ na Geografia Árabe (séculos III h. / IX d.C. – XI h. / XVII d.C.)*, Lisboa, Instituto de Estudos Medievais, 2012, p. 123, n. 3.

²¹ O poeta nasceu em Alcabideche, em inícios do século XI ou finais do anterior. É provável que não tenha vivido muito para além de 1068 (António Borges COELHO: *op. cit.*, pp. 524-525 e 552, n. 44).

²² Alguns indícios levam a crer «que a figura do *Iqlim* em torno das grandes cidades poderá corresponder à área sobre a qual o aglomerado exerce um controlo económico e espacial» (Catarina COELHO: “A ocupação islâmica do Castelo dos Mouros (Sintra): interpretação comparada”, *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 3:1 (2000), p. 208).

²³ Cf. Marco Oliveira BORGES: “Em torno da preparação do cerco de Lisboa (1147) e de uma possível estratégia marítima pensada por D. Afonso Henriques”, *História. Revista da FLUP*, IV: 3 (2013), pp. 127-129.

²⁴ ANTT: *Chancelaria de D. Dinis*, liv. 1, fls. 46v-47.

²⁵ Vide infra, n. 63-74.

Cascais no sistema de defesa costeira

Se estamos melhor informados sobre o dispositivo defensivo para o caso do litoral do actual concelho de Sintra – ainda que subsistam diversas dúvidas –, tendo existido postos de defesa e de alerta que visavam impedir o acesso de forças inimigas ao território e alertar Lisboa e as cidades a Sul²⁶, para o caso de Cascais os dados são bastante obscuros. Contudo, na faixa costeira entre Sintra e Lisboa terão existido vários postos de vigia e de defesa, até mesmo junto a portos e ancoradouros²⁷, tendo naturalmente abrangido Cascais e marcado a paisagem cultural marítima²⁸ deste complexo geográfico.

Para além das estruturas que estariam dispostas ao longo da costa, existiriam postos militares edificados mais para o interior. Al-Himyari, para a região entre Lisboa e Sintra, refere a existência de uma montanha usada antigamente como reduto fortificado²⁹, o que poderia, à partida, sugerir algum local elevado no actual concelho de Cascais ou nas suas imediações. Aparentemente, e pelo facto de al-Himyari referir que a montanha em questão estava dotada de pedras judaicas, as quais, segundo este geógrafo muçulmano, tinham propriedades que ajudavam a dissolver as pedras da vesícula e dos rins, Eva-Maria von Kemnitz referiu que o local em

²⁶ Cf. Christophe PICARD: *Le Portugal musulman (VIII^e - XIII^e siècle). L'Occident d'al-Andalus sous domination islamique*, Paris, Maisonneuve et Larose, 2000, pp. 62, 155, 209-210 e 215; Helena CATARINO: “Breve sinopse sobre topónimos...”, pp. 264-267; Marco Oliveira BORGES: “A defesa costeira do litoral de Sintra-Cascais durante o Garb al-Ándalus. I – Em torno do porto de Colares”, *História. Revista da FLUP*, IV: 2 (2012), pp. 109-128; Íd.: *O porto de Cascais durante a Expansão Quatrocentista. Apoio à navegação e defesa costeira*, Dissertação de mestrado inédita, Universidade de Lisboa, 2012, pp. 175-176; Íd.: “Em torno da preparação do cerco de Lisboa (1147)...”, pp. 133-134; Fernando Branco CO-RREIA: “A acção do poder político...”, pp. 20-22; Íd.: “Fortificações de iniciativa omíada no Gharb al-Andalus nos séculos IX e X – hipóteses em torno da chegada dos *Majus* (entre Tejo e Mondego)”, em Isabel Cristina F. FERNANDES (coord.), *Fortificações e Território na Península Ibérica e no Magreb (séculos VI a XVI)*, vol. I, Lisboa, Edições Colibri/Campo Arqueológico de Mértola, 2013, pp. 77-79; Marco Oliveira BORGES: “A importância estratégica do conhecimento do território na formação de um sistema defensivo: o caso de Sintra (Portugal) durante o Período Islâmico”, *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras* (no prelo).

²⁷ Sobre os portos e ancoradouros desta área geográfica, cf. Marco Oliveira BORGES: “Portos e ancoradouros do litoral de Sintra-Cascais. Da Antiguidade à Idade Moderna (I)”, em *Jornadas do Mar 2014. Mar: uma onda de progresso*, Almada, Escola Naval, 2015, pp. 152-164.

²⁸ Sobre a noção de paisagem cultural marítima, cf. Christer WESTERDAHL: “The maritime cultural landscape”, *The International Journal of Nautical Archaeology*, 21: 1 (1992), pp. 5-14; Ben FORD: “Introduction”, em Ben FORD (ed.), *The archaeology of maritime landscapes*, New York, Springer, 2011, pp. 1-9. Sobre a sua aplicação ao estudo de Cascais e Sintra, cf. Jorge FREIRE: *À vista da costa: a paisagem cultural marítima de Cascais*, Tese de mestrado inédita, Universidade Nova de Lisboa, 2012; Íd. e António FIALHO: “A paisagem cultural marítima de Cascais: o modelo de investigação e de gestão do litoral”, em José Morais ARNAUD, Andrea MARTINS e César NEVES (coords.), *Arqueologia em Portugal – 150 anos*, Lisboa, Associação dos Arqueólogos Portugueses, 2013, pp. 1213-1220; Marco Oliveira BORGES: “Paisagem cultural marítima de Sintra: uma abordagem histórico-arqueológica”, em *Actas do I Colóquio Ibérico de Paisagem. O estudo e a construção da paisagem como problema metodológico* (no prelo).

²⁹ AL-HIMYARI: *Kitab ar-Rawd al-Mi'tar*, Valencia, Anubar, 1963, p. 17; António Borges COELHO: *op. cit.*, p. 47.

causa era Monte Suímo, nas proximidades de Belas (Sintra).³⁰ Este local costuma ser identificado como sendo Ossumo³¹, uma das vilas do senhorio de Lisboa referidas por al-Razi (século X).³²

Situado na serra da Carregueira, numa área em que hoje em dia se encontra uma instalação militar do Exército Português, Monte Suímo é uma colina de forma arredondada de 291 m de altura, constituindo o maior relevo do conjunto de elevações desta serra. A sua localização privilegiada permite obter uma visão de quase 360° dos arredores, com vistas para Lisboa, estuário do Tejo, para toda a Península de Setúbal até à serra da Arrábida e para o Atlântico, sendo apenas interrompidas pelo perfil dominante da serra de Sintra.³³

Monte Suímo é famoso pelas suas pedras, sobretudo jacintos, granadas e, em menor escala, esmeraldas, sendo o único local no termo de Lisboa conhecido por conter minas com este tipo de pedras preciosas, ou, pelo menos, o mais conhecido. As referências a este local e à exploração do mesmo remontarão ao século I d.C., altura em que Plínio-o-Velho referiu que no território de Lisboa se recolhiam carbúnculos e gemas de intenso brilho e de grande qualidade. Outros autores romanos viriam a mencionar este local, denominando-o por *Mons Summus*, «monte máximo».³⁴

Durante o Período Islâmico alguns autores voltaram a aludir ao *Munt Shiyun* ou Monte Sião, bem como à exploração de minas e à existência de pedras preciosas num monte (ou montanha) das proximidades de Lisboa³⁵, embora sem ligarem as ditas pedras ao referido local. Em relação ao reduto fortificado atrás referido, parece que apenas al-Himyari (século XIII), decerto baseado em al-Bakri, discípulo de al-Udhri, refere a sua existência. Neste sentido, a informação sobre o local fortificado já viria do século XI.

³⁰ Cf. Eva-Maria von KEMNITZ: “Sintra islâmica – reminiscências históricas, literárias e artísticas”, *Contributos para a História Medieval de Sintra. Actas do I Curso de Sintra (28 de Março – 2 de Junho de 2007)*, Sintra, Câmara Municipal de Sintra, 2008, p. 59, n. 12.

³¹ Cf. Sérgio Luís CARVALHO: “Acerca das minas do Suímo (Belas), sua identificação com Ossumo e respectiva exploração pela Coroa na Idade Média”, *Arqueologia do Estado. 1.^{as} Jornadas sobre formas de organização e exercício dos poderes na Europa do Sul, séculos XIII-XVIII*, Lisboa, História e Crítica, 1988, pp. 465-473; José Cardim RIBEIRO: “Felicitas Ivlia Olisipo. Algumas considerações em torno do catálogo Lisboa Subterrânea”, sep. de *Al-Madan*, II: 3 (1994), p. 82. Outras possíveis localizações foram aduzidas por Adel SIDARUS e António REI: *op. cit.*, pp. 41-42, 48 e 54; Íd.: “Ocupação humana no alfoz de Lisboa durante o período islâmico (714-1147)”, *A Nova Lisboa Medieval. Actas do I Encontro*, Lisboa, Edições Colibri, 2001, p. 31; Jorge de ALARCÃO: “Notas de Arqueologia, epigrafia e toponímia – V”, *Revista Portuguesa de Arqueologia*, Lisboa, 11: 1 (2008), pp. 115-116; André de OLIVEIRA-LEITÃO: *O Povoamento no Baixo Vale do Tejo: entre a territorialização e a militarização (meados do século IX-início do século XIV)*, Dissertação de mestrado inédita, Universidade de Lisboa, 2011, p. 31; António REI: *O Gharb al-Andalus al-Aqsá...*, pp. 149 e 192.

³² António Borges COELHO: *op. cit.*, p. 37.

³³ M. CACHÃO, P. E. FONSECA, R. Galopim de CARVALHO, C. Neto de CARVALHO, R. OLIVEIRA, M. M. FONSECA e J. MATA: “A mina de granadas do Monte Suímo: de Plínio-o-Velho e Paul Choffat à actualidade”, *E-Terra. Revista Electrónica de Ciências da Terra*, 18: 20 (2010), p. 2.

³⁴ Cf. Sérgio Luís CARVALHO: *op. cit.*, 466-468.

³⁵ Cf. António REI: *O Gharb al-Andalus al-Aqsá...*, pp. 123, 125, 144, 149 e 192.

Se tivermos em conta a forte possibilidade de que esse reduto fortificado estaria mesmo edificado no Monte Suímo, até pela situação geográfica atrás descrita, capacidade de visualização e de comunicação a longa distância com outros locais importantes integrados na óptica do sistema defensivo que temos vindo a referir, quando é que teria sido erguido? Qual a sua tipologia? Até quando terá estado em funcionamento? Embora ainda não existam possíveis repostas para estas questões, observações efectuadas por Vítor Rafael Sousa e Rui Oliveira em Monte Suímo permitiram verificar a existência de fragmentos de telhas e outras cerâmicas cronologicamente enquadráveis no período alto-medieval/islâmico, bem como a existência de estruturas que poderão corresponder às ruínas de uma antiga fortificação (figs. 1 e 2).³⁶ Todavia, são necessários trabalhos arqueológicos para que se possa compreender realmente qual a realidade estrutural que subsistiu naquele local e se, de facto, os vestígios dizem respeito a uma antiga fortificação muçulmana.



Fig. 1 – Ruínas de estruturas pétreas observáveis em Monte Suímo (foto: Vítor Rafael Sousa).

³⁶ Agradecemos a Rui Oliveira e a Vítor Rafael Sousa pelas indicações e contributo fotográfico nesta parte do estudo.



Fig. 2 – Fragmentos de telhas alto-medievais/islâmicas em Monte Suímo (foto: Vítor Rafael Sousa).

Ainda no interior do concelho de Sintra, é de referir o topónimo Albarraque, localidade que chegou a integrar o termo de Cascais nos séculos XIV-XV. Manuel A. P. Lourenço, embora sem indicar qualquer tipo de fonte ou hipótese explicativa, referiu que Albarraque deriva do nome de um chefe militar: «Alborak» ou «Al-Borrak».³⁷

No limite costeiro Noroeste de Cascais há que referir o porto do Touro, local ladeado a poente pelo Espigão das Ruívas, rochedo na cota dos 30 m, já em território de Sintra e onde foram exumados materiais arqueológicos da Idade do Ferro, do Período Romano e do Período Islâmico.³⁸ O porto do Touro foi usado até muito recentemente por pescadores, sendo que no Espigão das Ruívas foram detectadas as ruínas de uma estrutura pétreia que chegou a ser apontada como sendo o que restava de uma pequena habitação, havendo, por outro lado, investigadores que crêem que tenha funcionado como farol na Idade do Ferro e no Período Romano.³⁹ Mais olhares são necessários sobre este assunto. A estrutura pétreia exígua e as telhas do Período Romano e do Período Islâmico ali detectadas sugerem que se estava perante um pequeno edifício que deverá ter funcionado como casa-abrigo, decerto com funções ligadas à navegação, podendo ter funcionado como vigia e local de sinalização do porto do Touro aos navegantes, espaço que também poderá ter sido usado para desvio, descaminho e contrabando de mercadorias desde tempos recuados. Ainda que subsistam diversas dúvidas sobre a sua funcionalidade, o Espigão das Ruívas, à semelhança do Alto da Vigia e do porto de Cascais, é um dos locais do litoral de Sintra-Cascais em que a arqueologia comprovou uma ocupação humana em longa duração, abarcando diferentes períodos históricos, dando sentido a uma contínua

³⁷ Cf. Manuel A. P. LOURENÇO: “História de Cascais e do seu Concelho”, *A Nossa Terra*, 43 (1953), p. 10.

³⁸ Guilherme CARDOSO, Jorge MIRANDA e Carlos A. TEIXEIRA: *Registo fotográfico de Alcabideche e alguns apontamentos histórico-administrativos*, Alcabideche, Junta de Freguesia de Alcabideche, 2009, p. 35.

³⁹ Sobre as problemáticas em torno deste assunto, cf. Marco Oliveira BORGES: “A importância do porto do Touro...”, pp. 167-173, 175 e 182.

utilização de sítios e até de reutilização e readaptação de estruturas que temos realçado em outros estudos sobre este complexo geográfico.

Entre o Espigão das Ruivas e a faixa costeira que vai até à entrada da barra do Tejo, ou ainda mais para Oriente⁴⁰, terão existido diversos postos defensivos e de apoio à navegação, bem como outros tipos de estruturas e de presença humana, sendo que alguns topónimos indicam uma ligação ao passado islâmico. Imediatamente a Norte do cabo Raso surge o topónimo Ponta da Moura e, um pouco mais para Norte, Costa da Arribana. Adalberto Alves liga o topónimo Arribana ao árabe *ar-riḥāna*, «as nossas casas», telheiro para arrumação de alfaias agrícolas ou recinto para pernoita de gado.⁴¹ Por outro lado, sem qualquer relação com a presença muçulmana, também foi sugerido que o étimo Arribana possa estar ligado a aspectos de navegação.⁴²

Na costa da Guia, sítio usado como ancoradouro desde a Antiguidade⁴³, foi edificado um farol junto da ermida quinhentista com invocação a Nossa Senhora da Guia, alegadamente em 1537⁴⁴, tendo sido reconstruído posteriormente ao terramoto de 1755 e existindo ainda na actualidade. Em 1554, Damião de Góis dava conta da importância nocturna daquele lugar aludindo ao acendimento de fachos para apoiar os mareantes.⁴⁵ É possível que neste local já existisse alguma estrutura muito anteriormente a estas datas quinhentistas, tendo o mesmo sido usado em larga diacronia e também com as funções de vigilância para alertar sobre a vinda de navios inimigos. Aliás, muito próximo do referido farol, ligeiramente a Sudeste, a cartografia indica o topónimo Alpendrada (ou Ponta da Alpendurada), estando associado a significados como «grande alpendre com colunas» e «casa térrea»⁴⁶, tendo surgido possivelmente da designação de um edifício do Período Islâmico que ali terá existido. O topónimo surge grafado junto à extremidade rochosa de uma pequena enseada onde foram detectados dois canhões da Idade Moderna. É muito provável que este local tenha sido usado para se estabelecer algum tipo de

⁴⁰ Cf. Íd.: “A defesa costeira no distrito de Lisboa durante o período islâmico. I – A área a ocidente da cidade de Lisboa”, em Catarina TENTE, João Luís FONTES, Luís Filipe OLIVEIRA, Mário FARELO e Miguel MARTINS (coords.), *Lisboa Medieval: Gentes, Espaços e Poderes. Textos seleccionados do III Colóquio Internacional “A Nova Lisboa Medieval” (Lisboa, FCSH-NOVA, 20-22 de Novembro de 2013)*, Lisboa, Instituto de Estudos Medievais (no prelo).

⁴¹ Adalberto ALVES: “Arribana”, *Dicionário de Arabismos da Língua Portuguesa*, Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 2013, p. 239.

⁴² Jorge FREIRE: *À vista da costa...*, p. 105.

⁴³ Jorge FREIRE, Miguel LACERDA, José António GONÇALVES, João Pedro CARDOSO e António FIALHO: “A navegação romana no litoral de Cascais. Uma leitura a partir dos novos achados ao largo da Guia”, *Al-Madan*, II: 19, I (2014), pp. 36-41.

⁴⁴ Frederico CRUZ: “Pequena história dos faróis portugueses”, *Boletim da Pesca*, 18 (1948), p. 66.

⁴⁵ «A pequena distância, no extremo da abertura do estuário de Lisboa, vê-se sobre cachopos uma ermida dedica à Nossa Senhora da Guia: ali acendem à noite uns fachos para indicar o trajecto aos navegantes nocturnos, evitando assim que estes, não conhecendo bem aqueles sítios, se vejam arrastados a arremessar as naus contra os baixios e rochedos vizinhos” (Damião de GÓIS: *Descrição da Cidade de Lisboa*, 2ª ed., Lisboa, Livros Horizonte, 2001, p. 41).

⁴⁶ Adalberto ALVES: “Alpendorada” e “Alpendrada”, *Dicionário de Arabismos...*, p. 193.

contacto naval com terra, algo que deverá ter ocorrido em longa duração. A área terrestre desta enseada⁴⁷ apresenta estruturas pétreas que precisam de ser averiguadas e contextualizadas.

Não muito longe da costa da Guia, um pouco mais para o interior, existe a localidade denominada Torre, topónimo que A. H. de Oliveira Marques indicou já vir atestado em finais da Idade Média⁴⁸ e que estará associado à existência de uma antiga atalaia.⁴⁹ Daqui era possível observar o mar e dar o sinal de alarme para o interior do território, ao mesmo tempo que se podia comunicar com outros postos de vigia, incluindo da serra de Sintra. Porém, não se sabe a que época remonta a utilização daquele espaço para vigilância do território.

Com vista privilegiada para a costa da Guia, para o farol local e mar envolvente, encontra-se o sítio conhecido por Boca do Inferno, antiga gruta que, como já foi referido, terá vindo referida nas descrições dos autores muçulmanos. Muito embora nada seja dito quanto à existência de edificações ou à importância deste local para a navegação, sabemos que se insere numa área usada desde a Antiguidade.

Num cabeço acima da Boca do Inferno, dominando largamente a vista oceânica, sobretudo para Sul, permitindo ainda vislumbrar a serra da Arrábida, o cabo Espichel mas também a entrada da barra do Tejo, encontra-se edificada a Vigia do Facho (fig. 3). Esta foi a única torre de vigia, entre as três que se sabe terem existido na costa ocidental de Cascais até ao cabo da Roca, que subsistiu até aos nossos dias.⁵⁰ De planta quadrangular, com um único compartimento, abobadado, que serviria para alojamento e armazém, esta torre encontra-se bem preservada, situação para a qual contribuíram reconstruções que se deram ao longo do tempo.⁵¹ O facto de estar dentro de uma propriedade privada, estando assim protegida de acções antrópicas e de actos de vandalismo, também ajudou a preservar a edificação. Refira-se, ainda, que a mesma está dotada de uma escada exterior, em pedra, que permite o acesso a um pequeno terraço lajeado de onde o vigia de serviço observava o horizonte.⁵² Na parede do lado poente foi colocado um suporte para o sino de alarme, permitindo alertar as proximidades assim que se avistassem navios inimigos ou suspeitos.

Não é possível determinar a época de fundação da Vigia do Facho, sendo que o primeiro registo documental que atesta a sua existência data de 1805, ano em que tinha ao seu serviço

⁴⁷ Outra enseada das proximidades, a da Maceira, deverá sido uma pequena praia em tempos recuados, mas hoje em dia encontra-se praticamente toda coberta por blocos de pedra que foram caindo da falésia e agrupados pelo mar.

⁴⁸ A. H. de Oliveira MARQUES: “Para a História do Concelho de Cascais na Idade Média – II”, *Novos Ensaios...*, p. 139.

⁴⁹ Carlos CALLIXTO: *Fortificações da praça de Cascais a Ocidente da vila*, Lisboa, 1980, pp. 154-155.

⁵⁰ As outras duas estavam, uma junto ao cabo da Roca, a outra na elevação dos Oitavos (cf. Joaquim Manuel Ferreira BOIÇA e Maria de Fátima Rombouts de BARROS: “As fortificações marítimas a Ocidente de Cascais”, em Joaquim Manuel Ferreira BOIÇA, Maria de Fátima Rombouts de BARROS e Margarida de Magalhães RAMALHO, *As fortificações marítimas da costa de Cascais*, Lisboa, Quetzal, 2001, p. 162).

⁵¹ Carlos CALLIXTO: op. cit., p. 154.

⁵² *Ibidem*; Joaquim Manuel Ferreira BOIÇA e Maria de Fátima Rombouts de BARROS: op. cit., p. 162.

um cabo e um soldado.⁵³ No entanto, não é de excluir a hipótese de ter existido nesse mesmo local, ou nas imediações, uma outra construção mais antiga e da qual não subsistiram vestígios.⁵⁴ Pela posição estratégica do sítio, não é nada de admirar que a estrutura primitiva remontasse a épocas muito mais recuadas, tendo sofrido recuperações ao longo do tempo, à semelhança do que aconteceu em diversos casos da costa algarvia em que se ocuparam locais estratégicos e em que edificações foram sendo reutilizadas e readaptadas em larga diacronia.⁵⁵ À falta de documentos, somente futuros trabalhos arqueológicos em redor da Vigia do Facho poderiam ajudar a determinar a possível época da sua construção.



Fig. 3 – Vigia do Facho (foto: Marco Oliveira Borges).

Junto à Boca do Inferno é de assinalar igualmente o topónimo Torrelhão. Não se sabe se a sua origem estará associada à geomorfologia local, tendo sido avançado que a parte rochosa em que se encontra se assemelha à forma de uma torre⁵⁶, ou a uma antiga estrutura que poderá ter existido nas proximidades.

Penetrando no interior do concelho de Cascais, refira-se que existem topónimos que se podem ligar com a vida militar. É o caso de Alcoitão, indicado como tendo derivado de *al-qayatun*, «a tenda».⁵⁷ António Rei refere que este termo terá a mesma origem que Alqueidão,

⁵³ Carlos CALLIXTO: op. cit., p. 154; Joaquim Manuel Ferreira BOIÇA e Maria de Fátima Rombouts de BARROS: op. cit., p. 162.

⁵⁴ *Ibidem*.

⁵⁵ Cf. Helena CATARINO: “Fortificações do Período Islâmico e a defesa marítima e fluvial no Algarve Oriental”, em Maria Graça A. Mateus VENTURA (coord.), *O Mediterrâneo Ocidental. Identidades e fronteira*, Lisboa, Edições Colibri, 2002, pp. 119-141.

⁵⁶ Jorge FREIRE: *À vista da costa...*, p. 109.

⁵⁷ Adalberto ALVES: “Alcoitão”, *Dicionário de Arabismos...*, p. 131.

razão pela qual colocou a hipótese de ali ter existido outrora um acampamento militar.⁵⁸ Nas proximidades já existia a via terrestre que seguia de Sintra para Cascais, com passagem por Alcabideche⁵⁹, fazendo a ligação entre o interior do território e o porto cascalense. De Cascais partia outra via para Lisboa, tal como acontecia a partir de Sintra, remontando ao Período Romano.

Igualmente no interior do território cascalense, mas já na fronteira com Oeiras, é de referir o topónimo Talaíde, possivelmente relacionado com a existência de uma antiga torre de vigilância com a função de observar o redor e assinalar a presença inimiga.⁶⁰

Um outro local que terá tido importância no que respeita às lides de vigia do território é o Outeiro da Vela, morro situado nas Fontainhas, perto de Alvide, devendo ter sido um dos pontos mais importantes de observação costeira do actual concelho de Cascais. Com vasta e magnífica visão para Norte, dominando todo o território envolvente e a paisagem da serra de Sintra, bem como para Sul, com o porto de Cascais, a entrada da barra do Tejo, o mar envolvente e o cabo Espichel, decerto que este sítio terá sido usado para dar o alerta perante a chegada de navios inimigos e estabelecer comunicação com diversos postos de vigia a curta e longa distância. Aliás, o próprio topónimo Outeiro da Vela está associado a actividades de vigilância, sendo referido como um local onde se «velava» pela segurança dos moradores de Cascais e do seu termo.⁶¹

Muito embora as observações que se sabem ter feito neste local não tenham permitido detectar quaisquer vestígios arqueológicos, até porque o mesmo foi parcialmente urbanizado⁶² e, noutras partes do solo, sofreu diversas transformações de ordem antrópica, fica a hipótese de que, no âmbito de outros locais estratégicos deste litoral usados em longa duração, o Outeiro da Vela já tivesse relativa importância anteriormente ao Período Islâmico, servindo como atalaia.

Junto à linha costeira surgem outros topónimos que podem estar associados ao passado islâmico e a um contexto defensivo, até mesmo Cascais. Entre as teorias existentes sobre a origem deste topónimo, aquela que reunia maior consenso diz que o mesmo virá do plural de *casca*, estando relacionado com a possível abundância de amontoados de cascas ou de conchas de moluscos marinhos. Esta é uma teoria que acabou por ficar associada a um contexto português em que o topónimo Cascais teria derivado, por simplificação, de uma hipotética aldeia dos Cas-

⁵⁸ António REI: "Ocupação humana no alfoz de Lisboa...", p. 36.

⁵⁹ A. H. de Oliveira MARQUES e João José Alves DIAS: *Atlas Histórico de Portugal e do Ultramar Português*, Lisboa, Centro de Estudos Históricos, 2003, p. 45.

⁶⁰ A. H. de Oliveira MARQUES: "O «Portugal» islâmico", em Joel SERRÃO e A. H. de Oliveira MARQUES (dir.), *Nova História de Portugal*, vol. II – *Portugal das Invasões Germânicas à Reconquista*, Lisboa, Editorial Presença, 1993, p. 196.

⁶¹ J. Diogo CORREIA: *Toponímia do concelho de Cascais*, Cascais, Câmara Municipal de Cascais, 1964, p. 45.

⁶² Quando Guilherme Cardoso visitou o local, no âmbito do seu trabalho de prospecção arqueológica levado a cabo no concelho de Cascais desde inícios da década de 1970, a urbanização que já se fazia sentir e o remeximento do solo não permitiram a detecção de vestígios arqueológicos. Agradecemos a informação partilhada pelo arqueólogo. Para o conhecimento completo dos trabalhos desenvolvidos até 1991, cf. Guilherme CARDOSO: *Carta Arqueológica do Concelho de Cascais*.

cais.⁶³ No entanto, mais recentemente, tem-se associado ao topónimo Cascais o nome do navegador muçulmano Khashkhash (século IX).⁶⁴

Ao que tudo indica, parece ter sido Oliveira Marques quem primeiramente estabeleceu uma possível relação entre Cascais e Khashkhash⁶⁵, ainda que numa simples nota de rodapé e sem aduzir qualquer tipo de explicação.⁶⁶ Posteriormente, outros autores viriam a debruçar-se sobre a mesma questão embora sem terem conhecimento da interrogação levantada por aquele investigador. Se nalguns casos a associação entre Khashkhash e Cascais tem pecado por ser feita sem qualquer ligação histórica ou filológica explicativa que possa elucidar os leitores, noutras é feita através da proximidade fonética entre o topónimo e o nome do almirante – por meio da transliteração Kaxkax –, sem o apoio nas fontes muçulmanas e sem o conhecimento das problemáticas historiográficas que giram em torno desta figura, divulgando-se dados que resultam de uma imprecisão que coloca Khashkhash fora da sua época histórica mais de 250 anos depois, que o destaca infundadamente como um corsário responsável por manter a ordem num vasto sector marítimo a Norte de Lisboa, entre outros equívocos.⁶⁷

Em todo o caso, e se do ponto de vista histórico acredita-se que possa ter existido um contacto entre Khashkhash e Cascais, possivelmente no âmbito das lides da defesa costeira do al-Ándalus, pelo que seria possível que o porto desta vila tivesse ganho nome através do contacto com o almirante⁶⁸, do ponto de vista linguístico também é possível ligar os dois étimos: através da mediação do étimo *casca* e de uma ligação à Catalunha. Já vimos que a teoria «oficial» diz que Cascais é um topónimo que virá do plural de *casca*. Contudo, mantendo à mesma

⁶³ «A tese mais verosímil aponta para a provável palavra portuguesa *casca* – à semelhança de areal, faial, funchal – identificadora de um terreno ou uma praia coberta de cascas ou conchas de mariscos. Haveria nesta zona alguns *cascais* e o topónimo primitivo seria porventura a *aldeia dos cascais* ou a *dos cascais*, de onde derivou, por simplificação, Cascais. Seria assim? Só a documentação nos poderá um dia responder» (cf. A. H. de Oliveira MARQUES: “Para a História do Concelho de Cascais na Idade Média – I”, pp. 111-112).

⁶⁴ Sobre as problemáticas em torno deste assunto, cf. Marco Oliveira BORGES: “A defesa costeira do litoral de Sintra-Cascais durante a Época Islâmica. II – Em torno do porto de Cascais”, em Ana CUNHA, Olímpia PINTO e Raquel de Oliveira MARTINS (coords.), *Paisagens e Poderes no Medieval Ibérico. Actas do I Encontro Ibérico de Jovens Investigadores em História Medieval. Arqueologia, História e Património*, Braga, Centro de Investigação Transdisciplinar “Cultura, Espaço e Memória”, Universidade do Minho, 2014, pp. 430-435; Íd. e Helena Condeço de CASTRO: “O navegador muçulmano Khashkhash e a possível ligação com o topónimo Cascais: problemas e possibilidades”, *Arquivo de Cascais*, 14 (2015), pp. 6-29.

⁶⁵ Khashkhash, Kaxkax, Hashas, Jashjash, Chaschchasch, etc., conforme as transliterações do árabe para diferentes línguas. Adoptámos a transliteração Khashkhash por transcrever de forma (quase) inequívoca os sons da língua árabe. Por limitações tipográficas não temos usado letras com diacríticos.

⁶⁶ «Haverá alguma relação entre Cascais e este Hashas?» (cf. A. H. de Oliveira MARQUES: “O «Portugal» islâmico”, p. 245, n. 6).

⁶⁷ Cf. a bibliografia citada e a análise do assunto feita por Marco Oliveira BORGES e Helena Condeço de CASTRO: op. cit., pp. 7-11.

⁶⁸ Para além de nomes comuns, também a topo-antroponímia de origem árabe não é uma raridade no território português, estando desde há muito estabelecidos étimos com essa origem, como é o caso de Marvão, aparecendo atestado pelo menos em sete localidades distintas (cf. Pedro Cunha SERRA: *Contribuição topo-antroponímica para o estudo do povoamento do Noroeste peninsular*, Lisboa, Centro de Estudos Filológicos, 1967, pp. 51-52).

o elemento *cascal*, é possível pensar noutras hipóteses. Em árabe, *khashkhash* é a palavra sinónima do português «papoila-dormideira», enquanto que no léxico do catalão existe a palavra árabe *cascall*, significando precisamente «papoila-dormideira». ⁶⁹

É possível que, à semelhança do que aconteceu em séculos posteriores, o local que viria a ter o nome Cascais tenha tido alguma importância no apoio às armadas de defesa costeira já durante o Período Islâmico e que Khashkhash tenha tido um contacto permanente com aquele porto. ⁷⁰

Com o decorrer das investigações, e da exequível ligação entre Khashkhash e Cascais, surgiu outra hipótese para a possível origem do étimo que dá nome a esta vila. Para além de *cascall* figurar no léxico do catalão, é conhecida a existência de uma vila partilhando o mesmo nome, na Catalunha, anteriormente a 1097, a qual possuía uma *rábita* ⁷¹, conhecida na documentação cristã por «ràpita del Cascall». Quando pensados em analogia com Cascais, estes dados levam-nos a pensar que a origem deste topónimo poderá mesmo estar associada ao contexto de defesa costeira do al-Ândalus e à deslocação (voluntária ou em serviço do poder central) de forças militares dessa área para a *kura* de Lisboa, acabando, de alguma forma, aquele porto por ganhar um nome que já existia do lado oriental do al-Ândalus (Sharq al-Ândalus). Esta é uma hipótese que deve ser vista em paralelo com outras localidades cujo nome está associado à vinda de grupos humanos, clãs ou tribos de outras áreas do al-Ândalus e do Norte de África. A título de exemplo, refira-se Alcorvim ⁷² (Malveira da Serra, Cascais), topónimo que tem sido relacionado com Cairuão, capital de Ifríquia, no Magreb Oriental.

Para reforçar esta hipótese de uma possível deslocação humana, note-se que na documentação catalã, associada às formas *Kashtali*, *Kashki*, *Kashkallu*, *Kashkali* (árabes) ⁷³ e *Cascall* (cristã), existem as variantes toponímicas *Cascal*, *Cascallo*, *Cascayo*, *Caschais*, *Cascai*, *Cascacit* e *Cascayll*. Parece-nos demasiado evidente que o topónimo Cascais, na sua forma primitiva e podendo derivar do contexto árabe catalão descrito (ainda que a raiz daquela vila catalã e o topónimo pudessem ser anteriores à ocupação muçulmana do local) ⁷⁴, tivesse, posteriormente,

⁶⁹ Marco Oliveira BORGES e Helena Condeço de CASTRO: op. cit., pp. 18-19.

⁷⁰ Cf. a problematização desenvolvida por *Ibidem*, pp. 14-17.

⁷¹ O geógrafo al-Idrisi menciona uma «rabit de Kashtali» situada a Sul de Tortosa, descrevendo-a como «formosa, forta i inexpugnable vora la mar i compta amb una guarnicio (*qawm*) brava» (cf. Dolors BRAMON: “La Rapita del Cascall al delta de l’Ebre”, *La Rábita en el Islam...*, p. 120).

⁷² Derivação de Alquerubim, sendo que, por vezes, também surge grafado como Alcorobim. Alquerubim pode derivar do árabe *al-qarawiyin*, significando «os de Qayrawan», Cairuão, cidade situada na actual Tunísia. A sua importância religiosa assume tal importância que é vista como a «Meca do Ocidente» (cf. José Pedro MACHADO: *Sintra muçulmana. Vista de olhos sobre a sua toponímia arábica*, Lisboa, Na Imprensa Mediniana, 1940, p. 8; J. Diogo CORREIA: op. cit., pp. 15-16; Pedro Cunha SERRA: op. cit., pp. 21-22; José Pedro MACHADO: “Alquerubim”, *Dicionário Onomástico Etimológico da Língua Portuguesa*, 2.ª ed., vol. I, Lisboa, Livros Horizonte, 1993, p. 111; António REI: “Ocupação humana no alfoz de Lisboa...”, pp. 31-32, n. 35). Adalberto Alves faz derivar o topónimo Cairuão de *qayrawân*, significando «campo da guarnição [militar]» (cf. Adalberto ALVES: “Cairuão”, *Dicionário de Arabismos...*, p. 349).

⁷³ Dolors BRAMON: *El Mundo en el Siglo XII. Estudio de la versión castellana y del “Original” Árabe de una geografía universal: “El tratado de al-Zuhri”*, Barcelona, Editorial AUSA, s.a., p. 158, n. 780.

⁷⁴ Marco Oliveira BORGES e Helena Condeço de CASTRO: op. cit., pp. 27 e 29.

seguido semelhantes formas das que surgem atestadas na documentação cristã catalã até chegar à actual. Assim, importa frisar que tanto a primeira forma conhecida do topónimo (*Cascays*), bem como a forma actual (Cascais), seguem sem qualquer dúvida a orientação das variantes catalãs.



Fig. 4 – Mapa do al-Ândalus e parte do Norte de África, c. 868 (simplificado).

A ligação de Cascais ao passado islâmico não se fica pela possível origem árabe deste topónimo nem por outros localizados mais para o interior. Situado a cinco léguas de Lisboa, último porto marítimo antes da entrada na barra do Tejo e que face a uma série de condicionantes geográficas que limitavam a navegação destinada àquela cidade e que o tornavam num local único de escala e apoio ao movimento marítimo⁷⁵, acrescentando ainda o facto de que já no Período Romano tivera a sua importância⁷⁶, é muito provável que o porto de Cascais já tivesse uma função militar durante a ocupação islâmica.

Ainda que os testemunhos arqueológicos do Período Islâmico obtidos até ao momento no centro histórico cascalense sejam poucos, situação que levou a ser dito que o local apenas

⁷⁵ Sobre este assunto e as condicionantes geográficas que faziam de Cascais um porto fulcral no apoio a toda a navegação com destino a Lisboa, cf. Marco Oliveira BORGES: *O porto de Cascais...*, pp. 61-81 e *passim*; Íd.: “Em torno da preparação do cerco de Lisboa (1147)...”, pp. 126-129; Íd.: “A defesa costeira do litoral de Sintra-Cascais durante a Época Islâmica. II...”, p. 425. Para uma visão renovada do espaço portuário, cf. Íd.: “Caracterização e funcionalidade de um porto atlântico em finais da Idade Média: o exemplo de Cascais”, em *Actas das Jornadas Internacionais de Idade Média – O papel das pequenas cidades na construção da Europa medieval* (no prelo).

⁷⁶ Vide supra, n. 14.

havia sido ocupado de forma esporádica por pescadores e comerciantes que se abrigavam das intempéries, não é de crer que assim tenha sido.⁷⁷

O primeiro testemunho documental da existência de uma edificação junto ao povoado marítimo de Cascais remonta a 8 de Abril de 1370, sendo a carta de doação do castelo e lugar de Cascais a Gomes Lourenço do Avelar.⁷⁸ Porém, em 1758 o P.^e Manuel Marçal da Silveira referiu que a vila estava «sem Relógio, porque este, e sua grande Torre feita pelos Mouros, [...] sefes em cinzas» após o terramoto de 1 de Novembro de 1755.⁷⁹ Fr. António do Espírito Santo também havia aludido à destruição desta estrutura: «cahio a torre com o seu mais especioso relógio nas sonoras vozes do seu sino, que fica olhando para o Norte, e matando 22 pessoas».⁸⁰

A partir destes testemunhos pode-se, desde logo, reter que a torre, sendo descrita de forma individualizada, é destacada pela sua grande dimensão, por conter o relógio da vila e por estar voltada a Norte. O facto de Cascais ter então um amuralhamento com várias torres remete automaticamente para a ideia de que a torre moura fosse uma das torres dessa estrutura. Foi neste sentido que Carlos Callixto afirmou que a dita torre moura fazia parte do castelo de Cascais⁸¹, ou seja, do recinto amuralhado que surge representado na gravura de Georg Braun e de Frans Hogenberg (fig. 5) publicada em 1572⁸², bem como nas plantas da vila de Cascais de finais do século XVI, se bem que o investigador não tenha arriscado uma localização exacta. Apenas dez anos depois, por intermédio de Guilherme Cardoso e João Pedro Cabral, foi teorizada a sua localização precisa, dizendo-se que estava a nascente da torre-porta e que era de configuração circular⁸³, conforme surge representada em finais do século XVI.

Em 1953, Manuel A. P. Lourenço referia que «se alguns monumentos importantes deixaram os mouros em Cascais, não os respeitou o tempo», aludindo aos terramotos para o aceleração da sua ruína.⁸⁴ Quanto à alegada torre moura, o investigador local fazia notar que até poderia ser anterior ao Período Islâmico visto que o povo, sem saber exactamente a que épocas pertencem determinadas estruturas e vestígios, sejam romanos, mais antigos ou não, acaba por remeter quase sempre as obras como tendo sido «executadas pelos árabes, por ser

⁷⁷ Cf. a problematização desenvolvida por Marco Oliveira BORGES: “A defesa costeira do litoral de Sintra-Cascais durante a Época Islâmica. II...”, pp. 425-428.

⁷⁸ ANTT: *Chancelaria de D. Fernando*, liv. 1, fl. 56.

⁷⁹ Pub. por Ferreira de ANDRADE: *Cascais – Vila da Corte. Oito Séculos de História*, Cascais, Câmara Municipal de Cascais, 1964, p. XX (doc. 2).

⁸⁰ Íd.: *A Vila de Cascais e o Terremoto de 1755*, 2.^a ed, Cascais, Câmara Municipal de Cascais, 1964, p. 12.

⁸¹ Carlos CALLIXTO: “A Praça de Cascais e as Fortificações suas dependentes”, *Revista Militar*, 5 (1978), p. 326.

⁸² Embora o seu arquétipo possa remontar a finais do século XV ou a inícios do seguinte (cf. João J. Alves DIAS: “Cascais e o seu termo na primeira metade do século XVI – aspectos demográficos”, *Arquivo de Cascais. Boletim Cultural do Município*, 6 (1987), p. 67; Íd.: “Lisboa Medieval na Iconografia do século XVI”, *Ensaio de História Moderna*, Lisboa, Editorial Presença, 1988, p. 120).

⁸³ Guilherme CARDOSO e João Pedro CABRAL: “Apontamentos sobre os vestígios do antigo castelo de Cascais”, *Arquivo de Cascais. Boletim Cultural do Município*, 7 (1988), pp. 86-87.

⁸⁴ Manuel A. P. LOURENÇO: “História de Cascais e do seu Concelho”, *A Nossa Terra*, 43 (1953), p. 10.

destes que as notícias são mais vivas e recentes».⁸⁵ Porém, a verdade é que a suposta antiguidade e origem islâmica da torre não foi tida em conta nas décadas seguintes, isto porque se usou de forma inversa o argumento atrás invocado por Manuel A. P. Lourenço. Ou seja, desvalorizou-se a hipótese da antiguidade da torre e de esta poder remontar ao Período Islâmico porque «o povo diz que todas as construções antigas são do tempo dos mouros».⁸⁶

De facto, no imaginário popular, tudo o que é imemorial é remetido para o tempo dos mouros, tempo esse que, na verdade, não passa de um arquétipo da memória colectiva em que se centram neles todos os feitos das etnias primitivas.⁸⁷ E isso está associado ao facto de que, cronologicamente, as invasões muçulmanas foram as últimas de um tempo «relativamente recente» que assolaram este território de forma duradoura.⁸⁸

Seja como for, a década de 1990 iria trazer novidades que fizeram repensar a antiguidade da dita torre, até para uma época anterior à islâmica. Em 1996, resultado dos trabalhos arqueológicos iniciados quatro anos antes junto à torre-porta da muralha de Cascais – a poucos metros do sítio onde existiu essa torre de suposta origem islâmica – e que vieram a revelar a existência das cetárias romanas, foi publicado um outro estudo onde foi colocada a hipótese da torre moura poder ser de origem romana.⁸⁹ A ter sido uma torre de origem romana ou islâmica que subsistiu até 1755, algo que só seria possível confirmar ou desmentir mediante escavações arqueológicas, não podemos deixar de pensar em evidentes transformações que terá sofrido ao longo do período medieval e até exequíveis danos verificados com os sismos ocorridos na primeira metade do século XVI (1504-1505, 1512, 1528 e 1531), os quais terão provocado estragos na torre que D. João II mandou construir na ponta Sul de Cascais e no próprio recinto amuralhado da vila.⁹⁰ Aliás, pensa-se que essa suposta torre moura surge numa planta de Cascais datada de 22 de Janeiro de 1594 (de autoria desconhecida)⁹¹, sendo representada com uma cúpula semelhante à usada nos faróis.⁹² Portanto, diferente daquilo que teria sido inicialmente.

Quanto ao castelo de Cascais, qual a data da sua construção? Para Manuel A. P. Lourenço, apresentando duas imprecisões cronológicas, a época de construção do castelo deveria situar-se algures após a tomada de Lisboa aos mouros e 1373. Com maior

⁸⁵ *Ibidem*, p. 10.

⁸⁶ Cf. Carlos CALLIXTO: *op. cit.*, p. 326; seguido por Guilherme CARDOSO e João Pedro CABRAL: *op. cit.*, p. 86.

⁸⁷ Relativamente ao imaginário popular sobre os mouros, cf. Alexandre PARAFITA: “Mouros históricos e mouros míticos: dualidades e complementariedades”, em *Actas das V xornadas de literatura de tradición oral. Os mouros e as mours: máxicos enigmáticos da mitología popular*, Asociación de Escritoras e Escritores en Lingua Galega, 2012, pp. 41-50.

⁸⁸ *Ibidem*, p. 49.

⁸⁹ João Pedro CABRAL e Guilherme CARDOSO: “Escavações arqueológicas...”, p. 133.

⁹⁰ Cf. Marco Oliveira BORGES: *O porto de Cascais...*, pp. 186 (n. 695) e 193-194; *Íd.*: “A torre defensiva que D. João II mandou construir em Cascais: novos elementos para o seu estudo”, *História. Revista da FLUP*, IV: 5 (2015), pp. 106-108.

⁹¹ Margarida de Magalhães RAMALHO: “As fortificações marítimas do porto e da nobre vila de Cascais”, em *As fortificações marítimas da costa de Cascais*, p. 41.

⁹² Cf. João Pedro CABRAL e Guilherme CARDOSO: *op. cit.*, p. 133.

probabilidade, o investigador admitia que a construção deveria ter ocorrido entre 1189 e inícios do século XIII.⁹³ Carlos Callixto, interrogando-se se a estrutura havia sido construída entre a data da elevação de Cascais a vila (1364) e a criação do seu senhorio (1370), vincou que seria muito improvável que pudesse remontar ao Período Islâmico. Referindo, ainda, ser pouco provável que pudesse ser uma obra do reinado de D. Fernando e que deveria recuar até uma época anterior ao emprego da artilharia, o investigador deixou em aberto a possibilidade de o castelo poder remontar ao reinado de D. Afonso IV ou até mesmo ao de D. Dinis. Callixto lembrou que durante estes reinados várias fortificações foram edificadas ou restauradas.⁹⁴ Por sua vez, Guilherme Cardoso e João Pedro Cabral referiram «que ao momento da conquista de Lisboa e Sintra não existiria qualquer fortificação em Cascais, pois não se conhecem referências».⁹⁵ Na senda da interrogação colocada por Carlos Callixto, os investigadores admitiram que a construção do castelo se tenha verificado num período entre 1364, data da elevação de Cascais a vila, e 1370, data da primeira doação do lugar e castelo de Cascais, ficando assim o tempo de construção circunscrito a seis anos. Mais recentemente, José d'Encarnação referiu terem sido razões de ordem militar e estratégica «que, desde os primórdios da nacionalidade portuguesa, deram importância ao castelo de Cascais», principalmente como sentinela da barra do rio Tejo. Era este o primeiro reduto a atacar por quem quisesse apoderar-se da cidade de Lisboa.⁹⁶

No entanto, o que era o castelo de Cascais? Qual a sua configuração primitiva? Está, ainda, por esclarecer o que era realmente o castelo de Cascais: toda a cinta de muralha que vemos na gravura de 1572 (fig. 5) e nas plantas de Cascais de finais do século XVI, ou apenas um dos edifícios adossados a essa estrutura? Se a historiografia não é consensual quanto ao que era o castelo⁹⁷, se a documentação existente não revela respostas às questões que surgem e, muito menos, a época da construção do amuralhamento de Cascais, a verdade é que a arqueologia também ainda não trouxe respostas esclarecedoras. Mesmo após as escavações arqueológicas junto à torre que subsistiu até aos nossos dias, e que vieram a comprovar que a mesma «é a primitiva torre-porta [...], tendo-se observado que a mesma sofreu diversas alterações»⁹⁸, não

⁹³ Cf. Manuel LOURENÇO: “História de Cascais e do seu Concelho”, *Jornal da Costa do Sol*, 262 (1969), p. 19. O ano de 1189 é a altura em que o investigador pensava que tinha sido feita uma suposta confirmação de um primeiro foral outorgado por D. Afonso Henriques a Cascais, o qual não foi outorgado àquela aldeia mas sim a Sintra (1154). Sobre a problemática do foral de Cascais, cf. Marco Oliveira BORGES: *O porto de Cascais...*, pp. 84-85, n. 268; Íd.: “A defesa costeira do litoral de Sintra-Cascais durante a Época Islâmica. II...”, p. 422, n. 79.

⁹⁴ Carlos CALLIXTO: *op. cit.*, pp. 326-327.

⁹⁵ Guilherme CARDOSO e João Pedro CABRAL: “Apontamentos sobre os vestígios...”, p. 77.

⁹⁶ José D'ENCARNAÇÃO: *Cascais, paisagem com pessoas dentro*, Cascais, Associação Cultural de Cascais, 2011, p. 15.

⁹⁷ Cf. Marco Oliveira BORGES: “A defesa costeira do litoral de Sintra-Cascais durante a Época Islâmica. II...”, pp. 420-423.

⁹⁸ «A primeira alteração desta torre tem a ver com a necessidade de actualizar a função de fortaleza do castelo medieval com as táticas de guerra dos períodos seguintes à sua fundação, onde as armas de fogo passam a ter maior predominância. Assim, foram colocadas diversas troneiras em duas das faces

foi possível obter datações. A torre e o pano de muralhas observados assentam directamente sobre vestígios do Período Romano, por necessidade dos construtores irem até uma camada fixa para assentarem os alicerces, sendo que «o tipo de aparelho empregado nos parâmetros externos não é conclusivo quanto à época da sua construção».⁹⁹

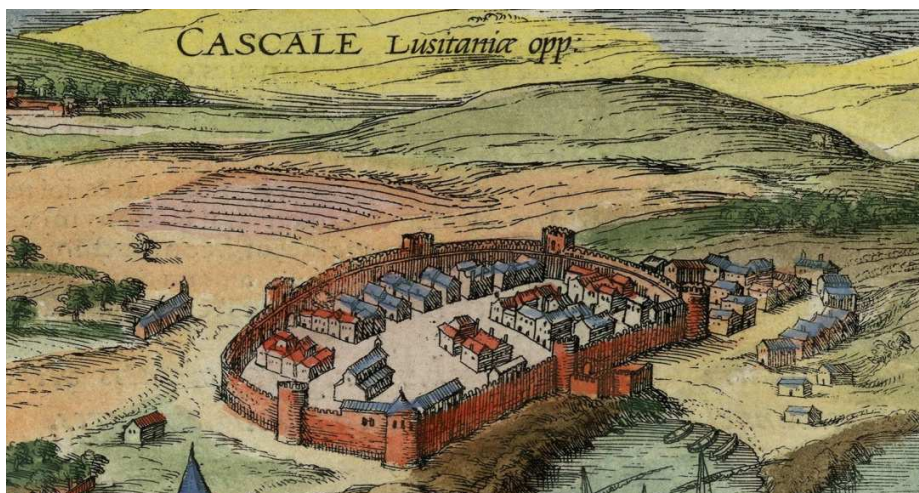


Fig. 5 – Recinto amuralhado de Cascais. Georg Braun e Frans Hogenberg, *Civitas Orbis Terrarum*, I, 1572 (© ICGC).

Apesar das várias dúvidas, e face às questões de ordem geo-estratégica que temos vindo a abordar, custa a crer que a utilização do porto de Cascais tivesse passado despercebida ao poder islâmico e que ali não tivesse sido edificada uma estrutura defensiva. Não queremos com isto dizer que já existiria o castelo ou amuralhamento, pelo menos tal como surge na gravura de 1572 ou nas plantas de finais do século XVI, mas talvez uma estrutura de menores dimensões e que, posteriormente, pudesse até ter sido alvo de ampliações ou modificações, isto no âmbito da hipótese referida por Margarida de Magalhães Ramalho.¹⁰⁰ Neste cenário, não podemos deixar de pensar na possível existência de uma edificação muçulmana, talvez um *ribat*¹⁰¹ ou outra estrutura com essa função militar e religiosa¹⁰² que pudesse albergar forças que fizessem frente à chegada de inimigos e que impedissem a utilização daquele espaço. Não ter aquele porto protegido, bem como a área de ancoradouro e desembarque que se estende para nascente, era dar a oportunidade de forças inimigas aportarem, desembarcarem, fazerem a aguada,

externas do cubelo, com o objectivo de defender a porta e impedir o acesso ao pano de muralha entre torres» (João Pedro CABRAL e Guilherme CARDOSO: *op. cit.*, p. 134).

⁹⁹ *Ibidem*.

¹⁰⁰ Margarida de Magalhães RAMALHO: “A defesa de Cascais”, *Monumentos. Cidades. Património. Reabilitação*, 31 (2011), p. 35.

¹⁰¹ Marco Oliveira BORGES: *O porto de Cascais...*, p. 184; *Íd.*: “A defesa costeira do litoral de Sintra-Cascais durante a Época Islâmica. II...”, p. 424; *Íd.* e Helena Condeço de CASTRO: *op. cit.*, pp. 24-25.

¹⁰² Vide supra, n. 4.

procurarem alimentos, descansarem e até de prepararem ataques a Lisboa ou às cidades a Sul. Os conflitos de 1383-1385 que envolveram Portugal e Castela, bem como a invasão liderada pelo duque de Alba em 1580 e os diversos actos de corso e pirataria documentados a partir do século XV, são exemplares no que respeita à importância estratégica de Cascais enquanto porta de entrada de forças inimigas vindas por mar.

Em todo o caso, não é apenas a vertente militar que nos leva a crer que a área terrestre próxima do porto de Cascais já estivesse povoada durante o Período Islâmico, sendo necessário acrescentar os navios que por aqui circulariam e que estariam envolvidos em diferentes actividades económicas. Para além de embarcações de pescadores locais, existiriam navios de transporte associados ao escoamento das mercadorias vindas do interior do território, quer do *umland* como do *hinterland*.¹⁰³ À semelhança do que acontecia no século XIV, é provável que Cascais já escoasse mercadorias de Sintra durante o Período Islâmico¹⁰⁴ ou até mesmo antes.¹⁰⁵ Deste modo, teriam de existir estruturas de apoio à navegação e às actividades económicas, tendo estas de deter alguma protecção. A possível existência de um *ribat* na área portuária de Cascais, não esquecendo que esta é uma estrutura igualmente associada ao comércio marítimo, sendo relacionável com um movimento de assentamento e de fundações costeiras ocorridos no Sharq al-Ândalus ainda durante o século IX¹⁰⁶, poderia aglutinar a esfera militar às esferas religiosas e comerciais, algo que também deverá ter ocorrido no Alto da Vigia. Ademais, e à semelhança do que acontecia em diversos locais do Sharq, é possível que Cascais e outros sítios costeiros próximos tenham chegado a ser usados como apoio a investidas de pirataria e de corso muçulmano.

Um pouco mais para nascente, mas ainda nas imediações do foco portuário cascalense e naquela que hoje em dia é conhecida como praia da Rainha, figurou até muito recentemente o topónimo Boca do Asno, que já vinha referido numa representação da costa de Cascais atribuída a finais do século XVI. Oliveira Marques estabeleceu a hipótese de este topónimo, à semelhança de outros localizados em diferentes lugares do território português, poder derivar do

¹⁰³ Sobre a aplicação destes conceitos operatórios, cf. Marco Oliveira BORGES: “Hinterland” e “Umland”, em José Vicente SERRÃO, Márcia MOTTA e Susana Münch MIRANDA (dir.), *E-Dicionário da Terra e do Território no Império Português*, Lisboa, CEHC-IUL, 2016, <https://edittip.net/category/hinterland/>, <https://edittip.net/category/umland/> (consultado pela última vez em 07-07-2016).

¹⁰⁴ Muito embora o esteiro de Colares, que dava acesso ao interior de Sintra, ainda devesse ser navegável no século XII, presume-se que fosse apenas durante a preia-mar, altura em que as águas oceânicas invadiam o vale, estando Cascais mais bem preparado para funcionar como porto daquela povoação. A essa situação acrescia o facto de Cascais estar numa área costeira mais segura para a navegação, mais próxima de Lisboa e do movimento marítimo que para lá se deslocava (cf. Íd.: *O porto de Cascais...*, pp. 94-95 e 208-209; Íd.: “A defesa costeira do litoral de Sintra-Cascais durante a Época Islâmica. II...”, pp. 425-426; Íd.: “Portos e ancoradouros...”, pp. 156 e 158).

¹⁰⁵ Íd.: “Navegação comercial fluvio-marítima e povoamento no Ocidente do *Municipium Olisiponense*: em torno dos rios Lizandro (Mafra) e Colares (Sintra)”, em *Estudos em História da Antiguidade Clássica*, Coimbra (no prelo).

¹⁰⁶ R. AZUAR: “El ribât en al-Andalus...”, pp. 28-29; Íd.: “Piratería y rãbitas...”, pp. 152-156; Íd.: “O contributo da Arqueologia...”, p. 32. O autor dá primazia às questões comerciais em detrimento dos contextos militares associados a estas estruturas.

étimo arábico *hisn*¹⁰⁷, estando assim possivelmente associado a um castelo ou a outra fortificação. Contudo, não deixou de referir que o mesmo topónimo poderá estar relacionado com o étimo *asinus* (burro), de origem latina.¹⁰⁸ Por fotografias antigas nota-se que a praia da Rainha foi fortificada, pelo menos em períodos mais recentes, percebendo-se que as estruturas foram alvo de diferentes intervenções ao longo do tempo. Aliás, naquela área existiu o forte de Almesqueiro (fig. 6), sendo esta uma fortificação pouco conhecida e que parece vir indicada apenas numa carta militar de 1906.¹⁰⁹ Não se sabe a época em que este forte foi construído.



Fig. 6 – Vestígios do antigo forte de Almesqueiro [PT/CMCSC-AHMCSC/AESP/CMBP/182].

Outro topónimo desta linha costeira que foi associado ao passado islâmico é Estoril. Recentemente, Adalberto Alves relacionou este topónimo com *ustul*, ou seja, «esquadra»¹¹⁰, um grupo de vários navios de guerra. Esta é uma interpretação que diverge de outras, sendo que uma delas vê em Estoril um topónimo ligado a uma possível antiga reserva de criação de açores existente naquele território, chamada em baixo latim *asturis* (do latim *astur*, açor). Daí teriam derivado as formas *Asturil*, *Sturile*, posteriormente, *Estoril*.¹¹¹

¹⁰⁷ E que ficou abonado «por alguma toponímia em *isna*, *asn*- e seus derivados, com correspondência castelhana nos muitos *iznal*, *áznal* e *áznar*» (A. H. de Oliveira MARQUES: “O «Portugal» islâmico”, p. 194).

¹⁰⁸ Por sua vez, Jorge Freire apresenta o topónimo como estando ligado à pesca (cf. Jorge FREIRE: *A vista da costa...*, pp. 62, 68 e 104).

¹⁰⁹ Adolpho LOUREIRO: *Os portos marítimos de Portugal e ilhas adjacentes*, vol. III, pt. I, Lisboa, Imprensa Nacional, 1906, p. 49; D. Manuel de CASTELLO BRANCO: *Embarcações e artes de pesca*, Lisboa, Lisnave, 1981, pp. 19 e 21; Cristina dos SANTOS: *Fortificações da foz do Tejo*, Dissertação de mestrado inédita, Universidade Lusíada de Lisboa, 2012, pp. 143-144.

¹¹⁰ Adalberto ALVES: “Estoril”, *Dicionário de Arabismos...*, p. 478.

¹¹¹ A. H. de Oliveira MARQUES: “Sintra e Cascais na Idade Média”, *Novos Ensaios...*, p. 146.

Seja como for, cada vez fica mais evidente que a área costeira do Estoril teve alguma importância para a navegação em épocas recuadas¹¹², até mesmo pelos materiais que a arqueologia subaquática tem vindo a identificar, sendo os mais antigos – até ao momento – canhões e âncoras da Idade Moderna.¹¹³ Muito embora o foco portuário de Cascais estivesse localizado junto à praia da Ribeira, a verdade é que a extensão oceânica e a tradição de ancoragem prolongam-se para nascente, para lá do Estoril, pelo que actividades como a pesca, o corso, a pirataria, o descaminho e o contrabando poderiam ter lugar naquela extensão marítima.¹¹⁴ Por outro lado, poderia ser a necessidade de se fazer aguada ou de desembarque que poderia levar navios àquela área, tal como ainda acontecia no século XVII com alguns corsários e piratas. Neste sentido, é perfeitamente possível que a área costeira do Estoril já tivesse alguma importância para as actividades marítimas durante o Período Islâmico.



Fig. 7 – Complexo defensivo no Baixo Vale do Tejo durante o Período Islâmico.

Conclusão

O estudo recente da militarização e da defesa costeira no distrito de Lisboa durante a ocupação islâmica tem vindo a trazer importantes novidades, sendo Cascais um dos territórios em destaque.

Efectivamente, para o seu funcionamento progressivo na vertente de alerta com a retransmissão de sinais, o sistema defensivo que ganhava forma a partir de Sintra tinha que abarcar Cascais com continuação até Lisboa e a outros pontos da Margem Sul do Tejo. Esta-

¹¹² Marco Oliveira BORGES: *O porto de Cascais...*, pp. 50-51.

¹¹³ Jorge FREIRE: *op. cit.*, p. 39.

¹¹⁴ Marco Oliveira BORGES: *op. cit.*, pp. 50-51 e 124.

mos perante um complexo geográfico conectado entre si desde muito cedo e que tem de ser compreendido numa perspectiva de longa duração, em que locais estratégicos, estruturas ou os seus materiais pétreos possam ter sido aproveitados ou readaptados ao longo dos séculos, situação atestada arqueologicamente no caso do Alto da Vigia. O porto do Touro/Espigão das Ruivas e a área portuária de Cascais também comprovam uma ocupação em larga diacronia. A toponímia local permite perceber que ao longo da costa existiram estruturas de carácter defensivo e de vigilância, marcando a paisagem cultural marítima, ainda que alguns topónimos tenham uma etimologia bastante duvidosa e não se saiba ao certo se tiveram derivação de um contexto militar islâmico.

Em todo o caso, Cascais destaca-se sobretudo pelo facto de ter o último porto marítimo que permitia a ancoragem de navios antes da entrada na barra do Tejo e viagem para Lisboa, acrescentando essa importância devido às condicionantes geográficas desta área e que perturbavam fortemente a navegação. Consequentemente, isso conferia uma utilidade significativa ao seu porto no apoio às actividades marítimas e às lides da defesa costeira, sendo muito provável que já estivesse fortificado. Espera-se que um dia a Arqueologia possa vir a trazer elementos mais esclarecedores sobre a presença islâmica na área terrestre que envolve o porto de Cascais.

Por fim, existe a forte possibilidade de que a forma primitiva do topónimo Cascais tenha surgido durante o Período Islâmico, seja associada a Khashkhash ou a uma vinda de combatentes muçulmanos do litoral catalão. Com as recentes investigações a teoria que via o topónimo desta vila originar de uma hipotética «aldeia dos Cascais», de contexto português, perdeu sentido, ainda que o elemento «casca» seja fundamental para outras interpretações.

De uma forma geral, a continuação das investigações permitirá aprofundar os assuntos que têm vindo a ser discutidos e introduzir novos elementos para discussão.

Managing the Army, governing the State: the Italian military élite in national politics, 1882-1915

Dirigir el ejército, gobernar el estado: la élite militar italiana en la política nacional, 1882-1915

Jacopo Lorenzini

Istituto Italiano per gli Studi Storici, Italia

Abstract: According to several contemporary witnesses, and many nowadays historians, one of the key instruments used by the Italian social and political élite of the 19th century to secure the national unification (and the monarchy as the leading institution of the newborn state) was the army. What few of them has noted, however, is that the army and the military who controlled it were more than an instrument: they were an essential part of the Italian national élite, capable of influencing the nation-building process itself. The Italian army officers, and specifically the general staff ones, attended university-level military academies where social sciences were taught along with general history, human geography and foreign languages. They travelled the world and confronted themselves with fellow officers from different social, political and cultural contexts. They took part in politics and local administration, as well as in economical enterprises. Above all, they were well aware of the role the army was supposed to hold in the institutional and symbolic panorama of unified Italy and pre-war Europe. And they wrote about all of this.

The research project is grounded on two main sources. On one hand, the quantitative analysis of the careers and the biographies of 250 general staff officers who attained specific roles of great responsibility and relative autonomy from 1882 to 1915. On the other hand, correspondence, diaries, unpublished memoirs found in several private and family archives – in other words, those unofficial, unseen writings that we think could be more telling than the formal ones in revealing the military personal beliefs and cultural affiliations and influences. Crossing the quantitative and qualitative outputs, we can explore in depth *the influence of military in the conception of politics, education, nationalization processes or social relationships* in a case study, the Italian one, that is either peculiar and well integrated in the wider *belle époque* European context.

Keywords: nationalization process, officer corps, élite, military, culture

Resumen: Según varios testigos de época y muchos historiadores de la actualidad, uno de los instrumentos clave utilizados por la élite social y política italiana del siglo XIX a la hora de lograr la unificación nacional (y la monarquía como institución al mando del estado recién nacido) fue el ejército. Sin embargo, lo que pocos de ellos han visto es que el ejército y los militares que controlaron dicho proceso fueron más que un mero instrumento: ambos fueron una parte esencial de la élite nacional italiana, capaces de influenciar el proceso de construcción nacional en sí mismo. Los oficiales del ejército italiano, y especialmente los miembros del estado mayor, se formaron en academias militares con un nivel de educación universitario donde se enseñaban ciencias sociales junto con historia general, geografía humana y lenguas extranjeras. Éstos viajaron por el mundo y lidiaron con colegas de diferentes orígenes sociales, políticos y culturales. Tomaron parte en la política y en la administración local, así como también en empresas económicas. Sobre todo, fueron bien conscientes del papel que se suponía que el ejército debía ostentar en el panorama institucional y simbólico de la Italia unificada y la Europa de preguerra, de ahí que escribieran sobre todas estas cuestiones.

Este proyecto de investigación está basado en dos fuentes fundamentales. Por un lado el análisis cuantitativo de las carreras y las biografías de 250 generales del estado mayor que ostentaron papeles específicos de gran responsabilidad y relativa autonomía desde 1882 a 1915. Por otro lado, correspondencia, diarios y memorias inéditas encontradas en varios archivos privados y familiares –en otras palabras, aquellos escritos no oficiales nunca vistos que pensamos que podrían ser más reveladores que aquellos formales a la hora de revelar el pensamiento del personal militar y sus influencias o filiaciones culturales. Cruzando los resultados cuantitativos y cualitativos podemos explorar en profundidad la influencia de los militares en la concepción de la política, la educación, los procesos de nacionalización y las relaciones sociales en un caso de estudio, el italiano, que es peculiar y que al mismo tiempo se encuentra bien integrado en el contexto europeo más amplio de la belle époque.

Palabras clave: proceso de nacionalización, cuerpo de oficiales, élite, militares, cultura

| |
|---|
| Para citar este artículo: Jacopo LORENZINI: “Managing the Army, governing the State: the Italian military elite in national politics, 1882-1915”, <i>Revista Universitaria de Historia Militar</i> , Vol. 6, N° 11 (2017), pp. 197-216. |
|---|

Managing the Army, governing the State: the Italian military élite in national politics, 1882-1915

Jacopo Lorenzini

Istituto Italiano per gli Studi Storici

jac.lorenzini@gmail.com

According to several contemporary witnesses, and many nowadays historians, one of the key instruments used by the Italian social and political élite of the 19th century to secure the national unification (and the monarchy as the leading institution of the newborn state) was the army.¹ However, few had noticed that the army and the military who controlled it were more than an instrument: they were an essential part of the Italian national élite, debating about and participating in national and local politics.

We chose to explore that field through the correspondences entertained by these officers who were members of the Italian military élite of the time.² Army corps commanders, Chiefs of the General Staff, War Ministers, but also military attaches, chiefs of the War Minister divisions and General Staff bureaux: what we found examining the writings, and the career paths, of these men renders an image of Italian officers in Liberal Italy very different from the bureaucrats or jingoist technicians many military historiography have portrayed so far.³ Along with this has gone the supposition –largely the result of the unavailability of the kind of sources the author has so strikingly found– that the army was dominated by Piedmontese generals

¹ Cf. John GOOCH: *Army, state and society in Italy*, New York, St. Martin's, 1989; Piero DEL NEGRO, Nicola LABANCA, and Alessandra STADERINI: *Militarizzazione e nazionalizzazione nella storia d'Italia*, Milan, Unicopli, 2005; Marco ROVINELLO: “«Giuro di essere fedele al Re ed a' suoi reali successori». Disciplina militare, civilizzazione e nazionalizzazione nell'Italia liberale”, *Storica*, 49 (2011).

² We define as military élite member every officer who filled a concretely influential role inside the military institution for a significant amount of time (at least one year). During our PhD research we determined ten roles which present the characters of autonomy and effectiveness we searched for. Between 1882 and 1915, our research time limits, and according to the Italian military yearbook (*Annuario Militare del Regno d'Italia*), 247 officers filled these roles. We built up a prosopographic database using as sources two biographical encyclopaedias (*Enciclopedia Militare Italiana* and the still uncomplete *Dizionario Biografico degli Italiani*), and several wedding publications, obituaries, commemorative articles found in the catalogues of the Italian National Library of Florence. Then, we found some private and family archives that enabled us to see from the inside the military élite debates. We hope that a full version of our work will be published as soon as possible. Meanwhile, for a nearly exhaustive overview of our secondary sources, Cf. Nicola LABANCA: *Storie di guerre ed eserciti. Gli studi italiani di storia militare negli ultimi venticinque anni*, Milan, Unicopli, 2011.

³ Cf. Giorgio ROCHAT and Giulio MASSOBRIO: *Breve storia dell'Esercito Italiano dal 1861 al 1943*, Turin, Einaudi, 1978; John WHITTAM: *The politics of the Italian army*, Croom Helm, 1977; Paolo LANGELLA: *Cultura e vita dell'ufficiale italiano (1878-1911)*, in *Esercito e città dall'Unità agli Anni Trenta* (2 voll.), conference proceedings Perouse-Rome, 1989.

who were of a very conservative and avowedly monarchist caste of mind.⁴ That view has already been challenged in some respects: for example it has been argued that the army did not like the public order role, regarded it as an unwelcome diversion of energy, effort and money, but nevertheless carried it out dutifully.⁵ The following paragraphs will try to widen and enlighten the grey areas that still linger around the social and figure of XIX Century Italian Army officers, and their connection with politics.

Parliament and national government

It is a fact that 139 officers out of the 247 that formed the Italian military élite between 1882 and 1915 did not sit in a representative Chamber, determining a majority of “disengaged” military, but 98 others did. In other words, the 44% of the Italian military élite was either a Parliament member, a senator, or sometimes even both, which is not a negligible percentage. Furthermore, if more than half the senators did not afford an election campaign in spite of being nominated for relevant professional performances, 43 officers decided to take the chance to be elected to the representative Chamber undertaking an actual political career. Lastly, it must be considered that some of the 139 officers who did not enter the Parliament actually tried to, sometimes more than once and in different electoral districts, without succeeding. Taking into account these failures, which often involved the same intensity of political activity performed in a successful campaign, would certainly raise the percentage of the military élite members involved in national politics above 44%.

We wrote that 43 officers undertook an actual political career because the majority among them had his first campaign way before becoming general, or even member of the élite. Out of 43 Parliament members, 23 became so as majors, lieutenant colonels or colonels, while 28 were under 50 years old the first time they entered the Chamber.

| | | | | | | | |
|-----------------------|------|---------------|------|-----|----|----------|---|
| Menabrea | 1848 | Verres (C) | C-DX | Sar | 39 | lieutcol | x |
| Durando Giacomo | 1848 | Mondovì (C) | C-DX | Vol | 41 | colonel | x |
| Thaon di Revel Genova | 1857 | Cassino | DX | Sar | 40 | lieutcol | x |
| Cosenz | 1860 | Como | DX | Gar | 40 | general | x |
| Longo | 1861 | Napoli | SX | Gar | 43 | general | |
| Torre | 1861 | Benevento (C) | C-DX | Gar | 46 | colonel | |

⁴ Cf. Piero PIERI: *Storia militare del Risorgimento*, Turin, Einaudi, 1962; Massimo MAZZETTI: “Dagli eserciti preunitari all'Esercito Italiano”, *Rassegna storica del Risorgimento*, LIX (1972).

⁵ Cf. Hubert HEYRIES, «L'armée italienne et le maintien de l'ordre dans les villes, de 1871 à 1915, d'après les attachés militaires français», *Guerre de rue, guerre dans la rue, Guerres mondiales et conflits contemporains*, avril-juin 2002/206; Giuseppe CONTI, *"Fare gli italiani". Esercito permanente e "nazione armata" nell'Italia liberale*, Unicopli, Milan 2012.

| | | | | | | | |
|------------------------|------|------------------------|------|--------|----|----------|----|
| Pianell | 1867 | Napoli | DX | DS | 49 | general | x |
| Bertolé-Viale | 1867 | Crescentino (C) | C-DX | Sar | 38 | general | x |
| Asinari di San Marzano | 1870 | Nizza Monferrato (C) | DX | Sar | 40 | colonel | x |
| Ricotti-Magnani | 1870 | Novara (C) | DX | Sar | 48 | general | x |
| Veroggio | 1874 | Castel S. Giovanni | | Sar | 46 | colonel | |
| Pasi | 1874 | Forlì (C) | DX | Vol | 55 | general | |
| Corvetto | 1874 | Cagli | C-DX | Sar | 44 | lieutcol | x |
| Marselli | 1874 | Pescina | C | DS | 42 | major | |
| Gandolfi | 1874 | Carpi (C) | SX | Modena | 39 | major | x |
| Mocenni | 1874 | Siena (C) | DX | GrTosc | 37 | lieutcol | x |
| Morra di Lavriano | 1874 | Carmagnola (C) | DX | Sar | 44 | colonel | x |
| Primerano | 1876 | Città di Castello | SX | DS | 47 | colonel | x |
| Geymet | 1876 | Bricherasio (C) | C-SX | Sar | 45 | lieutcol | |
| Dezza | 1876 | Codogno (C) | DX | Gar | 46 | general | |
| Sani | 1876 | Rovigo (C) | C-SX | Gar | 43 | general | x |
| Baratieri | 1876 | Breno (C) | SX | Gar | 35 | major | |
| Mattei | 1880 | Venezia | DX | Sar | 55 | general | |
| Pelloux Luigi | 1880 | Livorno | SX | Sar | 41 | colonel | si |
| Di Lenne | 1880 | Tolmezzo (C) | DX | Vol | 42 | lieutcol | |
| Pozzolini | 1880 | Firenze (C) | DX | Vol | 46 | colonel | |
| Menotti | 1882 | Modena (C) | DX | Vol | 55 | general | x |
| Ricci | 1882 | Belluno | DX | Vol | 50 | general | |
| Villani | 1882 | Firenze (C) | C | GrTosc | 55 | general | |
| Mirri | 1886 | Imola (C) | DX | Gar | 52 | general | |
| Rolandi | 1886 | Genova (C) | SX | Sar | 59 | general | x |
| Adami | 1886 | Cuneo (C) | C-SX | Sar | 52 | colonel | |
| Strani | 1890 | Monteleone Calabro (C) | | | 44 | lieutcol | |

| | | | | | | | |
|----------------|------|----------------------|------|-----|----|---------|---|
| Afan de Rivera | 1890 | Napoli (C) | C-DX | DS | 48 | colonel | x |
| Dal Verme | 1890 | Pavia (C) | C-DX | Vol | 52 | colonel | x |
| Carenzi | 1890 | Pisa | C-SX | Vol | 53 | general | x |
| Grandi | 1892 | Senigallia (C) | SX | | 43 | tencol | x |
| Masi | 1892 | Lugo (C) | C-DX | | 39 | tencol | |
| Bogliolo | 1895 | Nizza Monferrato (C) | SX | Sar | 58 | general | |
| Pistoja | 1900 | Casalmaggiore (C) | C-SX | Vol | 62 | general | |
| Spingardi | 1904 | Anagni | C-SX | | 59 | general | x |
| Mazzitelli | 1904 | Teano (C) | C-SX | | 59 | general | |
| Mirabelli | 1909 | Teano (C) | C | | 59 | general | x |

Chart 1: Parliament members: year of election (first time), district (C=home district), political positioning (C=center, DX=right wing, SX=left wing), pre-unitary experience, age, military rank, late government role (x=yes).

In the chart above we can pinpoint several other traits that characterised the contingent of officers who got involved in parliamentary works. Apparently, the pre-unitary experience plays a great role when it comes to getting some officers to the political career. The groups that became minorities into the military after 1861, for instance the Garibaldini, are definitely over-represented into the Chamber. Former Armata Sarda officers are indeed only 14 out of 43, a rough 30% that contrasts sharply with the more than 50% of their weight into the élite ranks. On the contrary, the Garibaldini represents the 19% of the Parliament and the 8% of the élite members. Also the officers who came from the others pre-unitary armies of the Peninsula are more present in Parliament than they are in the ranks. At least for the Garibaldini and for the officers who belonged to “loser” pre-unitary states, being elected has all the hallmarks of a self-legitimation strategy.

The 45% of all the military élite members became second lieutenant after 1861, and consequently did not have a militant pre-unitary experience, but only 6 of them entered the Chamber. This fact, apparently in line with what Labanca and Del Negro wrote about the progressive disaffection between Italian officers and politics,⁶ might also have a different interpretation. Among the six we find only one officer comes from the territory of the old Kingdom of Sardinia (Spingardi), while the other five are from Romagna region (Masi), Marche (Grandi), both former territories of the Papal State, and three from the South (Strani from Calabria, Mazzitelli and Mirabelli from Naples). The geography of disaffection seems therefore very dis-

⁶ Nicola LABANCA: *Militari deputati e deputati militari*, in Roberto CAFORIO, Piero DEL NEGRO (eds.), *Ufficiali e Società, interpretazioni e modelli*, Milan, Unicopli, 1988.

proportionate. In other words, the ones who abandon the Parliament at the beginning of the 20th Century are Piedmontese officers, much more than the military élite in its entirety.

Where did the officers who entered the Parliament decide to campaign? 30 out of 43 did it in their home district, where they had family and social networks, and often their properties or estates. On the other hand, only 13 officers took a chance in districts that were far from their hometown. Therefore, we can conclude that many officers conceived the role of Parliament member not only as a national issue, but also as a way to maintain, renew or gain power, respectability and social distinction on a local scale – just as many of the Italian “notables” of the time did.

Once they had made their way to the Parliament, officers entered one of the political line-ups which dominated Liberal Italy political life. In fact only two of them (Veroggio and Strani) did not show a clear political positioning, while all the others 41 sided with either Sinistra Storica (liberal left), the pro-government Center or, most of them, Destra Storica (liberal right). However, it might be hasty to conclude that the majority of the military élite members who got into the Parliament were right-handed. General Mirri for instance, a former Garibaldino who entered the Chamber in 1886 sitting on the right side, became in the 1890s a strenuous supporter of Francesco Crispi, leader of the Sinistra Storica. General Pelloux, on the other hand, was a leading “leftist” exponent through all the 1880s, becoming also minister in the first Giolitti cabinet, but ended up leading the so-called bourgeoisie Putsch in the final years of the Century. In conclusion, to evaluate officers political penchants as an aggregate is far from being easy or clarifying, not least because Liberal Italy political structure was very different from her two-parties British model.

More important is to note that the members of the military élite never assembled an homogeneous “military party” inside the Parliament. They never seated all on the same side (left or right as it was), they participated in some governments but not in others (carrying out political-based choices). Finally, it can be clearly seen from their mutual correspondence that they had different ideas about military issues, as well as about national and international politics.

Leaving aside for a moment the Parliament members, let's turn to the 90 officers who became senators.

The aggregate tells us that military senators mirrored the larger military élite way more than their colleagues in the Chamber. While in the latter we had a 30% of former Kingdom of Sardinia officers, in the Senate we find a 52% that lines up with the élite average. Also the percentages of former volunteers and Garibaldini are the same in the Senate and in the élite. Looking at this fact from another point of view, we can say that the alleged predilection of the Savoy for Piedmontese officers and generals does not emerge in any way, as the latter were not over-represented in the upper house.

We saw that after the turn of the Century, the Piedmontese élite members in the lower house were abruptly reduced to one. Looking at the Senate, on the contrary, we do not find

any change in the number of Piedmontese officers before and after the year 1900. Only in the last five years (1911-15) they fell to a 20% from their usual 50%. On one hand, thus, the Senate mirrors the persistence of Piedmont weight into the military élite, but on the other hand it signals its decay in the years that preceded the World War.

Once examined the numbers, we must interrogate ourselves about how military élite members fulfilled their role of parliamentary spokesmen. Among the lower house members, 18 out of 43 took part in some parliamentary committee works, while 15 others presented at least one law proposal. If we accept that the Senate was way less politically active than the lower chamber was, we would expect that the military senators did not perform such high levels of participation. On the contrary, 43 senators out of 90 took part in a committee works, and 23 others presented at least one law proposal. Fair enough, among them we find many war ministers who presented big quantities of law proposals: 108 Luigi Pelloux, 88 Spingardi, 77 Ricotti, 58 Zupelli, 48 Menabrea, 47 Bertolé-Viale, 37 Viganò and 36 Emilio Ferrero. Still, we find also two laws signed by generals Pistoja and Baratieri, and one by general Giuseppe Di Lenna. Moreover, being an active member of the Parliament was a very highly regarded quality among the colleagues, both inside the military institution and the Parliament itself. General Francesco Mazza defines the colleague Luchino Dal Verme as «eminent» among all the Parliament members:

Ed io me ne compiaccio non soltanto come amico e compatriota tuo, ma anche come militare, perché l'esercito non può augurarsi di meglio che veder gli uomini del tuo stampo acquistare credito ed influenza in Parlamento.⁷

44 senators fulfilled a government role, and 23 out of 43 members of the lower house did it as well: especially the latter fact signals that a candidature to the Parliament could be the first step of a career as brilliant as the military one, or even more. Furthermore, some officers assumed key roles not only at the head of the War Ministry, but also in other important government bodies. The Foreign Ministry is led, among others, by three military élite members (Durando, Menabrea, Nicolis Di Robilant), and there is plenty of officers in the ranks of the diplomatic corps. The same general Menabrea and his colleague Afan de Rivera managed the Ministry of Public Works, while in the same department Giuseppe di Lenna was inspector-general of the railways network for ten years (1885-95). General Ottone Tournon collaborated with the Postal and Telegraph Service Ministry to build the Italian telegraphic network in the 1870s.

To be nominated at the head of a ministry was indeed a risky business. An outstanding military career could be done in a few days, as happened to general Mocenni who was ruthlessly dismissed from either the War Ministry and his military command after the Adua disas-

⁷ Dal Verme private archive (Torre degli Alberi, Italy; from now on: DVA), Mazza to Dal Verme, 22/02/1893.

ter. The physical and mental health of an officer could also be undermined by the 10, 12 or even 14 hours of work per day that the role of War Minister entailed. General Govone suffered a serious mental breakdown during the Porta Pia crisis that eventually led to his death, and his colleague Bernardino Milon died of a heart attack at 52 in 1881. General Afan de Rivera, under-secretary at the War Ministry in 1896, defined the amount of daily work he had to face there as a «death warrant».⁸

Lastly, to live in Rome sometimes was too much of an effort for the budget of some officers. Even the Chief of the General Staff Domenico Primerano, after resigning in the summer of 1896, is forced to get relocated in his daughter's house to be able to remain in Rome.⁹

A candidate's *Manifesto*

In the winter of 1894, general Luigi Majnoni d'Intignano, an aristocrat from the little town of Erba in Lombardy, ran for the second time to become his district representative in the lower house. General Majnoni's is one of these cases where an officer participates in a campaign without succeeding, and more than once: in fact he ran for the Erba seat twice (1880 and 1894), but he was always beaten by another local “notable”. Despite his bad luck, Majnoni's case gives us an insight into which strategies an officer could adopt during an election campaign, as well as into his political ideas.

First of all the general, who is also a local “notable” given the fact that he is the son of a former city mayor, and that he owns several villas and estates in the district, gathers a committee which includes several other important people from the province to support his nomination. Among them we can find aristocrats (marchese Crivelli, conte Sormani Andreani, conte Turati, noble Parravicini), professionals (lawyers, doctors, notaries and engineers), fellow officers, a senator (Giuseppe Gadda).¹⁰ Given the limited suffrage effective in 1880, the first time Majnoni ran for the seat a list like that would have been enough to guarantee a chance of winning, but since the 1882 law more than doubled the potential electors the general had to implement other tools.

Beyond some populist leaflets distributed by his supporters in the countryside,¹¹ which were themselves truly modern propaganda, Majnoni was forced to take the field in person, writing a political *Manifesto*. In this document, dated 10th december 1894, the Lombard general makes a profession of faith in liberal conservatism:

⁸ “Una condanna di morte bella e buona”, DVA, Afan to Dal Verme, 2/10/1896.

⁹ Sismondo private archive (Rome, Italy; from now on SA), Primerano to Sismondo, 10/08/1896.

¹⁰ Majnoni private archive (Erba, Italy; from now on MA), 160, 15, *Lettere, programma, discorsi, documenti e giornali relativi alla candidatura nel collegio di Erba*, 1894.

¹¹ MA, 160, 15.

Sarò per quel governo che, rispettando la libertà dei cittadini, non pieghi a che questo si cambi in licenza, e che svolgendo la sua azione nell'orbita delle leggi, mantenga l'ordine. L'ordine nella libertà è l'indice più sicuro della natura civile di un popolo.

Assicurato l'ordine, pacificati gli animi delle provincie, che sobillate dal miraggio di un avvenire impossibile, inconsciamente tentarono di disfare l'opera a prezzo di tanto sangue e di tanti sacrifici edificata, voterò per quel governo che garantirà la sicurezza dei cittadini nella persona e negli averi, per quel governo che senza debolezze e senza arroganze tenga alta all'estero la nostra dignità, che con opportuni trattati favorisca le nostre industrie, e con leggi adatte aiuti lo sviluppo dell'agricoltura, precipua base della ricchezza nazionale; per qual governo che, pur rispettando la libertà di coscienza, non ostacoli la religione dei nostri padri, che la giustizia non asservi alla politica, e ne mantenga la sovrana indipendenza. Appoggerò quindi le leggi intente ad affidare all'iniziativa privata la soluzione degli importanti problemi che riflettono la viabilità, le industrie, i traffici per terra e per mare, lo sviluppo delle colonie.¹²

Despite his conservative ideas about agriculture and «liberty through order», general Majnoni expresses some truly liberal positions as administrative decentralization and infrastructure privatisation, which are far from being shared by the theoretically liberal Italian establishment of the time. Then it comes a sample of emblematic XIX Century paternalism, although its tone is far from being typical: clearly aware of the challenge represented by socialist movements, the general declares himself to be an advocate of some very substantial social laws:

Avranno l'incondizionato mio appoggio: le leggi sociali dirette ad aiutare gli sforzi e a mitigare le sofferenze dei diseredati dalla fortuna, le leggi protettrici dell'infanzia, quelle sul lavoro dei fanciulli, e quelle infine che mirino a confortare di un aiuto, che li sostenga nell'ultima fase della battaglia, coloro che spesero tutte le forze nell'accrescere la ricchezza nazionale con l'onesto lavoro.¹³

Finally, the candidate's military program, which surprises for its clarity and independence:

Come soldato è mio obbligo parlarvi dell'esercito. [...] per quanto sia intenso l'amore che [gli] porto, ne approvo le economie nell'interesse generale della nazione, e non respingo l'ipotesi che siano ancora possibili, anche dopo quelle recentemente concretate; esse dovranno cercarsi nel medesimo indirizzo di quelle. È compito del tecnico conciliare la riduzione nelle spese con le esigenze della difesa del paese. In un tempo, che l'amor di patria mi fa sperare non lontano, quando le provvide leggi sull'istruzione preannunziate dalla parola del Re, avranno portato i loro frutti, e che l'educazione civile abbia concorso a formare il soldato, si potrà, senza tremare per le sorti della nazione, fruire dei benefici del sistema territoriale, sviluppare maggiormente il tiro a segno, e ridurre alla più semplice espressione la forza armata permanente, che tanto, ma necessariamente

¹² MA, 160, 15, *Manifesto elettorale di Luigi Majnoni*, 10/12/1894.

¹³ Idem.

te, pesa sul bilancio dello stato. A codeste leggi intente a favorire l'istruzione popolare e l'educazione delle masse io darò sempre il mio appoggio, cercando che i maestri, quasi ignoti benemeriti fattori della moderna civiltà, abbiano insieme alle soddisfazioni morali più equo compenso alle loro fatiche.¹⁴

Luigi Majnoni is quite obviously an admirer of the concept of armed nation, of the German-shaped territorial recruitment system, and is an advocate of the creation of a powerful militia to place side by side with the regular army: that is the opposite of the official doctrine of the time about what the Italian Royal Army should be.¹⁵

General Majnoni could also modulate his *Manifesto* according to the kind of audience he was supposed to meet. For instance, when he speaks in front of the workmen of a factory located in the village of Ponte Lambro, he insists on the social aspects of his *Manifesto*.

Ottenuto il pareggio, bisognerà non solo renderlo stabile, ma pensare a diminuire le imposte; prime fra tutte quelle che pesano sulle classi meno abbienti, come sarebbero le imposte sul sale, sulla farina, sui coloniali etc. etc. poi quelle che gravitano sulla terra e sulla industria, perché l'agricoltore e l'industriale messi alle strette dalla gravità dei tributi non possono pensare ad aumentare i redditi mediante l'arte e quindi anche i salari dei lavoratori. [...] Per questo però si devono fare fin d'ora delle leggi proprie, che si sogliono chiamare sociali. [...] p. e. quelle sull'igiene che tendono a migliorare le abitazioni, quelle che mirano a costituire le società di mutuo soccorso. Poi le leggi protettrici dell'infanzia [...] Con l'istruzione diffusa e con il concorso di buone leggi sociali ogni lavoratore intelligente sarà in grado di crearsi uno stato economico soddisfacente.¹⁶

National and local politics, and the role of military

In order to success on bringing home a political campaign, officers had to interact with press and public opinion – an interaction that they knew how to take advantage of. In 1886 general, writer and philosopher Niccola Marselli writes to his pupil Sismondo:

Contribuisci dunque tu pure, portando, tu che ne hai portate tante, un'altra pietra al nostro edificio col procurare che un giornale autorevole di Torino pubblichi un tuo bell'articolo.¹⁷

General Perrucchetti is more explicit when in 1900 recalls to his interlocutor the share he had in making the Parliament approve some laws, through his constant work as contributor for the prestigious *Corriere della Sera*.¹⁸ In another letter, he suggests to Dal Verme to publish

¹⁴ MA, 160, 15, *Manifesto elettorale di Luigi Majnoni*, 10/12/1894.

¹⁵ Cf. John GOOCH: *op. cit.*

¹⁶ MA, 160, 15, *Discorso agli operai di Ponte*.

¹⁷ MA, Marselli to Majnoni, 23/01/1886.

¹⁸ DVA, Perrucchetti to Dal Verme, 26/06/1900.

some articles «nella Nuova Antologia ed in qualche altro periodico molto diffuso»¹⁹ if he wants to efficiently support his own ideas. Leone Pelloux reveals that the powerful director of the newspaper *La Stampa* in person asked Dal Verme to become a regular contributor:

Frassati colse l'occasione per pregarmi di offrirti le colonne della *Stampa* allo scopo di mettere in chiaro le condizioni reali dell'Esercito, al giorno d'oggi, e dei provvedimenti che ti sembrerebbero più urgenti ed indispensabili. Egli ti lascerebbe naturalmente piena libertà d'apprezzamenti [...] Egli mostra, giustamente, di aver grande fiducia nella tua competenza, e nelle tue qualità di scrittore.²⁰

General Majnoni was definitely not the only military élite member who had unconventional ideas about military institutions and national politics. Issues like these were indeed object of a continuous debate inside the institution. During a February 1909 meeting of the *Consiglio dell'Esercito*, the supreme army advisory council that included the designated army commanders, the Chief of the General Staff and the War Minister, the main topic is

if the army organisation is conceived to attain a precise goal, namely to beat an external enemy, and therefore the military budget has to be consequent, or if the budget has to be decided by the Parliament from the start, and the army organisation has to be planned according to the available means.²¹

The subsequent discussion signals clearly that at the top of the military institution there was a debating élite, well aware of the military-political dynamics of preparing a conflict. Beyond that matter, officers questioned almost every aspect of their institution, of the state they served, and of the society they lived in. General Ugo Brusati, the all-powerful King Victor Emmanuel III first aide-de-camp, is convinced for instance that not abolishing the one-year volunteering law²² had more political and social reasons than technical ones:

Il legislatore non sembra abbia profondamente sentito la necessità di proclamare la reale effettiva uguaglianza di tutti i cittadini di fronte al dovere e all'onore di servire, in qualità di soldato, il proprio paese. Il privilegio, ingiustificato, si è infiltrato nel progetto [...] E così noi, appartenenti alle classi più elevate, facciamo del vero e proprio antimilitarismo, trovando modo di scaricare l'onere del servizio militare sulle classi meno abbienti. Ciò non può, ciò non deve essere. [...] È poi veramente [nauseante] per non dir peggio, la disposizione che concerne il volontariato di un anno che non si ha il coraggio di abolire, per permettere a coloro che non possedendo sufficiente

¹⁹ DVA, Perrucchetti to Dal Verme, 12/05/1901.

²⁰ DVA, Leone Pelloux to Dal Verme, 24/02 [1907].

²¹ MA, 172, 1, *Questioni sottoposte al consiglio dell'esercito - febbraio 1909*.

²² The law allowed students, but actually every wealthy youngster, to avoid regular military service by paying a special tax and serving a year as NCOs or junior officers; in Brusati's words, «Si conserva il privilegio del volontariato di un anno, per gli ignoranti che hanno le borse ben fornite», DVA, Brusati to Dal Verme, 29/05/1907.

grado di istruzione per essere compresi nella [esenzione] di cui dianzi ho detto, hanno tuttavia quattrini sufficienti per pagare la prescritta tassa di volontariato.²³

Brusati is not the only military élite member who blames the Italian ruling class he belongs to. After the 1898 crisis, general Afan de Rivera writes to his friend Dal Verme that in his opinion the wealthy had to «make sacrifices» in order to smooth the imminent class conflict.²⁴ While repressing the Lunigiana uprisings of 1894, general Nicola Heutsch sponsors the creation of a «cassa invalidità per i lavoratori del marmo», that is to say a welfare instrument meant to appease the population. Also the general and War Minister Stanislao Mocenni writes about the fable patriotism shown by Italian upper classes, especially when compared with European ones:

Con l'ultima tua mi informi che sei stato a Brighton a vedere il treno armato per la difesa delle coste, il quale al governo inglese costa nulla essendo stato formato completamente a spese di società e di privati, esempio che vorresti veder imitato anche in Italia. [Mocenni è d'accordo ma] è vano in Italia sperare, almeno per ora, e in tempo di pace, di poterlo costituire con elargizioni private sia perché, a differenza degli inglesi, gli italiani non sono così grandemente compresi della importanza dei mezzi di difesa nazionale, sia perché la ricchezza è qui più limitata e anche assai più frazionata che non in Inghilterra.²⁵

Even the ruthless colonial governor, general Baldassarre Orero, besides his hatred for the «quiet life of *travetti* [bureaucrats] and ministers», shows how much he comprehends the complexity of political action:

Io so bene che tutte queste cose a te sembreranno voli pindarici di un bollente Achille e che [guasteranno] il quieto vivere di travetti e ministri. E per verità anche senza accusarli di testa piccina capisco che i ministri con un bilancio in disavanzo, con un malessere agrario ed economico sul paese, con una camera composta di tanti deputati che stanno dietro una siepe per avere un pretesto di saltar addosso al ministero, capisco dico che non hanno bisogno di un comandante superiore che venga a crescere loro le difficoltà in mezzo alle quali già si trovano.²⁶

On a more local scale as well, officers are perfectly conscious that sometimes political reasons may overcome more valid ones. In the summer of 1882, young staff officer Luchino Dal Verme asks his superior, general Leone Pelloux, why one of the artillery batteries of his division must be transferred from Brescia (the unit's natural seat) to the nearby town of Ber-

²³ DVA, Brusati to Dal Verme, 17/07/1907.

²⁴ DVA, Afan to Dal Verme, s.d. [after 1898].

²⁵ DVA, Mocenni to Dal Verme, 28/08/1894.

²⁶ DVA, Orero to Dal Verme, 22/02/1890.

gamo. General Pelloux answers in a way that reminds of similar correspondences between French generals of l'*Armée Nouvelle* as gathered by J. F. Chanet:²⁷

Non conviene dimenticare però che Bergamo ha fatto delle spese per avere la batteria; ma distaccandovi uno squadrone in vece di una batteria, il municipio non avrà motivo di lagnarsi.²⁸

Thirty years later, general Pistoja wrote to the by-now general and member of Parliament Dal Verme about which colleagues invite to a meeting regarding the planning of a new railway that crosses their districts, located in southern Lombardy. Both officers are friends and colleagues of the representative of another Lombard town, colonel Marazzi, and are poles apart with the socialist Cremona representative Leonida Bissolati. And yet:

...ti dirò che pel Marazzi puoi farne a meno. Egli rappresenta Crema che è alle porte di Milano, e con Milano divide ogni [...] interesse. Non così Bissolati. La Genova-Piacenza-Cremona-Brennero traversa la più gran parte del suo collegio.²⁹

Ideology, ideas and stances

Generally speaking, the ideology of the Italian military élite is characterised by a penchant for order, lead from above, above all conservation of the state and society originated from the victorious side of the Risorgimento – the monarchical one. A model which had two strenuous enemies: anarco-socialists, the *reds*, and these Catholics who were Papal State nostalgics, the *blacks*. Different as they were from each other, these categories were equally hated by the most part of Italian officers.³⁰ However, even here in this apparently monolithic scheme it is possible to find some cracks. General Albertone for instance, writes in 1911 that he hopes that a quick establishment of the universal suffrage law might inspire a radical change in Liberal Italy's blocked political system:

Non attendo miracoli dal S.U. [universal suffrage], ma se non altro da questo sasso nel pantano puzzolente, voglio sperare che rospi e serpi, almeno per qualche tempo sentiranno paura e si terranno nascosti. [...] Se dal S.U. venissero fuori un 200 sovversivi e un centinaio di sinceri clericali! Forse questo sarebbe l'inizio di un lieto avvenire per l'Italia!³¹

²⁷ Cf. Jean-François CHANET, *Vers l'armée nouvelle; république conservatrice et réforme militaire 1871-1879*, PUR, Rennes, 2005.

²⁸ DVA, Leone Pelloux to Dal Verme, 9/06/1892.

²⁹ DVA, Pistoja to Dal Verme, 16/01/1907.

³⁰ "Se gl'intransigenti neri e rossi non si ravvedono si demoliranno più sollecitamente", SA, Primerano to Sismondo, 20/09/1894.

³¹ SA, Albertone to Sismondo, 17/04/1911.

Beyond the frustration of old general Albertone, which mirrors a certain anti-politic behaviour that was widespread in pre-1914 Italy, it must be said that the relation between the military élite and the red or black extremes is not as linear as it could be thought. In June 1903, general Ettore Pedotti, former commander of the Scuola di Guerra and fresh War Minister, does not liquidate the socialist ideas about how to reform the Army as anything but heresy. Moreover, he asks a colleague the full text of a socialist representative speech about the issue, because:

parmi, da qualche brano riportato dai giornali, che dovrebbe essere molto interessante. Potresti tu aver l'amabilità di procurarmene un esemplare e spedirmelo?³²

Some years before his 1911 tirade, general Albertone tells to an astonished colleague that he himself had been on the verge of being a socialist candidate:

Notizia strabiliante! Mi è stata offerta dai Socialisti di Siena la candidatura pel collegio di Montalcino, con garanzia di riuscita. Ho risposto che “desidero con tutta l'anima il miglioramento economico e morale del proletariato, degli umili e che a tale miglioramento dedico le mie poche forze”, ma che tale scopo lo ritengo conseguibile colle istituzioni che ci reggono, alle quali dobbiamo di essere italiani dopo secoli di feroce, umiliante servaggio. Non mi hanno più risposto!³³

What is really surprising here, is that Albertone's tone is far from being indignant, or delegitimising towards the *reds*.

Another military élite member who demonstrates to be in the same dialogue mood is general Tullo Masi, the son of a Garibaldino town mayor in the truly *red* region of Romagna. When he finally dies, shortly before the outbreak of the World War, both his republican and socialist compatriots, even the political leaders, publicly affirm their grief. Furthermore, while serving at the General Staff Command in Rome, colonel Cavaciocchi writes in a report on recruitment that people defined as subversive are indeed «not dangerous at all, and generally speaking very good soldiers».³⁴ Lastly, among general Dal Verme correspondents there is the socialist leader Filippo Turati himself.

The behaviour that military élite members have towards the other extreme, the black one, is even more variegated. In their private life, most of them were after all sincere Catholics, but many others were agnostics, when not atheists. General Albertone defines himself as a «free thinker»,³⁵ but as we have seen, he wishes a Catholic delegation to enter into the Parliament. Afan de Rivera remains a bit more sceptical, writing that if it is true, in his opinion, that a potential Catholic party could be an improvement for the Italian political life, then it is «sad that

³² DVA, Pedotti to Dal Verme, 05/06/1903.

³³ SA, Albertone to Sismondo, s.d. [1900-1905].

³⁴ Italian General Staff Historical Archive [AUSSME], G25 (studi tecnici), Cavaciocchi, “Le Truppe”.

³⁵ SA, Albertone to Sismondo, 30/12/1909.

it has to be said by us, the anti-clericals».³⁶ Old Risorgimento war horse general Cialdini writes characteristically that he has «as a rule to get my business in order with Santa Madre Chiesa, but much more with the War Ministry»,³⁷ determining a clear order of priorities between life and afterlife instances.

On the frontline in the battle against the *black* extreme there are, not surprisingly indeed, the former Garibaldini. Perhaps, their particularly violent anti-clerical behaviour may be explained as a side-effect of their abjuration of the democratic instances of the Risorgimento at the time of entering the Royal Army. In other words, having renounced to the greatest part of their juvenile ideology, anti-clericalism became even more pivotal to their particular identity and self-perception. General Giuseppe Mirri starts in 1886 a diatribe with the *Comizio Anticlericale* of Bologna, that was an association of local anti-clerical notables. Mirri accuses his fellow citizens of being all talk and no action, underlining his own different nature, that is to say, a still wild Garibaldino who thinks that:

Colle armi da palco-scenico non si vincono battaglie. Non basta che i liberali si mostrino uniti, bisogna che lo siano di fatto sempre e costantemente: ed è con questo solo mezzo che credo si possa combattere con buon successo il clericalismo invadente nemico dichiarato della patria della libertà e del progresso.³⁸

Also general Tullo Masi shares this behaviour, even if he was not a Garibaldino himself –but his father was. When in 1913 he is the liberal candidate in the Lugo district, and the Catholics electoral committees decide to vote him according to the nation-level Gentiloni Pact, the general publicly refuses their support. Gentiloni himself goes several times to Lugo to convince Masi to sign the Pact, but the old general does not back out. In the end Masi gain his election without any Catholic support, receiving the local socialists' plaudit. After all, until the arrival of Luigi Cadorna at the Supreme Command in 1914, the Italian Royal Army is strictly secular.³⁹ Moreover, among the military élite ranks there were many generals who were overtly Jews, two of which (Ottolenghi and Viganò) became even War Ministers: a truly peculiar situation, in the age of the many *affaires Dreyfus* the whole Europe was studded with.

Many historians argued that monarchy was indeed the centre of gravity of the Italian officer corps ideology.⁴⁰ However, in military élite members correspondences, there are a lot of negative comments about their sovereigns. In 1887 the military attaché in Berlin, Luchino Del

³⁶ DVA, Afan to Dal Verme, 12/04/1904.

³⁷ Orero-Del Re private archive (Arona, Italy), Cialdini to Orero, 03/06 [1885].

³⁸ Mirri Archive, Imola Public Library, Mirri to the president of the *Comizio Anticlericale*, 17/09/1886.

³⁹ Cf. Vincenzo CACIULLI, *Gli ufficiali dell'esercito italiano dall'Unità alla Grande Guerra*, unpublished PhD thesis, tutor Giorgio Rochat, Turin, 1993.

⁴⁰ Cf. Massimo DE LEONARDIS, «Monarchia, famiglia reale e forze armate», in *Rassegna storica del Risorgimento*, anno LXXXVI [1999], 2; Lucio CEVA, «Monarchia e militari dal risorgimento alla Grande Guerra (1848-1915)», in *Nuova Antologia*, n. 2197, 1996; Filippo MAZZONIS, *La monarchia e il Risorgimento*, Il Mulino, Bologna 2003.

Mayno, writes that King Umberto I «non deve sapere dove dar di capo» (approximately «is in a quandary», but in a rather disrespectful way) about managing his own reign.⁴¹ General Leone Pelloux's thought about the Crown's honours is best summarized by this line:

Vedrai dal bollettino una certa nomina a grand'ufficiale della corona, nomina la quale dà un giusto concetto del conto nel quale si tengono e si devono tenere simili onorificenze.⁴²

Achille Afan de Rivera is even more harsh when he writes about the young Victor Emmanuel III foreign policy:

Tu dai la colpa a Prinetti, a Morra, a Zanardelli e Morin della bella figura che ora abbiamo fatto, e non difendo nessuno di questi signori, ma tu non ignori che la politica con la Russia è opera personale del Re il quale al riguardo è suggestionato dal suocero e dalla moglie. Io fui e resto sinceramente monarchico, ma ti confesso che la politica interna ed estera del nostro Re mi fa paura! [...] E se ciò piace al Re, non piace alla grande maggioranza del Paese.⁴³

Officers opinions about the Kingdom of Italy's foreign policy are not unanimous after all. Even if the only high officer who publicly disowned Italy's triplicistic policy was general Asinari di Bernezzo, swiftly deposed from his command, his ideas were shared at least by Afan de Rivera and Dal Verme:

Come te sono anch'io irredento e quindi non avevi bisogno di confessarmi che nel fondo del tuo cuore desideri lo sfacelo della vecchia monarchia austriaca.⁴⁴

Also the old general Perrucchetti can be counted among the sceptics, as in 1901 he writes that:

siamo ben lontani dall'avervi [sulle Alpi] fatto ciò che fanno non solo i francesi, ma gli stessi svizzeri, e gli alleati austriaci i quali durando la triplice [costruirono] ciò che di più solido [a sbarrare] i loro passi alpini di frontiera.⁴⁵

The same general Perrucchetti, who some years before was among the founders of the Alpini corps, thinks that:

Una buona politica [è tale quando] non isoli il paese e non lo esponga a coalizioni ed a minacce colossali (contro le quali nessun mezzo potrebbe mai bastare).⁴⁶

⁴¹ MA, "correspondence 1887", 28/02/1887.

⁴² MA, "correspondence 1887", 16/02 [1887].

⁴³ DVA, Afan to Dal Verme, 22/10/1903.

⁴⁴ DVA, Afan to Dal Verme, 22/10/1903.

⁴⁵ DVA, Perrucchetti to Dal Verme, 12/05/1901.

As we can see, he detaches himself from the adventurism of Francesco Crispi. Even general Ricotti-Magnani, who due to his 1870s reforms can be considered the father of the modern Italian Royal Army, is convinced that the latest thing the country needs is to participate in a European war.⁴⁷

A last issue about which is interesting to see military élite members stances is the maintain of public order through military means, a thing that happened frequently in Liberal Italy when politics stepped aside as it was unable to put a brake on social conflict. One may think that generals who considered law-and-order the best policy were glad to become *Commissari Straordinari* substituting for civilian prefects. On the contrary, even a stubborn conservative as general Leone Pelloux writes, shortly after the defeat of Adua, how much he despises to be in charge of public order in Sicily:

Con una soluzione, anche solo provvisoria, in Africa e col ritorno di una parte almeno delle truppe io sono convinto che le cose cambieranno d'aspetto anche in Italia. Per conto mio, come puoi credere, non vedo l'ora di potermi dedicare nuovamente ad occupazioni più prettamente militari.⁴⁸

After the fall of Francesco Crispi and the turbulent last years of the 19th Century, with the rise of the moderate Giovanni Giolitti the involvement of military in public order become less frequent – or at least, less apparent.⁴⁹ However Luigi Cadorna, in the summer of 1910 still an army corps commander, defines «mortifying» the improper use that the prefect does of his men. In Cadorna's words it can be seen that, even when humanitarian or ethical considerations are not involved at all, generals are strongly contrary to the public order service imposed by the government.

Ora, io suppongo che non le sarà [disturbo] di conoscere cosa accade nel mio corpo d'armata, nel quale, noti bene, non vi è un presidio attorno al quale si possa eseguire l'istruzione tattica. [...] Orbene, avendo dovuto spedire nientemeno che 51 compagnie nella lontana Romagna, i tiri collettivi sono un gran parte andati a monte, il campo della brigata Bergamo è sfumato, ed i due campi di divisione li ho dovuti ridurre (per far qualche cosa) ad un campo di brigata a Ceva, formando dei regg.ti di fanteria di marcia con unità prese qua e là fra i disponibili. Non so cosa accada negli altri corpi d'armata, ma, avendo io dovuto mandar truppe in Romagna fin da Savona, suppongo che avranno sconvolto anche il III, V, VII ed VIII corpo (oltre al VI, ben inteso) che son più vicini, ossia almeno 1/3 e forse la metà dell'esercito! Il ministro disse alla Camera che è un utopia il credere di poter rinunciare al concorso dell'esercito nel servizio di P.S. Sarà

⁴⁶ DVA, Perrucchetti to Dal Verme, 12/05/1901.

⁴⁷ MA, "correspondence 1887", 07/03/1887.

⁴⁸ DVA, Leone Pelloux to Dal Verme, 31/03/1896.

⁴⁹ Cf. Hubert HEYRIES, «L'armée italienne et le maintien de l'ordre dans les villes, de 1871 à 1915, d'après les attachés militaires français», in *Guerre de rue, guerre dans la rue, Guerres mondiales et conflits contemporains*, avril-juin 2002/206, pp. 11-28.

[...], ma io soggiungo che è più grossa utopia il credere che con questi sistemi si possa mai avere un esercito istruito e pronto alla guerra!⁵⁰

A conclusion: from dissociation to integration.

Sentiments of delusion and disillusion, like the ones expressed by Cadorna's letter, became more and more frequent by the time Europe approached the World War. Like in the surrounding Italian society, also into the military élite anti-parliamentarian impulses took the stage. Still, anti-parliamentarian behaviours were already present as soon as 1887, when general Morra di Lavriano defines the Parliament «that august and clownish assembly».⁵¹ In a more ironic way, also general Sironi describes the lower house as «a Calvary» to any man of good will.⁵² General Perrucchetti is way more serious when he compares the Army, perceived as good, to civil society as evil:

Povero Petrarca! Se l'antico valore negli italici cor non è ancor morto... purtroppo gli altri lamenti di Petrarca sono i lamenti d'oggi. Basta, caro mio, seguitiamo a fare il nostro dovere e confortiamoci del buon esempio che dà l'esercito nostro – malgrado i pessimi che dà il paese.⁵³

Albertone keeps the same tone when he wishes his colleague Sismondo to never get in touch with the «Montecitorio's lue» (syphilis).⁵⁴ Sometimes though, it is precisely the Army to be signalled as responsible for some of the problems that troubles society. General Bava-Beccaris, the man who fired on the 1898 demonstrations in Milan, thinks for instance that the African defeats are the first fuel to the extremes' electoral successes.⁵⁵ Some years later, when the first civilian War Minister takes office, he deepens his vision, which presents some aspects in common with Ugo Brusati's one:

Noi scontiamo sempre il fio delle nostre disfatte. E poi l'Italia si è imbastita più per abilità diplomatica che per virtù militare propria [...] Le classi elevate, tutti quelli che possiedono qualche cosa, considerano l'esercito come un peso necessario per la loro conservazione, delle loro persone e dei loro averi, ma non ne capiscono la sua missione, gli altri che sono poi i più numerosi lo vorrebbero sopprimere. E così esso trascina una vita magra, stentata, priva di prestigio e di fiducia nel suo avvenire.⁵⁶

⁵⁰ DVA, Cadorna to Dal Verme, 09/07/1910.

⁵¹ DVA, Morra to Dal Verme, 14/02/1887.

⁵² DVA, Sironi to Dal Verme, 28/08/1887.

⁵³ DVA, Perrucchetti to Dal Verme, 18/05/1898.

⁵⁴ SA, Albertone to Sismondo, s.d. [before 1893].

⁵⁵ DVA, Bava to Dal Verme, 25/01/1902.

⁵⁶ DVA, Brusati to Dal Verme, 02/08/1906.

So, the most ruthless of all the Italian generals apparently has more class self-consciousness than many liberal politicians. And even the reputation of military representatives for being War Minister's yes-men has to be got into perspective, as it is a fact that general Morra shows in the Parliament hall only to harshly attack the War Minister himself:

D'altra parte se io prendo la parola alla Camera, cosa che mi arriva men che raramente, egli è perché sento che c'è qualche cosa da proporre che ritengo utile e che nessuno proporrà, oppure perché provo il bisogno ineluttabile di manifestare la mia opinione scostante da quella del Ministero.⁵⁷

However, the behaviour that seems to be predominant among military élite members is a participative one, that is testified not only by the mere numbers, or by the vitality of the debate, but also by the pride the officers display when writing about their own capability to be good politicians. As an anonymous cavalry colonel remarks to the candidate Majnoni in 1880,

Chi ti avversò con lo stolto argomento che nulla delle cose pubbliche possa sapere un soldato fu un tal Veronelli, segretario comunale. In Roma, non erano tutti soldati i senatori? In Inghilterra non sono stati per 2/3 soldati all'ultima elezione?⁵⁸

In conclusion, contrary to what much of the historiography on that subject wrote, Italian military élite members were well integrated, and actively participating, in national politics. Not only they entered representative assemblies, proposing and debating law proposals, and sometimes taking a stand even against their “own” War Minister. They also took advantage of the press and knew how to influence the public debate they were involved in. When campaigning, high officers behaved like full politicians, expressing their own vision of politics and society, often in contrast with current ones. After all, they were fully part of the “notable” oligarchy which ruled the country.

Still, the evidence for the new claims made about the higher reaches of the officer corps is indicative but not yet conclusive. The evidence presented here suggests that the military elite were a more important contributor to national politics than has so far been recognised. Their role and influence needs further reassessment. However, we can say with some confidence that their views on national and military policy were by no means as uniformly conservative as is all too easily supposed. Further work will show exactly what influence the elite exercised on specific issues and will open the way to a re-evaluation of the *mentalité* of the Italian officer corps in the troubled decades prior to the world war.

⁵⁷ DVA, Morra to Dal Verme, 14/02/1887.

⁵⁸ DVA, anonymous officer to Dal Verme, 13/05/1880.

La película *La Malcasada* como ejemplo de la proyección de la imagen estereotipada de los militares africanistas en los medios de comunicación

The film *La Malcasada* as an example of repercussion of Africanistas soldiers' stereotyped image in mass media

Cristóbal Marín Molina
Universidad de Granada, España.

Resumen: Con la aparición de algunos militares africanistas en algunas de sus secuencias, *La Malcasada* (1927) vehicula una apariencia de modernidad desde una sociedad tradicional en tránsito hacia otra de consumo. El film es una foto fija de la clase social dirigente, donde se mezclan elementos antiguos (aristocracia, toreros...) con agentes que representan la actualidad más avanzada (artistas, médicos, ingenieros...). El ejército también pretendía participar de dicha modernidad, y el cine, junto con el resto de medios de comunicación a su alcance, representaba una excelente oportunidad para la propagación de sus estereotipos hacia un público refractario a sus actuaciones en el Protectorado.

Palabras clave: Estereotipos, Imagen, Medios de Comunicación, Militares Africanistas, Modernidad.

Abstract: Demarcated inside the Communication theory, this article is based on studies of American journalist and political analyst Walter Lippman, where it is explained how the mass media create, through stereotypes, the reality of different matters which escapes from the direct experience of citizens (mental imagery which settle a classification on individuals, groups and different realities). Apart from this, the theoretical foundation relies on *agenda-setting* theory too, which study how mass media implant newsworthy matters (news and problems that have to be discussed in the public space) and the frames of the interpretation of social realities, as well as the influence that they have in public opinion and the establishment of their long term effects.

The movie *La Malcasada*, where different *Africanistas soldiers* (general Francisco Franco, colonel Millán Astray, general José Sanjurjo) of the Spanish Colonial Army in Morocco were depicted, is a vehicle to give an appearance of modernity, from a traditional society to a mass society based on urban way of life and consumption, and where propaganda plays a fundamental role. The film is a fixed view of the leading social class, where traditional social elements (aristocracy, politicians, bullfighters...) are mixed with new social agents (artists, doctors, engineers...). The army wanted to participate in that trendiness too,

and the cinema, together with other mass media, constituted an excellent opportunity to propagate its stereotypes to a refractory public who was against its military interventions in the Spanish Protectorate in Morocco.

The film is a point of departure and an example to analyze how the Spanish army, particularly those *Africanistas soldiers*, used all mass media to create a positive image of their political and military actions in the Protectorate in Morocco. All this was made a reality through different ways: movies (documentaries and fictional films), novels, photos, songs, toys, etc. carrying out a great effort to combine images and words. To reach that aim, they turned to control of news through censorship, biased information, governmental grants and support of opinion leadership agents, and, in this way, the army stereotypes inside Spanish society were reinforced.

For this study, different sources has been used, such as specialized bibliography about *military Africanismo phenomena*, mass media (specifically cinema and press), as well as the information provided from files of digital newspapers libraries. In addition, material coming from the movie *La Malcasada* and other films has been watched for their analysis.

Keywords: Africanistas soldiers, Image, Mass Media, Modernity, Stereotypes.

Para citar este artículo: Cristóbal MARÍN MOLINA: “La película La Malcasada como ejemplo de la proyección de la imagen estereotipada de los militares africanistas en los medios de comunicación”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 6, N° 11 (2017), pp. 217-233.

Recibido: 13/11/2016

Aprobado: 17/05/2017

La película *La Malcasada* como ejemplo de la proyección de la imagen estereotipada de los militares africanistas en los medios de comunicación

Cristóbal Marín Molina
Universidad de Granada
cjmmolina@gmail.com

Durante las llamadas Campañas de Marruecos (1909-1927) el ejército desplegó un gran esfuerzo propagandístico para difundir sus estereotipos y las ideas de la causa colonialista. Los militares se valieron de muchas vías de difusión, fundamentalmente la prensa, pero también prestaron atención al cinematógrafo, considerándolo un moderno y excelente medio para intentar transmitir al gran público una imagen favorable de la «labor» que se estaba llevando a cabo en esos territorios y conseguir su adhesión. En el país vecino se rodaron un buen número de documentales y películas de ficción centradas en las campañas. Para conseguir sus objetivos buscaron el apoyo de los distintos gobiernos a través de la concesión de subvenciones e, incluso, de los propios Reyes, con su asistencia a los estrenos de distintas cintas rodadas sobre las campañas de Marruecos.¹ El ejército se prestó a participar de forma activa en el rodaje de algunos de esos films, y algunos destacados militares africanistas lo hicieron a título individual, consiguiendo de ese modo un cierto protagonismo. Según la concepción de los estereotipos establecida por Walter Lippmann², la creación de una imagen estereotipada de estos africanistas, a través de distintos medios de comunicación, serviría para crear un imaginario que ayudaría a conseguir una mayor y más fácil categorización y asimilación del mismo por parte del público.

La película *La Malcasada*

Este melodrama cuenta cómo Félix, un jornalero mexicano, pretende el amor de Carmen pese a la oposición del padre de ella. Un novillero, *El Atravesao*, convence al muchacho de que posee dotes para el toreo y de que puede conseguir el éxito en España. Decidido a no abandonar a Carmen, el novillero le engaña contándole que ella está enamorada de otro hombre. Félix, desengañado, decide probar fortuna en los ruedos españoles. En la Plaza de Toros de Barcelona conoce a un representante con el que acuerda una corrida en la que conseguirá triunfar, el cual, además, le introducirá en la vida social de la Ciudad Condal. Posteriormente, realiza

¹ Eloy MARTÍN CORRALES: "El cine español y las guerras de Marruecos (1896-1994)", *Hispania, Revista Española de Historia*, 190 (1995), pp. 693-695.

² Walter LIPPMANN: *La opinión pública*, Madrid, C. de Langre, 2003, pp. 81-138.

una exitosa alternativa en Madrid tras la cual entra en contacto con las más relevantes personalidades de la época. Así pues, en una fiesta en Toledo conoce a María Escobar, condesa de Villanueva, de la que termina enamorado. Durante otra corrida tiene una grave cogida, pero tras su recuperación se casa con la condesa. Por su parte, Carmen, después de morir su padre y conocer por la prensa el éxito de Félix, decide marchar a España con su hijo, fruto de su relación con él. Mientras tanto, el protagonista, seducido por la fama, se comporta como un mujeriego, por lo cual su esposa se siente abandonada y se replantea su matrimonio. Por esto, pedirá consejo a una gran cantidad de conocidos personajes de la vida política y social, tras lo cual retorna a Toledo donde un pariente trata de persuadirla de que su deber es seguir junto a su marido. Un día, Carmen se presenta en una fiesta que se celebra en honor a Félix y cuenta toda la verdad. Este, tras consultar con los juristas más eminentes, que le confirman que su matrimonio es indisoluble, decide regresar a México con su antiguo amor y, de esa forma, arreglar el agravio que le había ocasionado a Carmen. Por su parte, María marcha a Marruecos como enfermera para lavar su honor.³

Este largometraje fue dirigido por el periodista Francisco Gómez Hidalgo en 1926 y está basado en su comedia teatral homónima, escrita en colaboración con el dramaturgo José Luis de Lucio, e inspirada a su vez «en la vida del torero Rodolfo Gaona y su matrimonio y separación de la actriz Carmen Ruíz Moragas».⁴ Su estreno en Madrid se realizó en el Teatro del Centro el lunes 10 de enero de 1927, aunque dos días antes se hizo un pase previo ante el Ministro de la Gobernación y antiguo Comandante General de Melilla Severiano Martínez Anido, con objeto de conocer «la prueba» previa a su exhibición pública. Según se recogía en una reseña periodística:

Tanto el ministro como las demás contadas personas que presenciaron la prueba coincidieron en celebrar el interés y la novedad de sus episodios, con los cuales aparecen muchas personalidades de relieve en las distintas esferas de la vida nacional.⁵

La cinta se había publicitado con gran expectación desde días antes. En el diario *ABC* se presentaba como la «más sugestiva y de más interés. Por el asunto, por los personajes que intervienen, es un acontecimiento sensacional».⁶ También se añadía que era una «notable pelí-

³ Luis Enrique RUIZ ÁLVAREZ: *El cine mudo español en sus películas*, Bilbao, Mensajero, 2004, pp. 347-348. También en Palmira GÓNZALEZ LÓPEZ y Joaquín T. CÁNOVAS BELCHI: *Catálogo del cine español. Volumen F2. Películas de ficción 1921-1930*, Madrid, Filmoteca Española, Ministerio de Cultura, 1993, pp. 93-94. Actualmente tan sólo se han conservado algunos fragmentos inconexos del metraje (4.373 metros de película) que se pueden consultar en la Filmoteca Española reunidos en una copia de 35 mm. bajo el título de *Personalidades Españolas*. También existe una copia de 16 mm. en la Filmoteca de la Generalitat de Catalunya. La Filmoteca Española ha subido a Internet estos fragmentos, que se pueden visionar de forma gratuita en la web Archivos Históricos online, en RTVE.es A la Carta. <http://www.rtve.es/alacarta/videos/archivo-historico/malcasada-fragmentos/2917575/> (consultado por última vez el 16-10-2016).

⁴ Palmira GÓNZALEZ LÓPEZ y Joaquín T. CÁNOVAS BELCHI: op. cit., p. 94.

⁵ <http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1927/01/09/033.html> (consultado por última vez el 25-10-2016).

⁶ *Ibidem*.

cula, debida al inteligente acierto y al esfuerzo del notable periodista Sr. Gómez Hidalgo, que ha sabido llevar a la pantalla prestigiosas personalidades políticas, militares y artísticas de España.» El público no debía dejar de asistir a esta «admirable obra de arte».⁷

Los productores, Bienvenido Esteban y el propio director, esperaban obtener un gran éxito comercial como consecuencia de la avalancha de personas célebres que habían sido incluidas como «actores circunstanciales» dentro de la trama. Para atraer al mayor público posible, pensaron publicitarla a gran escala encargando al famoso dibujante madrileño Fernando Fresno que hiciera caricaturas de todos los personajes que aparecían en el metraje para empapelar las calles de Madrid con esos dibujos. Algunos de estos retratos caricaturizados también se insertaron en la publicidad de la película en el *ABC*.⁸ Los días previos al estreno aparecieron en la capital unos cartelones con fotogramas del largometraje rodeados de dichas caricaturas.

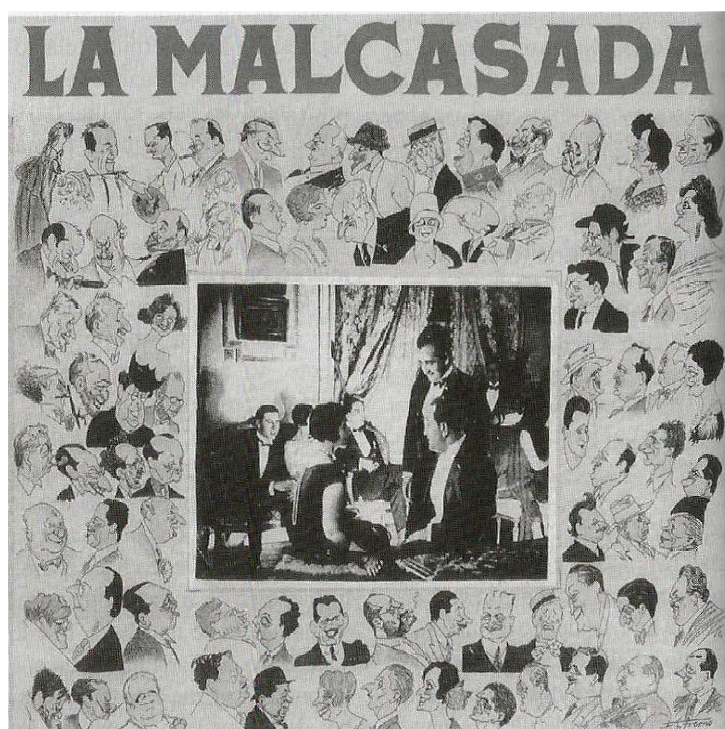


Imagen 1. Cartelón anunciador de *La Malcasada* con las caricaturas del dibujante Fresno. Justo debajo de la fotografía, hacia la izquierda, se puede apreciar la realizada al que ya era por entonces el general Franco.

⁷ <http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1927/01/08/026.html> (consultado por última vez el 25-10-2016).

⁸ <http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1927/01/09/036.html> (consultado por última vez el 25-10-2016).

Sin embargo, en los días posteriores a la fecha del estreno la publicidad fue retirada,⁹ y a lo largo de aquella semana el diario monárquico reseñaba que en el Teatro del Centro había un cambio de programación con el estreno de una nueva película para el sábado día 15:

Las películas que ha proyectado siempre este teatro han causado sensación por su originalidad o por su grandeza. «Varieté», la gigantesca película, asombro de todos los públicos, viene a continuar la tradición de este teatro, en el que no se proyectan cintas que no sean verdaderamente grandiosas.¹⁰

Según lo que se puede deducir de estos anuncios, que dejaban entrever una excusa exculpatoria, estaba claro que algo había pasado con la película en la fecha de su primera exhibición pública. Años después, en una entrevista realizada el sábado 6 de septiembre de 1930 para el diario valenciano *Las Provincias*, el propio director comentó que la cinta había sido prohibida por «la censura del Dictador». Entre sus declaraciones, afirmó lo siguiente:

Fue el mismo día del estreno. Como usted sabe, una acción trivial daba ocasión a que aparecieran en la pantalla los hombres más relevantes de la literatura, del arte, de la política. El mismo Primo de Rivera me pidió figurar en la película y que apareciera asimismo el Rey, a cuyo efecto me llevó a las carreras de caballos para que tomara la escena. Cuando se estrenó en el Teatro del Centro, estaban vendidas las localidades de cinco días. Martínez Anido se hallaba en la sala. Al aparecer en la pantalla Sánchez Guerra el público le tributó una ovación. Inmediatamente el general mandó suspender la proyección y desalojar la sala, quedando desde entonces prohibida la película. [...] Yo dedicaba a Sánchez Guerra unas palabras de respeto y de veneración por su rectitud y su austeridad. La película se proyectó en América. Una copia que fue sorprendida en Barcelona se mandó quemar por orden de Miláns (sic) del Bosch.

Además en la misma entrevista afirmaba que la novela que había escrito, con el mismo título y argumento que el film, también estaba prohibida. El entrevistador le preguntó si la censura autorizaría su venta, y Gómez Hidalgo contestó que no lo había podido conseguir aún, pero que creía que algún día sería autorizada porque «La novela y la película no han tenido nunca, ni tienen ahora, nada de subversivo».¹¹

⁹ Archivo AGR: “Las caricaturas de Fresno para La Malcasada”, *AGR*, 2014, http://agr-cine.com/index.php?option=com_content&view=article&id=219:las-caricaturas-de-fresno-para-la-malcasada&catid=1:fue-noticia (consultado por última vez el 25-10-2016).

¹⁰ <http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1927/01/13/027.html> (consultado por última vez el 25-10-2016).

¹¹ http://prensahistorica.mcu.es/es/consulta/resultados_ocr.cmd?posicion=1&formato_fechapublicacion=dd%2FMM%2Fyyyy&tipoResultados=NUM&forma=ficha&id=92532 (consultado por última vez el 25-10-2016). También en Luis FERNÁNDEZ COLORADO: “La realidad de la duda. El cine español de propaganda en los albores de la Segunda República”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 23 (2001), p. 137.

En el film aparecía el político conservador José Sánchez Guerra, quien en el año 1929 conspiraría para deponer la Dictadura en una intentona golpista. Además, también intervenía el general Valeriano Weyler, que ya había participado en el complot de La Sanjuanada de 1926, y aunque el Dictador no sancionó al marqués de Tenerife sí dispuso que su nombre fuera retirado de las calles y plazas de aquellos municipios que lo hubiesen puesto en su honor.¹² Por esto, no es de extrañar que la censura actuara en contra del largometraje, debido a que contenía imágenes de dicho general. Algunas fuentes llegan a afirmar que el film se estrenó con gran éxito y que fue necesaria una intervención de las fuerzas de orden público por las largas colas que se habían formado para adquirir las entradas,¹³ pero el pase previo ante el Ministro de la Gobernación, la entrevista al propio director en el diario *Las Provincias*, así como referencias de testimonios coetáneos a los hechos¹⁴ indican que la película fue retirada durante su primera proyección comercial. Posteriormente, el director rehízo el montaje eliminando las escenas donde aparecían los personajes «más polémicos». La nueva copia fue estrenada, ya de forma definitiva, el jueves 24 de febrero en el Teatro Olympia de Barcelona, en donde permaneció casi tres semanas.¹⁵ Más tarde, el jueves 17 de marzo, volvería a las pantallas madrileñas, manteniéndose en la programación del cine Royalty durante varias semanas.¹⁶ Dos días antes de su reestreno se volvió a publicitar en el *ABC* de la siguiente forma:



Imagen 2. Cartel de la presentación de *La Malcasada* en Nueva York. Se resalta en el mismo la prohibición durante su estreno en Madrid y su temática sobre el divorcio en España.

¹² Carlos SECO SERRANO: "Valeriano Weyler, modelo de general civilista", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 196:3 (1999), p. 420.

¹³ Luis Enrique RUIZ ÁLVAREZ: op. cit., p. 349.

¹⁴ Según el crítico cinematográfico Juan Antonio Cabero: «la cinta resultó muy interesante, pero como todavía estaba reciente la intentona militar para derrocar la dictadura del General Primo de Rivera, ante el temor de que el público exteriorizada su entusiasmo o su protesta por las figuras que iban apareciendo en la pantalla, las autoridades dieron orden terminantemente de que en cuanto surgiera cualquier manifestación en pro o en contra, se suspendiese la proyección, cosa que así ocurrió al presentarse la película en el Teatro del Centro, quedando la cinta a medio proyectar». En Archivo AGR: op. cit. También en Palmira GONZÁLEZ LÓPEZ y Joaquín T. CÁNOVAS BELCHI: op. cit., p. 94.

¹⁵ *Ibidem*, pp. 93-94. En el periódico *La Vanguardia* anunciaban que era el «Estreno en España». <http://hemeroteca.lavanguardia.com/preview/1927/02/24/pagina-12/33237072/pdf.html> (consultado por última vez el 26-10-2016) y en <http://hemeroteca.lavanguardia.com/preview/1927/03/09/pagina-13/33230472/pdf.html> (consultado por última vez el 27-10-2016).

¹⁶ <http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1927/03/17/035.html> (consultado por última vez el 27-10-2016) y <http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1927/03/27/053.html> (consultado por última vez el 27-10-2016).

El jueves próximo, estreno de *La malcasada*, comedia del popular periodista Gómez Hidalgo, en la que toman parte el general y comandante Franco, Fleta, Rusiñol, Torcuato Luca de Tena, Millán Astray, Belmonte y hasta más de cien figuras representativas de España.¹⁷

La película fue exportada a América y exhibida en distintos países, entre ellos Estados Unidos, al parecer con cierto éxito. Para su presentación en Nueva York se hicieron carteles publicitarios donde se hizo hincapié en que la cinta había sido prohibida el día de su estreno en Madrid y que su «atrayente argumento» giraba en torno al tema del divorcio. Además, se mencionaban los nombres de algunas de las celebridades que, quizás, pudieran ser las más conocidas fuera de España. Curiosamente, se seguía reseñando al político Sánchez Guerra, lo que hace pensar que la versión que se proyectaba en esos países fuera la original.¹⁸

A lo largo de la película, los protagonistas se van encontrando con gran cantidad de personalidades relevantes de la época que hacen pequeños cameos en los que se interpretan a sí mismos en breves apariciones en las que se muestran encantados por su participación dentro del film. Las más de las veces actúan con maneras poco naturales y forzadas (mirando a cámara) debido a que, al no ser actores profesionales, se exhiben al público con escasa o nula capacidad interpretativa.

Estas más de cien figuras conocidas de la España de la segunda mitad de la década de 1920 irán desfilando durante todo el metraje como «extras reales» extraídos de la alta sociedad, militar, política, artística e intelectual de ese periodo, y con los que los protagonistas establecen relaciones, asistiendo a sus casas, fiestas, comidas y cenas para charlar, codearse o pedir consejo sobre la conveniencia o no de su separación matrimonial, siendo esta la primera vez que se planteaba abiertamente el tema del divorcio en el cine español. Entre las muchas personalidades destacadas hay políticos como el conde de Romanones, Alejandro Lerroux o Margarita Nelken, escritores como Valle Inclán, Azorín, Eugenio d'Ors o Concha Espina; periodistas como Torcuato Luca de Tena y su hijo; pintores como Julio Romero de Torres o Santiago Rusiñol; toreros como Sánchez Mejía o Belmonte; además de otros famosos del momento: aristócratas, ingenieros, catedráticos de universidad, abogados, médicos, futbolistas, actores y actrices, cantantes, músicos, etc.

La película está plantada como un “divertimento” de los altos círculos sociales. La trama es la excusa perfecta para mostrar el ambiente de la alta sociedad en boga, a través de las imágenes de las celebridades hispanas más renombradas de entonces. Por tanto, la intencionalidad de los responsables del largometraje parece centrarse más en ir mostrando a estos ilustres personajes que en contar un relato melodramático, el cual, por otro lado está desarrollado como uno de tantos argumentos que, sin pena ni gloria, abundaban dentro de la cinematografía española de la época. Por eso, y gracias a la aparición de tantos nombres “notables” dentro de la

¹⁷ <http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1927/03/15/037.html> (consultado por última vez el 27-10-2016).

¹⁸ Archivo AGR: op. cit.

cinta, su realización se transformó en un muestrario único, casi periodístico, de la vida política y social de ese momento, un testimonio que trasciende la escasa calidad argumental y la pobre puesta en escena del largometraje, ya que el director, debido a su impericia, se mostró incapaz de dar coherencia al caótico material que había rodado.

Franco, Millán Astray y Sanjurjo en *La Malcasada*

Entre los militares que intervinieron en la cinta destacan los nombres del Presidente el Consejo de Ministros Miguel Primo de Rivera, Francisco Franco, Millán Astray, José Sanjurjo y el ya mencionado Valeriano Weyler. Además, también aparecerían dos de los aviadores que habían realizado el periplo del hidroavión *Plus Ultra*, Ramón Franco y Julio Ruíz de Alda. De hecho, en la publicidad recogida en el diario *ABC* el día de su segundo estreno en Madrid, el fundador de la Legión es calificado como «El glorioso coronel Millán Astray», y Franco es definido como «el popular comandante».¹⁹

La escena donde aparecen estos dos mandos dura poco más de tres minutos. En ella, los protagonistas, Félix y María, regresan a la capital y allí son agasajados por distintas personalidades. El político granadino y ex-ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, Natalio Rivas Santiago, los recibe en su casa para comer junto a su hija, su nieta y otros dos invitados de excepción: Franco, vestido de civil, y Millán Astray, con uniforme de coronel y exhibiendo sus medallas de guerra (entre ellas la de Alfonso XIII y la Militar Individual). La escena se divide en dos partes: una primera en la que tanto los invitados como los anfitriones comen, beben y charlan sentados alrededor de una mesa en un ambiente distendido; en la segunda, durante la sobremesa, los comensales se han trasladado a la biblioteca de la casa para seguir conversando mientras toman café y fuman. Durante la escena, tan sólo a los dos militares se les ofrece la ocasión de mostrarse en un plano individual, frontal y cercano. Millán Astray, sin dejar de fumar en todo momento, primero un cigarrillo y luego un puro, interactúa de forma activa con el resto de los asistentes. En un momento, durante la comida, la cámara hace un movimiento de arriba a abajo mostrando al mutilado coronel y resaltando las secuelas de sus heridas de guerra con toda su crudeza: la manga de la chaqueta izquierda sin el brazo; su cara con una cicatriz en la parte superior de la mandíbula, cerca de la oreja; la boca con los dientes de arriba



Imagen 3. Fotograma de la escena de la comida en casa de Natalio Rivas en *La Malcasada*. Se muestra a Millán Astray exhibiendo sus medallas y las secuelas de sus heridas de guerra.

¹⁹ <http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1927/03/17/035.html> (consultado por última vez el 27-10-2016).

mellados; un ojo de cristal colocado dentro de la cuenca derecha; la frente con entradas muy pronunciadas y con el pelo raído. Habla con el resto comensales, que se hallan fuera de plano, girando la cabeza de un lado a otro para dirigirse a ellos, aunque en varias ocasiones también mira de frente hacia la cámara, es decir, hacia los espectadores, haciéndoles de ese modo participes de su conversación. Por su parte, a Franco se le dedica un rótulo: «Francisco Franco, el general de treinta y tres años...». También mira a la cámara mientras habla y, mostrándose risueño y sonriente, gesticula con aspavientos exagerados; luego se gira hacia el resto de los contertulios, espera sus respuestas y ríe.

La siguiente escena, de un minuto y veinte segundos, se rodó en Marruecos,²⁰ y en ella



Imagen 4. Fotograma de la escena de la comedia de *La Malcasada* en donde aparece Franco sonriendo de forma efusiva.

también aparece otro de estos soldados. Empieza con un plano exterior de un edificio y la llegada de un coche descapotable con militares. Uno de los pasajeros del vehículo es el general José Sanjurjo. Cuando estos mandos del ejército se bajan del vehículo son recibidos por otros oficiales de manera poco protocolaria. De inmediato, el Alto Comisario de Marruecos saluda a la protagonista del film, María, que va vestida de enfermera, lo que nos hace suponer que el edificio que se muestra detrás de ellos es un hospital para soldados heridos, aunque en realidad parece un inmueble destinado a una función diferente a la hospitalaria ya que ningún momento se mues-

tran el interior de las instalaciones ni su equipamiento. A continuación, el general, junto a las enfermeras, mantiene una charla con algunos soldados convalecientes en el exterior del edificio. Primero saluda a un soldado que usa gafas de sol, luego continúa con otro tocado con un gorri- llo isabelino legionario y, después de pedirle que se siente, se dirige a un tercero que lleva venda- da la cabeza.

Las siguientes imágenes son bastante confusas debido posiblemente a una mala secuen- ciación en el montaje del material que se ha conservado. Después de la charla con los heridos, se vuelve de nuevo al momento inicial, cuando Sanjurjo saludaba a la protagonista tras su llegada en coche. En un momento se muestra sonriente enseñando un diente mellado. En el encuadre, por detrás, se cuela una mujer vestida de negro, que parece ajena a todo lo que está sucediendo pero a la que el militar también saluda. En el siguiente plano, más general, se contempla cómo Sanjurjo, sus oficiales y las enfermeras se marchan del lugar bajando por unas escalinatas. Tras esto, la secuencia retrocede otra vez de forma inconexa al momento anterior de la conversación entre el Alto Comisario y María.

²⁰ Palmira GONZÁLEZ LÓPEZ y Joaquín T. CÁNOVAS BELCHI: op. cit., p. 193.

Todas estas imágenes del supuesto hospital pertenecerían a la parte final del argumento de la película, cuando el personaje de la condesa, para olvidar el abandono de Félix y «lavar su orgullo herido y su deshonor», decide marchar a Marruecos como enfermera. Esta situación está basada en la historia real de la duquesa de la Victoria, Carmen Angoloti y Mesa, que era dama enfermera de la Cruz Roja y que, animada por la reina Victoria Eugenia, fue a Marruecos con algunas voluntarias tras el desastre de Annual.²¹ Se ve claramente que es intencionado por parte de los responsables del film que tanto el personaje de ficción como el de la vida real gocen de la condición de aristócratas.



Imagen 5. Fotograma de *La Malcasada* con Sanjurjo y la protagonista María en un supuesto hospital del Protectorado.

Los mediáticos africanistas de Marruecos y los medios de comunicación: prensa, *merchandising*, literatura y cine

Estos tres mandos militares tienen un claro interés en aparecer de manera positiva en *La Malcasada*, lo que denota una evidente utilización del cinematógrafo para proyectar una imagen favorable de sí mismos, sobre todo teniendo en cuenta que en el momento en que se rodó y estrenó la cinta se daban ya por hecho la pronta victoria y la finalización de la guerra. Eran personajes mediáticos y populares entre el público, tanto en el Protectorado como en la Península, ya que aparecían constantemente en todos los medios de comunicación: prensa, revistas y, por supuesto, el cine. Aprovecharon siempre todas las oportunidades que la naciente sociedad de consumo les brindaba para autopublicitarse.

De entre todos los medios mencionados sobresale, sin lugar a dudas, la prensa escrita, y dentro de la misma destaca *La Correspondencia Militar*, que fue el periódico sobre asuntos militares más importante desde principios de siglo, llegando a tener una tirada diaria de entre 10.000 y 15.000 ejemplares. El beneficio que sacaba en concepto de suscripciones alcanzó las 18.000 pesetas anuales en 1924, abonadas íntegramente por el Ministerio de la Guerra. A lo largo de varias décadas, este fue el periódico que construyó el concepto de «misión civilizadora»

²¹ María Luisa ALONSO MOLTANBÁN: *Luz para el olvido. De Melilla a Paracuellos (1922-1936). Itinerario del capitán médico Luis María Alonso Alonso*, [formato libro electrónico], Madrid, de buena tinta, 2014, pp. 206-207.

que trataba de legitimar la presencia española en Marruecos y que sería asumido por otros medios.²²

En el ámbito periodístico hubo sobre todo dos publicaciones que sirvieron a los africanistas de altavoz: el periódico melillense *El Telegrama del Rif* y la publicación *África. Revista de Tropas coloniales*. El primero se definía como «diario independiente y defensor de los intereses de España en Marruecos».²³ Fundado en 1902 por el granadino Cándido Lobera Girela,²⁴ tuvo la particularidad de ser el mismo periódico en donde trabajó el que luego sería el líder rifeño Abd-el-Krim. Patrocinado por la Alta Comisaría, se convirtió en un referente del pensamiento colonialista. El general Francisco Gómez Jordana afirmaba del mismo que era un «modelo de periódicos coloniales».²⁵ En el diario se exaltaba la labor del ejército y se elogiaba constantemente a los militares con frases afectadas y ardientemente patrióticas. En sus páginas apenas tenía cabida otro tipo de noticias que no fueran exclusivamente las referidas al ejército de África y a las acciones militares que estaba llevando a cabo. Una buena muestra de ello la encontramos el miércoles 27 de julio de 1921, tras la muerte de Fernández Silvestre, cuando se le escribió un panegírico donde se decía que dicho general «era la personificación del valor, de la hidalguía y de la arrogancia bizarra».²⁶ El sábado 30 de julio, conforme se fueron conociendo los sucesos de Annual, Cándido Lobera defendía a ultranza al Alto Comisario Dámaso Berenguer, pidiendo confianza y tiempo para que, este «caudillo de Africa (sic), excepcionalmente preparado para la misión que la amada Patria le ha encomendado», pudiera resolver «de una vez y para siempre la pacificación de la zona española de Marruecos».²⁷ El encumbramiento llegaba al paroxismo cuando se describía a los mandos de las fuerzas de choque. El sábado 9 de junio de 1923 aparece en el diario un artículo póstumo sobre el jefe de la Legión, el teniente coronel Rafael de Valenzuela, donde se hace una glorificación tanto del personaje como de los legionarios en general con un lenguaje altisonante y engolado:

[...] la voz vibrante del jefe del Tercio, que destacando su figura recia y arrogante, entre el asombro de propios y extraños, lanza como un rugido de la Legión los vivas del reglamento, y ofrece el pecho henchido de valor y la frente augusta y soberana llena de ideales y nobles pensamientos, a la Implacable que siega vidas, ignorante del valor de cada una de ellas. Sus solda-

²² Francesc A. MARTÍNEZ GALLEGO y Antonio LAGUNA PLATERO: “Comunicación, propaganda y censura en la guerra hispanomarroquí (1906-1923)”, *Communication & Society / Comunicación y Sociedad*, 3 (2014), p. 51.

²³ <http://prensahistorica.mcu.es/es/consulta/registro.cmd?id=1028806> (consultado por última vez el 27-10-2016).

²⁴ Helena DE FELIPE, Leoncio LÓPEZ-OCÓN y Manuela MARÍN (eds.): *Ángel Cabrera: ciencia y proyecto colonial en Marruecos*, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia / Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2004, p. 52.

²⁵ Gustau NERÍN: *La guerra que vino de África*, Barcelona, Crítica, 2005, pp. 63-64.

²⁶ http://prensahistorica.mcu.es/es/publicaciones/numeros_por_mes.cmd?anyo=1921&idPublicacion=1000682 (consultado por última vez el 27-10-2016).

²⁷ http://prensahistorica.mcu.es/es/publicaciones/numeros_por_mes.cmd?anyo=1921&idPublicacion=1000682 (consultado por última vez el 27-10-2016).

dos, como miembros del mismo cuerpo y partes de su propio espíritu, con el arma blanca y acerada, que es, en las manos crispadas, ariete formidable de destrucción para la guerra, útil fecundo de trabajo en la paz, arrollan, destrozan y derrumban la muralla que el odio y la ignorancia quiso poner a nuestro paso civilizador, con el tenebroso designio de hundir en la ignominia nuestro prestigio, como pueblo y como raza.²⁸

Sin embargo, cuando otros africanistas replanteaban el «problema de Marruecos» hacia posturas más civilistas y políticas, tal era el caso de el general Ricardo Burguete o de Alberto Castro Girona, el *Telegrama del Rif* se mostraba bastante crítico.²⁹

África. Revista de Tropas Coloniales fue fundada en 1924 por Queipo de Llano en respuesta a la postura abandonista de Primo de Rivera. Aunque se presentó como una revista «propagadora de estudios hispano-africanos», la realidad era que pretendía convertirse en un medio para la difusión de la ideología colonialista a imitación de sus homólogas francesas, en especial *Revue des Troupes Coloniales*. La premura en sacar la primera edición y sus constantes cambios en las secciones entre un número y otro reflejaban la inquietud de sus promotores por hacer oír sus planteamientos militaristas de la forma más rápida y eficaz que fuera posible.³⁰ Valga decir que entre los que escribieron artículos para esta publicación destacan el propio Franco (que llegó a ser su director), Queipo de Llano, Emilio Mola o Enrique Varela. Todos ellos configurarían la cúpula de la conspiración del golpe de Estado de 1936.³¹ En el primer número, Queipo establecería la línea editorial de la revista con un marcado sesgo ideológico: adhesión a la Corona, colaboración con el Directorio, servir de tribuna para aprender de los errores cometidos en Marruecos y dar testimonio de los que han derramado su sangre por la Patria en las campañas precedentes para seguir su ejemplo. En un segundo editorial, criticaba a todos los que culpaban a los militares de las pérdidas de las antiguas colonias ultramarinas y de lo que estaba ocurriendo en Marruecos, a saber: políticos, miembros de las Juntas de Defensa e intelectuales. Consideraba, además, que los medios de información aireaban los casos de corrupción y las deficiencias del ejército para dañar a la institución y minar la moral de las tropas y la población. Por eso, la prensa sólo debía dedicarse a exaltar los valores patrióticos para que la opinión pública apoyara sin discusión la necesidad de la labor militar en el Protectorado y resaltar así el honor perdido. Con todo esto, venía a declarar su firme apoyo a la remilitarización del Protectorado y la culminación de la “pacificación” a través de los combates. Por otra parte, la revista también realizaba tareas proselitismo como los anuncios que insertaba en sus páginas

²⁸ http://prensahistorica.mcu.es/es/publicaciones/numeros_por_mes.cmd?anyo=1923&idPublicacion=1000682 (consultado por última vez el 27-10-2016).

²⁹ Gustau NERÍN: op. cit., p. 64.

³⁰ Rocío VELASCO DE CASTRO: “De periodistas improvisados a golpistas consumados: el ideario militar africanista de la *Revista de Tropas Coloniales* (1924-1936)”, *El Argonauta español*, (2013) <https://argonauta.revues.org/1590> (consultado por última vez el 28-10-2016).

³¹ También colaboraron en sus páginas algunos civiles que terminaron apoyando a los militares en el pronunciamiento. Gustau NERÍN: op. cit., p. 64.

para el alistamiento en la Legión, donde se aseguraba una carrera militar hasta capitán y se especificaban las primas de enganche y los haberes diarios.³²

Muchos mandos africanistas, como Juan Luis Beigbeder, ejercían de relaciones públicas e invitaban a los reporteros a los cuarteles y al frente de batalla. Sanjurjo realizó con frecuencia esta práctica, y dejaba que los periodistas estuvieran presentes en las operaciones³³ que realizaba su columna para convencerlos de que conocía bien el territorio y que era un «gran estratega de la guerra colonial». ³⁴ Según el militar Antonio Cerdón, para fabricarse dicha imagen solía ir vestido con chaqueta de pijama en vez de la guerrera del uniforme y a veces se ponía una bufanda. Frente al histrionismo de Millán Astray, «espectacular y aparatoso»,³⁵ y como bien se refleja en la escena de *La Malcasada* en la que aparece, Sanjurjo proyectaba una imagen de sencillez y campechanía, comportándose con teatralidad y fingida familiaridad hacia sus subordinados, a los que daba palmadas en el hombro, o bebía a chorro de una cantimplora cuando tenía público delante. No desaprovechaba ninguna oportunidad para labrar su fama: le gustaba dejarse ver asistiendo a eventos sociales, yendo al teatro de Melilla para ver «revistas ligeras», o comiendo, bebiendo y disfrutando de la compañía de mujeres.³⁶ En el largometraje muestra una actitud “humanitaria”, siendo afable con los soldados convalecientes y recibiendo halagado la admiración de las enfermeras. Sin embargo, Ignacio Hidalgo de Cisneros pensaba que el general no actuaba con pose, que era verdaderamente simpático y que «se hacía querer por su sencillez y naturalidad», habiendo conocido muy pocas personas «menos señoritas que él»³⁷. Esta opinión del futuro jefe de la Fuerza Aérea Republicana bien pudiera deberse a que confundía la demagogia populista con un cierto «espíritu democrático»³⁸ que creía ver en el general Sanjurjo. En este sentido no fue el único que lo percibió de tal forma, ya que dentro del documental *Guerra de África, 1925* (1926) aparece un rótulo en el que se dice que la tropa admiraba a su «jefe demócrata».

En sus memorias, Antonio Cerdón ponía en duda las capacidades estratégicas del que, tras las campañas y como recompensa a su mando, fue nombrado Marqués del Rif, comentan-

³² Rocío VELASCO DE CASTRO: op. cit. También en <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0004278728&search=&lang=es> (consultado por última vez el 28-10-2016) y <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0004279267&search=&lang=es> (consultado por última vez el 28-10-2016).

³³ En la actualidad se ha aceptado el término “periodista empotrado”, procedente del original en inglés *embedded journalist*, para describir este tipo de situaciones.

³⁴ María Rosa DE MADARIAGA: *En el Barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos*, Madrid, Alianza Editorial, 2005, p. 262.

³⁵ El general Batet calificaba al coronel de «teatrero y payaso». En Alfonso IGLESIAS AMORÍN: “La cultura africanista en el Ejército español (1909-1975)”, *Revista de Historia Contemporánea*, 15 (2016), pp. 195-196.

³⁶ El militar Antonio Cerdón García coincidió con Sanjurjo en Marruecos y lo percibía como un «populachero». Antonio CORDÓN: *Trayectoria. Recuerdos de un artillero*, Sevilla, Espuela de Plata / Ministerio de Cultura, 2008, pp. 201-202.

³⁷ Ignacio HIDALGO DE CISNEROS: *Cambio de Rumbo*, Vitoria-Gasteiz, Ikusager Ediciones S.A., 2001, p. 143.

³⁸ María Rosa DE MADARIAGA: op. cit., p. 263.

do que se limitaba a firmar los planes trazados por el Estado Mayor para la ocupación de las posiciones. Cuando llegaba el día de la operación, Sanjurjo y su séquito, entre quienes se encontraba Cordón, iban en coche al puesto de mando del frente donde había comida y caballos. Cuando finalizaba la acción se dirigían en sus monturas a la posición conquistada para recoger los informes del desarrollo de la misma y luego volvían a Melilla en coche. En los días siguientes la prensa presentaba la batalla como un éxito personal del general.³⁹

Aunque Sanjurjo fue uno de los africanistas que más se distinguió, no fue el único encumbrado por la prensa, sobre todo en aquellos diarios con tendencias políticas monárquicas y conservadoras como *ABC*, *El Debate* o *La Acción*. Otros mandos también fueron objeto de



Imagen 6. Rótulo de *La Malcasada* donde se presenta a Franco como un joven general.

este tipo de «operaciones mediáticas»,⁴⁰ con elogios sin el más mínimo asomo de crítica, lo cual tenía por objeto la creación de un estado de opinión favorable en torno a estos «bizarros» partidarios de la acción militar en el Protectorado, remarcando su valentía, su amor a la Patria y su juventud. Esta última era una cualidad que se destacaba de Franco a raíz de su ascenso al generalato, algo que como ya se ha señalado más arriba aparece también en un rótulo de la escena de la comida de *La Malcasada*, destacándose de él su edad. A partir de entonces, este estereotipo se

convirtió en una constante que definirá al futuro dictador. En una crónica del diario *ABC* del año 1926, con motivo de un homenaje que se le hacía en su ciudad natal de El Ferrol, se dice lo siguiente:

El ayuntamiento obsequió ayer con un banquete al nuevo general D. Francisco Franco Baamonde (sic). El alcalde en vibrantes términos, ofreció el agasajo al bizarro general. Este en patrióticos términos brindó por España, por el Rey y por el Ejército y la Marina. Propuso que El Ferrol dedique un monumento a la memoria de sus heroicos hijos muertos en la guerra. Esta iniciativa fué (sic) acogida con gran entusiasmo. El capitán general del Departamento habló para agradecer los elogios tributados a la Marina. El general Franco fué ovacionado. El Círculo Mercantil le ha obsequiado también con un «Champagne» de honor. Hoy sale para Toledo el joven general.⁴¹

Aunque no tenía el carácter de Sanjurjo, compartía con él su afán de notoriedad. En Melilla iba acompañado por periodistas que le vitoreaban como héroe. Además, su vida militar y privada aparecía constantemente publicitada en imágenes (fotos y caricaturas) en los periódicos.

³⁹ Antonio CORDÓN: op. cit., pp. 203-204.

⁴⁰ María Rosa DE MADARIAGA: op. cit., p. 263.

⁴¹ <http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1926/03/10/022.html> (consultado por última vez el 28-10-2016).

cos.⁴² Al igual que hacían Yagüe y Millán Astray, solía firmar y dedicar retratos para los soldados del frente y para las visitas que recibía.⁴³

Después del trato recibido, muchos periodistas terminaban alabando en sus crónicas la labor de estas tropas y sus jefes. Sin embargo, aquellos que se mostraban críticos eran vetados o se les dificultaba su labor periodística.⁴⁴ Esto deja ver bien a las claras que el ejército apostaba por la prensa como medio para la defensa de sus intereses, comportándose como un verdadero *lobby* de presión. Revistas y periódicos, tanto privados como públicos, eran subvencionados por las distintas administraciones: el Ministerio de la Guerra, el Ministerio de Estado, la Dirección de Marruecos y Colonias o el Alto Comisariado. Entre la enorme cantidad de publicaciones que se promocionaban, aparte de las ya mencionadas, se pueden destacar *La Publicidad* de Barcelona, *África española* (revista de un grupo de presión privado), *Armas y Letras* o *España en África* y su sucesora, la *Revista Hispanoafriicana*. Esta financiación y patro-

cinio se hacía a través de una enorme red de creadores de opinión y prescriptores que asumían la defensa del discurso africanista «desde una teórica independencia del gobierno». El dinero procedía de fondos reservados, que en esa época ya eran conocidos como «fondo de reptiles», y que también servían para sobornar a periodistas. Además aparecieron nuevas publicaciones para ponerlas al servicio directo del Estado, como los diarios *El Porvenir* de Tánger, *El Norte de África* de Tetuán, *El Islah* o el semanario en árabe *Hak*.⁴⁵ También se fundaron diarios en el propio Protectorado con la intención de aumentar el efecto propagandístico, ya que otros pequeños periódicos peninsulares recogían directamente la información de los primeros, elaborando sus noticias a través de un ejercicio de corta y pega. También el gobierno se encargó de la financiación de agencias de noticias como la empresa *Fabra*. Con el tiempo, las subvenciones llegaron a directores y articulistas de los grandes periódicos generalistas del país. Precisamente, muchos de sus corresponsales en Marruecos escribieron y publicaron libros contando sus experiencias a modo de reportajes, difundiendo ideas «probelicistas» como Víctor Ruiz Albéniz enviado por el *Diario Universal* o Fernando de Urquijo corresponsal de *El Globo*.⁴⁶ Aunque por el

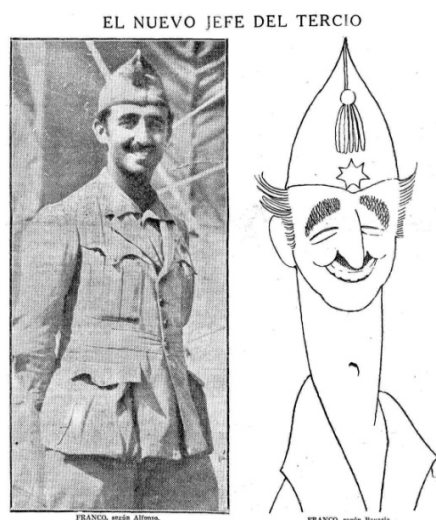


Imagen 7. Fotografía y caricatura de Franco. Diario *El Sol*, jueves 7 de junio de 1923.

⁴² María Rosa DE MADARIAGA: op. cit., p. 264.

⁴³ Gustau NERÍN: op. cit., p. 52.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 65.

⁴⁵ Francisc. A. MARTÍNEZ GALLEGO y Antonio LAGUNA PLATERO: op. cit., pp. 49-52.

⁴⁶ Juan José LÓPEZ BARRANCO: *La narrativa española sobre la guerra de Marruecos (1859-2005)*, Madrid, Mare Nostrum Comunicación S.A., 2005, pp. 82-83 y 90-91.

contrario, también hubo quienes lo hicieron desde un punto de vista crítico como *Eugenio Noel*.⁴⁷ El gobierno y el ejército estaban decididos a difundir lo más ampliamente posible la idea de la «misión civilizadora», ya que en Marruecos este proyecto «iba para largo».⁴⁸

No toda la prensa claudicaba frente a estos postulados. Periódicos republicanos y obreristas como los barceloneses *La Lucha* o *Solidaridad Obrera*, el valenciano *El Pueblo* o el madrileño *El Socialista* criticaban esta línea de actuación colonial.⁴⁹ Esta prensa fue la más afectada por la censura, ya que tras el incidente de la revista satírica barcelonesa *¡Cu-Cut!* el gobierno y el ejército contaba desde marzo de 1906 con la Ley de Jurisdicciones para acallar las voces reprobatorias. Sus artículos 2º y 3º remitían al fuero militar los delitos en que se ultrajara a la nación, su bandera, su himno o sus emblemas nacionales de palabra, por escrito, por medio de la imprenta, a través de grabados, estampas, alegorías, caricaturas, signos, gritos o alusiones; o aquellos en que se injuriara u ofendiera, de forma clara o encubierta, al Ejército, a la Armada o sus instituciones. A partir de ese momento la censura militar se impuso en los medios de comunicación, pasando toda la información procedente de África por los filtros institucionales, evitando difundir aquello que no interesaba que llegara a la opinión pública. Dependiendo de cómo estuviera la situación en el Protectorado en cada momento, y del número de reveses que tuvieran las tropas españolas, la censura, conocida en el ámbito periodístico de la época como la *Señora* o *Doña Anastasia* (la pelmaza de la censura),⁵⁰ se implantaba de forma más o menos férrea. Echando mano a lo que imponía la Ley, o a través de estrategias extralegales, empezaron a ponerse en blanco artículos o a cancelarse periódicos. A veces, el mecanismo era más sutil, ya que se pagaba a confidentes para que divulgaran aquella información que interesara debidamente manipulada.⁵¹ El gobierno español estaba especialmente preocupado porque no salieran a la luz pública aquellas atrocidades que las tropas hubieran podido cometer contra los nativos. Además, los militares en Marruecos contaban con el poder sobre el terreno, cortando desde el origen las noticias, requisando ediciones enteras de diarios, comprando la totalidad de los ejemplares, interviniendo las comunicaciones telegráficas o haciendo que se personasen los directores de los periódicos locales en las comandancias o en las sedes de la gobernación para recibir las “recomendaciones” oportunas. También se prohibía la lectura de diarios en posiciones avanzadas de los frentes de guerra.⁵²

Aunque sin duda la prensa era el medio que más querencia tuvo por parte de los militares, también se utilizaron otros muchos cauces comunicativos como canciones, cromos, postales

⁴⁷ *Ibidem*, p. 91.

⁴⁸ Francesc. A. MARTÍNEZ GALLEGO y Antonio LAGUNA PLATERO: op. cit., pp. 52 y 54. Este planteamiento se inscribe dentro de la teoría *agenda setting* o del establecimiento de la agenda de aquellos asuntos que tienen que ser discutidos en el espacio público.

⁴⁹ *Ibidem*, pp. 54-55.

⁵⁰ Antonio CHECA GODOY, Carmen ESPEJO CALA y M^a José RUÍZ ACOSTA (coords.): *ABC de Sevilla, un diario y una ciudad. Análisis de un modelo de periodismo local*, Sevilla, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 2007, p. 77.

⁵¹ Francesc. A. MARTÍNEZ GALLEGO y Antonio LAGUNA PLATERO: op. cit., p. 56.

⁵² Sebastian BALFOUR: *Abrazo mortal: De la guerra colonial a la guerra civil en España y Marruecos*, Barcelona, Península, 2002, pp. 60-61.

o sellos. Los africanistas, sobre todo los legionarios, tuvieron mucho éxito en lograr la atención del público creando un *merchandising* que llegara a todo tipo de público: juguetes, muñecos recortables,⁵³ ceniceros, mecheros, ropa, etc.

Por su parte, los Centros Comerciales Hispanos-Marroquíes y otras asociaciones “colonistas” recibían cuantiosas subvenciones anuales a cargo de diferentes ministerios. Asimismo, se promocionaron el teatro y las representaciones teatrales. La Alta Comisaría subvencionó la construcción de distintos «coliseos» en ciudades del Protectorado, por ejemplo el Teatro Español de Tetuán, para que se representasen casi exclusivamente obras del Siglo de Oro, procurando que en su programa no se incluyesen «espectáculos inmorales, actos de propaganda política contra el régimen establecido y contra el orden social», y que además se celebrasen en él todo tipo de actos oficiales.⁵⁴ La propaganda también estaba presente en las zarzuelas y revistas musicales que se amenizaban con canciones patrióticas. Sirva como ejemplo el pasodoble titulado *La bandera*, conocido popularmente como *Banderita*, que fue compuesto para la revista *sicaléptica* (con componentes eróticos) *Las corsarias* estrenada en 1919.

La literatura colonialista que se realiza en esa época es enorme, aunque no llegó a alcanzar ni el volumen ni la calidad de la que se hacía en Francia. Muchas obras son novelas cortas que están centradas en el tema de la Legión y en las que se ensalzan las virtudes de los mandos. Gracias a la popularidad y el precio de estas novelitas se difundió entre los lectores la «mística africanista». También abundaron relatos donde se refuerza el asumido estereotipo del nativo salvaje y libidinoso que persigue a la mujer blanca occidental, como ocurre en la titulada *Mariquita cautiva de los moros* publicado por Eduardo Corbin en 1925. No obstante, una de las novelas más sorprendentes sobre el tema de la Legión fue la que escribió Luys Santa Marina, titulada *Tras el águila del César: elegía del Tercio (1921-1922)*. En ella se narra la historia de un legionario ficticio tras el desastre de Annual, aunque el autor quizá se basó en las experiencias de alguno real. Con lenguaje seco y lacónico, se da rienda suelta en la descripción de escenas donde los legionarios emplean la violencia, inusitada y excesiva, contra los rifeños. Santa Marina vincula la Legión española a las antiguas legiones romanas para enlazar la identidad española con el mundo clásico.⁵⁵

Por su lado, los militares publicaron gran cantidad de libros donde narraban las experiencias bélicas y vivencias de su paso por Marruecos. Sólo en unos pocos, como *Diario de una Bandera* de Franco, se exponían planteamientos tácticos-estratégicos, por ejemplo, cómo debían utilizarse los carros ligeros en las batallas. Con sus libros los africanistas pretendían crear un modelo que sirviera para obras posteriores. En ellos se deja denotar una postura autocompla-

⁵³ En 1922 apareció una truculenta lámina de una muñeca recortable con el nombre de *Mariquita legionaria* y que fue anunciada en el diario *ABC* como «Exitazo abracadabrantísimo». <http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1922/01/16/018.html> (consultado por última vez el 28-10-2016).

⁵⁴ Sebastian BALFOUR: op. cit., pp. 52-53.

⁵⁵ Luys SANTA MARINA: *Tras el Águila del César: elegía del Tercio (1921-1922)*, Barcelona, Editorial Yunque, 1939, pp. 23-32. Susan MARTIN-MÁRQUEZ: *Desorientaciones. El colonialismo español en África y la performance de la identidad*, Barcelona: Edicions Bellaterra, 2011, pp. 228-230.

ciente y acrítica. En vez de meras descripciones se optaba por un lenguaje épico, rimbombante que servía para ensalzar los enfrentamientos bélicos, aunque estos hubieran sido simples escaramuzas. Ese tipo de lenguaje se traspasó a los partes oficiales de las operaciones y llegaría a perdurar hasta la Guerra Civil.⁵⁶

En último lugar, y no menos importante que otros medios, estaría la relación que mantuvieron los militares africanista con el cine. Hay un texto de Millán Astray en donde agradece a los cineastas que filman cintas con temática sobre la Legión:

También es deuda de la Legión con los informadores gráficos españoles, que tuvieron sus cámaras siempre propicias a registrar cuanto grato o interesante ocurriese en la Legión. Últimamente la película, que da vida a la figura y aire de realidad a lo representado, que interesa, que atrae y emociona, los buscó con predilección y llevó la vida de los legionarios a todas partes proporcionándoles el público homenaje de efectivos aplausos.⁵⁷

Estas palabras sugieren el estrecho vínculo que se estableció con el medio cinematográfico para fomentar un aire de modernidad que se pretendía dar al Tercio de Extranjeros. De hecho, la propaganda sin tapujos que aparecía en los films llegó al extremo de enseñar en un intertítulo del documental titulado *España en Marruecos* (1925) los menús del día, con comidas abundantes y variadas, que recibían los legionarios en el cuartel de Dar-Riffien, o en mostrar imágenes de las alegres fiestas que se celebraban en los cuarteles del Protectorado, y de las cuales podían disfrutar tanto los oficiales como los soldados y sus familiares, tal y como se ve en la noticia filmada *Regulares de Ceuta* (1926).

Para cumplir este objetivo propagandístico, los noticieros y documentales utilizaban todo tipo de recursos tanto formales como de contenido. En la mayoría de ellos hay una selección del material que se quería exhibir en las salas (autocensura). Las imágenes de batallas se muestran casi siempre desde la lejanía y el ejército colonizador es el centro de atención, tal como se puede ver en *España en Alhucemas* (1925).⁵⁸ En esta cinta los legionarios son descritos como valientes, bravos y «siempre héroes, los del alegre morir... Tan de hierro en la resistencia... Como rápidos en el avance». De forma parecida se califica a las tropas irregulares de harqueños



Imagen 8. Caricatura del Millán Astray. Diario *El Sol*, jueves 16 de agosto de 1921.

⁵⁶ Gustau NERÍN: op. cit., pp. 65-66.

⁵⁷ José MILLÁN ASTRAY: *La Legión*, Madrid, V.H. Sanz Calleja, 1923, p. 86. También en Eloy MARTÍN CORRALES: "Un siglo de relaciones hispano-marroquíes en la pantalla (1896-1999)", en VV.AA., *Memoorias del cine: Melilla, Ceuta y el norte de Marruecos*, Melilla, Ciudad Autónoma de Melilla, 1999, p. 16.

⁵⁸ Tanto *España en Alhucemas* como *España en Marruecos* y *Regulares de Ceuta* han sido consultados en la Filmoteca Española en Madrid. También se pueden visionar estas películas en la página web Archivos Históricos online, en RTVE.es A la Carta.

que «luchan al lado de la nación protectora». En ningún momento se cuestiona el orden jerárquico connatural del ejército, y cuando se presentan los mandos militares africanistas siempre aparecen mencionados con sus apellidos y grados, haciendo que el público coetáneo se fuera acostumbrando y familiarizando con sus “hazañas bélicas”, las cuales siempre son exaltadas por los creadores de estos films. De este modo, Sanjurjo es descrito como el «caudillo popular que ha sabido llevar a nuestro ejército a la victoria» y Franco es el «eterno vencedor, mago de la táctica guerrera, cuya historia militar evoca la de grandes capitanes de pasadas glorias». Frente a los oficiales, que «superan en valor a las aguerridas huestes a su mando» y a los que se les suele destacar por su juventud, el grueso de soldados son anónimos, los «pequeños tornillos de la gran máquina guerrera», pero a los que también se debe rendir homenaje: «Amor, gratitud, respeto y admiración merecen quienes dieron su sangre en holocausto de la patria.» Todo esto, junto al lenguaje afectado y grandilocuente utilizado en los rótulos, muy parecido al que ya se usaba en algunos artículos periodísticos, y que luego también será habitual en las difusiones radiofónicas, fue creando un poso de formas y estilos que los espectadores irían asimilando sin problemas durante las décadas de 1920 y 1930.

Algunas conclusiones

Los africanistas se esforzaron en crear un nuevo discurso que englobara la palabra y la imagen con el objetivo claro de intentar contrarrestar los prejuicios antimilitaristas. Este mensaje aúna ideas de tradición, modernidad y eficacia: el recuerdo constante a las glorias del pasado (las referencias a los Tercios de Flandes o a las legiones romanas) y la novedad vinculada a la rapidez, la velocidad, la eficacia y la juventud. Estos “valores” e imágenes también son elementos clave de la publicidad del momento o de la vanguardia artística del *futurismo*, y estaban plenamente asumidos por una parte del público.

En cuanto a la prensa escrita, hay que señalar la poca libertad de que gozaba, por un lado debido a que los altos índices de analfabetismo limitaban al público al que se podía llegar, y por otro a la existencia de una censura férrea que salvaguardaba los intereses del Gobierno y, sobre todo, del ejército, estableciéndose un control de qué debía conocerse y qué no. Diarios y revistas serán los instrumentos que utilicen los africanistas para propagar su mensaje gracias a las generosas subvenciones de las instituciones que tenían intereses en Marruecos. Los medios que no aceptaban esta situación, y eran críticos con el ejército, serían marginados. Por su parte, la mayoría de las novelas de ficción son obras que carecen de una reflexión profunda sobre la guerra (táctica, estrategias, técnicas de combate, utilización de nuevos medios) y traslucen un desprecio hacia las bajas. El público al que iban dirigidas pertenecía a la clase media-baja con pocas inquietudes intelectuales, que tan sólo buscaban satisfacer emociones leyendo relatos de aventuras de soldados legionarios.

En cuanto a la imagen de lo militar, se consigue la creación de un ideario de las tropas legionarias, cargado de estereotipos simplificadores y reconocibles, identificado con el paradigma

ma del soldado-guerrero en el que éste asume una identidad permanente de un héroe, algo que hasta cierto punto ha pervivido hasta nuestros días⁵⁹. Para ello se crea todo un proyecto identitario basado en códigos, himnos, canciones, banderas y paso propio en los desfiles y en donde subyace la idea de lealtad personal, más vinculada a los jefes inmediatos y naturales que a un gobierno estatal visto como algo abstracto y lejano: la creencia de Millán Astray de la bandera legionaria como una nación.⁶⁰ Todo esto no deja de ser una estrategia tendente a contrarrestar el antimilitarismo y antibelicismo asentado en las capas populares de la sociedad española, las cuales perciben que no tienen nada que ganar en las campañas marroquíes, puesto que son ellos los que ponen los muertos y los tullidos. Que este objetivo se cumpliera en la forma deseada no está del todo claro,⁶¹ ya que al igual que había pasado durante la Guerra de Cuba, y por mucho que el ejército realizara un gran despliegue de recursos para divulgar sus ideas, un sector de la población continuó siendo refractario a aceptar plenamente dichos postulados. Además, en España todavía quedaban muchos lugares que no habían sido alcanzados por la modernidad, y en donde dichos medios o no llegaban o apenas tenían repercusión. Por otro lado, algunos autores críticos con la política belicista, como Eugenio Noel, Ciges Aparicio o Giménez Caballero, recopilaron en sus obras artículos y crónicas de sus experiencias directas en las campañas, gozando, además, de cierta repercusión pública.⁶²

La película *La Malcasada* no sólo es un espejo para la proyección de una imagen muy concreta de la clase dirigente e intelectual de la época, en la que los militares están plenamente insertos, sino también una forma de presentarlos ante el público (un quién es quién) y un modo de auto-publicitarse en una sociedad moderna de masas y urbana que ya ha dejado atrás muchos de los usos y costumbres rurales. Pese a que el film fue censurado por la animadversión personal del Dictador hacia algunas de las figuras que aparecían en la pantalla (Weyler y Sánchez Guerra), su espíritu coincide plenamente con la *belle époque* y la idea de modernidad que quería dar de sí mismo el régimen, promocionando nuevos medios de entretenimiento popular como la radio, el cinematógrafo, las fotografías de las revistas ilustradas o el deporte con la creación de la liga de fútbol. En esta idea se fundamenta el empeño personal de Primo de Rivera por materializar grandes eventos propagandísticos, que también se verán reflejados en do-

⁵⁹ Según crítico de medios estadounidense Walter Lippmann, los estereotipos son sistemas de imágenes con las que no sólo describimos la realidad sino que también sirven para juzgarla a través de distintos sentimientos. Con prejuicios y sin análisis, tomaremos lo particular como una generalización totalizadora y de esta forma veremos «[...] ingleses sin sentido del humor, rojos peligrosos, bohemios despreocupados, hindúes perezosos, orientales arteros, eslavos soñadores, irlandeses volubles, judíos rapaces o americanos 100%.» Y en el caso que nos ocupa legionarios bravos y valientes. Walter LIPPMANN: op. cit., p. 112.

⁶⁰ Geoffrey JENSEN: *Cultura militar española: modernistas, tradicionalistas y liberales*, [formato e-book Kindle], Madrid, Biblioteca Nueva, 2014.

⁶¹ Alberto ELENA: *La llamada de África. Estudios sobre el cine colonial español*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2010, p. 21.

⁶² Alfonso IGLESIAS AMORÍN: "Los intelectuales españoles y la guerra del Rif (1909-1927)", *RUHM*, 5 (2014), pp. 68 y 73-74.

cumentales cinematográficos de exaltación patriótica,⁶³ como la Exposición Iberoamericana de Sevilla y la Exposición Internacional de Barcelona de 1929.

⁶³ Luis FERNÁNDEZ COLORADO: “Los expositores del imperio”, en Josep MARÍA CATALÀ, Josetxo CERDÁN y Casmiro TORREIRO (coords.), *Imagen, memoria y fascinación. Notas sobre el documental en España*, Madrid, Ocho y medio, 2001, pp. 67-71.

Víctimas invisibles: representación de la mujer y la vida cotidiana en los noticiarios *Luce* de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945)*

Invisible victims: The portrait of women and their daily issues in the *Luce* cinema newsreels during the Second World War (1939-1945)

Carlota Coronado Ruiz
Universidad Complutense de Madrid, España

Resumen: La Segunda Guerra Mundial trajo consigo una serie de consecuencias y cambios sociales de gran calado en Italia: la población civil vio trastocada su vida cotidiana con los continuos bombardeos y el hambre. Ésta, especialmente las mujeres, tuvo que adaptarse a los cambios sociales: además de movilizarse, las italianas estuvieron entre quienes sufrieron e hicieron frente a los problemas de la supervivencia diaria. Este artículo analiza la representación de estos aspectos por parte de los noticiarios cinematográficos *Luce*, centrándose en la imagen que se ofrece de la participación de las mujeres en este contexto bélico.

Palabras clave: Segunda Guerra Mundial, Italia, mujer, noticiarios, cine.

Abstract: The Second World War brought about a number of consequences and social changes that left its mark in Italy: the daily lives of the civilian population was disrupted by continuous bombings and hunger. Civilians, especially women, had to adapt to the social changes: as well as mobilize themselves, Italian women had to suffer and face the difficulties of day to day survival. This article analyses how the *Luce* cinema newsreels portrayed these issues, focusing on the image depicted by the participation of women on the home front.

There are other studies about the portrayal of women in cinema during both the fascist and Franco regimes, but these focus primarily on gender stereotypes spread by fascist propaganda. This article, how-

*Este artículo se inscribe como resultado en el Proyecto de Investigación financiado desde el Mineco, dentro del Programa estatal de Fomento de la Investigación Científica y Técnica de Excelencia, «Diccionario de símbolos políticos y sociales: claves iconográficas, lugares de memoria e hitos simbólicos en el imaginario español del siglo XX» (Ref. HAR2016-77416-P); y en el Grupo de Investigación Complutense "Memoria y medios de comunicación" MEMCO (código 685)".

ever, focuses on the Second World War, and especially on the everyday life of the civilian population. It addresses in depth the consequences of the war on the daily life of Italian women and this presents a new angle to previous studies which focused specifically on the depiction of the Second World War in the *Luce* newsreels. It also makes a comparative study of the presentation of these topics in the Italian media –especially the press– as well as the female models in war propaganda in countries involved in the conflict such as Germany.

In order to explore these ideas, this article makes a quantitative as well as qualitative analysis of the *Luce* newsreels, the main source used. The newsreels were an important propaganda tool given that their screening was compulsory and they held the monopoly on audiovisual communication during those years. This analysis reveals the propaganda intentions of the Mussolini regime: military aspects take centre stage, death is censored, news about bombings or food shortages are avoided. This results in an image of the war far from the reality of civilians, and in particular, women.

Keywords: Second World War, Italy, women, newsreel, cinema.

Para citar este artículo: Carlota CORONADO RUÍZ: “Víctimas invisibles: representación de la mujer y la vida cotidiana en los noticiarios Luce de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945)”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 6, N° 11 (2017), pp. 239-257.

Recibido: 15/09/2015

Aprobado: 5/5/2017

Víctimas invisibles: representación de la mujer y la vida cotidiana en los noticiarios *Luce* de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945)

Carlota Coronado Ruiz

Universidad Complutense de Madrid, España

carlotacoronado@gmail.com

Introducción: objetivos y metodología

La Segunda Guerra Mundial fue un conflicto de carácter civil, más que militar. La ausencia de un frente militar fijo –como había ocurrido en la Gran Guerra– y el ataque directo a ciudades con objetivos civiles, convirtieron a la población en la protagonista de la guerra. Ésta se convirtió así en objeto y sujeto de la propaganda. Era necesario mantener la esperanza en una victoria –mostrar, por tanto, los aspectos más positivos de la guerra. Para ello, en Italia se hizo uso de uno de los instrumentos fundamentales de la propaganda del régimen de Mussolini: el noticiario cinematográfico *Luce*. Desde su nacimiento en 1927, su principal función fue mostrar una imagen positiva del fascismo y su líder, así como difundir los dogmas e ideas del fascismo entre la población. Su influencia social no era nada desdeñable: era de proyección obligatoria en todas las salas de cine del territorio italiano¹ y contaba con el monopolio de la información audiovisual.

A partir de la entrada de Italia en la Segunda Guerra Mundial, se potenció aún más la propaganda cinematográfica, de gran eficacia entre una población con poca capacidad crítica y en parte analfabeta. A través de ésta no sólo se buscaba la movilización social a favor de la guerra, sino además evitar la preocupación entre la sociedad. Para conseguir este fin, tanto en el cine informativo como en otros medios de comunicación, se exaltaban las victorias y se evitaban las derrotas o los aspectos más negativos del enfrentamiento, como los bombardeos. El noticiario *Luce* siguió esta línea: a las noticias sobre las fulminantes victorias de las potencias del Eje se unían banales informaciones sobre la vida cotidiana. Estas noticias sobre la situación de la población civil italiana durante la Segunda Guerra Mundial constituyen el objeto de estudio de este artículo. Se pretende mostrar cómo el noticiario *Luce* articuló la propaganda del Régimen relacionada con la vida cotidiana en Italia durante la contienda, prestando especial atención a las consecuencias de ésta entre la población femenina. A través de un análisis cuantitativo y cualitativo de estas noticias, se pretende mostrar cómo se representó en la pantalla a la mujer y qué roles desempeñó en tiempos de guerra. Para ello se han visionado los noticiarios italianos producidos entre 1939 y 1945 –un total de trescientos setenta y nueve–, y se

¹ Decreto-ley nº 1000 de 3 de abril de 1926.

han analizado los únicos catorce noticiarios en los que está presente la mujer italiana en momentos del día a día.²

Para el análisis de estos noticiarios se ha aplicado una metodología basada en los estudios sobre la construcción social de la realidad. Desde la antropología hasta la historia social del arte, se han establecido metodologías y líneas interpretativas para el análisis de la imagen. Entre los estudios más recientes que ubican la imagen en un contexto histórico y sociocultural con el fin de comprenderla se encuentra la *Nueva Historia Cultural*. En este enfoque, la imagen se sitúa en nuevas coordenadas: las de su producción, las de su difusión, y, finalmente, las de su recepción y consumo. Se interesa muy especialmente por los usos o funciones de la imagen, la justificación histórica de temas o géneros, o las respuestas dadas por el espectador. A ello se podría añadir el estudio de los *olvidados* de la Historia, niños y mujeres, que apenas aparecen reflejados en fuentes escritas, y sí lo hacen, y quizá comparativamente en mayor grado, en los materiales icónicos. Así, a partir de este modelo de análisis se elabora una metodología específica para los objetivos que aquí se han propuesto y el tipo de fuentes utilizadas. Desde luego, en este planteamiento se considera básico el estudio de la forma y el contenido de los noticiarios. Después de la selección de noticias basada en la presencia física de alguna fémina en las imágenes que componen las informaciones sobre la vida cotidiana italiana en este periodo, se ha llegado a un corpus documental que ha permitido valorar el modo en el que se presenta a la mujer italiana, su grado de protagonismo, así como el tipo de noticia en la que aparece dentro del contexto establecido. El análisis de contenidos se ha realizado con el fin de establecer cuáles eran los estereotipos femeninos más difundidos, los temas principales de los noticiarios, así como las ausencias más destacadas.

Esta metodología ha sido aplicada en otros estudios sobre representaciones de género en la información cinematográfica,³ que se han centrado especialmente en el fascismo y el franquismo. Por otro lado, la bibliografía existente sobre los modelos femeninos difundidos por la propaganda del fascismo es amplia, e incluye algunos estudios sobre la proyección de la mujer italiana en los noticiarios *Luce* desde 1928 hasta 1945.⁴ Este artículo se centra en la Segunda

² La mujer aparece en otros noticiarios relacionados con la movilización femenina durante la guerra que tratan sobre el trabajo femenino en las industrias bélicas, la participación como personal sanitario en el ejército o como voluntarias en el *Servizio Ausiliario Femminile* (SAF), a partir de 1943. Estas noticias, sin embargo, no se han tenido en cuenta en este estudio porque no se centran en aspectos de la vida cotidiana de la población civil italiana durante la guerra. Además, han sido tratados en otros estudios como Carlota CORONADO RUIZ: "Mujeres en guerra: la imagen de la mujer italiana en los noticiarios *Luce* durante la Segunda Guerra Mundial (1940-1945)", *Revista de Estudios de Género. La Ventana*, 4:37 (2015), pp. 177-209 o Carlota CORONADO RUIZ: "Fascistas a las armas: mujeres soldado en los noticiarios *Luce* de la Segunda Guerra Mundial (1943-1945)", *Tiempo Presente. Revista de Historia*, 3 (2015), pp. 23 - 36.

³ Cfr., María Antonia PAZ y Carlota CORONADO: "Mujer y formación profesional durante el franquismo: NO-DO, 1943-1975", *Pandora: revue d'études hispaniques*, 5 (2005), pp. 133-145.

⁴ Cfr. Carlota CORONADO RUIZ: *La imagen de la mujer italiana en los noticiarios cinematográficos Luce (1928-1943)*, Madrid, Editorial Complutense, 2009; Carlota CORONADO RUIZ: "Mujeres en uniforme: las organizaciones fascistas femeninas en los noticiarios cinematográficos *Luce* (1928-1943)", *Feminismo/s*, 16 (2010), pp. 181-206, entre otros.

Guerra Mundial, y en especial en la vida cotidiana de la población civil, y trata en mayor profundidad las consecuencias del conflicto en el día a día de la población femenina italiana, aspecto novedoso respecto a otros estudios centrados específicamente en la representación de la propia conflagración en el noticiario fascista.⁵ A su vez, establece una comparativa con la presentación de estos mismos temas en otros medios de comunicación italianos —especialmente prensa—, así como con los modelos femeninos en la propaganda de guerra de otros países involucrados en la contienda como Alemania.⁶

Censurando la muerte

El 11 de junio de 1940 se produjo el primer bombardeo aliado sobre una ciudad italiana, Turín. Murieron quince personas, las primeras de una larga lista de víctimas civiles de la guerra, que al final del conflicto serían tan numerosas como los muertos en combate. La prensa del Régimen difundió la noticia unos días más tarde para evitar alarmismos entre la población. El noticiario *Luce*, por su parte, muestra las primeras imágenes de bombardeos en agosto de 1940,⁷ cuando los habitantes de ciudades del sur como Nápoles, Palermo o Catania estaban siendo masacradas. En la noticia no aparece ninguna víctima, tan sólo edificios en ruinas.

Como en todas las guerras, la propaganda trata de minimizar las derrotas y evitar el pesimismo entre la población. Este fue el objetivo principal del Ministerio de Cultura Popular (Minculpop), que marcaba todas las directrices propagandísticas a los medios de comunicación. Así, siguiendo estas indicaciones, las noticias sobre bombardeos fueron escasas en la prensa: se llevó a cabo una estrategia de ocultamiento de los bombardeos. A principios de septiembre de 1940, el Minculpop difundió una disposición por la que se prohibía «la reproducción fotográfica de los daños en los establecimientos industriales y edificios civiles como consecuencia de las incursiones aéreas».⁸ Durante el otoño de 1940, los operadores del *Reperto Guerra* del noticiario *Luce* captaron los efectos de los bombardeos sobre Génova y Turín. Estas imágenes fueron catalogadas como reservadas, al igual que otras fotografías realizadas por el *Reperto Guerra* en Messina, en julio de 1940, donde la población acudía a los funerales de los muertos en la batalla del Jonio.

Publicaciones como *La Domenica del Corriere* o *L'Illustrazione Italiana* no recogían fotografías de ruinas, ni mucho menos de cadáveres: sólo aparecían imágenes que daban seguri-

⁵ Cfr. Simona RINALDI: “I cinegiornali Luce e la «non belligeranza»”, en Mino ARGENTIERI (coord.): *Schermi di guerra. Cinema italiano 1939-1945*, Roma, Bulzoni Editore, 1995.

⁶ Sobre la propaganda cinematográfica de los fascismos en noticiarios se pueden ver obras como Rafael TRANCHE y Vicente SÁNCHEZ-BIOSCA: *NODO. El tiempo y la memoria*, Madrid, Cátedra, 2006, pero no profundizan en la representación de género ni en la Segunda Guerra Mundial.

⁷ *Giornale Luce* C0069 (26-08-1940) “Bombas inglesas”.

⁸ Disposición del 3 de septiembre de 1940, cit. en Claudio MATTEINI (coord.): *Ordini alla stampa: la politica interna ed estera del regime fascista nelle disposizioni emanate ai giornali dal ministero della cultura popolare*, Roma, Editrice Polilibraria Italiana, 1945, p. 120.

dad –monumentos protegidos por andamios, muros de ladrillo y sacos de arena, etc.⁹ La intención de minimizar las consecuencias de los bombardeos llevó incluso al más absoluto cinismo en los comentarios. En *Critica fascista* de diciembre de 1942, Emilia Canevari escribía:

¿Qué daños han producido los famosos bombardeos? Lo ha dicho Mussolini: han sido demolidos algunos centenares de casas y eso favorecerá la renovación en el sector de la construcción, contra el mal gusto antiguo. Además, han muerto menos de 2.000 personas. Es doloroso porque se trata en general de mujeres, ancianos y niños. Pero debemos recordar que estas cifras equivalen a las muertes por accidente automovilístico en un año de una metrópoli moderna.¹⁰

En la segunda mitad de 1942, cuando *Critica fascista* publicaba comentarios como el de Emilia Canevari, los bombardeos sobre ciudades como Nápoles –objetivo estratégico por su puerto–, Palermo o Génova se hicieron cada vez más duros y frecuentes. Nada de esto aparecía en los periódicos, y mucho menos en el noticiario del Régimen. *Luce* evitaba mostrar una realidad con la que la población civil convivía: los bombardeos y sus consecuencias. En cinco años de guerra hay sólo catorce noticias sobre este tema. Sólo en nueve de ellas hay referencias a la población civil o bien se presentan imágenes de ésta entre las ruinas. El objetivo de este tipo de noticias es poner de manifiesto la barbarie cometida por el enemigo, al que se denomina «bárbaro», «gánster del aire», «bandido del cielo», mientras que en los noticiarios de la República de Saló¹¹ se le llama de forma irónica «liberator».¹² Para desprestigiar al enemigo, el noticiario *Luce* afirma que los objetivos preferidos de la aviación anglo-americana son los hospitales, escuelas, guarderías y bibliotecas, así como las obras de arte –iglesias, sobre todo–. Este tipo de noticias se encuentran dentro de una estrategia propagandística del Minculpop para demonizar al enemigo. En mayo de 1943, este ministerio quería que los periódicos y los noticiarios cinematográficos pusieran en evidencia la criminalidad de los anglo-americanos. Para ello, había que «desarrollar los conceptos de barbarie, gansterismo, villanería», y publicar imágenes de niños heridos con artefactos explosivos de los Aliados, como los bolígrafos-bomba.¹³ El narrador del noticiario C0120 señala así «los efectos de la bárbara agresión inglesa»:

⁹ Miriam MAFAL: *Pane nero*, Milán, Mondadori, 1987, p. 126.

¹⁰ Emilia CANEVARI: *Critica fascista*, diciembre 1942, p. 7.

¹¹ Después de que Mussolini fuera destituido, el noticiario *Luce* se interrumpió durante dos semanas y volvió a las pantallas el 5 de agosto de 1943, con una nueva numeración y eliminando cualquier referencia al fascismo. Después de este paréntesis, Giuseppe Croce, director general del *Istituto Luce*, decidió el traslado de la empresa a Venecia. El noticiario *Luce* volvió a su antigua numeración: se produjeron 54 números durante la República Social Italiana (RSI).

¹² Ejemplos: *Giornale Luce* C0347 (10-05-1943) «Barbarie enemiga. Testimonios de las heroicas hazañas de los gánsteres del aire»; *Giornale Luce* C0351 (24-05-1943) «Barbarie enemiga. Visiones de Civitavecchia después de la incursión: por aquí han pasado los bandidos del cielo»; etc.

¹³ Disposición del 5 de mayo de 1943, cit. en Francesco FLORA: *Ritratto di un ventennio*, Palermo, Edizioni della Battaglia, 2003, p.179.

Después de la bárbara agresión de Génova, el objetivo cinematográfico documenta, con su fría imparcialidad, cuáles han sido los objetivos preferidos del escuadrón inglés: escuelas, guarderías, hospitales, casas de civiles, iglesias.¹⁴

Luce muestra con detalle los carteles destruidos que indican los nombres de las escuelas o la Cruz Roja pintada sobre el muro caído de un hospital. Insiste en el hecho de que los aliados alcanzan este tipo de objetivos de forma intencionada:

Testimonios de las heroicas hazañas de los gánsteres de cielo: obras de arte destruidas por los terroristas norteamericanos. Grosseto: edificio de la *Casa della Madre e del Bambino* [...] Una escuela primaria, otro de los objetivos preferidos por los ametralladores de niños. También este hospital ha sido objetivo de los *liberator*; aunque la Cruz Roja era visible desde varios miles de metros de altura. Que las almas que querían que se combatiera sin odio y sin antipatía observen cómo los americanos se ceban con nuestras ciudades.¹⁵

Las noticias de *Luce* sobre bombardeos se componen de una sucesión de imágenes de edificios destruidos y cascotes. Se presentan las consecuencias de los bombardeos, pero sólo materiales: apenas hay heridos y muertos. Este modelo de noticia es el más frecuente en los tres primeros años de guerra. No obstante, la eficacia propagandística de estas noticias llega a agotarse: con el tiempo pierden la carga emotiva de los primeras destrucciones y, por tanto, el interés de los espectadores se dirigía hacia aquello que les afectaba de forma más directa, como la destrucción de su entorno más próximo.

Este tipo de noticia se encuentra también en los noticiarios alemanes producidos por la UFA (*Die Deutsche Wochenschau*) a partir de 1943. Después de una serie de campañas propagandísticas basadas en las victorias de la «guerra relámpago», el Ministerio de Propaganda tuvo que reorientar las directrices de la propaganda y puso en marcha en febrero de 1943 la campaña denominada «Guerra total», un esfuerzo propagandístico de grandes dimensiones. A partir de este momento se insistía en la barbarie del enemigo –en este caso no eran los americanos, sino los rusos. El terror comunista generaba la destrucción de las ciudades y los cascotes de las ruinas inundaron metros y metros de celuloide de los noticiarios cinematográficos hasta el final de la guerra. Si para *Luce* los americanos eran asesinos de niños, los bolcheviques, como se observa al visionar los noticiarios producidos por la UFA entre 1943 y 1945, de los eran «atroces asesinos de mujeres»: «Éstas son algunas de las víctimas de esos pérfidos asesinos –señala el narrador del noticiario alemán mientras se ven imágenes de féminas –. Se puede apreciar el horror en el rostro de estas mujeres».¹⁶ Mientras que en años anteriores, tanto *Luce* como UFA eliminaban la muerte de las pantallas, en estos últimos meses de guerra, los alemanes insisten en mostrar «el

¹⁴ *Giornale Luce* C0120 (21-02-1941) “Bombardeo de Génova. Los efectos de la bárbara agresión inglesa”, minuto: 00:02.

¹⁵ *Giornale Luce* C0347 (10-05-1943) “Barbarie enemiga. Testimonios de las heroicas hazañas de los terroristas norteamericanos”, minuto: 00:02.

¹⁶ *Die Deutsche Wochenschau* III (1945), minuto 11:30.

horror de las atrocidades bolcheviques»: ¹⁷ mujeres violadas y asesinadas y cadáveres de niños muertos. Este tipo de imágenes y noticias están completamente vetadas en el noticiario italiano: se trata de evitar el derrotismo entre la población. Aun así, *Luce* insiste en culpar al enemigo por preferir objetivos civiles a militares, especialmente niños y enfermos. El narrador de los noticiarios define al enemigo como «infanticida» o «asesino de niños»:

La casa de la Madre y del Niño, objetivo de los *llamados liberator*—señala el narrador del *Giornale Luce* C0347—. El hecho de cebarse contra la casa de la infancia se debe a que los aparatos homicidas son pilotados por especialistas en masacres infantiles. ¹⁸

Entre los pocos heridos que aparecen en las pantallas se encuentran niños. En el noticiario C0351 se presenta a una niña herida en una pierna. El narrador dice: «he aquí las víctimas preferidas de los famosos *liberator*». Las imágenes muestran con detalle los pies vendados de una niña, y a continuación ancianas que no pueden caminar llegando al hospital. Son los más indefensos, a los que el narrador de *Luce* se refiere como «las víctimas de la Pascua de sangre en Grosseto».

Es en este tipo de noticias en las que más presencia tienen las mujeres, presentadas como principales víctimas civiles de la guerra: son madres con sus bebés heridos en brazos, ancianas rezando en el altar de una iglesia o féminas llorando entre las ruinas. Las únicas imágenes de mujeres y niños que se ven sirven a *Luce* para mostrar la crueldad del enemigo. Aunque la muerte no aparece de forma directa, se sobrentiende con algunas imágenes como una joven que llora desconsolada mientras un cura trata de calmarla; una muñeca rota encima de la cama destruida de una niña. ¹⁹ Los cadáveres no están presentes, pero la presencia de la muerte está constantemente sugerida: entre los cascotes se podían distinguir cuerpos inertes cubiertos por sábanas. ²⁰ Si debajo de éstas se distinguía el pequeño cuerpo de un niño era intencional: se pretendía conseguir el consenso de la platea con argumentos emotivos. En los noticiarios alemanes, sin embargo, se pasó de sugerir la muerte a hacerla completamente explícita: los operadores de cine alemanes mostraban los cuerpos sin vida de niños y mujeres en los últimos números del noticiario de la *Deutsche Wochenschau*. Ante la ineficacia de la propaganda, se intentó apelar a sentimientos como el odio o la sed de venganza con noticias sobre violaciones de niñas y mujeres alemanas por parte del ejército soviético, «un adversario que hace estragos en pueblos y ciudades con una bestialidad que no tiene paralelo en la historia de la humanidad». ²¹ «La matanza que tuvo lugar aquí es demasiado escalofriante para mostrarles algunas imágenes» —señala el narrador alemán mientras se ven filas de cadáveres a los que tapan con sábanas. ²² En este tipo

¹⁷ *Die Deutsche Wochenschau* III (1945), minuto 11:00.

¹⁸ *Giornale Luce* C0347 (10-05-1943) “Barbarie enemiga”, minuto: 00:37.

¹⁹ *Giornale Luce* C0394 (30-04-1944) “Frente italiano. La obra de destrucción de los bombardeos enemigos sobre los barrios urbanos de Mestre y Treviso”, minuto 00:25.

²⁰ Ejemplo: *Giornale Luce* C0394 (30-04-1944) “Frente italiano”, minuto 02:03.

²¹ *Die Deutsche Wochenschau* III (1945), minuto 13:10.

²² *Die Deutsche Wochenschau* III (1945), minuto 12:00.

de noticias la voz femenina tiene más presencia con sus testimonios ante las cámaras: «Violaban a las mujeres y después les pegaban un tiro en la cabeza» –recuerda una testigo alemana. «No se les puede llamar oficiales ni soldados –reconocía otra al referirse a los soldados rusos–. Son bestias despiadadas. Siempre están borrachos y nos violan a todas».²³

El noticiario fascista evitó este tipo de temas, así como otros relacionados con la situación de la retaguardia. La guerra era representada como un enfrentamiento meramente técnico y político, y no como un enfrentamiento entre hombres que llevaba consigo inevitablemente la muerte.²⁴ Para no turbar a la población no se consentía filmar a los cadáveres. Así pues, las consecuencias de las hostilidades no se mostraban ni en la prensa, ni en el cine, en toda su crudeza. Se llevaba a cabo una reconstrucción para evitar la idea de muerte y dolor. Las imágenes en la prensa y en cine no debían documentar la muerte en su objetiva atrocidad. Si aparecía la muerte, ésta debía ser gloriosa. De hecho, en 1943, durante los meses del gobierno Badoglio, los operadores del *Reparto Guerra* fotografiaron los cuerpos sin vida de un grupo de bebés, en el suelo de una guardería romana de Tiburtina; también los cuerpos encontrados sin vida bajo las ruinas o sobre las vías del tren bombardeado. Sin embargo, estas imágenes fueron archivadas como reservadas. La censura seguía actuando.

Otras consecuencias de los bombardeos: heridos y refugiados

Siempre que podía, la propaganda del Régimen quitaba relevancia al número de muertos y heridos en bombardeos, así como a las protestas contra la guerra. En los medios de comunicación fascistas las manifestaciones contra el conflicto no existían, pero sí en la vida cotidiana. Las protestas de los obreros se sucedían día tras día, la falta de víveres y los bombardeos cada día más duros minaban la moral de la población. Las derrotas del Eje y el inminente desembarco aliado en Sicilia crearon un ambiente de malestar y crispación que el Régimen no quería reconocer y que sus medios de comunicación preferían evitar. De hecho, en los dos primeros años apenas hubo noticias cinematográficas sobre bombardeos, y sólo en 1943, cuando la situación bélica no se podía ocultar a la población, se realizó un mayor número de noticias sobre bombardeos con la intención de denunciar la crueldad del enemigo. En ninguna de estas noticias tuvieron protagonismo las mujeres: en la mayor parte aparecían como víctimas de los bombardeos o bien ofreciendo su ayuda y consuelo a los heridos.

Las cifras relacionadas con los heridos, tanto en el Ejército como entre la población civil también se evitaban en el noticiario fascista. La mayor parte de los convalecientes que se encontraban en los hospitales eran soldados. Sólo en una noticia sobre las consecuencias de un bombardeo, se veía a la población civil acudiendo al hospital para ser atendida.²⁵ Tanto civiles como militares recibían «amorosa asistencia» por parte de las enfermeras, y ambos eran trata-

²³ *Die Deutsche Wochenschau* III (1945), minuto 32:00.

²⁴ Mario ISNENGHI: *Le guerre degli italiani. Parole, immagini, ricordi, 1848-1945*, Milán, Mondadori, 1989, pp. 142-152.

²⁵ *Giornale Luce* C0351 (24-05-1943) "Barbarie enemiga. Visiones de Civitavecchia", minuto 00:25.

dos como valientes héroes que soportaban cualquier sufrimiento: «Admirable la contención de los heridos que reciben toda la amorosa asistencia de todo el personal hospitalario».²⁶ La mayor parte de las noticias que presentaban heridos tenían como objetivo hacer propaganda de las medidas y cuidados a favor de éstos impulsados por el Régimen. Era importante prestar atención a los efectos psicológicos que las imágenes podían causar en el público o en los lectores de la prensa. Por ello, los fotogramas que mostraban a víctimas transportadas en camilla fueron prohibidos.²⁷ Se debía evitar el dolor y el dramatismo, y al mismo tiempo mostrar los cuidados que el Régimen ofrecía a sus combatientes. En la prensa se difundieron fotografías de Mussolini en sus visitas al hospital. *Luce* recogió en su noticiario las visitas del Rey, del *Duce*, de la Reina y princesas, de los secretarios federales o jefes fascistas. También se captó, entre otras iniciativas, la visita de las campesinas de Terni, que en la Semana Santa de 1942 llevaron a los hospitales diez mil huevos –*Giornale Luce* C0298. En este tipo de noticias las mujeres cumplían una función representativa: como buenas fascistas, daban su pequeña contribución a los heridos. Además de ayudar a la Patria dedicándose al trabajo en el campo, ofrecían los frutos de su esfuerzo a las víctimas de la guerra. Se reproduce, de nuevo, el modelo tradicional de mujer campesina patriota.

Otro aspecto de la vida cotidiana que se ocultaba en el noticiario cinematográfico era el fenómeno de los desplazados que huían de los bombardeos en las ciudades. Uno de los momentos más dramáticos del día a día durante la Segunda Guerra Mundial se producía cuando las sirenas avisaban de una nueva incursión aérea, y la población civil corría a los refugios. En la mayor parte de las ocasiones, eran las mujeres quienes buscaban refugios, puesto que los hombres o bien estaban en el frente o bien tenían que esconderse para evitar ser capturados por los fascistas. Estos momentos no tienen casi reflejo en *Luce*. Sólo hay una noticia en la que *Luce* presenta un simulacro de bombardeo en una fábrica: hombres y mujeres salen del trabajo y se dirigen al refugio antiaéreo con total tranquilidad.²⁸ La realidad difería mucho de este ensayo: cuando en junio de 1940 estalló la guerra, el drama de los bombardeos golpeó a las más importantes ciudades italianas, que no estaban preparadas. Los refugios antiaéreos eran escasos y poco apropiados. Un documento del Ministerio de la Guerra de mayo de 1939 señalaba la existencia, en toda Italia, de refugios para no más de 300.000 personas, las cuales, en caso de bombardeo, tendrían una adecuada protección.²⁹

Aunque al noticiario le gustaban mucho las cifras cuando eran positivas no hay referencia alguna al número de refugios antiaéreos. Para el Régimen era mejor no airear estas cifras. Tampoco dejaron huella en las pantallas de cine temas como las operaciones de salvamento y

²⁶ *Giornale Luce* C0370 (23-08-1943) “La ofensiva enemiga sobre Turín. Bombardeo de Turín”, minuto 01:03.

²⁷ Disposición del 12 de febrero de 1943, cit. en Adolfo MIGNEMI (coord.), *L'Italia s'è desta. Propaganda politica e mezzi di comunicazione di massa fra fascismo e democrazia*, Turín, Gruppo Abele, 1995, p. 73.

²⁸ *Giornale Luce* C0049 (18-06-1940) “Precaución antiaérea. Protección antiaérea”, minuto 00:12.

²⁹ Carlo CHEVALLARD: *Torino in guerra. Diario 1942-1945*, Turín, Le bouquiniste 1974, p. 287.

primeros auxilios, el uso de la máscara antigás o los simulacros antiaéreos, de los que tanto se había hablado en la prensa y en la escuela antes de la guerra. Ni siquiera tuvo un mínimo protagonismo la máscara careta contra los gases, famosa hasta en las revistas de moda de la época, donde se difundían fotografías y dibujos de señoras elegantes que se endosaban la máscara sin despeinarse demasiado, o de otras que la llevaban como si de un bolso se tratara.³⁰ Así, este dispositivo de protección individual quedaba identificado con la mujer: era un nuevo complemento de las damas elegantes y no algo imprescindible para un bombardeo. Esto pone de manifiesto hasta qué punto los medios de comunicación desviaban la atención hacia aspectos poco relevantes de los bombardeos, como es el uso estético de la máscara antigás, para evitar informar sobre las deficiencias en materia de defensa antiaérea.

En *Luce*, sin embargo, no hay referencias al uso femenino de este dispositivo antigás. Tampoco se ofrece información útil sobre su uso. La única noticia en la que aparece data de 1934:³¹ se trata de una noticia en la que niños y niñas juegan a la guerra y ante un imaginario ataque aéreo se colocan las máscaras. Esto demuestra la poca eficiencia de *Luce* como servicio de información para la población, y contrasta con el intento de la propaganda nazi de involucrar a la población en la defensa del país: se hace llamamientos a la población para que luche y se defienda del enemigo. Organizaciones femeninas como la *Bund Deutscher Mädel* (BDM) o la *Nationalsozialistisches Frauenschaft* (NSF) participaron activamente en tiempos de guerra como auxiliares en hospitales o en el servicio civil, o incluso defendiendo las ciudades del enemigo en los últimos tiempos.³² Los noticiarios alemanes se centran en la labor de las mujeres en tiempos de guerra, sobre todo a partir de 1943, momento en el que el esfuerzo propagandístico exige nuevos protagonistas en el cine informativo y nuevos temas que enmascaren las derrotas que están sufriendo. Se insiste en que, entre la población civil, hombres, mujeres y niños están dispuestos a defender sus ciudades y a resistir.³³ Así, por ejemplo, en el noticiario *Die Deutsche Wochenschau* III (1945) los soldados enseñan a disparar *Panzerfaust* (bazuca): «Todos los ciudadanos pueden probar las armas. Es tan fácil como parece: incluso las mujeres saben utilizarlas».³⁴

Los continuos bombardeos, la falta de refugios y la escasez de alimentos en las ciudades llevó a una gran parte de la población civil –en su mayoría mujeres, ancianos y niños– a abandonar sus casas huyendo de las zonas de combate, marchándose a las zonas rurales. Sus condiciones de vida eran ínfimas: dormían a la intemperie en verano y en establos en invierno. El hambre y el miedo eran cotidianos. Este fenómeno de los refugiados se recrudeció después del armisticio de Badoglio: además de huir de los bombardeos, debían evitar las represalias del Ejército alemán, así como el pillaje de los soldados aliados. Entre estos refugiados había pocos

³⁰ Miriam MAFAL: op. cit., p. 116-117.

³¹ *Giornale Luce* B0488 (sin día-06-1934) “Turín. Ejercicios militares de los jóvenes *Balilla*”.

³² Gordon WILLIAMSON: *World War II German Women's Auxiliary Services*, Oxford, Osprey Publishing, 2012, p. 35.

³³ Jill, STEPHENSON: *Women in Nazi Germany*, Nueva York, Routledge, 2014, p. 100.

³⁴ Minuto 22.

hombres: eran las mujeres quienes organizaban la retirada y la supervivencia. Sin embargo, la única familia de refugiados que aparece en el noticiario *Luce* parecía vivir en un mundo idílico: llegaban a una casa de campo, donde unos campesinos los recibían con los brazos abiertos y la mesa puesta. Después de darles de comer, les ofrecían una docena de huevos. Fuera, los niños jugaban, las niñas cosían y las madres trabajaban en el huerto, como si la guerra no existiera para ellos. Además de estar bien nutridos y bien vestidos –los hombres vestían con chaqueta y corbata–, representaban la familia tradicional: las madres y abuelas cosían, planchaban y hacían la comida; las niñas más pequeñas jugaban al corro y a juegos que se consideraban propios de su género; las muchachas ayudaban en los quehaceres domésticos –una niña de unos cinco años barría la puerta de la casa– o en los trabajos agrícolas. Mientras, los hombres se dedicaban a la tertulia y los niños a jugar al fútbol.³⁵

Aunque la mayor parte de los refugiados eran familias con pocos recursos económicos, que o bien huían de las zonas de combate o bien habían perdido sus casas, también había familias burguesas urbanas que abandonaron sus casas por miedo a los bombardeos y se refugiaron en el campo. Este tipo de familias tenía suficiente dinero para alquilar casas rurales y pagar a los campesinos de la zona por la comida. El noticiario *Luce* pretende hacer extensible al conjunto de refugiados situaciones familiares como ésta, similares a las presentadas en la pantalla.

Pan y paz

Las dos familias de refugiados que presentaba el noticiario *Luce* C0401 no estaban entre los dos millones y medio de familias que en 1942 padecían el hambre: unos diez millones de italianos vivían bajo el nivel de subsistencia.³⁶ Para el noticiario fascista, sin embargo, el hambre no existía. Todo lo contrario: se insistía en los esfuerzos llevados a cabo por el Régimen para suministrar alimentos a la población. A través de la campaña de la autarquía y contra el derroche se intentaba concienciar a los espectadores de la importancia del ahorro y el racionamiento alimentario para la nación. Se pretendía ofrecer la imagen de un gobierno empeñado en la lucha por el bienestar de la población.³⁷ Además, había que demostrar que Italia podía entrar en guerra, porque era autosuficiente en lo relativo a materias primas y alimentos, con lo cual los italianos no tenían por qué preocuparse.

La realidad es que ante la falta de materias primas, sobre todo en el campo energético, el gobierno fascista impuso las primeras medidas restrictivas en el consumo de la población, como el racionamiento de la gasolina. A quien más afectaba esta medida era, claramente, a los más ricos, los únicos propietarios de automóviles, pero también a los servicios públicos. Se percibe que los protagonistas de la campaña autárquica de medios de comunicación como *Luce* eran los italianos con más recursos, los únicos que por su posición social en la preguerra podían re-

³⁵ *Giornale Luce* C0401 (24-06-1944) “Aosta. La vida en una aldea para refugiados”, minuto 00:40.

³⁶ Miriam MAFAL: op. cit., p. 94-95.

³⁷ Simona RINALDI: op. cit., p. 96-97.

nunciar a los lujos, bailes, fiestas, restaurantes, la adquisición de abrigo de pieles, etc. Sin embargo, mientras las familias más opulentas seguían yendo de vacaciones al lago de Como o al Lido de Venecia, la población, sobre todo la de origen urbano, era víctima de las injusticias del racionamiento. A partir de enero de 1940, la mayor parte de los alimentos –sobre todo los básicos como pan, sal, azúcar, harina, arroz– se empezaron a racionar. Cada italiano tenía derecho a una cantidad determinada, que iría disminuyendo año tras año.

A pesar del racionamiento, los hábitos alimenticios de los italianos apenas sufrieron cambios en los primeros meses de guerra. La propaganda intentaba mostrar que el conflicto sería breve, sin embargo, conforme pasaban los meses, la situación empeoraba. Cada vez más alimentos pasaban a ser racionados: patatas, huevos, queso y legumbres. Así pues, las restricciones en el abastecimiento de víveres supuso un duro golpe para la población, sobre todo el del pan. El estado de ánimo de la gente comenzaba a cambiar: en los mercados, entre las mujeres que iban a la compra, aumentaban las disputas y los insultos. Protestaban por la falta de pan y contra la corrupción de los jefes del régimen. Sin embargo, la prensa de la época consideraba el racionamiento como algo positivo. Así lo manifestaba el *Corriere della Sera*:

Es necesario precisar que el racionamiento, además de tener como objetivo la disminución del consumo de los productos que escasean y que deben ser importados, tiene también el de asegurar a todos los consumidores una cantidad suficiente de productos, impidiendo el acaparamiento que es la causa de injustificados aumentos de los precios [...] por ello, y sobre todo, en el intento de asegurar una distribución más igualitaria, el gobierno fascista ha instituido, como medida de precaución, la cartilla de racionamiento.³⁸

Luce dedica dos números de su noticiario a la creación de la cartilla de racionamiento.³⁹ En los años sucesivos, cuando la situación empeora, el noticiario se olvida del tema. Durante el primer año de guerra, exalta la producción nacional de productos alimenticios: se tiene que convencer a la población de que hay suficientes reservas de comida. Por ejemplo, una noticia que se desarrolla en el Valle del Mesola, en la provincia de Ferrara, muestra las distintas fases de la pesca en la zona, «que consigue cada año la captura de aproximadamente 2.500 quintales de anguilas y de 2.000 quintales de pescado blanco».⁴⁰ Algunos productos, como el café o el azúcar, desaparecían de las mesas de los italianos. Para encontrarlos, y como consecuencia del racionamiento, entró en escena el mercado negro. Los campesinos y los refugiados se dedicaban a la venta de productos de primera necesidad en el mercado negro. La gente de las ciudades tenía que ir al campo para conseguir comida. Así, dentro de los barrios surgieron nuevos roles, nuevas

³⁸ “La carta annonaria”, en *Corriere della Sera*, n.23, 26 enero 1940, p. 7.

³⁹ Se trata de los noticiarios B1663 y 1665. No queda copia en el archivo de ninguno de los dos.

⁴⁰ *Giornale Luce* B1661 (26-01-1940) “Valle de Mesola. La lucha autárquica en el campo alimentario”, minuto 00:13.

figuras sociales como la *approvvigionatrice* (aprovisionadora), legitimada por su capacidad para conseguir provisiones.⁴¹

Eran las mujeres quienes se encargaban de conseguir alimentos: después de hacer interminables colas en las tiendas de alimentación para conseguir poco o nada, caminaban decenas de kilómetros hasta llegar a las zonas de actividad del mercado negro. Tenían que regatear el precio con los campesinos, y al volver se arriesgaban a perderlo todo en los controles de policía. Esta dramática situación la vivieron sobre todo las mujeres de ciudad, puesto que dependían del desorganizado abastecimiento que llevaba a cabo el gobierno. No por nada, el contrabando y los llamados *borsari neri*—los que se dedicaban al mercado negro—, eran un motivo recurrente en la prensa de la época, sobre todo en las viñetas de humor gráfico. En *Luce*, sin embargo, no hay huella. Tampoco de los cambios en la vida cotidiana ante situaciones como el racionamiento y los bombardeos, experimentados sobre todo por las mujeres.

En este contexto, las mujeres se convirtieron en el pilar de la vida familiar, que debía reorganizarse más allá de las reglas habituales en el pasado. Eran ellas quienes tenían que buscar comida para los hijos, los ancianos y los hombres a su cargo. En un principio, había más resignación que protesta. El día a día aparecía dominado por el miedo. La gente ya no rezaba por la victoria de Italia, sino por la paz. Sobre todo en las ciudades, las clases populares no soportaban más. El caos reinaba. Nadie controlaba los precios: el coste de la vida aumentaba cada día. El hambre llegaba a casi todos.

En los primeros años de guerra, una de las soluciones del Régimen ante la falta de alimentos, fueron los llamados «huertos de guerra». Las grandes ciudades como Roma, Milán o Turín transformaron sus parques y jardines en huertos o campos de trigo, una iniciativa, por otra parte, ensayada en toda Europa.⁴² Con la guerra se cambió el espacio urbano y el campo entró en el corazón de las ciudades más industrializadas de Italia. En la prensa y en el cine se mostraban imágenes como la *Piazza Castello* de Turín trasformada en un enorme campo para la trilla el 3 de julio de 1942.⁴³ Este tipo de noticia fue muy difundida por el noticiario *Luce*. Hombres y mujeres—la mayor parte de clases medias urbanas— trabajaban en los jardines de la villa del *Duce* o en los huertos de la ciudad universitaria. *Luce* recurre de nuevo a fuerza de las cifras para mostrar la gran labor realizada:

La autarquía alimenticia es una batalla decisiva para la victoria. Los huertos de guerra de la ciudad universitaria de Roma han dado una cosecha abundante: 200 quintales de patatas y 80 quintales de judías.⁴⁴

⁴¹ Giovanni DE LUNA: "Torino in guerra: la ricerca di un'esistenza collettiva", *Rivista di storia contemporanea*, 1990, 19:1, p. 64.

⁴² Cfr. Cecilia Gowdy-Wygant: *Cultivating Victory: The Women's Land Army and the Victory Garden Movement*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Pre, 2013; y Susan H. Packard: "Defiant Gardens: Making Gardens in Wartime by Kenneth E. Helphand [EDRA/Places Award 2007--Research] ", *Places* 19.3 (2007).

⁴³ Ídem, p. 58.

⁴⁴ *Giornale Luce* C0169 (11-08-1941) "Autarquía alimenticia. Huertos de guerra", minuto 00:15.

Las imágenes de *Luce* presentan a mujeres y niñas de clases medias urbanas, trabajando en los huertos. Aparecen sonrientes, felices, como si la guerra no existiera para ellas. El duro trabajo campesino no parece ser tan fatigoso en las calles de Roma. Trabajan vestidas de modo elegante: algunas llevan sombrero, bolso y traje chaqueta. Tal vez fuera su atuendo habitual, pero también puede ser que se vistieran para ser filmadas por las cámaras de *Luce*. Algunas – como una señora que aparece en el noticiario C0256– indican a sus sirvientas dónde tienen que regar. Otro aspecto que ofrece información sobre la clase social a la que pertenecen estas mujeres son las terrazas y los jardines de sus casas, que además de ser amplios están en el centro de la ciudad. Donde antes plantaban rosas y claveles ahora plantan patatas y judías verdes, señala el narrador de *Luce*. La pregunta a la que los noticiarios no dan respuesta es: ¿de qué manera se distribuían los alimentos recolectados?

Aunque en las instantáneas sobre los huertos de guerra se ponga de manifiesto la colaboración de las mujeres de todas las edades en esta iniciativa, el narrador de *Luce* no señala su presencia. De hecho, en algunas noticias no hay referencias a quienes trabajan en los huertos de guerra, sólo al «óptimo rendimiento que prometen»,⁴⁵ y en las que se nombra a los trabajadores no se especifica el género de los mismo: «instantáneas en los huertos romanos donde empleados y obreros se transforman en cultivadores».⁴⁶ Pero no sólo hay mujeres en los huertos, también en lugares como «la *Piazza del Duomo* de Milán, donde se trilla por primera vez desde la fundación de la ciudad»,⁴⁷ o «*Piazza del Popolo*, el campo de trigo más particular del mundo, donde se trilla el grano de la Urbe». Sin embargo las mujeres de estas noticias son muy distintas: las vestimentas y el pañuelo en la cabeza indican su procedencia rural. La trilla es un trabajo más fatigoso y especializado, por lo que es realizado por campesinas, aunque su protagonismo en los noticiarios es inexistente. *Luce* resalta una vez más las cifras: «se han recolectado 1.200 quintales en la *Piazza del Duomo*, y 400 quintales en la *Piazza del popolo*, es decir, 50 quintales por hectárea».⁴⁸

Para el noticiario, el hambre se resuelve con la cría de gallinas en las terrazas de las casas. Aunque, en realidad, en *Luce* no hay referencia alguna a la dramática situación alimentaria, ni a la subida de precios de los alimentos más indispensables –de 1939 a 1942 los precios experimentaron un aumento de un 72%–, ni mucho menos a la lucha diaria de muchas mujeres por conseguir leche para sus hijos.⁴⁹ El noticiario del Régimen y otros medios de propaganda oficiales negaban la evidencia del hambre, e incluso acusaban a la población de lamentarse en exceso:

⁴⁵ *Giornale Luce* C0169 (11-08-1941) “Autarquía alimenticia. Huertos de guerra”, minuto 01:15.

⁴⁶ *Giornale Luce* C0256 (19-06-1942) “Huertos de guerra. Instantáneas de los huertos romanos donde empleados y obreros se transforman en cultivadores”, minuto 00:02.

⁴⁷ *Giornale Luce* C0261 (10-07-1942) “Grano de los huertos de guerra”, minuto 00:36.

⁴⁸ *Giornale Luce* C0261 (10-07-1942) “Grano de los huertos de guerra”, minuto 00:55.

⁴⁹ Iva VACCARI: *La donna nel ventennio fascista (1919-1943)*, Milán, Vangelista Editore, 1978, p. 182.

En general, todos se lamentan de que hoy se come poco. Muchos han adelgazado y cuentan los agujeros que han tenido que hacer en el cinturón desde el inicio de la guerra. ¿Tenemos que pensar que efectivamente han adelgazado o que antes estaban gordos?⁵⁰

Quienes más adelgazaban eran los hombres y mujeres que trabajaban en las fábricas, sobre todo por la disminución de las raciones. Muchos de ellos, sobre todo en los años de Saló, tenían que dejar de ir a trabajar por falta de fuerzas o por enfermedades relacionadas con la desnutrición. Eso explica que en 1944 la situación llegara al límite. Las mujeres de ciudades como Roma, cansadas de ver a sus hijos llorar de hambre, formaron grupos y comenzaron el asalto de panaderías y tiendas de alimentación. Gritaban: «¡Pan y paz! ¡Basta con la cartilla del hambre!». Los episodios de resistencia pasiva y lucha antifascista protagonizados por mujeres se sucedieron a lo largo de 1944 y 1945, sobre todo en las ciudades.⁵¹ La lucha por la comida se convirtió en un acto importante desde el punto de vista político y propagandístico, por lo que los *Gruppi di Difesa della Donna*⁵² organizaron y dirigieron los asaltos a los almacenes de comida de los alemanes y la distribuyeron entre la población.⁵³ También tuvieron lugar acciones colectivas espontáneas protagonizadas por mujeres, como el asalto a los camiones de la *Barilla*, que salían de la fábrica cargados de pasta.⁵⁴ En Turín, se crearon guerrillas callejeras formadas por mujeres, en su mayoría obreras o mujeres de familias obreras, que gritaban «mis hijos tienen hambre».⁵⁵

Los duros y fríos inviernos que debía soportar la población, sobre todo en el Norte de Italia, tampoco tienen reflejo en el noticiario del Régimen, al igual que los actos de resistencia antifascista cotidianos. Para *Luce*, Italia es el país del *bel sole* y de las fiestas de sociedad. Durante los dos últimos inviernos de guerra, los más crudos por el empeoramiento de la situación, en las pantallas de cine se mostraba cómo los habitantes de Turín pasean por sus calles para ver los escaparates de negocios cerrados, como licorerías,⁵⁶ cómo funciona el servicio de correos durante los años de guerra,⁵⁷ o cómo las autoridades alemanas distribuyen paquetes de alimentos a los niños romanos con motivo de las fiestas navideñas.⁵⁸ Además de estas noticias anodinas, *Luce* exalta el potencial del Ejército republicano y recuerda hazañas del pasado, como la lucha

⁵⁰ *Corriere della sera*, cit. en Miriam MAFAL: op. cit., p. 250.

⁵¹ Anna BRAVO: "Mujeres y Segunda Guerra Mundial: estrategias cotidianas, resistencia civil y problemas de interpretación", en Mary NASH y Susanna TAVERA (coord.), *Las mujeres y las guerras: el papel de las mujeres en las guerras de la Edad Antigua a la Contemporánea*, Barcelona, Icaria, 2003, p. 248.

⁵² Los Grupos de Defensa de las Mujeres (GDD) fue una organización femenina que nació en 1944 con el objetivo de defender los derechos de las mujeres y a la vez luchar contra el fascismo.

⁵³ Marina ADDIS SABA: *Partigiane: le donne della Resistenza*, Milán, Ugo Mursia Editore, 2007, p. 178.

⁵⁴ Ilva VACCARI: op. cit., p. 184.

⁵⁵ Miriam MAFAL: op. cit., p. 247.

⁵⁶ *Giornale Luce* C0381 (sólo año: 1943) "Turín. Escaparates de guerra".

⁵⁷ *Giornale Luce* C0420 (11-01-1945) "Italia republicana. Cómo funciona el servicio postal a pesar de las dificultades de la guerra".

⁵⁸ *Giornale Luce* C0384 (sólo año: 1944) "Roma. Paquetes de alimentos para los niños por la *Befana*".

de los italianos contra las sanciones.⁵⁹ La mayor parte de las noticias que se pudieron ver en las pantallas de Saló durante los dos últimos y crudos inviernos de guerra estaban relacionadas con temas militares, que exaltaban al Régimen y a sus líderes, así como a los mártires fascistas de la guerra.⁶⁰

Mientras, la vida cotidiana era cada día más difícil para la población civil. Muchas ciudades estaban desiertas. Sólo se veían mujeres, ancianos y niños. Sólo después de la liberación, ciudades como Roma cambiaron de aspecto, pero esto es algo que sólo mostraron los operadores de los Aliados.⁶¹ *Luce* no informó sobre los avances de las tropas angloamericanas, sobre todo cuando suponen la derrota de la República Social Italiana (RSI) y la pérdida del control de ciudades como Roma. No es casual que las imágenes de los noticiarios americanos –*Combat Film*– sobre la liberación de la capital italiana mostraban la alegría y exaltación de la población después de tanto sufrimiento: la gente invadía las calles sin motivo, sólo por el simple hecho de poder caminar sin miedo. Volvían a circular las bicicletas, la ración diaria de pan se aumentó a 150 gramos por cabeza. Se multiplicaron los comedores populares y las cocinas del *Ente Comunale di Assistenza* (ECA) –Ente Municipal de Asistencia. La vida cotidiana empezó a volver a la normalidad en las zonas liberadas. En la Italia bajo el control nazi-fascista, sin embargo, la población seguía viviendo bajo la represión y el hambre. La mayor parte esperaba una rápida liberación. El noticiario *Luce*, en cualquier caso, intentaba transmitir naturalidad con sus noticias. Se sucedían las informaciones sobre deporte, moda o sociedad. La banalidad intentaba ocultar, como era habitual en este medio, la dura realidad. Ya antes del armisticio de 1943, *Luce* ponía de manifiesto este intento de mostrar ambientes donde la guerra parecía no existir. Las clases altas, sus hábitos sociales y diversiones llenaban la pantalla. También los sacrificios de las damas del fascismo por ahorrar en el marco de la autarquía.

Sin embargo, estas mujeres no notaban demasiado que la Patria estuviera en guerra. Es más, las revistas femeninas las empujaban a olvidar la dura realidad: «Si es posible, no leáis los periódicos. No se sabe qué es lo que sucede realmente, y de todos modos lo que se lee hace daño, mucho daño».⁶² Las señoras seguían tomando el sol a la orilla del mar, los niños ricos jugaban en los jardines con las niñeras, los jóvenes hacían deporte, montaban a caballo o en bicicleta a las orillas del lago de Cómulo.⁶³ Lo cierto es que después del armisticio, en las zonas ocupadas por los alemanes se intentaba crear un ambiente de normalidad y de continuidad con lo anterior. Desde el Ministerio de Cultura Popular se incentivaba el ocio –música, cine y baile–, sobre todo entre los soldados. Así pues, la diversión se entendía como evasión.

⁵⁹ *Giornale Luce* C0379 (27-11-1943) “18 de noviembre en la Roma republicana. El octavo aniversario de las sanciones”.

⁶⁰ Ejemplo: *Giornale Luce* C0384 (sólo año 1944) “Italia septentrional. Adiestramiento de reclutas”.

⁶¹ El servicio cinematográfico de la *War Office* de los Estados Unidos registra las operaciones del ejército aliado. Los noticiarios que presentan las operaciones aliadas en Italia se llaman *Combat Film*.

⁶² Cit. en Miriam MAFAL.: op. cit., p. 47.

⁶³ Miriam MAFAL.: op. cit., p. 223.

¿Dónde estaba la guerra? En las pantallas de cine no. Para completar el programa, antes de las películas de evasión se proyectaba el noticiario *Luce*, cuyo objetivo no era informar, sino tranquilizar. No se preocupaba por los bombardeos o el avance aliado, sino por el bañador de moda en las playas italianas. Las distracciones como el fútbol o el cine protagonizaban el noticiario, con informaciones sobre películas que se estaban rodando en la nueva *Cinecittà* del Norte –llamada *Cinevillaggio*, por ser de menores dimensiones–, se suceden en los últimos años de *Luce*. Mientras tanto, los pobres, refugiados y perseguidos, padecían las consecuencias de la guerra. Por su parte, los más acomodados seguían con sus festines y banquetes en círculos privados como el *Scacchi* o la *Caccia*, ambos en Roma, donde se organizaban partidas de cartas, apuestas y se bebía *whisky*. Así pues, *Luce* evitaba ambas realidades en un intento de tranquilizar a las masas negando las consecuencias de la guerra y la más que probable derrota.

Conclusiones

En la Segunda Guerra Mundial la propaganda se convirtió en un campo de batalla más: era la cuarta fuerza armada. En el caso de Italia, además del control de la prensa y la radio por parte del Minculpop, se impulsó aun más la propaganda cinematográfica, pero no sólo exaltando victorias y minimizando derrotas, sino sobre todo ocultando la realidad de la vida cotidiana en tiempos de guerra y creando una sensación de normalidad, como si nada estuviera ocurriendo. Para conseguir este efecto propagandístico sobre el espectador *Luce* llevó a cabo distintas estrategias. En primer lugar, intentó evitar el tema de la guerra y rellenar el noticiario con informaciones banales que hicieran olvidar al público la realidad del conflicto. Las noticias que tratan directamente las hostilidades en curso son escasas: en un noticiario que contiene entre seis y ocho noticias sólo había entre una y tres noticias sobre el conflicto.⁶⁴

Este modelo de información que caracteriza al noticiario *Luce* durante el primer año de enfrentamiento apenas sufre variaciones en los años sucesivos. Hasta la caída del Régimen se pretendió evitar la realidad. Con el empeoramiento de la situación interna y el desarrollo de la guerra en los frentes, el noticiario se esforzó aún más en maquillar la situación. De la exaltación de las victorias italianas, se pasa a la estrategia de descrédito del enemigo: la destrucción es consecuencia de su propia barbarie. Por lo tanto, se insta a la población a resistir y a seguir luchando. En cuanto a los cambios y las consecuencias producidas por la guerra en la sociedad y la vida cotidiana de ésta, apenas se apuntan novedades sustanciales. Se eluden prácticamente temas como la incorporación de la mujer al trabajo –justificada en el noticiario por el estado de excepción que la guerra supone– o los esfuerzos de la población civil –en gran parte mujeres– en su apoyo a la Patria. No se subrayan cambios sociales importantes como la ruptura familiar. *Luce* muestra la marcha de los hombres a la guerra, pero no enfatiza el fenómeno. De hecho, en

⁶⁴ En los primeros meses de guerra, había dos o tres noticias sobre la guerra en cada noticiario, compuesto por unas seis-ocho noticias. Más adelante, esta proporción disminuye: en muchos no hay ninguna noticia

el noticiario C0249 (1942) se presenta una boda colectiva a distancia entre soldados en el frente y sus respectivas novias en Italia. Ellas, vestidas de blanco en la iglesia; ellos, con uniforme militar en el campo de batalla. Se dicen el “Sí quiero” a través de las ondas radiofónicas. En este momento, sobre un mapa de Europa aparece la palabra “Sí” y la animación de las ondas une dos escenarios geográficos distantes entre sí.⁶⁵ Una consecuencia de la guerra como ésta –que supone la separación de los enamorados– se presenta con sentido del humor.

Resulta interesante comparar esta noticia con otra de 1939 en la que se evidencian las inevitables consecuencias del conflicto en la vida cotidiana de la población, en las costumbres familiares y en los comportamientos sociales. En este caso, y como no implica a Italia, el noticiario menciona la ruptura de la unidad familiar. Se difunde una crónica, desde Bruselas, sobre la marcha de los hombres al frente, lo que tiene como consecuencia que «muchísimos hogares [...] hayan conocido las emociones de la separación; todos los hombres válidos han sido llamados a las armas para garantizar la neutralidad y la seguridad de la Patria».⁶⁶

Cuando la situación para la población civil empeora, *Luce* no puede esconder la realidad y, aunque siempre con tono exaltado y apelando a la capacidad de resistencia del pueblo italiano, muestra las consecuencias más directas de la guerra para la población civil: los bombardeos. Sin embargo, el noticiario fascista prefiere centrarse en los aspectos militares y evitar la difícil situación de la población. Esto explica el escaso número de noticiarios cinematográficos sobre la vida cotidiana en los que aparecen mujeres: sólo catorce noticias en cinco años.⁶⁷ De éstas, diez datan de antes del armisticio; tres fueron editadas durante el paréntesis de Badoglio; y sólo un noticiario corresponde a la República de Saló. Esto conduce a una conclusión: conforme empeora la situación, disminuye el número de noticias sobre las consecuencias de la guerra para la población civil. Del total de noticias, un 64% tratan acerca de bombardeos sobre ciudades italianas. El resto presenta aspectos del día a día como la alimentación o la vida familiar. En ninguna de ellas ocupa la mujer un lugar de relevancia. Su protagonismo es prácticamente nulo: no existen referencias directas a su presencia, y el tiempo que se le dedica en pantalla es mínimo –una media de entre tres y diez segundos en noticias de entre un minuto y tres de duración. A pesar de las deficiencias y de la escasez de material, de las catorce noticias sobre la vida cotidiana se pueden extraer datos de las vivencias de la población civil italiana durante la guerra, pero sobre todo se quedan patentes los temas eludidos, así como el alejamiento respecto a la realidad, consecuencia de las intenciones propagandísticas del noticiario.

⁶⁵ *Giornale Luce* C0249 (25-04-1942) “Radio-matrimonios. Venecia”, minuto 02:35.

⁶⁶ Silvia RINALDI: “I cinegiornali Luce e la non belligeranza”, en Mino ARGENTIERI (Ed.): *Schermi di guerra. Cinema italiano 1939-1945*, Roma, Bulzoni Editore, 1995.

⁶⁷ El total de noticiarios editados en los cinco años de guerra asciende a 379, lo que da como resultado un 3,7% en los que aparece la población civil femenina.

Símbolo por partida doble. El capitán Astiz, la Armada y la transición democrática argentina

Double Symbol. Captain Astiz, the Navy and Democratic Transition in Argentina

Daniel H. Mazzei

Universidad de Buenos Aires. Instituto Interdisciplinario de Estudios e Investigaciones de América Latina (INDEAL). Buenos Aires, Argentina.

Resumen: Este artículo propone reconstruir la relación entre el gobierno del presidente Raúl Alfonsín (1983-1989) y la Armada Argentina, cuyos ejes principales fueron la revisión del pasado reciente y la cuestión de los derechos humanos. Durante ese período la situación de la Armada fue relativamente estable. Al menos si lo comparamos con lo ocurrido entre sus camaradas del Ejército. Durante todo su mandato, el presidente Alfonsín mantuvo al mismo Jefe de Estado Mayor Naval, y los ascensos se produjeron en forma normal. Sin embargo, la relación entre Gobierno-Armada tuvo momentos de mucha tensión, aunque no tuvieron impacto mediático y se ocurrieron casi entre bambalinas. Por otra parte, esos momentos de tensión estuvieron relacionados con un mismo personaje: Alfredo Astiz. Fue tempranamente el ministro de Defensa Raúl Borrás quien comprendió que Astiz se había convertido en un símbolo a dos puntas que reflejaba la fractura entre la Sociedad y las Fuerzas Armadas. Para muchos era un represor, un asesino sin compasión, el que se había infiltrado en Madres de Plaza de Mayo, había secuestrado a dos monjas, y también el cobarde que se había rendido sin combatir en las islas Georgias durante la Guerra de las Malvinas. Para sus camaradas de armas, era el oficial que cumplió órdenes, la víctima de la propia Armada que lo expuso públicamente después de haberle asignado misiones de inteligencia, pero también un caso testigo. Si en 1984 su citación judicial era la antesala de muchas otras, en 1988 su retiro anticipado por una decisión administrativa podría significar el primero de una larga lista.

El Presidente no pudo satisfacer su deseo de ver a Astiz fuera de la Armada. Por eso Alfonsín no duda en hablar de “circunstancia dolorosa” y utilizar la palabra “fracaso”. Por otra parte, la Armada se mostró en todo momento unida y solidaria con los oficiales de cualquier rango procesados o detenidos, y se abroqueló en la defensa del oficial al que la Sociedad había convertido en la cara más visible de la represión.

Palabras clave: Armada Argentina- transición democrática – relaciones civiles-militares – Presidencia Alfonsín – Terrorismo de Estado

Abstract: This article proposes to reconstruct the relationship between the government of President Raúl Alfonsín (1983-1989) and the Argentine Navy during the so-called democratic transition, whose main axes were the revision of the recent past and human rights. During that period the political situation of the Navy was relatively stable. At least if we compare it with what happened with their comrades of the Army. Throughout his term, President Alfonsín maintained the same Naval Chief of Staff and promotions occurred in a normal way. There were moments of great tension but didn't have media coverage and happened almost behind the scenes. In all cases was present the figure of Lieutenant Alfredo Astiz. Minister of Defense Borrás was the first to realize that Astiz had become a double symbol that reflected the gap between the Society and the Armed Forces. To many he was a repressor, a murderer without compassion who had infiltrated Madres de Plaza de Mayo, had kidnapped two nuns, and also the coward who had surrendered without fighting in the Georgias Islands, during the Malvinas War. For his comrades in arms he was the officer who followed orders, a victim of the Navy that publicly exposed him after having assigned him intelligence missions, but also a witness case. If in 1984 his summons was the prelude to many others, in 1988 his early retirement by an administrative decision could mean the first of a long list.

President Alfonsín couldn't satisfy his desire to see Astiz out of the Navy. That is why he doesn't hesitate to speak of "painful circumstances" and use the word "failure". Moreover the Navy showed all united and in solidarity with officers, of any rank, prosecuted or detained, and hug in defending the officer who had become, for the Society, the most visible face of repression.

Keywords: Argentine Navy; Democratic Transition; Civil-Military Relations; Alfonsín Presidency; State Terrorism

Para citar este artículo: Daniel H. MAZZEI: "Símbolo por partida doble. El capitán Astiz, la Armada y la transición democrática", *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 6, N° 11 (2017), pp. 258-276.

Recibido: 12/10/2016

Aprobado: 14/05/2017

Símbolo por partida doble. El capitán Astiz, la Armada y la transición democrática argentina

Daniel H. Mazzei

Universidad de Buenos Aires. Instituto Interdisciplinario de Estudios e Investigaciones de América Latina (INDEAL). Buenos Aires, Argentina.

danielhmazzei@gmail.com

Frecuentemente, cuando se habla de la intervención política de los militares en la Argentina, no se menciona a los marinos. Así como el Ejército se encuentra al margen de la sociedad global, la Marina se mantiene relativamente aislada de la sociedad militar. En sus bases o sobre sus embarcaciones, los marinos parecieron, durante mucho tiempo, ausentes del escenario histórico. Quizás no sea una mala idea preguntarse por qué.

Alain Rouquié¹

Cuando en Argentina se habla de las Fuerzas Armadas, habitualmente se hace referencia al Ejército. La mayoría de los trabajos clásicos de las relaciones cívico-militares se dedican a esa fuerza. La Armada y la Fuerza Aérea han recibido poca o ninguna atención del mundo académico. En el caso de la Armada, se le ha prestado mayor atención durante el período inmediatamente posterior a la llamada “Revolución Libertadora” (1955-1958), que derrocó al general Juan Domingo Perón, en la que tuvo un rol protagónico.² Otros trabajos sobre este tema, de carácter biográfico, están centrados en la figura de algún jefe naval,³ o bien relacionados con el papel jugado por la fuerza durante el autodenominado “Proceso de Reorganización Nacional” (1976-1983).⁴ Son escasos, sin embargo, los estudios académicos sobre la

¹ Alain ROUQUIÉ: *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, vol.1, Buenos Aires, Emecé editores, 1983, p. 101.

² Isidoro J. RUIZ MORENO: *La revolución del 55*, Buenos Aires, Emecé editores, 1994, 2 tomos; Íd.: *La Marina revolucionaria (1874-1963)*, Buenos Aires, Planeta, 1998.

³ Jorge PERREN: *Puerto Belgrano y la Revolución Libertadora*, Buenos Aires, Solaris, 1997; Jorge GONZÁLEZ CREST: *Memorias del Almirante Isaac Francisco Rojas*, Buenos Aires, Planeta, 1993; Claudio URIARTE: *Almirante Cero. Biografía no autorizada de Emilio Eduardo Massera*, Buenos Aires, Planeta, 1991; Uki GOÑI: *El infiltrado. La verdadera historia de Alfredo Astiz*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1996.

⁴ Manu ACTIS el al.: *Conversaciones con cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2001.

Armada en el período posterior a la Guerra de las Malvinas,⁵ más precisamente durante la etapa de la transición democrática (1982-1990).⁶ Sobre ese período la bibliografía analiza, fundamentalmente, los alzamientos militares, la política de derechos humanos, el movimiento carapintada, etc., pero no hay trabajos sobre la situación interna de la fuerza naval y su relación con el gobierno radical.⁷ Este artículo propone comenzar a reconstruir esa relación entre el gobierno del presidente Raúl Alfonsín y la Armada Argentina, cuyos ejes principales fueron la revisión del pasado reciente y la cuestión de los derechos humanos. Por suerte, en este caso, un hecho poco frecuente facilitará esta tarea: tres de los protagonistas centrales de esa relación (Raúl Alfonsín, Ramón Arosa y Horacio Jaunarena) han publicado sus memorias. Ellas serán las fuentes a partir de las cuales se estructura este artículo.

El almirantazgo para una nueva etapa

Pocos días después de su triunfo electoral, el 30 de octubre de 1983, Raúl Alfonsín designó a su colaborador más cercano, Raúl Borrás,⁸ como futuro ministro de Defensa. En los días siguientes Borrás y su equipo prepararon una serie de medidas que tomarían a partir del 10 de diciembre. Uno de los cambios más trascendentes que proponían era la eliminación de los cargos de Comandante en Jefe de cada una de las tres fuerzas armadas. De allí en adelante, como lo establecía el artículo 83 inc.15) de la Constitución Nacional,⁹ el Presidente sería el único Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas y la máxima autoridad de cada fuerza serían los Jefes de Estado Mayor, quienes estarían subordinados al Ministro de Defensa, que se convertía

⁵ Ana Belén RODRÍGUEZ: *Entre la guerra y la paz: la posguerra de los ex combatientes del Apostadero Naval Malvinas. Experiencias, identidades, memorias*, Tesis de Doctorado, Universidad de La Plata, 2014; Rosana GUBER: "Crucero ARA 'General Belgrano' in memoriam. Linajes político-navales en las memorias de Malvinas", *Iberoamericana*, 8:30 (junio 2008), pp. 7-26.

⁶ Para el debate de la transición democrática véase Daniel MAZZEI: "Reflexiones sobre la transición democrática argentina", *Pol His*, IV:7 (2011), pp. 8-15.

⁷ Sobre la situación militar durante el gobierno de Alfonsín véase Andrés FONTANA: "La política militar del gobierno constitucional argentino", en José NUN y Juan C. PORTANTIERO (comps.), *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*, Buenos Aires, Punto Sur ed., 1987; Ernesto LÓPEZ: *Ni la ceniza ni la gloria*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1994; Íd.: *El último levantamiento*, Buenos Aires, Legasa, 1988; Íd. y David PION-BERLIN: *Democracia y cuestión militar*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1996; Carlos ACUÑA y Catalina SMULOVITZ: "Militares en la transición argentina: del gobierno a la subordinación constitucional", en AA.VV., *Juicio, castigos y memorias. Derechos humanos y justicia en la política argentina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1995; Paula CANELO: "La descomposición del poder militar en la Argentina. Las Fuerzas Armadas durante las presidencias de Galtieri, Bignone y Alfonsín (1981-1987)", en Alfredo PUCCIARELLI (coord.), *Los Años de Alfonsín. ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno editores, 2006, pp. 65-114.

⁸ Raúl Borrás (1933-1985), fue un político radical nacido en Pergamino que se desempeñó como subsecretario de Agricultura de la Nación entre 1964 y 1966, y diputado nacional entre 1973 y 1976. Fundador del Movimiento de Renovación y Cambio en 1972, acompañó a Raúl Alfonsín durante los años de la última dictadura y fue su jefe de campaña en 1983.

⁹ A partir de la reforma constitucional de 1994 esa cláusula se encuentra en el artículo 99, inc.12).

así en su interlocutor directo.¹⁰ La selección de las nuevas autoridades de las tres fuerzas armadas quedó en manos, de forma exclusiva y personal, del ministro de Defensa, y terminó de definirse luego del 10 de diciembre. Algunos asesores le sugirieron convocar a oficiales retirados, o bien el relevo total de las conducciones heredadas de la dictadura. Borrás no optó por ninguno de los dos caminos y designó, al frente de cada fuerza, a oficiales en actividad con cierta experiencia. Finalmente, el 13 de diciembre de 1983 el gobierno radical designó a los nuevos Jefes de Estado Mayor de las tres Fuerzas Armadas. Decenas de generales, almirantes y brigadieres fueron pasados a retiro obligatorio.¹¹ Se trataba de la mayor purga de altos mandos de las Fuerzas Armadas desde 1955, y la más profunda jamás realizada por un gobierno civil. No obstante, los altos mandos castrenses siguieron estando integrados por oficiales superiores que habían tenido importantes responsabilidades durante la última dictadura y que no compartían (e incluso resistían activamente) la política de revisión del pasado encarada por el gobierno radical.

En la Armada fue designado el contraalmirante Ramón Antonio Arosa, de la promoción 79 de la Escuela Naval. Había accedido al almirantazgo en diciembre de 1981 y era el número 19 del escalafón, entre 27 almirantes en actividad.¹² Con su designación, el Alto Mando Naval quedó reducido a solo 7 almirantes. Arosa era, hasta diciembre de 1983, Jefe de la Casa Militar, cuya función principal es la seguridad del Presidente de la Nación. Luego de la elección había tomado contacto con varios dirigentes radicales con el objetivo de organizar el protocolo y ceremonial de la asunción del presidente Alfonsín.¹³ El 13 de diciembre, el vicealmirante Pablo Carpintero, a cargo interinamente de la Armada, le informó que le ofrecerían la Jefatura de Estado Mayor Naval y le sugirió que aceptara. Poco después, el ministro Borrás confirmó el ofrecimiento.¹⁴

El nuevo gobierno nunca discutió abiertamente con los Jefes de Estado Mayor la dimensión de las nuevas conducciones castrenses. Estos sabían que las populosas cúpulas militares de antaño se verían drásticamente reducidas. Según el recuerdo del almirante Arosa de lo conversado con los otros Jefes de Estado Mayor, el ideal era un número de entre 28 y 30 genera-

¹⁰ En un primer momento se consideró la posibilidad de recrear las Secretarías Militares (vigentes hasta 1966), tal como habían propuesto algunos asesores militares de Alfonsín. Sin embargo se prefirió descartar esta variante, privilegiando el diálogo directo del ministro y sus funcionarios con los jefes militares. Véase Horacio JAUNARENA: *La casa está en orden. Memoria de la transición*, Buenos Aires, TAEDA editora, 2011, p. 50.

¹¹ Una vez designados los Jefes de Estado Mayor y que estos conformaran sus conducciones, de los 114 oficiales superiores que tenían las Fuerzas Armadas el 10 de diciembre de 1983 tan solo 41 (un 36%) permanecieron en actividad.

¹² A fines de 1981 la Armada contaba con 43 almirantes, pero poco después de la Guerra de Malvinas (1982) el Alto Mando Naval quedó reducido a 20.

¹³ El contralmirante Arosa había conocido a Raúl Alfonsín en Olivos cuando este visitó al presidente Bignone para conversar sobre la entrega del mando, y dialogó nuevamente con él el 12 de diciembre por cuestiones relacionadas con el funcionamiento de la Casa Militar. Ver Ramón A. AROSA: *De Constitución a Retiro. Reseña y reflexiones del Jefe de la Armada (1984-1989)*, Buenos Aires, Instituto de Publicaciones Navales, 2008, pp. 16 y 20.

¹⁴ *Ibidem.*, pp. 21-22.

les, entre 19 ó 20 brigadieres, y 22 almirantes.¹⁵ La decisión sobre la cantidad de militares de máxima graduación era importante para determinar el número de ascensos a las máximas jerarquías que debían producirse en los meses siguientes. El proceso de ascensos, traslados y retiros comienza habitualmente en septiembre y finaliza en el mes de diciembre. Sin embargo, en diciembre de 1983 el nuevo gobierno decidió paralizar el proceso iniciado en los meses finales de la presidencia del general de brigada Reynaldo Bignone. Se revisaría todo lo actuado por los oficiales en posición de ascender y se enviaría una nueva propuesta a la Comisión de Acuerdos del Senado. En el caso de la Armada, el contralmirante Arosa decidió no realizar modificaciones a la lista propuesta por la Junta de Calificaciones. Según su testimonio, adoptó dicho orden de mérito «por ser lo más objetivo posible en las propuestas, a la vez que respetando y valorando esa última tarea cumplida por los almirantes que ahora pasaban a retiro».¹⁶

A fines del mes de marzo de 1984, el ministro Borrás reconoció que se habían modificado algunas de las propuestas originales de las Juntas Superiores de Calificación, y que estas «no se han tenido en cuenta en su totalidad».¹⁷ Días después, el ministro afirmó que deseaba que los pliegos fueran aprobados por unanimidad, y que no estaban dispuestos a entrar en negociaciones. Agregó que los enviaría cuando las listas estuvieran «absolutamente limpias», esto es, libres de impugnaciones u objeciones. Sin embargo, a comienzos de abril circuló extraoficialmente una lista de nombres que habría sido filtrada a la prensa desde el propio Senado con el objeto de obstaculizar las negociaciones. Además, al publicarse las listas se conocieron las primeras impugnaciones por parte de organismos de derechos humanos. El principal problema con el que se enfrentaba el gobierno radical en materia de ascensos era que la mayoría de los coroneles, capitanes de navío y comodores en condiciones de promocionar se habían desempeñado en destinos importantes durante los años más duros de la represión, entre 1975 y 1977.

El trámite parlamentario quedó demorado en la Cámara Alta en julio, cuando los senadores peronistas objetaron a tres coroneles. La situación se complicó más aún a comienzos de agosto cuando organizaciones de derechos humanos entregaron en el Congreso un listado con 896 nombres de militares acusados de participar en la represión, que incluía a 25 oficiales propuestos para ascender por el Poder Ejecutivo.¹⁸ A los nombres impugnados inicialmente se sumaron otros cuatro coroneles, así como los capitanes de navío José Águila, Miguel Grondona, Arico Taladriz y Argimiro Fernández. Algunos senadores radicales parecían dispuestos a sumarse al reclamo del bloque Justicialista presidido por Vicente Saadi (PJ-Catamarca). Sin embargo, el 31 de agosto de 1984 el gobierno nacional hizo valer la disciplina partidaria y con el voto favorable de los siete senadores de partidos provinciales (y el oportuno retiro de varios de los senadores justicialistas) impuso la lista original sin modificaciones por 24 votos contra 21. El Ejecutivo planteó la necesidad de no generar una nueva crisis frente a la flamante conducción

¹⁵ *Ibidem.*, p. 23.

¹⁶ *Ibidem.*, pp. 34-35.

¹⁷ “Se modificaron los ascensos militares”, *La Nación*, 24 de marzo de 1984, p.1.

¹⁸ “Acúsase a 896 oficiales de las FFAA”, *La Nación*, 3 de agosto de 1984, p.13.

del Ejército,¹⁹ mientras que algunos senadores oficialistas argumentaron que no podían arrojarse funciones judiciales.

Astiz y la primera crisis naval (diciembre de 1984)

El 14 de enero de 1984, en la quinta del Ministro de Defensa, en la base de Campo de Mayo, se concretó la primera reunión del Presidente con los Jefes de Estado Mayor. En un clima distendido Alfonsín planteó por primera vez a las autoridades navales la situación del teniente de navío Alfredo Astiz. Según el recuerdo del jefe naval «lo hizo como buscando una solución que dañara lo menos posible al oficial; pero dando por sobreentendido que su futuro profesional ya estaba afectado». La respuesta de Arosa no debió ser la esperada por el Presidente ya que le manifestó que «era creencia generalizada en la Armada que su comportamiento había sido correcto».²⁰

Ya para entonces, Alfredo Astiz, con apenas 33 años, se había convertido en un símbolo de la represión ilegal y de la derrota en la guerra de las Malvinas. Desde 1976 integraba el Grupo de Tareas 3.3.2 de la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA),²¹ y el 21 de enero de 1977 encabezó el operativo en el que fue detenida Dagmar Hagelin,²² de 16 años, quien permanece desaparecida. Poco después se infiltró en la organización Madres de Plaza de Mayo bajo el seudónimo de Gustavo Niño, haciéndose pasar por hermano de una detenida-desaparecida. Como consecuencia de su accionar, fueron secuestrados –entre el 8 y el 10 de diciembre de 1977– la fundadora de Madres, Azucena Villaflor, las monjas francesas Alice Dumon y Leonie Ducket, y otras nueve personas.²³ En 1978 fue destinado al Centro Piloto,²⁴ en París, donde intentó infiltrarse entre el grupo de exiliados argentinos pero fue descubierto y debió retirarse. Durante la guerra de las Malvinas fue enviado a las islas Georgias del Sur, donde se rindió a los ingleses al mando de un grupo de comandos navales. Por esa actuación, la llamada “Comisión

¹⁹ A comienzos de ese mes había renunciado el primer Jefe de Estado Mayor del Ejército, general Jorge Arguindegui. Lo reemplazó el general de brigada Ricardo Pianta. Al respecto véase Daniel MAZZEI: “La primera crisis militar de la nueva democracia”, *Revista de Historia Bonaerense*, XX:42 (2014), pp. 8-15.

²⁰ Ramón AROSA: op.cit., p.50. Vale recordar que en ese verano de 1984, Astiz se mostró, en forma provocativa, en los populosos centros veraniegos de Mar del Plata y Pinamar. Poco después el gobierno le prohibió salir del país. Ver Tabaré AREAS y Ana María BERTOLINI: “Qué hay detrás de Astiz”, *Somos*, 336, 10 de febrero de 1984, pp. 6-11.

²¹ La ESMA está ubicada en la zona norte de la Ciudad de Buenos Aires y allí funcionó el Centro Clandestino de Detención (CCD) más importante a cargo de las autoridades navales.

²² Dagmar Hagelin era una adolescente argentina de origen sueco secuestrada el 27 de enero de 1977 en El Palomar (Buenos Aires) por el grupo de tareas al mando de Alfredo Astiz, quien le disparó en la cabeza en plena calle y la llevó detenida al Centro Clandestino de Detención ubicado en la ESMA.

²³ Por la desaparición de Dagmar Hagelin y las monjas francesas, Astiz era requerido por la Justicia de Suecia y Francia respectivamente.

²⁴ El Centro Piloto era una oficina creada en París, dependiente de la Embajada argentina, cuya misión era contrarrestar las campañas de denuncias contra la dictadura que realizaban los exiliados argentinos en Europa, así como espiar e infiltrar a las diferentes organizaciones de argentinos en el exilio.

Rattembach” (1983), creada para analizar la actuación de las Fuerzas Armadas durante la guerra, recomendó procesarlo «por entregarse sin efectuar la debida resistencia».²⁵

De allí en adelante la situación de Astiz sería un tema frecuente en la relación entre el Gobierno y la Armada. La primera crisis ocurrió a comienzos de diciembre de 1984 cuando el juez federal Miguel del Castillo ordenó la detención del teniente Alfredo Astiz en la causa por el secuestro y desaparición de la adolescente argentino-sueca Dagmar Hagelin.²⁶ El viernes 7 de diciembre Astiz, embarcado en el portaviones “ARA 25 de Mayo”, recibió la orden de presentarse en Buenos Aires. Desde allí viajó a la base Almirante Zar, en Trelew, y un B-200 lo trajo a la ciudad de Buenos Aires, donde el sábado 8 se presentó en el Edificio Libertad, sede de la Armada. Esa mañana, el Subsecretario de Defensa, Horacio Jaunarena, había estado reunido con el Vicealmirante Arosa para explicarles a los marinos los mecanismos judiciales. Durante la tarde se realizaron gestiones para postergar la presentación de Astiz hasta el día lunes 10. Del Castillo rechazó el pedido naval y ese mismo sábado el oficial debió presentarse ante el juez. Haciendo uso de su derecho constitucional, se negó a declarar y quedó detenido en el Apostadero Naval.²⁷

El lunes 10, el Almirantazgo dedicó su reunión exclusivamente al tema Astiz y al malestar que su detención producía en los cuadros de la fuerza. Fuentes navales filtraron a la prensa el disgusto del Almirantazgo: «Estamos frente a una situación límite. Aceptamos restricciones presupuestarias, bajos sueldos y otras dificultades, pero no pueden tomarse medidas contra un oficial subalterno que cumplió órdenes durante la lucha antisubversiva». El Almirantazgo recibía la presión de mandos intermedios ante la posibilidad de que se multiplicaran citaciones similares. Fuentes navales comenzaron a invocar *off the record* la modificatoria del Código de Justicia Militar y el concepto de obediencia debida.²⁸ Mientras los marinos cerraban filas junto al emblemático represor, el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas (CSFFAA) pidió al juez

²⁵ Astiz encabezó una pequeña dotación naval argentina en las Islas Georgias del Sur, a 1.400 km al sudeste de las islas Malvinas, que se rindió a las tropas británicas casi sin combatir el 26 de abril de 1982. La foto de un barbado Alfredo Astiz, requerido por la Justicia en Francia y Suecia, firmando la rendición, recorrió el mundo.

²⁶ Dagmar Hagelin era una adolescente argentina de origen sueco desaparecida el 27 de enero de 1977 en El Palomar por el grupo de tareas 3.3.2. de la Armada al mando del teniente Alfredo Astiz quien le disparó en la cabeza en plena calle y la llevó detenida al Centro Clandestino de Detención ubicado en la Escuela Superior de Mecánica de la Armada (ESMA), en la zona norte de la ciudad de Buenos Aires. Permanece desaparecida.

²⁷ Para Arosa era muy importante, en su frente interno, que la prisión preventiva tuviera lugar en una dependencia naval. Ramón AROSA: op.cit., p.103.

²⁸ Se referían a la modificación realizada en febrero de 1984 al Código de Justicia Militar, basada en la promesa electoral de Alfonsín, que distinguía tres niveles de decisión y que exculpaba a quienes obedecieron órdenes. Amparando al conjunto en la figura de la “Obediencia Debida”, el Poder Ejecutivo intentó aislar a los nueve comandantes en jefe y a otras figuras emblemáticas de la dictadura, descargando sobre ellos el peso de la Justicia. De esta forma los mandos inferiores quedaban exentos del castigo en virtud del principio de obediencia debida que funcionaría como una presunción legal a su favor.

que se inhibiera de seguir adelante con la causa ya que Astiz había sido sobreesido por la Justicia militar en 1981, y que, por lo tanto, se trataría de «cosa juzgada».²⁹

La tarde del miércoles 12, el ministro Borrás se reunió en Casa de Gobierno con Alfonsín. Autorizarían el traslado de Astiz a una unidad naval del interior «para mayor seguridad». Los cuadros subalternos de la Armada, para quienes este oficial era un símbolo, criticaban a la conducción de la fuerza por no haber hecho una defensa política bajo el principio de “obediencia debida”. Mientras tanto, el almirante Massera³⁰ –detenido en el penal de Magdalena– intervino mediante una presentación oficial asumiendo la responsabilidad de todo lo actuado «en la guerra contra la subversión» e invocando que Astiz solo cumplía las órdenes impartidas por sus superiores.³¹ Por su parte, a fines de diciembre el juez del Castillo se declaró incompetente y pasó las actuaciones judiciales al Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas. La medida fue apelada por el padre de la víctima, pero la Sala 2 de la Cámara Federal de Buenos Aires³² estimó que «el secuestro y lesión de Dagmar Hagelin fueron realizados por personal de la Armada y policial en un operativo antiterrorista» y que por lo tanto era aplicable la Ley 23.049, que establece la competencia castrense.³³ Poco después, el 5 de marzo de 1985, el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas ordenó la libertad de Astiz quien fue inmediatamente re- puesto en su destino, a pesar del malestar en el ministerio de Defensa.³⁴

Si bien la mini crisis naval no pasó a mayores, sí mostró algunos indicios de una situación que se repetiría con frecuencia en los años siguientes: el fracaso de la política de autojuz- gamiento³⁵ había abierto la puerta a la actuación de jueces civiles, quienes llamaban a declarar a

²⁹ La causa, abierta en el juzgado de Morón (provincia de Buenos Aires), había pasado a la Justicia Militar que la había cerrado por falta de pruebas en 1981.

³⁰ El Almirante Emilio Eduardo Massera (1925-2010) fue Comandante en Jefe de la Armada entre 1973 y 1978, e integró la primera Junta Militar durante la última dictadura. En 1985 fue condenado a prisión perpetua y pérdida del grado militar durante el llamado “Juicio a las Juntas”. En 1990 fue indultado por el presidente Carlos Menem y recuperó la libertad hasta 1998, cuando fue encarcelado nuevamente por sustracción de menores durante su comandancia. También fue miembro de la Logia Masónica Propaganda Due, dirigida por Licio Gelli.

³¹ En su presentación Massera afirmaba «(...) asumo toda la responsabilidad de todo lo actuado en la guerra contra la subversión. Por lo tanto, y dado que el señor teniente Astiz actuó siempre en cumplimiento de las órdenes que le fueron impartidas, solicito a V.S. que, obrando en justicia, lo libere de toda responsabilidad y disponga su libertad inmediata. Hacerlo así, será justicia». Citado en *La Nación*, 13 de diciembre de 1984, p.14.

³² La Sala 2 de la Cámara Federal la integraban los jueces Guillermo Ledesma, Julio Valerga Araoz y Andrés D’Alessio, quienes –ese mismo año– participarían del histórico Juicio a las Juntas Militares.

³³ “Está en libertad el teniente Astiz”, *La Nación*, 6 de marzo de 1985.

³⁴ En respuesta a la resolución del Consejo el Ministerio de Defensa ordenó al fiscal general del CSFFAA que interpusiera un reclamo de nulidad. La causa contra Astiz fue cerrada en 1986 por considerarla prescrita.

³⁵ La decisión presidencial de enjuiciar a las tres primeras Juntas Militares puso en el centro de la escena al Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas, máximo organismo de Justicia Militar vigente en 1983, integrado por tres oficiales superiores de cada Fuerza, que comenzó a trabajar en la causa a partir del 28 de diciembre. El gobierno esperaba que el Consejo Supremo individualizara y sancionara a los responsables de delitos. De esta forma, las Fuerzas Armadas se autodepurarían y podrían reinsertarse en la sociedad. Sin embargo, los jueces militares no avanzaron demasiado con las causas para no ser considerados traidores por sus pares. Tan solo dictaron prisión preventiva rigurosa al general Videla y al almiran-

oficiales subalternos, como ya había ocurrido en el Ejército. Al mismo tiempo empezaba a manifestarse descontento de los mandos intermedios para quienes el de Astiz era un caso testigo. Ellos reclamaban la aplicación del principio de obediencia debida, a partir de distinguir tres niveles de responsabilidad (los que dieron las órdenes, los que las cumplieron y los que se excedieron), tal como lo había planteado Raúl Alfonsín durante su campaña electoral. En marzo, cuando el Consejo Supremo liberó a Astiz, Arosa reiteró públicamente la posición oficial de la Armada: «el teniente Astiz es víctima de una situación muy especial», y que se trataba de un oficial «con una carrera normal a través de la cual siempre obedeció las órdenes impartidas», por lo que, precisó, su actuación debía enmarcarse en la llamada «debidamente».³⁶

La depuración del almirantazgo

A comienzos de marzo de 1985 se produjo una segunda crisis en el Ejército que terminó con el retiro del Jefe de Estado Mayor Conjunto, teniente general Julio Fernández Torres, y del Jefe de Estado Mayor del Ejército, general de división Gustavo Pianta. Borrás, ya gravemente enfermo, aprovechó los cambios en el Ejército y el Estado Mayor Conjunto para realizar algunos ajustes en las otras dos fuerzas. En la Fuerza Aérea se produjeron solo los relevos de los brigadieres Hugo Ventura y José Constantino. En la Armada, el gobierno forzó el retiro de cinco contraalmirantes. Para algunos observadores la decisión de Borrás estaba relacionada con la actitud del Almirantazgo en diciembre de 1984 cuando se produjo la detención de Alfredo Astiz, y de la existencia de “cierto clima deliberativo” entre los compañeros de promoción de Arosa. Fueron pasados a retiro los contralmirantes Raúl Marino (Subjefe de Estado Mayor), José Sarcona (Comandante de Operaciones Navales), Ernesto Diamante (Comandante de la Escuela de Guerra Naval) y Arico Taladriz (Comandante de Infantería de Marina), José Águila (Comandante de Aviación Naval). Se trató de la mayor depuración sufrida por la Armada durante el gobierno de Alfonsín y redujo la cúpula naval a apenas 15 almirantes.

Arosa también puso su cargo a disposición de Borrás, pero el ministro le informó que no pensaban en relevar al Jefe de Estado Mayor porque mantenerlo formaba parte de un gesto de autoridad del Presidente. Para el gobierno era necesario el retiro de algunos de sus compañeros de promoción para facilitar la tarea de Arosa. En realidad se debería al papel que desempeñaron algunos de esos almirantes durante la crisis de diciembre. Arosa manejó la posibilidad de solicitar su retiro pero fue persuadido por el almirante Marino, ya que –según este jefe naval– sería menos dañino para la Fuerza y no facilitaría el juego «a quienes quisiesen o pudiesen minar las estructuras de las Fuerzas Armadas».³⁷

te Massera. Hay coincidencia en que el gobierno pecó de ingenuidad o de exceso de optimismo. Frente al inmovilismo de los tribunales castrenses las causas pasaron a la Justicia civil como lo establecía la reforma al Código de Justicia Militar aprobada en febrero de 1984.

³⁶ “Arosa dijo que Astiz cumplió con la obediencia debida”, *La Nación*, 13 de marzo de 1985, p.6.

³⁷ Ramón AROSA: op.cit., p. 109.

La rebelión de los almirantes retirados

En diciembre de 1986 el Congreso aprobó la ley 23.492, conocida como “Ley de Punto Final”, que establecía la extinción de las acciones penales por la presunta participación en los delitos contemplados en el art.10° de la Ley 23.049, de reforma al Código de Justicia Militar, a todos aquellos que no hubiesen sido citados a prestar declaración indagatoria en el plazo de 60 días corridos a partir de promulgada la ley.³⁸ En contra de la expectativa del gobierno, varias Cámaras Federales que hasta ese momento no se habían mostrado muy activas levantaron la feria judicial de enero y comenzaron a recibir nuevas denuncias sobre violaciones a los derechos humanos. Si bien el plazo legal otorgado por la ley venció el lunes 22 de febrero de 1987, la actitud de las Cámaras Federales fue determinante para el fracaso del objetivo primordial de la ley de Punto Final, que era poner un límite al número de oficiales que serían imputados por la Justicia. El total de denuncias superaba largamente las peores expectativas del oficialismo.

El siguiente desafío para el gobierno radical llegaría el 25 de febrero ya que la Cámara Federal de Buenos Aires, que había juzgado a las tres primeras Juntas Militares, envió una nota al ministro de Defensa en la que le solicitaba la presentación a indagatoria, a partir de ese día, de 6 almirantes retirados,³⁹ 11 jefes y oficiales navales⁴⁰ y 2 integrantes de la Prefectura Naval Argentina.⁴¹ Todos ellos estaban imputados por su accionar en la Escuela Superior de Mecánica de la Armada (ESMA) entre 1976 y 1980. La llamada “Causa ESMA” era un caso testigo, ya que por la cantidad de personal implicado generaba la mayor inquietud entre los cuadros navales. En esta causa también estaba imputado el teniente de navío Alfredo Astiz. La “causa ESMA”, junto a los Juicios que se realizaban en la provincia de Córdoba por la represión en el Tercer Cuerpo de Ejército (en las que habían sido citados varios oficiales en actividad), serían claves para determinar el comportamiento militar ante los nuevos procesamientos que se avecinaban.

³⁸ La ley solo era válida para quienes no estuviesen prófugos o declarados en rebeldía. La norma no incluía a los autores de los delitos de sustitución de estado civil, y sustracción y ocultación de menores. La ley fue abrogada por la ley 24.952, de abril de 1998, y declarada “insanablemente nula”, por el art.1° de la ley 25.779 en el año 2003. Para el mando naval el “Punto Final” no resolvía el problema. Así lo expresó el almirante Arosa al presidente Alfonsín a fines de enero o comienzos de febrero de 1987. En esa reunión habría sugerido «buscar fórmulas definitivas que permitiesen terminar con las situaciones de incertidumbre que seguían vigentes». Ramón AROSA: op.cit., p.140.

³⁹ Vicealmirantes Antonio Vañek, Oscar Montes, Julio Torti, Humberto Barbuzzi, y Jacinto García Tallada, y Contralmirante José Antonio Suspich.

⁴⁰ Capitanes de Navío Luis D’Imperio, Jorge Vildoza, Horacio de Estrada, Jorge Acosta, y Francis Whamond; Capitanes de Corbeta Adolfo Donda, y Antonio Pernías; Capitán de Fragata Raúl Scheller, Tenientes de Navío Alfredo Astiz, y Carlos Carella, y Capitán de Fragata (médico) Carlos Capdevilla. De este grupo, cuatro oficiales no se presentaron a declarar. Tres de ellos (de Estrada, Scheller y Carella) justificaron sus ausencias y fueron indagados posteriormente. Por su parte, el Capitán Jorge Vildoza permanece prófugo de la Justicia desde 1984.

⁴¹ Prefecto Héctor Febres y Suboficial de Prefectura Juan Azik.

Ese jueves 25 de febrero de 1987 fue uno de los días más tensos que había vivido el gobierno radical en más de tres años de gestión.⁴² Por un lado, el Ministro de Economía comunicaría una serie de medidas de ajuste que incluían congelamiento de salarios y precios frente al repunte inflacionario que alcanzó, en febrero, un 6,5% mensual. Además, se esperaba con expectativa la presentación en los Tribunales porteños de un grupo de almirantes retirados. Desde hacía varios días circulaban rumores sobre la actitud que podrían asumir estos oficiales. Según fuentes periodísticas, Jaunarena y Arosa habían tenido varias reuniones para coordinar que no hubiera ninguna sorpresa.⁴³ El gobierno estaba dispuesto a un gesto de autoridad, como era pedir la baja de aquellos oficiales que se negaran a concurrir a los tribunales, pero solo como última instancia.

Frente a la posibilidad de que algún oficial no se presentara a declarar, como se especulaba que podría ocurrir en el Ejército, Arosa dispuso coordinar la presentación de los almirantes que debían concurrir a los Tribunales poco después del mediodía acompañados por un almirante en actividad. En caso de disponerse su detención preventiva, quedarían alojados en dependencias navales. Esa misma mañana del 25 de febrero, un grupo de almirantes retirados, en representación de los citados por la Cámara Federal, se entrevistó con el jefe de Estado Mayor Naval para informarse de la situación y de las previsiones que se habían contemplado.⁴⁴ Mientras tanto, los convocados presentaban recursos para postergar la indagatoria hasta designar defensores. El tribunal rechazó de plano el planteo de los almirantes y los declaró en rebeldía. Poco después del mediodía, el Jefe de la Policía Federal, comisario general Juan Pirker, se comunicó con Arosa para informarle que había recibido orden de la Cámara Federal para capturar al personal naval que no se había presentado en Tribunales.⁴⁵ El Jefe naval le pidió tiempo e intentó comunicarse con los seis almirantes, pero estos no estaban en sus viviendas ni en otros lugares habituales.

Era evidente que ciertos sectores de la Armada, en su mayoría retirados y vinculados a la conducción del almirante Massera, buscaban forzar un hecho consumado, quebrando la uni-

⁴² Según el periodista Oscar Raúl Cardoso el día 25 fue «uno de los días más tensos que vivió en tres años el sistema institucional -aunque esto no fuese fácilmente perceptible». Oscar Raúl CARDOSO: «Una decisión orgánica», *Clarín*, 26 de febrero de 1987, p.14. En ese mismo sentido Ángel Anaya sostenía que «... es probable que el pasado miércoles 25 haya sido el día más largo del Presidente desde que se sentó por primera vez en el sillón de Rivadavia». Véase Ángel ANAYA: «La disciplina militar en el día más largo del Presidente» *La Nación*, 1 de marzo de 1987, p.9.

⁴³ Según fuentes periodísticas, Jaunarena se reunió con Arosa en la quinta del ministro en Campo de Mayo el viernes 19 de febrero por la noche y el sábado 20 por la mañana. Allí le entregó las citaciones judiciales por la causa ESMA. El primer día Arosa no podía ofrecer seguridad sobre el comportamiento de sus subordinados. Al día siguiente parecía más optimista. Véase «Vence el plazo del `Punto Final`», *Clarín*, 22 de febrero de 1987, pp.2-3; y Oscar Raúl CARDOSO: «Una decisión orgánica», p.14.

⁴⁴ Al relatar la entrevista Arosa sostiene que «No sé bien por qué, pero la sensación que experimenté al despedir a mis visitantes fue la de asistir a una nueva muestra de la «picardía criolla». Se refería así a una supuesta condición innata de sacar ventaja propia de los argentinos. Citado en Ramón AROSA: op.cit., p. 144.

⁴⁵ *Ibidem.*, p. 142.

dad de la cúpula naval con fines políticos. ¿Acaso se buscaba conocer el límite de la disciplina del personal naval? ¿Qué hubiera ocurrido si los oficiales hubieran hecho caso omiso a la convocatoria de la Cámara Federal? Si la rebeldía se mantenía más tiempo, ¿podía extenderse al interior de la Armada y provocar una crisis en el Almirantazgo que forzara el retiro de Arosa? Eso explica el intenso esfuerzo del Alto Mando Naval para llegar a los almirantes rebeldes que buscaban eludir las citaciones judiciales y explicarles que si no acataban la orden judicial «la Armada no tendría otra alternativa que dejarlos solos».⁴⁶

Finalmente, después de intensas gestiones los almirantes retirados se presentaron “voluntariamente” en Tribunales, a últimas horas de la tarde, acompañados por el Jefe de Personal de la Armada, Contralmirante Norman Azcoitia, y el Auditor General de las Fuerzas Armadas, Contralmirante Coppola, aunque debieron quedar detenidos en la alcaldía de Tribunales.⁴⁷ Había prevalecido la decisión orgánica de allanarse a la acción judicial. Por otra parte, el tono del radiograma que el Almirantazgo envió esa tarde a todas las unidades mostraba un alto grado de cohesión y solidaridad interna. Se trataba de una respuesta a la «gravísima situación surgida del juzgamiento de alguno de sus hombres por la participación que a toda la Armada cupo en la lucha contra el terrorismo subversivo». El texto ratificaba que la Armada

(...) apoyará a sus hombres con todos los medios legales, cualquiera sea su jerarquía o situación de revista, incluyendo al personal de Prefectura Naval. No hay otro camino para sostener la vigencia de la justicia, como institución básica del sistema constitucional, que afrontar esta circunstancia en el marco jurídico, empeñando en la defensa de sus hombres toda la fuerza de nuestra convicción y persistencia en la búsqueda de la verdad y de las soluciones que conduzcan a una pronta conciliación nacional. (...).⁴⁸

En el plano judicial, luego de tomar declaración a los imputados los jueces ordenaron la libertad de tres de los procesados.⁴⁹ Los oficiales retirados, entre ellos cuatro almirantes, quedaron arrestados bajo jurisdicción naval en el “ARA Bahía Paraíso”.⁵⁰ Entretanto, el personal en actividad quedó detenido en sus unidades hasta que se decidiera su situación procesal. Fueron acompañados hasta Bahía Blanca por el comandante del Batallón de Infantería de Marina N°1, Capitán de Navío Fernando García, y por el comandante del Área Naval Puerto Belgra-

⁴⁶ Citado en Angel ANAYA: op. cit., p. 9.

⁴⁷ La Cámara Federal postergó la indagatoria para los días siguientes y el grupo de Almirantes quedó alojado en la alcaldía de Tribunales. Frente al paso de la Justicia Militar a la civil, el Alto Mando Naval dispuso que el personal podría conservar a sus ex defensores militares como asesores. Este es el origen del Grupo de Apoyo, que brindaba asesoramiento jurídico a los oficiales navales involucrados en procesos judiciales. *Ibidem.*, p. 140.

⁴⁸ Citado en *Ibidem.*, p.183. El radiograma fue emitido a las 14:35 horas y entregado personalmente al presidente Alfonsín a las 18:30, en una audiencia con la presencia del ministro de Defensa.

⁴⁹ Se trata de los vicealmirantes Vañek y Torti y al capitán D'Imperio. Uno de los procesados, el capitán De Estrada, no se presentó y fue declarado en rebeldía.

⁵⁰ El almirante Arosa visitó a los detenidos en el “ARA Bahía Paraíso” el 14 de marzo para expresarles, según trascendió en medios de prensa, «el apoyo moral de la institución». “Arosa visitó a los marinos detenidos”, *La Nación*, 15 de marzo de 1987, p. 1.

no, Capitán de Navío Albino. En Puerto Belgrano, la base naval más importante del país ubicada cerca de la ciudad de Bahía Blanca, fueron recibidos por sus camaradas de armas y por las máximas autoridades de la Base: el Comandante de la Flota de Mar, contralmirante Emilio Ossés, y los jefes de la Aviación Naval y la Infantería de Marina.⁵¹

En este contexto creció la expectativa por el discurso del almirante Ramón Arosa en el aniversario del Almirante Brown,⁵² el 3 de marzo de 1987. El texto retomaba la línea del radiograma y se basaba en cuatro premisas básicas: acatamiento a las resoluciones judiciales, respeto al orden constitucional, reivindicación de la “lucha antisubversiva” y defensa legal de sus hombres. Sobre estos últimos puntos Arosa expresó que la Armada, basada en el ejemplo de Guillermo Brown:

(...) reeditará la subordinación a la nación y a sus autoridades, tal como lo hiciera el Gran Almirante. Y también como él, no cesará en sus esfuerzos para que la dignidad de sus hombres no sea injustamente mancillada por la sospecha o la mentira, así como no abandonará ni desdeñará a quienes hayan cumplido con su deber en las difíciles situaciones creadas por la guerra antisubversiva.

(...) Por esa razón la Armada rechaza las imputaciones ambiguas y carentes de fundamentos hacia sus integrantes. (...) La Armada ha sufrido los embates de cuanto ha querido decirse en contra de ella con relación a su actuación en la lucha contra la subversión, y cuyo objetivo militar, no quepa duda alguna, fue evitar la caída de la Nación en manos de la guerrilla terrorista. Y el objetivo fue cumplido (...):⁵³

El ministro Jaunarena, presente en el acto, fue consultado por los periodistas sobre la reivindicación de “la lucha antisubversiva”, pero prefirió eludir la respuesta y referirse a otros aspectos del discurso:

Lo que tenemos que resaltar son algunos conceptos como el de la reafirmación de la inserción definitiva de la Armada dentro del sistema democrático que consagra la Constitución y también la subordinación a lo que en definitiva establezca la Justicia con respecto al pasado que el conjunto de los argentinos debemos asumir.⁵⁴

Las citas a este grupo de almirantes retirados reactualizaron un problema interno de la Armada acerca de cuáles habían sido los criterios escogidos por el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas para decidir a qué oficiales imputar y a cuáles no, cuando todos habían participado de una u otra forma en la represión durante la dictadura. El malestar por las detenciones

⁵¹ “Trasladan a Bahía a cuatro jefes navales”, *Clarín*, 1 de marzo de 1987, p. 6.

⁵² Guillermo Brown (1777-1857) fue un navegante irlandés, considerado el fundador de la Armada Argentina a comienzos del siglo XIX. Todos los años, el 4 de marzo, en el aniversario de su fallecimiento, el jefe de la Armada lee un discurso que suele marcar la línea política de la fuerza.

⁵³ El texto completo del discurso en Ramón AROSA: op. cit., pp. 229-233.

⁵⁴ “Jaunarena: Hay que analizar el discurso en su contexto”, *La Nación*, 4 de marzo de 1987, p.6.

se manifestó en el mes de abril, cuando los cuatro almirantes detenidos en el “ARA Bahía Paraíso” pusieron en duda la lealtad de todo el Almirantazgo. Los rumores sobre quienes habían confeccionado las listas de oficiales para satisfacer la voluntad del gobierno alcanzaron a todo el Alto Mando.⁵⁵ Como respuesta, el Jefe de Estado Mayor Naval decidió crear una comisión investigadora integrada por los almirantes retirados Carlos Álvarez, Mario Lanzarini y Víctor Perreyra Murray que dictaminó que no hubo responsabilidad de las autoridades denunciadas, ni falta de lealtad hacia la Armada por parte de sus autoridades o integrantes de la misma.⁵⁶

Días después, el 15 de abril de 1987, Arosa elevó una nota al presidente Alfonsín que iba en el mismo tono que las críticas que empezaban a expresar los mandos del Ejército. Esta comenzaba manifestando que la reforma del Código de Justicia Militar había producido un efecto contrario al deseado ya que sacaba a los imputados de sus jueces naturales. Luego expresaba la frustración frente al incumplimiento de las promesas de establecer niveles de responsabilidad que limitaran estos a las altas jerarquías. Además criticaba a la Cámara Federal que había juzgado a los ex comandantes y que había colocado a los oficiales imputados «en condiciones desfavorables para su defensa, atento los plazos perentorios que se han fijado para el ofrecimiento de pruebas». Retomaba de esta forma el tema que había sensibilizado al personal naval retirado: «el personal no halla explicación sobre cuál fue el criterio selectivo que se adoptó para procesar a unos y excluir a otros (...)». Todo lo anterior generaba en el personal naval «(...) una situación anímica de falta de credibilidad que atenta contra la cohesión del personal incidiendo en su disciplina». Para finalizar, Arosa expresaba, como «un deber de lealtad» que la consolidación democrática requería ser construida sobre una «cicatrización definitiva de las heridas del pasado».⁵⁷

La nota manuscrita de Arosa, redactada en un lenguaje formal y elíptico, dejaba entrever que en la Armada podrían darse situaciones de indisciplina similares a las que se esperaban en el Ejército, y que la forma de superar esa situación era dictar una Ley de Amnistía. Pocas horas después, ese mismo 15 de abril, el mayor Ernesto Barreiro se declaraba en rebeldía en Córdoba y estallaba la crisis de Semana Santa de 1987⁵⁸.

⁵⁵ Incluso el 17 de mayo de 1987, el periodista Hugo Ezequiel Lezama, ex director del diario *Convicción* y cercano al almirante Massera, publicó en *La Prensa* el artículo “Afrontemos la craneoteca nacional” donde acusaba al contralmirante Argimiro Fernández de haber sugerido a la Cámara Federal portefía cuales almirantes debían ser llamados a declarar.

⁵⁶ Ramón AROSA: op.cit., p. 152. La Comisión aconsejó dar por “no recibida” la presentación de los almirantes detenidos en el ARA Bahía Paraíso.

⁵⁷ *Ibidem.*, pp. 184-185.

⁵⁸ Se conoce como rebelión de Semana Santa a los hechos ocurridos entre el 15 y el 19 de abril de 1987 cuando varias unidades del Ejército se sublevaron contra sus mandos naturales. El motín comenzó el 15 de abril cuando el mayor Ernesto Barreiro se negó a declarar ante la Justicia y se refugió en un regimiento de la IV Brigada de Infantería, en Córdoba. Al día siguiente el teniente coronel Aldo Rico ocupó la Escuela de Infantería de Campo de Mayo (cerca de la ciudad de Buenos Aires) y logró sumar el apoyo de otras unidades del interior del país. Después de cuatro días de tensión, movilizaciones populares y movimiento de tropas, los rebeldes se rindieron ante el presidente Alfonsín el domingo 19 de abril. Si bien el grupo de militares amotinados no era numeroso y la mayoría de las unidades del Ejército no se plegaron al motín, el gobierno no encontró tropas dispuestas a reprimirlo, lo que muestra la situación de

El ascenso de Astiz, una derrota para Alfonsín

Ninguna unidad de la Armada participó en el movimiento “carapintada” de Semana Santa.⁵⁹ La crisis se circunscribió al Ejército. Semanas después, el Poder Ejecutivo envió al Parlamento el proyecto de ley de “Obediencia Debida”,⁶⁰ que fue aprobado en el mes de junio. Entre los beneficiados por la ley 23.521 estaba el teniente de navío Alfredo Astiz. La aprobación de la ley de “Obediencia Debida” abrió un nuevo foco de conflicto entre la Armada y el gobierno, ya que ahora Astiz estaba en condiciones de ser propuesto para el ascenso (retroactivo a 1985) a capitán de corbeta. A los reclamos judiciales de Francia y Suecia se sumaba una opinión pública que consideraba una claudicación del gobierno que Astiz –quien de forma provocativa se mostraba en sitios públicos– continuara en actividad. Pero, al mismo tiempo, su retiro por una decisión administrativa del Poder Ejecutivo podría provocar una crisis entre sus camaradas de la Armada. El gobierno tenía información de que en Puerto Belgrano había espíritu de inquietud y solidaridad con Astiz. También había reuniones permanentes con el Jefe de Estado Mayor Naval por este tema.⁶¹ En caso de que el Presidente decidiera presionar para obtener el retiro de Astiz, ¿quién firmaría su retiro de la Armada? ¿Podría resistirse un retiro masivo de almirantes? ¿Estaba el gobierno en condiciones de sufrir una nueva Semana Santa cuando aún no se habían cerrado las heridas en Ejército? El gobierno intentó, a través del Jefe de la Secretaría de Informaciones del Estado (SIDE) Facundo Suárez, persuadir a los padres de Astiz para que convencieran a su hijo de solicitar su retiro voluntario, pero estos se negaron.⁶²

El presidente Alfonsín ya había expresado su voluntad de ver a Astiz fuera de la Armada, pero tampoco podía violar las leyes y reglamentos navales. Según sus *Memorias Políticas* pidió asesoramiento a Horacio Jaunarena y Raúl Alconada Sempé, quienes le informaron que el Presidente no podía pedir la baja de Astiz porque, al tratarse de un oficial subalterno, esa era una facultad de cada fuerza.⁶³ Arosa, por su parte, sostiene que a fines de 1987 Alfonsín le ex-

debilidad del régimen democrático en esa coyuntura. A los rebeldes se los conoce popularmente como “carapintadas” porque se mostraban públicamente vestidos de combate, camuflados, y con su cara pintada con betún. Al respecto véase Marcelo SAIN: *Los levantamientos carapintadas, 1987-1991*, Buenos Aires, CEAL, 1994, 2 tomos.

⁵⁹ La única unidad que no pertenecía al Ejército que se sumó al alzamiento fue el grupo “Albatros”, de Prefectura Naval, que se encontraba –desde 1984– bajo dependencia del Ministerio de Defensa.

⁶⁰ La llamada “Ley de Obediencia Debida”, aprobada el 4 de junio de 1987, establecía una presunción de que los delitos cometidos por integrantes de las Fuerzas Armadas cuyo grado fuera inferior al de coronel (o sus similares en las otras fuerzas) no eran punibles por haber actuado en virtud de la denominada Obediencia Debida (concepto militar por el cual los subordinados se limitan a cumplir las órdenes de sus superiores). Esta ley fue anulada en 2003, por la ley 25.779.

⁶¹ Horacio JAUNARENA: op.cit., p. 212.

⁶² *Ibidem.*, p. 212. Según el recuerdo del ex ministro, para sus padres «La Armada era la única responsable del destino al que habían sometido a su hijo (...) y lo habían convertido en un hombre despreciado por la sociedad y ella era la responsable de reivindicarlo».

⁶³ Raúl ALFONSÍN: *Memoria Política. Transición a la democracia y derechos humanos*, Buenos Aires, FCE, 2004, p.92.

presó que siendo fiel a sus convicciones no pensaba ascender a Astiz.⁶⁴ En su respuesta el jefe naval habría expuesto un argumento similar al que el ex Presidente pone en boca de sus colaboradores: por tratarse de un oficial subalterno ni el Comandante en Jefe ni el Jefe de Estado Mayor podían alterar las propuestas de la Junta de Calificaciones sin vulnerar las normas que regulan el personal militar. Alfonsín habría preguntado cómo podía expresar su sentir a la Junta de Calificaciones. El Jefe de Estado Mayor sugirió la posibilidad de que Alfonsín redactara un Informe Complementario Fundado (ICF). Se trata de un informe que un superior puede confeccionar sobre un oficial más moderno del que tuviera opinión desfavorable. Si bien no había precedente que un Presidente civil suscribiera un ICF, se trataba del Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas y superior máximo del oficial. Arosa advirtió, sin embargo, que la Junta de Calificaciones consideraría el ICF como un antecedente más a la hora de decidir, y que podría no tomarlo en cuenta.

Finalmente Alfonsín decidió presentar el ICF que debía ser incluido en la hoja de servicios del oficial subalterno y cuyo texto se hizo público el mismo día en que se publicó el decreto de ascenso Astiz a Capitán de Corbeta, el 22 de diciembre de 1987.⁶⁵ La nota expresaba que Astiz se había transformado en un símbolo en el cual no debían mirarse los oficiales de la Armada. En palabras del propio Alfonsín:

(...) Estas conclusiones, provenientes de los órganos encargados de la Administración de la Justicia de la República, tornan procedente la adopción de la medida administrativa de la Justicia de la República, tornan procedente la adopción de la medida administrativa por la que se le reconoce el grado inmediato superior, al desaparecer los obstáculos legales y reglamentarios que impidieran con anterioridad su ascenso (...). Así las cosas, resuelta reglamentariamente la situación del citado oficial, preocupa ahora al Presidente de los argentinos la eventual incidencia negativa que sobre la cohesión del cuerpo social podría significar mantenerlo en servicio como, a su vez, la repercusión que ello pudiera generar sobre las instituciones castrenses. Es por ello que he apreciado en el correspondiente informe complementario fundado, que el capitán de corbeta don Alfredo Ignacio Astiz, no debe permanecer en actividad, debiéndose seguir el procedimiento correspondiente a tal efecto.⁶⁶

Según el recuerdo de Alfonsín, en febrero de 1988 sufrió «un fracaso muy grave» cuando pidió a Arosa el retiro de Astiz. El jefe de Estado Mayor, según este relato, le expresó, en un diálogo a solas, que no estaba en condiciones de tomar esa medida y que su insistencia provocaría el pedido de retiro. Alfonsín comprendió que difícilmente encontraría un oficial superior

⁶⁴ Ramón AROSA: op.cit., p. 160. Es probable que Alfonsín solicitase el asesoramiento después de la entrevista con el Jefe de Estado Mayor.

⁶⁵ El decreto 2049/1987 ascendía a Astiz con retroactividad al 31 de diciembre de 1985. En dicho decreto el Presidente hace referencia al ICF y a las instrucciones al ministro de Defensa. El ICF fue elevado a consideración de la Junta de Calificaciones el 7 de enero de 1988.

⁶⁶ El texto completo del ICF en “Instrucciones de Alfonsín al ministro de Defensa”, *La Nación*, 23 de diciembre de 1987, p. 5.

naval dispuesto a avalar el retiro de Astiz.⁶⁷ Seguramente fue esta respuesta que habría llevado al Presidente a tantear el respaldo de la oposición en caso de una eventual crisis naval. La reunión entre Jaunarena y Alconada Sempé con dos dirigentes justicialistas se realizó –según los recuerdos del ex Presidente– en un restaurante de la calle Vicente López, entre Callao y Ayacucho. A cambio de respaldo uno de los diputados pidió la renuncia del ministro de Economía, Juan Vital Sourrouille.⁶⁸

Como era de esperar la Junta de Calificaciones no tuvo en cuenta la recomendación presidencial y mantuvo a Astiz en actividad. El 25 de noviembre de 1988 Arosa elevó una nota a Jaunarena donde resumía los aspectos tenidos en cuenta por la Junta de Calificaciones.⁶⁹ Según el relato del ex ministro, Arosa comunicó –no obstante– que había dispuesto que el marino no fuera seleccionado para realizar determinados cursos lo que impediría, a futuro, que alcanzara jerarquías superiores.⁷⁰

Conclusiones

Durante la presidencia de Raúl Alfonsín la situación de la Armada fue relativamente estable, al menos si lo comparamos con lo ocurrido entre sus camaradas del Ejército. A lo largo de todo su mandato, el presidente Alfonsín mantuvo al mismo Jefe de Estado Mayor Naval, y los ascensos –salvo en 1984– se produjeron en forma normal. Sin embargo, como hemos visto en este artículo la relación Gobierno-Armada tuvo momentos de mucha tensión, aunque no tuvieron impacto mediático y se produjeron casi entre bambalinas. Por otra parte, esos momentos de tensión (incluida la purga de marzo de 1985) estuvieron relacionados con un mismo personaje: Alfredo Astiz.

Fue tempranamente el ministro Raúl Borrás quien comprendió que Astiz se había convertido en un símbolo a dos puntas⁷¹ que reflejaba la fractura entre la Sociedad y las Fuerzas Armadas. Para muchos era un represor, un asesino sin compasión, el que se había infiltrado en Madres de Plaza de Mayo, había secuestrado a dos monjas, y también el cobarde que se había rendido sin combatir en las islas Georgias. Para sus camaradas de armas era el oficial que cumplió órdenes, la víctima de la propia Armada que lo expuso públicamente después de haberle asignado misiones de inteligencia,⁷² pero también un caso testigo. Si en 1984 su citación

⁶⁷ Raúl ALFONSÍN: op. cit., p. 92. El mes de febrero de 1988, cuando Alfonsín ubica esta conversación, coincide con la fecha en la que –según rumores que circularon en Buenos Aires– el gobierno habría ofrecido un aumento presupuestario a la Armada a cambio del retiro de Astiz.

⁶⁸ *Ibidem.*, p. 93. Jaunarena no hace ninguna referencia en sus memorias a este hecho.

⁶⁹ Ramón AROSA: op. cit., p. 166

⁷⁰ Horacio JAUNARENA: op. cit., p. 213. Arosa manifiesta que «coincidiendo de alguna manera con las inquietudes del primer Mandatario» retuvo la designación para cursar Escuela de Guerra Naval e integrar selecciones para cubrir comandos.

⁷¹ Tanto Horacio JAUNARENA (op. cit., p.207) como Ramón AROSA (op. cit., p.163) citan a Borrás como autor de dicha expresión.

⁷² Al respecto, Ramón AROSA (op. cit., p.163) en nombre de un «sentimiento generalizado en la Armada» sostiene que «La propia Armada (...) procedió erróneamente comprometiendo al oficial tras haberle

era la antesala de muchas otras, en 1988 su retiro anticipado por una decisión administrativa podría significar el primero de una larga lista.

El Presidente no pudo satisfacer su deseo de ver a Astiz fuera de la Armada. Por eso Alfonsín no duda en hablar de “circunstancia dolorosa” y utilizar la palabra “fracaso”. Los motivos deben buscarse en la reticencia de Alfonsín de apartarse de la legalidad y los reglamentos así como en el temor de abrir un nuevo frente de conflicto cuando la situación del Ejército seguía sin resolverse. Por otra parte, la Armada se mostró en todo momento unida y solidaria con los oficiales de cualquier rango procesados o detenidos. No se vio tan afectada por la crisis profesional post Malvinas como sus colegas del Ejército,⁷³ y se abroqueló en la defensa del oficial al que la Sociedad había convertido en la cara más visible de la represión.

asignado una tarea de inteligencia (...) que debería haberlo devuelto al anonimato de su carrera profesional. (...) la asignación de una nueva tarea de inteligencia, ahora en el exterior, permitió revelar su verdadera identidad y pasar a ser blanco de sus engañados».

⁷³ Sobre la crisis profesional en la Armada luego de la Guerra de Malvinas, véase Ana Belén RODRÍGUEZ: op. cit., Capítulo 3, pp. 93-143.

Traducciones

La transformación de la moral militar: armas y soldados en el campo de batalla del siglo XIX*

Gervase Phillips

Manchester Metropolitan University

Traducido por Esther Montañés Sánchez

En las postrimerías de la Guerra Civil americana, Theodore Upson, un veterano combatiente federal, había llegado casi al final de su prolongado servicio a las órdenes del General William Sherman. En la primavera de 1865 se encontraba en Carolina del Norte luchando contra los restos del Ejército Confederado, que estaba colapsando frente a él y sus camaradas. Mientras otro de los harapientos regimientos “castaños” se deshacía, Upson divisó un jinete montado sobre una mula en medio de una dotación de artillería rebelde: «Justo cuando iba a abrir fuego, algo me dijo: “no mates al hombre, mata a la mula”. Así que... disparé a la mula justo detrás de la pata delantera. El hombre cayó y esto los retrasó tanto que conseguimos el cañón... Me alegro de haber disparado a la mula en lugar de al hombre».¹

La elección de Upson evidencia la humanidad del combatiente. No es ni el autómatas representado por la historia militar tradicional –que se retira, permanece en su posición o avanza junto a una compañía, regimiento o brigada, a las órdenes de algún famoso “gran capitán”–, ni tampoco es simplemente un obediente asesino de uniforme que puede ser ignorado por aquellos que, por otra parte, se describen a sí mismos como “historiadores sociales”, interesados en la vida de la gente corriente. El campo de batalla del siglo XIX planteó retos éticos únicos y conllevó la toma de decisiones por parte de aquellos individuos sumidos en el humo acre, espeso y negro de las descargas de pólvora. La autonomía física y moral del soldado, sin embargo, quedaba frecuentemente limitada por la formación táctica en la que era desplegado (que englobaba tanto la cercanía de sus compañeros como, lo que es más importante, de los jefes de unidad) y por las características tecnológicas de su armamento.

Formaciones, armas y moral

Durante los primeros años del siglo, la mayor parte de la infantería de línea luchaba hombro con hombro en formaciones cerradas, armados con mosquetes de ánima lisa, que eran

* Publicado originalmente como Gervase PHILLIPS: “Military Morality Transformed: Weapons and Soldiers on the Nineteenth-Century Battlefield”, *Journal of Interdisciplinary History*, XLI (2011), pp. 565-590. Traducido para la *Revista Universitaria de Historia Militar* con el permiso de los editores del *Journal of Interdisciplinary History* y The MIT Press, Cambridge, Massachusetts.

¹ Theodore UPSON: *With Sherman to the Sea: Civil War Reminiscences of Theodore F. Upson*, edición de Oscar Winther, Bloomington, Louisiana State University Press, 1943, pp. 159-160.

poco precisos una vez superados los 150 metros. De ahí que la mayoría del fuego que se hacía en el campo de batalla fuese mediante descargas sin apuntar realizadas desde los poco precisos rifles de avancarga, dirigidos hacia las formaciones enemigas. Las mejores tropas eran aquellas que disparaban rápido, tres o cuatro veces por minuto. Avanzado el siglo, los oficiales veteranos y los teóricos militares recordarían a los soldados de Federico el Grande y de las Guerras Napoleónicas casi como máquinas, donde «los hombres eran adiestrados, no entrenados», bajo un sistema de disciplina física brutal que les enseñaba a repetir las acciones de carga y disparo como por acto reflejo, incluso cuando estaban sometidos a la presión psicológica del combate. Ante los ojos de sus compañeros, el miedo a la deshonra les mantenía en su puesto; si el terror superaba al honor, la proximidad de los oficiales, sargentos y cabos aseguraba que se les podía forzar a volver a su sitio mediante la alabarda o el filo de la espada.²

La mayoría de las tropas de línea (en oposición a los expertos tiradores de primera o a los fusileros que luchaban en formaciones abiertas y elegían deliberadamente a sus objetivos) raramente se enfrentarían a la realidad ética de que sus disparos estuvieran matando o mutilando a otros seres humanos. No solamente disparaban todos a la vez, diluyendo de esta manera cualquier sentido de responsabilidad individual, sino que además, en una gran refriega, eran incapaces de ver claramente los efectos de sus descargas. En un día calmado y sin viento en la época de la pólvora negra, los soldados de primera línea pronto se quedaban sin apenas visibilidad. Después de un duro combate en las afueras de Charleston, Carolina del Sur, a finales de 1864, el coronel George Harrison, del 32º Regimiento de Infantería de Georgia, recordaba «el denso humo de los disparos del enemigo, que debido al peculiar estado de la atmósfera no ascendía, sino que nos ocultaba de la vista del enemigo. Era tan denso que en algunos lugares no se veía a una persona a más de cinco pasos de distancia.» De manera similar, su compatriota Joseph Shelby escribió de forma reveladora acerca del «salvaje polvo grisáceo», que se volvía cada vez más oscuro, perforado solo por los fogonazos de los disparos de los mosquetes.³

En el transcurso del siglo XIX, un conjunto de factores sociales, culturales y tecnológicos cambiarían gradualmente el entorno físico (y por consiguiente, también el psicológico) en el que luchaban la mayoría de los soldados, difuminándose los límites de las elecciones personales en el campo de batalla, y devolviendo una considerable capacidad de acción a la masa combatiente. Este desarrollo tuvo importancia en dos áreas relacionadas. En primer lugar, enfrentó a los oficiales de todos los ejércitos occidentales con la novedosa necesidad de tener que entender la psicología de los hombres a los que dirigían en la batalla. Este énfasis en las cualidades “morales” de los soldados corrientes, procedente la época victoriana tardía, ha sido minusvalorado por

² A.F. BECKE: *An Introduction to the History of Tactics, 1740-1905*, Londres, Hugh Rees, 1909, p. 37. Rory MUIR: *Tactics and the Experience of Battle in the Age of Napoleon*, New Haven, Yale University Press, 1998, pp. 68-104.

³ *The War of Rebellion: A Compilation of the Official Records of the Union and Confederate Armies*, Washington DC, 1880-1901, Serie I, Vol. 35, Pt. I, Informe del Coronel George P. Harrison sobre la acción en la Calzada de Burden y la Isla de John, p. 255; Serie I, Vol. 22, Pt. I, Informe del Coronel Joseph O. Shelby, comandante de la 4ª Brigada de Caballería de Missouri, 7 de diciembre de 1862, p. 151.

algunos historiadores militares como un impulso atávico provocado por la emergente dominancia de la impersonal tecnología moderna en el campo de batalla. De hecho, los factores psicológicos y tecnológicos que conformaban la realidad de la batalla estaban sólidamente interconectados: las formaciones militares se dispersaban para evitar la potencia de fuego de las armas modernas; los oficiales sacrificaban buena parte del control directo que tenían sobre la tropa; y los hombres aislados elegían luchar o no.

En segundo lugar, la consideración de la capacidad de acción del soldado en el campo de batalla evidencia la naturaleza contingente de la agresión humana. Una reciente tendencia al alza en el estudio de la violencia de masas –evidente en trabajos de historia, sobre relaciones internacionales y de *genocide studies*–, que se basa en gran medida en la psicología social y evolutiva, señala la habilidad del hombre para la violencia y la facilidad con la que mata. Sin embargo, el campo de batalla del siglo XIX estaba poblado no solo por asesinos, sino también por individuos que deambulaban por él y otros que eludían cumplir con su deber, así como también por soldados que sí que lo hacían, como Upson, que rechazó matar cuando las circunstancias lo permitían. No en vano, matar no era la única obligación militar de los soldados, contrariamente a lo que sostienen diversos investigadores contemporáneos que lo ven como “la característica definitoria de la guerra”. De hecho, en los campos de batalla arrasados por la potencia de fuego de las armas modernas, la capacidad de soportar un elevado número de bajas era identificada como un elemento crucial de la eficiencia militar. Los líderes militares reconocían la firmeza y la autonomía del soldado individual emergentes como un desarrollo tan importante como el perfeccionamiento de la tecnología armamentística.

Tanto para los contemporáneos como para las posteriores generaciones de historiadores militares, esta evolución se manifestó fundamentalmente en áridos debates tácticos centrados en los méritos relativos de las formaciones en orden cerrado –en las que los soldados eran vulnerables a los disparos, pero estaban sometidos a la disciplina–, y de las formaciones en orden abierto (o “de avanzada”) –en las que los soldados tendían a dispersarse para buscar cobertura y disparar a discreción o no disparar en absoluto. Para los oficiales frustrados, tal comportamiento era consecuencia de una deficiencia en el carácter. [Theodore] May, que sirvió como capitán en la campaña prusiana contra Austria de 1866 y que fue estudioso de la misma, escribió: «Si todos los soldados cumplieran con su deber en la batalla por propia iniciativa, un ejército sería prácticamente invencible... Pero el ser humano tiene en su propia esencia un deseo natural de supervivencia, una egolatría y una indolencia unidos a ciertos deseos sensuales... ¿Quién podría entonces mantener que la muerte le es indiferente?»⁴

Tradicionalmente, la tecnología armamentística ha sido vista como un elemento central de esta cuestión. La evolución de las sucesivas generaciones de “armas de precisión”, desde el mosquete de avancarga hasta el arma de retrocarga y, ya a finales del siglo XIX, los rifles de repetición con pólvora sin humo, dejó armas aún más letales en manos de los soldados de infan-

⁴ La cita de Theodore May en Robert HOME y Sisson PRATT: *A Précis of Modern Tactics*, Londres, Stationery Office, 1892, p. 18.

tería. El tiro más rápido y preciso causaba dispersión entre las tropas, y de esta manera se incrementaba la autonomía de los soldados. Hamley, autor del texto modelo sobre teoría militar para candidatos a oficiales en Sandhurst durante la época victoriana, describió cómo «desde la introducción de los rifles y los rifles de asalto en los ejércitos», las formaciones buscaron «ofrecer menos blancos frontales y en profundidad y cubrirse en la medida en que el terreno lo permitiese». Sin embargo, esta ponderación de la creciente letalidad de las armas de infantería como dinámica central de las tácticas militares, privilegiando las explicaciones tecnológicas del cambio, minusvalora la humanidad de los soldados e ignora otros debates contemporáneos acerca del carácter “moral” (o psicológico) del ser humano en la batalla.⁵

No en vano, los historiadores militares del siglo XX mostraron una marcada tendencia a no considerar la opinión de los oficiales que, entrenados en la época victoriana, señalaban la continua importancia del “factor moral en la guerra” como ideológicamente conservador y ajeno a las nuevas realidades tecnológicas de la batalla. Los que estudiaron la Primera Guerra Mundial, en la que la vulnerabilidad del combatiente a la metralla, las balas de las ametralladoras y los explosivos era muy evidente, a menudo acusaban a los comandantes que sirvieron en esta, en palabras de Travers, de excesiva preocupación por «la orientación moral del campo de batalla» en detrimento de la total comprensión «del campo de batalla tecnológico». Dentro de esta tradición historiográfica, los debates tácticos de finales del siglo XIX parecen ser intercambios particularmente estériles en los que frustrados reformadores no lograban convencer a los establishments militares conservadores –personificados en forma de cuerpos de élite socialmente exclusivos– de que el espíritu humano, por grande que fuese, no podría sobreponerse a las nuevas y letales «armas de precisión».⁶

No obstante, la distinción entre el campo de batalla orientado hacia la moralidad y el orientado hacia la tecnología es una falsa dicotomía, y el énfasis contemporáneo en el estado anímico del soldado y su voluntad de combatir no eran ni tan infundados ni tan reaccionarios como las generaciones posteriores de historiadores han sostenido. Recientes estudios de Griffith, Echevarría II y otros, centrados en la historia de las tácticas bélicas, sostienen que los teóricos militares del siglo XIX no solo reconocían plenamente los retos que suponían las nuevas tecnologías armamentistas, sino que también entendían que el elemento humano seguía siendo un factor importante, e incluso decisivo, en el combate. La lectura minuciosa de la teoría táctica revela una aceptación generalizada de que las formaciones de infantería podían romperse como

⁵ Edward HAMLEY: *The Operations of War Explained and Illustrated*, Londres, [s.n.], 1888, p. 361. Los historiadores militares modernos tienden a traducir el término *moral* [N. del T.: aquí se refiere al adjetivo “moral” o “ético”. *Moral* en el artículo original] como *moral* [N. del T.: en referencia al sustantivo “moral”. *Morale* en el artículo original] cuando se lo encuentran en trabajos de teóricos del siglo XIX. Si bien esta interpretación es a menudo correcta, no es menos cierto que en ocasiones estos teóricos buscaban darle al término un significado psicológico más amplio que simplemente *actitud* o *disposición*.

⁶ Tim TRAVERS: *The Killing Ground: The British Army, the Western Front and the Emergence of Modern Warfare, 1900-1918*, Londres, Allen&Unwin, 1987, pp. 62-82. Como ejemplos de los debates véanse Trevor N. DUPUY: *The Evolution of Weapons and Warfare*, Nueva York, Da Capo Press, 1984, pp. 212-217; o Eric DORN BROSE: *The Kaiser's Army*, Nueva York, Oxford University Press, 2001.

resultado del combate. El problema era mantener esta tendencia dentro de los límites aceptables. En 1873, a los oficiales británicos se les advirtió: «Se deben tomar precauciones especiales para evitar que la frecuente dispersión y la formación de fuertes líneas de escaramuzadores, algo que el presente modo de hacer la guerra demanda, lleve a una pérdida perjudicial de la cohesión táctica. Este problema solo puede contrarrestarse mediante una estrecha conexión de los oficiales con la formación de batalla, y con un alto grado de disciplina en la acción y el disparo, combinado con un riguroso y estricto sistema de instrucción». Como sugirió el General ruso Mikhail Dragomirov «el hombre es siempre un hombre, el primero de todos los instrumentos de batalla»⁷

El debate táctico entre los defensores de las formaciones dispersas y los de las formaciones cerradas se debe entender no como un estancamiento ideológico entre fuerzas progresistas reformistas y otras conservadoras, estrechas de miras, sino como un desacuerdo práctico entre profesionales militares con respuestas igualmente válidas frente a la naturaleza cambiante del combate. Con esto no pretendo negar que los factores culturales y políticos puedan dar forma a debates tácticos y normativas militares. Las nociones contemporáneas de la “raza”, por ejemplo, estuvieron muy presentes, con frecuencia, en los trabajos de los teóricos militares. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, de Pardieu predijo que las tácticas dispersas se adaptaban a los soldados franceses más que a los «física y moralmente fuertes» alemanes, a quienes, a pesar de ser «rigurosamente disciplinados... vigorosos [y] valientes», les faltaba la «iniciativa», «rapidez de reacción» y «capacidad para librarse de las dificultades» innatas de los franceses. Los teóricos militares alemanes parecían albergar opiniones análogas. Hohenlohe recordaba que «de enseñaron que un francés puede, por naturaleza, vencer a un alemán en una lucha a bayoneta». Este contexto cultural fue importante a la hora de enmarcar los debates tácticos contemporáneos, pero no distorsionó completamente sus bases empíricas.⁸

La autonomía y la psicología de los soldados en el campo de batalla

La permanente influencia de la historia social en la historia militar ha promovido el interés por la actuación de los soldados corrientes. Esta tendencia comenzó en los Estados Unidos en el periodo de entreguerras, cuando Lonny y Martin abordaron el hasta entonces tema tabú de la desertión durante la Guerra Civil Americana. La identificación por parte de Martin de los complejos motivos sociales, políticos y económicos que indujeron a los hombres a abandonar el ejército remarcó la ruptura de clase que distanció a muchos soldados blancos pobres de la causa

⁷ Paddy GRIFFITH: *Forward into Battle*, Novato, Presidio Press, 1992. Antulio ECHEVARRIA II: *After Clausewitz: German Military Thinkers before the Great War*, Lawrence, University Press of Kansas, 2000. Robert HOME y Sisson PRATT: op. cit., p. 35. La cita de Dragomirov en p. 17.

⁸ Para el debate táctico véanse Paddy GRIFFITH: *Forward into Battle*; y Antulio ECHEVARRIA II: op. cit. Marie F. DE PARDIEU: *A Critical Study of German Tactics and the New German Regulations*, traducción de Charles F. Martin, Fort Leavenworth, Hugh Rees, 1912, pp. 7-8; Kraft zu HOHENLOE-INGELFLINGEN: *Letters on Infantry*, traducción de N.L. Walford, Londres, E. Stanford, 1892, p. 36.

de los Estados Confederados. Su profético análisis fue uno de los primeros en señalar las divisiones sociales internas como un serio factor en la derrota del Sur. En 1943, Wiley, también para la Guerra Civil Americana, empleó la metodología de la historia social para analizar lo que suponía ser un soldado, desde el reclutamiento hasta el campo de batalla, poniendo particular énfasis en las condiciones materiales de alimentación, vida en el campamento, ocio y combate. En su volumen de 1952 sobre los combatientes de la Unión partió de los entonces recientes estudios psicológicos sobre veteranos de la Segunda Guerra Mundial para arrojar luz sobre la motivación de los individuos en combate, descubriendo la importancia de «la cohesión del grupo primario» (el grado más cercano de camaradería existente entre pequeños grupos de soldados que servían juntos).⁹

El uso que hizo Wiley de los datos psicológicos proporcionó un marco interdisciplinar muy relevante para la conceptualización que los historiadores hicieron sobre los combatientes. Los militares profesionales, sin embargo, habían estado consultado estudios sobre la mente humana desde mediados del siglo XIX. Durante muchos años, el análisis mejor valorado del comportamiento humano en combate fue *Battle Studies*, de Du Picq, publicado inicialmente en 1880, diez años después de que el autor muriese en batalla cerca de Metz, durante la Guerra Franco-Prusiana. De hecho, se publicaron nuevas ediciones para la formación de cadetes oficiales norteamericanos tan tarde como en 1946. Incluso aunque la Primera Guerra Mundial había mostrado el aterrador impacto de la artillería moderna, las armas automáticas, los aviones, el gas venenoso y los vehículos blindados, la formación de los nuevos soldados todavía mantenía su interés por el elemento humano en combate. Además, las observaciones de von Schell acerca del liderazgo en combate se centraron en la creencia de que «la reacción psicológica del individuo [en la batalla] es cada vez más importante». Su trabajo, traducido para los lectores norteamericanos en 1933, tuvo gran influencia en la doctrina táctica de los EE.UU durante la Segunda Guerra Mundial.¹⁰

Estudios psicológicos sobre las tropas de combate durante la Segunda Guerra Mundial dieron lugar a uno de los más controvertidos tratados escritos hasta el momento sobre la voluntad de luchar, *Men Against Fire*, de Marshall. El argumento de Marshall, que solo uno de cada cuatro soldados disparaba sus armas en combate, ha sido desde entonces enormemente discutido. Su metodología era ciertamente cuestionable, y su trabajo se trataba en realidad de un es-

⁹ Ella LONN: *Desertion during the Civil War*, Nueva York, The Century Co., 1928; Bessie MARTIN: *A Rich Man's War, A Poor Man's Fight: Desertion of Alabama Troops from the Confederate Army*, Nueva York, Columbia University Press, 1932; Bell I. WILEY: *The Life of Johnny Reb: The Common Soldier of the Confederacy*, Indianapolis, Bobbs-Merrill, 1943; Íd.: *The Life of Billy Yank: The Common Soldier of the Union*, Indianapolis, Bobbs-Merrill, 1952. Los historiadores militares europeos tardaron un tiempo en seguir la perspectiva Americana, sin embargo John KEEGAN: *The Face of Battle*, Londres, Viking Press, 1976, fue muy influyente a la hora de introducir perfiles de soldados corrientes en los trabajos de la historia militar británica.

¹⁰ Ardant DU PICQ: *Battle Studies: Ancient and Modern Battle*, traducción de John N. Greeley y Robert C. Cotton, Fort Leavenworth, The Military Services Publishing Company, 1946; Adolf VON SCHELL: *Battle Leadership*, traducción de Edwin Harding, Fort Benning, Benning Herlad, 1933, pp. 9-19; Edwin HARDING (ed.): *Infantry in Battle*, Washington DC, The Infantry Journal Incorporated, 1934.

tudio más polémico que riguroso. Sin embargo, el fenómeno del que Marshall daba cuenta les habría resultado muy familiar a los teóricos de finales del siglo XIX que discutían acerca de los méritos relativos de la formación cerrada por encima de las tácticas dispersas, aunque su forma de explicarlo fuera sorprendentemente diferente. Mientras que May citó la «egolatría» y la necesidad de «supervivencia», el análisis de Marshall y de aquellos que lo asumieron, como Grossman, sugería por ejemplo que la mayoría de los hombres, como Upson, eran simplemente «reticentes a matar» en combate.¹¹

Esta idea, sin embargo, va en contra de una tendencia historiográfica emergente que incide en la crucial inclinación de los individuos a involucrarse en la violencia letal. Con la afirmación de que «el acto característico del hombre en la guerra no es morir sino matar», Bourke argumentó, fundada en el peso de la considerable evidencia de las guerras mundiales y de la Guerra de Vietnam, que muchos soldados se sentían realizados en combate, encontrando «emoción, alegría y satisfacción» en matar. Esta disposición para matar ha sido también destacada de manera prominente en trabajos de otros investigadores sobre la violencia de masas, y en estudios sobre genocidio y relaciones internacionales. En un intento por comprender las motivaciones de los “hombres corrientes”, reservistas de mediana edad que formaron los cuerpos de seguridad alemanes en el Este de Europa y que participaron en diversas masacres de judíos a lo largo de 1942, Browning estableció que no más del 20% de ellos rechazaron convertirse en asesinos, aunque tuvieran la opción. Sin embargo, más que «emoción, alegría y satisfacción», en el otro 80 % Browning detectó la presión grupal y el intentar evitar parecer «débil», la exoneración moral facilitada por la obediencia a la autoridad, y el refuerzo, a causa de la guerra, de una lucha en curso entre «razas» que dejaba a los judíos fuera de «la comunidad de obligación humana».¹²

Si bien los soldados en el campo de batalla y los perpetradores de una masacre se enfrentan a diferentes situaciones éticas (a pesar del frecuente solapamiento de ambos procesos en la guerra), el análisis histórico del comportamiento de estos dos grupos ha tendido a mirar hacia un patrón común de psicología social. Tanto Bourke como Browning, por ejemplo, hablan de “estados agénticos”, en los que el conflicto ético se reduce o niega mediante la abrogación de la responsabilidad individual en una autoridad más elevada. Browning, como algunos otros destacados investigadores del genocidio, hace referencia a los experimentos dirigidos por Milgram en la Universidad de Yale entre 1960 y 1963, en los que una serie de voluntarios, en respuesta a las instrucciones de un “científico”, mostraron una disposición a infligir (lo que ellos pensaban que eran) descargas eléctricas de intensidad creciente a individuos, aparentemente voluntarios como ellos (si bien en realidad no lo eran). Aunque controvertido, el trabajo de Milgram puso de

¹¹ Véase la introducción de Russell Glenn al libro de Samuel L.A. MARSHALL: *The Problem of Battle Command*, Norman, University of Oklahoma Press, 2000 [ed. original sin introducción de 1947], pp. 1-8; Dave GROSSMAN: *On Killing*, Nueva York, Back Bay Books, 1995, pp. 28-36.

¹² Joanna BOURKE: *An Intimate History of Killing: Face-to-Face Killing in Twentieth-Century Warfare*, Londres, Granta Books, 1999, p. 1; Christopher R. BROWNING: *Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*, Londres, Penguin, 2001, pp. 159-190.

manifiesto una profunda y arraigada inclinación de la conducta humana hacia la obediencia. Esta noción de un estado agéntico sumiso parece contradecir preliminarmente la idea del soldado rezagado, fuera del alcance de su oficial y por consiguiente liberado de su autoridad constrictora. Sin embargo, como menciona Browning, la artificialidad de los experimentos de Milgram no es capaz de reproducir las circunstancias específicas y complejas de los eventos históricos: cuando Wilhem Trapp, el oficial al mando del 101º Batallón de Policía de Reserva, ordenó por primera vez a sus hombres asesinar a civiles judíos, lloró, permitiendo a aquél que lo deseara el marcharse sin que tuviera que temer represalias posteriores. A pesar de que la autoridad inmediata era débil en este caso, solo una pequeña minoría de hombres aceptó la oferta de Trapp.¹³

La autoridad de los oficiales sobre los soldados que luchaban en formaciones de orden cerrado también fue probablemente débil, aunque por diferentes razones. En 1863, de la Barre Duparcq, “Catedrático de Arte Militar” en la escuela castrense de Saint-Cyr escribió: «Todo el fuego que se realiza en el combate bajo órdenes directas dura poco tiempo, y es poco práctico para cualquier acción rápida. Las órdenes de los diferentes oficiales se confunden, y el ruido de la artillería e incluso del mosquetón, la agitación del combate, incrementada por los gritos de los heridos, hacen imposible a los soldados prestar la atención necesaria para cargar y disparar todos juntos al mismo tiempo». Así, la noción que los individuos disparaban (y, por ende, mataban) siempre siguiendo órdenes era, en muchos aspectos, una útil ficción perpetuada por los libros de instrucción más que por la realidad del campo de batalla. La decisión de hacer uso de la capacidad letal de un arma quedaba, fundamentalmente, en manos de los propios combatientes.¹⁴

Estimar la incidencia del número de soldados que rechazaron hacer uso de sus armas en los campos de batalla del siglo XIX es problemático: la evidencia, aunque apunta ciertas cuestiones, es también ambigua. Un oficial de caballería holandés, en 1863, daba a entender que la mayoría de los soldados eran reacios a matar, al menos hasta que se endurecían con la experiencia: «Hay pocos que se muevan de forma natural por un estoico sentido del deber, y que maten fríamente a un tipo al que no habían visto antes. Solo la violencia de la guerra engendra el hábito de derramar sangre humana sin repugnancia». Los restos materiales de la batalla ofrecen un intrigante pero inconcluso testimonio. Hohenlohe, que registró diversas escenas de batalla en 1866, «encontró rifles de avancarga cargados con diez cartuchos sucesivos, de los cuales el primero estaba colocado en la parte posterior (la prueba de que el soldado no se había dado cuenta de que el primer disparo no había sido efectuado, y había continuado poniendo más cartuchos uno tras otro)». Este fenómeno fue bien una consecuencia de un mal manejo del arma por parte

¹³ Christopher R. BROWNING: op. cit., pp. 55-70 y 171-176. James WALLER: *Becoming Evil: How Ordinary People Commit Genocide and Mass Murder*, Nueva York, Oxford University Press, 2007, pp. 107-115; Donald DUTTON: *The Psychology of Genocide, Massacres and Extreme Violence*, Londres, Praeger Security International, 2007, pp. 20, 45 y 135; Stanley MILGRAM: *Obedience to Authority: An Experimental View*, Nueva York, Harper&Row, 1974.

¹⁴ Edouard DE LA BARRE DUPARCQ: *Elements of Military Art and History*, traducción de George W. Cullum, Nueva York, D. Van Nostrand, 1863, p. 70.

del soldado, fallando repetidamente hasta darse cuenta de que no estaba disparando –como Hohenlohe interpretó–, o bien una estrategia deliberada por la que podía parecer que los combatientes estaban utilizando sus rifles sin que en realidad estuvieran disparando.¹⁵

Psicología evolutiva y naturaleza humana

De nuevo, la complejidad de las circunstancias históricas específicas dificulta las explicaciones del comportamiento basadas en el concepto de “estados agénticos”. En un intento de entender la agresividad de los individuos, los investigadores de la violencia de masas han ido más allá de la psicología social y han incorporado el trabajo de los psicólogos evolutivos, atreviéndose a revivir el concepto de “naturaleza humana” como un componente fundamental de las humanidades y de las ciencias sociales. Por ejemplo, tanto Gat como Thayer han cimentado sus interpretaciones de la violencia colectiva y los conflictos étnicos dentro del marco de la perspectiva darwinista. Basándose en pruebas zoológicas de conflictos entre animales sociales de la misma especie (particularmente primates), en pruebas arqueológicas de conflictos armados en las primeras sociedades humanas, así como en estudios antropológicos de violencia en las sociedades cazadoras-recolectoras, Gat y Thayer cuestionaron lo que se consideraba la postura ortodoxa propuesta por Mead y otros de que la guerra es una actividad humana “inventada” hace relativamente poco.¹⁶

Este punto de vista tiende a mezclar la guerra, una actividad colectiva, y la capacidad humana individual para la agresión, empleando a los chimpancés, nuestros parientes biológicos más cercanos, como paradigma de los humanos «en un estado natural». Se ha observado a las manadas de chimpancés patrullando el territorio de manera agresiva, protegiendo las fuentes de alimento y lanzando ataques organizados contra grupos enemigos. Una emboscada en grupo sobre un rival solitario es su táctica favorita, particularmente brutal. Los investigadores han atribuido la violencia del primate «macho demoníaco» en la guerra y en el mantenimiento de estructuras jerárquicas sociales muy rígidas a una innata tendencia humana a la agresión, proporcionando así, en teoría, un modelo explicativo para el soldado diligente, que encuentra «emoción, alegría y satisfacción» en matar.¹⁷

¹⁵ Jean ROEMER: *Cavalry: Its History, Management and Uses in War*, Nueva York, D. Van Nostrand, 1863, p. 144; Kraft zu HOHENLOE-INGELFLINGEN: *Letters on Infantry*, p. 34. Véase, por ejemplo, Dave GROSSMAN: op. cit., pp. 22-25, para una argumentación acerca de soldados recargando, pero no disparando, en la batalla de Gettysburg en 1863.

¹⁶ Azar GAT: *War in Human Civilisation*, Nueva York, Oxford University Press, 2006, pp. 1-333; Bradley THAYER: *Darwin and International Relations: On the Evolutionary Origins of War and Ethnic Conflict*, Lexington, University Press of Kentucky, 2004, pp. 96-152; Lawrence KEELEY: *War before Civilisation*, Nueva York, Oxford University Press, 1996; Steven LEBLANC: *Constant Battles: Why We Fight*, Nueva York, St. Martin's Press, 2003; Margaret MEAD: “Warfare Is Only an Invention – Not a Biological Necessity”, *Asia*, XV (1940), pp. 402-405.

¹⁷ Richard WRANGHAM y Dale PETERSON: *Demonic Males: Apes and the Origins of Human Violence*, Boston, Bloomsbury, 1996.

Sin embargo, el ejemplo de Upson, que erró el tiro para evitar matar a un enemigo vulnerable, es un poderoso recordatorio de que los humanos pueden moderar cualquier “agresión innata” que aceche en su composición evolutiva, comprendiendo cuáles son las consecuencias de sus acciones y atemperando así su comportamiento –un proceso que incorpora la idea del libre albedrío humano. Tal y como Marks argumentó de manera convincente, a pesar de sus semejanzas genéticas humanos y chimpancés son distintos desde un punto de vista adaptativo y ecológico, con modelos no compartidos de expresión genética en el cerebro. Por ello, la capacidad para la agresión de ambos puede tener poco en común en términos evolutivos, una vez que se separaron como grupo y especie hace cuatro millones de años. La prueba arqueológica relativa a la omnipresencia de la “guerra” entre los humanos primitivos (que además implica su arraigo en la naturaleza humana) es igualmente problemática. Las puntas de flecha y lanza incrustadas en restos humanos o las pinturas rupestres de arqueros lanzándose proyectiles unos a otros vienen a demostrar la existencia de conflictos prehistóricos e intragrupal, si bien la naturaleza exacta y el contexto de esta violencia sigue siendo difícil de interpretar. ¿Se trataba de guerras, asaltos, asesinatos o masacres? Pese a cualquier potencial humano innato para la agresión, cualquier caso de violencia requiere mayor explicación que una vulgar afirmación de determinismo evolutivo.¹⁸

El intento de estudiar la composición de la mente humana a través de la psicología informada por la teoría evolutiva no debe confundirse con la propuesta de un comportamiento violento innato genéticamente determinado, una sospechosa búsqueda que amenaza con replicar las falacias de los sociobiólogos o incluso de los eugenistas. Una aproximación más responsable sería enfatizar la manera en que las estrategias y técnicas predatorias se hicieron más complejas a medida que las capacidades del cerebro humano evolucionaron. La aparición de estrategias predatorias más elaboradas (o, a la inversa, alternativas como el comercio y el intercambio, y la huida o la sumisión) dependieron de factores medioambientales como la competencia por los escasos recursos y de factores culturales como la búsqueda de riqueza y estatus, venganza, o defensa del honor. El campo de batalla del siglo XIX era un contexto peculiarmente complejo en el que los instintos humanos más poderosos de supervivencia y agresión competían con las demandas de autoridades políticas, sociales y religiosas, de los principios morales, y del compromiso con los compañeros (“lealtad al grupo primario”), dando lugar a actitudes ambiguas hacia el acto de matar.¹⁹

¹⁸ Jonathan MACK: *What it Means to be 98% Chimpanzee*, Berkley, University of California Press, 2003; Barton C. HACKER: “Fortunes of War: From Primitive Warfare to Nuclear Policy in Anthropological Thought”, en Myrdene ANDERSON (ed.), *Cultural Shaping of Violence: Victimization, Escalation, Response*, West Lafayette, Purdue University Press, 2004, pp. 151 y 153.

¹⁹ Ulica SEGERSTRÅLE: “Evolutionary Explanation: Between Science and Values”, en Jerome H. BARKOW (ed.), *Missing the Revolution: Darwinism for Social Scientists*, Nueva York, Oxford University Press, 2006, pp. 121-147; Jean GUILAINE y Jean ZAMMIT: *The Origins of War: Violence in Pre-history*, traducido por Melanie Hersey, Londres, Blackwell, 2001; Antony MCGINNIS: *Counting Coup and Cutting Horses: Intertribal Warfare on the Northern Plains, 1738-1889*, Evergreen, Cordillera, 1990.

Tecnología armamentística y “factores morales”

Como era de esperar, el campo de batalla estaba poblado de individuos que deambulaban por él así como de asesinos, siendo ambas opciones, a menudo, una cuestión de contingencia táctica para los individuos. Sus experiencias no corroboran la sencilla dicotomía de Bourke entre morir y matar, porque el combate, como cualquier otro fenómeno del ser humano, tiene lugar bajo circunstancias cambiantes, y sus “actos característicos” pueden no ser necesariamente constantes. La relación que se establece entre tecnología armamentista y tácticas durante la segunda mitad del siglo XIX puede ilustrar este punto.

Buena parte del énfasis puesto en los “factores morales” de aquella época se centraba no en hacer que los soldados matasen repetidamente sino en hacerlos avanzar bajo el fuego, ignorando las bajas y resistiendo la necesidad de ponerse a cubierto, o de parar y devolver los disparos. Estas cualidades, que eran tan “características” de la batalla como el hecho de matar, explican el uso continuado de las tecnologías, aparentemente anacrónicas, de baja letalidad: la bayoneta, la lanza y el sable. El término «acción de choque» se refiere tanto a un shock psicológico como a una colisión física: la rapidez y el ímpetu de un regimiento cargando con las armas en ristre podía tener un poderoso efecto sobre el enemigo. El número real de bajas infligidas era a menudo irrelevante para el resultado de la táctica. Hay que considerar, por ejemplo, la exitosa carga de sables lanzada por el 10º regimiento prusiano de Húsares de Magdeburgo contra el 3er batallón del 51º regimiento húngaro en Benetek, durante la decisiva batalla de Königgrätz el 3 de julio de 1866. Los 681 soldados húngaros, agotados y casi sin munición, se habían abierto camino por una zona frondosa cuando el escuadrón de húsares, de unos 130 sables, cargó sobre ellos desde una hondonada cercana. La infantería, sorprendida, simplemente entregó sus armas y se rindió. Nadie en ninguno de los bandos resultó muerto o herido durante la carga.²⁰

La bayoneta tenía un poder similar para alentar a sus portadores e intimidar a aquellos a quienes apuntaban. Aunque infligía pocas bajas en combate, cuando se empleaba en un ataque su “efecto moral” hacía huir a los defensores de sus posiciones (o les llevaba a rendirse). La noción de que su tiempo había pasado fue rápidamente descartada apelando a sus efectos psicológicos: «la bayoneta, de hecho, nunca podrá ser abolida, porque se trata de la única y exclusiva materialización de esa tensión mental y determinación que hace que, sola, consiga su objetivo», escribía a finales del siglo XIX un reputado estratega alemán. Para mantener su clímax ascendente y, de esta manera, conferir a la carga un impacto moral, los soldados que cargaban a la bayoneta sobre una posición no podían detenerse para devolver el fuego a los defensores, aunque muchos sintieran el impulso irrefrenable de hacerlo. De Forest, un veterano de la Guerra Civil Americana, escribió que «el que ataquen o carguen contra uno sin responder es una de las mayores pruebas durante la batalla», y poder devolver los disparos era «maravillosamente

²⁰ Evelyn WOOD: *Achievements of Cavalry with a Chapter on Mounted Infantry*, Londres, George Bell and Sons, 1897, pp. 163-174; Kraft zu HOHENLOE-INGELFLINGEN: *Letters on Cavalry*, traducido por N.L. Walford, Londres, Stanford, 1911, p. 62.

reconfortante y vivificante». Sin embargo, si los hombres lo hacían el ataque inevitablemente fracasaba.²¹

En Fredericksburg, el 13 de diciembre de 1862, la mayoría de los asaltos unionistas contra las posiciones confederadas situadas en las colinas boscosas que rodeaban la ciudad fracasaron, pero el coronel Adrian Root logró un rotundo éxito al conseguir que su regimiento, el 94 de Infantería de Nueva York, avanzara a pesar de los fuertes impulsos de sus soldados de devolver el fuego al enemigo:

El fuego del enemigo era tan incesante y mortificante, y tantos de mis hombres resultaron muertos o heridos, que el frente de la brigada aflojó el paso, y los hombres, por voluntad propia, comenzaron a disparar. Parecía inminente que íbamos a detenernos, y un alto en medio de la terrible refriega a la que la brigada estaba expuesta habría supuesto la muerte, o peor aún, una desastrosa retirada... El Coronel Bates, del 12º Regimiento de Voluntarios de Massachusetts, cuya munición se había agotado, acató sin demora mi orden por la cual su regimiento se uniría con mi brigada en una carga de bayoneta. Debido al extenuante esfuerzo de los comandantes de regimiento y otros oficiales, el fuego era prácticamente discontinuo. La brigada continuó su avance, y conforme los hombres comenzaron a ver al enemigo su velocidad se incrementó hasta que, con un grito y a la carrera, la brigada saltó las zanjas, cargó a través de la vía férrea y ocupó las posiciones más allá del bosque, desalojando al enemigo, matando a un buen número con la bayoneta, y capturando a más de 200 prisioneros.²²

Este fragmento representa un sorprendente ejemplo de la relación que se establece en el campo de batalla entre la capacidad de acción del soldado, la autoridad del líder y las tácticas asociadas con un arma en particular, todo enmarcado dentro de un contexto histórico particular. El ciudadano-soldado americano de 1862 era descrito frecuentemente por los comentaristas políticos europeos como pésimamente instruido y falto de disciplina, pero con un alto grado de autonomía e iniciativa en el campo de batalla. Becke, un oficial de artillería de la época victoriana, escribió que la Guerra Civil «dibrada por soldados voluntarios de inteligencia superior, se caracterizó por una gran libertad en lo que respecta a formaciones y movimientos». Esta independencia se manifestaba en la «maravillosa, reconfortante y vivificante» práctica de detenerse a disparar a los defensores cuando se estaba atacando, a menudo con un gran coste, hasta que, casi como último recurso, una parte o la otra finalmente recurría a las cargas de bayoneta, las cuales «cuando se hacían de manera resolutiva y sin disminución de la marcha... tenían éxito en nueve de cada diez ocasiones». Como demuestra el ejemplo del Regimiento nº 94 de Nueva York en Fredericksburg, los buenos oficiales podían ejercer una autoridad que compensaba la

²¹ Wilhelm BALCK: *Modern European Tactics*, traducido por Louis Maxwell, Londres, [s.n.], 1899, Vol. I, p. 277; John DE FOREST: *A Volunteer's Adventures: A Union Captain's Record of the Civil War*, New Haven, Oxford University Press, 1946, p. 111.

²² *The War of Rebellion...*, informe del Coronel Adrian Root, 11-15 de diciembre de 1862, Batalla de Fredericksburg, Va., Núm. 226, Serie I, Vol. 21, pp. 486-487.

autonomía de estos ciudadanos-soldado, ya que las formaciones de infantería eran todavía lo suficientemente densas como para poder ser controladas por líderes enérgicos.²³

En Fredericksburg, la infantería de los defensores estaba provista principalmente de armas de ánima lisa y rifles. A este último, aunque tradicionalmente se le atribuía el haber provocado una “revolución” en tácticas de infantería, no aumentó de forma significativa el alcance del fuego efectivo en el campo de batalla. Debido a su escasa velocidad, la bala viajaba en una marcada trayectoria parabólica hacia su objetivo. En manos de un tirador habilidoso, con una visión clara de su objetivo y un ojo acostumbrado a juzgar el alcance y ajustar el tiro, podía ser un arma peligrosa en distancias de más de 550 metros. En las manos de los nerviosos soldados que conformaban la infantería de línea, ensordecidos por las descargas, cegados por el humo y no demasiado buenos a la hora de estimar a ojo las distancias (como le pasa a la mayoría de los seres humanos), se empleaba generalmente en el corto alcance. A más largo alcance, los soldados frecuentemente disparaban alto. Consciente de las limitaciones del arma, el Capitán H.M. Johnstone llegó a la conclusión de que el alcance efectivo en combate («la distancia donde, en condiciones normales, las pérdidas del enemigo son suficientes para parar su avance») de los antiguos rifles Enfield o Springfield de la Guerra Civil era de 230 metros como mucho. Además, los rifles de avancarga disparaban solamente dos o tres proyectiles por minuto. El arma de retrocarga de disparo rápido fue lo que causó la verdadera revolución táctica.²⁴

Los primeros 600 000 fusiles “de aguja” Dreyse pedidos por el Gobierno prusiano en 1840 tuvieron un uso limitado en combate durante las revoluciones de 1848. Fuera de Prusia, sin embargo, las autoridades militares se mostraron inicialmente escépticas. En manos descuidadas, el fusil de aguja podía ser frágil. Además, tenía relativamente poco rendimiento balístico si era disparado con una trayectoria irregular, y ligeramente menos alcance que el mosquete. Las autoridades militares temían que su tasa de disparo, de siete u ocho proyectiles por minuto, pudiera conducir a un derroche de munición. No en vano, algunos comentaristas militares predijeron que los regimientos gastarían sus municiones tan rápidamente que quedarían indefensos. Sin embargo, la campaña de Prusia contra Austria en 1866 demostró la importancia del arma de retrocarga para los soldados europeos.²⁵

La elevada tasa de disparo del arma de retrocarga, su rápida capacidad de carga y la posibilidad de poder ser utilizado estando tumbado inspiraban confianza en los soldados, demostrando la estrecha interrelación entre factores psicológicos y tecnológicos en el campo de batalla. Aquellos combatientes que portaban el fusil de aguja se mostraban más agresivos en

²³ A.F. BECKE: op. cit., p. 41; Francis J. LIPPITT: *A Treatise on the Tactical Use of the Three Arms*, Nueva York, D. Van Nostrand, 1865, pp. 24-25.

²⁴ Henry M. JOHNSTONE: *A History of Tactics*, Londres, H. Rees, 1906, p. 47. Véase también Earl HESS: *The Rifle Musket in Civil War Combat: Reality and Myth*, Lawrence, University of Kansas Press, 2008; Brent NOSWORTHY: *The Bloody Crucible of Courage*, Londres, Constable, 2005, pp. 571-593. Paddy GRIFFITH: *Rally Once Again: Battle Tactics of the American Civil War*, Ramsbury, The Crowood Press, 1989, pp. 73-90.

²⁵ Dennis E. SHOWALTER: “Infantry Weapons, Infantry Tactics, and the Armies of Germany”, *European Studies Review*, IV (1974), pp. 119-140.

combate y más dispuestos a disparar que los armados con mosquetes. El disparo rápido a corto alcance infligía enormes bajas entre hombres que avanzaban en formación y entre hombres que mantenían su posición mientras se esforzaban por cargar y disparar los mosquetes.

Hozier, corresponsal de guerra inglés que recorrió el campo de batalla en Podol después de que los prusianos forzaran el paso del río Iser, narró el sobrecogedor predominio de soldados caídos vestidos con los abrigos blancos de Austria, yaciendo tendidos donde quiera que ambas infanterías hubiesen intercambiado disparos: «En una parte de las vías férreas, tres cadáveres prusianos frente a diecinueve austriacos formaban un horrible trofeo que mostraba la superioridad del fusil de aguja». Los prisioneros austriacos se quejaban de la inquietante situación de estar de pie recargando sus armas, expuestos a los disparos, mientras el enemigo recargaba las suyas tranquila y rápidamente arrodillado o tendido en la hierba alta, oculto a la vista. Esta nueva eficiencia no conducía, como los tradicionalistas temían, a desperdiciar munición de forma indiscriminada; les daba a los hombres de infantería prusianos un sentido de seguridad, incluso en combate, a pesar de las debilidades balísticas de las armas. Los prusianos disparaban más deliberadamente que los frenéticos austriacos, que tenían muchos problemas con sus rifles de avancarga, permaneciendo de pie y expuestos al enemigo. Hozier describió el fuego de los fusileros austriacos como «zumbando sobre las cabezas de las filas enemigas». Al mismo tiempo, el soldado provisto de un arma de retrocarga «[mantenía] la boca del arma hacia abajo, y si de forma precipitada disparaba sin levantar la culata hasta su hombro, su disparo todavía surtía efecto, aunque a menudo bajo, y la prueba de ello es que muchos de los prisioneros austriacos habían sido heridos en las piernas».²⁶

Aunque la nueva arma proporcionaba confianza, quizás incluso agresividad, a los combatientes, también provocó una reforma táctica que amenazaba con cortar los vínculos del liderazgo en el campo de batalla mediante la dispersión física de las tropas. La lucha en modo abierto o “escaramuza” tenía una larga historia. Durante las Guerras Revolucionarias Francesas y las Guerras Napoleónicas, la infantería ligera, fusileros, cazadores y *tirailleurs* luchaban en formaciones de tipo nube o enjambre, poniéndose a cubierto para apuntar y retirándose o avanzando para romper las formaciones del enemigo. Sin embargo, estas tropas formaban una proporción relativamente pequeña de toda la infantería, básicamente un refuerzo a la línea de batalla, y habían sido cuidadosamente seleccionados por su iniciativa personal y entrenados para cumplir un rol especializado. El grueso de la infantería luchaba en formaciones cerradas (líneas, columnas, y bloques), más densas, y se sentían reconfortados por la proximidad física de sus compañeros y la cercana supervisión de los oficiales.²⁷

En 1866, en parte debido a las exitosas cargas a la bayoneta por parte de los franceses en Italia siete años antes, y en parte por la falta de confianza en las habilidades de sus heterogéneos, políglotas y pobremente educados campesinos-soldado, los oficiales del Imperio Habsbur-

²⁶ Henry M. HOZIER: *The Seven Weeks' War*, Londres, Macmillan, 1872, pp. 166-168; George J.R. GLÜNICKE: *1866: The Campaign in Bohemia*, Londres, Swan Sonnenschein & Co., 1907, p. 94.

²⁷ Para el desarrollo de las tácticas de escaramuza véase Paddy GRIFFITH: *The Art of War in Revolutionary France*, Londres, Stackpole Books, 1998, pp. 207-213.

go eligieron atacar las posiciones del campo prusiano en Bohemia con densas columnas de combatientes (en contraste con las formaciones más abiertas que caracterizaban a los campos de batalla norteamericanos de la época, proporcionando un duro recordatorio de cómo los factores sociales y culturales pueden modelar las tácticas militares). El fusil de aguja de rápido disparo diezmó a las formaciones a corto alcance. De forma comprensible, Hohenlohe anunció que «las tácticas de choque en formación de masas» han «perdido todo uso y valor». En su lugar, en la víspera del conflicto, argumentaba que «El punto de acción esencial de la infantería siempre será la actuación individual en el intercambio de disparos, y esa infantería obtendrá una superioridad decisiva entendiendo cómo instruir a cada individuo para que saque el mejor partido posible a su rifle».²⁸

Los oficiales con experiencia en combate pedían una ampliación sin precedentes de las tácticas convencionales de escaramuza, haciendo así que las acciones dispersas de orden abierto pasaran de ser una mera táctica de apoyo a convertirse en la principal forma de acción de infantería, y demandando que todos los hombres de infantería tuvieran las cualidades personales de los escaramuzadores de élite. En la Guerra Franco-Prusiana, esta lección se reforzó a medida que el rifle *chassepot* causaba estragos en cada unidad prusiana que maniobraba a tiro en formaciones de orden cerrado. En respuesta a ello, los soldados, a título individual, comenzaron a diseñar sus propios estilos tácticos en combate; «cuando las columnas prusianas eran golpeadas por el fuego del enemigo, se dispersaban instintivamente». En algunos casos, los soldados de a pie incluso tomaban el mando para decidir el modo y momento de un asalto. Según la historia oficial de la Guerra Franco-prusiana, durante la etapa final de la Batalla de San Privat, «en formación de marcha, y al ponerse el sol, la infantería sajona y prusiana se lanzaba sobre las posiciones que habían estado tan obstinada y prolongadamente defendidas por el enemigo».²⁹

Como Hohenlohe resaltó, es necesaria «una combinación de disciplina y de acción individual» para establecer la superioridad en el campo de batalla. Von Scherff, un táctico alemán muy influyente, aseveró: «Podemos afirmar que el orden individual se ha convertido en la única formación de batalla para la infantería». Las autoridades militares a lo largo y ancho de Europa estuvieron de acuerdo. En Gran Bretaña, la introducción de Mayne a su libro de referencia sobre tácticas de fuego señaló la «detalidad del fuego», «consecuencia del cual fue sustituir, como principio dominante en la batalla, las tácticas de choque y combate cercano por las de fuego a distancia en formaciones dispersas».³⁰

²⁸ Geoffrey WAWRO: "An 'Army of Pigs': The Technical, Social and Political Basis of Austrian Shock Tactics, 1859-1866", *The Journal of Military History*, LIX (1995), pp. 407-434; Kraft zu HOHENLOE-INGELFLINGEN: *Letters on Infantry*, pp. 47-49.

²⁹ C.M. DEGRUYTHER: *Tactics for Beginners*, Aldershot, Gale&Polden, 1994 [1905], p. 127; Wilhelm BALCK: op. cit., pp. 270-271.

³⁰ Kraft zu HOHENLOE-INGELFLINGEN: *Letters on Infantry*, pp. 49-50; Wilhelm VON SCHREFF: *The New Tactics of Infantry*, traducido por Lumley Graham, Londres, Harrison&Sons, 1873, p. 17; Charles B. MAYNE: *Infantry Fire Tactics*, Chatham, Gale&Polden, 1888, p. 1.

Escaramuzadores, rezagados y deambuladores

La proliferación de escaramuzadores también condujo a la multiplicación de rezagados, que se alejaban de la línea de fuego, y de otros que deambulaban por el campo de batalla, que jugaban un papel poco importante en la lucha y permanecían fuera de la vista del oficial detrás de un muro o en una trinchera, como aquellos hombres «indolentes» que sucumbían al «deseo natural de protección», evitando totalmente el combate. En su diario de campaña, [Norman K.] Nichols, un soldado raso del Ejército de la Unión durante la Guerra Civil Americana, manifestaba repetidamente cómo pasó días enteros «tendido en el bosque, mientras el resto estaba luchando».³¹

Muchos de los hombres de la infantería de línea que sufrían para encontrar una estrategia personal que les permitiese preservar tanto la salud como el honor podían fácilmente caer dentro de la categoría de los rezagados. Como David Thompson, otro veterano de la Unión, apuntó: «cuando las balas pegan contra los troncos de árbol y la metralla rompe los cráneos como cáscaras de huevo, el impulso en el pecho del hombre corriente es huir. Entre el miedo físico a continuar y el miedo moral a volver atrás, existe un dilema de dificultad excepcional para el cual un agujero oculto en el suelo constituye una maravillosa vía de escape».³²

La paradoja a la que se enfrentaban los establishments militares, con la introducción de las “armas de precisión” para la infantería durante las últimas décadas del siglo XIX, era que el énfasis en ponerse a cubierto durante las refriegas animaba a los soldados a buscar esos “agujeros ocultos en el suelo”. En cierto modo, este tipo de entrenamiento legitimaba a los soldados que se quedaban atrás e intentaban rehuir el combate. Como Hohenlohe señaló tras observar la forma en que maniobraban las tropas en 1876: «era imposible contener la sensación, que se apoderaba de uno mismo, acerca de cómo una ‘estampida’ generalizada se estaba elevando a la categoría de táctica». En una influyente publicación de 1888, titulada *A Summer Night's Dream*, Meckel, otro oficial alemán, describía con franqueza su primera batalla en Francia en 1870 como un «campo... literalmente sembrado de hombres que habían abandonado sus filas, y que no estaban haciendo nada. Podrían haberse formado batallones enteros con ellos... Algunos de ellos estaban tumbados, con sus rifles apuntando al frente, como si todavía estuvieran en la línea de fuego... Estos, evidentemente, habían permanecido en esa posición mientras los más valientes habían avanzado. Otros estaban arrodillados como liebres en un surco. Dondequiera que hubiera un arbusto o una zanja que proporcionaran refugio se veían hombres, que en algunos casos se habían puesto ciertamente cómodos».³³

³¹ Norman K. NICHOLS: “The Reluctant Warrior: The Diary of N.K. Nichols”, editado por T.H. Williams, *Civil War History*, III (1957), p. 36.

³² David L. THOMPSON: “With Burnside at Antietam”, en Robert U. JOHNSON y Clarence C. BUEL (eds.), *Battles and Leaders of the Civil War*, Nueva York, Yoseloff, 1884, Vol. II, p. 662.

³³ La cita de Hohenlohe en Robert HOME y Sisson PRATT: op. cit., p. 25; Jacob MECKEL: “A Summer Night's Dream”, traducción del Capitán Gawne, *United Services Magazine*, 1890, Parte 2, Núm. 740, p. 357.

La teoría táctica de Meckel adoptó la forma de un diálogo entre sí mismo y el “Coronel Hallen”. En su panfleto, Meckel se muestra sorprendido en primera instancia por la sugerencia de Hallen de que el ejército emplease «tácticas lineales rejuvenecidas», en las que «pequeñas unidades simples» implementasen «el fuego a discreción en orden cerrado». Hallen explica que no trata de revivir las masivas formaciones de orden cerrado del pasado sino basar sus tácticas alrededor del «*Züg*», una unidad de unos 60 hombres luchando en línea, como eslabones de una cadena, bajo la atenta supervisión de un oficial. Tras un sueño en el que Hallen atacaba una fortaleza liderando su regimiento de «*Zügs*» en orden cerrado, avanzando sin pausa dejando atrás toda protección posible, y en el que las inmensas bajas eran constantemente reemplazadas por soldados de reserva, Meckel se despertó «plenamente convencido de la verdad» de las palabras de Hallen. Esta ensoñación fantástica condujo a muchos historiadores recientes, como Jackman, a rechazar a Meckel como un reaccionario cuyo compromiso con las anticuadas «tácticas hombro con hombro» nacía de una ideología conservadora que ignoraba el dominio de la potencia de fuego en el campo de batalla moderno.³⁴

De hecho, los años inmediatamente posteriores a la publicación del trabajo de Meckel fueron testigos de cómo la mayoría de las infanterías europeas se reequiparon con rifles de repetición, algo que parecía ir en contra del empleo de las formaciones de orden cerrado del estilo de Meckel, incluso de pequeñas unidades simples de menos de 100 hombres. De disparo rápido y preciso, eran efectivos teóricamente a una distancia de unos 1800 metros. El manual de instrucción británico de 1889 consideraba que el límite de alcance de disparo era de 730 metros, si bien era preferible una distancia de menos de 360 metros. El manual de 1896 redefinió el límite de alcance hasta 1.350 metros, y el alcance “decisivo” dentro de los 450 metros. Para 1902, las cifras eran ya de 1.820 y 540 metros. El hecho de que tales alcances fueran significativos en condiciones de combate (excepto campos extremadamente abiertos como el altiplano Sudafricano) era discutible, pero en términos generales el aumento de la efectividad del rifle de infantería moderno era incuestionable. Asimismo, la introducción de la pólvora sin humo permitía a los soldados disparar sin revelar su posición. Añadido a las ventajas en la velocidad de disparo, rango de tiro, alcance, precisión y capacidad de penetración de las nuevas armas, esta habilidad de camuflaje ayudó a crear lo que Balck denominó «el vacío del campo de batalla», ya que los combatientes podían ahora luchar dispersos y escondidos.³⁵

La ametralladora automática también fue perfeccionada durante esta época, reemplazando a las armas mecánicas de manivela como la *Gatling*. El Ejército británico adoptó la *Maxim* en 1891, y el Ejército francés la *Hotchkiss* en 1897. Las tropas atacantes tendrían que enfrentarse ahora, en palabras del Teniente Coronel Británico Sisson Pratt, «no a balas sino a

³⁴ Jacob MECKEL: op. cit., Parte I, Núm. 739, pp. 205-229; Parte II, Núm. 740, pp. 356-376; Parte III, Núm. 741, pp. 385-402; Steven D. JACKMAN: “Shoulder to Shoulder: Close Control and ‘Old Prussian Drill’ in German Offensive Infantry Tactics, 1871-1914”, *Journal of Military History*, 68 (2004), pp. 94-95.

³⁵ “Experiments at Spandau to Illustrate the Penetration of German Rifles”, *Journal of the Royal United Services Institute*, XXXVI (1892), p. 925; T. MILLER MAGUIRE: *The Development of Tactics*, Londres, Hugh Rees, 1904, pp. 94-100. La cita de Balck en Antulio ECHEVARRIA II: op. cit., p. 70.

verdaderas cortinas de plomo», segando a los hombres «no como una hoz sino como una guadaña». El avance más considerable, sin embargo, fue el de las armas de artillería. El perfeccionamiento en metalurgia, municiones y potencia dobló el alcance de tiro de los cañones hasta alcanzar más de 6400 metros, y el desarrollo de los mecanismos de retroceso que mantenían las armas en su sitio después de disparar incrementaron de manera significativa la velocidad de disparo. El cañón francés de 75 mm de 1892 podía efectuar más de veinte disparos por minuto. El Coronel H. M. Bengouth pensaba que «la importancia de la artillería en los campos de batalla del futuro se...encontrará en haber incrementado el ratio superando al resto de las tres armas. Es tan inmensa la diferencia en el entrenamiento y en el material entre la artillería de hoy en día...y la de hace un cuarto de siglo, que sería imposible predecir su efecto en el próximo siglo».³⁶

Ni Meckel ni sus numerosos admiradores eran ajenos a estos avances. Sin embargo, por poco realista que “*the summer night’s dream*” parezca, el problema táctico de cómo asegurar que los soldados cumplieran con su obligación sin exponerlos a un nivel de fuego devastador era real: «Nuestro amor por la disciplina y nuestra preferencia por el orden disperso nos llevan en direcciones opuestas». Esta contradicción situaba los “factores morales” en el punto de mira una vez más, ya que las decisiones tomadas por los soldados en los campos de batalla podían a menudo marcar la diferencia entre la victoria y la derrota. Lejos de dar por sentada la obediencia del soldado, o asumir que los comandantes de batallón podían mantener la disciplina en la batalla, los oficiales veteranos consideraban el conocer el temperamento de sus hombres como un componente esencial del liderazgo en el combate moderno.³⁷

La reflexión que hacía un general ruso a un observador militar norteamericano acerca del liderazgo moderno durante la guerra que aquél país libró contra el Imperio Otomano entre 1877 y 1878 reconocía la importancia de entender la psicología de los soldados en la batalla:

La única formación en la que las tropas pueden asaltar con éxito posiciones atrincheradas es en líneas sucesivas de escaramuzadores... En cada unidad hay un pequeño porcentaje de cobardes que tratarán de escabullirse en cuanto tengan oportunidad, otro cierto número de hombres de valentía temeraria que irán demasiado lejos y les matarán, y la mayoría de los hombres de valentía corriente pero que tenderán a vacilar cuando la lucha se encarnice. Se deben enviar las reservas en ese momento, cuando los hombres razonablemente valientes hayan estado combatiendo un tiempo razonablemente largo y se hayan encontrado con una resistencia que empiece a ponerles nerviosos, pero antes de que empiecen a retirarse; y es al decidir el momento oportuno en que enviar las reservas al frente en donde radica la habilidad de un comandante de división.³⁸

³⁶ La cita de Sisson Pratt en Antulio ECHEVARRIA II: op. cit., p. 71. Harcourt M. BENGOUTH: “Combined Tactics”, *Journal of the Royal United Services Institute*, XXXVI (1832), p. 798.

³⁷ Jacob MECKEL: op. cit., Parte I, p. 206.

³⁸ Francis V. GREENE: *The Russian Army and Its Campaigns in Turkey in 1877-1878*, Londres, D. Appleton & Co., 1879, pp. 450-451.

Bajas y objetivos militares

Además de enfatizar la importancia de los factores morales en la toma de decisiones de mando, la lección del general ruso es un recordatorio de que mantener la voluntad de luchar y permanecer en las posiciones o avanzar son tan importantes como infligir bajas. La reciente tendencia historiográfica que se centra en la agresión y en el acto de matar deja de lado lo que se esperaba de los soldados en combate. El énfasis de matar como el acto “característico” y lógica última de los combatientes debe mucho a la prioridad dada al recuento de cadáveres y a las tasas de muertos como medidas de eficiencia táctica durante finales del siglo XX. El análisis de Dupuy sobre la efectividad militar alemana en las dos guerras mundiales fue sumamente decisivo para establecer esta posición. Comparando estadísticas de bajas en determinados enfrentamientos (y calculando una escala basada en la fortaleza de los diferentes ejércitos y la duración de la batalla, ajustándola con factores como la influencia de las fortificaciones), Dupuy argumentó que durante la Primera Guerra Mundial los alemanes infligieron bajas a los Aliados, de forma consistente, con un ratio favorable de tres contra dos, demostrando así su superioridad táctica. Los métodos utilizados por Dupuy reducían la actividad militar a una simple ecuación estadística, juzgando la capacidad táctica únicamente mediante índices de víctimas, sin prestar atención a la consecución de objetivos más amplios como la toma de una cumbre, forzar la línea de un río, o defender un bosque o un pueblo.³⁹

Para la generación de Meckel, el logro de los objetivos de campo a pesar de las bajas era el indicador de la eficiencia militar. Una vez comprendido en su totalidad el potencial devastador de las armas modernas, se esperaba de los soldados, ante todo, que aguantaran: «¿No tenemos líneas prusianas...manteniéndose juntas y cerradas, aunque dos terceras partes yazcan en el suelo? Una compañía experimentada no se hará pedazos hasta que su capacidad de combate esté completamente destruida». A finales del siglo XIX, la sabiduría convencional militar sostenía que una formación de combate efectiva no consideraría la retirada hasta que no haber sufrido pérdidas feroces y que, en un asalto de infantería, las tropas atacantes debían continuar avanzando mientras sus compañeros morían a su alrededor. Este aspecto se aplicaba igualmente a las tropas a caballo. Tal y como Gough escribió a Lord Frederick Roberts, su anterior comandante en jefe, en 1910, «[mientras que] la infantería puede correr, la caballería puede galopar», siempre que estén preparados «para soportar un 25 % más de pérdidas que sus compañeros de otras armas».⁴⁰

³⁹ Trevor N. DUPUY: *A Genius for War: The German Army and the General Staff, 1807-1945*, Fairfax, Hero Books, 1984, pp. 178 y 328-332. Además de lo cuestionable de reducir la Historia a una simple ecuación numérica, el otro gran problema del trabajo de Dupuy era su base de datos estadística. Su análisis comparativo de las pérdidas en el Frente Occidental no hacía mención alguna a cuánto de fiables eran las respectivas cifras de bajas; los guarismos precisos escogidos por Dupuy parecían calculados para demostrar un ratio de bajas favorable a los alemanes.

⁴⁰ Jacob MECKEL: op. cit., Parte I, p. 221; “Hubert Gough a Roberts, carta, 10 de febrero de 1910”, *The Papers of Lord Frederick Roberts*, ms 7101-23-223-11, National Army Museum, Londres.

La crítica, frecuentemente mordaz, acerca de cómo las tropas británicas actuaron en Sudáfrica desde 1899 hasta 1902 recuerda esta misma actitud. El relato oficial alemán se burlaba de que después de «los infructuosos hasta el momento y especialmente costosos ataques a Paardeberg» en febrero de 1900, con el resultado de 1.300 bajas, «comienza a extenderse el nerviosismo de sufrir bajas... [U]na razón sustancial de la larga duración de la guerra fue, sin duda, la timorata tendencia a evitar intentar infligir un golpe decisivo a los Boers». Tras el vapuleo que muchas de las formaciones de infantería habían sufrido en el altiplano sudafricano, los británicos depositaron sus esperanzas en las líneas de batalla extendidas, con poca profundidad de formación, confiando para avanzar en el campo de batalla en repentinas carreras bajo fuego de cobertura. Los observadores continentales europeos, sin embargo, criticaban frecuentemente tales tácticas reacias a las bajas, pues carecían de la fuerza necesaria para tomar una posición. Las formaciones más densas podrían haber sufrido pérdidas mayores, pero una infantería eficiente habría tenido la fortaleza para continuar su avance.⁴¹

Sorprendentemente, la nueva atención que el establishment militar prestaba a la psicología de los soldados dejó atrás la idea de que la disciplina rígida y la amenaza de duros castigos físicos eran necesarias para mantener a los hombres en la línea del frente mientras todo a su alrededor colapsaba. Meckel, por su parte, estaba seguro de que en una sociedad industrial madura los reclutas bien educados podían estar condicionados ideológicamente para cumplir con su deber: «El servicio universal proporciona ahora un metal mejor que el hierro del que los guerreros [de Federico el Grande] estaban hechos... La atención cuidadosa al individuo... puede convertir este metal en el mejor acero... Hoy en día un sentido del honor reemplaza noblemente al palo».⁴²

Los teóricos europeos encontraron el modelo perfecto y efectivo de asalto en la infantería japonesa, la cual, sin preocupación aparente por las pérdidas que sufría, atacaba las trincheras y fortificaciones rusas a punta de bayoneta durante el conflicto de Manchuria de 1904-05. Puede ser tentador el desestimar el logro japonés en Manchuria como un mero indicador de la voluntad sus mandos de ahogar al enemigo en carne humana (los 50.000 defensores rusos afirmaron haber causado 60.000 bajas entre las tropas que asediaban Port Arthur antes de que finalmente se rindieran). Pero los contemporáneos eran muy conscientes de la ventaja que la tecnología moderna y la sofisticación táctica proporcionaban a los soldados japoneses. Los combatientes europeos elogiaban particularmente la manera en que los nipones utilizaban las ametralladoras: «En el campo de batalla las armas se usaban no solo en la defensa, sino que también eran usadas valientemente en el ataque, acompañando a la infantería. Hacia el final

⁴¹ ESTADO MAYOR ALEMÁN: *The German Official Account of the War in South Africa*, Londres, J. Murray, 1907, p. 226. Para respuestas británicas contemporáneas a la Guerra Sudafricana véase Arthur W.A. POLLOCK: *Simple Lectures for Company Field Training with An Epitome of Tactics and Lessons from the Boer War*, Londres, William Cloves, 1900, pp. 34-40; Charles E. CALLWELL: *Tactics of To-Day*, Edimburgo, Blackwood, 1903, pp. 52-84. Para un útil resumen de la época de las críticas francesas y alemanas véase Coronel BECA: *A Study of the Development of Infantry Tactics*, traducido por A.F. Custance, Londres, S. Sonnenschein, 1911, pp. 60-70.

⁴² Jacob MECKEL: op. cit., Parte I, p. 218.

de la guerra existía la inclinación a emplear las armas de forma masiva [y] también se usaban acertadamente para asegurar una posición conquistada durante un contrataque». ⁴³

Del mismo modo, los comentaristas militares estaban muy impresionados con las cualidades “morales” que mostraban los soldados japoneses –su “capacidad de combate” innata y su voluntad para soportar grandes pérdidas– a quienes se les citaba frecuentemente como el factor decisivo en la guerra. Como afirmó Becke, combatiente británico de artillería caído, «El éxito japonés parece deberse en su mayor parte a la excelente calidad de sus tropas, cuyo entrenamiento, valentía, inteligencia, confianza en sí mismas, y patriotismo eran de un elevado nivel... [A] soldado japonés se le había enseñado también cómo morir, y su país esperaba de él que cayera victorioso». ⁴⁴

Meckel fue el hombre responsable del entrenamiento de este formidable ejército. El triunfo de sus métodos en este trascendente conflicto (el primero entre dos grandes potencias en el siglo XX) sirve de recordatorio de que él, y aquellos otros oficiales que señalaban la importancia constante de los factores morales en la guerra, no eran simplemente militares conservadores sino figuras progresistas cuyo interés en la psicología del soldado era tan moderno como su aprecio por la efectividad del nuevo armamento. De hecho, consideraban que los factores tecnológicos y psicológicos estaban interconectados: el estado anímico del soldado en un campo de batalla barrido por la moderna potencia de fuego podía marcar la diferencia entre la victoria o la derrota. ⁴⁵

En el análisis final, sin embargo, la victoria de Japón en Manchuria no fue una reivindicación de esa forma “rejuvenecida” de las tácticas de orden cerrado. A pesar de la propaganda contemporánea, el diezmado ejército japonés estaba cerca de colapsar cuando finalmente obtuvo la victoria en 1905. En 1914, cuando muchos oficiales de campo europeos extrañamente rompieron con las tácticas aceptadas en ese momento para emplear formaciones de orden cerrado en Lorena, las Ardenas, Flandes y en las orillas del río Sambre, la elevado número de muertes se mostró prohibitivo. Conforme la guerra progresaba volvieron a las formaciones dispersas, controlando a los soldados en el campo de batalla a través una traslación radical de autoridad a los oficiales más jóvenes y a los suboficiales. La sección flexible de 60 soldados, luchando en secciones de 8 a 12 hombres, se convirtió en la unidad táctica básica de “fuego y maniobra”; los soldados eran libres para crear y aprovechar las oportunidades del campo de batalla por propia iniciativa. Los principios de las tácticas modernas no sólo tuvieron en cuenta la letalidad de las armas modernas, sino también los factores morales que impulsarían las acciones de los hombres en la batalla. ⁴⁶

⁴³ A. HILLIARD ATTERIDGE y F.V. LONGSTAFF: *The Book of the Machine Gun*, Londres, H. Rees, 1917, pp. 52-53.

⁴⁴ A.F. BECKE: op. cit., p. 95.

⁴⁵ Antulio ECHEVARRIA II: op. cit., p. 41.

⁴⁶ Para la distancia existente entre doctrina táctica y práctica en 1914 véase *Ibidem.*, pp. 213-215; Jonathan M. HOUSE: “The Decisive Attack: A New Look at French Tactics on the Eve of World War I”, *Military Affairs*, 40 (1976), pp. 164-169. Descripciones de la sección flexible en Ivor MAXE: “The ‘Soft Spot’: An Example of Minor Tactics”, en *Hints of Training and Training Leaflets* (Colonia, 1919), pp. 65-73; *S.S. 143*:

El legado oscuro de esta nueva orientación psicológica e ideológica, que tuvo una gran importancia en la historia de las brutales y masivas “guerras totales” del siglo XX, fue el estimulante interés en condicionar la virilidad de una nación para la guerra –en hacer hombres de “acero”, parafraseando a Meckel. Aunque los regímenes totalitarios fueron los principales villanos en este sentido, la extendida propagación de los valores militares en la sociedad civil llegó a ser evidente incluso en sociedades liberales a finales del siglo XIX y principios del XX. La popularidad de una formación casi militar para los niños, a través de organizaciones como los *Boy Scouts*, es un ejemplo de ello. La propagación del “ethos” de los antaño elitistas “colegios públicos” –que fomentaban poderosamente el cristianismo muscular, el patriotismo, y el deber– al conjunto de la sociedad a través de la literatura juvenil, las canciones populares, o las producciones teatrales es otro ejemplo. Además, la prueba definitiva del énfasis puesto por los teóricos militares del siglo XIX en los “factores morales” de la guerra no era la propagación de la ética militar en la vida pública democrática, ni el heroísmo condenado al fracaso de los soldados de la Primera Guerra Mundial. La moralidad militar alcanzó su punto álgido en el adoctrinamiento y propaganda de los regímenes nazi y soviético, siendo más visible en el fanatismo de los comisarios políticos soviéticos y de los “soldados políticos” de las SS y los *Einsatzgruppen* durante la Segunda Guerra Mundial.⁴⁷

The Training and Employment of Platoons, 1918, 1918; US Army War College: *Instructions on the Offensive Conduct of Small Units*, Washington DC, GPO, 1917 [original en francés de 1916]. Para un análisis secundario de esta táctica véase Bruce GUDMUNDSSON: *Stormtroop Tactics: Innovation in the German Army, 1914-1918*, Nueva York, Praeger, 1989; Paddy GRIFFITH: *Battle Tactics of the Western Front*, New Haven, Yale University Press, 1994; Hubert JOHNSON: *Breakthrough! Tactics, Technology and the Search for Victory on the Western Front in World War I*, Novato, Presidio, 1994.

⁴⁷ Para la diseminación del ethos de las escuelas públicas véase W.J. READER: *At Duty's Call: A Study in Obsolete Patriotism*, Manchester, Manchester University Press, 1988; Peter PARKER: *The Old Lie: The Great War and the Public School Ethos*, Londres, Bloomsbury, 1987. Para la ulterior manifestación del factor moral, ver Omer BARTOV: *The Eastern Front, 1941-1945: German Troops and the Barbarisation of Warfare*, Basingstoke, Palgrave, 1985; Jürgen FÖSTER: “Ludendorff and Hitler in Perspective: The Battle for the German Soldier's Mind, 1917-1944”, *War in History*, 10 (2003), pp. 321-334; Edward B. WESTERMANN: *Hitler's Police Battalions: Enforcing Racial War in the East*, Lawrence, University Press of Kansas, 2005.

Ensayo bibliográ- frico

Estado, violencia, violencia de Estado. Una panorámica sobre el continente americano, en la segunda mitad del siglo XX

Julio Lisandro Cañón Voirin

Institute of Latin American Studies, Columbia University

Resumen: En este ensayo presentamos unas líneas generales, una panorámica conceptual y analítica para historizar los comienzos de los procesos que condujeron al terrorismo de Estado. Pero no es un ensayo sobre los orígenes del terrorismo de Estado. Por el contrario, es una lectura sobre la pervivencia de formas de hacer y de pensar que, de manera constante, están en la raíz de fenómenos actuales y que, en cambio, suelen ser presentados como un renacimiento excepcional de la violencia. Es necesario entender cómo la explotación, la dominación y la violencia, entrelazadas en su capacidad de producir terror e inscritas en una concepción contrarrevolucionaria para combatir el comunismo, se intensifican durante la guerra fría de la mano del imperialismo.

Palabras clave: Estado, violencia, terrorismo, dominación.

Abstract: In this essay, we present a general outline, a conceptual and analytical overview to historicize the beginnings of the processes that led to State terrorism. But it is not an essay on the origins of state terrorism. On the contrary, it is a reading about the survival of ways of doing and thinking that are constantly at the root of current phenomena and that, instead, are usually presented as an exceptional re-birth of violence. It is necessary to understand how exploitation, domination and violence, intertwined in their capacity to produce terror, intensified during the Cold War at the hand of imperialism, in a counterrevolutionary conception to combat communism. If these processes are historicized, analyzing each of the experiences, locating them in a meaningful whole, inserting them in the discourse or thought that sustains it will be the Metis of the state terrorism under the seat of Zeus. Although each national process responds to specific circumstances (linked to the way and when the practices of state violence have occurred, as well as to the actors involved), it is necessary to underline the common characteristics that allow identifying their fundamental characteristics through an analysis of their roots and its effects, regardless of its secondary aspects.

Key words: State, violence, terrorism, domination.

Estado, violencia, violencia de Estado. Una panorámica sobre el continente americano, en la segunda mitad del siglo XX

Julio Lisandro Cañón Voirin
Institute of Latin American Studies, Columbia University

Cuando se observan las imágenes de los campos de concentración en España, Alemania, Chile y Argentina no se puede dejar de pensar en los horribles crímenes que allí se cometieron y en la violencia estatal que, racionalmente dirigida, los perpetró. Unos y otros campos se asemejan en su lógica concentracionaria. Ésta, en tanto, expresa la instancia última del proceso de vaciado de subjetividad de la persona, significa la cosificación del ser humano, aunque también existe una distinción estratégica respecto de cómo se los pensó. En unos, especialmente en los campos de la Alemania del nacionalsocialismo, cómo hacer para deshacerse de los cuerpos era una de las preocupaciones principales de los burócratas del exterminio, lo cual no quiere decir, como sostiene Hannah Arendt, que se trate de una maldad refundida en lo banal: burócratas sí, pero ejecutores convencidos de la ideología que les inspira y profesan.¹ En otros, particularmente en los campos de la Argentina del Proceso de Reorganización Nacional, la decisión era la desaparición. Podríamos preguntarnos por los alcances de esas estrategias distintas, atentas a sembrar el terror tanto dentro como fuera del campo. Como sea, su trágico balance no tiene atenuantes para la humanidad, como tampoco lo tienen los Holocaustos de Hiroshima y Nagasaki.

Ante tal realidad, por no mencionar la época actual, es difícil no sumergirse en lo más profundo de la Dialéctica de la Ilustración. Allí, Theodor Adorno y Max Horkheimer dan cuenta de los múltiples problemas que el capitalismo y la instrumentalización de la razón plantean: «por qué la humanidad, en lugar de entrar en un Estado verdaderamente humano, desembocó en un nuevo género de barbarie».² Indudablemente, Adorno y Horkheimer, profundos conocedores del trabajo de Walter Benjamin, no dejan de relacionar la barbarie con la violencia. Esta última se asocia con la idea de poseer, con el despojar a otro de su voluntad. Seguramente, quiénes estén familiarizados con la mitología judeo-cristiana y con su fabuloso libro de relatos, la Biblia, asociarán de inmediato aquella idea con la historia de Caín y Abel. Para los que no, se la recordamos. Caín, el primer hombre nacido en la Tierra, «dijo a Abel su hermano: [“Vamos

¹ Sobre ese aspecto, es decir en cómo se había convertido en rutina el sistema de eliminación, Arendt recupera en su excelente ensayo las declaraciones de Eichman a Sassen. Allí, Eichman expresa: «Saltaré dentro de mi tumba alegremente, porque el hecho de que tenga sobre mi conciencia la muerte de cinco millones de judíos [o “enemigos del Reich”, como siempre aseguró haber dicho] me produce una extraordinaria satisfacción». Sin embargo, para Arendt ello es “pura fanfarronada”. ¿Es sólo eso? Hannah ARENDT: *Eichman en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*, Barcelona, Lumen, 2003, p. 33.

² Max HORKHEIMER y Theodor ADORNO: *Dialéctica de la ilustración*, Madrid, Trotta, 2003, p. 7.

allá al campo”]. De modo que aconteció que, mientras estaban en el campo, Caín procedió a atacar a Abel su hermano y a matarlo» (Génesis 4:8). Caín asesinó a Abel. En hebreo, los nombres explican la naturaleza de las personas, sus propiedades, sus defectos o el motivo de su denominación. Caín significa posesión.

Así, poseer y desposeer están contenidos en la violencia en tanto que proceso, fenómeno, instancia y realidad. Entendida de esta manera y socialmente instituida en el Estado, la violencia estatal data del momento mismo del surgimiento del mismo. Como dice Benjamin, «la propia naturaleza violenta que desde sus orígenes caracteriza al derecho».³ O si se prefiere, más específicamente, desde la sociedad estatal arcaica, cuando la acumulación del excedente dejó de tener fines redistributivos y pasó a ser apropiada por un circuito cerrado.⁴ Nuestro propósito no es el de remontarnos hasta aquella época, como tampoco es nuestra intención establecer un inventario de todos los procesos de violencia estatal, sino centrarnos en lo que sucede a partir del surgimiento del Estado moderno capitalista –y más concretamente en el continente americano durante el último tercio del siglo XX– y en un fenómeno político específico: el terrorismo de Estado.

Esa decisión determina otras. Para empezar que, para el período escogido, es imposible desconocer el marco cada vez más favorable y el aumento de la sensibilidad, siempre creciente, para con los Derechos Humanos. No sólo por la Declaración Universal de Derechos Humanos de la ONU (1948), sino también por la existencia de movimientos sociales que trabajaban por el reconocimiento de los mismos, por su implantación y protección. Esto tiene una importancia trascendental porque, mediante el terrorismo estatal, el Estado será reestructurado para violar conscientemente los Derechos Humanos.

Otra decisión se refiere al marco teórico metodológico desde el cual abordamos nuestro ensayo. Partimos aquí del análisis político que el marxismo realiza del Estado. Por ello, nuestras reflexiones están iluminadas por las tres tradiciones al respecto: la de Karl Marx y Friedrich Engels anclada en la faz represiva; la de Vladímir Lenin que afrontó los problemas de su destrucción; y la de Antonio Gramsci centrada en los aspectos consensuales. De ahí que entendamos la violencia estatal como un fenómeno que no puede aislarse de las relaciones sociales de producción y de las formas de dominio o consenso que de ellas emergen. Esto repercute en nuestra interpretación del terrorismo de Estado, ya que consideramos al mismo como una forma extrema de Estado capitalista que se corresponde con un momento particular de la lucha de clases y con una crisis política de carácter determinado, a la cual Gramsci denomina crisis de hegemonía –entendida esta como crisis orgánica y momento de la arbitrariedad, del recurso al autoritarismo, a la coerción directa o efectiva que tiende a liquidar o a someter a los grupos sociales adversarios, y que Gramsci vivenció en el fascismo.

³ Walter BENJAMIN: *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*, Madrid, Taurus, 2001, p. 37.

⁴ Linda MANZANILLA: “El surgimiento de la sociedad urbana y la formación del Estado: Consideraciones”, en *Íd.*, *Coloquio V. Gordon Childe. Estudios sobre las revoluciones neolítica y urbanística*, México, UNAM, 1988.

Los marxistas frankfurtianos, Adorno y Horkheimer, partiendo de un trabajo temprano del segundo, mantuvieron la afirmación de que «quien no quiera hablar de capitalismo debería callar también sobre el fascismo».⁵ Nicos Poulantzas, quien a diferencia de Adorno y Horkheimer era un teórico del Estado, señala que «es el que no quiere hablar de imperialismo quien debería también callarse en lo que al fascismo se refiere».⁶ Ello no quiere decir que Poulantzas desconozca que las preocupaciones articuladoras de la teoría crítica de Frankfurt, al menos hasta la segunda generación,⁷ estén vinculadas a explorar el consenso que el capitalismo consigue. Lo que apunta Poulantzas es que los protoecologistas, al centrarse en el dominio del hombre sobre la naturaleza, han desatendido la necesidad de tomar en cuenta la continuidad de la forma de reproducción capitalista y de las instituciones de la sociedad civil y política de una formación social burguesa. Es decir, las formas que puede adquirir el Estado capitalista, tanto en lo que hace a la actividad científica para el análisis crítico de los problemas sociales como a la vida material condicionada por el proceso global de producción capitalista.

Eric Hobsbawm, en una de las obras historiográficas más importantes del siglo XX, dedica una parte sustancial de su panorámica introductoria a las líneas maestras que subyacen a la historia de dicho siglo: las nuevas formas de exterminio.⁸ Unas formas tan novedosas que se hizo necesario establecer nuevos conceptos para referirse a ellas. Así, dependiendo de la perspectiva escogida para entender el siglo XX se puede decir que fue el de los genocidios, aunque ello no quiere decir que anteriormente no existieran. Piénsese si no en cómo se llevó adelante la expansión colonial imperialista. En ese sentido, Marx, al referirse al proceso de acumulación originaria que se realizó saqueando a las colonias, expresó que el capital venía al mundo «chorreando sangre y lodo, por todos los poros, desde la cabeza hasta los pies».⁹ Es decir, la subordinación que desarrolla el imperialismo significa violencia, no sólo coercitiva o física sino también cultural, social y política.

Ahora bien, es evidente que los procesos genocidas de Turquía, España y Alemania modificaron la evaluación del fenómeno de la violencia estatal, y a veces su naturaleza. Tanto es así que Enzo Traverso afirma: «Una de las condiciones para la creación de los campos de exterminio es precisamente la monopolización estatal de la violencia, es decir, lo que desde Hob-

⁵ Max HORKHEIMER: «Die Juden und Europa», en *Gesammelte Schriften*, 4, Frankfurt a.M., Fischer, 1988, pp. 308-331. Publicación original en *Zeitschrift für Sozialforschung*, vol. VIII, 1939 [reimpreso en Munich, DTV, 1980, pp. 115-137].

⁶ Nicos POULANTZAS: *Fascismo y dictadura. La III Internacional frente al fascismo*, Siglo XXI, Madrid, 1976, p. 7.

⁷ Stefan GANDLER: «Reseña de Teoría crítica: ayer y hoy de Helmut Dubiel, Gustavo Leyva and Oliver-Kozlarek» *Revista Mexicana de Sociología*, 64:1 (2002), pp. 271-281.

⁸ Eric HOBBSBAM: *Historia del Siglo XX*, Buenos Aires, Planeta, 2001.

⁹ Karl MARX: *El Capital, Tomo I, Volumen III, Libro Primero, El proceso de Producción de capital*, México, Siglo XXI, 2005, p. 950.

bes a Weber y Elías se consideró uno de los rasgos esenciales del proceso de civilización. En el Estado encontramos efectivamente el origen de todos los genocidios del siglo XX».¹⁰

En efecto, la tradición académica hegemónica ha tratado la violencia como una variable dependiente de la política o la economía, como un medio. Fue fundamentalmente la explicación de Max Weber respecto de la naturaleza del Estado moderno, como una relación de dominación de hombres sobre hombres que se sostiene por medio de la violencia legítima, la que marcó los contornos interpretativos. Para Weber la política se asimila a la dominación, y el Estado a su expresión política, siendo aquella una relación de dominación que pretende sostener el monopolio de la violencia física de manera legítima. Weber define al poder como la capacidad de disponer de los medios para influir en la voluntad del otro: «la posibilidad de imponer la propia voluntad, dentro de una relación social aún contra toda resistencia». En síntesis, la concepción weberiana emplea una secuencia poder-política-dominación-coacción, identificando asociación política con asociación de dominación: «una asociación de dominación debe llamarse asociación política cuando y en la medida en que su existencia y la validez de sus ordenaciones dentro de un ámbito geográfico determinado, estén garantizados de un modo continuo por la amenaza y la aplicación de la fuerza física por parte de su cuadro administrativo».¹¹

Llegados a este punto es preciso señalar que, como ha explicado Marx, el poder surge de las relaciones sociales de producción, y de allí su vinculación entre clase dominante, detentadora y en ejercicio del poder, y su consecuente necesidad de transmitir e imponer su ideología como forma de encubrir los fines de la explotación. Gramsci, quien retomó las líneas de análisis de Marx respecto al poder, profundizó en el estudio de las relaciones entre Estado y sociedad y brindó una definición de lo que llamó Estado pleno: «Estado=sociedad política + sociedad civil, o sea, hegemonía acorazada con coacción».¹² Esta definición como la suma de dominio y hegemonía –donde la consecución del consenso ocupa un lugar destacado– permite advertir los estrechos márgenes del concepto de legitimidad weberiano, ya que la estabilidad del orden social no se apoya únicamente sobre la amenaza de coacción física sino en el reconocimiento de la validez de las normas que lo constituyen. Es decir, en un consenso que se manifiesta en la definición de las normas vinculantes que permitan estabilizar las expectativas de los actores y conservar la unidad del orden social. En este sentido, la dialéctica de Gramsci escapa a todo modelo estructural-funcionalista en el cual los modos de integración en una estructura consolidan los modos de institucionalización de los controles.

Gramsci propone un criterio de distingo metodológico respecto de cómo se manifiesta la supremacía de un grupo social, esto es, una distinción entre dominio y hegemonía. El dominio se expresa en formas directamente políticas, y en tiempos de crisis por medio de una coerción

¹⁰ Enzo TRAVERSO: *La historia desgarrada. Ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales*, Barcelona, Herder, 2001, p. 251.

¹¹ Max WEBER: *Economía y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1964, p.43.

¹² Antonio GRAMSCI: *Antología. Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán*, México, Siglo XXI, 1977, p. 279.

directa o efectiva. Cuando los estamentos dirigentes de una sociedad pierden la capacidad de ser aceptados como tales, dice Gramsci, cuando se produce la ruptura en un bloque histórico de poder, aparece en toda su magnitud la crisis de hegemonía: «los viejos dirigentes intelectuales y morales de la sociedad sienten que pierden terreno bajo los pies (...) a eso se debe su desesperación y sus tendencias reaccionarias y conservadoras, como la forma particular de civilización, de cultura, de moralidad que ellos han representado está descomponiéndose, ellos proclaman la muerte de toda civilización, de toda cultura, de toda moralidad y piden al Estado que tome medidas represivas».¹³

Una crisis de esas características, sin duda, se estaba viviendo cuando Benjamin replicó a Carl Schmitt respecto del estado de excepción. Para Benjamin, el derecho, y el Estado que en él se expresa, está impuesto por y desde la violencia, subrayando la existencia de un estado de excepción permanente para los oprimidos.¹⁴ En efecto, para las clases subalternas hubo continuidad en su condición de explotación; aún si, esta adquirió nuevas formas. Los trabajos de Benjamin, sin duda alguna, hieren de muerte, si se nos permite la expresión, los esfuerzos de los violentólogos y los pazólogos, así como a la violentología en sí. Ésta, enzarzada en el estudio de dos violencias de signo distinto que se enfrentan, engloba en un mismo registro la instalación de un sistema de terrorismo de Estado con las acciones de oposición armada, lo cual parece indicar que sus formulaciones se desentienden de los estudios ético-históricos de Benjamin. Éste, al trabajar sobre la huelga general revolucionaria, destacó con singular énfasis que cuando la acción expresa «la decisión de reanudar un trabajo completamente modificado y no forzado por el Estado»,¹⁵ impide que se le adscriba un carácter violento.

Algo que sin duda tuvo presente Jean Paul Sartre al escribir el prólogo al libro de Frantz Fanon¹⁶ y que, sin embargo, parece estar ausente en uno de los máximos exponentes del pensamiento académico norteamericano, Richard Bernstein, quien establece un absurdo comparativo entre las guerras preventivas de George Bush y la lucha por la liberación nacional en Argelia¹⁷. El prefacio de Sartre, leído en el registro debido, permite entender que no se trata de violencias de signos distintos que confrontan entre sí. Una es violencia de Estado, mientras que la otra es el ejercicio del derecho a la resistencia, a luchar por la libertad, por liberarse de la opresión, es la expresión de la “violencia popular”. Si esto último se asemeja a las conceptualizaciones de Benjamin respecto a la violencia en estado puro, mucho más transparente se expresa cuando afirma que «ninguna benignidad borraría las señales de la violencia; sólo la violencia puede destruirlas».¹⁸

¹³ Antonio GRAMSCI: *Antología. Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán*, México, Siglo XXI, 1977, p. 283.

¹⁴ Walter BENJAMIN: *Discursos Interrumpidos I*, traducción de Jesús Aguirre, Madrid, Taurus, 1992.

¹⁵ Walter BENJAMIN: *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*, Madrid, Taurus, 2001, p. 44.

¹⁶ Frantz FANON: *Los condenados de la Tierra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963.

¹⁷ Richard BERNSTEIN: *Violencia, pensar sin barandillas*, Barcelona, Gedisa, 2015.

¹⁸ Frantz FANON: op. cit., p. viii.

El texto de Sartre hay que comprenderlo en su pretensión de «llevar la dialéctica hasta las últimas consecuencias», del mismo modo que hicieron Marx y Engels en el Manifiesto Comunista con la Revolución como horizonte. Sartre expone claramente la relación dialéctica: «su violencia: es la nuestra, que nos revierte (...) es el tercer tiempo de la violencia: se vuelve contra nosotros, nos alcanza y, como de costumbre, no comprendemos que es la nuestra». Del mismo modo que en el Manifiesto quedaba en evidencia la violencia estructural del capitalismo, en Sartre la violencia colonial es el resultado de que «como nadie puede despojar a su semejante sin cometer un crimen, sin someterlo o matarlo, plantean como principio que el colonizado no es el semejante del hombre (...) la violencia colonial no se propone solo mantener en su lugar a los hombres sometidos, trata, además, de deshumanizarlos».¹⁹

Hasta aquí, hemos identificado los principales problemas sobre los que podríamos reflexionar. Sin embargo, casi no nos hemos preguntado si todos los tipos de violencia estatal eran específicos, si no deberíamos compararlos unos con otros. ¿Merece la pena hacer la pregunta? Algunos indicios invitan a ello. No obstante, nuestra intención, como ya mencionáramos, es ofrecer una panorámica para avanzar en la comprensión de las raíces y los efectos del terrorismo de Estado. Sin embargo, todo esto es incomprensible si se lo escinde de las violaciones del derecho a la vida, del derecho a la libertad, del derecho a la seguridad e integridad personal, del derecho de justicia y proceso regular, del derecho a la libertad de opinión, expresión e información, de los derechos laborales, de los derechos políticos o de los derechos de libertad religiosa y de cultos.

Terrorismo de Estado y guerra contra el marxismo

Estocolmo, 1982, Palacio de Conciertos, ceremonia de entrega del premio Nobel de literatura, García Márquez, el galardonado, pronuncia su discurso La soledad de América Latina:

Los desaparecidos por motivos de la represión son casi los 120 mil, que es como si hoy no se supiera dónde están todos los habitantes de la ciudad de Upsala. Numerosas mujeres arrestadas encintas dieron a luz en cárceles argentinas, pero aún se ignora el paradero y la identidad de sus hijos, que fueron dados en adopción clandestina o internados en orfanatos por las autoridades militares. Por no querer que las cosas siguieran así han muerto cerca de 200 mil mujeres y hombres en todo el continente, y más de 100 mil perecieron en tres pequeños y voluntariosos países de la América Central, Nicaragua, El Salvador y Guatemala. Si esto fuera en los Estados Unidos, la cifra proporcional sería de un millón 600 mil muertes violentas en cuatro años.

De Chile, país de tradiciones hospitalarias, ha huido un millón de personas: el 10 por ciento de su población. El Uruguay, una nación minúscula de dos y medio millones de habitantes que se consideraba como el país más civilizado del continente, ha perdido en el destierro a uno de cada cinco ciudadanos. La guerra civil en El Salvador ha causado desde 1979 casi un refugiado cada 20 mi-

¹⁹ *Ibidem.*, p. vi.

nutos. El país que se pudiera hacer con todos los exiliados y emigrados forzosos de América latina, tendría una población más numerosa que Noruega.²⁰

¿Cómo entender esa realidad que se imponía como norma en el continente americano? Las raíces profundas y estructurales que permiten comprenderla se encuentran en el carácter transnacional de unas clases dominantes históricamente aliadas y dependientes de las potencias capitalistas centrales con sus cambiantes lógicas de intervención en el mercado mundial. El carácter dependiente de los Estados-nación del continente americano respecto a los avatares de las pugnas interimperialistas; a las modificaciones en los patrones de acumulación; y al desenvolvimiento del imperialismo informal de Estados Unidos, dificultó a las clases dominantes de cada país asegurar las condiciones de reproducción, institucionalización y racionalización del orden socio-político.

De allí se derivan el contexto y los condicionantes sociales más reseñables del período como son la imposibilidad de los bloques históricos de poder para vertebrar una dirección política de largo aliento; una incapacidad para actuar como clase integradora y para desarrollar acciones que ampliaran sus bases de sustentación. Es decir, el horizonte histórico, en el cual se inscribe gran parte de la historia del continente americano desde la segunda mitad del siglo XX, es el de una crisis de hegemonía. Además, esta crisis presenta, entre sus rasgos específicos, el de haberse desarrollado en el seno de una creciente ola contrarrevolucionaria que, en su lucha contra el marxismo, condujo con puño de acero unos procesos que siguen abiertos aún a día de hoy. Piénsese sino en los cientos de miles que, desde Guatemala hasta Argentina, siguen buscando y rebuscando en fosas, donde la furia de un poder aniquilador quiso condenar a los desaparecidos.

Brevemente, podemos decir que la nueva realidad que se sitúa inmediatamente después del fin de la Segunda Guerra Mundial se caracteriza por: la emergencia de los EEUU como nueva potencia hegemónica; una Europa social y materialmente estragada; la redefinición de los lazos entre las metrópolis y sus colonias; y la consolidación de la URSS como modelo alternativo al sistema capitalista. Además, para las potencias occidentales el siempre latente y, ahora, renovado temor a que se produjera una revolución comunista, o el ascenso al poder de partidos comunistas, o la intervención de comunistas en los gobiernos, daban o bien nueva vida a visiones de antaño sobre la acción del comunismo, o bien producían visiones propias de las condiciones específicas de la contemporaneidad de posguerra. En ese contexto, el presidente norteamericano Harry Truman (1945-1953) pronunció su más que conocido *Recommendation for assistance to Greece and Turkey* (12/03/47),²¹ que como es bien sabido constituye la enunciación de la llamada doctrina Truman. La misma marca una nueva fase del intervencionismo norteamericano y una clara ofensiva contra el comunismo.

²⁰ Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ: *La soledad de América Latina; Brindis por la poesía*, Bogotá, Corporación Editorial Universitaria de Colombia, 1983, p. 6-7.

²¹ Harry TRUMAN: *Recommendation for Assistance to Greece and Turkey: Address of the President of the United States Delivered Before a Joint Session of the Senate and the House of Representatives, Recommending Assistance to Greece and Turkey*, Washington, U.S. Government Printing Office, 1947.

Si la doctrina Truman proyectaba hacia Europa los intereses de la política exterior norteamericana, el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (1947) fue su correlato más inmediato para América. Su aprobación significó un importante avance de los propósitos norteamericanos, que se consolidaron tras la promulgación de las leyes *Mutual Defense Assitance* (1949) y *Mutual Security* (1951) y los acuerdos bilaterales de asistencia militar que ellas permitieron. Junto con esto, las resoluciones de la IX Conferencia Panamericana (1948), de la IV Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores (1951) y de la X Conferencia Interamericana (1954) aceleraron una estrategia de dominación expansiva que implicó agregarle a los medios pasivos de seguridad de los bienes y de los intereses económicos el ataque contra todos aquellos que, desde las esferas de poder, fueron genéricamente identificados como comunistas.

De esta manera, se sentaron las bases de una política hemisférica de seguridad que hacía eje en la existencia de una Tercera Guerra Mundial, y que posicionaba a la URSS y al comunismo como la mayor amenaza para los Estados americanos. Esta política, que pronto trascenderá los elementos estrictamente militares, cimentó una lógica de persecución contra el comunismo. Su tendencia, alcance y finalidades comenzaron a hacerse evidentes a partir del golpe de Estado en Guatemala (1954).

Dentro del amplio movimiento contrarrevolucionario que se desplegó desde la segunda mitad del siglo XX hay una institución cuya importancia ha sido por demás desatendida: la Confederación Interamericana de Defensa del Continente. Ésta, sobre la cual estamos actualmente realizando una investigación, supo ser sustento y soporte ideológico en la implantación de los mecanismos que pavimentaron los caminos al terrorismo de Estado. En ese sentido, cumplió el papel de proveer los marcos de interpretación y representación de la realidad de su tiempo, haciendo del marxismo un ente terrorífico que atacaba a las bases mismas de la sociedad occidental y cristiana.

Los miembros de la Confederación eran, habían sido, o lo serían en un futuro inmediato, políticos, miembros de organizaciones o partidos políticos, o bien sus fundadores; legisladores; jueces; funcionarios gubernamentales; docentes o rectores universitarios; diplomáticos; sacerdotes; empresarios, industriales, terratenientes, banqueros; militares de alto rango; legisladores constituyentes y redactores de reformas constitucionales; dirigentes obreros y estudiantiles católicos; periodistas, directores o dueños de medios de comunicación. También entre sus miembros hubo criminales de guerra refugiados en Argentina, responsables de la Ustacha (Croacia) y del Balli Kombetar (Albania).

La Confederación no sólo supo mantenerse como un núcleo estable para sus miembros, los cuales, salvo en caso de muerte, nunca se desvincularon de ella, sino que también estableció estrechos lazos de colaboración con otras dos importantes organizaciones: la Liga Anticomunista de los Pueblos Asiáticos (1954) y el Bloque de Naciones Antibolchevique (1943). Delegados y observadores de ambas asistían a los congresos de la Confederación, y miembros de ésta asistían a los congresos de aquellas. Hasta que, finalmente, la Confederación pasó a formar parte de

Liga Anti-Comunista Mundial, creada en 1966 por aquellas dos organizaciones, de la cual sería parte en su sección americana: Confederación Anticomunista Latinoamericana (1972). Conspicuos integrantes de ésta fueron quienes presidieron las sangrientas dictaduras de Bolivia, Paraguay y Argentina: Banzer (quien fue presidente de la Confederación), Stroessner y Videla, respectivamente.²²

Como sea, la Confederación nació en 1954 con el propósito de aplicar, por medios privados, los objetivos anticomunistas de la X Conferencia Interamericana. La propuesta de la Confederación era llevar adelante una política activa contra el comunismo y los comunistas. Su anticomunismo no se limitó a denunciar que la URSS estaba movida por apetencias imperialistas, o que los Partidos Comunistas estaban al servicio de Moscú. Su anticomunismo fue, asimismo, una empresa de proselitismo que configuró las formas de ver, estar y sentir la vida social.

Ubicar debidamente los objetivos y la función de la Confederación implica tener en cuenta la concurrencia de dos procesos que se estaban desarrollando en ese momento: el alineamiento político, económico y militar con EEUU; y el desplazamiento de la industrialización, basada en una mistura de capital público y privado, hacia una creciente concentración de poder en organismos y empresas transnacionales. En consonancia con ello se encuentra su contraparte socio-política, y dentro de ella (conteniéndola) la articulación discursiva de una hegemonía que obturara la vuelta a los planteamientos redistribucionistas, propios del período de industrialización, por sustitución de importaciones. Se rompía, de este modo, con un consenso en torno al Estado como espacio central de negociación, comprometiéndolo ahora en un proyecto que no expresaba los intereses de todas las clases, sino sólo los de las clases dominantes. Este proceso no iba a ocurrir sin las debidas resistencias de las clases subalternas, de todos aquellos que habían visto mejorar sus condiciones de vida. En realidad, aquello no era más que la traducción social de la contradicción implícita en el modelo sustitucionista, representada por el conflicto entre acumulación y salarios, entre acumulación y distribución de ingresos. De qué lado se inclinaría la balanza era algo que no se sabía. Pero la embestida que se estaba gestando por uno de los actores (la burguesía industrial, comercial y bancaria y los sectores terratenientes que, principalmente por razones políticas e ideológicas, se mantuvieron como una clase distinta y después como una fracción autónoma de la burguesía), era enorme: «estar dispuestos a luchar en una tercera guerra mundial si es necesario para liquidar al comunismo».²³ ¿Cuál es el sentido de esta afirmación, en una organización que se dice convencida del valor de la declaración de los Derechos Humanos de la ONU y de los valores democráticos? ¿Cómo entender ese desplazamiento de los conflictos sociales al terreno bélico?

²² Sobre la Liga Anti-Comunista Mundial, existe un muy interesante trabajo de Scott ANDERSON y Jon ANDERSON: *Inside the League: The Shocking Exposé of how Terrorists, Nazis, and Latin American Death Squads Have Infiltrated the World Anti-Communist League*, Michigan, New York, Dodd, Mead, 1986.

²³ *Memoria del II Congreso contra la Intervención Soviética en América Latina, Río de Janeiro, Brasil, 22 al 26 de agosto de 1955*, México Confederación Interamericana de Defensa del Continente, 1956, p. 148.

La Conferencia de Bandung (1955) fue la contracara de la euforia y el entusiasmo con que observaban el establecimiento de la dictadura guatemalteca que, por medio de coerción directa, mostraba su decidida acción para acabar con el marxismo. Para ellos, este encuentro significó el comienzo de una maniobra de cerco a Occidente, consagrada a la abolición de la familia cristiana, la patria, la nacionalidad y la propiedad privada. De este modo, queda en evidencia su intransigencia que, sin miramientos, rechaza cualquier diversidad o planteo divergente, porque dentro de su, por demás, rígido marco de entendimiento significaba, lisa y llanamente, una amenaza. Dimensionar políticamente la interpretación de los conflictos sociales bajo el prisma de la guerra condujo, inevitablemente, a un aumento de la tensión en las relaciones sociales. Entendámonos bien, están diciendo que se encuentran en una «lucha a la que todos nos debemos dedicar, con el sacrificio de la propia vida, si fuere necesario».²⁴ El cuadro de situación que proponen es en extremo grave, están hablando de matar o morir, no hay una utilización metafórica de la expresión. De esta manera, impulsaron una lógica de la política como lucha a muerte, la lucha política como una lucha de exterminio, donde los sostenedores de una ideología (en este caso el marxismo) son considerados enemigos, para los que sólo se contempla su aniquilación. Mientras tanto, las Fuerzas Armadas se hallaban inmersas en un proceso de asimilación de dos doctrinas, la de la Seguridad Nacional y la de la Guerra Moderna. Ello significó, para expresarlo de manera abreviada, un cambio de orientación en las corporaciones castrenses hacia un nuevo tipo de actividad: la seguridad interior y la guerra contra un enemigo interno.

Así, las dictaduras habidas en el continente americano hasta mediados de la década del sesenta pueden ser encuadradas en la tipología de régimen autoritario transitorio. Dichos regímenes no rechazaban el Estado democrático como forma de organización social del país, no pretendían cambiar la naturaleza del Estado mismo, sino que significaban una interrupción momentánea de las libertades civiles y políticas de sus respectivos regímenes republicanos y un incremento de las tareas represivas. Sin embargo, como resultado de los procesos anteriormente mencionados se produjo un cambio que partió de supuestos que contradecían las bases fundamentales del Estado democrático. Se consideró que el principio de legalidad, el respeto al contenido esencial de los derechos fundamentales y el control jurisdiccional de los mismos retaceaban la potestad estatal para garantizar la seguridad de la sociedad. Así, se estructuró un nuevo modelo estatal, el Estado de Seguridad Nacional, una forma particular de Estado de Excepción Permanente que confirió a las FFAA la tarea de erradicar la llamada subversión.

Para Agamben, el Estado de Excepción es la suspensión del orden jurídico, momento en el cual se hace posible la eliminación física no sólo de los adversarios políticos, sino de categorías enteras de ciudadanos que por cualquier razón resultan no integrables en el sistema político.²⁵ Es decir, unos Estados que en lugar de proteger a las personas las aniquila. Esto es, el Estado identifica a un grupo humano al cual excluye de la red de obligaciones para desentenderse de él y no reconocerle espacio en la sociedad, aunque los reconoce socialmente

²⁴ *Ibidem.*, p. 294.

²⁵ Giorgio AGAMBEN: *Estado de Excepción, Homo sacer, II, I*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2004.

como agresores. Entonces, para que el Estado de Excepción dé lugar a una de sus manifestaciones más extremas, el terrorismo de Estado, es necesario centrarse en la capacidad preformativa de los discursos que niegan la condición no ya de ciudadanos, sino de seres humanos a los grupos que serán aniquilados. Es decir, para que la aniquilación o desaparición de un grupo pueda ser practicada, es necesaria su definición previa, y esa definición debe ser en términos de deshumanización. No sólo deben ser considerados indeseables y carentes de las condiciones para pertenecer a la comunidad nacional, sino que debe desposeérselos de la condición humana. Las potenciales víctimas deben ser desubjetivizadas mediante la consideración de inferioridad en su estatuto de ser, pensar y obrar, expulsándolas hacia la inhumanidad, objetivizándolas. La configuración de ese grupo, subversivo, partió de su no reconocimiento social, salvo en su rol admitido y socialmente construido de agresor. Esa idea del agresor, transformada en premisa, elimina toda posibilidad de diálogo y se empeña en su exterminio.

El terrorismo de Estado no puede ser encapsulado como un efecto o una consecuencia de la llamada violencia política, ya que esto no es más que un deslizamiento del constante abandono de la teoría crítica en el campo de las ciencias sociales. Por otra parte, identificar a los perpetradores materiales y a los artífices intelectuales del terrorismo de Estado no debe hacernos olvidar que las violaciones a los derechos humanos se hicieron para mantener una violencia estructural: la del capitalismo.

Reseñas

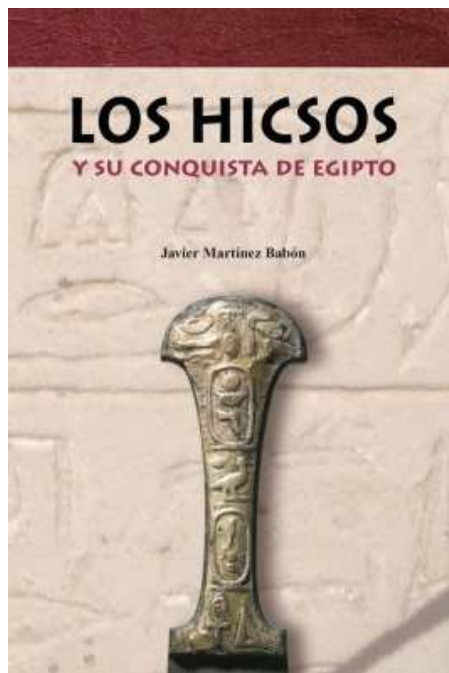
Javier MARTÍNEZ BABÓN: *Los Hicsos y su conquista de Egipto*, Barcelona, Dstoria edicions, 2015, 260 pp., ISBN: 978-84-941455-4-4

Carlos Heredia Chimenó

Dpt. Ciències de l'Antiguitat i l'Edat Mitjana, Universitat Autònoma de Barcelona

Inventariando la complejidad: el Segundo Período Intermedio y sus evidencias

Uno de los mayores retos a los que se enfrenta cualquier investigador de la antigüedad es la enorme complejidad de las sociedades humanas que analiza. La obra del doctor Javier Martínez Babón, arqueólogo y egiptólogo activo, dedicada a los hicsos y su “conquista” de Egipto, es quizás un buen ejemplo de ello, pues todavía dudamos de la naturaleza de la comunidad humana que existió tras el concepto de “hicsos”, incluso del carácter de su migración, tensionándose tesis tradicionales como las que ven en aquellos grupos humanos unos verdaderos invasores o conquistadores. El Segundo Período Intermedio es, en esta línea, un auténtico constructo historiográfico que busca definir un período de transición entre dos formas de gobierno centralizadas, siendo por ello una de las épocas «más oscuras y difíciles de la historia de Egipto» (p. 13). Así lo ve también Myriam Seco, tal y como recoge en el prólogo de la misma obra, sobre todo por la ausencia de fuentes, un panorama que crea un cuadro complejo a la hora de dar sentido al conjunto.



Precisamente, el trabajo de Martínez Babón, especialista en el ámbito militar faraónico,¹ busca en la exhaustividad la forma de sintetizar el período. De este modo, no estamos ante un manual universitario al uso, ni siquiera ante una síntesis narrativa. Lo que el lector encuentra es un auténtico inventario desarrollado de la problemática a tratar. El autor nos muestra el puzzle histórico, otorgándole sentido, pero siempre mostrando todas las fichas con las que se juega para que el lector pueda encontrar no solo sus interpretaciones, sino las fuentes y el carácter de la época que busca estudiar. En cualquier caso, Martínez es claro: «algunas de las hipótesis [...] serán confirmadas y otras rechazadas» (p. 208), pues en todo momento incluye su interpretación en contraste con el resto de opiniones.

De este modo, la obra de Martínez empieza con un breve estado de la cuestión en el que introduce las enormes problemáticas interpretativas que dominan el Segundo Período Intermedio. Así, y rápidamente, sintetiza la situación internacional en la primera mitad del segundo milenio a.C., para continuar con toda una serie de capítulos breves pero intensos,

¹ Julio MARTÍNEZ: *Historia Militar de Egipto durante la Dinastía XVIII*, Barcelona, Fundación Arqueológica Clos, 2003 o *Faraones Guerreros: Historia Militar de Egipto desde la Dinastía I hasta la XXVI*, Girona, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2007.

narrando el devenir de las diferentes dinastías gobernantes hasta la irrupción de los hicsos. En ese momento el autor analiza su controvertido origen, otorgándoles una clara y concisa definición basada en las evidencias actuales: «tenían raíces semíticas occidentales y procedían de Canaán. Sin embargo, no serían invasores que llegaron del exterior para conquistar Egipto de manera brutal, sino que surgirían de los dirigentes asiáticos asentados en el delta oriental del Nilo desde hacía generaciones». Así, Martínez es consciente de la complejidad de la problemática, matizando la idea de la “invasión”, aunque sin entrar en el debate de la nomenclatura, pues tampoco rompe con el concepto de la “conquista”, que define el título de su trabajo.

Llegados a este punto, la síntesis de Martínez deja atrás la problemática hicsa para analizar de un modo diacrónico el resto de dinámicas existentes, mostrando hasta qué punto la sucesión dinástica de Manetón es simplista y, por definición, errónea. De esta forma, aborda la Dinastía XV para continuar con la XVI o la XVII, pero siempre mostrando la contemporaneidad de las mismas. Es sintomático, en esta línea, el interés existente por parte del autor por configurar un auténtico inventario, ya no solo mediante la secuenciación de monarcas, sino sobre todo tratando con evidencias fundamentalmente armamentísticas. Esto es tanto más importante en un momento histórico en el que la guerra define la época, pues en el Antiguo Egipto el factor militar es esencial, un tema largamente trabajado por Martínez. No es baladí que dedique el último de los capítulos a observar cómo las épocas de transición impactan de un modo evidente en el sistema, tal y como ocurre, por ejemplo, con el sistema republicano romano:² los cambios educan y forman a las nuevas generaciones,³ incluso llegando a traumatizarlas, tal y como recuerda el mismo autor (pp. 194-195). La llegada de los hicsos y la ausencia de una centralidad territorial implica una transformación sistémica y, por ende, social. Es así que empiezan a observarse cambios ideológicos, militares —a los que Martínez presta mayor atención, mostrándonos todo el armamento significativo del período— o administrativos. Asimismo, incluso parece que la figura de la mujer, absolutamente marginada, queda relativamente iluminada, conectándose aquel pasado con nuestro presente de un modo claro mediante el patriarcado. Ello queda ilustrado en las palabras de Martínez: «la necesidad de legitimar en todo momento el prestigio de la familia real, la ausencia de los varones a causa de la guerra y la muerte de ellos a una edad temprana motivaron que algunas esposas de reyes tebanos tuvieran que adoptar un papel activo en la defensa de la familia» (p. 191). Es decir, el aumento del protagonismo de la mujer en el ámbito de la familia real se debe a la ausencia del varón, reflejándose la capacidad del sistema por vetar a la mujer, incluso en aquellas épocas y contextos en los que aumenta su protagonismo. La complejidad propia de cualquier análisis del pasado topa inevitablemente con nuestro presente, concienciándonos y advirtiéndonos de las enormes problemáticas que todavía hoy, lamentablemente, persisten.

En definitiva, Javier Martínez Babón aporta una síntesis sólida y detallada al difícil panorama del estudio del Segundo Período Intermedio. Todo ello con un producto interesante, con imágenes, mapas y numerosas referencias bibliográficas, añadiendo un especial

² Harriet I. FLOWER: *Roman Republics*, Princeton/Oxford, Princeton UP, 2010, pp. 161-162.

³ C. HEREDIA: “El olvido necesario. Los historiadores antiguos ante el Bellum Sociale”, en Borja ANTELA, Jordi VIDAL, César SIERRA (eds.), *Memoria del conflicto en la Antigüedad*, Barcelona, Libros Pórtico, 2017, p. 189.

acento al aspecto militar, herencia indudable de los intereses de Martínez. Asimismo, su carácter, caracterizado por ser más un inventario que una síntesis con toques novelescos, supone configurar una obra virtuosa en relación a su pragmatismo y utilidad. En ella no encontraremos ni batallas ni la neblina del divertimento histórico, sino evidencias, interpretaciones y la cruel realidad que encuentra el investigador de la antigüedad, que cae de bruces en un puzle complejo al que hay que darle algo de luz. En cualquier caso, es probable que refleje la experiencia personal del propio autor, un auténtico arqueólogo conocedor de la importancia de las evidencias encontradas como fuente de interpretación.

Ayelet PEER: *Julius Caesar's Bellum Civile and the Composition of a New Reality*, Farnham, Ashgate, 2015, pp. 212. ISBN: 978-1-4724-5307-8

Christian Núñez López

Dpt. Ciències de l'Antiguitat i de l'Edat Mitjana, Universitat Autònoma de Barcelona

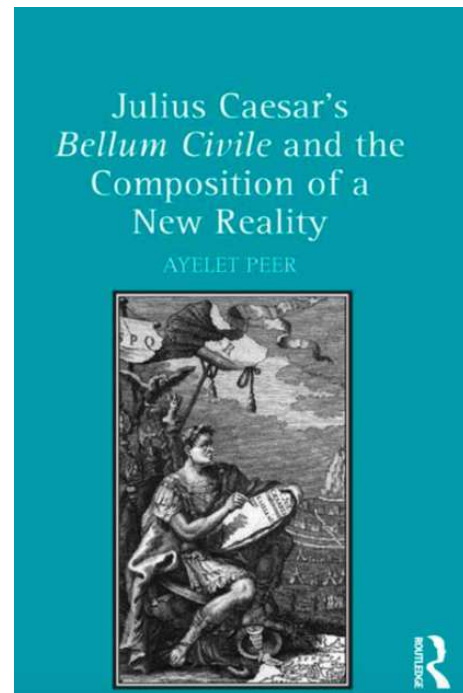
Caesaris res gestae

La presente obra se propone abordar un análisis pormenorizado de los tres libros que constituyen los *Comentarii de Bello Civili* de Julio César. La particularidad que plantea su autora, Ayelet Peer, consiste en individualizar cada una de las tres partes y establecer asuntos comunes que estructuran, justamente, los capítulos de la monografía. El valor literal de la narración, la intencionalidad que se buscaba obtener de la publicación o la alteridad entre la representación de César y Pompeyo serán cuestiones que se repiten a lo largo de la obra.

Ayelet Peer, profesora de Historia en la *Tel Aviv University*, presenta una línea de investigación cercana a dicha materia, como se puede observar en alguna de sus publicaciones.¹ Además, ha escrito en torno al *Augustus* de John Williams y la recepción clásica de la *Eneida* en Asia.

La obra se divide en tres grandes apartados, que corresponden a los tres del *Bellum Civile*. Cada uno de ellos está conformado por un conjunto de capítulos que repasan los sucesos descritos en los *Comentarii*, deteniéndose en los aspectos que permitan esclarecer el mensaje que se esconde tras la pluma de César, que fue variable según el contexto de su redacción y publicación. De esta forma, la autora consigue estructurar la obra temáticamente mediante una ordenación cronológica. El primer bloque abarca los días anteriores a la partida de la Galia hasta la batalla de *Ilerda* (49 a.C.) en tierras hispanas; el segundo, desde el éxito en el sitio de *Massilia* hasta el desastre africano protagonizado por el legado cesariano G. Escribonio Curión; y finalmente, el último de los apartados empieza con las medidas de César como *dictator* en el 49 a.C., pasando por la decisiva campaña griega y cerrándose con la guerra alejandrina.

La primera parte está orientada a demostrar cómo César utilizó su escrito para cosechar el mayor reconocimiento público durante los primeros compases del conflicto. Un propósito fundamental si tenemos en cuenta la confusión generalizada que impera en los instantes que enmarcan cualquier estallido de guerra. A través de un discurso anti-



¹ Véase, por ejemplo, Ayelet PEER: "Cicero's Last Caesarian Speech. The Pro Rege Deiotaro as a Final Warning before the Ides of March", *Latomus*, 315 (2008), pp. 189-208.

senatorial (p. 14), entendido como un organismo débil y disfuncional, César aprovechaba para desautorizar las intenciones de los pompeyanos, centrando los ataques contra su líder, Pompeyo. Éste es visto como un personaje cobarde y fanfarrón, destacándose como hito su huida de Italia (p. 19), incapaz de conectar así con sus seguidores. De hecho, se remarca la percepción de que fue la carencia de unidad entre los pompeyanos lo que provocó que perdieran Italia (pp. 23-24). Con esta idea, la autora da paso a uno de los tópicos más importantes de su obra: el binomio entre los términos *absens* y *praesens* (p. 25). En tanto que Pompeyo partió de Italia, dejó a sus hombres desamparados de su presencia como *imperator*, que por sí misma podía decantar el decurso de la contienda. Por otra parte, mediante una revisión de las diferentes connotaciones que derivan del concepto *res publica*, la autora propone la imagen de César como un camaleón político dispuesto a manipular las instituciones romanas para alcanzar su propósito, puramente personal. En efecto, César no salió de la Galia para defender la República, sino para salvarse a sí mismo. Entendió el conflicto con Pompeyo como una disputa entre las *dignitates* de cada uno, que luchaban para obtener la máxima autoridad de Roma (pp. 41-46, 50-51).

La segunda parte corresponde bien a los eventos y temas explorados en el primer libro de los *Comentarii*, y ofrece una continuación adecuada de ellos, además de ser una unidad coherente en sí misma. Los dos libros se complementan totalmente y dan al lector una perspectiva más amplia de los campos beligerantes dentro y fuera de Italia. Como se ha avanzado *ut supra*, examina los asuntos que envuelven la victoria del sitio de *Massilia* por parte de C. Trebonio y D. Junio Bruto Albino, y la derrota contra el rey Juba de Numidia por parte del legado G. Escribonio Curión, momento en que vuelve a ser determinante la ausencia física. Si la pugna africana fue un desastre debe ser atribuido a la no participación directa de César en el conflicto (p. 83). Una noción que volverá a justificar la derrota en *Dyrhachium* meses más tarde, ya en el 48 a.C. (p. 121). A pesar de ello, César parece despojarse de toda culpabilidad y achaca el fracaso a la inexperiencia y arrogancia del propio Curión, que llegó a equipararse a él mismo cuando adoptó la nomenclatura de *imperator* (p. 93). En este sentido, la autora cuestiona la *amicitia* personal que normalmente se ha atribuido a ambos personajes, considerando válido tan solo un vínculo político (p. 84). De nuevo, los pompeyanos aparecen en escena de la misma forma en que lo hacían en el primero de los libros, con la novedad añadida de que la mayoría de sus integrantes eran extranjeros, *ergo* massalios y númidas (p. 97). En este sentido, César intentó enfatizar la dependencia de los pompeyanos con el rey Juba, que luchaba por su relación con Pompeyo sin el consentimiento del Senado. Por tanto, se combatía contra unos *barbari*, lejos de ser reconocidos como un ejército romano (p. 102). Por ello, si bien la derrota fue la consecuencia de una errónea toma de decisiones, éstas deben asignarse únicamente a Curión, sin ningún agente foráneo que tomara las riendas de la contienda (p. 109).

Finalmente, la tercera y última parte narra el desenlace del *Bellum Civile*. De su lectura se desprende la imagen más introspectiva de César, sin necesidad de justificarse, puesto que por entonces ya se había consolidado en el poder. De hecho, el tercer libro debe entenderse como la descripción de su ascensión a la regla única de Roma (p. 113). La autora destaca el estilo directo de los *Comentarii*, desarraigando el talante romántico de la lucha, que se muestra como una simple batalla de estrategias y liderazgo. En consonancia, la derrota de Pompeyo no fue más que la caída de un líder incompetente, al margen de cualquier

idealización de su persona (p. 161). Además, este último bloque permite cerrar el círculo sobre un aspecto que se trata a lo largo toda la obra: la percepción y asimilación de participar en una auténtica guerra civil. Si bien en el primero de los libros se percibe una expresa omisión por parte de César del carácter fratricida del conflicto —a pesar de que se emplea *civilis dissensio* en el marco de la lucha contra Afranio (*BC. I.67.3*)— (pp. 67-68), ya en el segundo se vislumbran todas las preocupaciones que derivan de la guerra civil (p. 105). Por ello, es en el pasaje donde se describe el campamento africano de Curión cuando se menciona por primera vez el término específico de *bellum civile* (*BC. II.29*). Lo hace en el momento en que se narran los temores a la fidelidad de los contingentes que formaban parte del ejército de Curión, pero que sirvieron previamente a L. Domicio Enobardo en *Corfinium*, donde intentó contener a César en su avance por Italia. Una vez asumida la naturaleza de la contienda parece que, en el libro tercero, ésta sirve para reforzar el discurso más que para minimizar su significado. En todo caso, es una realidad que se comprende como inevitable (pp. 153-154).

Las tres partes están complementadas por una introducción y una conclusión que responden a la perfección a lo que el lector espera de ambos apartados. Se establecen los motivos y objetivos que conducen a la autora a la redacción de dicha monografía, y se presenta una breve síntesis de lo expuesto en la obra. A todo ello, se añade un apéndice que trata sobre el año de redacción y publicación de cada uno de los tres libros de los *Comentarii*. Mientras que los dos primeros son contemporáneos al conflicto, del 49 a.C.; el tercero, a pesar de escribirse durante los años que se narran, fue completado y publicado en el 46 a.C. En este sentido, es una excelente y necesaria incorporación que enriquece el contenido de la obra, a la vez que despeja posibles dudas que resultan de su lectura. En cuanto al aparato crítico, la autora hace uso de una bibliografía notable, entrando en determinadas ocasiones en el debate historiográfico. En la línea, se confrontan los libros con otras fuentes clásicas que examinan el conflicto, o el propio César, como puedan ser Cicerón, Plutarco, Suetonio o Dion Casio.

En definitiva, la obra reseñada constituye una rigurosa revisión del *Bellum Civile* de Julio César. La minuciosidad que se desprende del análisis en el tratamiento que se hizo de la terminología utilizada, los diferentes ejemplos que se exponen para justificar las aportaciones de la autora y la continua comparación entre los tres libros hacen de la monografía una interesante aportación, a tener en cuenta para todo aquél que quiera seguir aprendiendo de un episodio y un personaje de vital importancia para el estudio de la crisis de la República romana y el advenimiento del Imperio.

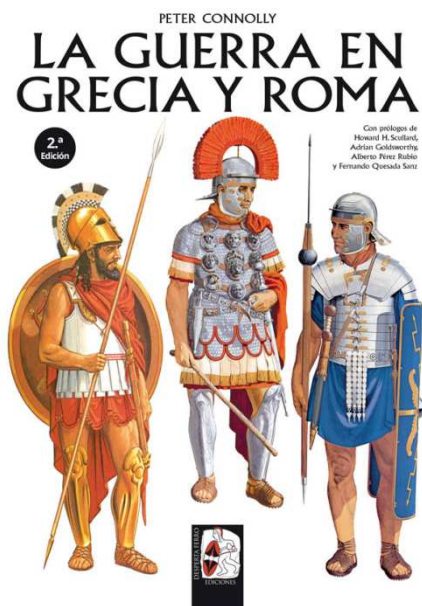
Peter CONNOLLY: *La guerra en Grecia y Roma* (Trad. J. García Cardiel y D. Serrano Lozano), Salamanca, Desperta Ferro Ediciones, 2016, 335 pp., ISBN: 978-84-943922-4-5

Pedro Pérez Frutos

Un clásico historiográfico de la Antigüedad

Podrá dudarse acerca de si la guerra ha sido o no un factor necesario en la evolución de la humanidad, pero hay un hecho irrefutable: la práctica de la misma ha ocupado buena parte de su tiempo y sus energías, y su importancia para las sociedades antiguas está tan sobradamente contrastada que no merece la pena insistir. Este, precisamente, es el tema principal de libro que reseñamos, consagrado, con toda justicia, como uno de los clásicos de la historiografía militar de la Antigüedad. Y lo es, entre otros logros, por conseguir unir la sabiduría académica con el entretenimiento de manera ejemplar. Un volumen de alta divulgación de los que (¡ya era hora!), han empezado a editarse y traducirse en España. Su autor, Peter Connolly, fue investigador honorario del Instituto Arqueológico en el University College de Londres, y miembro de la Society of Antiquaries, además de autor de múltiples trabajos relacionados con la materia.¹ En definitiva, un reconocidísimo investigador y toda una autoridad en el mundo académico relacionado con la historia y la arqueología militar que también destacó por su faceta de gran ilustrador.

Con estilo preciso y claro, este libro proporciona al lector una visión general sobre los saberes relativos a la estructura y composición de los ejércitos de la antigüedad grecorromana, sobre las técnicas de combate y sobre su armamento. El trabajo se presenta, además, estructurado en dos partes bien diferenciadas, Grecia y Macedonia de un lado (pp. 16-92), e Italia y Roma de otro (pp. 92-267). Estas, a su vez, se dividen en diversos epígrafes en donde se analizan numerosos temas, desde aquellos más generales a otros más exclusivos. Ahora bien, tanto unos como otros se revelan concernientes al objeto de estudio, pues los primeros ofrecen la contextualización del texto, y los segundos se detienen convenientemente en el análisis de cuestiones más específicas. Además, al ir distribuidos cronológicamente permiten que el lector vaya atisbando las diferentes transformaciones sufridas por las sociedades griega y romana en materia de táctica militar o armamento, y todo ello apoyado en un batería de ilustraciones simple y llanamente magistral: mapas, esquemas de batallas, perfiles de armas, etc., conforman un repertorio ilustrativo de gran calidad gráfica que apoya y complementa, como decimos, la explicación narrativa, potenciando la labor didáctica de la obra.



¹ Entre otros Peter CONNOLLY: *Las legiones romanas*, Madrid, Espasa Calpe, 1981; *Los ejércitos griegos*, Madrid, Espasa Libros, 1986.

Por otra parte, el aparato de citas ha sido integrado al final del libro, lo que hace un poco incomoda su consulta pero, al mismo tiempo, permite una lectura más ágil, fundamentalmente para el público menos especializado. El tono académico de esta edición se resuelve mediante un apéndice en el que se desarrolla toda una actualización y revisión de muchas de las hipótesis y teorías que se van configurando a lo largo del libro, además de una bibliografía que contiene, si no abundantes títulos, sí un repertorio de trabajos selectos que asistirán a los leyentes más curiosos. Recursos metodológicos que demuestran la encomiable labor llevada a cabo por los editores.

Lo primero que encontramos es una breve introducción en donde Connolly plantea el marco cronológico y define los objetivos que pretende lograr con la monografía. Asimismo, señala algunas de las fuentes sobre las que ha vertebrado su discurso analítico (p. 17). Acto seguido elabora una recapitulación de la historia bélica y política de Grecia durante los siglos VIII y V a.C., poniendo especial énfasis en las II Guerra Médica (pp. 23-42). Sumario que sirve para situar al lector y contextualizar su posterior disertación sobre las tácticas y el armamento empleados por los ejércitos griegos de la época. Después, se pasa revista a la organización táctica: la falange. Y se atiende a diversos aspectos relacionados con la misma, como su origen y composición, o algunas fuentes que permiten su estudio (pp. 43-44). En este punto el historiador británico se detiene de manera especial en Esparta, estudiando la cuestión de la *paideia* y el ejército lacedemonio en distintas fases (pp. 44-49). También examina la preparación de la campaña, es decir, quién regulaba la leva, el número de soldados, las edades de reclutamiento, el tipo de alimentación, etc., así como otras cuestiones de logística, por ejemplo, los modos de marcha o los sistemas de castrametación. Una vez expuesta la técnica de combate, y a modo de colofón, el historiador acomete la revisión de las distintas piezas que componían la panoplia del hoplita, comenzando por un análisis tipológico de los escudos y seguido por la evolución y genealogía de las armaduras corporales, las grebas, los cascos, las espadas, las lanzas, etc.

Toda esta descripción resulta una narración muy simplificada y modélica, ya que, como bien señala nuestro autor «está tomada de diversos relatos de batallas, algunos reales y otros imaginarios» (p. 54). Además, se interpreta a través del funcionamiento de la falange espartana, patrón que se utiliza para dilucidar cómo pudieron ser los demás ejércitos griegos. Recurso que, en cierto modo, no deja de ser arriesgado, ya que, como el propio Connolly indica, Esparta «es un estado que debe ser tratado aparte» (p. 44). No obstante, es un procedimiento al que se ve obligado a recurrir, pues la gran mayoría de fuentes con las que contamos para intentar reconstruir el modo de combate griego solo mencionan el tipo lacedemonio. Con todo, un capítulo excelente que aporta una visión muy clara sobre los ejércitos de la Grecia Clásica y reforzada, además, por la bibliografía mencionada al final, que puede servir para que aquellos interesados en profundizar en cualquiera de los temas mencionados discurra por las lecturas adecuadas.

Con el siguiente capítulo entramos en un nuevo episodio de la historia helena que tendrá a Macedonia como protagonista. Connolly continúa utilizando el mismo esquema de trabajo que en el apartado anterior, por tanto, comienza explicando los acontecimientos históricos más relevantes del periodo en lo que a materia militar se refiere, así como las causas más importantes que llevaron a Macedonia a ejercer el protagonismo político de la época. Siguiendo esta pauta, se ofrece una breve introducción en donde se recogen las principa-

les fuentes literarias de la etapa (p. 70). Más adelante se detendrá en algunos interrogantes que plantean dichas fuentes y que son objeto de debate, como sucede con el caso de los Argráspidas mencionados por Arriano (pp. 76-77). También se examina la composición del ejército macedonio, así como la evolución de las reformas introducidas en él entre la época de Filippo II y Alejandro Magno. Expuesto esto, se explora la disposición táctica de la nueva falange: número de soldados por unidad, rangos y equipo (pp. 74-76). Después analiza otros sujetos que complementan al ejército macedonio, como las unidades de caballería (pp. 77-79). Este primer apartado concluye con unas notas referentes al ejército macedonio tardío (pp.81-89) en donde se realiza un recorrido sobre las características de la guerra helenística. En síntesis, esta primera parte nos acerca a muchos aspectos y problemas de la historia militar de Grecia en épocas clásica y helenística, desarrollando una clara aproximación al estado de la cuestión del tema.

La segunda parte de la monografía comienza con una descripción detallada de los orígenes del ejército romano, desde la época de Rómulo (pp. 97-100) hasta el ejército romano-latino del siglo IV a.C. (pp. 132-134). Se exponen aquí las distintas piezas del armamento en época arcaica (pp. 102-105), dejando constancia de su evolución, adaptaciones e influencias ejercidas por otros pueblos (pp. 105-111), al tiempo que se aborda la cuestión del combate hoplita en Roma (pp. 97-100) y las consecuencias de las reformas de Servio Tulio (pp. 101-102). El historiador parece asumir aquí los postulados tradicionales sobre estas tesis. Sin embargo, cabe matizar que los especialistas modernos cuestionan cada vez más este esquema, particularmente los cambios tan radicales de la “reforma serviana” y, por añadidura, la utilización de la falange hoplita en Roma;² problemas convenientemente matizados por los editores. También destacan en este fragmento los puntos dedicados al armamento y modos de combate samnita (pp. 111-118) y celta (pp. 118-132).

Una de las partes más meritorias del libro, bajo mi punto de vista, es el análisis que Connolly hace del sistema polibiano. En este sentido, se exploran: el sistema de reclutamiento y organización (pp. 135-136), las armas y armaduras (pp. 136-139), la caballería y los aliados (pp. 139-140), el adiestramiento (p. 140), los modos de marcha (p. 140), el campamento (pp. 141-146) y la legión en batalla (pp. 146-148). De entre todas las cuestiones analizadas en este punto, me han resultado particularmente interesantes los espacios dedicados al sistema de castrametación y, de manera especial, las tareas de cuartel. Al margen de estos, también me han parecido loables los resúmenes que aporta sobre el armamento legionario y las maniobras de los manípulos en combate (pp. 146-148), eficazmente puntualizado por los editores.

Otro aspecto que me ha llamado la atención es el espacio dedicado a las Guerras Púnicas (pp. 149-213). Tema que, en mi opinión, queda un tanto excesivo en relación a otros compromisos militares descritos en el trabajo. El largo desarrollo expositivo del tema encuentra su justificación, según nuestro autor, en que las guerras contra Cartago suponen una experiencia trascendental para el devenir histórico de la *Urbs*, cambios que, cabe reseñar, no se limitaron al mundo militar, sino que incidieron en otros órdenes, como el político³

²John RICH: “Warfare and the army in Early Rome”, en Paul ERDKAMP (ed.), *A Companion to the Roman Army*, Oxford, Garsington Road, 2011, pp. 7-23.

³José Manuel ROLDÁN HERVÁS: *El ejército de la República romana*, Madrid, Arco Libros, 1996, pp. 25-26.

o el religioso.⁴ Por otro lado, el capítulo aporta un material valiosísimo, pues Connolly, fruto de su propia experiencia, entra al detalle en muchas facetas de la guerra contra Aníbal. Tal y como él mismo indica, recorrió a pie las rutas de los Alpes; ejercicio que le aporta una gran legitimidad a la hora de escrutar la veracidad de las fuentes clásicas.

El siguiente capítulo, “El Imperio Romano” (pp. 216-267), está dedicado a los ejércitos que conquistaron el Mediterráneo y defendieron todo el *limes* hasta el declive de Roma. De este modo, comienza, como en los títulos precedentes, ofreciendo una relación de las fuentes del periodo, si bien, y a diferencias de los capítulos anteriores, Connolly las hace extensivas a la documentación papirológica y epigráfica. Un ejemplo de lo apuntado más arriba, en relación a lo excesivo que me ha resultado el espacio dedicado a la Segunda Guerra Púnica, es lo que Connolly menciona acerca del periodo que algunos historiadores denominan de “imperialismo”, o con la etapa del Alto Imperio (pp. 217-218), que contrasta, en mi opinión, con la profundidad con la que se examina toda la época arcaica. También resulta llamativo el detenimiento con el que se inspecciona el ejército manipular, respecto a la rapidez con la que se pasa revista a las innovaciones militares implementadas por Cayo Mario (pp. 219-221). En este sentido, hay que decir que en la monografía apenas se reflexiona nada sobre algunos de los principales problemas que plantea la susodicha reforma, ya que, por ejemplo, algunos historiadores sostienen que el cambio no fue tan súbito como a menudo se suele considerar. Tampoco se sondea con detenimiento el funcionamiento de la nueva unidad táctica, la cohorte, sobre la que sigue habiendo grandes lagunas tocantes, entre otras, a las razones de su aparición y adopción, a su cronología o a los modos de articulación.⁵ Con todo, se perfilan de manera general las principales mutaciones sufridas por el ejército a lo largo de los últimos siglos de la República (pp. 216-221). De manera que cuando nuestro historiador emprende el análisis de las legiones del principado, el lector, puede hacerse una composición de lugar muy aproximada acerca de cómo estaría modulada la legión en el ocaso de la República.

Con el advenimiento del Imperio asistimos a la introducción de unas renovadas fuerzas armadas, no tan orientadas a la expansión territorial como a la consolidación y defensa de fronteras, y a un nuevo tipo de soldado, ya enteramente profesional. El análisis de las transformaciones que hacen distinguible tanto al soldado como al ejército del Imperio en proporción al de la República, ocupa una buena parte de este bloque (pp. 222-254), diseccionado por la pluma del Dr. Brian Dobson. En este sentido, se mencionan cuestiones relativas a la carrera del legionario, desde el reclutamiento hasta el licenciamiento, pasando por las condiciones de vida o algunos aspectos de orden litúrgico (pp. 223-224). Seguidamente se atiende a la cuestión de la oficialidad (pp. 226-229); en este punto, me gustaría destacar lo concerniente a la figura del centurión. También se analizan diferentes unidades que completaban la dotación humana del ejército romano: auxiliares (pp. 229-230), cohortes pretorianas (pp. 230-233), *vigiles* (pp. 233-234) y cohortes urbanas (p. 233). Además, se evalúa la cuestión del armamento, y tomando como base principal los hallazgos arqueológicos y las

⁴ John SCHEID: *La religión en Roma*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1991, pp. 109-118; Santiago MONTERO HERRERO: *La religión romana antigua*, Madrid, Akal, 1992, pp. 27-33.

⁵ Para una aproximación al tema ver Plinio FRACCARO: “L’ordinamento a coorti”, *Opuscula*, IV, Pavie (1956), pp. 137-169; M.J.V. BELL: “Tactical in the Roman Republic Army”, *Historia*, 14 (1965), pp. 404-422; François CADIOU: “Les guerres en Hispania et l’émergence de la cohorte légionnaire dans l’armée romaine sous la République: une révision critique”, *Gladius*, 21 (2001), pp. 167-182.

evidencias iconográficas, se intenta arrojar algo de luz en torno a la fabricación, la decoración o el proceso productivo y distributivo (pp. 235-240). Para finalizar el escrutinio del ejército alto imperial, Dobson razona acerca de los modos de marcha (pp. 245-246), la faceta constructora del ejército (pp. 245-248), los campamentos (pp. 248-249), o la ceremonia triunfal (p. 254). Una singladura, en definitiva, que traduce muy elocuentemente el periodo que es considerado como el del apogeo de la organización militar romana. De todo ello nos da buena cuenta este autor que, ciertamente, pone ante los ojos del lector ese logro formidable que significó el establecimiento de un ejército de soldados de profesión, que contaban con una sofisticada cultura de entrenamiento para tiempos de paz, y que desarrolló un *ethos* de servicio, una lealtad a las formaciones militares permanentes y unos sistemas de comunicación y logística nunca antes vistos.

El Imperio tardío es abordado en el último apartado del libro (pp. 255-267), y su exegesis corre a cargo del Dr. Roger Tolmin. Aquí se describe, en paralelo a los sucesos históricos más notorios del periodo, el cambio experimentado por las fuerzas armadas del Imperio a partir del gobierno de Septimio Severo, señalándose las distintas fases de dicha transformación, principalmente las llevadas a cabo en épocas de Diocleciano y Constantino. Un nuevo enfoque que intentó responder a las necesidades de un Estado que se fue pergeñando de una manera radicalmente diferente. Pero no solo cambia la manera de orientar la defensa del Imperio y, por añadidura, la disposición táctica de los cuerpos militares, sino que, además, atisbamos una profunda transformación en su estructura y organigrama internos, que afecta tanto a la cadena de mando como a los soldados (pp. 261) y a su armamento (pp. 265-267). Será también durante esta etapa cuando la Guardia Pretoriana sufrirá su definitivo desmantelamiento, en época de Constantino (pp. 255-258), o cuando se empiecen a reclutar contingentes bárbaros al mando de sus propios jefes (*fedarati*) (pp. 260-261). Aunque elaborado desde una óptica más general, las páginas escritas por Tolmin muestran de manera muy adecuada el semblante que presentaban las fuerzas romanas durante el Bajo Imperio, de suerte que, al concluir el capítulo, percibimos un buen estado de la cuestión sobre dicho tema.

A modo de colofón, la monografía integra varios apéndices interesantes: “La guerra en el mar” (pp. 268-279), “Fortificaciones y guerra de asedio” (pp. 280-309), “El uniforme militar romano” (pp. 310-319) y un último suplemento en donde se recogen las actualizaciones realizadas por los editores (pp. 320-327). Sobre el primero de los apéndices me gustaría añadir una observación: me sorprende que entre los puertos militares de la antigüedad (pp. 275-277) no se haya hecho mención alguna a las estaciones navales de las flotas romanas de Miseno y Ravena, para las que existe una amplia bibliografía.⁶

En conclusión, un libro excelente del que partir para obtener una visión general de la guerra en la Antigüedad Clásica, orientada al gran público pero, al mismo tiempo, útil para el especialista, que supera con mucho otros trabajos que plantean el estudio de dicha materia desde un enfoque similar. Aunque hay que señalar que no se analizan muchos problemas relacionados con el ámbito bélico como, por ejemplo, cuestiones religiosas, legislativas, políticas, económicas, sociales o culturales. Por lo que la monografía, más centrada en asuntos tácticos y técnicos, deja algunos huecos, que, por otra parte, resultan prácticamente

⁶ Un ejemplo: Michel REDDÉ: *Mare Nostrum. Les infrastructures, le dispositif et l'histoire de la marine militaire sous l'Empire Romain*, Roma, École Française de Rome, 1986, pp. 145-322.

inabarcables en un solo volumen. En este sentido me gustaría destacar algunas obras que pueden ser complemento perfecto de este trabajo, como las escritas por Harris,⁷ Quedada Sanz,⁸ Garland,⁹ Lendon,¹⁰, Starr,¹¹ Brizzi¹² o Harmand.¹³ Estos títulos, escogidos a modo de ejemplo, ofrecen una idea sobre los muchos enfoques y cuestiones objeto de análisis que permite este tema. Dicho esto, el libro de Connolly sigue constituyendo uno de los mejores trabajos que existen para introducirse en la problemática de la guerra en Grecia y Roma. En definitiva, un título excelente que bien merece una reiterada felicitación para su autor y para equipo editorial responsable de su difusión en castellano.

⁷ William HARRIS: *Guerra e Imperialismo en la Roma republicana 327-70 a.C.*, Madrid, Siglo XXI, 1989.

⁸ Fernando QUESADA SANZ: *Armas de Grecia y Roma. Forjaron la historia de la Antigüedad Clásica*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2008.

⁹ Ybon GARLAN: *La guerra en la Antigüedad*, Madrid, Alderabán, 2003.

¹⁰ John LENDON: *Soldados y Fantasmas. Mito y tradición en la Antigüedad Clásica*, Barcelona, Ariel, 2011.

¹¹ Chester STARR: *The Influence of Sea Power on Ancient History*, New York-Oxford, Oxford University Press, 1989.

¹² Giovanni BRIZZI: *Il guerriero, l'oplita, il legionario. Gli eserciti nel mondo classico*, Bolonia, il Mulino, 2008.

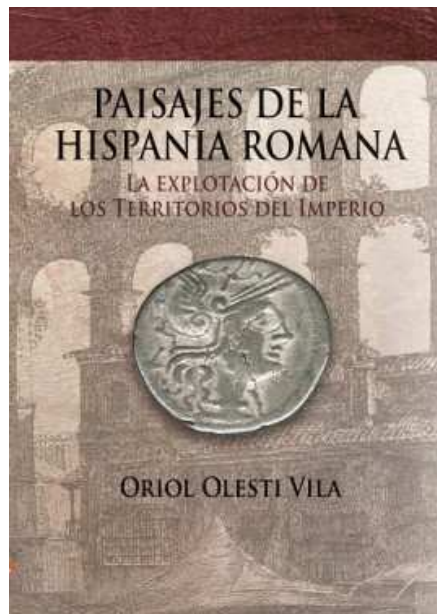
¹³ Jaques HARMAND: *La guerra antigua. De Sumer a Roma*, Madrid, EDAF, 1976.

Oriol OLESTI VILA: *Paisajes de la Hispania Romana. La explotación de los territorios del Imperio*, Dstoria Edicions, Sabadell, 2014, 467 pp., ISBN: 978-84-941455-1-3.

Óscar Bonilla Santander
Universidad de Zaragoza

La imposición del modelo social romano en Hispania

No descubrimos nada al afirmar que las fuentes escritas de la Antigüedad Clásica tienen un claro sesgo al plasmar los intereses de las clases dominantes responsables de redactarlas o de encargarse de mantener a historiadores profesionales dispuestos a narrar sus glorias y oscurecer los logros de sus adversarios. La manipulación no queda solamente ahí, sino que los historiadores que se han dedicado a la Historia Antigua, tradicional refugio de historiadores conservadores que trataron de construir un mundo ordenado y sin conflictos alejados de su decadente y convulso tiempo presente, han dejado habitualmente fuera del discurso a los oprimidos. En el caso hispano la “romanización”



se ha mostrado comúnmente como un proceso positivo para las comunidades indígenas en las que, de la mano del conquistador, llegaron los avances técnicos y una forma más refinada de vida materializada en coloridos mosaicos, bellas estatuas y monumentales edificios públicos. Lo que no suele ser habitual en las obras de síntesis es destacar que estos aspectos venían acompañados por un nuevo y sofisticado sistema de control social y opresión, con unas formas de sometimiento y explotación nunca antes practicada en la Península Ibérica.

Tradicionalmente, los académicos españoles dedicados al estudio del mundo antiguo han rehuído o evitado enfrentarse a la tarea de realizar obras monográficas de síntesis que superasen el marco de la hiperespecialización espacial o cronológica tan común en nuestro país. La mercantilización actual del sistema de acreditación académico, donde prima la cantidad sobre la calidad y el impacto frente a las obras reposadas como esta ante la que nos encontramos, no ayudan a superar la losa de la tradición de la academia nacional. Con la llegada del siglo XXI y los nuevos estándares anglosajones, la tendencia habitual en las obras monográficas hace que estas se presenten por regla general bajo un epígrafe más o menos universal, conteniendo un conjunto de contribuciones relacionadas entre ellas con el aporte de autores especializados en el tema. Todo ello acompañado a su vez de unos cuantos aportes más o menos exóticos para completar y dar colorido a la papeleta, mientras se da cabida a contribuciones relacionadas tangencialmente para cumplir con el implacable ritmo de producción científica que se nos exige a los profesionales de la academia actual.

Mayor reto supone sin embargo construir un discurso histórico ágil que combine el rigor de una obra científica y la accesibilidad en el lenguaje de una obra destinada a conver-

tirse en un manual de referencia para universitarios, docentes y profesionales. El profesor Oriol Olesti Vila acepta este reto en la obra *Paisajes de la Hispania Romana. La explotación de los territorios del Imperio* con una gran solvencia, presentando una obra hoy día de referencia en los ambientes universitarios y entre los profesionales dedicados al estudio de Hispania. En esta obra desde una perspectiva materialista y social del estudio de los paisajes antiguos, el autor sintetiza de forma clara, ordenada y precisa algunos de los casos más interesantes para el estudio de la transformación de las formaciones sociales prerromanas al modelo imperial romano, poniendo el acento acertadamente en lo traumático y conflictivo del brutal proceso.

La obra se estructura en tres grandes bloques en forma de estudios de caso para presentar algunos de los principales temas de investigación en el caso hispano. En la introducción el autor justifica el marco geográfico del trabajo, en este caso Hispania, alertando desde la introducción que nadie busque en este espacio del imperio ningún “pretendido origen ancestral de sus esencias patrióticas” (p. 13). Este aviso resulta de vital importancia en un momento de florecimiento de los textos que buscan justificar las aspiraciones nacionalistas de todo tipo en fantásticos orígenes ancestrales; si bien es cierto que poco más adelante el autor denomina como catalanes a Indiquetes, Ausetanos y Lacetanos (p. 30 nota 8), lapsus que sería interesante corregir en vista de futuras reediciones con una denominación de carácter geográfico, como es habitual en el resto de la obra, utilizando el término “Noreste”.

En el primer bloque, titulado “Paisajes de conquista”, se analizan dos de los teatros de operaciones militares del ejército romano, el Noreste peninsular y la Celtiberia durante los siglos III-II a.C. El segundo bloque, titulado “Paisajes de integración”, se centra en los diferentes mecanismos de integración y explotación del territorio hispano y sus habitantes, centrandolo en el análisis en el valle del Ebro y el Sureste peninsular durante los siglos II-I a.C. El tercer bloque, titulado “Paisajes imperiales”, está centrado principalmente en época del Principado, presentando un análisis detallado de algunas zonas del Noroeste peninsular, la meseta Norte, los Pirineos y la ciudad de *Augusta Emerita*. Dentro del tercer bloque destaca por una configuración ligeramente distinta al resto de apartados el dedicado al Pirineo, seguramente debido al conocimiento de primera mano del autor, que le permite aportar una visión distinta a la aportada en el resto de la obra. La obra concluye con un breve epílogo, ya que cada uno de los apartados tiene el suyo propio, y por último la bibliografía.

Si hay algún aspecto criticable en la estructura de la obra es la ordenación y presentación de la bibliografía, en la que faltan algunas referencias (p. 212 Orejas 1999, p. 349-350, Celma 2009, p. 350 Euba 2009, etc.) y la inexistencia de un criterio unitario para la cita de los trabajos de referencia. En unos casos se presentan antes las iniciales de los nombres y en otros casos los apellidos, tanto en mayúscula como en minúscula, así como alguna referencia que no está correctamente ordenada alfabéticamente. Junto a esto hay un error en la página 462, ya que el epígrafe denominado “Paisajes de guerra y fuego. De Segeda a Numancia” corresponde en realidad al apartado “Paisajes de alta montaña. Roma y los Pirineos”; quizás en posteriores reediciones una organización tradicional por orden alfabético con un criterio de citación homogéneo facilitaría la lectura y evitaría errores como no incluir todas las obras referenciadas en el texto.

El otro aspecto claramente mejorable de la obra es el aparato gráfico que la acompaña, escaso a todas luces y con una calidad muy deficiente. Las imágenes que acompañan

al extenso texto están elaboradas sobre una base de Google Maps en las que no aparecen en ninguno de los casos ni la escala ni la orientación. Además, en estas imágenes se entremezclan los topónimos actuales de ciudades que no se mencionan en el texto con los nombres de las ciudades de época antigua. Junto a esto se echan en falta mapas que en el contexto de Hispania localicen la zona de estudio en cada caso, imágenes correspondientes a las numerosas inscripciones a las que se hace referencia y planos de detalle que permitiesen ilustrar las detalladas y cuidadas descripciones.

Uno de los aspectos más interesantes a lo largo del discurso es el esfuerzo por desterrar la visión de la promoción jurídica colonial o municipal de las ciudades provinciales hispanas como un premio a sus habitantes indígenas. Como expone el Dr. Olesti con numerosos ejemplos, se trata de un mecanismo de control político y social que configura una nueva sociedad segmentada, si ya de por sí lo es en el mundo clásico por la presencia de la esclavitud, entre los colonos militares con ciudadanía romana, a los que corresponderían las mejores tierras y el control de todos los cargos públicos por ser ciudadanos de pleno derecho, frente a los habitantes originales de las ciudades promocionadas, que se convertirían en extranjeros sin derechos en su propia ciudad de origen. Esta condición de libres pero no ciudadanos sería agravada por el pago de tributos por el aprovechamiento de las tierras marginales de la ciudad, propietaria en última instancia de los terrenos y con potestad para poder disponer libremente de ellos cuando lo considerase oportuno, exponiendo a los habitantes libres no ciudadanos a un doble agravio frente a los ciudadanos de pleno derecho. Esta realidad configuró sociedades provinciales profundamente divididas frente a la tradicional visión homogeneizadora y totalizadora de Roma en las provincias. Por un lado encontraríamos a las élites aristocráticas con derecho de ciudadanía, que manejarían los resortes del poder político y control social de la ciudad; junto a ellos, una considerable población con condición ciudadana pero con unas rentas moderadas que les permitirían desarrollar el modelo social de ciudadano en base fundamentalmente a las tierras asignadas por la autoridad imperial tras su servicio en el ejército. Por otro lado, y dentro de la propia ciudad, se situaría una comunidad sometida y múltiple, compuesta por un lado por las personas libres sin derecho de ciudadanía y dividida en su propio seno por la capacidad material de su actividad económica. Finalmente, en el último escalafón social la masa esclava explotada tanto por los ciudadanos de pleno derecho como por los habitantes libres carentes de título de ciudadanía. La cuestión de la esclavitud, siempre conflictiva, no es abordada en profundidad en el texto, así como tampoco su papel en la configuración de un nuevo paisaje social provincial, salvo para el caso de su vinculación con las explotaciones mineras del suroeste dedicadas a la extracción de plata y plomo, de las que sí disponemos de numerosas referencias de los autores clásicos.

Recogiendo las propuestas del grupo de investigación “Estructura social y territorio. Arqueología del Paisaje” del CSIC de Madrid, el autor incide en las formas de dominación y explotación de las comunidades indígenas en el caso de las explotaciones mineras del Noroeste. En este caso, a través del complejo modelo de dependencia controlado por el estado romano y el emperador en última instancia, se transformó radicalmente la articulación de las poblaciones con el fin de maximizar la explotación de los recursos auríferos. Este patrón de explotación de las poblaciones libres sometidas carentes de ciudadanía se fundamentó en un modelo de trabajo comunitario basado en un método de control coercitivo a cargo del ejército romano estacionado en Hispania y de las élites aristocráticas, dibujando un panorama de

represión para el Noroeste peninsular que se plantea como antagónico a los tradicionales discursos acerca de las bondades del proceso de romanización de Hispania para el conjunto de la población.

Aunque el autor no plantea en el texto en ningún momento la existencia de una economía sectorializada en el Imperio Romano, como se apunta actualmente desde algunos centros de investigación anglosajones que tratan de medirla desde una lógica analítica capitalista, es llamativo el continuo uso en la monografía del concepto “industrial” para referirse a actividades productivas de los talleres artesanales (pp. 21, 35, 190, 269...). A la hora de abordar el estudio de la economía en la Antigüedad hay que tener siempre presente que aunque en algunos aspectos los niveles de producción y concentración de fuerza de trabajo nos resulten de gran envergadura para una sociedad preindustrial desde nuestra óptica actual, estas dinámicas de explotación jamás respondieron a un modelo industrial dentro de la lógica del modelo de producción liberal capitalista. Así pues, no queda más remedio que llamar la atención sobre este aspecto, dado que siendo esta una obra de consulta puede llevar a los lectores a confusiones epistemológicas y al riesgo de formarse una opinión desenfocada acerca de los modelos de producción y reproducción del mundo clásico.

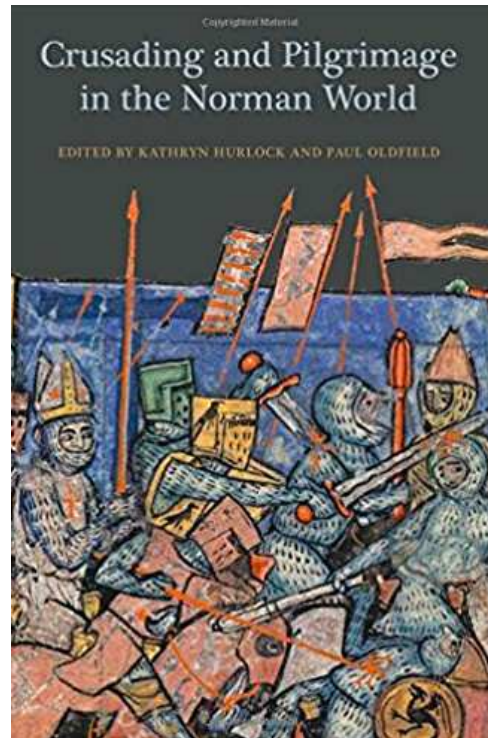
En el conjunto de la obra, los escasos matices a los que hemos hecho referencia, normales en una obra de tal magnitud, no la desmerecen en ningún caso. Estamos ante un encomiable trabajo de síntesis histórica que conjuga perfectamente las fuentes clásicas, los datos arqueológicos, la epigrafía y todas las herramientas a disposición de un científico social. En este sentido, la obra constituye un instrumento fundamental para el estudio de los paisajes de dominación articulados por el estado romano en Hispania durante el prolongado período de conquista y ocupación del territorio de la Península Ibérica.

Paul OLDFIELD y Kathryn HURLOCK (eds.): *Crusading and Pilgrimage in the Norman World*, Woodbridge, Boydell, 2015, 248 pp., ISBN: 9781783270255

Daniel Gonzalez Palma
Universitat Autònoma de Barcelona

La caracterización de los normandos en Las Cruzadas

Las Cruzadas ha sido uno de los pasajes históricos clave que formaron con su espíritu, significados y conquistas la idiosincrasia cultural de la identidad europea occidental. La creencia religiosa, vertebradora en este tipo de fenómenos, es la lógica por la cual se construye una voluntad poderosa que arroja a una serie de pueblos hacia una espiral de peregrinación, doctrina, redención, odios y violencia con el beneficio de conseguir el privilegio espiritual, la gloria y la salvación de los cielos. Un íter donde se buscó demostrar una incuestionable devoción y conseguir el prestigio de la piedad caballeresca amparado por una guerra aceptada por la sociedad cristiana y aprobada por la jerarquía eclesiástica. *Crusading and Pilgrimage in the Norman*



World es una obra formada por cuatro grandes capítulos donde trece especialistas analizan la proyección del colectivo normando en Las Cruzadas. Un estudio transversal e ilustrativo que nos muestra el protagonismo y el particularismo normando desde la Reconquista hasta la Tercera Cruzada, examinando las virtudes y debilidades de uno de los pueblos emblema de la Edad Media.

Antes de que el Papa Urbano II sacudiese el porvenir de miles de personas en Europa con la consigna de acudir a Tierra Santa, el colectivo normando del norte de Francia había aparecido ya en el conflicto santo que se disputaba en Iberia. La presencia normanda y la importancia de las reformas cluniacenses cambiaron el imaginario de la guerra espiritual en la Península Ibérica y las reglas de la Guerra Santa por un argumento teológico que se encaminaba a la toma de la cruz como *milites christi*, avistándose un viaje hacia el destino de la Cruzada. Esta presencia se inició en la proto-cruzada de Barbastro en 1063, precursora del resultado del Concilio de Clermont en 1095. A través del privilegio espiritual –en Barbastro fue la remisión de penitencia y en Clermont la remisión de los pecados– se consiguió que numerosos caballeros normandos acudiesen a la Cruzada en busca de penitencia, gloria y fortuna. Tras la promulgación de la Cruzada por parte de Urbano II, los normandos del norte de Francia liderados por Roberto II y los del sur de Italia comandados por Bohemundo de Tarento acudieron a la llamada enviando a sus columnas hacia el Imperio Bi-

zantino. Mucho se ha especulado sobre la motivación de Bohemundo de acudir al rescate del imperio de los Commeno y de peregrinar a Tierra Santa. Bohemundo, conde de Apulia e hijo de Roberto Guiscardo, había luchado contra el emperador en la década de los ochenta tanto en tierras del imperio como en tierras normandas. Toda una serie de escaramuzas, con Venecia incluida como aliada de Bizancio, a las que tuvo que ponerle fin por la muerte de su padre y por las revueltas de su hermanastro en sus propios territorios, los cuales pretendía arrebatarse. Pero ante la misiva de Urbano II, aquella misión insólita que estaba removiendo todas las capas sociales de los territorios cristianos podía instrumentalizarse para los propios intereses y beneficios del normando. La Cruzada construyó el perfil combatiente, político y económico, de los normandos del sur de Italia y, aprovechando la oportunidad, la peregrinación a Tierra Santa se convirtió en un elemento que permitía intensificar el comercio de los puertos del territorio normando con los de Palestina. Aun así, los normandos del norte de Francia y los anglo-normandos enfatizaron en sus crónicas su particular idiosincrasia de un colectivo unido, ensalzando sus cualidades militares por todos aquellos escenarios por los que pasaron. Pero, como sabemos mediante varios estudios contemporáneos y la propia obra, la variedad que caracterizaba a las columnas normandas en composición y procedencia distaba generosamente de la idea de un grupo unido y cohesionado. Los clérigos normandos, con una amplia formación teológica en los monasterios del norte de Francia y de Italia, acompañaron las peregrinaciones, siendo a su llegada a Palestina los primeros obispos y fundadores de los obispados en Tierra Santa. Como los nobles y príncipes que lideraron a sus columnas, estos clérigos llegaron a ser grandes referentes espirituales y administrativos para los cruzados en los recién construidos Estados Latinos. Posteriormente, ya en la Segunda y la Tercera Cruzada, importantes obispos normandos, entre ellos Arnaldo de Lisieux o el obispo de Rotrou como figuras más representativas del período, mantuvieron una estrecha relación con el clero secular del norte de Francia y de Inglaterra en tanto que referentes espirituales. Fueron, por ende, importantes figuras que, como puede apreciarse en la obra, estuvieron ligadas a la responsabilidad del aspecto espiritual de la Cruzada y a las labores administrativas durante el trayecto que realizaban los cruzados entre Occidente y Oriente.

La peregrinación de los normandos del sur de Italia tuvo una buena acogida entre las élites del territorio itálico, donde la relación y la protección al peregrino contribuyó a que mercaderes y negociantes obtuvieran una buena cantidad de beneficios, lo que permitió que los monasterios italianos se convirtieran en lugares referenciales de las idas y venidas desde Tierra Santa. El acercamiento entre normandos y el Papado cumplió el cometido de defender y asistir a los peregrinos y cruzados antes de iniciar la peregrinación. El camino a Tierra Santa ejerció como denominador común entre las distintas huestes que partieron de Occidente, pero al no constituir estas una expedición organizada el emperador pudo idear una serie de maniobras diplomáticas con tintes envenenados. El paso de los normandos de Bohemundo por Constantinopla dejó para el recuerdo un suspicaz encuentro entre el conde de Apulia y el *basileus* bizantino. El *basileus* se benefició de los diferentes lapsos de tiempo en que llegaron las distintas huestes cruzadas y, en este caso, los normandos de Bohemundo llegaron los últimos, una vez que Raimundo de Toulouse y Godofredo de Bouillon ya estaban al otro lado del Bósforo. El normando fue honrado, y al mismo tiempo comprado, con valiosos ropajes, oro y plata que le fueron entregados como contrapunto a realizar el jura-

mento latino, limando así las asperezas políticas con el emperador. Una vez en territorio selyúcida, y habiéndose superado la crisis de Nicea, la Batalla de Dorilea en 1097 fue el encontronazo armado entre cruzados y selyúcidas que honró la reputación de los normandos. Fue el momento donde cristianos y turcos midieron, con lo mejor que tenían en sus ejércitos, la capacidad y resistencia del contrincante. Los normandos de Bohemundo se situaron en el flanco izquierdo y los normandos de Roberto de Normandía en el centro, con Raimundo de Toulouse. Los selyúcidas comenzaron el ataque con sus arqueros a caballo y sus grandes movimientos de medio arco. Los cristianos hicieron gala de una feroz carga que causó el caos en las filas turcas. La efectividad de la caballería normanda contra los jinetes turcos engrandeció la fama de este colectivo, disputándose así el prestigio de los mejores *militēs christi*, donde el valor y el arrojo fruto de las victorias fueron vitales en las duras condiciones de una peregrinación armada.

Más adelante en la campaña, las tropas cristianas llegaron a Antioquía. Esta urbe constituía una joya arquitectónica en el paisaje palestino, decorada con grandes murallas y altos torreones. Su control, ambición de la élite cristiana, fue fundamental para asegurar la vía de peregrinación a Jerusalén, así como para consolidar los territorios adquiridos por los nobles cruzados. El protagonismo y el éxito de la conquista de Antioquía recayó, otra vez, en Bohemundo de Tarento y sus normandos. Los primeros días del asedio, junto a Roberto de Flandes, el normando engañó a la guarnición selyúcida hostigándola y fingiendo una retirada, para después derrotarla delante de la gran ciudad, demostrando de esta forma su poderío y habilidad estratégica. Pero dicha habilidad no quedó ahí. Mediante una serie de maniobras diplomáticas llevadas en secreto que se desarrollaron durante los últimos meses del asedio a la ciudad, sobornó a un guardia llamado Firuz y éste, seducido por el oro, abrió una puerta escondida para que un grupo de normandos se introdujese en el interior “a furto” y falicitara la entrada de todo el ejército cruzado. La hazaña de Bohemundo y sus seguidores pronto llegó a su fin ante la llegada de las tropas de Kurboqa, que en ayuda de la ciudad turca la rodearon con toda la hueste normanda dentro. Los normandos se convirtieron, de este modo, en sitiadores-sitiados. Las crónicas argumentativas que ofrece la obra nos brindan una interesante perspectiva sobre el intento de enaltecer la fama y el valor por las conquistas de Nicea y Antioquía ante la difícil situación que vivieron los cruzados normandos en el sitio de esta última. Las duras condiciones del sitio, donde se llegaron a sacrificar caballos y algunos infantes murieron de hambruna, cuestionó severamente la reputación de los normandos ante los constantes episodios de desertión que hubo en las filas de los nobles. Los motivos quedan claramente explicados en la obra: el pretexto de la falta de los privilegios lujuriosos y las graves condiciones del asedio mermaron la reputación que los normandos habían adquirido en batallas anteriores. Aquí es donde encaja el rasgo cobarde del normando en contraposición a su coraje por los éxitos obtenidos. Las desertiones, que recayeron fundamentalmente en la aristocracia caballeresca, chocaban con la idea del líder normando como emblema de la valentía, al haber demostrado este, públicamente, su determinación en combate en varias ocasiones. Además, habiendo realizado juramentos de lealtad como *militēs christi*, donde aseguraban preferir la muerte antes que albergar esperanzas de vida frente al infiel, las desertiones desmitificaron en parte la idea del guerrero normando. En términos generales, la concepción del coraje y la cobardía en Las Cruzadas transformaron la imagen del normando como un nuevo tipo de guerrero cristiano.

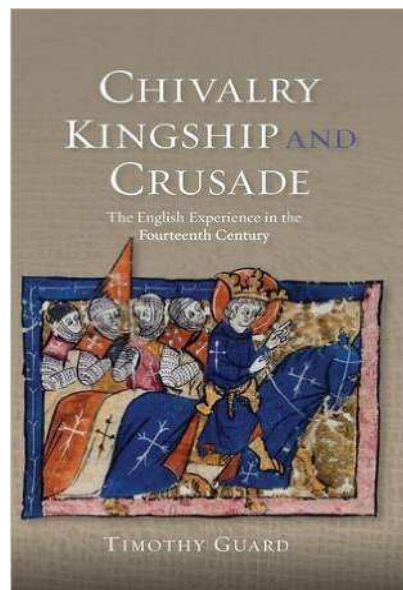
Crusading and Pilgrimage in the Norman World es una selecta obra cuya aportación a la historiografía de Las Cruzadas consiste en situar las particularidades del colectivo normando de forma específica, precisa y aclaratoria. El desarrollo de la Primera Cruzada y sus líderes principales ostentan un papel primordial en el relato del estudio, quedando tanto la Segunda y Tercera Cruzada en un plano menos relevante, incluso insuficiente si se pretende analizar la progresión del colectivo desde perspectivas temporales distintas. Sin embargo, la obra es un estudio esencial para comprender la progresión de uno de los grupos formadores de la Europa Occidental.

Timothy GUARD: *Chivalry, Kingship and Crusade: the English Experience in the Fourteenth Century*, Woodbridge, Boydell & Brewer Inc., 2013, 280 pp., ISBN: 9781783270910

Gonzalo Franco Ordovás
Universidad de Zaragoza

Los ingleses y las cruzadas en el siglo XIV, ¿espejismo o realidad?

La obra del profesor T. Guard se articula como elemento continuador en el balance del cuadro historiográfico anglosajón enfocado a analizar la presencia de nobles ingleses en las cruzadas a lo largo de la Baja Edad Media, con el objetivo de desmentir la percepción generalizada en la historiografía medieval que afirma la existencia de un escaso compromiso por parte de éstos hacia la guerra santa en el siglo XIV. El presente libro se enmarca, por lo tanto, dentro de una perspectiva ya preestablecida y novedosa, aunque no especialmente trabajada. Los estudios de C. Tyerman¹ y N. Saul,² así como las indagaciones anteriores de clásicos como P. E. Russell,³ ponen de manifiesto la existencia de fuentes y estudios suficientes para abrir nuevas líneas de investigación al



respecto, sin realizar, no obstante, un cotejo detallado de las mismas. Guard incide fundamentalmente en este último punto, poniendo sobre la mesa una gran variedad de fuentes y datos⁴ fruto de una intensa labor de investigación y que terminan por demostrar que el radio de acción de la nobleza inglesa en las cruzadas bajomedievales fue muy amplio y, en ocasiones, realmente intenso. Sin embargo, para algunos historiadores como N. Housley esta paciente faceta investigadora pierde originalidad a la hora de ofrecer una visión crítica, diluyéndose así la obra en una descripción de acontecimientos y particularidades que concluyen en razonamientos poco innovadores.

La primera parte del libro se inicia con un prólogo dedicado a introducir una serie de cuestiones previas relativas a las cruzadas, haciendo referencia a aspectos como la concepción e instrumentalización de las mismas, incluyendo el amplio abanico de dificultades y problemas a los que se debía hacer frente al llevar a cabo estas campañas. Posteriormente continúa realizando una descripción de la presencia inglesa en una serie de ámbitos geográficos y temporales, acotando el marco cronológico alrededor del Trecentos. En primer lugar

¹ Christopher TYERMAN: *England and the Crusades, 1095-1588*, Chicago, University of Chicago Press, 1996.

² Nigel SAUL: *For Honour and Fame: Chivalry in England 1066-1500*, Londres, Penguin Books, 2011.

³ Peter E. RUSSELL: *English Intervention in Spain during the Reigns of Edward III and Richard II*, Oxford, Clarendon Press, 1955.

⁴ Cabe destacar la mención que hace el autor de un variado número de documentos ubicados en archivos selectos de lugares como Oxford, Stafford, Worcester o la propia Ciudad del Vaticano.

plantea la participación de varios nobles ingleses en las expediciones a Tierra Santa, relatando algunos episodios como la cruzada de Alejandría y fijando paralelamente el fin de las empresas europeas en este enclave geoestratégico. En segundo lugar se introducen la Península Ibérica y el norte de África como espacios en los que un amplio número de ingleses tuvieron la oportunidad de tomar partido en determinadas contiendas puntuales, como algunas correrías realizadas contra el reino de Granada o la cruzada tunecina de Luis II de Borbón.⁵ Ese perímetro de ejecución sigue sin ser, no obstante, satisfactorio y concluyente, debido en gran medida a que en esta centuria las incursiones contra la frontera islámica en los diferentes reinos peninsulares se vieron bastante reducidas, sobre todo a causa de sucesos como la Guerra Civil Castellana o la Guerra de los Dos Pedros, donde asimismo habrían de intervenir algunos ricos hombres ingleses cercanos al Príncipe Negro. Se incorpora entonces un tercer escenario, el Báltico, en el que la presencia inglesa, según el autor, será mucho más intensa, esencialmente en lo concerniente a las campañas de la zona de Prusia donde fueron destacables las maniobras de los condes de Warwick, Stafford o Lancáster. Intercala también a tal efecto una breve cronología con los hitos más señeros de estas expediciones, estableciendo a lo largo de la segunda mitad del XIV dos periodos clave en cuanto a la concurrencia de ingleses en la campaña prusiana. Termina Guard este apartado haciendo alusión a un cuarto espacio de actuación en torno a Constantinopla y Europa Central, contemplando la expansión de los turcos otomanos y el problema político que planteaba el dominio de Grecia. De la misma manera y en relación con ello centra sus estudios en la cruzada encabezada por Amadeo VI de Saboya en 1366 y la batalla de Nicópolis, donde también se conoce la implicación de ciertos integrantes de la aristocracia inglesa.

La segunda parte de la obra se afronta desde un punto de vista más analítico y reflexivo utilizando, como ya se ha apuntado, algunos de los casos anteriormente expuestos para ahondar en temáticas múltiples como la naturaleza del servicio militar, la religiosidad y devoción de los participantes, la imagen que se tenía de los ingleses en Europa a raíz de su intervención en la Guerra Santa o el calado de sus intenciones en la literatura épica y crónica del momento. El autor señala del mismo modo una serie de reflexiones que, si bien se encuadran dentro del panorama de estudio de las cruzadas, ponen de manifiesto algunos de los principales problemas que actualmente siguen siendo objeto de discusión acerca de la participación inglesa en ellas durante el siglo XIV.

En primer lugar, analiza si la devoción religiosa fue el motor prioritario de estas acciones o si, por el contrario, fueron el atractivo del botín, el enriquecimiento y la promoción personal las auténticas razones de peso a la hora de explicar estos desplazamientos, que a veces llegaban a ser realmente pesados, caros y escasamente rentables. Cuestiona además el autor, a raíz de este último argumento, si la cruzada, en el caso de la nobleza inglesa, se usó principalmente como un instrumento político para acceder a cargos de importancia dentro de la corte y la organización de la monarquía anglosajona. Una tercera vía de análisis se plasma en función de un asunto concreto, la familia Lancáster, que adscrita al linaje real de los Plantagenet parecía especialmente interesada en colaborar en este tipo de expediciones

⁵ Resulta revelador a este respecto indicar el uso, tanto en este capítulo como a lo largo de la obra, de la expresión *Spain (España)*, para referirse al conjunto de la Península Ibérica, en la que se inscriben los territorios pertenecientes a las Coronas de Castilla y Aragón, el Reino Nazarí de Granada y los reinos de Navarra y Portugal.

con la finalidad de enriquecerse y crecer. Se sugiere entonces igualmente la intromisión de este tipo de iniciativas dentro de las aspiraciones de Enrique de Lancáster al trono de Inglaterra, planteando así la idea de la cruzada como una forma de promoción personal de la nobleza que, en casos muy extremos, podía componer parte de la esfera propagandística y legitimadora que usaban algunos aspirantes al solio regio. Este fue el ejemplo de Enrique IV de Lancáster, quien llegó a deponer al rey Ricardo II en 1399 instaurando en el trono una nueva dinastía que dominaría Inglaterra durante buena parte del siglo XV. A partir de estos preceptos, Guard argumenta de forma incisiva y concisa cómo el supuesto abandono de la Guerra Santa por parte de Inglaterra en este tracto cronológico ha sido ampliamente exagerado, llegando incluso a referirse a esta época como una “edad de oro inglesa de las cruzadas” que, viendo el fin de las incursiones en Tierra Santa, buscó nuevos observatorios privilegiados de acción y desarrollo.

Sin embargo, haciendo referencia a lo comentado anteriormente, para algunos autores como el profesor Housley, de la universidad de Leicester, estas últimas afirmaciones de Guard no presentan un elemento novedoso dentro del marco historiográfico anglosajón, pues ya habían sido puestas de manifiesto en algunos de sus estudios acerca del desarrollo de las cruzadas a lo largo de las últimas centurias de la Baja Edad Media y en los inicios de la modernidad,⁶ así como en otras investigaciones como las ya citadas de Tyerman o Saul. No obstante, las investigaciones de Guard no sólo plantean estas cuestiones sino que intentan ahondar en las mismas a partir del estudio de casos concretos que se inscriben en un marco espacial y temporal bastante amplio. Por lo tanto, es innegable la intensa labor que ha desarrollado este autor a lo largo de una obra que demuestra la existencia de recursos documentales suficientes para continuar las tareas de investigación sobre la presencia inglesa en las cruzadas bajomedievales, abriendo un amplio horizonte de posibilidades para futuros estudios enfocados en el análisis no sólo de ésta intervención, sino también en las razones que llevaron a sus protagonistas a plantearse tan arduas empresas, así como el aprovechamiento que éstos hicieron de las mismas para promocionar sus intereses políticos y económicos. En suma, la obra de Guard aporta una visión renovada y original para interpretar la participación de la nobleza inglesa en las cruzadas, un tema, sin duda, de largo recorrido historiográfico sobre el que, sin embargo, queda todavía mucho por investigar.

⁶ Norman HOUSLEY: *The Later Crusades, from Lyons to Alcazar 1274 – 1580*, Oxford, Oxford University Press, 1992.

Mike CARR: *Merchant Crusaders in the Aegean (1291-1352)*, Boydell Press, 2015, 198 pp., ISBN: 978-1-84383-990-3

Alberto Reche Ontillera
Institut d'Estudis Medievals – Universitat Autònoma de Barcelona

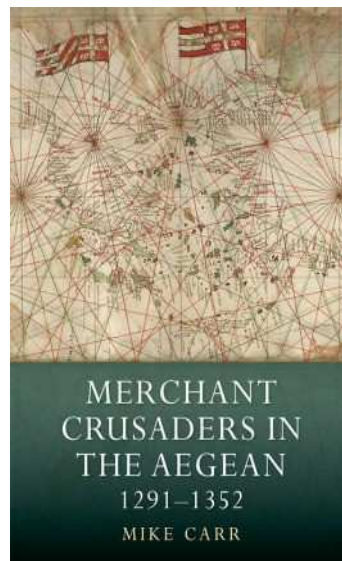
¿Mercaderes cruzados en el Egeo?

Mercaderes y cruzados, dos términos en principio antagónicos que se dan cita en *Merchant Crusaders in the Aegean (1291-1352)* y a los que el autor busca dar un maridaje no siempre fácil de conseguir. La premisa de Mike Carr es la de presentarnos un escenario cruzado atípico, alejado del discurso clásico de la historiografía de las primeras cruzadas canónicas; aquellas que tenían por objetivo la recuperación y mantenimiento de los Santos Lugares y que en el imaginario colectivo han quedado fijadas al papel de la caballería europea. Cierto es que estas visiones clásicas del fenómeno cruzado, que lo circunscriben al ámbito de Tierra Santa, han quedado en cierta medida superadas y el debate sobre el fenómeno cruzado ha ganado en matices, escenarios y combatientes, como lo demuestra cualquier repaso a la bibliografía de los últimos años sobre el tema.

Pero sigue siendo refrescante encontrar propuestas que se alejen de este marco espacial y cronológico y ahonden en otros escenarios cruzados, sin complejos.

Los estudios sobre el escenario mediterráneo y el papel de la práctica cruzada más allá de 1291 (año de la caída de San Juan de Acre, el último bastión cruzado) han pasado de puntillas por el siglo XIV y, bien especialmente, sobre su primera mitad. En este sentido, el poderoso influjo de la expansión otomana y la construcción del Turco como el Gran Otro a partir del siglo XV europeo ha ayudado poco a entender ese espacio cronológico que va de la caída de San Juan de Acre hasta las primeras victorias de Osmán I sobre el resto de *beys* y *beyliks* de la Península Anatólica y, sobre todo, sobre su expresión mediterránea. Precisamente será sobre este espacio cronológico sobre el que incidirá el libro de Mike Carr: el Egeo en tiempos de los *beyliks* turcos anteriores a la explosión otomana y cómo esta nueva presencia turca genera una reacción cruzada en la Santa Sede y las ciudades estado italianas, así como en los flujos comerciales del Mediterráneo.

Carr adopta una visión marcada en tres ejes que, para el período que nos ocupa, habían funcionado como tradiciones historiográficas separadas (Cruzadas, comercio y contactos interculturales). Cuando estos ejes se habían unido en otras épocas, por ejemplo en la de las Cruzadas a Tierra Santa del siglo XII, se limitaban a señalar la avaricia de los mercaderes que participaban en las expediciones –como el caso de genoveses o venecianos– y su abuso del movimiento cruzado para satisfacer sus ansias económicas, sin ahondar en las implicaciones últimas de la intervención de los elementos mercantiles en las campañas cruzadas. Por su parte, *Merchant Crusaders in the Aegean* presenta una visión integrada de los



tres elementos al entender que la acción mercantil de las ciudades italianas en el Egeo se imbrica perfectamente con las motivaciones papales y el ámbito cruzado, así como la construcción del enemigo, creando unas sinergias poderosas.

Esta dualidad hace que nos encontremos ante un libro a caballo entre la historia económica y la historia de las Cruzadas, en el que ambas esferas se combinan para tratar de explicar no ya los elementos clásicos del control del mar y de las rutas comerciales a principios del siglo XIV o la “degeneración” de la experiencia cruzada más allá de 1291 sino el surgimiento de un nuevo espíritu cruzado, canalizado por las repúblicas italianas y que, la mayor parte de las veces, tomará la forma de una liga naval, y los consiguientes mecanismos de construcción del enemigo: de cómo los turcos irán suplantando a bizantinos y mamelucos como el enemigo a abatir. Y sobrevolando estos elementos, el papel del papado como intermediario entre los intereses de estas repúblicas mercantiles y el ideario de cruzada. Estamos ante el germen de la reelaboración cruzada de la lucha contra el Turco a través de intervenciones navales, que tendrá su máxima expresión en la icónica batalla de Lepanto en el año 1571.

La especificidad del mundo egeo durante la primera mitad del XIV respecto a las Cruzadas clásicas se escenifica, también, en la distinta tipología de fuentes disponibles para el estudio de estas campañas militares y sus contextos. Así, mientras que para las Cruzadas del siglo XII la fuente histórica principal se encuentra en las distintas crónicas elaboradas al calor de los acontecimientos, como la de Guillermo de Tiro, para el tema que nos ocupa el panorama documental es profundamente diferente. Nos encontramos ya en plena expansión documental de las distintas cancellerías en juego. Los registros papales, ya sean los *Registra Avenionensia* o los *Registra Vaticana*, aportan multitud de detalles sobre el papel del Papado en la forja de las cruzadas en el Egeo, lo mismo que otras series documentales, como las bulas de Cruzada o los *Registra Supplicationum*. Por su parte, la participación de las siempre bien documentadas ciudades de Venecia y Génova permiten a Carr acceder a un gran paquete documental relativo a las disposiciones de los gobiernos de ambas ciudades o a la actuación de algunos personajes y familias en concreto.

El panorama cronístico, pese a tener menos peso que en el ámbito clásico de las Cruzadas, sigue estando bien representado: desde las obras de Marino Sanudo Torsello (el *Liber Secretorum Fidelium Crucis* y la *Istoria del regno di Romania*) hasta la crónica de Giovanni Villani o los personajes del *Decamerón* (que pese a no ser ni mucho menos un relato cronístico sí que presenta unos tipos humanos coherentes con su época, muchos de ellos conectados con el Egeo), las crónicas bizantinas o la crónica de Ramon Muntaner sobre la Compañía Catalana de Oriente. Como punto negativo, pese a la inclusión de referencia a la crónica de Muntaner, cabe señalar que Carr se olvida completamente del otro gran archivo de referencia para la época y el mundo mediterráneo: el Archivo de la Corona de Aragón, en cuyos fondos podría haber encontrado documentación útil para su estudio sobre la situación de las redes comerciales desde el contrapunto aragonés o la participación de las naves catalanas, valencianas y mallorquinas en el escenario comercial y militar del Egeo. Con todo, el problema es el de siempre con los estudios mediterráneos realizados desde el mundo anglosajón y no un demérito personal del autor: el desconocimiento de los archivos y las fuentes originales y el uso casi exclusivo de fuentes editadas. En este sentido se explica el hecho de que prácticamente toda referencia a los archivos papales, genoveses o venecianos se enmarque

en el contexto de una cita sobre recopilaciones documentales ya editadas. Volviendo al caso de la Corona de Aragón, refuerza esta afirmación el hecho de que únicamente cite referencias de dicho archivo que se encuentran incluidas en el clásico *Diplomatari de l'Orient Català* de Rubió i Lluch, publicado hace exactamente setenta años, muchos de los cuales han sido especialmente activos en cuanto a historiografía marítima y contactos mediterráneos. Por tanto, aunque novedoso en el acercamiento, no hemos de dejar de tener en cuenta que la propuesta de Carr se basa en la reelaboración de la documentación ya publicada y se asienta sobre el camino allanado por el sustento bibliográfico del que se nutre: no es difícil que una mayor comprensión de los archivos implicados y su documentación inédita matice o aporte nuevos datos sobre el esqueleto del libro.

A nivel de estructura, *Merchant Crusaders in the Aegean* ofrece una organización coherente de la información que permite seguir sin problemas el hilo conductor de las argumentaciones de Carr. Organizado en seis capítulos, más introducción y conclusiones, en su primer apartado "*The Splintered Aegean World*" nos encontramos con una panorámica del fragmentado escenario del Egeo, necesaria para entender el marco geográfico y político por el que nos moveremos a lo largo del libro, así como con un repaso a la relación entre las potencias occidentales y el imperio bizantino a lo largo del siglo XIII, a partir de la Cuarta Cruzada (1204).

"*A New Enemy: The Emergence of the Turks as a "Target" of Crusade*" nos introduce uno de los frentes en conflicto que se estudian en el libro: los *beyliks* turcos de Anatolia, desde su surgimiento hasta su afianzamiento y, sobre todo, las reacciones que la presencia de estos beylicatos provoca en Occidente. Bien diferentes a los *Turchi* de las primeras Cruzadas, es decir, los turcos seljúcidas, que desde el inicio son vistos como los enemigos naturales de los cruzados, los distintos beylicatos turcos surgidos a finales del siglo XIII son percibidos con cierta ambivalencia en el más frío de los casos –el Papado– o incluso con cierta admiración y simpatía, como se desprende de lo narrado por Ramon Muntaner en su crónica (aunque siempre hemos de matizar esta visión tan favorable de Muntaner, por proceder del entorno de una compañía de combatientes mercenarios enemistados con el emperador bizantino y, por tanto, favorables a encontrar puntos de unión con los enemigos de su enemigo). Sea como sea, parece ser que en un primer momento es más el pragmatismo que la fe lo que condiciona las visiones occidentales de los *beyliks* turcos a inicios del XIV. La conquista hospitalaria de Rodas cambiará esta tendencia, sobre todo a partir de la supresión del Temple y la redirección de las expectativas y objetivos de las órdenes supervivientes. Los hospitalarios sabrán vender entre las élites eclesiásticas, pero también entre las repúblicas mercantiles, la idea del peligro que suponía la expansión turca por los mares, como se empieza a ver de manera cada vez más descarnada desde finales de la década de 1310. La irrupción de la figura de Umur Pasha y su flota fueron la piedra de toque que acabó de cristalizar el cambio de actitud occidental respecto a los *bey* turcos.

"*Latin Response to the Turks: The Naval Leagues*" nos introduce en la nueva forma de respuesta cristiana a los avances de los beylicatos turcos: la Liga Naval. Lo interesante del capítulo, más allá de los orígenes de esta forma de actuación, es la descripción de las dos principales ligas navales organizadas en la cronología del libro: la de 1333-1334 y la liga organizada para la campaña de Esmirna (1343-1352) tratadas, eso sí, de una manera muy somera.

El capítulo cuarto, *Logistics and Strategies*, es quizá el más interesante desde el punto de vista de la historia militar. En él se desgranar, como su título indica, distintas observaciones sobre la logística y las estrategias llevadas a cabo durante las campañas. Estas observaciones van desde detenerse en la tipología de embarcaciones usadas en estas campañas (principalmente naves y galeras), en las tripulaciones y en el número de efectivos movilizados por embarcación. De nuevo en este apartado se echa en falta un mayor conocimiento de las fuentes catalanas, especialmente útiles en todo lo concerniente al armamento de naves a lo largo del siglo XIV. Cierra el capítulo un apartado sobre las tácticas navales que, si hacemos caso al título del mismo, son la única expresión de las *Strategies* anunciadas por el autor. Parece que la distinción entre estrategia y táctica en el *medieval naval warfare* aún tiene camino por recorrer a la hora de definir esferas conceptuales.

“*The Papacy and the Naval Leagues*” ahonda en el papel rector del Papado en la nueva estrategia cruzada enmarcada en la utilización de las ligas navales como herramienta preferente de freno ante el avance turco. Hemos de tener en cuenta, como nos recuerda Carr, que estas ligas no siempre estaban necesariamente dirigidas por el Papado o supeditadas a su política cruzada, ya que en ella se imbricaban las agendas políticas de los distintos poderes implicados. Por ejemplo, las primeras tentativas de liga naval anti-turca fueron capitaneadas por el gobierno de la ciudad de Venecia. Buena parte del interés del capítulo consiste en pulsar los ritmos de la intervención papal en la organización de las ligas y el papel de los distintos pontífices en ello (Juan XXII, Benedicto XII y Clemente VI), lo mismo que en detallar los mecanismos cruzados que se aplican a la organización de las diferentes ligas, tales como la proclamación papal y la predicación de la Cruzada, la concesión de indulgencias a los combatientes y otros elementos típicos de cualquier expedición cruzada.

Para acabar, “*Cross-Cultural Trade in the Aegean and Economic Mechanisms for Merchant Crusaders*” incorpora el último de los elementos presentes en el libro: el comercio con los beylicatos en el Egeo y cómo éste se ve afectado por las distintas ligas navales y el creciente espíritu de cruzada contra los dominios turcos. En este sentido, Carr se detiene en elementos como los embargos comerciales o las prohibiciones al comercio interconfesional para mostrar las consecuencias de la construcción del enemigo turco en el contexto del Egeo de principios del siglo XIV. También se ocupa de la otra cara de la moneda en esta situación de excepcionalidad comercial: la concesión de las licencias papales que permitían el comercio con “el enemigo”. Para Carr la utilización por parte del Papado de estas licencias era una estrategia útil a la hora de atraer a los elementos mercantiles al ámbito cruzado, en vincular la obtención de las muy lucrativas licencias comerciales con el apoyo a la política cruzada de la Santa Sede.

En definitiva, el libro de Mike Carr presenta una visión polifacética de la situación del Egeo durante la primera mitad del siglo XIV y los distintos niveles de intereses y expectativas que Venecia, Génova o el Papado tenían sobre el comercio y la lucha contra los beylicatos turcos. En cuanto a síntesis de conjunto sobre el período y las experiencias navales a caballo entre el comercio y la guerra, *Merchant Crusaders* es una lectura sugerente para entender mejor el caótico mundo del Mediterráneo Oriental a principios del siglo XIV. Con todo, alguna que otra vez esta polifonía de aspectos se nos presenta más como la aplicación forzada de un término feliz, el de *Merchant Crusaders*—que no deja de ser una simplificación categórica de las Cruzadas clásicas, útil para diferenciar la lucha en el Egeo capitaneada por

las repúblicas mercantiles italianas— que otra cosa. Pero, ¿todo lo que tiene que ver con Génova y Venecia tiene que ser calificado, automáticamente, con la etiqueta de mercantil?, ¿cuál es la relación exacta entre comercio y espiritualidad en este contexto?, ¿cómo se articulan las otras experiencias cruzadas, en el mismo espacio y época, que no se lanzan contra los beylicatos turcos sino sobre los griegos, los búlgaros, los alanos o los catalanes de Neopatria?, ¿estamos seguros de que, en la época, las experiencias en marina comercial y marina de guerra eran totalmente ambivalentes o estamos ante dos grupos humanos diferenciados en cuanto a necesidades, expectativas y objetivos? Como vemos, aún queda mucho por trabajar en este sentido y el libro de Mike Carr es una buena primera piedra en el camino.

José Ángel del BARRIO MUÑOZ: *Filipinas y la Guerra de Sucesión Española: Avatares y Sucesos en un Frente secundario (1701-1715)*, Valladolid, Castilla Ediciones, 2015, 188 pp., ISBN: 9788494456710.

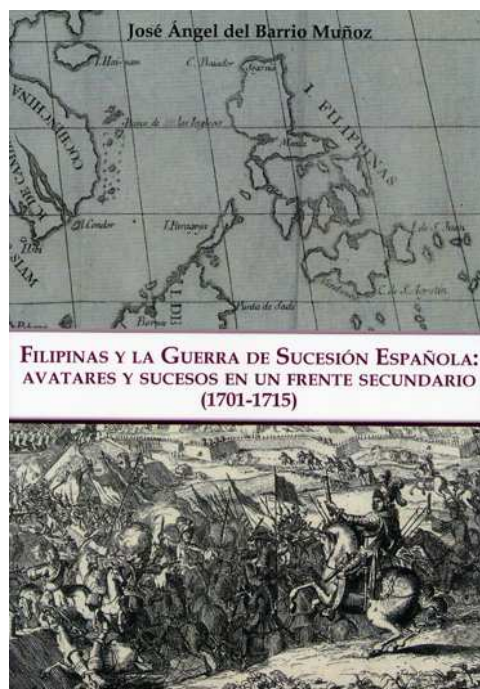
Antonio José Rodríguez Hernández
*Departamento de Historia Moderna, Universidad
Nacional de Educación a Distancia, España*

La Guerra de Sucesión en los confines asiáticos del imperio español

El libro que aquí reseñamos es la última obra de José Ángel del Barrio Muñoz, uno de los investigadores españoles que en los últimos años más se ha interesado en la historia de las islas Filipinas durante el siglo XVIII. Tras licenciarse en Historia por la Universidad Complutense de Madrid, se doctoró con honores por la UNED, en el 2010, dentro del itinerario de Historia Moderna. Su tesis – dirigida por el gran especialista de los mundos asiáticos y extraeuropeos en la Edad Moderna, Carlos Martínez Shaw –, versó sobre la figura de Fernando Valdés Tamón, Gobernador General de Filipinas entre 1729-1739. Investigación inédita, que tras su adaptación a libro, fue publicada en el 2012 por el CSIC, bajo el título de *Vientos de reforma ilustrada en Filipinas. El gobernador Fernando Valdés Tamón (1729-1739)*. Del Barrio también ha escrito varios textos científicos que han sido publicados en revistas y libros, centrándose la mayoría de ellos en el estudio de las Filipinas durante la época Moderna. Trabajos en los que analiza desde el despliegue de la construcción naval en el Cavite hasta los conflictos étnico-sociales que se producían en Filipinas – ante la gran variedad étnica, cultural y lingüística de las islas –, pasando incluso por el estudio de los desastres naturales en el pasado; en concreto la mayor y más destructiva erupción del volcán Taal, en 1754.

En este nuevo libro el autor nos relata una crónica totalmente desconocida de la Guerra de Sucesión española, y de la historia de los mundos asiáticos durante la Edad Moderna, ya que analiza la contienda desde un frente tan alejado como el filipino, rescatando para ello significativas fuentes primarias, la mayoría de ellas del Archivo General de Indias. Ciertamente, la Guerra de Sucesión ha sido un conflicto que durante las últimas dos décadas ha generado varios centenares de trabajos científicos, especialmente al hilo de la efeméride histórica. Muchos han profundizado en el conflicto de una manera militar, política, diplomática, regional o, incluso, ideológica, ante el claro significado de 1714 para Cataluña.

En este nuevo libro el autor nos relata una crónica totalmente desconocida de la Guerra de Sucesión española, y de la historia de los mundos asiáticos durante la Edad Moderna, ya que analiza la contienda desde un frente tan alejado como el filipino, rescatando para ello significativas fuentes primarias, la mayoría de ellas del Archivo General de Indias. Ciertamente, la Guerra de Sucesión ha sido un conflicto que durante las últimas dos décadas ha generado varios centenares de trabajos científicos, especialmente al hilo de la efeméride histórica. Muchos han profundizado en el conflicto de una manera militar, política, diplomática, regional o, incluso, ideológica, ante el claro significado de 1714 para Cataluña.



Otros han ahondado en el significativo cambio dinástico, la llegada de los primeros Borbones a España, los cambios generados por la Nueva Planta o incluso el Austracismo. Pero los trabajos dedicados al conflicto fuera del marco español, o europeo, han sido mínimos, algo especialmente reseñable al tratarse de uno de los primeros conflictos globales de la historia – que se desarrolló en los campos de batalla de España, Flandes, Italia o Alemania, y sus costas–, pero también en el vasto territorio colonial de las potencias en liza. Desde el punto de vista asiático, poco sabíamos del desarrollo de este conflicto, ya que la historiografía nunca ha tenido interés en investigar las implicaciones de la Guerra de Sucesión en ese recóndito solar del imperio español. De aquí la enorme pertinencia de este trabajo científico, que nos ayuda a entender mejor cómo se vivía y desarrollaba un conflicto a miles de kilómetros de su epicentro.

El libro comienza con una brevísima introducción en la que el autor, de una manera muy sobria, directa y sin artificios, dibuja el marco de estudio de la guerra y lo que hasta el momento se sabía de su desarrollo en las islas Filipinas: prácticamente nada. Tras ello, el libro se organiza en ocho capítulos estructurados en dos grandes bloques, además de unas conclusiones –a modo de reflexiones finales–, y unos interesantes apéndices documentales que engloban 28 páginas. El amplio anexo documental es sin duda sugerente, ya que nos ofrece textos relevantes para el estudio, los cuales nos ilustran –de mano de sus protagonistas– sobre numerosas cuestiones capitales para entender, y contextualizar, el estudio que aquí analizamos, ofreciéndonos una perspectiva mucho más directa.

El primer gran bloque del libro versa sobre las repercusiones del conflicto en el orden interno, dentro de las islas y su sociedad. En cuatro capítulos el autor analiza la guerra y sus repercusiones internas, ideológicas y de poder, y las implicaciones que tuvo el cambio dinástico en las islas. Para ello, en el primer capítulo analiza a los dos gobernadores del archipiélago durante este periodo, y sus funciones. Desde el primer momento las islas claramente se posicionaron a favor del candidato borbónico, como también lo hizo el virreinato de Nueva España, del que dependían éstas, y su necesario nexo de unión con la metrópoli. La rápida alineación a la causa borbónica simplificó las cosas a sus gobernadores, pero ciertamente las dudas estuvieron en el ambiente ante la conjunción de la amplia presencia de extranjeros en las islas y de personas provenientes de la Corona de Aragón. Los dos gobernadores tuvieron un importante papel dentro de este entramado de sospechas, dudas y fidelidades que no parecían seguras. Se trató de dos personajes muy diferentes entre sí. Domingo Zabalburu llegaba al cargo con un escaso bagaje de servicio a la monarquía, y una mínima experiencia, al haber comprado el puesto en la gran coyuntura venal que se inició en la década final del siglo XVII, en la que la falta de medios económicos obligó a la corona a poner en venta multitud de honores y cargos. Pese a las críticas bien fundadas –y a los miedos que generó su nombramiento–, Zabalburu llegó a las islas en 1701 con la noticia de la muerte de Carlos II, y con la orden expresa de mantener la paz y tranquilidad, algo que a pesar de algunos momentos de crispación cumpliría. Incluso algunos historiadores de Filipinas del siglo XVIII vieron en él a uno de los mejores gobernadores de las islas. Su sucesor, en 1709, fue el navarro Martín de Ursúa, el cual llegaba a la gobernación por méritos propios, tras su buena labor al frente del gobierno del Yucatán y tras superar un juicio, pero defraudado por no ser el ascenso que el mismo esperaba. Ambos gobernadores apoyaron las guerras de la monarquía recaudando algunos donativos, pero su gran aportación fueron las medidas internas para

afianzar el control borbónico de las islas y evitar la creación de una quinta columna interna, siendo esencial la vigilancia de los extranjeros.

En el segundo capítulo se analiza, y se desmitifica, una cuestión básica: la falta de comunicación y el completo aislamiento de Filipinas durante este periodo. Para ello el autor analiza las llegadas y salidas de la Carrera del Galeón de Manila, el cual sufrió más pérdidas por naufragios que por cualquier otro motivo. De hecho, sólo en 1709 los británicos consiguieron capturar la *Encarnación*, un navío de poco porte y 20 cañones, siendo éste su único éxito. Por tanto, del Barrio consigue superar algunas apreciaciones previas poco contrastadas que hablaban de la total desconexión de Filipinas con la península durante este periodo, ya que a pesar de la contienda, el comercio, las personas, avisos y recursos entre Nueva España y Manila continuaron fluyendo sin excesivos contratiempos.

Los capítulos 3 y 4 están dedicados a los dos mayores problemas de orden interno a los que las autoridades filipinas tuvieron que enfrentarse. Ambos tenían una base ideológica austracista, pero –como bien se demuestra por el autor– en realidad se trataba de una lucha de poder entre los particulares intereses de las distintas facciones del clero que dominaban el archipiélago, las cuales deseaban acaparar privilegios, por lo que la acusación de austracismo a sus rivales podía allanar el camino a la consecución de sus objetivos. El obispo dominico de Nueva Segovia, Diego de Gorospe, fue acusado de rebelde, si bien al final –pese al revuelo causado– la denuncia fue desestimada por el Consejo de Indias. El hecho más importante fue el cisma surgido entre la orden de los Agustinos Recoletos, entre su partido castellano y aragonés, ya que reflejó una importante disputa con un claro trasfondo político. Se trató de una lucha de poder en toda regla, la cual se solucionó a cañonazos por el oidor José Torralba, que aprovechó hábilmente la coyuntura para encausar a otros personajes ajenos a dicho episodio, pero enemigos suyos. La jugada no le salió bien a Torralba, y finalmente fue investigado y acusado de desfalco por el Consejo de Indias.

El segundo bloque del libro, que abarca los últimos cuatro capítulos, se centra en cómo las islas Filipinas se prepararon para defenderse durante la Guerra de Sucesión, y de cómo intentaron solucionar y gestionar las amenazas externas de invasión, analizándose las relaciones con otras potencias europeas presentes en esas latitudes: especialmente los holandeses, los ingleses –enemigos durante la contienda– y los franceses, aliados de España. En mi opinión el capítulo 5 es uno de los más interesantes de todo el libro ya que nos acerca a las medidas defensivas que se debieron tomar en las islas durante la contienda. Medidas complicadas ante la falta de medios, ya que los gobernadores intentaron siempre conseguir la autosuficiencia defensiva. Por ello implantaron medidas realistas para fabricar localmente armas de fuego portátiles, cañones y pólvora –artículo más complicado de producir en la región, ante la carencia de salitres–, intentando cubrir así las necesidades internas sin tener que acudir a la importación. Además se consiguió mejorar las instalaciones portuarias, y se construyeron varios barcos de guerra para defender las costas de la gobernación, al tiempo que continuó el tráfico del Galeón de Manila. En conjunto, unas medidas que paliaban las necesidades defensivas más graves sin tener que acudir al exterior, ante la dificultad de encontrar medios durante un conflicto bélico, lo cual supone un notable éxito de los gobernadores de las islas, y de su sociedad, que aportó los medios necesarios.

Los capítulos 6 y 7 abordan las dos amenazas más serias que se ceñían sobre las islas Filipinas, mientras que en el capítulo 8 se analizan las relaciones con Francia. Esta última

aprovechó la instauración de los Borbones en España para potenciar su comercio con China, utilizando las bases españolas en las Marianas como escalas obligadas, practicando un comercio no autorizado, y sin que a nivel militar sus barcos supusieran una ayuda contra los navíos de las naciones hostiles. El enemigo más fuerte y peligroso que tenían los españoles en la región eran los holandeses de la VOC (Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales), que disponían de un enorme potencial económico, militar y naval, ya que en 1704 la compañía disponía de al menos 81 embarcaciones en la región. Los neerlandeses planearon una invasión a gran escala sobre Filipinas, ante la enorme oportunidad que suponía el control estratégico del archipiélago para salvaguardar sus posesiones en el Extremo Oriente, siendo el primer objetivo la toma en primera instancia de Manila, como llave de las islas. Pero el plan se desestimó con rapidez ante la gran cantidad de recursos necesarios para su consecución, y las pocas posibilidades que supondría la retención de las islas en manos holandesas una vez acabado el conflicto, como bien se comprobó con el precedente de la toma de Pondicherry a los franceses, en la India, durante la Guerra de los Nueve Años (1688-1697). Noticias que muy pronto llegaron a oídos de los españoles, que consiguieron calmar la situación, ya que además la VOC parecía demasiado ocupada en participar en acciones bélicas en Java, apoyando a los reinos indígenas afines para aumentar su dominio. Pero una vez pasados los primeros años del conflicto las acciones bélicas quedaron descartadas, y realmente existió una verdadera permeabilidad comercial entre Batavia y Manila. Bajo una capa de disimulo parece que el comercio siguió fluyendo a pesar del conflicto y las prohibiciones. La guerra que se practicaba en lugares tan alejados, con medios tan escasos, en muchos casos parece que era descartada debido a que era opuesta al gran objetivo de la presencia europea en esos lares: el comercio y el lucro que reportaba a los grandes negociantes.

El enemigo más combativo durante la contienda fue sin duda Inglaterra. Nación que tenía intereses en la zona, orientados especialmente al comercio con China, llegando a aumentar a comienzos del siglo XVIII el tráfico naval. Los ingleses disponían del enclave de Pulcondor, en un archipiélago cercano a las costas de Vietnam, del que fueron desalojados en 1705, tras una insurrección protagonizada por mercenarios macasares, que habían estado a sueldo inglés, pero que disponían de un claro apoyo de los poderes regionales. Esto demostró que los intereses comerciales ingleses en el entorno cercano a Filipinas no estaban tan consolidados todavía, por lo que su peso comercial no era entonces tan importante y lucrativo como el practicado por la VOC. Eso abrió las puertas a prácticas más agresivas contra los españoles como el corso, ya que el comercio inglés no podía ser perjudicado por las represalias hispanas. De esta manera, los ingleses pondrían sus miras en la captura del Galeón de Manila. Lo intentarán sin éxito en 1704, y en 1710 lo conseguirán, al capturar uno de los dos navíos que realizaban su viaje a Acapulco, ante las órdenes de la marina inglesa de correr en corso la costa del Pacífico americano. Tres fragatas inglesas –todas con más porte y cañones– conseguirán capturar el patache *Encarnación*. Los navíos británicos intentarán hacer lo mismo con el navío *Ntra. Sr. de Begoña*, pero éste, dotado de 40 cañones y construido con excelente madera filipina, era una pieza que no estaba a su alcance, y tras 2 días de combate tuvieron que desistir. Un episodio diametralmente opuesto fue el ocurrido en 1710, cuando los mismos navíos corsarios ingleses se presentaron en el puerto de Umatac, en Guam, ondeando banderas blancas. Solicitaban ser reabastecidos o de lo contrario realizarían hostilidades contra las posiciones españolas en las Marianas. El gobernador Juan Anto-

nio Pimentel accedió a sus demandas ante las pocas fuerzas de las que disponía, unos 130 hombres, negociando con los ingleses la liberación de casi todos los tripulantes de la *Encarnación* que tenían prisioneros. Pimentel sería investigado y depuesto por la decisión tomada, si bien el principal problema era las malas condiciones defensivas de las Marianas, el antemural defensivo de las Filipinas, algo que ahora conocemos especialmente gracias al aporte documental del libro, en especial gracias al anexo documental de las páginas 152-156.

Como elemento final del libro cabe destacar las conclusiones formuladas por José Ángel del Barrio, que no hacen otra cosa que reflejar la idea principal que se destacaba en la introducción: señalar que a pesar de ser un frente secundario, y alejado de la Guerra de Sucesión, no fue un territorio olvidado, y que en ningún caso estuvo ajeno a la guerra, a pesar de la distancia. A nivel interno hubo acusaciones de disidencia, pero éstas fueron menores, y la guerra interna estuvo lejos de estallar. Más importantes fueron los temores a una acción externa que desestabilizase la situación, algo que nunca ocurrió, por lo que el principal daño fueron los ataques corsarios ingleses hacia el Galeón de Manila, una fórmula de guerra de desgaste cuya intención era perjudicar a corto plazo la economía enemiga, pero que no suponía una verdadera amenaza al dominio territorial hispano en la región, si bien éste no disponía de las suficientes fuerzas militares como para enfrentarse con solvencia a una invasión enemiga decidida. Estas conclusiones son particularmente relevantes también por las diferentes preguntas que se realiza el autor, y que al mismo tiempo intenta contestar, algo que aporta nuevas perspectivas a la investigación. Además, también conviene destacar la precisa síntesis que estas conclusiones suponen, apoyadas también por el mapa de la página 137, que supone un excelente resumen visual de la dinámica de la Guerra de Sucesión en las Filipinas.

En conjunto se trata de un libro de investigación que nos acerca a una dimensión de la Guerra de Sucesión Española que desconocíamos. El autor aborda en este estudio algo totalmente inexplorado, lo que suponía al mismo tiempo un aliciente y una gran dificultad, especialmente ante la escasa bibliografía existente. Obstáculos que ha podido superar con gran acierto gracias a la investigación realizada sobre fuentes primarias de archivo, que no son fáciles de localizar, y que por el tiempo y la distancia contienen muchas lagunas. Pero a pesar de esas dificultades estamos ante una investigación seria y muy bien acabada, que además está escrita con mucha claridad y acierto, y en un lenguaje muy ameno que hace disfrutar al lector de una historia poco conocida de la Guerra de Sucesión. Un estudio modélico para poder conocer mejor las guerras que se desarrollan en territorios alejados de los epicentros de los conflictos europeos, y que por tanto suponían un verdadero reto para los Estados, ante sus limitaciones geoestratégicas, militares y humanas; pero también un desafío para las limitadas comunidades europeas que habitaban la región y que se necesitaban entre sí para comerciar y obtener todo lo que necesitaban para sobrevivir.

Allan KUETHE y Kenneth ANDRIEN: *The Spanish Atlantic World in the Eighteenth Century. War and the Bourbon Reforms, 1713-1796*, New York, Cambridge University Press, 2014, 402 pp., ISBN-13: 9781107043572.

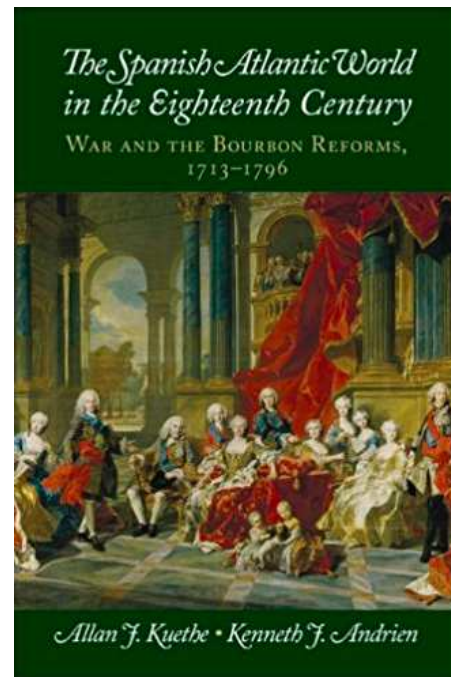
David Ferré i Gispets
Universitat Autònoma de Barcelona

Excepcionalidad, cambio y equilibrio: una visión multifocal de la política atlántica de los primeros Borbones

El advenimiento de la dinastía borbónica al trono de Madrid trajo consigo una importante ola de reforma y cambio en la naturaleza organizativa de la Monarquía Hispánica. Desde los primeros compases del reinado de Felipe V hasta los últimos años del siglo XVIII, los monarcas de la casa de Borbón —y también sus ministros y gabinetes— intentaron modificar y adaptar las estructuras del antiguo estado de los Austrias a las nuevas necesidades internas e internacionales que la Europa de la nueva centuria exigía. El frágil equilibrio internacional conseguido por los Tratados de Utrecht (1713) y Rastatt (1714) dejó un panorama de notables tensiones abiertas entre las potencias europeas, determinando las dinámicas políticas en el Viejo Continente hasta la Paz de París de 1763. Unas relaciones basadas en la conocida *Balance of power*, que se mantuvo a través de unos juegos de alianzas altamente cambiantes y que acabó derivando en un importante número de conflictos militares entre dichas potencias.

En estos conflictos —y ya desde la propia Guerra de Sucesión Española— fue ganando peso el escenario atlántico y, muy especialmente, el colonial. Bástenos mirar las condiciones coloniales recogidas en la Paz de 1713, o en el Tratado de La Haya de 1720, para comprobar la gran importancia que adquieren las posibilidades de facilitar o coartar el acceso a los territorios americanos del adversario geopolítico europeo. La guerra, la paz y los efectos de ambas pronto devinieron un elemento determinante en las relaciones entre la metrópolis y los territorios ultramarinos, estrechando progresivamente la distancia entre ambas. Precisamente este progresivo acercamiento entre Europa y los territorios americanos, los efectos de la guerra y los procesos de cambio y reforma que ambos favorecieron o entorpecieron, son algunos de los temas focales de la obra *The Spanish Atlantic World in the Eighteenth Century. War and the Bourbon Reforms*, de Allan J. Kuethe y Kenneth J. Andrien.

Ambos autores —notorios hispanistas y especialistas en historia moderna de la Lati-noamérica colonial— plantean al lector un sugerente volumen dedicado a la descripción y el análisis de las principales tendencias reformistas emprendidas desde el trono de Madrid para



asegurar la defensa y la viabilidad económica de las Indias a lo largo del Setecientos. Para ello, Kuethe y Andrien presentan una obra de estructura eminentemente cronológica, marcando un período temporal casi secular y delimitado por dos de los conflictos más relevantes que sacudieron el siglo XVIII. De hecho, la obra se abre al mismo fin de la Guerra de Sucesión Española (1702-1714) y concluye con las Guerras de la Primera Coalición contra la Francia Revolucionaria (1792-1797) y los primeros compases de la Guerra anglo-española de 1796-1802. Así pues, la guerra y sus consecuencias plasmadas en reformas jugarán un papel vital como leitmotiv principal del estudio. A lo largo de la obra, los autores se esfuerzan en demostrar de manera palmaria la relevancia de los efectos aceleradores o disruptivos de las coyunturas bélicas en los procesos de renovación administrativa emprendidos por la Monarquía Borbónica española a ambos lados del Atlántico. Las importantes dificultades derivadas de la gestión de los intereses militares y dinásticos en Europa y el Atlántico, así como las posibilidades ejecutivas abiertas por las necesidades de la defensa, son dos elementos prioritarios en las estrategias de transformación emprendidas por los monarcas españoles del XVIII.

Como ya se ha resaltado, la obra presenta un planteamiento general netamente cronológico y progresivo. Aun así, Kuethe y Andrien ofrecen también una subdivisión de naturaleza más temática de las secciones interiores. A través de esta propuesta estructural, los investigadores consiguen construir un discurso seguro y gradual que, a su vez, puede ser complementado y profundizado mediante las secciones temáticas sin que estas perturben la configuración eminentemente narrativa de la obra. A través de un discurso claramente estructurado, ágil y didáctico –aunque en ocasiones demasiado enfático y hasta cierto punto, repetitivo– nos encontramos ante una interesante mezcla entre el profundo espíritu académico que sustenta el estudio con una capacidad expositiva propia de una síntesis general. Esta dualidad convierte al volumen en una lectura atractiva para un público amplio más allá del círculo académico, manteniendo, eso sí, una solvente base bibliográfica –aunque a veces con unos toques marcadamente clásicos–. Dicha solidez se observa también en el ámbito documental, a través de la selectiva muestra de fuentes provenientes de archivos españoles e internacionales de primera línea, desde el indispensable *Archivo General de Indias* al *Archivo de San Francisco de Lima*, pasando por el *Archivo General de la Marina* o el *Archivo General de Simancas*.

Aunque tradicionalmente la historiografía dedicada a las transformaciones políticas, administrativas y económicas del Setecientos hispanoamericano se ha centrado en la importante actividad del reinado de Carlos III, la obra de Kuethe y Andrien intenta presentar una imagen de conjunto a través de una estructura abiertamente transversal. Siguiendo este esquema, y después de una completa introducción contextual e historiográfica sobre la materia, dedican casi dos terceras partes de su estudio a las iniciativas de cambio y transformación emprendidas por ministros y agentes de la Corona durante los reinados de Felipe V, Luis I y Fernando VI.

Los cambios emprendidos por figuras como Alberoni, Patiño, Campillo o Ensenada son expuestos con entidad propia y diferencial, lejos de concebirlas como meros prefacios a las grandes reformas acaecidas durante los ministerios de Esquilache, Aranda, o Florida-blanca. Nos encontramos, seguramente, ante uno de los puntos de mayor interés del libro. La vindicación de los proyectos de cambio emprendidos durante esta primera mitad de la

centuria, junto con el profuso repaso de las complejas condiciones geopolíticas donde se intentaron desarrollar, trazan una interesante imagen de las importantes interrelaciones existentes entre las esferas europea y atlántica de la Monarquía Borbónica. Kuethe y Andrien no dudan en enfatizar la relación directa del potente despliegue de la política dinástica de Felipe V en Italia con la ralentización de las iniciativas de cambio en América, ya sean el establecimiento del Virreinato de Nueva Granada o con las dificultades de la dura lucha contra el contrabando de origen francés o británico.

Precisamente la injerencia del resto de potencias coloniales europeas en América – esencialmente la Gran Bretaña y Francia– resultan otro elemento claramente resaltado en la obra. A través de un análisis de las concesiones comerciales hechas a británicos y galos en acuerdos, alianzas o tratados de paz derivados de la cambiante situación europea, y exponiendo las facilidades provistas por la posesión de bases territoriales próximas al territorio hispanoamericano –como Jamaica o la Luisiana–, los autores demuestran las claras intromisiones de ambas potencias en los mercados hispanoamericanos y en las relaciones entre la metrópolis y los territorios ultramarinos. El uso de fuentes diplomáticas depositadas en archivos como los *Archives des Affaires Étrangères* de París, los *Archives Nationales* de France o los *National Archives* de Londres sirven para definir y asentar documentalmente todas estas acciones.

Todos estos factores –el efecto de la guerra, las prioridades cambiantes de la Corona y la injerencia extranjera– siguen siendo elementos presentes en la segunda mitad del siglo, el período descrito por los autores como “*The pinnacle of Bourbon Reforms*”, entre 1763 y 1796. En esta coyuntura, Kuethe y Andrien retoman con fuerza el leitmotiv de la necesidad militar y de la defensa como elemento clave para la reforma. Tomando como punto de partida la toma británica de La Habana en 1762 y las complejas tensiones sociales en la Península durante el primer lustro de gobierno carolino, los autores plantean un profundo repaso de la acción reformadora de los agentes de la Corona en América, centrándose especialmente en la figura de José de Gálvez. En esta parte del estudio, vemos culminar la mayoría de las iniciativas apuntadas en los capítulos anteriores, especialmente aquellas de naturaleza económica. Los éxitos, pero, sobre todo, los fracasos de las primeras iniciativas reformadoras, serán entendidas, cambiadas y adaptadas por sus sucesores. Entre ellas se cuentan, por ejemplo, la progresiva liberalización de puertos o la apuesta definitiva por los navíos registrados en detrimento del sistema de flotas. La necesidad de contar con mayores sumas de ingresos para desarrollar una acción exterior activa en los frentes de guerra –coloniales y europeos– deviene una máxima clara de los reinados Carlos III y su hijo Carlos IV.

Los procesos definidos en esta obra, lejos de presentarse de manera unidireccional y meramente lineal, descubren una notable e intrínseca elasticidad. Aunque la guerra como un elemento tanto disruptivo como posibilitador del cambio y la transformación sea el tema principal de la obra de Kuethe y Andrien, ésta también aborda otras materias de parejo interés. Sin duda, el interesante choque que se produce entre las estrategias regalistas y directas de los agentes de la Corona –desde Alberoni a Floridablanca– y los grupos privilegiados tradicionales a ambas orillas del Atlántico –tanto religiosos como seculares– a lo largo de la centuria es uno de ellos. La atención prestada a estas resistencias a la reforma y la profundidad con la que se tratan, acaban de perfilar la voluntad integral de la obra, dándole un equilibrio interesante que definitivamente va más allá de la mera acción-reacción.

A lo largo de la lectura, se perfila una imagen nítida de cómo, en el siglo XVIII, la Corona sigue intentando acrecentar su poder ejecutivo a través de la negociación o, especialmente, a través de la excepcionalidad de la guerra. Una Corona que, aunque ausente y geográficamente distante, pretende de manera decidida acortar la distancia entre sus territorios, administraciones y agentes, inspirada tanto por principios reformadores como por la pujante necesidad. Los sendos capítulos dedicados a la lucha por la secularización de las Doctrinas de Indios a partir de 1749, la expulsión de la Compañía de Jesús en 1767 y los diferentes intentos de controlar o superar el Consulado de Cargadores a Indias pueden resultar claros e ilustrativos ejemplos de ello.

Siguiendo las principales tesis de la monografía, los autores plantean cómo la guerra y sus efectos facilitaron la materialización de la reforma, favoreciendo actuaciones expeditivas y directas por parte de la monarquía. Apoyándose en la necesidad extraordinaria del conflicto, la Corona podía saltarse los mecanismos de control y negociación tradicional. A la vez, se medraban o controlaban las herramientas de contestación propias de los grupos privilegiados que mantenían importantes intereses en los sistemas de funcionamiento tradicionales de las relaciones entre colonia y metrópolis. Aunque no conste explícitamente mencionado en el volumen, cabe mencionar que este tipo de prácticas políticas directas y escudadas en la excepcionalidad de la guerra resultaron una constante de la Europa moderna, tanto en la aplicación de reformas en suelo continental como colonial.

De todos modos, Kuethe y Andrien también exponen los resultados más inmediatos de esta política agresiva a lo largo de la centuria, manifestadas en forma de conatos de rebelión e insurrección tanto en América como en la Península. Para frustrar dichos estallidos antes de que se reprodujeran, la Corona utilizó estrategias diversas, magistralmente descritas a lo largo del volumen. Quizás la más notable de ellas –paradigmáticamente ejemplificada en el caso de Cuba– fue la de emprender las iniciativas renovadoras a través de pruebas piloto en zonas localizadas y bien controladas. El contexto cubano, ampliamente conocido por Kuethe, resulta muy presente en las primeras iniciativas emprendidas por los agentes de Carlos III, pero a la vez cuenta con importantes antecedentes reformistas ya desde tiempos de Alberoni, con los intentos de establecer el estanco de tabaco en la isla en 1718 y la subsiguiente reforma de la guarnición militar presente en La Habana. Estas estrategias nos conducen a otra constatación clave que los autores referencian a lo largo de su volumen: no podemos entender el territorio colonial hispanoamericano como un todo. Existen notables diferencias regionales que, además, son explotadas y acrecentadas mediante algunas de las reformas emprendidas por la monarquía. El caso de la pujanza comercial y tranquilidad de las regiones costeras –así como el papel vital de Nueva España en el sustentamiento de las nuevas políticas defensivas coloniales– contrastan claramente con las resistencias y dificultades de las zonas montañosas del Virreinato del Perú.

La obra se cierra con un apartado recopilatorio, acompañado de una nutrida cronología, que se nos presenta casi como un artículo independiente dentro del volumen. Estas breves páginas actúan como un efectivo compendio de los principales temas tocados a lo largo del estudio, y no dudan en reafirmar la imagen de un proceso de reforma elástico pero progresivo, sujeto a condicionantes complejos y cambiantes, pero firmemente presente en la nueva concepción de la Monarquía Española que aportaron los reyes de la Casa de Borbón. Este último capítulo concuerda claramente con la naturaleza global de *The Spanish Atlan-*

tic World in the Eighteenth Century. War and the Bourbon Reforms, demostrando que nos encontramos ante una obra eminentemente directa y expositiva, con un discurso claro y didácticamente trazado. De todos modos, es también en estos últimos compases de la lectura cuando se manifiestan con fuerza algunos elementos poco definidos.

La ausencia, por ejemplo, de un capítulo que abordase el resto del reinado de Carlos IV, que extendiese el foco analítico y las premisas utilizadas durante todo el volumen a las décadas inmediatamente anteriores a las independencias, se antoja demasiado notoria como para no comentarla. Abordar con mayor profundidad las consecuencias de las continuas contiendas derivadas de la acción napoleónica y británica en el Atlántico, la pérdida de la flor y nata del poder naval en Trafalgar, los efectos disruptivos de la ocupación de la Península por la *Grande Armée* a partir de 1808 o la difícil gestión de la restauración de Fernando VII a partir de 1814, resultarían un magnífico colofón para un estudio de la magnitud que hemos descrito hasta ahora.

De todos modos, dichos elementos no oscurecen en absoluto la auténtica dimensión del libro de Kuethe y Andrien. Una obra claramente útil para entender la compleja naturaleza de la reforma en el Siglo de las Luces, la lucha de regalismo contra privilegio y la difícil gestión del paso de una Monarquía compuesta a una estructura mucho más centralizada y ejecutiva planteado por los Borbones españoles para el global de sus territorios. Definitivamente, una lectura más que conveniente para comprender las importantes interrelaciones entre las esferas atlántica, mediterránea y europea de la Monarquía Borbónica española a lo largo del Setecientos.

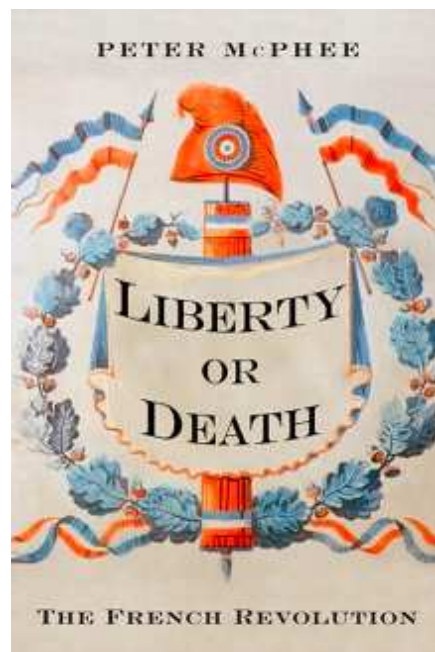
Peter MCPHEE: *Liberty or Death. The French Revolution*, Cornwall, Yale University Press, 2016, 468pp., ISBN: 9780300189933.

Josep Escrig Rosa
Universitat de València

Los orígenes de una cultura política revolucionaria

Pocas dudas caben del gran impacto y las tremendas repercusiones que provocó la Revolución Francesa, a una escala que superó con mucho el ámbito europeo. Superponiéndose no pocas veces a la experiencia independentista de las colonias inglesas, los procesos de transformación acaecidos en algunos territorios de la Europa continental, así como al otro lado del Atlántico, han sido vistos desde el prisma del 1789 francés. Más allá del modelo, evidentemente ya superado en tanto que paradigma historiográfico, no puede negarse, en efecto, que la crisis del Antiguo Régimen y la Revolución que le acompañó en Francia influyeron en el devenir político de no pocas monarquías y repúblicas de la época. A pesar de que las experiencias inmediatas que ayudó a propiciar acabaron muchas veces constituyendo un referente tanto o más fuerte que el de 1789, aún sigue siendo este un punto de partida inexcusable, tanto por su radicalidad como por la fuerza de las ideas que conformaron la Revolución.

Pasados más de doscientos veinticinco años desde su estallido, es un tema que se resiste a desaparecer del debate político, histórico e historiográfico. Muestra de ello es la nueva publicación de uno de los mejores conocedores de esa época, el profesor Peter McPhee. Con *Liberty or Death. The French Revolution*, McPhee ha hecho un notable esfuerzo por sintetizar sus principales aportaciones sobre el periodo que engloba el último tercio del setecientos francés. Se trata de una obra de clara vocación pedagógica que busca ofrecer al lector un trabajo depurado capaz de condensar tanto la explicación de los acontecimientos en sus múltiples facetas internas e internacionales, como de presentar los debates, interpretaciones y respuestas que el 1789 propició. Desde que publicara en el contexto del Bicentenario de la Revolución un trabajo sobre el enclave costero de Colliure entre los inicios del proceso y 1815, el historiador ha contribuido a poner en cuestión algunas de las lecturas tradicionales sobre el periodo. Junto a sus investigaciones sobre el ámbito de las transformaciones paisajísticas y de la explotación de los recursos naturales, destacan especialmente sus contribuciones a la renovación de la historia social y política francesa. Por un lado, en trabajos como *Living the French Revolution 1789-1799* (Palgrave MacMillan, 2006) advirtió sobre la necesidad de recuperar la dimensión social del cambio, escapando de aquellos análisis socioló-



gicos reduccionistas que consideraron a la Revolución como un fenómeno esencialmente vinculado a los grupos urbanos. Por otro, en *Robespierre: A revolutionary life* (Yale University Press, 2012) planteó estudiar los años del Terror sin atribuir a los jacobinos una tendencia natural –y cuasi obsesiva– a la utilización de la violencia como único medio de transformación política. Interpretación que, en todo caso, no debe llevarnos a minusvalorar el papel que esta jugó en un ambiente de incertidumbre, inestabilidad y continua amenaza contrarrevolucionaria, como bien insiste Timothy Hackett.

Liberty or Death es deudor directo del ánimo renovador que guió una monografía anterior, *The French Revolution, 1789-1799* (Oxford University Press, 2002). Pero entre una y otra existen diferencias, tanto en la extensión y profundidad de los análisis como en el enfoque teórico. La Revolución Francesa ha sido examinada generalmente desde dos perspectivas: una, la “minimalista”, que incidía en la escasa entidad de las transformaciones revolucionarias, especialmente en el campo social; otra, la “maximalista”, que ponía el acento en los cambios de diversa naturaleza que llevaron a la ruptura con el Antiguo Régimen. En *The French Revolution*, McPhee adoptó una posición ponderada entre ambos enfoques, aunque concluía insistiendo en las pocas variaciones que trajo consigo la Revolución para la mayoría asalariada de los franceses. Sin embargo, tras años de reflexión, su nuevo trabajo se encuentra mucho más cercano a aquellos otros que inciden en la trascendencia del desafío revolucionario, a pesar de que se produjeran notables continuidades en la sociedad. Como tendremos ocasión de examinar, *Liberty or Death* insiste en que los diversos decretos aprobados entre 1789 y 1791 se encargaron de sentar las bases de una nueva sociedad, aunque las fuerzas contrarias al cambio bregaran por mantener un *status quo* irrecuperable.

Para examinar los acontecimientos que tuvieron lugar en el territorio galo desde la crisis del Antiguo Régimen hasta el final del Directorio en 1799, Peter McPhee ha organizado su trabajo en torno a diecisiete capítulos detallados que se desarrollan siguiendo el orden cronológico. En su radiografía del panorama anterior a los inicios de la Revolución incide en que la principal característica del país era su diversidad institucional, política, cultural, lingüística y territorial. Una sociedad marcada por las desigualdades estamentales que se mantuvo en relativa estabilidad hasta la coyuntura crítica de los años 1785-1788. Al desabastecimiento, las constantes denuncias contra el despotismo ministerial y la práctica bancarota del Estado se sumaron escándalos de corrupción que salpicaban a la propia Corona. Todo ello ocurría sobre un nuevo espacio de opinión pública mucho más crítico que se había venido gestando al calor de los cambios materiales y de cultura política que propició ese movimiento plural que fue la Ilustración. La convocatoria de los Estados Generales para mayo de 1789 por parte de Luís XVI no fue sino el catalizador de toda una serie de tensiones no resueltas, aunque el horizonte revolucionario no se vislumbrara todavía.

A partir de este momento empezaba aquello que McPhee ha llamado “la revolución popular”, en referencia al amplio proceso de politización que vivió la sociedad francesa. Por un lado, las *cahiers de doléances*, a pesar de algunas críticas comunes, pusieron de relieve las diferencias insalvables en el seno de la Cámara entre el Tercer Estado y los sectores más privilegiados de la nobleza y el clero. Por otro, el “gran miedo” del verano de 1789, después de la declaración de la Asamblea Nacional y de la toma de la Bastilla, propiciaron que la población se armara y que los consejos y las milicias populares hicieran frente al vacío de poder

que trajo aparejado el desmoronamiento de las viejas estructuras. El fin del Antiguo Régimen se hizo evidente en agosto con la abolición del régimen feudal y la publicación de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, a pesar de las ambigüedades de esta última. La vieja sociedad estamental daba paso a una nueva de carácter liberal. Los decretos siguientes de 1790-1791 sobre la abolición de los gremios, el impulso del individualismo agrario, la nacionalización de los bienes eclesiásticos y la separación entre la Iglesia y el Estado que propuso la Constitución Civil y del Clero, entre otros, eran muestra evidente del surgimiento de una nueva cultura política revolucionaria esencialmente popular, cuyo calado a lo largo del país no iba a ser tan fácil como se pensó desde París.

El difícil encaje entre la legitimidad monárquica o histórica y la popular o revolucionaria se puso de manifiesto con la simbólica huida de la familia real en verano de 1791. El retorno (forzoso) de Luís XVI y la promulgación de una Constitución que establecía el reparto de poder entre el rey y una asamblea legislativa no sirvieron para calmar la situación. Las fuerzas contrarrevolucionarias, tanto extranjeras como internas, empezaron a movilizarse para salvaguardar el Altar y el Trono de aquellas medidas que habían trastocado o amenazaban sus posiciones y privilegios tradicionales, especialmente tras la ejecución del monarca. Como remarca McPhee, la guerra se convertiría a partir de entonces en el hilo conductor de la historia francesa hasta al menos la Restauración de 1814. Jacques Godechot, Arno J. Mayer o Jean Tulard nos recordaron en sus trabajos la necesidad de estudiar ese periodo teniendo en cuenta la complejidad y retroalimentación de la dialéctica revolución-reacción. Ambos extremos, y la pugna que entre ellos se entabló con la guerra como telón de fondo, fueron la base sobre la que se perfilaría la construcción del moderno Estado-nación francés. Como se puso de relieve en la insurrección de *la Vendée*, uno y otro formaron parte del novedoso escenario de la política en el que ésta trascendió los escaños parlamentarios para alcanzar nuevos espacios de lo público y controlar la opinión. Lejos de considerarse un elemento accesorio o intrascendente, en *Liberty or Death* la contrarrevolución es tratada como algo esencial: no sólo estuvo cerca en 1793 de desbaratar los avances conseguidos, sino que difícilmente puede explicarse la radicalidad de la república jacobina sin tener presente cuales habían sido sus campos y líneas de actuación.

Desde sus respectivas orillas, tanto los revolucionarios como sus opuestos entendieron la guerra como un elemento de depuración. Para los primeros, la formación de ejércitos republicanos conllevaba la interiorización de un nuevo espíritu patriótico y cívico. Se trataba para McPhee de una cultura militar novedosa que entendía la victoria sobre los contrarrevolucionarios como algo necesario para sentar las bases de una verdadera regeneración nacional: «es la guerra de la libertad contra el despotismo», escribiría un voluntario a su familia. Para los segundos, la sangre del enemigo vertida sobre el suelo francés era el elemento propiciatorio para purificar los excesos cometidos por la Revolución. Según Joseph de Maistre, a través del castigo se podía contemplar la mano ejecutora de Dios. Al mismo tiempo, el contexto de incertidumbre que acompañó el hundimiento del Antiguo Régimen podía ser aprovechado para promover la restauración de una utópica edad dorada. El futuro quedaba en manos de los múltiples actores.

La caída de Robespierre en julio de 1794 supuso también el fin de las diversas transformaciones que se habían impulsado en los años del Terror. Aunque por oposición, la reacción política, social y cultural termidoriana hubo de tener muy presente cuál había sido el

marco de la Constitución jacobina. Contrariamente a la interpretación que propuso en *The French Revolution*, McPhee plantea sugerentemente en su nueva publicación que el carácter restrictivo de los años del Directorio no significó una clausura de la Revolución. Este periodo, en palabras del historiador, no sólo no estuvo «condenado a fracasar», sino que fue «una parte íntegra» de la década de cambios que transformó el viejo orden en Francia, marcando también las trayectorias de muchos países a uno y otro lado del Atlántico e, incluso, el Mediterráneo. El conjunto de desafíos externos dio lugar a una profunda inestabilidad que fue aprovechada por Napoleón Bonaparte, un joven oficial del ejército cuya trayectoria política tras el golpe de Estado del 18 de brumario le llevaría a proclamarse emperador de los franceses en verano de 1802. Ahora sí, la Revolución, según McPhee, había terminado.

A modo de conclusión, *Liberty or Death* remarca la necesidad de estudiar la Revolución, partera de una nueva sociedad que empezaba a concebirse de forma autónoma, como un «rico semillero» de ideologías que difícilmente puede entenderse sin el horizonte cultural de las ilustraciones, la economía política o la naciente ciencia de la administración. Se trató de un fenómeno plural, de significación social no unívoca, sino polisémica, que fue vivido y sentido de muy distintas maneras, precisamente porque el principal agente transformador fue una sociedad civil también diversa. Esa cultura política revolucionaria se mostró capaz de expresar el descontento contra el viejo orden y de articular nuevos proyectos políticos sobre un país que contaba a finales del setecientos con un escaso grado de homogeneidad. El impulso nacionalizador hubo de ser negociado con las distintas entidades regionales en un proceso lento y discontinuo que no terminaría, como señaló Eugen Weber, hasta, al menos, la Primera Guerra Mundial. Pero más allá de las persistencias, lo que resultó evidente tras la vuelta de la monarquía en 1814 es que un retorno al Antiguo Régimen resultaba imposible. El nuevo régimen, remarca acertadamente Peter McPhee, no pudo hacer *tabula rasa* ni revertir la experiencia revolucionaria. La práctica política de los siguientes años pondría de manifiesto las dificultades de gobernar sin tener presente el conjunto de profundos cambios que habían transformado Francia en las tres décadas anteriores.

David CHANDLER: *Las campañas de Napoleón. Un Emperador en el campo de batalla de Tolón a Waterloo (1796-1815)*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2015, 1246 pp., ISBN: 9788490603260.

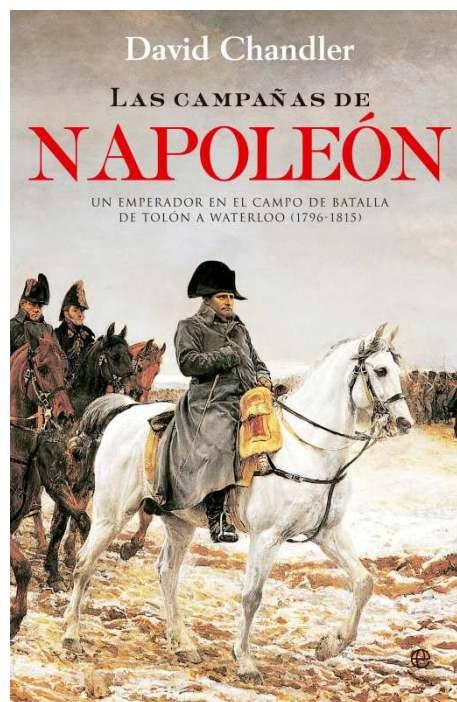
Alberto Cañas de Pablos
Universidad Complutense de Madrid, España

La obra total para entender al completo la epopeya napoleónica

A lo largo de la Historia muy pocas personas han tenido importancia suficiente como para tener el honor de dar nombre a toda una época. Es el caso del primer Emperador de Francia, Napoleón Bonaparte, y las llamadas Guerras Napoleónicas. Este período ha sido objeto de numerosísimos estudios y obras de todo tipo y desde toda perspectiva, desde el mismo momento en que se produjeron hasta hoy. La celebración de los recientes bicentenarios ha acentuado el proceso.

Hace justo ahora medio siglo, el británico David G. Chandler publicó por primera vez su monumental y ya clásica *Las campañas de Napoleón*, sobre los veinte años de carrera militar efectiva de Napoleón, transcurridos por toda Europa. El relato va desde la defensa de Tolón hasta su caída final en los campos belgas de Waterloo, sin olvidar los duros combates transcurridos en Siria y Egipto. Ahora se reedita en tapa blanda, si bien la estructura de este estudio de referencia es prácticamente la misma que en las versiones anteriores. Aprovechando la reedición de la obra quizá habría resultado conveniente transformar un volumen tan corpulento en dos de tamaño algo más pequeño, lo que facilitaría el acceso al lector. A pesar de la dificultad física de manejo, es útil tanto para quienes se acerquen a ella como obra divulgativa como para aquellos que trabajen con la obra desde un punto de vista científico.

Se trata de una gran obra en todos los aspectos. Durante sus más de mil doscientas páginas y cerca de noventa apartados repartidos en diecisiete capítulos, Chandler recorre la dilatada trayectoria militar del general corso, una epopeya en realidad que afectó a un continente entero durante dos décadas. El trabajo se abre con una buena introducción biográfica de cerca de veinte páginas, en las que el autor es capaz de combinar hábilmente exposición y reflexión sobre Napoleón y su pensamiento como militar y como estadista. Aunque quizá sea demasiado exhaustiva respecto al tema central del libro, que hace que éste tarde un poco en entrar en materia, sirve para establecer las coordenadas en las que se desarrolla la obra en el resto de sus capítulos. A continuación, la obra pasa a narrar los prolegómenos,



el desarrollo y las consecuencias de cada encuentro bélico en el que estuvo presente Bonaparte, o de los más importantes del periodo en los que no estuvo él en persona, como por ejemplo la batalla de Bailén.

Si esta obra merece un calificativo ese es el de ser detallista. En un alarde de detallismo total, Chandler se esfuerza en la mayoría de sus largos capítulos (cada uno tiene cerca de 70 u 80 páginas de media) en explicar al máximo cada batalla, así como sus antecedentes y las consecuencias que la sucedieron. Al mismo tiempo, en algunos trata cuestiones que engloban la carrera de Napoleón en su conjunto. En todos ellos el relato es vibrante y lleva al lector de un punto a otro del combate, sin olvidar reacciones, errores y comportamientos de unos y otros. La ambición de “totalidad” de Chandler llega a todos los puntos posibles. Campaña a campaña, viaje a viaje, ataque a ataque, va desgranando elementos tales como el número de efectivos, cada uno de los movimientos, los responsables militares, el contexto político-militar anterior y posterior, etc. Chandler atiende a todos los elementos que puedan ayudar a comprender en su conjunto cómo fueron, casi en el nivel más básico, más cercano a la experiencia del soldado, las denominadas “Guerras Napoleónicas”.

La presencia de cerca de 70 mapas y diagramas a lo largo del libro contribuye también a clarificar de forma notable el desarrollo de los movimientos de tropas. A este respecto merecen una mención especial y una lectura detenida algunos apartados concretos. Puede mencionarse el cambio de paradigma bélico que supusieron las campañas en el norte de Italia, que supusieron «el final de la guerra restringida del siglo XVIII [que] tenía los días contados ante la energía e ideología de los ejércitos de la Francia revolucionaria, capitaneados por vez primera, por un general a la altura de sus potenciales» (pp. 176-177). Asimismo destacan los apartados dedicados a dos de los grandes triunfos de Napoleón de 1805: Ulm y Austerlitz (ambos dentro del capítulo VII). Al final del capítulo siguiente, el análisis de la campaña de Prusia (con las batallas de Jena y Auerstadt) en el año 1806, si bien es breve, constituye un amplio estudio de una etapa crucial en el desarrollo de las Guerras Napoleónicas, en uno de los momentos álgidos de la vida militar del Emperador. Lo mismo puede decirse de la evolución que tuvo Francia durante el año 1813, pasando de la motivación de comienzos de año al caos final que culminó en Leipzig (capítulo XV).

Aunque el nivel analítico de la obra es elevado siempre, si nos referimos a capítulos completos el tercero de ellos es sin duda el más logrado y completo. Aporta una perspectiva diferente a los demás, ya que en él no se habla de ninguna batalla concreta, sino que está dedicado al estudio de la filosofía de guerra de Napoleón, así como a sus métodos bélicos, todo ello engarzado con la formación recibida tanto en sus comienzos en Brienne como más tarde, simultáneamente a sus campañas por toda Europa. En él profundiza en ideas como la progresiva acentuación de la centralización organizativa impulsada por Napoleón o la importancia de la noción de gloria en la Francia revolucionaria e imperial, así como la gran capacidad de influencia directa y personal con que la presencia de Bonaparte contaba sobre los soldados.

Otro capítulo completo que sobresale es el XIV, en su caso centrado en el viaje de ida y vuelta que supuso la desastrosa campaña de Rusia de 1812-1813. Dada la responsabilidad de Bonaparte en el completo fracaso de la expedición, es en este capítulo donde más juicios de valor incluye Chandler sobre el Emperador («da sinrazón parecía estar apoderándose de su mente y obnubilando su juicio», p. 848; «deterioro general de su capacidad de

mando, cuya primera manifestación fue la falta de energía; deficiente supervisión de sus subordinados y repetidas omisiones a la hora de intervenir personalmente en los momentos decisivos», p. 896). El autor es ecuánime en todo momento, reconociendo los aciertos y los errores cometidos por el Emperador, ya sea en el mismo campo de batalla, en cuestiones diplomáticas o, en menor medida, en la política interna de Francia.

Junto a estos capítulos destacan los dos últimos (XVI y XVII), con casi 160 páginas entre ambos, y dedicados obviamente a las campañas finales de 1814, a los fugaces Cien Días y a la caída final en Waterloo. La fase del “Ejército Total” nacido de la desesperación final del curso está perfectamente explicada, y sorprende la narración del Vuelo del Águila, bien descrito a pesar de no ser un hecho estrictamente militar. El libro se cierra con unas conclusiones ricas y profundas, y una bella narración de los momentos finales previos a la huida del Emperador.

Por si fuera poca información la que aporta a lo largo de más de mil páginas, Chandler incorpora al final un amplio bloque de apéndices y notas que ocupan más de un centenar de páginas, que abarcan desde la evolución de la organización interna del ejército hasta información de todos los miembros de la nobleza imperial creada por obra y gracia de Napoleón, pasando por un breve pero completo glosario de términos militares que aparecen en el libro. La minuciosidad del autor es absoluta hasta la última página.

A pesar de la calidad general del libro es necesario mencionar algunos de los imperdonables errores que aparecen en determinados mapas. Uno de los más graves es algo tan fácil de recoger de forma correcta como la frontera entre España y Portugal en el mapa dedicado a las campañas peninsulares (p. 655) o los nombres de varias localidades de distintas zonas de Europa, por ejemplo. Por otra parte, si bien Chandler hace mención a acontecimientos políticos centrales en la trayectoria de Napoleón, como el golpe del 18 Brumario, al no ser éstos de carácter estrictamente militar, su presencia y el peso que se les concede se quedan quizá algo escasos. El lector podrá echar de menos una explicación algo más completa que redondee el estudio de un hecho tan trascendente como este.

Pero ello no obsta para que se trate de un libro imprescindible, un clásico que merece dicha consideración dentro de la bibliografía dedicada a las Guerras Napoleónicas. La información que aporta es ingente, pero muy oportuna al mismo tiempo, y sus valoraciones sobre las decisiones del Cónsul primero y Emperador después en el campo de batalla dan fe del espíritu crítico con que escribió el libro.

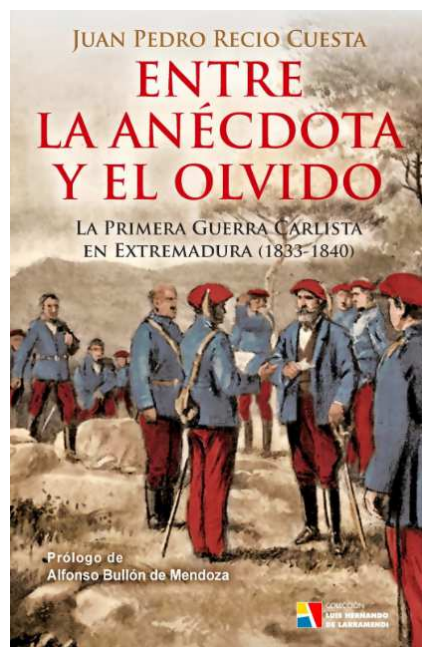
El voluminoso ejemplar ahora reeditado no es una biografía de Napoleón I. Tampoco una mera enumeración de datos y estrategias, sino el colosal relato de una de las épocas más apasionantes de la Historia Contemporánea: la que fue liderada por él mismo. Esta obra va mucho más allá de cifras de soldados, descripción de maniobras, la imposición de reconocimientos o el duro invierno ruso, tanto es así que Chandler fue capaz de crear una obra total, absoluta. Así pues, esta es la narración de una aventura continental gigantesca que transformó la vida de millones de europeos de un modo nunca antes visto. De Lisboa a Moscú y de las llanuras prusianas al desierto egipcio, las guerras protagonizadas por Bonaparte, sus aliados y sus enemigos sacudieron la experiencia vital de cada rincón del continente, y *Las campañas de Napoleón* de Chandler es la mejor opción para comprender de forma global los veinte años consecutivos de guerras y acuerdos de paz rotos, transcurridos siempre bajo la sombra del genio de Napoleón.

Juan Pedro RECIO CUESTA: *Entre la anécdota y el olvido. La Primera Guerra Carlista en Extremadura (1833-1840)*, Madrid, Editorial Actas, 2015, 518 pp., ISBN: 9788497391498

Daniel Aquillué Domínguez
Universidad de Zaragoza

Entre la necesidad historiográfica y las dimensiones del conflicto carlista, hasta donde llegan las fuentes

La primera Guerra Carlista sigue siendo una gran desconocida, a pesar de la existencia de algunos notables trabajos sobre liberalismo –Burdíel, Romeo, etc.–, carlismo –Rújula, Canal– y la propia guerra –Bullón de Mendoza–. La gran dimensión de la guerra con hasta tres grandes frentes –Norte, Maestrazgo, Cataluña– y otros focos de menor intensidad –La Mancha, Galicia, Extremadura...– y hasta 384.000 soldados movilizados en el bando isabelino; su larga duración de siete años; y su virulencia con cerca de 100.000 bajas en el bando de Isabel II –a lo que habría que sumar las del lado carlista y las importantes violencias de ambas



retaguardias–, parecen no haber sido motivos suficientes para que la historiografía contemporánea le preste una atención exhaustiva. Estas son cuestiones que señalan el prologoista y el autor de esta obra, la cual es bienvenida y necesaria, como casi todos los estudios referidos a un XIX olvidado y a veces cómodamente instalado en consensos historiográficos faltos de revisitación y revisión.

Recio Cuesta nos ofrece una minuciosa reconstrucción de los hechos acaecidos en territorio extremeño entre 1833 y 1840, si bien se remonta acertadamente hasta la Guerra de Independencia y los últimos estertores del Trienio Constitucional. Este detalle, de nombres de personas y lugares, de sucesos, a veces puede redundar en una lectura poco ágil, que resulta complicada para el lector no conocedor del tema o de Extremadura, si bien los mapas insertados convenientemente ayudan. Ahora bien, todos los acontecimientos referidos resultan imprescindibles, desde las conspiraciones de la clerecía palentina a la asonada de Hervás en 1834, o las escaramuzas de la línea de La Mancha. El enlace de todos ellos, y su posterior análisis e interpretación son, precisamente, lo que nos permite la visión del conjunto y de la guerra en su justa dimensión. Eso sí, como señala el autor, hasta donde llegan las fuentes, las cuales son una bendición y un problema a la vez.

Entre las utilizadas para la presente investigación se encuentran los partes de seguridad pública que distintas autoridades remitían, generalmente, al Gobierno Civil o a la Jefatura Política de la provincia. Una fuente poco explotada por los historiadores españoles, pero que ofrece gratas sorpresas y nuevas visiones, como han demostrado, por ejemplo, las investigaciones de Álvaro París –otro historiador que estudia el realismo–. Dicha documen-

tación permite acercarse a la cotidianidad de la política local y desde abajo, así como a la de la guerra y sus desastres. Cuando uno lee el libro y conoce ese tipo de documentos quizás puede quedarse con ganas de saber más sobre las motivaciones e ideario a ras de suelo de aquellos campesinos y artesanos que tomaban el fusil al grito de *viva Carlos V y mueran los negros*.

Tanto en la primera parte de narración de los avatares conspirativos y bélicos, como en la segunda, donde indaga sobre los apoyos al carlismo y sus causas, Juan Pedro Recio hace un empeinado esfuerzo en demostrar al lector la relevancia de Extremadura y sus habitantes en la Guerra Carlista. Una vez se concluye el libro, parece que, a pesar de todo, hasta la llegada de la expedición del general Gómez en otoño de 1836 no se vivió una guerra en territorio extremeño, y esta fue muy estacional y de baja intensidad real salvo en el norteño valle del Jerte y en la línea de la Mancha. Que las partidas armadas carlistas fuesen de apenas 50 hombres, de unos 400 en su apogeo, y que sostuvieran combates de cierto nivel solo durante dos años hace dudar de una visión de esta región como zona de guerra durante todo el periodo. El intento de organización, centralización y regularización de los carlistas extremeños en armas en su base de Guadalupe fue tardío, efímero y fracasado.

Ahora bien, eso no quita para dos cuestiones que indica el autor y son muy importantes. En primer lugar, la importante politización de la sociedad extremeña en un sentido realista/carlista (aunque también en el liberal), pues tomar un fusil y lanzarse al enfrentamiento abierto era arriesgado y complicado en vista de la dura represión preventiva, tanto de Rodil en los albores del conflicto, como posteriormente durante su desarrollo por parte de todas las autoridades isabelinas. Que las partidas armadas fueran pequeñas no quiere decir que hubiese pocos partidarios de Don Carlos, sino que estos tenían pocas posibilidades materiales de combatir, y aun así estima fueron 1750 hombres. Por su parte, a pesar de las constantes penurias y apuros económicos –menores, eso sí, que en el bando carlista–, las tropas de la Reina –incluyendo cuerpos francos y Milicia– estuvieron mejor dispuestas para la batalla. En segundo lugar, el ambiente de psicosis que vivían las autoridades y poblaciones, atenazadas por los miedos de la guerra. Temores que podían ser *imaginados*, dado que las partidas podían amenazar pero no tomar las grandes ciudades, pero a la vez muy reales, porque los presos carlistas podían confabularse con la parte del clero contrarrevolucionario para hacerse con el control de Badajoz, o porque los carlistas tomaban poblaciones como Castilblanco y Madrigalejo a fines de 1838 –cuando estos parecían estar ya a punto de rendirse–. La guerra estaba muy presente, aunque en realidad no tuviese la envergadura que revestía en otros lugares, porque recordemos algo tremendamente básico: en la guerra muere gente. Igual que ha señalado Raúl Mayoral para la Zaragoza de 1838, la Extremadura de 1833-1840 vivió atenazada por unos miedos que incidieron en las actuaciones políticas y bélicas. La percepción de un estado de guerra y de la posibilidad sentida como factible de que los carlistas extremeños asaltasen Cáceres –después del paso de Gómez que entró sin resistencia– fue muy palpable.

Y es que otra cosa que queda clara es la territorialidad del conflicto, más encendido en la provincia cacereña que en la pacense. Y esta, al margen de los apoyos –sobre todo en el valle del Jerte, que traía de cabeza a las autoridades de la Reina–, se debió también a la orografía, y al tipo de combate –recordemos, cual campo napoleónico todavía–. En todas las “grandes” batallas que narra Recio Cuesta, la caballería fue vital, y ésta siempre fue una

baza que jugaba en favor de Isabel II, pues las cargas en campo abierto –y llano– fácilmente podían flanquear o arrasar a infantes poco organizados sin posibilidad de emboscarse en el terreno. De la misma forma, en su inicio y desarrollo un grupo sociopolítico es clave, no siendo otro que los cuerpos de los extinguidos Voluntarios Realistas de los años 20 y 30. De ellos salieron varios de los cabecillas carlistas extremeños, así como parte de sus integrantes, teniendo la experiencia previa de haber combatido a la hidra revolucionaria –les daba igual se llamase Constitución de 1812, María Cristina o Estatuto Real– en 1822-1823.

En definitiva, la investigación que nos ofrece Juan Pedro Recio Cuesta acerca de la Primera Guerra Carlista en Extremadura es necesaria y solvente, pero hace plantearse si es suficiente. Acotar el campo de estudio es algo pragmático por las circunstancias en que se elabora, pero debemos intentar lanzar interpretaciones más generales, crear redes de investigación para profundizar no solo en los carlistas extremeños de 1833 y 1840, sino también en otros, en sus oponentes, en la politización popular, en las implicaciones de la guerra y sus desastres, etc. Es decir, queda mucho por investigar, en Extremadura y en el resto de España, así como la conexión de los movimientos revolucionarios y contrarrevolucionarios europeos y americanos durante el largo siglo XIX.

Alfredo COMESAÑA PAZ: *Hijos del Trueno. La Tercera Guerra carlista en Galicia y el norte de Portugal*, Madrid, SCHEDAS, Colección Luis Hernando de Larramendi. Historia del Carlismo, 2016, 560 pp., ISBN: 9788416558254

Juan Pedro Recio Cuesta
Universidad de Extremadura

Guerra, política y propaganda: el carlismo gallego entre 1868 y 1876 y su influjo en el norte de Portugal

Corría el año 1988 cuando la Fundación Ignacio Larramendi instituyó el Premio Internacional de Historia del Carlismo Luis Hernando de Larramendi, en memoria del que fue tribuno tradicionalista y secretario personal del rey carlista Jaime III. Desde entonces, en estrecha colaboración con la Editorial Actas y dentro de la Colección homónima al galardón, se han publicado una treintena de estudios en los que se abordan variados aspectos del carlismo y que, hoy día, la mayor parte de ellos, constituyen obras de referencia para conocer con mayor profundidad este movimiento que ha ostentado un papel de primer orden en la Historia Contemporánea española.

En la XIV edición del certamen, convocada en 2013 y fallada en 2014, resultó galardonado, *ex aequo*, el proyecto de investigación *Galicia y la Tercera Guerra carlista (1872-1876)*, cuyo resultado final es el presente libro, que inaugura la Colección Luis Hernando de Larramendi de la Editorial SCHEDAS, entidad editora que recoge el testigo de la magnífica labor que ha venido desempeñando durante más de dos décadas la ya mencionada Editorial Actas. El autor es Alfredo Comesaña Paz, Doctor en Historia y miembro del Cuerpo de Profesores de Enseñanza Secundaria de la Xunta de Galicia, que a través de las más de 500 páginas y casi 1.000 notas al pie que componen el libro, nos ofrece un estudio exhaustivo y riguroso de la Tercera Guerra carlista en suelo galaico. El mismo se divide en cuatro partes bien diferenciadas, que son las que a continuación detallamos.

La primera, que lleva por título “Los antecedentes”, proporciona al lector una serie de coordenadas básicas sobre el carlismo y sobre los principales avatares por los que éste pasó desde su génesis –retrotrayéndose para ello, y de manera acertada, incluso a décadas previas al estallido de la Primera Guerra en 1833–, hasta el Sexenio Revolucionario. Y en lo referente a esta encrucijada histórica que se extendió entre 1868 y 1874, aparte de analizar con detalle el posicionamiento del estamento clerical y de las fuerzas contrarrevolucionarias con respecto a la cuestión religiosa, resultan de interés los apartados que se dedican a la di-



mensión política y social del carlismo en tierras gallegas. Así, por una parte, por lo que respecta a la primera, a través de una interesante propuesta interpretativa que el autor denomina de “las cuatro pes”¹ (prensa, propaganda, púlpito y parlamentarismo), se tratan aspectos como la organización regional y provincial de la Comunión-Católico Monárquica, el panorama periodístico, la labor propagandística del carlismo gallego a través de diferentes mecanismos o su participación política, destacando en este sentido los resultados cosechados en la cita electoral de 1871, en la cual fueron electos 6 diputados carlistas. Por otra parte, en lo que a la dimensión social se refiere, se analiza la composición de la masa poblacional que, abiertamente o de manera soterrada, apoyó al carlismo civil en la Galicia del Sexenio, destacándose su heterogeneidad, pues estaba integrada por elementos procedentes de los más diversos estratos sociales, tanto del mundo rural como del urbano.

La segunda parte del libro, que se dedica por completo a la guerra —y así se titula—, constituye la de mayor extensión de la obra, ocupando casi 300 páginas, y da inicio con unas notas sobre los preparativos de la insurrección militar carlista. Seguidamente, dado que la guerrilla fue la forma de lucha que adoptaron los partidarios de don Carlos VII —pues fue imposible organizar un Ejército regular—, da paso a un documentado y minucioso análisis de la misma, tratando sus principales áreas de acción —las más activas se concentraron en Lugo y Orense— y aspectos como su organización, su composición, su manera de financiarse, el armamento utilizado, los tipos de acciones que ejecutaron o las tácticas más habituales que emplearon, entre otros. Resulta de gran interés, a nuestro juicio, el pormenorizado análisis que se realiza sobre las motivaciones que llevaron a centenares de gallegos a enrolarse en las guerrillas y en el que desecha, de manera acertada, la visión simplista de un *leitmotiv* exclusivamente económico. A continuación, y a lo largo de más de 200 páginas, el autor nos desgana, de manera exhaustiva y ordenada, el desarrollo de la guerra. Por una parte, tras ofrecer unos datos tanto cualitativos como cuantitativos sobre las fuerzas gubernamentales existentes en suelo gallego al inicio del conflicto —y dependientes de la Capitanía General— para hacer frente a las tentativas de los partidarios de don Carlos, establece las principales fases del mismo en Galicia: la primera transcurrió entre mayo y finales de 1872; la segunda, en la que se produjo el apogeo de la actividad guerrillera carlista, correspondió a los años de 1873 y 1874, y la tercera, caracterizada por el progresivo declive del carlismo armado gallego, comprendió el año de 1875 hasta la finalización de la guerra allá por los primeros compases de 1876. Por otra parte, se centra en el desarrollo que experimentó la guerra en las cuatro provincias galaicas (Lugo, Orense, La Coruña y Pontevedra) a través del tratamiento de las diferentes guerrillas que actuaron en las mismas, así como de sus respectivos cabecillas o jefes y sus acciones más representativas —que, por lo general, fueron de baja intensidad—. De un total de 47 jefes guerrilleros analizados, teniendo en cuenta su actividad, sobresalieron las siguientes partidas: la de José Ostendi y la de Manuel María Núñez Saavedra (en el caso lucense); la de Juan Suárez Campos, la del cura don Calixto y la de Cesáreo Salinas (en la demarcación orensana); o la de Pedro Ramos Fernández y la de José María Andrade Portas (en la provincia coruñesa). Un último asunto que se aborda en esta segunda parte son los apoyos que, desde diferentes sectores de la sociedad gallega, se brindaron a la guerrilla contrarrevolucionaria. Unos soportes que se materializaron en la realización de múltiples servi-

¹ Estrategia que venía siendo empleada por los neocatólicos, quienes, en su gran mayoría, pasaron a engrosar las filas del tradicionalismo coincidiendo con el advenimiento del Sexenio Revolucionario.

cios, tales como labores de reclutamiento de voluntarios, actividades de propaganda o actitudes de connivencia (ocultando información a las autoridades y tropas gubernamentales o proporcionando alimento, alojamiento, financiación y armamento a los carlistas) y que provinieron de una heterogénea amalgama social (miembros del clero, hidalgos, artesanos, jornaleros, etc.), tanto del mundo rural como del urbano, destacando en este último caso Santiago de Compostela, urbe en donde la causa carlista contaba con numerosos adeptos. Del mismo modo, el autor desvela la participación de elementos carlistas en disturbios contra las impopulares medidas del Gobierno (cobro de impuestos o reclutamiento de quintos).

En la tercera parte de la obra –titulada “Portugal y la Tercera Guerra carlista en Galicia”– se trata no sólo el papel que desempeñó en la contienda la porción más septentrional del vecino Reino luso, sino también cómo influyó en el conjunto del país la inestable situación política que se instaló en España a partir de 1868 y las consecuencias que este nuevo escenario tuvo tanto para la cuestión iberista como para las relaciones bilaterales entre ambas naciones peninsulares. En lo exclusivamente referido al conflicto, desde el norte portugués, los mandos designados por el Estado Mayor carlista trataron de centralizar las actividades de la guerrilla gallega bajo un mando único. Además, diversas poblaciones de este área geográfica, como el caso de Castro Laboreiro, sirvieron de cobijo a los conspiradores y de centros logísticos a las propias partidas, mientras que la causa de don Carlos recibió a su vez el apoyo de los legitimistas lusos, los miguelistas. En la labor de los mandos carlistas que tenían como objetivos prioritarios alentar una insurrección armada generalizada, otorgar un mando único a las guerrillas y coordinar sus actividades –tareas que, a la postre, resultarían infructuosas pese a los esfuerzos realizados– sobresalieron dos figuras: la del manchego don Vicente Sabariego y Sánchez y la del navarro don Regino Mergeliza de Vera. Ambos ostentaron el cargo de Comandante General del Ejército Real de Galicia y encontraron toda una serie de dificultades a la hora de desempeñar las tareas que se les habían encomendado desde el Estado Mayor carlista, ya que a lo largo de la guerra la raya fronteriza fue celosamente vigilada por las fuerzas gubernamentales, no solamente españolas sino también portuguesas, pues estas últimas contribuyeron desde un primer momento a luchar contra los elementos carlistas que se habían asentado en su territorio.

La cuarta y última parte del trabajo –titulada “La derrota”– se dedica a analizar las repercusiones que trajo consigo la guerra, centrando la atención en dos aspectos. Por un lado, valora la incidencia que tuvo la guerrilla como forma de lucha y se nos ofrecen cifras sobre el número aproximado de guerrilleros que tomaron las armas en favor de don Carlos o las bajas que estos sufrieron. No falta tampoco información sobre las principales acciones que llevó a cabo el carlismo armado gallego (ocupación de poblaciones, acciones de sabotaje o sustracción de caudales públicos, entre otras), así como también sobre su distribución geográfica. Por otro lado, aborda la represión ejercida sobre el carlismo por parte del Gobierno a través de diferentes medidas. Si bien la Tercera Guerra, en el conjunto de España y, por ende, también en Galicia, no alcanzó las cotas de crueldad y de violencia indiscriminada que se dieron por ejemplo en la guerra civil de 1833 a 1840, no obstante, sobre los partidarios de don Carlos –tanto para los integrantes de las guerrillas como para aquellos que simpatizaban o apoyaban la causa– recayeron toda una serie de castigos y penas tales como la prisión, la remisión al Ejército de Cuba, el destierro o el embargo de sus bienes.

Además del contenido hasta aquí reseñado, en la obra destacan otros elementos de interés, como por ejemplo el índice toponímico y onomástico que sirve de corolario y que sin duda es una herramienta muy útil para el lector que esté interesado en datos concretos. Hallamos, además, un buen número de cuadros, gráficos, ilustraciones o mapas y, sobre todo, abundantes fuentes archivísticas, hemerográficas y bibliográficas. Por su valor y por su tratamiento resaltamos la importancia de las primeras, las cuales proceden de casi una decena de archivos, entre los que sobresalen el Fondo Castroviejo Blanco-Cicerón, custodiado en el Archivo Histórico Universitario de Santiago de Compostela –de donde el autor extrae valiosos sumarios judiciales que contienen una prolija información sobre la guerrilla gallega– y el Archivo Histórico Militar de Lisboa.

En conclusión, ni qué decir tiene que, a partir de ahora, contamos con una obra de obligada consulta para conocer no sólo esta guerra civil en tierras gallegas, sino también las cuestiones políticas y sociales relativas al carlismo durante el Sexenio Revolucionario en el mismo marco geográfico, además del papel que jugó el norte del vecino Reino luso en esta encrucijada histórica. Alfredo Comesaña nos brinda un trabajo serio, solvente y con un alto grado de elaboración, que viene a sumarse al conjunto de estudios regionales sobre el carlismo que han proliferado a lo largo de las dos últimas décadas y que, en su conjunto, persiguen un mismo fin: poner de relieve la notable importancia de este movimiento contrarrevolucionario, antiliberal y legitimista en la España contemporánea, tratando de desechar, de una vez por todas, la visión errónea y simplista que lo encasilla como un movimiento residual y casi anecdótico focalizado únicamente en espacios concretos del norte peninsular.

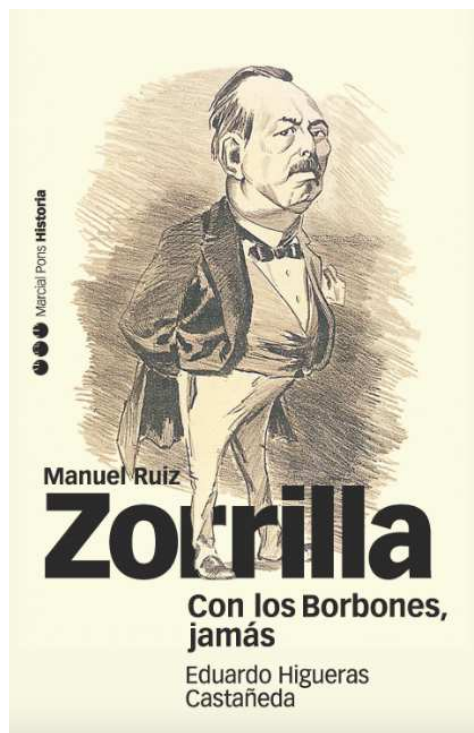
Eduardo HIGUERAS CASTAÑEDA: *Manuel Ruiz Zorrilla. Con los Borbones, jamás*, Madrid, Marcial Pons, 2016, 451 pp., ISBN: 9788415963844

Ester García Moscardo
Universitat de València

En torno a las trayectorias posibles de la democracia en la nación liberal: Manuel Ruiz Zorrilla y el liberalismo radical

Es ya casi un lugar común señalar el auge de la historia biográfica en los últimos años. La introducción de las perspectivas postestructuralistas y culturales en la disciplina histórica han revitalizado una manera de hacer historia que, si bien ha despertado un interés constante entre el público no especializado, no ha corrido la misma suerte en el ámbito de la investigación académica. El predominio del análisis estructural en la disciplina relegó durante largo tiempo a la biografía a un segundo plano, ya que se consideraba un género poco adecuado para acceder al conocimiento histórico. Sin embargo, el desplazamiento en la manera de entender el sujeto y su capacidad de acción, derivado de los nuevos paradigmas, ha animado entre los investigadores el interés por las trayectorias personales, entendidas ahora como vías de acceso a problemas historiográficos generales. Sin dejar de ser una perspectiva de análisis polémica, la solidez del llamado *retorno del sujeto*—individual o colectivo— se pone de manifiesto, precisamente, en la buena cantidad de biografías y repertorios o diccionarios biográficos que vienen publicándose en los últimos quince años.

En el marco de esta renovación, la biografía de Manuel Ruiz Zorrilla propuesta por Eduardo Higuera se adentra en el terreno de las culturas políticas, uno de los campos de investigación más prolíficos de los últimos años. Si bien el concepto de *cultura política* es discutible, la observación de una trayectoria individual abre nuevas posibilidades analíticas para profundizar en su estudio, ya que constituye una perspectiva privilegiada tanto para explorar la complejidad del campo político contemporáneo como para entender la conflictividad desatada entre diferentes culturas políticas —o en el seno de ellas— en un contexto concreto. De esta manera, la mirada biográfica puede ser útil para comprender la formación, desarrollo y ocaso de determinadas propuestas que fracturan el campo político, pero también para observar desde otro punto de vista procesos históricos generales que van más allá del ámbito de la vida de un personaje concreto. En este sentido, el autor aborda, tomando la figura de Ruiz Zorrilla como eje analítico, el desarrollo del progresismo radical como opción



política en el marco de la conflictiva formación del Estado-nación liberal, a lo largo de los dos últimos tercios del siglo XIX. En este contexto, que abarca desde el reinado isabelino hasta la Restauración, el estudio de la trayectoria de figuras carismáticas es fundamental, dado el fuerte personalismo que regía la política del liberalismo *patricio* de la época. La atención hacia este tipo de perfil político, como es el de Manuel Ruiz Zorrilla, permite profundizar en los mecanismos de patronazgo y de construcción de clientelas políticas en el nuevo orden liberal postrevolucionario, sobre todo en lo relativo a la apertura de nuevos espacios y nuevas formas para la acción política, que hacían posible el surgimiento de esas figuras. El estudio de su trayectoria política, además, no sólo supone una vía de acceso al heterogéneo universo del liberalismo avanzado y a sus posibilidades de desarrollo en el contexto de la España postrevolucionaria, sino que también trata algunos aspectos que resultan fundamentales para una interpretación más ajustada del XIX español. Es necesario señalar en esto que, si bien la historiografía especializada va despojándose de la pesimista perspectiva del fracaso excepcional, aún se observan ciertas inercias de esta visión que subyacen a algunas explicaciones del Ochocientos en España. Cuestiones como la movilidad social, la renovación de las élites o la heterogeneidad del liberalismo y su capacidad de integración de los intereses de la sociedad—así como contenidos democráticos—son abordadas en esta investigación a través de la figura de Ruiz Zorrilla. La contribución de Eduardo Higuera viene a profundizar en aspectos clave para comprender los procesos que hicieron emerger la contemporaneidad en España.

Con todo, el autor se propone analizar una de las principales líneas de evolución del progresismo: la que arranca de la defensa del liberalismo radical y del librecambismo en la década de 1860 y, a fuerza de adaptarse a las nuevas circunstancias creadas por la *Revolución Gloriosa* de 1868, acaba entroncando con el radicalismo democrático, republicano, populista y reformista social en la Restauración. Al hilo de la evolución política de Ruiz Zorrilla, el autor traza una biografía que define explícitamente como *política*, optando por prescindir de las dimensiones íntima y familiar de su experiencia individual. A partir de este planteamiento, Eduardo Higuera utiliza una rica variedad de fuentes, entre las que destaca el archivo personal del biografiado, para argumentar que buena parte del progresismo *puro* filodemócrata de época isabelina, con Ruiz Zorrilla al frente, transitó hacia la radicalidad democrática—monárquica y, más tarde, republicana—en el contexto del Sexenio, como respuesta a las derivas reaccionarias—tanto de los antiguos unionistas como de los progresistas conservadores—que amenazaban los logros revolucionarios. A la argumentación subyace una tensión constante entre Ruiz Zorrilla y su(s) contexto(s), que pone el foco en el carácter bidireccional de esa relación y en el papel de los sujetos en el cambio histórico. En esto, el cierre reaccionario restauracionista profundizaría la radicalización democrática zorrillista, en torno a un proyecto revolucionario, nacionalista, unitarista y orientado a las masas que confiaba en un golpe de fuerza—militar—para instaurar, fase dictatorial mediante, la república democrática. Más allá de las cuestiones de oportunidad política, los tintes jacobinos que muestra el radicalismo zorrillista en la Restauración invitan a reflexionar acerca de la presencia de este componente movilizador y popular en el liberalismo más avanzado, en un contexto revolucionario tan tardío—desde una perspectiva europea—como fue el Sexenio Democrático. Si bien el elemento jacobino se ha relacionado con la tradición exaltada y republicana y, sobre todo, con la intransigencia federal, frente al elitismo militarista de los

liberalismos *de orden* postrevolucionarios, la biografía de Ruiz Zorrilla sugiere la posibilidad de superar esa dicotomía y plantear una vía de desarrollo republicano, democrático y populista para el liberalismo progresista decimonónico.¹

El autor comienza el análisis abordando los orígenes familiares de Ruiz Zorrilla, nacido en 1833 en El Burgo de Osma, y sus primeros pasos políticos. Interesa aquí destacar los mecanismos y estrategias que hicieron posible tanto su acceso a la política nacional como su ascenso a figura destacada del progresismo. En primer lugar, provenía de una familia de antiguos hidalgos, relacionados con el comercio de paños, que habían accedido a la propiedad de la tierra y al poder municipal al hilo de las transformaciones operadas por la revolución liberal. El propio Ruiz Zorrilla fue notable comprador de bienes nacionales, dedicando buena parte de su actividad empresarial a la explotación agrícola. Se trasladó en 1846 a Madrid a estudiar, pero fue en el contexto del Bienio Progresista cuando Ruiz Zorrilla, cercano en aquellos tiempos a los demócratas, inició su andadura política en la Milicia Nacional. El fin del Bienio frustró sus expectativas políticas aunque, de vuelta a El Burgo de Osma, trabajó intensamente por construirse una red clientelar que asegurase su acceso a la diputación provincial primero y, más adelante, a un escaño en las Cortes como diputado. Hizo valer para ello su calidad de *patricio natural* de su distrito, como hombre arraigado económica y familiarmente en la provincia. Es este un claro ejemplo de los espacios y las posibilidades para la movilidad social abiertos por la revolución liberal. En segundo lugar, había abandonado la democracia ante el auge del socialismo en el seno del partido. Se integró en el progresismo *puro*, aunque defendió el entendimiento entre estos y los demócratas *de orden*. Ambas maniobras, la construcción de una red clientelar local y su adhesión a los progresistas, le llevaron a obtener el acta de diputado nacional en 1858 por el distrito de Palencia, venciendo al candidato ministerial. Desde esta posición, su influencia fue creciendo en el progresismo en los años posteriores.

A partir de este punto, Eduardo Higuera destaca la creciente afinidad entre los *puros* y los demócratas. Ruiz Zorrilla encarnaría precisamente la perduración de esa confluencia, fraguada en la última década del reinado isabelino, aspecto este que cuestiona la existencia de una barrera ideológica entre el progresismo y la democracia. Acentúa el autor, en todo esto, los aspectos compartidos por ambas culturas políticas y sus elemento de contacto, como pueden ser los espacios y proyectos compartidos o la identidad de aspiraciones en el campo económico y educativo. Las posturas filodemócratas irían creciendo en el progresismo, además, en el marco de los trabajos conspirativos que culminarían con la *Gloriosa*, debido también al auge de nuevos líderes –Sagasta, Ruiz Zorrilla– que radicalizan el progresismo. Este planteamiento subraya la heterogeneidad del liberalismo decimonónico y la variedad de soluciones políticas que podía albergar, ya que no se puede olvidar que el acercamiento no satisfizo a buena parte de progresistas ni de demócratas. Los trabajos conspirativos fueron muy difíciles y dieron lugar a una revolución enormemente compleja en la que

¹ Las connotaciones jacobinas del liberalismo avanzado en la revolución liberal en María Cruz ROMEO: “La sombra del pasado y la expectativa del futuro: ‘jacobinos’, radicales y republicanos en la revolución liberal”, en Lluís ROURA e Irene CASTELLS (eds.), *Revolución y democracia. El jacobinismo europeo*, Madrid, Ed. del Orto, 1995, pp. 107-138. Román Miguel ha defendido la existencia de una cultura política republicana jacobino-socialista en Román MIGUEL: *La pasión revolucionaria. Culturas políticas republicanas y movilización popular en la España del siglo XIX*, Madrid, CEPC, 2007.

se dieron cita multitud de proyectos. Con todo, el autor carga el mérito de los logros democráticos revolucionarios sobre la acción progresista, subrayando la infrarrepresentación de los demócratas tanto en el Pacto de Ostende —que define más bien como un pacto interno entre progresistas— como en las instituciones revolucionarias.

Es en el conflictivo contexto del Sexenio Democrático cuando cristaliza el proyecto radical, caracterizado por el autor como una propuesta liberal-democrática y reformista, que constituiría una vía democrática sensata para contener tanto a carlistas como a federales, pero también para superar el bloqueo conservador de unionistas y de parte del progresismo. El proceso que lleva, finalmente, a la ruptura entre radicales y progresistas es liderado por Ruiz Zorrilla, que alcanza en estos años la cumbre de su carrera política institucional, como ministro (1868-70) y como Presidente del Gobierno (1871). La formulación del radicalismo y su deriva hacia el republicanismo, tras una primera filiación monárquica, se plantea como un juego entre la política de élites y las demandas de las bases del progresismo, muy movilizadas y radicalizadas por el empuje del federalismo. En esto, las demandas radicales se exponen a través de los proyectos reformistas emprendidos por Ruiz Zorrilla, fundamentalmente en lo relativo a la separación Iglesia-Estado y al ámbito educativo. Sin embargo, la frustración de los proyectos de avance democrático llevó a la ruptura entre progresistas conservadores y radicales. Frente a la reacción conservadora, la profundización democrática de los radicales les llevaría a abrazar el republicanismo, aunque no la federación. La excepción fue Ruiz Zorrilla, precisamente, que sostuvo el trono de Amadeo hasta el final. No hizo sus primeras declaraciones en sentido republicano hasta el verano de 1873. El difícil aprendizaje de la democracia no fue posible durante el Sexenio, si bien constituye un contexto fundamental para comprender el desarrollo del liberalismo democrático.

Finalmente, el autor aborda la etapa republicana de Ruiz Zorrilla, caracterizada por el exilio y la opción por la vía insurreccional en defensa de los logros revolucionarios del Sexenio. La involución restauracionista supuso un paso más en la radicalización del personaje, que adoptó desde 1876 un discurso dicotómico pueblo-oligarquía típico republicano, explícitamente dirigido a las masas obreras y orientado al reformismo social. La defensa del insurreccionalismo de dirección militar, pero subordinado a un proyecto civil, completa el programa zorrillista, si bien el plan incluía una fase dictatorial reformista previa a la constituyente. Logró el apoyo de parte de los antiguos intransigentes, pero algunos líderes del republicanismo histórico, como Pi y Margall, desconfiaron de la deriva cesarista de Zorrilla. Así, la imposibilidad de recomponer un frente revolucionario amplio que hiciese caer las instituciones restauracionistas y los fracasos insurreccionales marcan la tónica de este periodo. Tras la experiencia del Sexenio, no era posible ya volver a las alianzas de 1868. Además, el acceso al poder de los liberales de Sagasta, sobre todo a partir de 1885, abrió un horizonte de avance reformista que marcó la ruptura final de lo que el autor denomina *republicanismo progresista*, dividido entre la aceptación de la vía legalista y el insurreccionalismo. La reintroducción en el marco político de la Restauración de las libertades del 68, sufragio universal masculino incluido, marcó el agotamiento del programa republicano progresista. Esto explicaría, finalmente, el último desplazamiento doctrinal de Ruiz Zorrilla, empujado por las circunstancias a centrarse en la reforma social —que no revolución— como eje de sus reivindicaciones. Cabe destacar la dicotomía respecto a los mecanismos de cambio histórico que plantea este proyecto, revolucionario en lo político y reformista en lo social. Con todo, el

bagaje ideológico del republicanismo progresista de finales del XIX descansaría sobre el reformismo social, el anticlericalismo, el antiparlamentarismo y el militarismo. La muerte de Ruiz Zorrilla y el relevo generacional que se dio en la década de 1890, con nuevos líderes como Alejandro Lerroux o Francisco Ferrer y Guardia, supusieron el cierre de una etapa y la orientación de la tradición radical hacia otros derroteros.

Para concluir, se puede decir que *Manuel Ruiz Zorrilla. Con los Borbones, jamás* trae a primer plano del análisis una de las lecturas –republicana, liberal y reformista– de las muchas posibles que podía albergar el heterogéneo universo de la democracia decimonónica. A la luz de su trayectoria, se puede subrayar el arraigo en el liberalismo español de las culturas políticas que defendieron la soberanía nacional como principio de legitimidad política. La lectura inmediateista de este principio y la invocación del derecho de insurrección en su defensa, como mecanismo de cambio político, se relaciona con la tradición radical, democrata y republicana hasta finales del XIX;² una vía esta que había sido abandonada en Europa desde mediados de siglo. La opción revolucionaria zorrillista se puede insertar en esta tradición, vinculada ya en época restauracionista con un elemento movilizador populista que toma tintes jacobinos y que obtiene cierto predicamento entre los restos de la intransigencia federal. Cabría preguntarse, finalmente, por la aparente escasa capacidad política de este *republicanismo progresista* y su capacidad de arrastre popular. Con todo, la biografía de Manuel Ruiz Zorrilla introduce complejidad a la hora de pensar el campo del liberalismo postrevolucionario y sus posibilidades de desarrollo democrático, huyendo de visiones simplificadoras y de recorridos lineales. Todo ello hace de este libro una obra fundamental para profundizar en la comprensión de la democracia como objeto histórico.

² María Cruz ROMEO: *Entre el orden y la revolución: la formación de la burguesía liberal en la crisis de la monarquía absoluta (1814-1833)*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil Albert, 1993 y Florencia PEYROU: “¿Voto o barricada? Ciudadanía y revolución en el movimiento demo-republicano del periodo de Isabel II”, *Ayer*, 70 (2008), pp. 171 - 198.

Andreas STUCKI: *Las guerras de Cuba. Violencia y campos de concentración (1868-1898)*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2017, 437 pp., ISBN: 978-84-9060-852-4.

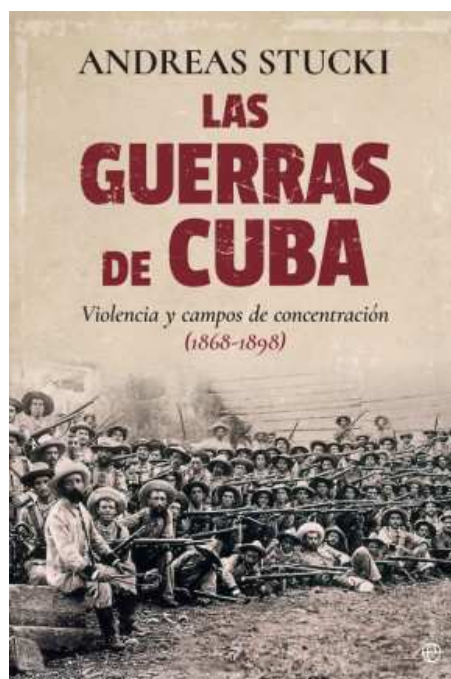
Amparo Sánchez Cobos
Universidad Autónoma de Madrid

Una nueva mirada a las guerras de Cuba

Siempre son bienvenidas las traducciones de libros a otras lenguas si se trata de aportaciones relevantes. Bienvenida sea pues la traducción del texto de Andreas Stucki, originariamente publicado en alemán en 2012, que acaba de ser editado en su versión en castellano por La Esfera de los Libros. Bienvenida, en primer lugar, porque supone una nueva visión del significado de las guerras de independencia de Cuba de finales del siglo XIX que pone el punto de atención en el sufrimiento de la población civil durante la contienda. En líneas generales, el autor se propone revisar el significado de las medidas de reconcentración de la población rural en las ciudades en todas sus vertientes y significados. Y lo bueno es que no deja ningún aspecto por considerar, trascendiendo la mera estrategia militar que tendría como objetivo dejar al Ejército de Liberación de Cuba (ELC) sin apoyo estratégico.

Y bienvenida sea esta traducción también porque, con este nuevo enfoque, ayuda a relativizar ideas preconcebidas y sesgadas transmitidas por una historiografía tradicional y patriótica que había quedado muy ligada a una visión heroica y, en cierto modo maniquea, de las guerras de independencia de Cuba, y que llevó a dividir los bandos de la contienda en “víctimas cubanas” y “victimarios españoles”. Como el propio Stucki reconoce, de lo que se trata «no es de depurar responsabilidades» desvelando quién fue el culpable de la alta mortalidad y de las míseras condiciones que sufrió la población reconcentrada, si el ELC o el gobierno español –léase Weyler–, como ha sido frecuente en los debates historiográficos, lo que él pretende es «mostrar que la catástrofe social y demográfica que supuso la guerra no admite una interpretación monocasual» (p. 299). Y para ello pasa revista a los hechos ocurridos en las tres guerras de Cuba, prestándole especial atención a la secuencia cronológica que cobra extraordinaria relevancia, pues muestra acontecimientos y sobre todo consecuencias que antes pasaban desapercibidas.

Esta nueva mirada a las guerras de Cuba cuestiona igualmente otras visiones menos interesadas que habían incluido el conflicto cubano y sus medidas de reconcentración en el mismo saco de aquellos otros que han sido enmarcados en la denominada como “era de los campos”, equiparando así la reconcentración cubana con las experiencias alemanas en la



segunda guerra mundial y otras similares. Según esta historiografía, los campos de concentración del siglo XX habrían empezado precisamente con esta medida pionera en la colonia española a finales del XIX. Para el autor de *Las guerras de Cuba*, sin embargo, es la perspectiva de análisis estructural la que debe servir para analizar las estrategias puestas en marcha durante las guerras cubanas, entre ellas la de la reconcentración ordenada por Weyler en 1896. Se trata de un método relacionado con una coyuntura concreta, ya que «los campos y los poblados fortificados en los bordes de los imperios no se deben analizar solamente como parte de los “orígenes” de los campos de concentración, sino como fenómenos específicos y también como elementos de un engranaje militar estratégico» (p. 327). Es por ello que el estudio pormenorizado de los acontecimientos ofrece una perspectiva que ayuda a escapar de toda generalización apresurada.

Con ese afán pormenorizador, el libro está dividido en siete capítulos más un epílogo en los que el autor pone en juego numerosas fuentes primarias y bibliografía, así como prensa variada, de lo que trasciende un intenso trabajo de años en los archivos españoles y cubanos.

En el capítulo primero empieza tratando ya algo poco estudiado: las primeras experiencias en reconcentración de población civil durante la guerra de los Diez Años (1868-1878). De este capítulo se desprende, entre otras cosas, que, a pesar de la poca atención que ha tenido por parte de la historiografía tradicional, las primeras medidas de reconcentración se dieron en la provincia de Oriente en ese contexto, desmontando así el tópico de Weyler como iniciador de esta estrategia en la isla. Fue durante la guerra de los Diez años, como nos recuerda Stucki, cuando «el ejército español respondió con innovaciones como la tupida red de pequeñas bases tácticas de operaciones y poblados fortificados cuyo objetivo era la protección de las líneas de comunicación», las famosas “trochas” (p. 39). Y va más allá para demostrar que medidas de ese tipo fueron utilizadas en la península durante las guerras carlistas como una forma de aislar a los insurrectos de la ayuda que les podría proporcionar la población rural.

La revisión de la documentación que ha hecho el autor ha demostrado igualmente que estas medidas no tenían el consenso de toda la oficialidad militar española por la cantidad de problemas que ocasionaban, lo que es a su vez un reflejo de los numerosos cambios políticos y militares habidos tanto en la isla como en la península durante el Sexenio democrático. También vemos en el texto de Stucki cómo, años después, durante la conocida como guerra chiquita (1879-1880) el general Polavieja volvió a ordenar la reconcentración en la provincia de Oriente.

En el capítulo segundo, donde se relatan los primeros momentos de la guerra de 1895-1898, el autor es especialmente minucioso con la cronología porque es lo que le permite analizar con detenimiento la experiencia del ELC en los primeros meses de alzamiento, que ha sido denominada por la historiografía como «obra de arte de la estrategia militar cubana» y «una piedra angular de la historia militar general moderna» (p. 90). Esa “loable” estrategia dejó, según Stucki, «una senda de destrucción abierta por el ejército invasor» al pasar «por muchos de los pueblos y ciudades que poco después habrían de sufrir una extraordinaria mortandad» (p. 91). Para ilustrar estas ideas, utiliza el caso de la provincia de Matanzas, al mando del político ultraconservador español Adolfo Porset, quien relató con todo

detalle los incendios, saqueos y la posterior huida de la población civil en busca de refugio y de la protección de las autoridades españolas tras el paso del ELC (pp. 91-93).

El primer año de la guerra anticipa así, para el autor, lo que se asocia comúnmente con «la toma de posesión de Weyler en febrero de 1896: hambrunas, migraciones (forzadas) y huidas» (p. 103). De ahí la importancia del estudio de todos los hechos y de la cronología para desvelar el papel que, en la reconcentración, jugó también el ELC, aunque ésta fuera a veces espontánea.

En el capítulo tercero se entra de lleno ya en las consecuencias que tuvo la llegada de Weyler a la isla. Las medidas que dictó y su firme propósito de acabar con la insurrección «costase lo que costase», incrementaron la violencia de la guerra en gran medida. Pero, al mismo tiempo, Stucki nos introduce también en la narración de la actuación de las tropas del ELC que comandaba Antonio Maceo en la provincia de Pinar del Río durante el año 1896. Según sus palabras, «algunos autores describieron la desconcentración de los rebeldes como el antecedente inmediato del internamiento de la población rural implementado por Weyler, de manera que éste, combatiendo el “fuego con fuego”, no habría hecho más que emplear a la inversa los métodos de la “República en armas”» (p. 131). De estos hechos se desprende nuevamente que fueron ambas actuaciones, tanto la del ejército español como del cubano, las que impusieron a la guerra de 1895-1898 ese carácter especialmente cruento para la población civil.

Siguiendo la misma línea argumental, en el capítulo cuarto Stucki utiliza, de manera sistemática, todos los informes, correspondencia, bandos y otros documentos emitidos por las autoridades regionales y por la capitania general para demostrar la enorme dificultad que tuvo el gobierno colonial para abastecer a la población reconcentrada, así como al propio ejército español, de víveres y comida. Al tiempo que da cuenta de las frecuentes trabas burocráticas que estas mismas autoridades ponían para desestimar algunas de las peticiones de auxilio que llegaban desde las provincias y regiones. Todo ello le lleva de nuevo a desmentir esa otra idea, también difundida por algunos investigadores cubanos, sobre el supuesto “genocidio” premeditado que Weyler habría orquestado contra la “raza cubana” (pp. 143-144).

Sin embargo, no debe pensarse que el autor es condescendiente con la actuación del capitán general y las autoridades españolas. A pesar de que Weyler conocía perfectamente las enormes dificultades para abastecer a la población reconcentrada, en octubre de 1896 decretó la reconcentración en Pinar del Río y en enero de 1897 en La Habana y Matanzas, población esta última que acabó sufriendo de una manera brutal las horribles consecuencias de la falta de alimentos, alojamiento adecuado y cuidados médicos. Precisamente, en este capítulo se examinan con precisión también las enfermedades y problemas sanitarios que sufrieron tanto los dos ejércitos como la población civil.

El capítulo cinco está dedicado, en su mayor parte, a revisar con detenimiento la diversidad de prácticas llevadas a cabo por ambos ejércitos en su lucha fratricida que, al final, supusieron un empeoramiento de las condiciones de vida de la población, en su mayoría rural, y no sólo de los reconcentrados. Habla de la quema de cosechas y matanzas de ganado con el único objetivo de debilitar al contrario, sin tener en cuenta las necesidades de la población. Destaca igualmente los abusos y prácticas ilícitas que también se dieron con frecuencia en el contexto de la guerra, como la especulación, la ocultación de alimentos con el

fin de incrementar su precio en el mercado, o los sobornos a los oficiales para saltarse determinadas normas, lo que demuestra que, desgraciadamente, en la guerra todo vale. Sin embargo, una vez más nos recuerda el autor que la historiografía ha sido pertinaz al querer achacar estos problemas únicamente al ejército español y a Weyler en particular. Como él mismo reconoce: «La guerra económica, la hambruna, las migraciones y la desaparición de los límites entre combatientes y civiles son las características básicas de la estrategia militar que ya los contemporáneos y más tarde los historiadores asociaron con Weyler. Pero todas ellas eran perfectamente identificables ya antes de que el militar desembarcara en La Habana, aunque es cierto que fue bajo el mando de Weyler cuando alcanzaron un alto grado de intensidad y calidad. Así, las órdenes de reubicación provocaron una aceleración de la espiral de la violencia en las provincias occidentales» (p. 187). En un sentido similar estuvo orientada la campaña de desprestigio que se llevó a cabo desde la prensa norteamericana contra el general español y que Stucki nos relata también en este capítulo.

El cese de Weyler como capitán general de Cuba y la arribada a la isla a finales de 1897 de su sustituto, Ramiro Blanco Erenas, que llegó con su paquete de reformas en el que se incluían tanto el fin de la política de reconcentración, como la autonomía para Cuba, enmarcan cronológicamente el inicio del capítulo seis. Precisamente, la posibilidad de adquirir la autonomía abrió nuevas brechas en muchos miembros del ELC que pidieron licencias o desertaron, lo que muestra la situación desesperada que para entonces sufrían. Situación muy similar para aquellos antiguos reconcentrados que ahora empezaban a volver a sus casas. Las medidas para proceder a la desconcentración estipulaban que regresasen únicamente aquellos que disponían de los recursos necesarios, al tiempo que deberían crearse juntas protectoras en las provincias para proteger a la población. Para estos reconcentrados “liberados”, como nos recuerda el autor, la situación no pasó a ser fácil, pues quedaron atrapados entre dos fuegos, en muchos casos el ELC les obligó a colaborar y a sembrar para ellos (p. 289). En este capítulo se analizan en distintos acápites tanto la situación de los reconcentrados, como el fin de la reconcentración en las diferentes provincias desde que Blanco emitió su bando.

El capítulo siete está dedicado a examinar el papel de los Estados Unidos en el último año de guerra, desde sus primeros envíos de ayuda para los reconcentrados, organizados por los cónsules norteamericanos con el apoyo de la iglesia católica, pasando por el estallido de su acorazado *Maine*, para finalizar en la intervención militar directa. Como nos muestra Stucki, el sufrimiento y la miseria volvieron a cebarse sobre la población civil y en particular sobre los que aún estaban reconcentrados a pesar de que habían empezado a ver mejorada su situación tras las medidas decretadas por Blanco. El desabastecimiento volvía a afectar por igual al ejército español y al ELC en los últimos meses de guerra.

Precisamente el ELC, con la firma en Washington el 12 de agosto de 1898 del Protocolo de Paz, vio aún más agravada su situación. A ojos de la opinión pública norteamericana, la imagen de revolucionarios y «admirables luchadores por la autodeterminación e independencia de la decadente potencia colonial» fue quedando poco a poco atrás y pasaron a ser vistos como «salvajes desorganizados e incapaces de gobernarse a sí mismos» (p. 319), lo que llevó al presidente McKinley a rechazar reconocer al ejecutivo de la “República en Armas”. Además, los americanos desconfiaban de un ejército compuesto en buena medida

por afrocubanos. Todo ello ayuda a explicar que finalmente la paz fuera firmada a espaldas de los representantes cubanos.

El libro termina con un epílogo en el que Stucki nos recuerda la escasa atención que se prestó a la reconcentración tras el fin de la guerra, a pesar de que sus efectos aún se dejarían sentir sobre varias generaciones de cubanos. A este silencio contribuyó el peso que la comunidad española de la isla jugó a partir de entonces. Curiosamente, aquellos a los que se había combatido para expulsarlos del poder siguieron ejerciendo influencia después de la independencia en muchos sectores de la vida cotidiana y ello con el beneplácito de las autoridades interventoras norteamericanas que, a partir de la firma de la paz, pasaron a dirigir los destinos de Cuba por un largo periodo, unas veces directamente y la mayor parte del tiempo desde las sombras.

Ya hace algunos años, Enrique de Miguel comentaba en su tesis doctoral, *Azcárraga-Weyler y la conducción de la guerra de Cuba*, que «las responsabilidades que pueden achacarse a Weyler sobre la población civil no combatiente deben ser investigadas con más profundidad que hasta ahora y sin apasionamiento».¹ En nuestra opinión, el libro de Andreas Stucki supone una nueva mirada desapasionada en ese sentido. Bienvenido sea pues.

¹ Enrique DE MIGUEL FERNÁNDEZ: *Azcárraga-Weyler y la conducción de la guerra de Cuba*, Tesis doctoral recogida en TESEO, Universtat Jaume I, Castellón, 2008, p. 218.

Ian KERSHAW: *Descenso a los infiernos. Europa 1914-1949*, traducción de Juan Rabasseda y Teófilo de Lozoya, Crítica, Barcelona, 2016, 769 pp., ISBN: 9788498929478.

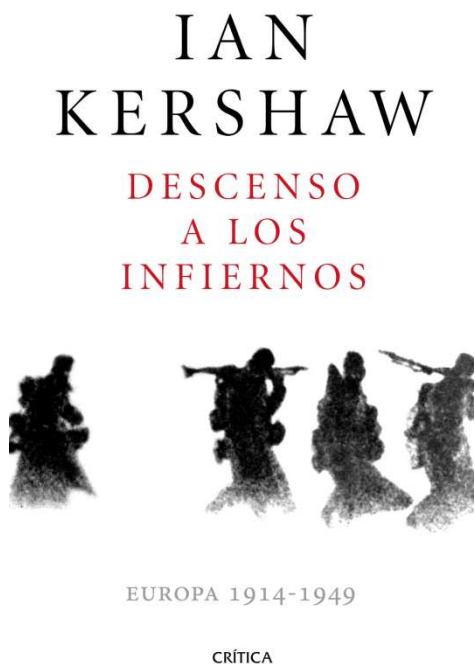
Isaac Martín Nieto

Descenso a los infiernos

La historia de la Europa del siglo XX es una historia de guerra. Ian Kershaw, el autor de *Descenso a los infiernos*, lo deja bien claro desde el principio de su libro. La guerra es lo que define esa historia. Pero no lo hizo igual en las dos etapas que el final de la Segunda Guerra Mundial creó dentro de ella. Durante la primera, Europa fue al infierno. Durante la segunda, volvió. Es por eso que, para Kershaw, la historia de Europa en el siglo XX fue un viaje de ida y vuelta al infierno. Un viaje con dos trayectos a los que va a dedicar sendos libros. El que es objeto de esta reseña está dedicado al primero, al que condujo a Europa al borde de la destrucción y que va del estallido de la Primera Guerra Mundial a los primeros años de la posguerra de 1945. El segundo libro, todavía por escribir, reconstruirá el viaje de vuelta, de la ruina en que había quedado el continente hasta la estabilidad y la prosperidad que caracterizaron a la Europa posterior a 1950.

La tesis central del libro es que la Primera Guerra Mundial generó una serie de «peligrosas fuerzas» que «culminaron» durante la Segunda «en abismos de inhumanidad y destrucción casi inimaginables». Esas «peligrosas fuerzas» que motivaron la «catástrofe inmensa» que supuso para Europa la Segunda Guerra Mundial fueron cuatro: el nacionalismo étnico-racista, el revisionismo territorial, los conflictos de clase y la crisis del capitalismo. Cuatro elementos que afectaron de forma conjunta a la mayor parte de los países del continente, aunque solo en el centro y el este de Europa estuvieron presentes en su versión más radical. En Alemania, sobre todo desde que los nazis alcanzaron el poder. En el resto de las zonas centrales y orientales de Europa, especialmente desde que Alemania las ocupara militarmente después de 1939. Cuatro elementos que, paradójicamente, fueron barridos del mapa por la propia guerra mundial que habían causado. Cuatro elementos, en fin, cuya desaparición estuvo en la base del posterior «renacimiento de Europa durante la segunda mitad del siglo».

Descenso a los infiernos está estructurado en diez capítulos, nueve de carácter cronológico y uno de naturaleza temática. Los de carácter cronológico tratan sucesivamente de la Europa anterior a 1914, de la Gran Guerra, de las consecuencias de la misma, de los años



veinte, de la Gran Depresión, de la sombra de otra guerra, de su estallido, de la Segunda Guerra Mundial y de la posguerra inmediata. El capítulo temático recorre la evolución durante todo el período de la sociedad y la economía, de las iglesias cristianas, de los intelectuales y de la cultura popular. El método y el enfoque utilizados para reconstruir ese viaje al infierno son explicados por el propio autor del libro en el prólogo y en la introducción, respectivamente. El enfoque lo acabo de resumir en el párrafo anterior. La metodología resulta bastante sencilla. Consiste en colocar el foco sobre «la forma en que se desarrolla exactamente el drama» y sobre «la configuración específica de los acontecimientos», lo que supone centrarse «en períodos bastante breves» y tratar por separado «dentro de esos períodos» cada una de «las diferentes fuerzas que contribuyeron a su formación». Por eso no hay capítulos específicos sobre la economía, la ideología, la cultura o la política, sino que cada uno de esos factores tienen su papel dentro de cada uno de los períodos.

El primer capítulo se llama «Al borde del abismo» y en él Kershaw cuestiona que la Europa anterior a la Primera Guerra Mundial estuviera viviendo una edad de oro, que es como, una vez terminado el conflicto, la recordaban, sobre todo, las clases privilegiadas, que parecía que solo guardaban en la memoria el crecimiento económico, el desarrollo tecnológico y la estabilidad política. Y es que esa moneda tenía otra cara. Y no era tan luminosa. La miseria y la emigración que dominaban las regiones agrícolas; la exclusión política de buena parte de la población, en la que estaban incluidas todas las mujeres; el desafío al orden establecido representado por el socialismo; el nacionalismo racial y dos de sus manifestaciones más radicales, como fueron el antisemitismo biológico y la eugenesia; y la violencia, tanto la ejercida sobre la población europea como la exportada a las colonias imperiales, son los principales fenómenos que Kershaw identifica como la cara oscura de esa edad de oro. También niega que la guerra fuera el producto de un encadenamiento de sucesos accidentales, «un suceso imprevisto e impredecible». Nada más lejos de la realidad. Lo que ocurrió en realidad fue que «dos deseos de guerra se impusieron sobre los deseos de paz» y que «dos líderes de Europa abordaron la perspectiva de la guerra con los ojos perfectamente abiertos». Lo que no quiere decir que la parte de responsabilidad por el estallido de la guerra corresponda por igual a todos esos líderes. Unos contribuyeron más que otros. Y Kershaw los identifica con claridad: fueron los de Alemania, el Imperio Austrohúngaro y Rusia, y especialmente los primeros.

El segundo capítulo, «El gran desastre», contiene un relato de las operaciones militares, un análisis de las experiencias de la guerra en el frente y en la retaguardia y otro análisis del multiforme impacto de la guerra sobre los estados que participaron en la misma. Las principales conclusiones a las que llega el autor son que la moral de los civiles y los soldados dependió en buena medida del sistema político de cada país, pues aquellos que estaban basados en altos niveles de representación y en valores generalmente aceptados encontraron mayores facilidades que el resto para mantenerla alta; y que, aunque hubiera mucha distancia entre la relativa estabilidad política de la que gozaron Francia o Gran Bretaña y las crisis de legitimidad que sufrieron Alemania o Rusia, todos los estados sin excepción tuvieron que afrontar cambios como consecuencia directa de la guerra. Aunque para cambios, los de la inmediata posguerra. Cambios políticos, sobre todo, aunque también económicos y sociales. A ellos dedica Kershaw el tercer capítulo de su libro, titulado «Una paz turbulenta». En este el autor analiza la crisis económica y social que provocó la guerra en todos los

países y el Tratado de Versalles que reordenó el mapa de Europa, al tiempo que describe la revolución de los bolcheviques en Rusia, la movilización de los contrarrevolucionarios, el triunfo generalizado de la democracia parlamentaria, la toma del poder de los fascistas en Italia y la supervivencia de la democracia en Alemania.

En el capítulo cuarto, «Bailando sobre el volcán», Kershaw analiza la etapa de recuperación y expansión del capitalismo de la segunda mitad de los años veinte, el desarrollo del socialismo de estado en la Unión Soviética, la evolución de la alta cultura y la cultura popular en lo que al entretenimiento y al arte respectan, el mejoramiento de las relaciones internacionales y la progresiva sustitución de democracias parlamentarias por regímenes autoritarios, aunque todavía no en Alemania. Un panorama relativamente luminoso sobre el que empezarán a adensarse las sombras en seguida, en cuanto diera comienzo la crisis económica de 1929. A esa crisis, a su origen, a su desarrollo y, sobre todo, a sus consecuencias, está dedicado el quinto capítulo del libro, que se llama, precisamente, «Las sombras se adensan». Sobre todo a sus consecuencias porque los procesos políticos que tuvieron lugar en el marco de esa crisis fueron decisivos para la historia de Europa. Y es que entre esos procesos estuvieron la llegada al poder de los nazis en Alemania y el avance de la derecha en la política europea, especialmente en la Europa central y oriental.

En el capítulo sexto, «Zona de peligro», Kershaw narra el derrumbamiento del orden internacional establecido tras el final de la Gran Guerra y analiza la configuración de las dictaduras en Europa desde un punto de vista comparativo, centrando el foco sobre las dictaduras dinámicas, las dictaduras basadas en la preeminencia de la ideología y en la movilización de las masas, como la Unión Soviética, la Italia fascista y la Alemania nazi. Y en el capítulo séptimo, «Hacia el abismo», el autor vuelve a poner en primer plano la dimensión internacional para dar cuenta de la desestabilización que resultó del rearme de Alemania, Italia y Japón, primero, y de Francia y Gran Bretaña, en respuesta; y para relatar la cadena de acontecimientos que llevaron al estallido de la Segunda Guerra Mundial en septiembre de 1939, entre los que destacan las invasiones alemanas de Austria y Checoslovaquia. Antes de eso Kershaw deja constancia de un proceso político de naturaleza ambivalente, de naturaleza a la vez nacional e internacional, como fue la derrota de la izquierda en toda Europa. Aquí aprovecha para describir con cierto detalle los significativos episodios de la derrota de las izquierdas francesa y española, la primera por el fracaso de la estrategia política del Frente Popular y la segunda por la victoria de los militares rebeldes en la guerra civil del 36.

La Segunda Guerra Mundial es analizada en el octavo capítulo, que lleva el elocuente título de «El infierno en la tierra». En él Kershaw resume las operaciones militares; trata de la violencia que acompañó al conflicto en toda Europa, aunque sobre todo en su parte central y oriental; analiza la actitud de las personas que vivieron la guerra, primero de las que lo hicieron en el frente y después de las que lo hicieron en la retaguardia; y señala lo que esa guerra supuso para la historia de Europa desde una perspectiva histórica. Llegado este punto el autor hace un alto en el camino e introduce el capítulo temático, el noveno, que se llama «Transiciones silenciosas durante las décadas oscuras», para continuar su recorrido por la primera mitad del siglo XX en el décimo, titulado «Resurgir de las cenizas». Este capítulo analiza la violencia de los vencedores sobre los vencidos y la depuración de los partidarios de los regímenes derrotados en la guerra, el renacer de la democracia parlamentaria en la Eu-

ropa occidental y su ocaso en la oriental, y el establecimiento de un nuevo orden internacional dominado por Estados Unidos y la Unión Soviética. El capítulo y el libro terminan con un resumen de los factores que explican por qué después de 1945 comenzó una etapa de estabilidad política y prosperidad económica, una etapa de una naturaleza tan diferente a la que siguió al final de la Primera Guerra Mundial. Son la desaparición de Alemania como gran potencia, la eliminación de los responsables de los crímenes de guerra, la división de Europa en dos bloques bajo el control de sendas superpotencias, el crecimiento económico iniciado a finales de la década de los cuarenta y la amenaza de una guerra definitiva, como podría llegar a ser la atómica.

Ni que decir tiene que *Descenso a los infiernos* tiene todos los ingredientes para llegar a ser una obra de referencia para todos aquellos interesados en la historia de la Europa del siglo XX, independientemente de que estén dentro o fuera de la academia. Es un libro bien estructurado, bien escrito, bien informado. Su autor es un experimentado historiador que ha publicado, entre otros libros, una monumental biografía en dos volúmenes de Adolf Hitler, un protagonista central de esa historia. Y, pese a que en la obra que estoy reseñando no realiza ninguna nueva contribución al conocimiento de la misma, sí que ofrece una nueva interpretación. Y no la ofrece solo, aunque sí principalmente, a partir de la bibliografía de otros investigadores, sino también a partir de las fuentes primarias que ha consultado, según el mismo Kershaw confiesa, para tratar ciertos temas del libro, como, sobre todo, los vinculados a la historia de Alemania entre el final de la Gran Guerra y 1945. *Descenso a los infiernos* también sirve a la perfección como una brújula para navegar por las diversas historiografías nacionales europeas. En su «Bibliografía selecta» no están todos los que son, es cierto, pero sí que son todos los que están.

Pero que este libro tenga tantas virtudes no significa que carezca de defectos. Yo me atrevo a señalar uno. Y es que las partes españolas del libro no resultan muy satisfactorias. No digo que España hubiera merecido un lugar más significativo en el relato, ni mucho menos. Eso, además, sería muy discutible. Lo que digo es que la visión que Kershaw transmite de la historia de España en la primera mitad del siglo XX resulta algo sesgada y anticuada. Un vistazo a la bibliografía seleccionada de la que he hablado en el párrafo anterior parece confirmarlo. Primero, porque todos los autores de obras consideradas por Kershaw de utilidad para escribir las partes españolas de *Descenso a los infiernos* son hispanistas. No hay ni un solo historiador español entre ellos. Esto, que habría parecido relativamente normal hace cuarenta años, no lo parece tanto hoy en día, sobre todo a la vista de la cantidad y la calidad de la producción historiográfica sobre la España del primer tercio del siglo XX que varias generaciones de historiadores han ido acumulando desde los años ochenta. Podría ser que la causa del descuido esté en que Kershaw, sencillamente, no lee en castellano, la lengua que predominantemente han utilizado y utilizan los historiadores españoles para comunicar los resultados de sus investigaciones. No lo es: no pocos de ellos llevan años publicando en inglés. Segundo, porque la bibliografía que utiliza Kershaw está en buena medida superada. La fecha de edición no lo es todo, evidentemente. Pero en este caso resulta un indicador bastante elocuente. Y es que la mitad aproximadamente de esa bibliografía fue publicada por primera vez en los años sesenta, setenta y ochenta. La otra mitad, las obras de Antony Beevor, Helen Graham, Michael Richards, Mary Vincent y algunas de las de

Paul Preston, lo fue a lo largo de los últimos veinte años. Y solo un libro de Preston y la obra de Vincent fueron editadas durante los últimos diez.

Pero que la visión de España que transmite *Descenso a los infiernos* está sesgada y anticuada es algo que solo queda definitivamente confirmado al constatar la existencia de ciertas ausencias y de ciertas lagunas que me resultan difíciles de perdonar. Las primeras están lejos de ser insignificantes. La obra publicada durante la última década por parte de historiadores como Julián Casanova, Michael Seidman, Manuel Álvarez Tardío, Fernando del Rey o Julius Ruiz ha modificado para siempre la historiografía sobre la primera mitad de la España del siglo XX. La ha cambiado hasta tal punto que actualmente resultaría inadmisibles escribir sobre el período sin citar sus obras. Ninguno de ellos, sin embargo, aparece entre la bibliografía selecta de Kershaw. Y eso que solo he citado a aquellos que han publicado tanto en castellano como en inglés y que he incluido a dos hispanistas, como son Seidman y Ruiz. Las lagunas a las que me refería antes parecen lógicas llegados a este punto. Basta con señalar brevemente un par de ellas, de naturaleza concreta, además, pues no quiero alargar demasiado esta ya larga reseña. Primero, no existe referencia alguna a los pequeños y medianos campesinos, que estuvieron en la base de la movilización católica de los años treinta. Segundo, el autor de *Descenso a los infiernos* explica la derrota de la República en la guerra civil del 36 solo como el producto del desequilibrio en favor de los rebeldes de la ayuda internacional a los dos bandos, cuando es sabido que también tuvo su parte el hecho de que la gestión de los recursos materiales y humanos alcanzara una mayor eficacia en la retaguardia sublevada.

George L. MOSSE: *Soldados caídos. La transformación de la memoria de las guerras mundiales*, traducción de Ángel Alcalde, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2016 [ed. original en inglés de 1990], 310 pp. ISBN: 978-84-16515-39-4

Claudio Hernández Burgos

Mitos y realidades de la experiencia bélica en las guerras mundiales

Muchos años –quizás demasiados– ha tardado en ver la luz la traducción castellana de una de las obras más significativas del renombrado historiador alemán George L. Mosse. *Soldados caídos* es, sin lugar a dudas, uno de esos libros ya clásicos cuya temática, extensa y atrayente, le convierte en objeto de atención para especialistas interesados en periodos históricos y realidades nacionales diversas. Cuando la primera edición de la obra vio la luz en el año 1990, eran ya varios los investigadores que se habían interrogado por problemáticas similares, como Eric J. Leed, Robert Wohl o Paul Fussell. Sin embargo, *Soldados caídos* marcó un punto de inflexión por su perspectiva centrada en la vivencia de la guerra por parte de los soldados y, en particular, por los voluntarios. La capacidad para abordar de una forma conjunta cuestiones tales como la camaradería, el culto a los caídos, la vida de trinchera, la cotidianeidad de la guerra o su trivialización resultó sumamente estimulante para muchos historiadores y convirtió el libro en un referente obligado para los estudiosos de las guerras mundiales, el nazismo o el nacionalismo. Más de un cuarto de siglo después, muchos de sus postulados mantienen una absoluta vigencia.

La edición española de la obra se abre con un estudio preliminar por parte de Ángel Alcalde Fernández, autor también de la traducción. En él, glosa las virtudes del libro al que define como una “historia cultural de la guerra moderna” (p. 15) cuyo carácter transnacional resulta uno de sus puntos fuertes. Sin embargo, Alcalde pretende hacer mayor hincapié en la controversia despertada por las tesis mosseanas y, en especial, por su “teoría de la brutalización”. Para ello, se apoya en las conocidas tesis del conocido historiador francés Antoine Prost, quien en su artículo “The impact of war on French and German political cultures”, publicado en 1994, mostró profundas discrepancias con las afirmaciones del historiador alemán acerca del proceso de brutalización experimentado por los excombatientes de la Gran Guerra como consecuencia de su participación en la contienda.



En la introducción de *Soldados caídos*, Mosse desgrana lo que entiende como “mito de la experiencia de guerra”, sin duda uno de los conceptos más fértiles aparecidos en su estudio. Un término acuñado para explicar el proceso mediante el cual la Primera Guerra Mundial se transformó en un hecho lleno de significado para quienes se vieron envueltos en ella, pero que contribuía a enmascarar y legitimar una realidad mucho menos idílica llena de sangre y muerte. Para Mosse la aparición del mito respondió al encuentro de miles de hombres con la muerte de masas que llevó a la búsqueda de soluciones que hicieran más llevadero el sufrimiento, la destrucción y el derramamiento de sangre. Ciertamente, como el autor acertadamente señala, el mito de la experiencia de guerra no operaba en el vacío, pues eran muchos los hombres que voluntariamente se habían presentado a filas. Pese a ello, éste no dejaba de ser una idealización de la contienda que acabó por ser sacralizada.

En la primera parte de la obra se analizan los orígenes del mito de la experiencia de guerra. En primer lugar, Mosse se remonta al periodo de la Revolución Francesa para explicar las profundas transformaciones que afectaron al modo de entender la guerra y sus contendientes. La conversión de los soldados de mercenarios a ciudadanos luchando por la nación, el fin de las guerras dinásticas o la concepción de la misma como un evento que da nuevos significados a la vida o como “test de masculinidad” fueron las más relevantes. Sin embargo, el culto a la muerte habría sido la pieza fundamental en la construcción del mito. En efecto, la muerte en guerra proveyó de mártires a la nación, provocando la creación de lugares de culto, liturgias y rituales —muchos de ellos inspirados en el cristianismo—, cementerios y, sobre todo, monumentos que perpetuarían la memoria de los caídos que, por primera vez, darían culto al soldado común en detrimento de los grandes “héroes”.

Buena parte de las tesis principales del autor se concentran en la segunda parte de la obra, dedicada al periodo de la I Guerra Mundial. En el capítulo cuatro se desentraña la relación entre la juventud y la experiencia de guerra. Se tratan de rastrear las diferentes motivaciones por las que los soldados acudieron al frente. Entre ellas destacan cuestiones como el entusiasmo, la búsqueda de sentido de la vida, el rechazo a una sociedad aparentemente petrificada o las reticencias ante unos modos de vida considerados mediocres. Y es que —como también se reflejara en la obra de Erich Maria Remarque *Sin novedad en el frente*— para muchos, la guerra se convirtió en un desafío, una escapatoria, una alternativa vivificante frente una realidad aparentemente anquilosada y agotada.

En íntima relación con el tema de la juventud se examina el desarrollo del culto a los caídos durante la Gran Guerra. Su expansión resultaría fundamental para la mitificación de la contienda, en la medida en que ayudaba a la difusión de una narrativa exaltadora de la guerra y difuminaba sus más trágicas consecuencias. La glorificación de los jóvenes caídos se transformó de este modo en un jalón más del culto a la patria y, hasta cierto punto, en una religión cívica. En torno a los cementerios, la repatriación de los cuerpos o los monumentos a los caídos se crearían toda una serie de rituales y liturgias que manipularon la memoria bélica de cara a la población. En ese proceso, la naturaleza resultó un pilar esencial, como se apunta en el capítulo 6. En ella se buscaron valores como el orden, la belleza o la resurrección nacional. Pero tildar a los aviadores como “guardianes de los cielos” o vincular la muerte de los soldados con la eternidad provista por la naturaleza, no escondía el propósito de que esta conexión con el medio natural buscaba disfrazar los horrores bélicos.

El último capítulo de esta parte analiza quizás uno de los aspectos más sugerentes del libro como es el proceso de trivialización de la guerra mediante el cual ésta se convirtió en una materia corriente y común, dejando de ser algo tremendo y aterrador. El autor se detiene en las maneras a través las que los combatientes utilizaron objetos familiares y cotidianos para minimizar el impacto de la experiencia bélica y, al fin y al cabo, sobrellevarla lo mejor posible. Conservar una cabeza de un proyectil, hacerse con una armónica en forma de submarino o utilizar postales de guerra se transformó en una vía para situar la guerra en el plano de lo cotidiano y desposeerla de su carga más agresiva y violenta. Incluso el humor de mal gusto que podía representar frivolar con ataques de gas, ridiculizar al enemigo u organizar visitas al frente se trasladó al terreno de los niños que, de algún modo, libraban su propia guerra a través de sus juguetes y de sus juegos infantiles. El proceso de trivialización, en fin, no ayudaba tanto a consolar las penas de quienes vivían la guerra, sino a proyectar una falsa sensación de dominio de los terribles acontecimientos que padecían.

La tercera sección del libro se enmarca en el periodo de posguerra. En el octavo capítulo Mosse expone detalladamente sus tesis en torno a la brutalización, avanzadas años atrás en algunos de sus textos. Fundamentalmente, defiende que, como consecuencia de la experiencia bélica, se produjo una continuación de las actitudes propias de la guerra en tiempos de paz, llegándose a la brutalización de la vida política. Mosse admite que este proceso se mantuvo bajo control en países como Inglaterra o Francia, pero naciones como Alemania presenciaron un salvajismo sin precedentes. A continuación, el autor explora las conexiones entre la brutalización de posguerra y el surgimiento de movimientos ultranacionalistas, especialmente el nazi. La apropiación de los mártires de la guerra, el uso del estereotipo del “hombre nuevo” o la mitificación de la guerra encajaron a la perfección en la ideología fascista. Por último, el autor examina lo sucedido durante la II Guerra Mundial. En ella, de acuerdo con Mosse, permanecieron los elementos que habían dado forma al mito de la experiencia de guerra, pero éste fue perdiendo fuerza por las propias características de la contienda. La camaradería se desprendió de sus connotaciones más agresivas, la muerte se vio como el efecto más indeseado de la brutalidad bélica y el deseo de paz fue en buena medida universal.

En su conjunto, la obra de George L. Mosse es un auténtico ciclón de ideas sugerentes y de interesantes hipótesis, que resultan de enorme utilidad para investigadores dedicados a periodos y temas muy diversos. No solo el mito de la experiencia de guerra, sino también el análisis que realiza del culto a los caídos, la idea de la brutalización de la política en la posguerra o el proceso de trivialización de la experiencia bélica constituyen tesis trasladables a otras realidades nacionales y a otros conflictos. Probablemente, la mirada propuesta por Mosse –como ocurre en muchos estudios comparativos y de largo recorrido– requiera una mayor profundidad de análisis y la delimitación de espacios más acotados que maten algunas afirmaciones tajantes y generalizaciones que recorren la obra. Pero no se puede ocultar que el enfoque cultural adoptado por Mosse fue tremendamente innovador en su momento y que muchas de sus tesis principales siguen siendo hoy aceptadas. Desde esta perspectiva, *Soldados caídos* seguirá siendo un libro de referencia por lo menos durante un buen puñado de años. Al menos, sería indicativo de que los investigadores seguimos interesados en la vivencia de los fenómenos traumáticos y en cómo son experimentados individual y colectivamente.

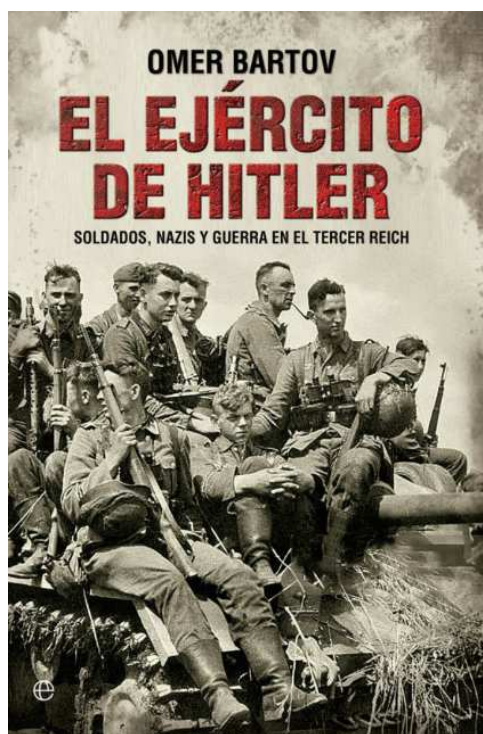
Omer BARTOV: *El ejército de Hitler. Soldados, nazis y guerra en el Tercer Reich*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2017, 284 pp., ISBN: 978-84-9060-878-4

Miguel Ángel Collado Aguilar
Universidad de Huelva

De alemanes a nazis: la nazificación del combatiente alemán del Frente del Este en la II Guerra Mundial

Para la invasión de la Unión Soviética, Hitler necesitaba un ejército fuertemente cohesionado en el que la crítica hacia las prácticas que llevaría a cabo contra la población civil fuera inexistente, de forma que con ello se evitaran posibles disidencias que pudieran desestabilizar el avance de la Wehrmacht. Esta premisa era algo que en los primeros momentos tenía asegurado porque las unidades de combate estaban formadas por hombres que llevaban años compartiendo vivencias, de forma que estaban unidos por fuertes lazos de camaradería y la defensa individual suponía también la del resto de compañeros dentro de lo que Bartov ha venido a llamar “grupos primarios”. No obstante, el importante número de bajas causadas por el Ejército Rojo frente a la invasión transformó radicalmente a una Wehrmacht que, a un tiempo, vio deshechos aquellos “grupos primarios” y seguía necesitando de una alta moral para hacer frente a las condiciones de la guerra. No en vano, ésta iba haciéndose más dura día a día tanto por la entereza del enemigo como por la “desmodernización” a la que se veían sometidas las fuerzas alemanas. Para hacer frente a este problema y en tanto en cuanto eran considerados la vanguardia de la guerra ideológica que su país mantenía contra el binomio bolchevismo-judaísmo, los soldados alemanes que luchaban en el Frente del Este fueron sometidos a un proceso de condicionamiento ideológico que tenía como objetivo principal convertirlos en militantes de la causa nacionalsocialista. Según Bartov, el Tercer Reich obtuvo un notable éxito en este empeño, y analizar dicho proceso es el tema central de *El ejército de Hitler*. Así pues, estamos ante un estudio de la construcción del perfil ideológico del combatiente alemán al calor de la guerra germano-soviética.

Sin embargo, Omer Bartov inicia su trabajo describiendo cómo la Wehrmacht experimentó un proceso de “desmodernización” a medida que se adentraba en Rusia y el equipamiento iba siendo sustituido por animales de carga, en el caso de los camiones, o por los enseres que las tropas iban arrebatando a los habitantes de las aldeas por las que pasaba. Hay que tener en cuenta que las condiciones geográficas planteaban un reto logístico de



primer orden, dificultando las reparaciones, el reemplazo o la posibilidad de obtener petróleo. Por si fuera poco, el alto mando había establecido que la manutención de las tropas habría de llevarse a cabo “sobre el terreno”, es decir, en base a los recursos de los aldeanos rusos. Tal situación, que el autor vincula directamente al estado anímico de las tropas, habría contribuido a generar hostilidad entre la población civil soviética, que asistía a los saqueos, abusos y masacres de las tropas alemanas, quedando a menudo sin recursos para subsistir. Esto servía como caldo de cultivo para el apoyo y alimento de la resistencia partisana, y contribuía a dificultar una eventual victoria alemana al imposibilitar un apoyo local más extendido que podría haber sido determinante. Pero también hacía que los combatientes alemanes fueran más permeables hacia la propaganda, en la medida en que esta presentaba al enemigo como al responsable de sus propios padecimientos, reforzando así su adhesión ideológica a los principios encarnados por el Tercer Reich.

Por otra parte, la agresividad alemana unida a la hostilidad de la población soviética hicieron que los combates que se libraron se fueran endureciendo y que las emboscadas partisanas fueran cada vez más frecuentes. Así pues, el número de bajas que tuvo que enfrentar el ejército invasor fue cada vez mayor, coadyuvando a la ya citada ruptura de los “grupos primarios”, que incluía incluso a la oficialidad, y cuyos efectivos caídos eran sustituidos por nuevos soldados. Esa ruptura, que es el objeto de estudio del segundo capítulo, no sólo implicará la de los vínculos emocionales que habían servido para cohesionar a la Wehrmacht, sino también que muchos de los sustitutos de los caídos lleguen previamente adoctrinados, ya sea gracias a la escuela o a las organizaciones juveniles del régimen. De esta forma, además de combatientes actuaban como altavoces de Hitler en el frente, contribuyendo en realidad a retroalimentar la permeabilidad de sus compañeros a las consignas nazis. En definitiva, según la tesis de Bartov, la cohesión y la disciplina militar pasó a construirse desde el vínculo personal a hacerlo sobre el ideológico o, dicho de otra forma, sobre la nazificación del ejército de ocupación.

El objeto de estudio del tercer capítulo de *El ejército de Hitler* es la disciplina, que será relajada cuando hablemos de la represión de los crímenes cometidos contra la población soviética, pero implacable respecto a las disidencias internas. Esto favoreció ese proceso de condicionamiento ideológico de la Wehrmacht en el sentido de que promoverá el ejercicio de la violencia hacia todo el espectro social soviético, provocando a su vez un embrutecimiento de quienes la ejercieron al tiempo que los instalaba en un estado de alerta constante frente a una posible reacción del enemigo. Sumidos en una situación de paranoia constante, los combatientes alemanes fueron mucho más receptivos a las consignas nacionalsocialistas. De hecho, este proceso de nazificación es estudiado en el cuarto y más largo capítulo del trabajo de Omer Bartov. Según el autor, consistió en una intensa campaña propagandística sustentada en la deshumanización del enemigo soviético, que será representado como la antítesis de un Hitler deificado, carente de defectos y cuya batalla contra el contubernio judeobolchevique era en realidad de defensa contra la agresión de aquél. Es decir, que de lo que se trataba era de invertir la realidad para que los llamados a combatir percibieran la guerra en base a las mismas premisas ideológicas que les servirían para justificar sus actos y se abstuvieran de presentar resistencia o insubordinación, que en cualquier caso serían duramente reprimidas.

Con estos y otros componentes que omito a sabiendas, Hitler logró crear un ejército compuesto por soldados-militantes nazis que no sólo estarán caracterizados por una disciplina/adhesión moral que los mantuvo en el frente cuando la imposibilidad de la victoria era evidente, sino que además conservarán algunos de los rasgos ideológicos adquiridos durante la contienda hasta el final de sus vidas e incluso los transmitirán. No es de extrañar que algunos historiadores hayan incorporado las tesis de Bartov a sus interpretaciones. Tampoco que la sociedad alemana presentara, cuando se escribió la primera edición de *El ejército de Hitler* en 1992, una memoria colectiva que omitía el sufrimiento ajeno para centrarse en el propio, lo que dicho en palabras del autor era sintomático de que «la guerra había convertido a la Wehrmacht en el ejército de Hitler y a los alemanes en el pueblo de Hitler» (p. 222).

Para la construcción de todo este relato, Omer Bartov utiliza una variedad de fuentes que van desde las cartas personales de los soldados hasta los materiales propagandísticos utilizados por los encargados de aleccionarlos. Todo ello, obviamente, sin olvidar la documentación de la propia Wehrmacht y una numerosísima bibliografía que controla hasta el punto de dedicar no pocas páginas a combatir las interpretaciones de historiadores que empatizan con el sufrimiento alemán al tiempo que ignoran el padecido por la oposición interna o por las poblaciones sometidas por los nazis. Se trata de un debate que podría asimilarse a las lecturas de la guerra civil española que tratan de equiparar las violencias de ambos bandos, lo cual hace de este un trabajo especialmente útil a la hora de entender la perpetuación de ciertas visiones que, construidas desde el poder, vienen a (re)legitimar las políticas terroristas emprendidas por parte del Estado o de quienes finalmente se hicieron con su control. Además, la reconstrucción del proceso de nazificación de las tropas combatientes en la URSS propuesta por Bartov podría contribuir a un mejor entendimiento del efecto de la propaganda franquista sobre sus combatientes. Por mucho que cada caso presente sus propias peculiaridades, hay analogías evidentes en relación con la deificación del líder, la “misión histórica” que en ambos casos se autoatribuían o la demonización del enemigo, por poner sólo tres ejemplos.

Todo ello, valga decirlo, está explicado con un lenguaje cercano, que favorece una lectura ágil y hace del trabajo de Bartov una obra que si por un lado ofrece aportes interpretativos de la magnitud que se entrevé en lo párrafos anteriores, por el otro es apropiada para que posibles lectores neófitos puedan acceder a los debates sin mayores problemas. En ello tiene gran importancia el estilo narrativo del autor, es obvio, pero también la multitud de testimonios sobre los que se apoya, dotando a *El ejército de Hitler* de un ritmo que la historiografía académica no siempre logra alcanzar. Sin embargo, la ubicación de las notas al final del libro hace engorrosa su consulta para quien opte por una lectura más técnica que literaria y tenga interés por conocer en todo momento las bases empíricas de las afirmaciones, aunque ello no revista de mayores problemas para otro tipo de público y, en cualquier caso, sea un escollo fácilmente superable. De la misma forma, y a pesar de que hay que reconocer la variedad y la gran cantidad de bibliografía citada, podría ser útil que se indicasen las traducciones al castellano, cuando las hubiera, de forma que se facilitase el estudio del tema para quienes no lean alemán o inglés, idiomas en los que están publicados la práctica totalidad de los libros citados.

Sin embargo, por encima de todo merece la pena concluir afirmando que no cabe duda de que la edición en castellano de *El ejército de Hitler* por parte de La Esfera de los

Libros es un acierto absoluto, porque aporta un relato que no suele ponerse al descubierto en la literatura sobre la II Guerra Mundial que se publica en nuestro idioma: la naturaleza del ejército de ocupación alemán y la importancia de la ideología en su *modus operandi*. Esto podría ayudarnos a entender nuestro propio pasado en la medida en que puede permitir observar y analizar un proceso similar entre las tropas franquistas, aunque al hacerlo haya que guardar distancias y tener en cuenta que los fenómenos sociales nunca se repiten exactamente de la misma forma en dos lugares distintos. Por otra parte, este libro tiene otra utilidad importante para el público español: la de comprobar cómo las narrativas que pretenden (re)legitimar ciertas políticas terroristas también han pervivido en Alemania y han sido combatidas por profesionales desde la rotundidad que dan las fuentes.

Yaron PASHER: *Holocaust versus Wehrmacht. How Hitler's "Final So-lution" Undermined the German War Effort*, Lawrence, University of Kansas Press, 2014, 364 pp, ISBN: 978-0-7006-2006-7

Alessandro Salvador

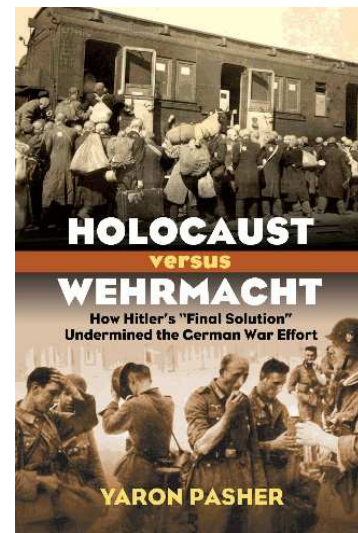
The two sides of National Socialist's war effort: ideology, strategy and logistics in World War II

In his book, Pasher looks for the answer to a question that is far from being "original". It is easy to assume that most historians (as well as many students) dealing with the Second World War and the Third Reich asked themselves how much the realization of National Socialist's extermination plans affected the war conduct and how realistic was to assume that those plans critically undermined the German war plans. Pasher's work fits in the line of research attempting to consider the Holocaust within the German war plans and efforts.

This perspective was already mentioned by Gerhard Weinberg in his *A World at Arms: A Global History of World War II* (Cambridge, 1994), as well as in other works dealing with the *Wehrmacht* and the military operations and occupation strategies of the National-Socialists in Eastern Europe. From this point of view, the author provides an interesting perspective with a powerful support of sources, with some exceptions in the third and fourth parts, and providing intriguing and yet challenging hypothesis.

The book is divided in four parts, with the first two further divided into four chapters and the last two in three. Three quarters of the book focus, as one may imagine, on the Eastern front, while the final part deals with the entanglement between the extermination of the Jews in Eastern Europe and the failed resistance against the Allied invasion of France. The author did not make his life easy. He develops a detailed analysis of the war logistics, highlighting the moment in which the transport by train became crucial to the German war conduct instead of road transport. Then, he moves on in estimating (as complete and clear statistics are difficult to find) the number of trains normally needed to transport a certain amount people to the concentration camps, or equipped soldiers to the front or tanks and other military supplies. This quantitative approach may seem a bit too "arid" as war events are not merely a question of numbers. However, it helps the reader getting the correct attitude to follow Pasher's line of thought.

Given the limited number and capacity of Eastern European and Soviet railroads and the necessity of adaptation works to allow German trains to use them, the author analyzes how logistics and priority in the use of infrastructures affected the war in the East. For a good first part of the book, the reasoning of the author may seem simple mathematics: given a certain capacity of the railroad in specific moments he is estimating how many



troops and equipment could not be shipped to the front because the infrastructure was being used to deport prisoners to the concentration camps. However, Pasher goes deeper and analyzes the war strategy and the logistics at the front, and proves to be able to entangle the war events with the deportation and extermination process.

The narrative flows almost parallel with the German invasion of Russia progressing on one side and the ethnic cleansing of the SS being executed on the other. Particularly, the book examines how in crucial moments of the war the decision-making process was influenced by the ideological goals and potentially affected the result of a battle. It is particularly interesting, furthermore, to see where the Army and the SS appeared to have clear conflicts of interest.

In the second part, Pasher suggests that the slowing down of the German invasion, until the catastrophic defeat at Stalingrad, could have been avoided assuming all the necessary resources could be shipped to the front. Specifically, he tried to entangle the precise moments in which the use of resources for the deportation of people to the concentration camps prevented the supply of the troops at the front. While this reasoning provides a convincing argument that the Holocaust severely burdened the logistical capabilities of the Wehrmacht in certain crucial moments, it does not seem enough to prove that one additional division or some additional tanks could have changed the military outcome of a battle.

However, Pasher did not merely “count the trains” but develops an exhaustive reasoning on the war at the East with a critical analysis on previous research considering the weather conditions, the inadequacy of German equipment and other factors as the reasons behind the German defeat. At the end of the day, Pasher’s hypothesis looks convincing but not flawless. In some passages, one may have the impression that the factors other than the Holocaust-related issues have been underestimated to add weight to the main thesis. While the productivity of the German industries is depicted as much quicker than the ability of the Army to deploy tanks and troops, the ability of the Soviets to retrieve troops from the Far East of the country – and the amount of these troops - to reinforce the front, for instance, is never mentioned.

The third part throws a bridge between the Eastern front and the war against the Allied. Once again, the debacle at Kursk, as Stalingrad, is analyzed keeping into account that additional forces could have been deployed by the Wehrmacht if the extermination of the European Jews had been at least paused for a while. By describing the insurrection in the Warsaw Ghetto and the amount of forces and resources deployed to repress it, Pasher gives another important clue on how ideological motivations of the National Socialist often led to poor judgement in the war conduct in general. However, here one has, once again, the impression that the capability of the SS deployed in Warsaw to make the difference at the front may have been a bit overestimated.

Where the narrative of Pasher starts to feel too stretched is at the end of the third and for the whole fourth part. Concerning the invasion of Sicily, for example, his account seems to rely too much on memories, including disputed ones as that of Otto Skorzeny. Furthermore, the relation that the author suggests, that the liquidation of the Hungarian Jews came in the way of an effective defense against the Allied landing in the north of France, seems a bit stretched. It is undeniable that the operations in Hungary distracted

resources and infrastructure that could be used to redeploy troops from the Eastern front. However, if in the Russian scenario the direct conflict in the use of infrastructures between the Wehrmacht and the SS was straightforward and it is not hard to understand how it had a major influence on the military operations, for the Western front one shall not over-see that other factors played a dominant role. In fact, Pasher does not refrain to account for those other factors, such as the lack of railroads in northern France and the constant threat of Allied bombings, but still it seems to overestimate the events in the East.

It may be true that the Germans were able to quickly replace bombed trains and repair bridges and railroads, but the overall effect of Allied bombings and the increasing lack of resources at the end of the war played probably a most significant role. That said, that in such a complex situation the activities related with the Holocaust and the concentration camps still distracted a considerable amount of resources is certainly worth pointing out.

The feeling that somewhere in the book the author may have stretched his thesis too much, however, does not change the fact that the conclusion, that the Holocaust and the all process of deportation and extermination of the European Jews (and other social and ethnic groups) severely damaged the German war operations, is something to agree with. Is the same Pasher to put aside the hypothesis that the war could turn out completely different without the Holocaust that was, in fact, strictly related with the goals of the conflict in the world-view of National Socialism. What Pasher shows in a convincing way is that ideological elements often severely affected the judgement of the final decision-maker, Adolf Hitler, and strongly influenced the prioritization in the use and allocation of resources during the conflict.

Altogether, Pasher's book is, above all, an essay on logistics and decision making in the Third Reich, as well as a very well written analysis of the conflicts between the military and ideological goals of the National Socialist regime. It manages to successfully integrate the history of the Holocaust in the military history of World War II and it is successful, more than previous attempts, in estimating the importance of ideology in the peculiarity of the conflict, especially at the Eastern front. As stated at the beginning, many historians may have found themselves asking how much the ideology of National Socialism affected the German war efforts. Pasher took the chance to "do the math" and the result, despite some critical moments, is a well-documented, insightful and well-written book.

Manuela MARÍN: *Testigos coloniales: españoles en Marruecos (1860-1959)*, Barcelona, Ediciones Bellaterra, 2015, 756 pp.

María Gajate Bajo
Universidad de Salamanca

Literatura colonial de los españoles en Marruecos

Manuela Marín es muy conocida como especialista en historia de la España musulmana. No obstante, a su larga trayectoria de investigaciones en este ámbito se une más recientemente su interés por las relaciones entre España y Marruecos. *Testigos coloniales: españoles en Marruecos (1860-1956)* es un ejemplo de lo enunciado. Esta obra constituye un exhaustivo y monumental análisis de la “literatura colonial”, en su acepción más laxa. Un amplísimo conjunto de títulos que vieron la luz entre 1860, coincidiendo con el término de la guerra de Tetuán, y 1956, momento en el que formalmente se reconoce la independencia del reino marroquí. Aunque no es el primero, sí que nos hallamos ante el trabajo más profundo de los publicados hasta la actualidad a propósito del complejo mundo de las percepciones españolas sobre el Sultanato marroquí. El objetivo del libro es, en palabras de la autora, «observar el contacto entre ellos [los colonizadores] y la población local y analizar qué consecuencias tuvo para su visión de Marruecos y para su propia identidad». Una labor nada sencilla, donde los testimonios personales –en ocasiones anecdóticos, contradictorios, pero siempre reveladores– cobran particular relevancia, en consonancia con los intereses de los llamados “estudios poscoloniales” o “estudios subalternos”. Marín se siente cómoda bajo el paraguas de ambas etiquetas académicas y aplaude, con razón, su carácter innovador. Aunque bastante peor suerte corre en este aspecto, y si atendemos a sus comentarios, la historia militar (con salvedades). A modo de pequeño reproche, no queremos dejar de subrayar el hecho de que ésta también viene experimentando un proceso de renovación metodológica y temática. Así, los trabajos que esta revista ha venido publican-

do constituyen una demostración palpable de ello.

Manuela Marín ha empleado una inmensa base documental en la elaboración de esta obra y lo evidencia en el impresionante aparato crítico que acompaña a cada uno de los capítulos: relatos de viaje, obras de ficción, memorias, artículos periodísticos, recursos cartográficos, actas de congresos, etc. Poco importa para sus intereses, para el estudio de los puntos de contacto cultural, la clásica distinción entre arabistas y africanistas. Ambos con-



tribuyen a forjar identidades contrapuestas donde la guerra se convirtió en la gran constante histórica.

“Imágenes, migraciones, impactos” es el título del primero de los grandes capítulos de *Testigos coloniales*. La búsqueda de oportunidades de negocio y la manida pretensión civilizadora aparecen como leitmotiv justificador de la presencia española en Marruecos. Sin ese primer propósito no se entendería la creación de sociedades geográficas o la celebración periódica de congresos de geografía “mercantil y colonial” en las últimas décadas del siglo XIX. Del mismo modo, la mentalidad darwinista permea, con contadísimas salvedades, todos los escritos que Marín examina. La autora se detiene a valorar los procesos de aculturación entre los marroquíes, destacando la idea de que la resistencia a la penetración colonial no fue uniforme ni continua. El movimiento africanista español, como tanto otros, no dudaba de las bondades de la civilización occidental. Aunque, muy obsesionado con relegar al pasado la losa de la pérdida del imperio americano, también exhibió caracteres propios tales como la instrumentalización, muy interesada, de episodios concretos de la historia de España, la acentuada defensa de la fe cristiana o el considerable peso de la mirada orientalista en sus percepciones. El “alma” marroquí intrigó a todo aquel que se aproximó y convivió con el vecino sureño. El fanatismo, la astucia y la traición aparecen como las formas de conducta que más habitualmente se achacaban a los rifeños, alcanzando su paroxismo en el momento del desastre de Annual y la posterior matanza de Monte Arruit. También la gallardía y virilidad occidentales se opusieron recurrentemente a la indolencia oriental. Tajantes oposiciones que se extienden al terreno de la escritura, la alimentación, las relaciones entre géneros... todo lo preciso para respaldar la acción bélica. Contraimágenes no siempre exitosas, pues no faltaron incisivos observadores capaces de reparar, por ejemplo, en la similitud entre los campesinos de ambos lados del Estrecho o en la equiparable situación de opresión sufrida por las mujeres. Sin embargo, los emigrantes y, muy especialmente, los soldados conformaron el grueso de la población española residente en Marruecos, cada vez más implicados en una espiral de violencia capaz de reafirmar la tradicional imagen del enemigo como desleal y salvaje.

Las interacciones, a veces difíciles de visualizar, entre colonizadores y colonizados constituyen el hilo argumental del segundo capítulo de *Testigos coloniales*. Manuela Marín, para empezar, repara en el papel nada baladí de elementos distorsionadores como la nostalgia y señala, asimismo, el influjo de los factores étnicos, religiosos, de posición social y económica a la hora de calibrar los escritos estudiados. En la literatura colonial, por fortuna, abundan los lugares de encuentro, ya sean los de la esfera pública urbana (calles, zocos) o los nuevos espacios de sociabilidad originados con la progresiva ocupación española (teatros, cafés, tabernas). Actividades como la caza o las celebraciones nupciales igualmente permitieron los roces culturales, si bien fueron las sucesivas campañas militares las que sirvieron en bandeja el anhelado deseo de penetrar en los espacios domésticos marroquíes. Con el establecimiento del protectorado, tres áreas de contacto institucional plasmaron el sometimiento marroquí al directo control colonial: el ejército, la sanidad y la educación.

La autora por ello abunda en la posición de las tropas indígenas y de los confidentes, en la reputada labor de los médicos –Felipe Óvilo es quizás el ejemplo mejor conocido– entregados a la conquista de corazones o en la labor también de atracción, pero más discreta,

desempeñada por centenares de maestros. Destaca aquí sin duda la figura de Fernando Valderrama. Los frecuentes contagios léxicos, particularmente habituales entre los estratos sociales inferiores y sobre todo en los momentos de conflicto –esos insultos intercambiados en castellano–, también acaparan la atención de la autora. No obstante, mayor protagonismo merece la labor desempeñada por traductores como Aníbal Rinaldy, Felipe Rizzo, Juan Zugasti o Clemente Cerdeira. Hubo también, aunque no muchos, militares que por propia iniciativa se volcaron en el estudio del árabe y/o chelja. Tal vez el caso de José Riquelme sea el mejor conocido (divertidísima es la anécdota sobre Berenguer y su supuesta habilidad para interpretar las inscripciones de la Alhambra).

El encanto y desconcierto provocado por la indumentaria marroquí es uno de los aspectos más meticulosamente abordados por Manuela Marín en este volumen. Su variedad de tonos y colores contrasta con la empleada por los europeos. Pero seducía y, así las cosas, en varias ocasiones los españoles adoptaron las vestimentas ajenas (el peligro del *going native*, tan denunciado por los colonialistas británicos), ya fuera durante viajes de exploración geográfica, por razones de seguridad o para hacerse valer bajo la etiqueta de militar africanista. La comida, por otra parte, posee asimismo una considerable importancia en las construcciones identitarias. En concreto, los tabúes alimenticios islámicos delimitan una muy estricta frontera entre españoles y marroquíes, más si pensamos en el consumo de cerdo que en el de alcohol. Por este motivo, Marín reflexiona sobre aspectos tales como los modales exhibidos en la mesa, el desagrado con el que los españoles habitualmente consumían cuscús o leche agria... Testimonios como los de Bernaldo de Quirós o Teodoro Fernández de las Cuevas nos ilustran, además, a propósito de la frugalidad rifeña, mientras que las descripciones de personajes como Rafael Mitjana se centran, al contrario, en los excesos de los convites ofrecidos a las embajadas extranjeras.

La mujer se convierte en la gran protagonista de “Intimidades”. Manuela Marín recoge en este extenso capítulo una amplia variedad de textos y narraciones por los que desfilan esposas o hijas de obreros, de funcionarios, mujeres con profesión propia, sirvientas, maestras, cantineras, “biografías inesperadas” como la de Josefa Omar González, etc. Las mujeres marroquíes, casi siempre catalogadas como bestias de trabajo u objetos de placer, coparon las páginas de buena parte de la literatura colonial española. El harén, la ausencia de libertad o el deseo de convertirse al cristianismo sirven como temas recurrentes de abundantes relatos, mientras que solo una minoría de incisivos observadores, tal vez con José Díaz Fernández y Emilio Blanco Izaga a la cabeza, fueron capaces de apreciar las similitudes en las condiciones de vida entre campesinas de ambos países.

El carácter tan fortuito de los encuentros entre los españoles y las marroquíes reforzó el mito de la sensualidad mora, pero los sucesivos choques armados cargarían de salvajismo y barbarie esa imagen estereotipada. Aunque más accesibles, esclavas negras y mujeres judías serían igualmente reducidas a meros objetos sexuales debido a su pertenencia a minorías sometidas por completo. En definitiva, las relaciones amorosas o uniones irregulares mixtas –pensemos en ese manido tópico del oficial y la mora– fueron contempladas con gran desconfianza, si bien es cierto que, como fenómeno muy limitado, algo de ese rechazo se atenuó en los últimos tiempos del protectorado. Con un apartado dedicado al comercio sexual y al funcionamiento de los prostíbulos finaliza Marín su tercer capítulo de *Testigos*

Coloniales. Los intentos de reglamentación de estas actividades surtieron escaso efecto y así abundaron los escritos sobre, por ejemplo, el escabroso aspecto ofrecido por el barrio de la Alcazaba de Tetuán o el libertino ambiente melillense. Más desesperada, con todo, se intuye la situación de las conocidas como “moras del barranco” (chicas muy jóvenes que, oportunamente, se desplazaban a las trincheras a finales de mes, cuando los militares españoles habían recibido su soldada). Si en el capítulo previo se aludía, de manera pasajera, a las violaciones de cautivas españolas tras el desastre de Annual, en este tercer apartado y a modo de broche final, se alude a las violaciones de rifeñas. Entendidas como un botín de guerra más, el capitán Pomés y el explorador Alberto Suárez Lorenzana adquieren un tristísimo protagonismo en un asunto tradicionalmente silenciado.

La cautividad en el Mediterráneo durante la Historia Moderna ha merecido muchos trabajos monográficos, pero la figura del cautivo adquiere un carácter bastante residual en la Edad Contemporánea debido al nuevo equilibrio de poder político creado en la región. Con su habitual minuciosidad, no obstante, Manuela Marín analiza y disecciona su imagen en el cuarto apartado de su obra. Además de perder su libertad, los cautivos ven amenazada su identidad, sometidos a mil humillaciones y al trato cruel de sus captores. Tres fueron las regiones geográficas donde se practicó más la cautividad: el área noroccidental de Yebala, escenario del carismático y desquiciante al-Raysuni; la zona costera del Sus, donde confluían muchos intereses comerciales de españoles y marroquíes; y las regiones aledañas a Melilla y la costa del Rif, con los bocoyas muy acostumbrados al asalto de cárabos españoles. Aunque son los prisioneros de Abd-el-Krim quienes, justificadamente, más acaparan la atención de la autora. Este calamitoso episodio, sabido es, mereció muchas primeras planas en la prensa coetánea, así como también espoleó a individuos como Pérez Ortiz, Sigifredo Sáinz o el sargento Basallo a divulgar su verdad. El trato dispensado por los rifeños al general Navarro –testimonio vital en las indagaciones de Juan Picasso acerca de las turbias responsabilidades del desastre de Annual–, así como la gestión del controvertido rescate en masa, no hicieron sino incrementar la expectación que toda la trágica situación de los cautivos despertaba. Con la mujer musulmana que se encariña o enamora del cautivo y con la alusión a las prisioneras de Abd-el-Krim, siendo el caso de Carmen Úbeda el más célebre, Marín concluye otro capítulo repleto de notas terroríficas.

“Los renegados”, ya para finalizar, es el título de la última parte de *Testigos coloniales*. Al igual que ocurre con los cautivos, la historiografía contemporánea no le ha prestado una excesiva atención a esta figura. Conoció, eso sí, cierto resurgir literario coincidiendo con el desarrollo de la guerra de Tetuán; autores consagrados como Galdós o Sender también los hicieron desfilar en sus obras; y Josep María Prous i Vila, a medio camino entre la realidad y ficción, incluyó igualmente a uno en su valioso *Quatre gotes de sang*. El número de renegados no era muy elevado y, de hecho, fue disminuyendo a lo largo de la centuria examinada. Prisioneros fugados o desertores del ejército, sus perfiles individuales son variados. Llamativo y conocido, por ejemplo, es el testimonio de Luis Casado Escudero a propósito de la colaboración de algunos artilleros españoles con Abd-el-Krim. Dice el refrán que “como muestra, un botón” y, seguramente por este motivo, Manuela Marín recoge al final del libro la autobiografía de un renegado, Eleuterio Ochova y Delgado, en la que narra su cautiverio y huida.

En conclusión, Manuela Marín logra acercarnos con esta monumental obra a la historia común de España y Marruecos entre mediados del siglo XIX y del XX. Escrita con un estilo ameno, la autora nos sorprende con algunos episodios cómicos en una historia presidida, sobre todo, por la tragedia de la guerra. Pulcritud formal y altas dosis de sentido común en el fondo se conjugan para hacer de este libro un ensayo que se disfruta de principio a fin.